

Sheikh Mujibur Rahman nació en 1920 en Tungipara, en el distrito de Gopalganj. Se licenció en Derecho en la Universidad de Daca y fue uno de los fundadores en 1949 del partido político Liga Awami que alcanzaría la victoria en las elecciones de 1970. En su actividad política no dejó de defender las particularidades de la cultura bengalí y la importancia de que estas, en especial la lengua, fuesen reconocidas por el Gobierno de Pakistán. En 1971, tras una cruenta guerra de secesión, Pakistán Oriental se convierte en una nación independiente, Bangladés. En 1972, Sheikh Mujibur Rahman ocupó el cargo de Primer Ministro de la nueva nación y posteriormente, desde enero de 1975, el de Presidente de la República Popular de Bangladés. Fue asesinado junto a miembros de su familia en su domicilio de Daca en agosto de 1975 durante un golpe de estado militar.

*‘Sheikh Mujibur Rahman fue capaz de hacer realidad el sueño de libertad que los bengalíes habían tenido durante años.’*

**SHEIKH HASINA**  
*Primera Ministra de Bangladés*



SHEIKH  
MUJIBUR RAHMAN



MEMORIAS  
INACABADAS



SHEIKH  
MUJIBUR RAHMAN



MEMORIAS  
INACABADAS

Esta es la primera traducción al español de las memorias inacabadas escritas por Sheikh Mujibur Rahman (1920-1975), padre fundador de la nación de Bangladés. Un documento de indudable valor histórico que describe con pasión su compromiso político para con la búsqueda de la libertad y la prosperidad de su pueblo. Su hija, la actual Primera Ministra de Bangladés, Sheikh Hasina, contribuyó con dedicación y esmero a recuperar y transcribir estas páginas, escritas originalmente en bengalí y traducidas posteriormente al inglés.

La Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, y la Embajada de España en Bangladés quieren presentar al público hispanohablante el semblante político y personal de este personaje histórico, decisivo en el nacimiento de Bangladés como nación independiente en 1971.

A iniciativa de Don Eduardo de Laiglesia y del Rosal, Embajador de España en Bangladés entre los años 2015 y 2016, se comenzaron los trabajos de traducción de la obra que el lector tiene entre sus manos, a cargo de los traductores Doña María Helena Barrera-Agarwal y Don Benjamin Clark. Los trabajos recibieron seguimiento continuo de las Segundas Jefaturas de la Embajada de España en Bangladés, Don Patrick Sandoval Nichols y Doña Alejandra López García, hasta la edición de la presente obra en el año 2017.

Animamos al lector a viajar, de la mano de Sheikh Mujibur Rahman, a dos episodios apasionantes de la historia del siglo XX: la división del Imperio Británico de la India en dos Estados, India y Pakistán, y la posterior secesión de Pakistán Oriental en 1971, actual República Popular de Bangladés.

MEMORIAS  
INACABADAS



SHEIKH  
MUJIBUR RAHMAN

MEMORIAS  
INACABADAS



©Edición AECID  
Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.

Catálogo general de publicaciones oficiales de la Administración General del Estado  
<https://publicacionesoficiales.boe.es>.

NIPO: 502-17-065-6

Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de la misma no refleja necesariamente la postura de la AECID.

Publicado por primera vez en español por la AECID en Bangladés, en 2017

Traducido de la versión inglesa por María Helena Barrera-Agarwal y por Benjamin Clark.

Copyright © Father of the Nation Bangabandhu Sheikh Mujibur Rahman Memorial Trust 2017.

No destinado a la venta

ISBN 978-984-34-3376-3

Este libro ha sido producido por Abarton, 354 Dilu Road, New Eskaton, Daca.  
Impreso en Akota Offset Press, 119 Fakirapool, Daca, Bangladés.

## ÍNDICE

Prefacio ix

Sheikh Mujibur Rahman (1920-1975):  
un perfil político xvii

Memorias inacabadas 1

En tanto que hombre,  
aquello que concierne a la humanidad  
me concierne.

En tanto que bengalí,  
me encuentro profundamente  
involucrado  
en todo aquello que concierne a los  
bengalíes.

Este permanente compromiso  
nace y se alimenta del afecto,  
del afecto duradero que brinda  
significado  
a mis actividades políticas  
y a mi propio ser.

Sheikh Mujibur Rahman 3.5.73

As a man, what concerns  
mankind concerns me.  
As a Bengalee, I am  
deeply involved in all that  
concerns Bengalees. This  
deciding involvement is  
born of and nourished  
by love, unselfish love,  
which gives meaning to  
my politics and to my  
very being.

Sheikh Mujibur Rahman  
3a.5.73

Un extracto del cuaderno personal de  
Bangabandhu Sheikh Mujibur Rahman,  
Primer Ministro de la República Popular de Bangladés





## PREFACIO

MI padre, Bangabandhu Sheikh Mujibur Rahman, tuvo que pasar los años más valiosos de su vida en prisión. Cuando se vio envuelto en varios movimientos destinados a arrebatar los derechos de su gente de las manos de quienes los habían conculcado, debió sufrir confinamiento en solitario, una y otra vez. A pesar de ello, nunca renunciaría a sus principios. Nunca se sintió intimidado ni tan siquiera por la soga del verdugo.

A lo largo de su vida, la causa de su pueblo fue la más cercana a su corazón. Sus sufrimientos lo entristecían. El único compromiso que siempre tuvo fue el de provocar sonrisas en los rostros del pueblo empobrecido de Bengala, y construir una Bengala dorada. Estaba convencido de que si al pueblo se le daba la oportunidad de gozar de los derechos básicos a la alimentación, a la vestimenta, a la vivienda, a la educación y a la salud, podrían llevar una existencia digna. El único pensamiento presente siempre en su mente fue el liberar a la gente de las cadenas de la pobreza. Ese fue el motivo por el que renunció a todas las comodidades y a la felicidad, y por el que luchó sin descanso, con total abnegación, para alcanzar los derechos de su pueblo, no cejando en el empeño, hasta que consiguió la libertad de la nación bengalí. Fue capaz de posicionar a los bengalíes como una raza heroica ante los ojos del mundo y crear un país independiente y soberano. Pudo así hacer realidad el sueño de libertad que los bengalíes habían tenido durante mil años.

Precisamente cuando había conseguido con éxito alcanzar la emancipación de la nación, fue arrebatado a su gente por las balas de sus asesinos. Se le dio descanso eterno en los verdes pastos de Bengala, que había regado con su sangre. Los asesinos lograron marcar a la nación bengalí con el sello indeleble de la infamia.

Veintinueve años después de su muerte, la autobiografía que escribió este gran líder llegó a mis manos. Gracias a lo que fue capaz de escribir, tenemos ahora a la oportunidad de comprender muchos detalles de su transición de la infancia a la adolescencia y de la adolescencia a la edad adulta, sobre su familia y sobre el movimiento del que fue parte desde la época en la que era aún un estudiante, sobre sus luchas y sobre otros muchos sucesos de su vida, hasta hoy desconocidos. En las páginas que nos ha legado, encontramos así las diversas experiencias de su vida extraordinaria. En sus escritos están articuladas, en prosa fluida y simple, sus observaciones, sus sentimientos y sus reflexiones sobre política. Los hechos revelados en el relato de sus luchas, su perseverancia y sus sacrificios, inspirarán a las futuras generaciones. Aquellos que han sido engañados por las ficciones de gente que distorsiona la historia van a tener ahora la oportunidad de descubrir la verdad. Este trabajo dará a historiadores e investigadores información inestimable y un testimonio histórico auténtico.

Esta autobiografía fue escrita por mi padre de su propia mano. Cómo llegaron los cuadernos en los que se plasma su autobiografía es una larga historia. En un momento dado, había perdido completamente la esperanza de publicar este libro que ahora les presento.

Poco después de la declaración de independencia efectuada a media noche, el 25 de marzo de 1971, el ejército pakistaní asaltó la residencia del Padre de la Nación, Bangabandhu Sheikh Mujibur Rahman, casa ubicada en la Calle 32 – hoy el No. 10, de la Calle 11. de Dhanmondi – Bangabandhu fue arrestado y conducido a lugar desconocido. Después de que mi padre fuese arrestado, mi madre, Russell, Jamal y todos los que se hallaban presentes, se refugiaron en la casa colindante. Nuestra residencia fue allanada de nuevo y saqueada. Los saqueadores se llevaron todo lo que pudieron, destruyeron el resto de nuestras posesiones y se apropiaron de la casa. Mi madre había guardado con gran cuidado

los cuadernos que incluían su autobiografía, sus diarios y sus notas de viaje, junto con sus libros de cuentas, en un armario anexo al dormitorio de mi padre. No cabe duda de que a los saqueadores no les parecieron dignos de ser robados el gran número de cuadernos descoloridos por el tiempo y los dejaron intactos. Por lo tanto, me encontré con estos cuadernos en su estado original.

Poco después del asesinato de todos los miembros de mi familia que se hallaban presentes en la residencia el 15 de agosto de 1975, el gobierno procedió al sellado de la casa. Yo misma regresé de mi exilio tan solo el 17 de mayo de 1981. El gobierno de Zia mantenía aún la casa cerrada. No me dejaron entrar en ella. El 12 de junio, el gobierno de Sattar me la restituyó. Fue entonces cuando encontré las memorias de mi padre, sus diarios y los cuadernos de sus viajes a China. Sin embargo, no encontré los cuadernos que contenían su autobiografía. Hallé algunas páginas escritas a máquina que habían sido destruidas por las termitas. Solo la primera mitad de esas páginas se había conservado. Al leer lo que había en ellas pude adivinar que se trataba de su autobiografía, pero al haberse destruido la mayor parte del texto, decidí que lo que restaba no tendría utilidad alguna. Busqué los cuadernos a conciencia pero no encontré nada. Busqué los cuadernos originales, al secretario al que se le se había dictado la transcripción y cualquier otra cosa que pudiese haber quedado en poder de quien los poseyera, pero todo fue en vano. En un momento dado, perdí toda esperanza de encontrar algo.

A pesar de ello, en el año 2000, decidimos publicar las memorias y los diarios de Bangabandhu, y sus notas del viaje a sobre China. El profesor Enayetur Rahim, de la Universidad de Georgetown, en los Estados Unidos, había venido a la Universidad de Daca para investigar sobre él. El área de interés del profesor Rahim era, principalmente, el caso de la conspiración de Agartala. Se encontraba en Daca para ocupar la Cátedra Bangabandhu Sheikh Mujibur Rahman establecida por la Fundación Mahbubullah-Zebunnesa. Además de trabajar sobre la conspiración de Agartala, el profesor Rahim comenzó a trabajar sobre la vida de Bangabandhu, sus memorias y sus diarios. La periodista Baby Moudud y yo le ayudamos durante ese tiempo. Empezó a traducir los escritos del bengalí al inglés. Lamentablemente, su prematura

muerte fue una inmensa pérdida para la gran misión que se había propuesto. Nunca imaginé que nos dejaría tan pronto.

Empecé a desesperar ante el modo en que las cosas se presentaban. Los profesores A. F. Salahuddin Ahmed y Shamsul Huda Harun, junto con el Sr. Shamsuzzaman Khan, nos ayudaron y nos dieron valiosos consejos en ese momento. Posteriormente, tanto el profesor Salahuddin Ahmed como el profesor Harun aceptaron la responsabilidad de traducir el material. Baby Moudud y yo trabajaríamos con el Sr. Khan editándolo y dándole formato e introduciendo al mismo tiempo las correcciones necesarias. Comparamos la nueva edición con el manuscrito original una y otra vez. El trabajo proseguía gradualmente, haciendo frente a todo tipo de obstáculos. No se había fijado una fecha límite para su publicación.

Cuando el trabajo en las memorias y en los diarios estaba casi por terminar, encontré cuatro nuevos cuadernos en los que resultó que la autobiografía había sido escrita. El 21 de agosto de 2004, una manifestación política organizada por la Liga Awami de Bangladés fue blanco de un horrible ataque con granadas. El objetivo era matarme. Veinticuatro personas, incluyendo la Sra. Ivy Rahman, presidenta de la Liga Awami de Mujeres, murieron en el incidente. Milagrosamente, sobreviví a ese intento de asesinato. Pero me sobrecogió el dolor, la pena y la depresión. Fue entonces cuando los cuadernos de mi padre, aquellos que contenían su autobiografía, llegaron a mis manos. ¡Qué acontecimiento tan extraordinario! Fue como si una luz se hubiese encendido de repente en medio de la oscuridad. Yo misma había escapado de las garras de la muerte. Se me había concedido una nueva oportunidad de vivir. Uno de mis primos me entregó los cuadernos. Los había encontrado en uno de los cajones de Sheikh Fazlul Huq Moni, otro primo nuestro. Moni era el editor del periódico *Banglar Bani*. Muy probablemente, mi padre le había entregado los cuadernos para encargarse de que los transcribieran a máquina. Quizás estaba pensando publicarlos. Sheikh Fazlul Huq Moni también fue asesinado el 15 de agosto de 1975, y, en consecuencia, nunca pudo concluir ese trabajo. La transcripción, por tanto, permaneció inacabada.

Cuando tuve los cuadernos en mis manos, me dejaron sin palabras. La letra me era muy familiar. Llamé a mi hermana

menor, Sheikh Rehana. Pronto nuestros ojos se inundaron de lágrimas. Palpamos las líneas que nuestro padre había escrito para tocarlo de nuevo. Era como si nuestro padre nos bendijese una vez más, por medio de esos cuadernos, justamente después de que yo hubiese escapado de la muerte. Todavía tenía mucho que hacer por la gente pobre de nuestro país, la misma gente a la cual mi padre solía describir como “los pobres que sufren”. Era como si los cuadernos me dijese que la Bengala dorada con la que él había soñado todavía necesitaba ser construida. Mientras repasaba las páginas de los cuadernos y acariciaba sus líneas manuscritas, me parecía que mi padre me estaba diciendo: “no tengas miedo, querida; estoy contigo, sigue adelante y sé valiente.” Me parecía que Dios me había enviado milagrosamente un mensaje para ser indomable. En medio del dolor, de los lamentos y de la depresión, había encontrado un rayo de sol.

¡Cuatro cuadernos manuscritos por mi padre! Los cuadernos debían ser tratados con mucho cuidado. Sus páginas se habían tornado amarillentas, frágiles y quebradizas. En varias partes la letra aparecía tan difuminada que era difícil leer las palabras. Algunas páginas dentro de los cuadernos eran imposibles de leer, y descifrar el texto, en esos casos, fue tarea en extremo ardua. Al día siguiente, Baby Moudud, Sheikh Rehana y yo empezamos a trabajar en los cuadernos. Rehana sufría cada vez que intentábamos leerlos. No podía contener las lágrimas en tales ocasiones. Cuando comencé a trabajar en las memorias y en los diarios, yo también me había anegado en llanto, a menudo, durante los primeros meses. Empero, poco a poco, decidí armarme de valor para la tarea. Lo primero que hicimos fue fotocopiar los cuadernos. Abdur Rahman (Roma) nos ayudó a hacerlo. Fue un trabajo en el que debimos ser extremadamente cuidadosos, puesto que si movíamos las páginas demasiado, se rompían. Baby y yo nos turnamos para leer todas las páginas de los cuadernos, mientras Munirun Nessa Ninu las transcribía en el ordenador. Ello nos permitió actuar con rapidez, ya que la transcripción de un manuscrito toma mucho más tiempo. La estrategia nos ahorró tiempo. La letra se había desvanecido tanto en ciertos trechos que leer se convertía en una tarea difícil. Tuvimos que lidiar con páginas desgarradas y con textos ilegibles. En ocasiones, tuvimos que utilizar una lupa para intentar descifrar el texto.

Finalmente, todo aquello que había sido escrito en los cuatro cuadernos estuvo transcrito en el ordenador. Los cuadernos habían sido firmados por el carcelero, que había anotado el número de páginas en cada uno. Su firma nos permitió descubrir también las fechas del texto.

A continuación, Baby Moudud y yo comparamos la transcripción con los cuadernos. De tal manera, terminamos la primera etapa de la edición y corrección del texto. Fue entonces cuando el Sr. Shamsuzzaman Khan trabajó con nosotras para editarlo de nuevo, corregirlo, preparar las notas, examinar el trabajo efectuado y escoger las ilustraciones. Sheikh Rehana formó parte de todo lo que hicimos y se encargó de la responsabilidad general del proyecto.

Incluso después de haberlos leído muchas veces, uno siente la necesidad de releer esos cuadernos. Nos revelan cómo, buscando el beneficio del país y de su gente, un hombre puede sacrificarlo todo, arriesgar su propia vida y soportar una interminable tortura en prisión. Descubrimos en ellos la personalidad de quien lo abandonó todo: cada posibilidad de alegría, de comodidad, de diversión, de riqueza. Al analizar la autobiografía, es posible descubrir cómo pudo renunciar a tanto por el bien de la gente. Si seguimos las pistas que esas páginas contienen, podemos extraer información acerca de muchos aspectos de nuestro pasado que aún deben ser investigados. Muchas historias inéditas saldrán a la luz. Esta narración llena de hechos históricos nos permitirá conocer mucho más sobre el Movimiento por Pakistán, el Movimiento por la Lengua Bengalí, el Movimiento por la Independencia y la Autodeterminación, la lucha por los derechos en democracia y las diferentes conspiraciones instigadas por el gobierno de Pakistán. Tendremos la oportunidad de conocer muchos otros sucesos y detalles históricos. Además, apreciamos mejor cómo la experiencia vital de Bangabandhu le llevó a reconocer las intrigas de gente que sólo buscaba su propio interés y la explotación de un país por quienes fingen administrarlo. El pueblo de Bangladés todavía está pasando por muchas dificultades. Espero que las generaciones futuras encontrarán, en esta autobiografía, la inspiración necesaria para servir al país.

Este libro nos presenta la vida de Bangabandhu en sus propias palabras hasta 1955. Lo escribió cuando estaba solo en la prisión central como prisionero del Estado, desde 1966 a 1969. No tuvimos

que editar demasiado su relato. Tan sólo unas pocas palabras y giros de lenguaje han sido modificados para hacer la narración más fluida. Al tener la intención de publicar la historia de su vida él mismo iba a encargarse que se transcribiese. No hemos dedicado este libro a nadie porque él no incluyó dedicatoria alguna.

El profesor Salahuddin Ahmed nos ofreció sus valiosos consejos desde el inicio del proyecto. La tarea de traducir este libro al idioma inglés ha sido efectuada fielmente por el profesor Fakrul Alam, del Departamento de Inglés de la Universidad de Daca, quien completó su labor con rapidez. Quiero expresar mi gratitud a ambos. Sin su excelente asesoramiento y sin sus recomendaciones no habría sido posible emprender esta labor.

Quisiera manifestar mi agradecimiento a todos los que contribuyeron a la publicación de este libro.

07.08.2007

SHEIKH HASINA

Prisión

Sher-e-Bangla Nagar

Daca

PD: escribí el Prefacio para este trabajo estando en prisión. Tomé las medidas necesarias para su publicación cuando abandoné la cárcel. Quiero agradecer al Sr. Mohiuddin Ahmed, editor de UPL, que haya asumido la responsabilidad de publicar este trabajo en nuestro país y en el extranjero. Dhaneswar Das Champak también nos ayudó con el escaneo y la edición digital.

30.07.2010

SHEIKH HASINA

Ganabhaban

Sher-e-Bangla Nagar

Daca



---

---

# SHEIKH MUJIBUR RAHMAN (1920-1975)

## UN PERFIL POLÍTICO

### **1920**

Sheikh Mujibur Rahman nace el diecisiete de marzo de 1920 en el pueblo de Tungipara, entonces parte de la subdivisión (hoy distrito) de Gopalganj, del distrito de Faridpur. Es el tercero de los seis vástagos –cuatro hijas y dos hijos – de Sheikh Luftar Rahman y de su esposa, Sayera Khatun. Sus padres lo llamaban Khoka. Pasa su infancia en Tungipara.

### **1927**

A la edad de siete años, Mujib empieza su educación en la escuela primaria Gimadanga. A los nueve, es admitido en la tercera clase, en la escuela pública de Gopalganj. Posteriormente, es transferido a una escuela local de misioneros.

### **1934**

A los catorce años, Mujib se ve forzado a abandonar sus estudios por algún tiempo ya que precisaba de una operación en uno de sus ojos.

### **1937**

Mujib retoma sus estudios tras una ausencia de tres años ocasionada por la gravedad de la operación de su ojo.

### **1938**

A los dieciocho años, Mujib contrae matrimonio con Begum Fazilatunnesa. Posteriormente, tienen la alegría de convertirse en padres de dos hijas, Hasina y Rehana, y de tres hijos, Kamal,

Jamal y Russel. Todos los hijos varones serán asesinados, junto con sus padres, el 15 de agosto de 1975.

**1939**

La carrera política de Mujib se inicia siendo estudiante de la Escuela Misionera de Gopalganj, cuando Huseyn Shaheed Suhrawardy, más tarde Ministro Jefe de Bengala y Primer Ministro de Pakistán Oriental, se fija en él y le brinda su amistad, durante una visita a Gopalganj, junto con A. K. Fazlul Huq, Ministro en Jefe de la Bengala Unida.

**1940**

Mujib aprueba los exámenes de ingreso a la universidad (hoy diploma de finalización de la educación secundaria). Es admitido como estudiante de grado medio en la facultad de artes de la Universidad Islamia de Calcuta. Ese mismo año se involucra activamente en el movimiento para la creación de Pakistán.

**1943**

La carrera de Mujib, plena de actividad, se inicia con su elección al cargo de consejero de la Liga Musulmana.

**1944**

Mujib participa en la conferencia de la Liga Nacional de Estudiantes de Bengala, evento que tiene lugar en Kushtia. Juega allí un importante papel. Es además elegido secretario de la Asociación del Distrito de Faridpur, una organización de personas originarias de Faridpur residentes en Calcuta.

**1946**

Mujib es elegido Secretario General de la Unión de Estudiantes de la Universidad Islamia.

**1947**

Mujib obtiene el grado de Licenciado en Artes, otorgado por la Universidad Islamia bajo la responsabilidad de la Universidad de Calcuta. Cuando se desataron revueltas comunales, tras la partición de la India y de la creación de Pakistán, participa activamente en labores destinadas a proteger a los musulmanes y frenar la violencia.

**1948**

Mujib es admitido en la Facultad de Derecho de la Universidad de Daca. Funda la Liga de Estudiantes Musulmanes el cuatro de

enero de ese año. Protesta cuando, el veintitrés de febrero, el Primer Ministro Khawaja Nazimuddin declara ante la Asamblea Legislativa: “El pueblo de Pakistán Oriental debe aceptar al urdu como su idioma oficial.” Las declaraciones de Khawaja Nazimuddin dan origen a una serie de protestas a lo largo y ancho del país. Sheikh Mujib participa de inmediato en una serie de actividades para crear un movimiento sólido, que luchará contra el plan de la Liga Musulmana para elevar el urdu a única lengua oficial del Estado de Pakistán.

Establece contactos con estudiantes y líderes políticos. El dos de marzo, se convoca a un mitin a los miembros de diferentes partidos políticos, con el fin de planificar el futuro de la oposición a la Liga Musulmana respecto al tema del idioma. El mitin, efectuado en el Fazlul Huq Muslim Hall, aprueba una resolución presentada por Sheikh Mujibur para formar un Comité Nacional de Acción sobre el Idioma. Esa organización convoca una huelga general que tendrá lugar el once de marzo para protestar por la política de la Liga Musulmana contra la lengua bengalí.

El once de marzo, Mujib es arrestado junto con otros colegas en el momento en que protestaban frente al edificio del Secretariado de la Liga Musulmana. La comunidad de estudiantes se agita a raíz de su arresto. Frente a las protestas estudiantiles, el gobierno controlado por la Liga Musulmana se ve forzado a liberar a Mujib y a otros líderes estudiantiles el quince de marzo. Tras su liberación, el Comité Nacional de Acción sobre el Idioma organiza una manifestación pública en Amtala, cerca de la Universidad de Dacca, el dieciséis de marzo. Mujib dirige la manifestación que pronto es disuelta por la policía. Para protestar contra la actuación policial, Mujib anuncia de inmediato una huelga nacional de estudiantes que tendrá lugar el diecisiete de marzo. Es arrestado de nuevo el once de septiembre por haberse incorporado al movimiento contra el sistema “cordón”, en Faridpur.

## **1949**

Mujib sale de la cárcel el veintiuno de enero. Brinda su apoyo a una huelga convocada por los estudiantes de cuarto curso de la Universidad de Dacca. Las autoridades de la Universidad le imponen una multa como castigo. Mujib rechaza tan injusta decisión. Es arrestado, de nuevo, esta vez por organizar una protesta frente a la residencia del Vicerrector de la Universidad. Cuando se funda

la Liga Awami de Pakistán Oriental, el veintitrés de junio, es elegido secretario adjunto, a pesar de estar preso. Es liberado a finales de junio. Inmediatamente después de salir de la cárcel comienza a organizar un movimiento contra la escasez de alimentos que afecta al país. En septiembre, es detenido por violar la Sección 144. Lo liberan más tarde.

Solicita la dimisión del Ministro Nurul Amin durante un mitin de la Liga Awami Musulmana, en octubre.

La Liga Awami Musulmana inicia una manifestación contra la escasez de alimentos, con ocasión de la visita del Primer Ministro de Pakistán, Liaquat Ali Khan, a la entonces provincia de Bengala Oriental. Una vez más, Mujib es arrestado y encarcelado por liderar la protesta.

### **1952**

En un mitin público que tiene lugar el 27 de enero, el Primer Ministro de Pakistán, Khawaja Nazimuddin, anuncia que, en los términos de la declaración del Sr. M. A. Jinnah, el urdu será considerado la única oficial de Pakistán. Estudiantes, activistas juveniles y miembros de la sociedad civil protestan de inmediato, igual que lo hicieron en 1948. A pesar de que Mujib ha permanecido en prisión desde 1949, ha logrado mantener contactos con los líderes políticos activos y con los obreros, y, a través de los mismos, ha podido asegurarse de que el Comité Nacional de Acción sobre el Idioma siga activo. Ha pedido que se observe el 21 de febrero como el Día Nacional de la Lengua. Al mismo tiempo, informa a las autoridades que está dispuesto a iniciar una huelga de hambre indefinida desde el dieciséis de febrero para protestar por su encarcelamiento sin juicio previo, en aplicación de la legislación de Seguridad Pública. Poco después, el catorce de febrero, las autoridades lo trasladan de la cárcel de Daca a la de Faridpur.

El veintiuno de febrero, la comunidad estudiantil desafía la orden que prohíbe manifestaciones, en aplicación de la Sección 144. La policía dispara a los estudiantes. La represión se cobra las vidas de Salam, Barkar, Rafique, Jabbar, Shafiur, Abdul Awal y Ohiullah, quienes son reconocidos desde entonces como los mártires del Movimiento por la Lengua Nacional. La huelga de hambre de Mujib continúa por quince días más y su salud empieza a deteriorarse gravemente. Las autoridades se ven obligadas a liberarlo el veintiocho de febrero.

**1953**

El nueve de julio, Mujib es elegido Secretario General de la Liga Awami Musulmana de Pakistán Oriental. Se ponen las bases para la unión entre el Maulana Bhasani, A. K. Fazlul Huq y Shaheed Suhrawardy con el objetivo de derrotar a la Liga Musulmana en las siguientes elecciones generales. Para lograrlo, se convoca una sesión del partido que tiene lugar el catorce de noviembre, en la cual se aprueba la resolución de formar el Frente Jukta (el Frente Unido).

**1954**

Las primeras elecciones generales de Bengala Oriental tienen lugar el diez de marzo. El Frente Unido gana doscientos veintitrés escaños, de un total de doscientos treinta y siete. La Liga Awami obtiene ciento cuarenta y tres. Mujib gana las elecciones en la jurisdicción de Gopalganj con un margen de trece mil votos, derrotando al muy influyente candidato de la Liga Musulmana, el líder Wahiduzzaman. Presta juramento el quince de mayo como Ministro de Cooperativas y Desarrollo Agrícola en el nuevo gobierno provincial. El veintinueve de mayo, el Gobierno Central disuelve el Gabinete del Frente Unido. Mujib es arrestado una vez más, mientras regresaba de Karachi a Daca, el treinta de mayo. Es liberado el veintitrés de diciembre.

**1955**

El cinco de junio, Mujib es elegido miembro de la Asamblea Constituyente. El diecisiete de junio, la Liga Awami organiza un mitin público en Paltan Maidan. Se hace público un programa de veintiún puntos, solicitando la autonomía de Pakistán Oriental. El veintitrés de junio el Comité Ejecutivo de la Liga Awami decide que los miembros de la Liga Awami que ocupan escaños en la Asamblea Legislativa renunciarán si no se concede autonomía a Pakistán Oriental.

El veinticinco de agosto, Mujib declara ante la Asamblea Constituyente de Pakistán, en Karachi:

“Señor Presidente, usted quiere que se utilice la expresión “Pakistán Oriental” en lugar de “Bengala Oriental”. Hemos solicitado en muchas ocasiones que se utilice Bengala en lugar de Pakistán Oriental. “Bengala” tiene una historia y una tradición propias. Usted puede omitirla únicamente después de que el pueblo haya sido consultado. Si quiere cambiarla, deberemos ir a Bengala y

preguntarle al pueblo si está preparado para aceptar ese cambio. En lo que concierne al tema de la unidad, debe ser incorporado en la Constitución. ¿Por qué se desea incorporarlo ahora mismo? ¿Qué sucederá con la lengua del Estado, el bengalí? Estamos preparados para considerar el tema de la unidad con todas esas preguntas. Es por ello que solicito a todos mis amigos de Pakistán que permitan que el pueblo de Bengala se manifieste, de algún modo, por medio de un referéndum o un plebiscito.”

El veintiuno de octubre, en una reunión especial de su consejo, la Liga Awami Musulmana abandona la palabra “Musulmana” de su nombre, buscando transformar el partido en una organización moderna y secular. Mujib es reelecto Secretario General del partido.

### **1956**

El tres de febrero, en una reunión con el Ministro en jefe, los líderes de la Liga Awami solicitan que el tema de la autonomía provincial sea incluido en el borrador de la Constitución. El catorce de julio, en una reunión de la Liga Awami, se adopta una resolución que se opone a la inclusión de las Fuerzas Armadas en el Gobierno. La resolución había sido impulsada por Mujib. El cuatro de septiembre, se organiza una marcha contra la escasez de alimentos bajo el liderazgo de Mujib, desafiando la aplicación de la Sección 144. Al menos tres personas son asesinadas cuando la policía abre fuego contra la marcha, en el área de Chawk Bazar. El dieciséis de septiembre Mujib asume el cargo de Ministro de Industria, Comercio, Trabajo, Anticorrupción y Ayuda a las zonas rurales en el gobierno de coalición.

### **1957**

El treinta de mayo, en respuesta a una resolución del partido, Mujib renuncia a su cargo en el gabinete para dedicarse a fortalecer la organización, trabajando en ella a tiempo completo. Desde el veinticuatro de junio al trece de julio visita China oficialmente.

### **1958**

El siete de octubre, el Presidente de Pakistán, General Iskander Mirza, y el Jefe de las Fuerzas Armadas de Pakistán, Ayub Khan, imponen la ley marcial y prohíben toda actividad política. Mujib es arrestado el once de octubre. Es liberado de prisión después de catorce meses, pero se le arresta de nuevo en la puerta de la prisión.

**1961**

Mujib es liberado después de que el Tribunal Supremo declare que su detención era ilegal. Tras salir de la cárcel, reinicia sus actividades políticas clandestinamente, resistiendo contra el régimen de ley marcial y contra la dictadura de Ayub Khan. Crea una organización secreta, denominada “Swadhin Bangla Biplobi Parishad” (El Consejo Revolucionario por una Bengala Independiente).

**1962**

El seis de febrero, Mujib es arrestado de nuevo en aplicación de la ley de Seguridad Pública. Sale de prisión el dieciocho de junio, después de que la ley marcial, que ha durado cuatro años, fuera derogada el dos de junio. El veinticinco de junio, Mujib se une a otros líderes nacionales para protestar contra las medidas ilegales que el general Ayub Khan ha impuesto. El cinco de julio, pronuncia un discurso en un mitin público efectuado en Paltan Maidan. En su intervención, critica vigorosamente a Ayub Khan. El veinticuatro de septiembre viaja a Lahore y se une a Shaheed Suhrawardy para formar el Frente Nacional Democrático, una alianza de partidos de oposición. Durante todo ese mes de octubre viaja por Pakistán Oriental en compañía de Shaheed Suhrawardy, para recabar apoyos a favor del Frente.

**1963**

Mujib viaja a Londres para consultar con Suhrawardy, quien se halla en esa ciudad para recibir tratamiento médico. El cinco de diciembre, Suhrawardy fallece en Beirut.

**1964**

La Liga Awami es reactivada el veinticinco de enero, en una reunión efectuada en la residencia de Mujib. Se aprueba una resolución que establece una democracia parlamentaria, en base al sufragio de todos los mayores de edad y en concordancia con los sentimientos del pueblo bengalí. En la sesión se elige al Maulana Abdur Rashid Tarkabagish como presidente del partido y a Mujib como Secretario General. El once de mayo se forma un Comité de Acción Nacional que inicia un vigoroso movimiento en contra de Ayub Khan. Mujib es arrestado catorce días antes de la elección presidencial.



**1965**

El gobierno acusa a Mujib de sedición. Lo sentencian a un año de prisión. Es liberado más tarde por orden del Tribunal Supremo.

**1966**

El cinco de febrero, en Lahore, tiene lugar una conferencia nacional de partidos de oposición. Mujib presenta su histórico programa de seis puntos ante el comité restringido de la conferencia. La petición de seis puntos es la carta de libertad de la nación bengalí. El primero de marzo, Mujib es elegido Presidente de la Liga Awami. Después de su nombramiento, comienza una campaña en busca de apoyo para su programa de seis puntos. Viaja por todo el país. Nuevamente es arrestado y detenido por la policía en varias ocasiones en Sylhet, Mymensingh y Dacca. En total, sufre ocho arrestos en el primer trimestre del año. El ocho de mayo, es arrestado después de pronunciar un discurso en un mitin de obreros de los molinos de yute, en Narayanganj. El siete de junio tiene lugar una huelga nacional, con el fin de obligar al gobierno a liberar a Mujib y a otros prisioneros políticos. La policía abre fuego contra los huelguistas, y asesina a obreros en Dacca, Narayanganj y Tongi.

**1968**

El gobierno de Pakistán da luz verde a acusar de conspiración a Mujib y a otros treinta y cuatro funcionarios civiles y militares bengalíes. Se considera a Mujib como el “acusado principal” en el caso por buscar la secesión de Pakistán Oriental del resto de Pakistán. Se mantiene detenidos a los acusados en las instalaciones del acantonamiento militar de Dacca. Se producen manifestaciones a lo largo y ancho de la provincia, solicitando la libertad de Mujib y del resto de los acusados en el caso conocido como la conspiración Agartala. El juicio se inicia el diecinueve de junio, en el Cuartel General Militar de Dacca.

**1969**

El cinco de enero se forma un comité de acción de la Central de Estudiantes, que busca la aplicación de un programa de once puntos, que incluye el programa de seis puntos propuesto por Mujib. El comité inicia protestas a nivel nacional para obligar al gobierno a retirar los cargos en el caso de la conspiración Agartala y a liberar a Mujib. Las protestas se transforman gradualmente

en un movimiento de masas. Después de meses de agitación, el gobierno prohíbe reuniones y marchas, en aplicación de la Sección 144 e impone toques de queda y ataques indiscriminados por parte de la policía de Pakistán Oriental. Dichas acciones tuvieron por resultado varias muertes, mientras que el movimiento alcanzaba un punto álgido, con un aumento masivo y sin precedentes de participantes. Esto obligó a Ayub Khan a convocar a una conferencia de líderes políticos, y a anunciar que liberaría a Mujib bajo palabra. Mujib rechazó esa oferta. El veintidós de febrero, el gobierno de Pakistán cedió ante las masivas protestas, y liberó a Mujib y a los demás acusados. Las acusaciones de conspiración fueron retiradas. El 23 de febrero, el comité de acción de la Central de Estudiantes organiza un mitin en honor de Mujib en los predios del hipódromo (Suhrawardy Udyan). Un millón de personas asiste al mismo. En este mitin, Mujib es declarado Bangabandhu (Amigo de Bengala). En el discurso que pronuncia en esa ocasión, compromete su apoyo total a la plataforma de once puntos que los estudiantes han hecho pública.

El diez de marzo, Mujib se integra en la conferencia de líderes convocada por Ayub Khan, en Rawalpindi. En esa conferencia presenta la plataforma de seis puntos que su partido ha aprobado y la de once puntos propuesta por los estudiantes, y dice: “Para poner punto final a la ira de la gente no existe otra solución más que aceptar las peticiones que han sido presentados, en seis y once puntos, además de la aprobación de la autonomía regional.” Abandonó la conferencia el trece de marzo, cuando los políticos y los gobernantes pakistaníes rechazaron sus demandas. Regresó a Daca al día siguiente. El veinticinco de marzo, el general Yanya Khan tomó control de la situación e impuso la ley marcial. El veinticinco de octubre, Mujib viajó a Londres. En una reunión organizada el cinco de diciembre, aniversario de la muerte de Shaheed Suhrawardy para honrar su memoria, Mujib declaró que, desde ese momento, Pakistán Oriental se llamaría Bangladés. Añadió: “Existió un tiempo en el que oscuros esfuerzos se llevaron a cabo para conseguir la desaparición de la palabra “Bangla” de nuestra tierra y de nuestro mapa. La existencia de la palabra “Bangla” se podía ver tan sólo al mencionarse la Bahía de Bengala. Pero en nombre y en representación del pueblo, hoy proclamo que la provincia oriental de Bengala será conocida como Bangladés en lugar de Pakistán Oriental.”

**1970**

El seis de enero, Mujib es reelegido presidente de la Liga Awami. El primero de abril, en una reunión del comité de trabajo, la Liga Awami declara que tomará parte en las elecciones generales convocadas para ese año. El siete de junio, Mujib pronuncia un discurso en los campos del hipódromo, y solicita a la gente que vote por su partido, en base a la plataforma de seis puntos. El diecisiete de octubre, escoge la imagen de un barco tradicional como símbolo electoral de su partido y lanza su campaña en un mitin electoral en Dholai Khal, Dacca. El veintiocho de octubre, se dirige a la nación por la radio y la televisión, y solicita a la gente que elija a los candidatos de su partido que se han presentado a la Asamblea Nacional para que se ponga en práctica la plataforma de seis puntos. Cuando un devastador ciclón golpea la costa de Bangladés, causando la muerte de al menos un millón de personas, Mujib suspende su campaña y se apresura a acudir en ayuda de la gente que sufre en las áreas afectadas. Condena a los gobernantes de Pakistán por su indiferencia hacia las víctimas. Hace un llamamiento a la comunidad internacional para que ayude a las víctimas afectadas por el ciclón. En las elecciones generales, la Liga Awami obtiene la mayoría absoluta, asegurando ciento sesenta y siete escaños de los ciento sesenta y nueve escaños reservados a Pakistán Oriental en la Asamblea Nacional, y doscientos ochenta y ocho de los trescientos disponibles en la Asamblea Provincial.

**1971**

El tres de enero, Mujib toma juramento a los representantes del pueblo, en un mitin convocado en los campos del hipódromo. Los miembros de la Liga Awami juran redactar una Constitución en base a la plataforma de seis puntos y prometen permanecer leales al pueblo que los ha elegido. El cinco de enero, Zulfikar Ali Bhutto, el líder del People's Party que ha obtenido la mayoría en Pakistán Occidental, anuncia que está listo a formar un gobierno de coalición con la Liga Awami. Mujib es elegido líder del grupo parlamentario de la Liga Awami, en un mitin de los miembros de la Asamblea Nacional de su partido. El veintisiete de enero, Zulfikar Ali Bhutto llega a Dacca para entrevistarse con Mujib. Tras tres días de conversaciones, no llegan a ningún acuerdo. El trece de febrero, el Presidente Yahya Khan anuncia que ha

convocado a la Asamblea Nacional para que se reúna en Daca el tres de marzo. El quince de febrero, Bhutto anuncia que boicoteará la sesión y solicita que el poder sea otorgado a los partidos de mayoría tanto en Pakistán Oriental como en Pakistán Occidental. El dieciséis de febrero, Mujib emite un comunicado criticando a Bhutto por presentar tal petición, y declara: “La petición de Bhutto es totalmente ilógica. El poder debe entregarse al partido que tiene la mayoría, que, en este caso es la Liga Awami. El poder se encuentra ahora en la gente de Bengala Oriental.

El primero de marzo, Yahya Khan postpone abruptamente la sesión de la Asamblea Nacional, lo que provoca una tormenta de protestas a lo largo y ancho de Bangladés. Mujib preside una reunión del comité de trabajo de la Liga Awami y convoca a una huelga general a nivel nacional que tendrá lugar el primero de marzo. Tras el éxito de la huelga nacional, Mujib solicita que el presidente transfiera inmediatamente el poder a su partido.

El siete de marzo, Mujib pronuncia un discurso en los campos del hipódromo, en el que declara: “La lucha, en esta ocasión, es la lucha por la emancipación. La lucha, en esta ocasión, es la lucha por la independencia. Joi Bangla.” En ese discurso histórico, Mujib pidió a la nación que rompiera las cadenas de la sumisión y declaró: “Puesto que hemos dado sangre, daremos más sangre. Por voluntad de Dios Todopoderoso, la gente de esta tierra será liberada... Conviertan cada casa en una fortaleza. Enfrenten al enemigo con lo que tengan.”

Mujib pidió a la gente que se preparase para un movimiento de resistencia contra el enemigo. Solicitó que iniciasen un movimiento de no cooperación contra el gobierno de Yahya Khan. Existían, al mismo tiempo, órdenes de Yahya Khan y directivas que eran emitidas por Mujib desde su residencia en la calle 32 de Dhanmondi. La nación entera puso en práctica los consejos de Mujib. Toda organización, incluyendo oficinas del gobierno, tribunales, bancos, compañías de seguros, escuelas, colegios, molinos y factorías, obedecieron sus órdenes. La avasalladora respuesta de la gente de Bangladés al llamamiento que había formulado no tenía precedente en la historia de la región. En realidad, él gobernó Bangladés desde el siete al veinticinco de marzo.

El dieciséis de marzo, Yahya Khan vino a Daca para hablar con Mujib sobre la transferencia del poder. Bhutto vino también

unos días más tarde. Las conferencias entre Mujib, Yahya y Bhutto continuaron hasta el veinticuatro de marzo. Yahya Khan abandonó Daca en secreto en la noche del veinticinco de marzo. Esa misma madrugada, las fuerzas armadas de Pakistán empezaron una campaña de exterminio contra los bengalíes, desarmados e inocentes. Atacaron la Universidad de Daca, los cuarteles de los fusileros de Pakistán Oriental en Pilkhana, y el centro de policía de Rajarbagh.

Momentos antes de que los ataques comenzasen, Mujib declaró la independencia a las doce y media de la madrugada del veintiséis de marzo. Su declaración fue transmitida a todos los lugares del país: “Es posible que éste sea mi último mensaje. Desde este día en adelante, Bangladés es independiente. Hago un llamamiento a la gente de Bangladés, para que, donde quiera que se encuentre y con cualquier cosa que tenga a mano, resista a las fuerzas de ocupación hasta el final. Su lucha debe continuar hasta que el último soldado de las fuerzas de ocupación de Pakistán sea expulsado del suelo de Bangladés. La victoria final es nuestra.”

Mujib envió también un mensaje en bengalí:

“Las fuerzas armadas de Pakistán han atacado, sin previo aviso, la Sede Pilkhana del EPR, en el área policial de Rajarbagh. Se están produciendo escaramuzas por doquier en las calles de la ciudad. Hago un llamamiento a las naciones del mundo para que nos ayuden. Nuestros combatientes por la libertad están luchando valientemente contra el enemigo para liberar nuestra madre patria. En el nombre de Dios Todopoderoso, yo ordeno y pido que ustedes liberen a nuestro país. Luchen incluso si solo les queda una gota de sangre en el cuerpo. Pidan ayuda a la policía, al EPR, al Regimiento de Bengala y a los Ansars. Pídanles que luchen a su lado. No vamos a aceptar ningún compromiso. La victoria será nuestra. Expulsen hasta el último soldado del enemigo de nuestra tierra sagrada. Transmitan este mensaje a todos los líderes de la Liga Awami, a todos los obreros y a todos los compatriotas. Dios los bendiga. Joi Bangla (Victoria a Bengala).”

El mensaje de Mujib fue difundido inmediatamente a lo largo y ancho del país. Gente de todo estrato social, incluyendo a los bengalíes de las fuerzas armadas, la policía, funcionarios del gobierno, miembros de partidos políticos, estudiantes, obreros y campesinos, empezaron a resistir a los soldados de Pakistán. El

ejército pakistaní arrestó a Mujib en su residencia de Dhanmondi a la una y media de la mañana, y se lo llevó al acuartelamiento de Dacca. Tres días más tarde, en calidad de prisionero, fue trasladado, por vía aérea, a Pakistán. El veintiséis de marzo, el general Yayha Khan, en una declaración pública, prohibió la Liga Awami y declaró traidor a Mujib.

El veintiséis de marzo, M. A. Hannan, líder de la Liga Awami de Chittagong, leyó, en la radio Chittagong, la declaración de independencia redactada por Mujib. El diez de abril, se forma el gobierno revolucionario provisional de Bangladés, liderado por Mujib, en calidad de presidente.

El gobierno revolucionario prestó juramento el diecisiete de abril, en el Amrakanan de Baidyanathtala, en Meherpur, área que es hoy conocida como Mijubnagar. Mujib fue elegido Presidente, Syed Nazrul Islam, Presidente Provisional, y Tajuddin Ahmed, Primer Ministro. La Guerra de Liberación terminó el dieciséis de diciembre, cuando las fuerzas de ocupación pakistaníes se rindieron en los históricos campos del hipódromo, aceptando su derrota en la gloriosa ofensiva liderada por el gobierno revolucionario en exilio. Bangladés fue libre, finalmente.

Unos meses antes, entre agosto y septiembre de 1971, la junta pakistaní condujo un juicio secreto contra Mujib, dentro de la cárcel de Faisalabad (Lyallpur), en Pakistán. Le condenaron a muerte. Defensores de la paz, en todo el mundo, solicitaron que se respetase su vida. El veintisiete de diciembre, el gobierno de Bangladés solicitó la liberación inmediata de Mujib. Varios países, incluyendo India y la Unión Soviética, junto con algunas organizaciones internacionales, también solicitaron que Mujib fuera puesto en libertad. Manifestaban que Pakistán no tenía derecho a detener al Presidente del Bangladés independiente.

## **1972**

El ocho de enero, cediendo ante la presión internacional, el gobierno de Pakistán deja en libertad a Mujib. El mismo día, Zulfikar Ali Bhutto se entrevista con él. Mujib parte inmediatamente con destino a Londres, en ruta a Dacca. En Londres, el Primer Ministro británico, Edward Heath, se entrevista con él. A su regreso, se detiene en Nueva Delhi. Es recibido por el Presidente de la India, V. V. Giri, y por la Primera Ministra, Indira Gandhi, en el aeropuerto. A su llegada a Dacca, Mujib recibe una inolvidable bienvenida. Del

aeropuerto, es transportado directamente al hipódromo. Fue allí donde pronunció un discurso ante una gran multitud. El doce de enero, Mujib asciende al poder en calidad de Primer Ministro de Bangladés. El seis de febrero visita la India por invitación del gobierno de ese país. Después de haber transcurrido veinticuatro años de su expulsión de la Universidad de Daca, las autoridades de esa institución anulan la orden de expulsión.

El primero de marzo viaja a la Unión Soviética en visita oficial. Las fuerzas armadas de la India abandonan Daca el doce de marzo a solicitud de Mujib. El primero de mayo, anuncia una subida de salarios para los funcionarios de gobierno de tercera y de cuarta clase. El treinta de julio, Mujib viaja a Londres para recibir tratamiento médico y desde allí viaja a Ginebra. El diez de octubre, el Consejo Mundial de la Paz le confiere el premio Joliot-Curie. El cuatro de noviembre, Mujib anuncia que las primeras elecciones generales en Bangladés tendrán lugar el siete de marzo de 1973. El quince de diciembre, el gobierno de Mujib anuncia que se concederán reconocimientos estatales a los combatientes por la libertad. El catorce de diciembre, firma el borrador de la Constitución. En el primer aniversario de la liberación, se adopta la Constitución de la República Popular de Bangladés.

Los más importantes éxitos del gobierno de Mujib son los siguientes: la reorganización del sistema administrativo; la redacción y adopción de la Constitución; la rehabilitación de diez millones de personas; la restauración y desarrollo del sistema nacional de comunicaciones; la expansión de la educación; la entrega gratuita de libros escolares hasta el quinto año de educación primaria y de libros escolares de bajo precio hasta el octavo; la prohibición efectiva de actividades anti islámicas y antisociales, como apuestas, carrera de caballos y consumo de licor; el establecimiento de la Fundación Islámica, la reorganización del Consejo Educativo de Madrasas; establecimiento de once mil escuelas primarias; la nacionalización de cuarenta mil escuelas primarias; el establecimiento de un centro de rehabilitación para el bienestar de las mujeres afectadas en la guerra de liberación; el establecimiento del Fondo por el Bienestar de los Combatientes por la Libertad; la distribución de implementos agrícolas gratuitos o de costo simbólico a los campesinos; la nacionalización de los bancos, de las compañías de seguros y de quinientas ochenta



unidades industriales abandonadas por pakistaníes y concesión de empleo en las mismas para miles de obreros; la construcción de la factoría de fertilizantes Ghorasal; los trabajos iniciales del Complejo Ashunganj, el establecimiento de nuevas unidades industriales y reapertura de industrias cerradas. Mujib trabajó con éxito en la creación de una infraestructura económica para impulsar al país hacia el progreso y la prosperidad. Otro de sus éxitos fundamentales fue el reconocimiento de la existencia de Bangladés por parte de un gran número de países del mundo.

### **1973**

La Liga Awami obtiene doscientos noventa y tres escaños de los trescientos disponibles en el Jatijo Sangsad (Parlamento), en las primeras elecciones generales. El tres de septiembre, la Liga Awami, el Partido Comunista de Bangladés (CPB), y el Partido Nacional Awami (NAP), forman el Oikya Front (Frente Unido). El seis de septiembre, Mujib visita Argelia para participar en la Cumbre del Movimiento de Países no Alineados.

### **1974**

La República Popular de Bangladés es admitida como miembro de las Naciones Unidas. El veinticinco de septiembre Sheikh Mujibur Rahman pronuncia un discurso en bengalí ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, por primera vez en la historia de ese organismo.

### **1975**

El veinticinco de enero, se produce la transición al sistema presidencial de gobierno. Mujib es proclamado Presidente de la República. El veinticuatro de febrero, se crea la Krisak Shamik Liga Awami de Bangladés, que comprende a todos los partidos políticos del país. El veinticinco de febrero, Mujib hace un llamamiento para que todos los partidos políticos y líderes se unan al partido nacional. Siente la necesidad de convertir a Bangladés en un país autosuficiente, disminuyendo su dependencia de la ayuda extranjera. Transforma radicalmente las políticas económicas para alcanzar el objetivo de la auto suficiencia. Inicia una Segunda Revolución que busca una independencia real y proporcionar alimentos, vestido, vivienda, atención médica, educación y empleo para el pueblo. Los objetivos de la revolución eran la eliminación de la corrupción, el incremento de producción en molinos, factorías



y campos, el control del crecimiento demográfico y el establecimiento de la unidad nacional.

Mujib recibió una respuesta sin precedentes a su llamamiento para alcanzar la emancipación económica por medio de la unidad de la nación. La economía empezó a crecer rápidamente. La producción se incrementó. Los precios de los alimentos bajaron. Lleno de esperanza, el pueblo le siguió en su misión de llevar los beneficios de la independencia a todos los hogares.

Trágicamente, en la madrugada del quince de agosto de 1975, el más noble y el más grande de los bengalíes, Sheikh Mujibur Rahman, el arquitecto de Bangladés y el Padre de la Nación, fue asesinado por unos cuantos oficiales del ejército, plenos de ambición y de traición. Ese día fueron asesinados con él su esposa, Begum Fazilatunnesa; su hijo mayor, Sheikh Kamal; su segundo hijo, el teniente Sheikh Kamal; su hijo menor, Sheikh Russel; sus dos nueras, Sultana Kamal y Rosy Kamal; su hermano, Sheikh Naser; su cuñado y Ministro de Agricultura, Abdur Rab Serniabat, junto con su hija, Baby Serniabat, su hijo, Arif Serniabat, su nieto, Sikanto Abdullah, y su sobrino, Shahid Serniabat; el sobrino de Mujib, el líder juvenil y periodista Sheikh Dazlul Huq Moni y su esposa, embarazada, Arzoo Moni; su secretario militar, coronel Jamil; y un niño de catorce años, Rintoo.

Los asesinos mataron a dieciséis personas en total. Tras el asesinato de Sheikh Mujibur Rahman se impuso la ley marcial en el país. La democracia fue eliminada y los derechos fundamentales erradicados. Así comenzó la política del asesinato, de los golpes de estado y de la conspiración. Se eliminó el derecho del pueblo a la alimentación y al voto.

Aunque la legalidad internacional contempla acciones penales contra asesinos y la protección de los derechos humanos en el mundo, en Bangladés, bajo el imperio de la ley marcial, el veintiséis de septiembre de 1975, se puso en práctica una ley que impedía cualquier acción legal en contra de los autoproclamados asesinos de Mujib. Después de alcanzar el poder ilegalmente, por medio de un golpe de estado militar, el general Ziaur Rahman burló la Constitución al incorporar en la misma, como quinta enmienda, la infame "Ordenanza de Indemnización". Premió a los asesinos enviándolos al extranjero en calidad de representantes diplomáticos de Bangladés.

El veintitrés de junio de 1996, Sheikh Hasina, hija de Mujib, llegó al poder encabezando un gobierno de la Liga Awami. El dos de octubre subsiguiente, se inició un proceso judicial en la comisaría de policía de Dhanmondi, en contra de todos aquellos que habían estado involucrados en el asesinato del Padre de la Nación, Sheikh Mujibur Rahman, y de los miembros de su familia. El doce de noviembre, el Jatiyo Sangsad (Parlamento) anuló la Ordenanza de Indemnización.

El juicio empezó el primero de marzo de 1997, en la corte del distrito de Dacca. El ocho de noviembre de 1998, el magistrado de la corte, Kazi Gholam Rasul, emitió un veredicto de setenta y cuatro páginas, en el que sentenció a quince de los acusados a muerte. En apelación, el dieciocho de noviembre de 2000, dos jueces emitieron un veredicto contradictorio. La causa fue referida entonces a un tercer magistrado, en el Tribunal Supremo, que sentenció de modo definitivo a favor de la aplicación de la pena de muerte a doce de los acusados. Cinco de los sentenciados presentaron un recurso de apelación ante la división de apelaciones del Tribunal, pero mientras la alianza entre el Partido Nacionalista de Bangladés y el Jamat se mantuvo en el poder, de 2002 a 2006, la causa fue eliminada de la lista de casos activos en el Tribunal. Un grupo de trabajo se conformó, finalmente, en 2007. El diecinueve de noviembre de 2009, después de veintinueve días de audiencias, un panel judicial formado por el Presidente del Tribunal y otros cuatro magistrados rechazó la apelación. El veintisiete de enero de 2010, otros cuatro magistrados rechazaron la solicitud de revisión. La noche siguiente – el veintiocho de enero – cinco de los asesinos fueron ejecutados. Uno de los asesinos murió en el extranjero, fugitivo de la justicia. Otros seis evaden la justicia todavía, en países extranjeros. A pesar de ello, se había logrado el objetivo de que los asesinos fuesen llevados a juicio, treinta y cuatro años después del asesinato de Mujib y de los miembros de su familia.

El quince de agosto de 1975 es el día más aciago de la historia de Bangladés. La nación conmemora en esa fecha el “Día Nacional de Luto.”\*

---

\* Texto tomado del álbum Padre de la Nación, 3era edición, 2010, publicado por La Fundación para la Memoria del Padre de la Nación. Bangabandhu Sheikh Mujibur Rahman.

---

---

—¿Por qué no escribes tus memorias? —me preguntan siempre mis amigos.

—Escribe sobre tus experiencias en la política: será muy útil un día —me aconsejan una y otra vez mis colegas.

Incluso mi esposa, estando juntos un día dentro de una habitación de la cárcel, llegó a decirme:

—Ya que no tienes nada mejor que hacer, escribe ahora sobre tu vida.

—No puedo escribir—le respondí—. Y, en todo caso, ¿qué he hecho yo que sea lo bastante valioso para que merezca ser escrito? ¿Cómo se beneficiará el público con las historias de mi vida? ¡No he logrado nada! Lo único que puedo decir es que me he sacrificado un poco por mis principios y por mis ideales.

Una noche mi carcelero aseguró desde fuera el cerrojo de mi puerta y se marchó. Desde mi pequeña celda de la cárcel central de Dacca levanté la mirada al cielo. Pensé entonces en el Sr. Suhrawardy.<sup>1</sup> En el modo en que lo conocí. En cómo me convertí en su amigo. En cómo me enseñó los elementos esenciales de la vida política, y en la manera en que me gané su aprecio.

De pronto consideré una posibilidad. ¿Qué sucedería si no era capaz de narrar los eventos de una forma apropiada? ¿No sería terrible escribir la primera cosa que recordase, sin saber bien lo que hacía? En todo caso, ¡sería una buena manera de ocupar el tiempo! A menudo, en la cárcel, mis ojos se cansaban de leer libros y periódicos sin cesar. Me decidí entonces a tomar un cuaderno y a empezar a escribir. Descubrí que mi memoria me servía bien. Quizás me equivocaría en algunas fechas por un

---

<sup>1</sup> Huseyn Shaheed Suhrawardy.

día o dos, pero confiaba en que podría describir los eventos más o menos correctamente. Renu, mi esposa, me había traído algunos cuadernos que dejó con mis carceleros. Ellos los habían revisado y me habían permitido conservarlos. Hoy mi esposa me ha recordado una vez más para qué me los trajo. Y, en este día, he empezado a escribir mis memorias.<sup>2</sup>

~~~

Nací en Tungipara, pueblo de Gopalganj, subdivisión del distrito de Faridpur.<sup>3</sup> La nuestra fue la última unión,<sup>4</sup> excavada en la parte sur del distrito. Por allí corre el río Modhumati, que separa Faridpur del distrito de Khulna.

La familia Sheikh del distrito de Tungipara era bastante conocida en la región. Hoy podría ser considerada una familia de clase media. Gracias a los ancianos y a las personas de renombre de la localidad es posible conocer historias referentes a la familia y a la región. Yo nací en esta familia.

Un hombre muy religioso, llamado Sheikh Borhaniddin, fundó mi familia hace muchos años. Que los Sheikh fueron una familia pudiente se puede deducir observando de cerca los edificios, construidos con los pequeños ladrillos de la época mogola que son parte de nuestro legado ancestral. En tiempos pretéritos, existían cuatro de esas estructuras. Una sola puerta daba paso hacia el recinto que albergaba los edificios. Una puerta que, durante mi niñez, permanecía cerrada desde el interior gracias a un cerrojo de madera. Uno de mis abuelos vivió en uno de esos edificios. En otro aún sobrevive a duras penas un tío mío. Uno colapsó, y sus restos sirven ahora de hogar para serpientes venenosas. La mayor parte de nuestra extensa familia no tiene los medios necesarios

---

<sup>2</sup> Los cuadernos utilizados para la redacción del manuscrito fueron examinados por el inspector general adjunto de prisiones, División de Dacca, el 9 de junio de 1967 y el 22 de septiembre de 1967. El autor estuvo detenido en el acantonamiento de Dacca desde el 17 de enero de 1968, acusado de cargos relacionados con el caso de la conspiración Agartala. Cabe suponer, por tanto, que el autor escribió esta autobiografía durante el segundo semestre de 1967, estando recluso en la cárcel central de Dacca.

<sup>3</sup> Hoy en Bangladés.

<sup>4</sup> Un grupo de aldeas constituye una 'unión administrativa'. Está gobernada por un comité de unión, formado por los representantes electos por tal jurisdicción.

para mantener esas construcciones en pie. Muchos de ellos viven ahora en casas con tejado de estaño, construidas alrededor de los edificios ruinosos de nuestros antepasados. Yo nací en una de esas casas.

Si uno escucha a los ancianos de mi familia o presta atención a las canciones de los bardos locales, llegará a conocer la historia del declive de la familia Sheikh y aprenderá cómo fueron perdiendo su posición y su riqueza, hasta no ser más que los propietarios de unas ruinas. Estoy convencido de que la mayor parte de los relatos que recogí sobre el detrimento de la fortuna familiar son ciertos. La familia Sheikh, de hecho, lo ha perdido casi todo. Hoy por hoy ya solo puede vanagloriarse de un pasado pudiente y de hechos ocurridos hace mucho tiempo.

Nadie conoce con exactitud de dónde vino Sheikh Borhanuddin y qué le hizo tomar la decisión de establecerse en las riberas del Modhumat. Las edificaciones de nuestro conjunto familiar eran viejas, de más de doscientos años. Tampoco existen registros de lo que sucedió con las tres o cuatro generaciones que llegaron después. Algo de información existe, sin embargo, sobre el nieto de Sheikh Borhanuddin, y sobre dos hermanos que vivieron un par de generaciones más tarde. De hecho, aún circulan muchas historias en la región sobre esos dos hermanos. Uno de ellos se llamaba Sheikh Qudratullah y el otro Sheikh Ekramullah. Todos los Sheikh que vivimos en la actualidad somos descendientes de esos hermanos. La familia gozaba todavía de una buena situación cuando esos hermanos vivían. Eran terratenientes y dueños de grandes negocios.

Sheikh Qudratullah fue comerciante y un hombre muy dedicado a su familia. Sheikh Ekramullah fue un líder que velaba por la justicia en su comunidad.

Sheikh Qudratullah era el mayor. En ese tiempo, la Compañía Británica de las Indias Orientales ya había anexionado Bengala y construido el puerto de Calcuta. Los ingleses habían comenzado a asentarse en la región y a cultivar índigo.

Hay una historia sobre Sheikh Qudratullah que aún se recuerda con frecuencia por aquí. Es una historia verdadera. En Alaipur, distrito de Khulna, un inglés llamado Sr. Ryan empezó a plantar índigo y a construir una casa solariega. De hecho, la casa todavía existe. Los Sheikh poseían una flota de barcas que viajaban a

Calcuta y solía ocurrir que el Sr. Ryan interceptaba esas barcas y a sus timoneles y los retenía por considerables períodos de tiempo. No lo hacía solo con las barcas de los Sheikh, también las embarcaciones de otras personas sufrían el mismo secuestro. Si alguien se atrevía a resistirse, lo castigaba brutalmente.

Es bien conocida la crueldad de la que hacían gala los ingleses durante aquella época. Hay que recordar que los Sheikh eran, con todo, una familia poderosa todavía y lucharon contra los hombres del Sr. Ryan y, en innumerables ocasiones, lo llevaron ante los tribunales que, finalmente, dictaron que el Sr. Ryan había sido injusto en sus acciones. La corte le dijo a Sheikh Qudratullah que podía imponer cualquier suma de dinero como multa al Sr. Ryan, y declaró también que el inglés debía pagar sin objeción posible. Así era cómo se dictaba justicia entonces. Sheikh Qudratullah decidió que la mejor manera de humillar al Sr. Ryan sería obligarlo a pagar media poisha,<sup>5</sup> en otras palabras, la mitad de la moneda del valor más ínfimo. Ante ello Ryan dijo:

—Estoy dispuesto a pagarle todo lo que usted quiera, pero no me humille, ya que los ingleses me convertirán en un marginado si un negro indio nativo me obliga a pagar como multa tan solo media poisha.

—Yo no llevo cuentas de lo que gano, yo solamente considero el peso de mi fortuna. No necesito dinero. Usted ha insultado a mi gente y por ese motivo he decidido vengarme —respondió, según cuentan, Sheikh Qudratullah.

Entre la gente Sheikh Qudratullah era más conocido como “Kodu Sheikh”. Incluso hoy, los ancianos de Khulna y de Faridpur narran esa historia y todavía se cantan canciones sobre la legendaria “multa de media poisha de Qudratullah Sheikh”.

Un día fui a una reunión en Bagerhat acompañado por el abogado Zillur Rahman. En el tren me encontré con un anciano que, al conocer mi nombre, me contó esta historia. Es un relato muy popular en Khulna.

Tan solo una o dos generaciones después de la muerte de Sheikh Qudratullah y Sheikh Eramullah, la dinastía de los Sheikh empezó a disminuir en importancia. A pesar de ser considerados aún como aristócratas, su fortuna y sus propiedades fueron menguando progresivamente.

---

<sup>5</sup> Una rupia estaba conformada de sesenta y cuatro *poishas* en ese momento.

En aquella época, los ingleses solían observar a todos los musulmanes con la misma sospecha. Un suceso importante para la familia tuvo lugar después de que Rani Rasmoni se convirtiera en zamindar.<sup>6</sup> Ella conspiró junto a los ingleses contra los Sheikh.

Sheikh Asimuddin era el encargado de administrar las propiedades y los intereses comerciales de Sheikh en Calcuta. Hubo un sinfín de litigios sobre la propiedad de tierras que lindaban con las de Rani Rasmoni. En el poblado de Sriramkandi, un lugar alejado tan solo tres millas de las tierras de los Sheikh, vivía un hombre portentoso llamado Tamizuddin. Tamizuddin tomó partido por Rasmoni en el conflicto por las tierras. Aquel hombre era un gran luchador, pero, durante una de las muchas peleas entre las familias, los Rasmoni fueron derrotados y Tamizuddin cayó herido. Fue capturado por los Sheikh y se cree que murió siendo su prisionero. Todos los miembros de la familia Sheikh fueron arrestados y llevados a juicio. Tuvieron que gastar una fortuna para recobrar la libertad.

Poco después ocurrió otra historia que contribuyó al declive de la familia. Las tierras de los Sheikh en Tungipara colindaban con aquellas de otro clan cuyo apellido también se remontaba a muchas generaciones atrás. Esta dinastía era conocida como los Kazi, y tenía vínculos familiares lejanos con los Sheikh. A pesar de su lejano parentesco y de que los Kazi no le iban a la zaga a los Sheikh en cuanto a dinero y a propiedades se refiere, las dos familias estaban siempre enzarzadas en distintas disputas.

Parte de la familia Kazi se había aliado con los hombres de Rani Rasmoni, que seguía negando la superioridad de los Sheikh, pero la mayoría estaba de nuestro lado. Esta facción enemiga, sin embargo, estaba dispuesta a combatirnos y para ello no dudaron en recurrir al engaño.

Sheratullah Kazi, un anciano de la dinastía Kazi, tenía dos hijos y una hija. Con el fin de apropiarse de las tierras de su padre, los hijos conspiraron juntos para estrangularlo. Después de cometer el crimen, dejaron el cuerpo en el tejado de un granero de los Sheikh. La hija del anciano sabía lo que había sucedido, pero los hermanos obligaron a su hermana a guardar silencio. Fueron a la policía y les contaron dónde estaba el cuerpo de su padre.

---

<sup>6</sup> N. de la T.: *Zamindar*, término utilizado en el subcontinente indio para designar a grandes terratenientes, poseedores o no de títulos de nobleza.



Luego ayudaron a las autoridades a bajarlo y los convencieron de que debían arrestar a toda la familia Sheikh. La familia, por lo tanto, se encontraba en peligro de nuevo.

El tío de mi abuelo paterno y el bisabuelo de Renu, mi esposa, acabaron por declararse en bancarrota en Calcuta y regresaron al poblado. Las propiedades de Calcuta se perdieron. Cuando los hombres de la familia Sheikh fueron encarcelados, nadie pudo mantener sus intereses mercantiles. Comerciantes y hombres de negocios influyentes que trabajaban para la familia hundieron sus barcas y acabaron con sus bienes y luego huyeron de la escena de su crimen.

Los Sheikh habían gastado una fortuna en su defensa en el caso del asesinato de Tamizuddin. Las tierras ancestrales de la familia fueron puestas a la venta. El proceso legal se prolongó por mucho tiempo y las cortes de primera instancia acabaron por condenar a todos los acusados a penas de cárcel.

Con el tiempo todo el proceso llegó al conocimiento de la Corte Superior de Calcuta. El abogado que representaba a nuestra familia pidió a la Corte Superior que iniciara una nueva investigación con la ayuda del CID (el Departamento de Investigaciones Criminales). Lo hizo porque sabía que las acusaciones eran falsas. La Corte Superior también determinó que el caso tenía muchas lagunas, por lo que ordenó la investigación solicitada. Un oficial fue a nuestro pueblo, haciéndose pasar por un hombre que había perdido la razón, e inmediatamente comenzó a acumular datos.

Una noche, los hijos de Kazi Sheratullah estaban discutiendo por algún asunto. Mientras reñían acaloradamente, tuvo lugar el siguiente diálogo:

—¿Acaso no dije que era una mala idea asesinar a nuestro padre de aquella manera, y que nada debía hacerse contra los Sheikh? —dijo uno de los hermanos.

—¡Tú mataste a nuestro padre, asfixiándolo! —contestó el otro.

—Papá quería algo de agua, y ni eso le disteis —clamó la hermana.

El oficial del CID, escondido a poca distancia, escuchó toda la conversación. Pocos días más tarde, los dos hermanos y la hermana fueron arrestados y confesaron su participación en la muerte de su padre.

Los Sheikh fueron puestos en libertad, mientras que los hijos de Sheratullah fueron condenados a prisión de por vida.

A pesar de no estar ya presos, los Sheikh lo habían perdido todo durante su estancia en la cárcel. Sus negocios no existían, sus propiedades ancestrales ya no les pertenecían. Ya solo poseían las tierras que rodeaban sus casas, aunque estas tenían una extensión considerable, por lo que se dedicaron a cultivarlas para poder alimentar así a su familia. A esto se dedicaron mi bisabuelo y sus hermanos, y el resto del tiempo lo invirtieron en jugar a los dados. No hacían otra cosa, salvo comer y dormir.

Conocían perfectamente tanto el idioma persa como el bengalí. El abuelo de Renu, primo de mi propio abuelo, había escrito su autobiografía en un bengalí muy correcto.

Renu heredó algunas páginas de ese trabajo, junto con el legado que ella y su hermana recibieron de su abuelo. El padre de Renu –quien, además de mi suegro, era mi tío– murió antes que su padre. De acuerdo con la ley musulmana, Renu no debía de haber heredado aquello, pero, al no tener ningún tío, su abuelo pudo legarle todo a ella y a su hermana.

Habríamos podido averiguar más sobre la familia si se hubiesen conservado más páginas de la autobiografía. Pero alguien debió robarlas para conservar oculto algún detalle. Renu investigó con tesón, intentando encontrar el resto de las páginas, pero sus esfuerzos fueron en vano. Hemos escuchado otras historias sobre nuestros ancestros, pero es difícil determinar con certeza cuáles son ciertas y cuáles productos de la invención.

Ni siquiera la pérdida de la fortuna de los Sheikh hizo que toleraran a los ingleses, y su rechazo hacia ellos y hacia su idioma hizo más difícil que pudieran levantar cabeza en la sociedad.

Otro factor que no ayudó a frenar el declive fue que las tierras heredadas dentro de familias musulmanas tienden a parcelarse con el paso de las generaciones, debido a su sistema legal de herencias. Así, a medida que la familia crecía, la propiedad que les permitía subsistir se iba subdividiendo una y otra vez. La situación económica de la familia era cada vez más precaria. A pesar de que la penuria era generalizada, algunos Sheikh vivían relativamente mejor que otros.

No fue hasta la generación de mi abuelo que algunos Sheikh empezaron a aprender inglés. Mi abuelo era uno de los que había

caído en la pobreza, puesto que sus dos hermanos y él habían decidido emprender sus vidas por separado.

El hermano mayor de mi abuelo era un hombre sabio que fue mediador en disputas locales y temas sociales. Mi abuelo murió de repente y mi tío mayor murió poco después de aprobar sus exámenes de ingreso a la universidad, en un momento en el que mi padre estaba a punto de presentarse a las mismas pruebas.

Mi padre se encontró de pronto en una situación difícil, puesto que a partir de la muerte de mi tío pasaba a ser el responsable de su familia y de todos los menores de edad de la misma. El hermano mayor de mi abuelo no tenía ningún hijo, pero sí cuatro hijas. Decidió que su hija menor debía contraer matrimonio con mi padre, y le legó todas sus propiedades.

Mi abuelo materno se llamaba Sheikh Abdul Majid, mientras que mi abuelo paterno tenía por nombre Sheikh Abdul Hamid. El hermano menor de mi abuelo paterno era Sheikh Abdul Rashid. Los ingleses otorgaron más tarde a Sheikh Abdul Rashid el título de “Khan Shaheb”, y era de esa manera que se lo conocía en el pueblo.

A pesar de que la situación de mi padre había mejorado poco a poco, le resultaba muy difícil costear la educación de mis tíos y los matrimonios de mis tías. Por este motivo terminó por abandonar su idea de estudiar y dejó el pueblo para ir a buscar trabajo. En aquella época no era fácil para un musulmán encontrar trabajo, pero consiguió un empleo en la Corte Dewani,<sup>7</sup> de la que se convirtió en sherestedar.<sup>8</sup>

El día en que aprobé el examen de acceso a la Universidad Islamia y me fui a Calcuta fue el día en que mi padre recogió el dinero que le correspondía como pensión y regresó a casa.

Ahora necesito narrar un evento que probablemente va a asombrar a muchos. Debía de tener más o menos trece años cuando me casé. Cuando el padre de Renu falleció, su abuelo llamó a mi padre y le dijo:

—Vas a tener que casar a tu hijo mayor con una de mis dos nietas, ya que pienso dejar en herencia todas mis propiedades a ellas.

---

<sup>7</sup> N. de la T.: *Corte Dewani* —*dewani adalat* —, corte civil, establecida por los británicos en el subcontinente indio.

<sup>8</sup> Jefe de secretarios/encargado de registros de una corte.

El abuelo de Renu era el tío de mi padre. Renu apenas había cumplido los tres años. Me casé con ella obedeciendo la orden de mi padre y la ceremonia se limitó al registro oficial de nuestros nombres. Del evento solo saqué en claro que me había casado. No tenía ni idea de qué implicaciones tenía mi nueva situación.

Cuando Renu cumplió los cinco, su madre murió. Todo lo que le quedaba en el mundo era su abuelo, quien también falleció cuando ella tenía solo siete años. Después de aquello se vino a vivir con nosotros y se crio junto a mis hermanos. Su hermana mayor contrajo matrimonio con uno de mis primos. Ellos se quedaron con la casa de mi suegro, que estaba pegada a la nuestra, puesto que Renu y yo no teníamos necesidad de mudarnos a otra casa. Narraré más tarde otros eventos de nuestra vida de casados.

~~~

Nací el 17 de marzo de 1920. El nombre de mi padre era Sheikh Lutfar Rahman. El hermano menor de mi abuelo, Khan Shaheb Abdul Rashid, había fundado una escuela llamada M. E. School. Fue la primera escuela de enseñanza que impartía las clases en inglés que funcionó en nuestra área. Se convirtió más tarde en una institución de enseñanza media, que aún existe. Yo estudié en esa escuela hasta completar el tercer grado de enseñanza primaria. Luego fui a vivir con mi padre en Gopalganj, y me matriculé en el colegio público de Gopalganj.

El nombre de mi madre es Sayera Khatun. Ella nunca vivió con mi padre en el pueblo. Se dedicó a cuidar de nuestras tierras. Decía siempre:

—Mi padre me dio esta propiedad de modo que pudiese quedarme en nuestra casa. Si me marchó a la ciudad, no habrá nadie que encienda una vela en casa y él se enojará con nosotros.

Las casas de mis abuelos maternos y paternos colindaban. Yo siempre me quedaba en casa de mi abuelo materno. Permanecí con mi padre, e inicié mi educación con él. Solía dormir a su lado. No podía dormir sin su presencia. Puesto que era el hijo mayor, recibía todo su cariño. Su tío segundo no tenía hijos, y el menor solo uno. A mi primo se le conocía como “Khan Shaheb”. Se convirtió luego en un miembro de la Asamblea Provincial de Pakistán Oriental, cuando el General Ayub Khan fue presidente. Su nombre es Sheikh Musharraf Hossain.

Durante mi infancia fui un niño muy travieso. Solía jugar y cantar mucho y se me daba muy bien una danza popular llamada brotochari. Pero en 1934, cuando estaba en séptimo grado, enfermé gravemente. Aquejado de beriberi, mi corazón se debilitó. Mi padre me llevó a Calcuta para que me atendiesen. Consultó a los médicos más conocidos de la ciudad –Shibapada Bhattacharjee, A. K. Roy Chowdhury y otros– y, durante más de dos años, me hizo seguir el tratamiento que le recomendaron.

En 1934 nombraron a mi padre sherestedar en Madaripur y se trasladó allí para ocupar su nuevo puesto. Como yo estaba aún enfermo, mi padre trajo a mi madre para que se quedase con nosotros.

En 1936 mis ojos empezaron a fallar. Sufría de glaucoma. Los médicos del lugar le sugirieron a mi padre que me llevase de nuevo a Calcuta. Yo me había matriculado en el Instituto de Madaripur, y estaba en el séptimo grado. En Calcuta consultamos al Dr. Ahmed. Una hermana mía estaba por entonces residiendo en esa ciudad, puesto que mi cuñado trabajaba en la oficina del Contador General de Bengala (AGB). Era la segunda de mis hermanas, la madre de Fazlul Huq Moni. Su marido, el padre de Moni, era un pariente lejano de la familia Sheikh. Permanecí en su casa por algún tiempo y no me importaba vivir en Calcuta.

El doctor recomendó que me operaran de inmediato, insistiendo en que cualquier demora podía dejarme ciego. Consiguió que me admitieran en el hospital Calcuta Medical College. La operación debía iniciarse a las nueve de la mañana. Estaba tan asustado que intenté escapar, pero no lo conseguí. Fui llevado a la sala de operaciones, donde me operaron de un ojo. El otro fue intervenido diez días más tarde. Al final me recuperé, aunque tuve que dejar de estudiar una temporada. La principal secuela es que, desde aquel año, 1936, he tenido que usar siempre gafas. También tuve que interrumpir mis estudios durante un tiempo.

Después de la operación regresé a Madaripur, donde pasé un tiempo sin poder hacer gran cosa. No podía ni estudiar ni practicar deporte. Mi única diversión consistía en asistir a reuniones por las tardes. Era la época del movimiento Swadeshi.<sup>9</sup> Purna Das, nativo

---

<sup>9</sup> El movimiento *Swadeshi* se originó con la partición de Bengal, acaecida en 1905, pero terminó hacia 1908. De todos los movimientos nacionalistas que tuvieron lugar con cierto impacto en la era previa a Gandhi, fue el de mayor éxito. El autor

de Madaripur, se hallaba por entonces aterrorizando a los ingleses. El movimiento Swadeshi, que buscaba la autodeterminación, se había extendido por doquier en Madaripur y Gopalganj. Yo tenía la impresión de que el partido de Subhas Bose era el más poderoso de todos los movimientos políticos en Madaripur. Los muchachos que eran todavía adolescentes se habían unido en masa a él. Cuando algunos de los responsables del partido vieron que yo era asiduo a las reuniones, se interesaron por mí.

Empecé a concebir ideas negativas sobre los ingleses. Sentía que no tenían derecho alguno a permanecer en nuestro país. Debíamos lograr la independencia. Me convertí en un admirador del Sr. Bose y empecé a viajar entre Gopalganj y Madaripur para asistir a sus reuniones. También inicié mis contactos con la gente que pertenecía al movimiento Swadeshi. Más tarde supe que el SDO (oficial de subdivisión) de Gopalganj había advertido a mi abuelo paterno, Khan Shaheb, sobre mis actividades.

Retomé mis estudios en 1937. No regresé a mi antigua escuela, puesto que mis antiguos compañeros habían avanzado en sus estudios. Mi padre logró que me admitieran en la Escuela de la Misión de Gopalganj y después regresó al pueblo. Contrató a Kazi Abdul Hamid como mi tutor e incluso le ofreció una habitación en nuestra casa de Gopalganj, que había construido él mismo.

Mi tutor fundó la Asociación de Beneficencia Musulmana, una entidad que buscaba ayudar a los estudiantes de pocos recursos de Gopalganj. Nos pidió que colaborásemos para que otras personas de los barrios musulmanes del poblado contribuyeran a la causa. Cada viernes, solíamos ir de puerta en puerta, pidiendo alguna donación. El vendía el arroz que obteníamos de tal modo y, con el dinero que recibía, ayudaba a los estudiantes a comprar libros, a pagar las tasas para inscribirse en los exámenes y a pagar otros gastos que pudieran tener. También buscaba en el pueblo hogares en los que los muchachos fuesen aceptados como huéspedes y pagaba por su alojamiento, ofreciéndose también como tutor de los hijos de los dueños de casa. Trabajé mucho para él. Murió de forma repentina de tuberculosis.

---

se refiere aquí, probablemente, al movimiento nacionalista liderado por Mahatma Gandhi contra la colonización, y probablemente usa la palabra 'swadeshi' para señalar a los seguidores más leales del movimiento anticolonial.

Decidí entonces mantener la Asociación yo mismo, y durante un tiempo lo logré. Otro maestro musulmán solía cuidar del dinero que obteníamos. Se convirtió en el presidente de la Asociación, y yo pasé a ser el secretario general de la misma. Si algún musulmán se negaba a ayudarnos, nos uníamos para lograr que contribuyese. En alguna ocasión lanzamos ladrillos a una casa por la noche. Mi padre me reprendió a menudo por tales acciones. No podía, sin embargo, prohibirme que trabajase para la Asociación. Algunas de mis aficiones de entonces incluían el fútbol, el baloncesto y el *hockey*. A pesar de no ser muy bueno en ninguno de esos deportes, formaba parte del equipo de la escuela. Todavía no era muy activo políticamente.

Mi padre guardaba muchos periódicos. Estaba suscrito al *Ananda Bazar*, al *Basumati*, a la revista mensual *Anand*, al *Mohammadi* y al *Saugat*, además de otras publicaciones periódicas. Me acostumbé a leer estas publicaciones desde una edad muy temprana.

Era el mayor de mi clase, por los cuatro años en los que había dejado de estudiar debido a mi enfermedad, y era un niño muy testarudo. Tenía mi propia banda de amigos. Castigaba sin piedad a quien me ofendiese y me veía envuelto siempre en muchas peleas. Si alguien de mi grupo era insultado, todos atacábamos al que nos había ofendido.

A veces mi padre se cansaba de mi temperamento agresivo, ya que vivíamos en un pueblo pequeño y mis peleas no tardaban en llegar a sus oídos. Yo le temía. Temía también al Sr. Abdul Hakim Mia, otro caballero del pueblo que era amigo íntimo de mi padre y también trabajaba con él, que le contaba nuestras actividades a mi padre o, en su defecto, nos castigaba él mismo. Incluso si lográbamos que mi padre no se enterara de nuestras riñas, era imposible escapar de los ojos de halcón de Hakim Mia. Él vivía en un extremo del pueblo y nosotros en el otro. Ha muerto ya, pero sus hijos viven y han prosperado. Uno de ellos tiene un buen trabajo en el gobierno central y el otro es un oficial del Servicio Civil de Pakistán (CSP).

Khondokar Shamsuddin Ahmed, un famoso abogado, era el representante de Gopalganj en la Asamblea Legislativa. Su hijo mayor, Khondokar Mahbuddin Ahmed, llamado también Feroz, era mi amigo. Nuestra relación era muy cercana. Feroz es hoy un abogado que litiga ante la Corte Superior. Nuestra amistad era



tan profunda que nos sentíamos tristes si no nos veíamos todos los días. Mi padre y Khondokar Shamsuddin Ahmed también mantenían una buena amistad. El Sr. Ahmed era una persona muy afable. La gente lo quería y lo respetaba. Perteneía al partido Krishak Shramik, de A. K. Fazlul Huq –ya fallecido–.<sup>10</sup> Cuando el Sr. Huq llegó a ser el Primer Ministro de Bengala y se inscribió en la Liga Musulmana, el Sr. Ahmed hizo lo mismo, aun cuando ningún partido en ese tiempo estaba bien organizado. En aquella época todo dependía más de la popularidad de las personas. La Liga Musulmana existía más sobre el papel que en la realidad.

~~~

En 1938 tuvo lugar en mi vida un evento muy significativo. El Sr. Huq era el Primer Ministro de Bengala y el Sr. Suhrawardy el Ministro de Trabajo. Se había preparado su visita a Gopalganj. Debía organizarse una gran reunión para recibirlos. Se decidió que una celebración debería tener lugar en su honor. Después de todo, eran los dos líderes más importantes de la comunidad musulmana de Bengala que visitaban el poblado y todos los musulmanes de la región esperaban con entusiasmo su llegada.

Yo estaba aún en la escuela. Como he mencionado, era mayor que mis compañeros de clase, razón por la cual se me concedió la responsabilidad de coordinar la brigada de voluntarios. La formé con todos los que desearon unirse, sin fijarme en su religión o en sus convicciones. Poco después me di cuenta de que los muchachos hindúes estaban abandonando la brigada, uno por uno. No comprendía el motivo y le pregunté a un amigo por ello. Él me respondió que el Partido del Congreso había dispuesto que no participasen en el evento, e incluso había impartido la orden de que se asegurasen de que los líderes no fuesen recibidos con la esplendidez que se anticipaba. Querían, además, que las tiendas cerrasen ese día. Los hindúes, entonces, eran propietarios del ochenta por ciento de las tiendas del pueblo. La noticia me sorprendió, puesto que yo brindaba el mismo trato tanto a hindúes que a musulmanes. Era amigo de los muchachos hindúes. Solíamos

---

<sup>10</sup> Bangabandhu parece haberse confundido al nombrar al partido de A. K. Fazlul Huq. Menciona el partido Krishak Shramik Dal, que se formó en 1953, en lugar del partido Krishak Praja, formado por Fazlul Huq en 1935, más relevante en el contexto del relato.



jugar, cantar y vagar juntos por las calles.

Nuestros líderes nos dijeron que la razón residía en que el Sr. Huq había formado gobierno con la ayuda de la Liga Musulmana, lo que había molestado profundamente a los hindúes. Esta información tuvo un efecto electrizante en mí. El Sr. Huq y el Sr. Suhrawardy iban a tener una gran recepción. Teníamos que hacer todo lo necesario para que así fuera. Formé una nueva brigada con los muchachos musulmanes y algunos hindúes, de castas menos privilegiadas, se unieron a nosotros. Lo hicieron porque Mukunda Bihari Mullick era ministro en el gabinete del Sr. Huq y sería parte de su comitiva.

La mayoría de los habitantes del poblado eran hindúes. La gente llegó de los pequeños pueblos de la periferia portando todo tipo de armas, preparada para luchar si se producía cualquier intento de boicotear el evento. Existía, incluso, la posibilidad de que se desatara un conflicto sectario.<sup>11</sup>

El Sr. Huq y el Sr. Suhrawardy llegaron como estaba anticipado, y la reunión tuvo lugar sin incidencias. La exhibición se inauguró como estaba previsto y todo sucedió en un ambiente pacífico. El Sr. Huq fue al salón de eventos de la ciudad, mientras el Sr. Suhrawardy visitaba la Escuela de la Misión. Como yo era estudiante, me correspondió recibirlo allí. Inspeccionó la escuela y se dirigió luego hacia el salón. Lo acompañé y me hizo varias preguntas en un bengalí titubeante. Yo le respondí tan correctamente como pude. Me miró y me preguntó mi nombre y detalles sobre los orígenes de mi familia. Luego me tomó del brazo e inquirió con afecto:

—¿Acaso no existe la Liga Musulmana en su región?

Le dije que no, que una organización así no existía y que, de hecho, ni siquiera la Liga de Estudiantes Musulmanes estaba activa en el pueblo. Él no hizo otro comentario, pero anotó mi nombre y mi dirección en su cuaderno de apuntes. Pocos días más tarde recibí una nota suya en el que me daba las gracias y me pedía que no dejara de visitarlo si iba a Calcuta. Le envié contestación y así fue cómo empecé a escribirle cartas de cuando en cuando.

---

<sup>11</sup> N. de la T.: *Conflicto sectario*, en este caso, dentro del contexto del subcontinente indio, conflicto entre las comunidades hindúes y musulmanas y, más tarde, dentro del contexto de la creación de Bangladés, conflicto entre las comunidades bengalíes y no bengalíes.

Otro evento interesante ocurrió por ese tiempo. Había crecido la desconfianza entre los hindúes y los musulmanes. Existían algunos pueblos hindúes cerca del poblado de Gopalganj y uno o dos musulmanes fueron torturados en esos lugares. Yo tenía un compañero de clase que se llamaba Abdul Malek, que era un familiar de Khondokar Shamsuddin Ahmed. Una noche, probablemente en marzo o abril, regresaba al pueblo después de jugar al fútbol. Khondokar Shamsul Huq, también conocido como Basu Mia Muktar –más tarde presidente de la subdivisión de la Liga Awami– me llamó y me dijo que Malek había sido llevado por la fuerza a casa de un líder hindú Mahashabha, llamado Suren Banerjee. Una vez allí, le habían dado una paliza. Shamsul Huq me pidió que me encargara del asunto, insistiendo en que Malek era mi amigo y yo debía intentar rescatarlo. Decidí no perder tiempo.

Junté a varios estudiantes y fuimos a casa de Banerjee. Les exigimos que dejaran en libertad a Malek. Un hombre llamado Ramapada Dutt comenzó a insultarme en cuanto me vio. Protesté ante tal tratamiento e hice que llegara un mensaje a los chicos de mi banda para que vinieran. Mientras tanto, Ramapada fue a la policía a denunciarme. Llegaron tres policías. Les dije que debían liberar a Malek o lo haría yo.

Mi tío, el fallecido Sheikh Serajul Huq, era por entonces estudiante y vivía en una residencia. Era primo tanto de mi madre como de mi padre. Tenía yo también un tío en Narayaganj llamado Sheikh Zafar Sadek. Su hermano mayor había muerto poco después de que yo aprobase los exámenes de matriculación. Cuando escuchó que yo había enviado un mensaje solicitando apoyo, vino a ayudarme con un grupo de muchachos. Al llegar, nos encontró enfrascados en una pelea feroz con los hindúes. Al final pudimos romper la puerta y ayudar a Malek a escapar. El poblado entero estaba tenso. Nadie se atrevió a decirme nada.

Ese día era domingo y mi padre estaba en Tungipara. Lo esperábamos de regreso al día siguiente pero la distancia que tenía que cubrir en su viaje era considerable, casi catorce millas. Mi padre solía ir a Tungipara cada sábado para luego regresar con su barca el lunes.

Los líderes hindúes conspiraron con algunos oficiales, también hindúes, para iniciar un proceso en mi contra. A Khondokar Shamsul Huq Muktar le acusaron de instigar el crimen. Los cargos

que me concernían eran homicidio e incitación de motín y saqueo. Por la mañana supimos que había muchos otros acusados, entre los cuales estaba mi tío Muktar, el secretario de Khondokar Shamsuddin Ahmed, el Sr. Zahur Sheikh, mi buen amigo y vecino Sheikh Nurul Huq —también conocido como Manik Mia—, Syed Ali Khondokar y mi compañero y amigo Abdul Malek, así como un buen número de estudiantes. Parecía que no habían dejado a ninguno de los hijos de musulmanes distinguidos de la región sin acusar.

A las nueve de la mañana supimos que mi tío y muchos otros habían sido arrestados. ¿Pero cómo podía la policía arrestarnos a nosotros? El oficial a cargo de la estación de policía se sentía avergonzado. A las diez pudimos verlo conversando con alguien en un campo cercano, intentando claramente darme tiempo para desaparecer.

Nuestra casa estaba junto a la casa consistorial. Mi primo, nativo de Madaripur, me preguntó:

—¿Por qué no vas a la casa de al lado?

—Yo no me voy a ninguna parte —le respondí—. Si lo hago, la gente dirá que tuve miedo.

En ese preciso instante, mi padre regresó de su viaje. El oficial de la policía le siguió a casa. Le informó de lo que había sucedido y le mostró la orden de encarcelamiento expedida en mi contra.

—¡Lléveselo! —exclamó mi padre.

—Deje que antes coma algo —contestó el oficial de policía—. Dejaré un policía custodiándolo. Debe venir con él a la estación de policía, a más tardar a las once de la mañana. Si se demora, será difícil que obtenga fianza.

—¿Participaste en una pelea? —me preguntó mi padre. Me mantuve callado. Mi silencio se lo confirmó.

Almorcé e, inmediatamente, fui a la estación de policía. Allí me encontré con los ocho arrestados. En cuanto llegué, nos condujeron a todos ante el juez. No estábamos esposados, pero nos escoltaban varios guardias.

El oficial de policía en la corte era hindú. Nos encerró en el cuarto pequeño que colindaba con la corte.

—Mujibur es un tipo violento —exclamó al verme—. Ha atacado a Ramapada con un cuchillo. No deben concederle fianza bajo ningún concepto.

—No diga usted tonterías, hablar así no le traerá nada bueno —espeté yo.

Algunos de los hombres que estaban sentados junto al oficial dijeron:

—¡Imaginen el atrevimiento del muchacho!

Otros se mantuvieron callados. Más tarde me enteré de que la acusación en mi contra sostenía que había intentado asesinar a Ramapada con un cuchillo. Estaba ingresado en el hospital, malherido. Yo había luchado con él y en un momento dado le había herido en la cabeza con el palo que le arrebaté cuando intentaba utilizarlo para golpearme a mí.

Los abogados musulmanes solicitaron fianza para todos, pero solo se la concedieron a Muktar. Los demás fuimos enviados de vuelta a la cárcel. El oficial a cargo de la subdivisión (SDO) era un hindú. No nos dejaría libres bajo fianza. El oficial de la corte ordenó que nos esposaran. Yo protesté, pero los demás me calmaron y tuvimos que ir así a la cárcel.

Nos llevaron a una celda de detención. Una parte de la misma estaba oculta con un velo, de modo que pudiesen permanecer allí mujeres. Pero no había ninguna mujer presa cuando llegamos, así que nos colocaron allí. Se nos permitió recibir de nuestras familias comida, ropa, sábanas y mantas. Tras siete días, nos pusieron en libertad. A los diez días nos habían concedido libertad bajo fianza a todos.

Fueron enviados telegramas al Sr. Huq y al Sr. Suhrawardy. Se enviaron también mensajeros para que los contactasen. Mi padre era amigo de los abogados hindúes del pueblo. Todos ellos lo respetaban. Los dos lados se reunieron en varias ocasiones y, finalmente, decidieron que todos los cargos serían retirados y que el caso sería archivado. Deberíamos pagar mil quinientas *takas* como compensación y todos contribuimos para juntar la suma. Mi padre fue el que más dinero tuvo que poner. Esta fue la primera vez que me encarcelaron.

~~~

En 1939 fui a Calcuta de visita. Allí me entrevisté con el Sr. Suhrawardy. El Sr. Abdul Wasek era un líder estudiantil en aquella reunión. Hablamos con él y lo invitamos a Gopalganj. Le dijimos al Sr. Suhrawardy que formaríamos una Liga de Estudiantes

Musulmanes y una Liga Musulmana en nuestro poblado. En aquel momento Khondokar Shamsuddin, que ya era miembro de la Asamblea Legislativa, se había afiliado a la Liga Musulmana. Se convirtió en el presidente de la Liga de Estudiantes Musulmanes, y yo en su secretario. Se formó la Liga Musulmana. Un hombre llamado Muktar Shaheb fue nombrado secretario, pero yo solía encargarme de todo el trabajo. También formamos un Comité de Defensa de la Liga Musulmana. Yo era el secretario de ese grupo. Y así, poco a poco, me fui inmiscuyendo en la política. Mi padre no me lo impidió. Su única preocupación era que yo continuase estudiando. De hecho, por esa época fue cuando empecé a interesarme más en aprender. Había perdido varios años de estudio por culpa de mi enfermedad y ya era hora de recuperarlos.

En la escuela me encantaban los deportes. Mi padre, sin embargo, no quería que los practicase, porque mi corazón se encontraba debilitado. Él era buen deportista, secretario del Club de Oficiales. Yo era el capitán del equipo de la Escuela de la Misión. Cuando mi equipo jugaba contra el del club de mi padre, la gente se entusiasmaba. Nuestro equipo era muy bueno. La escuela admitía a los mejores jugadores de la región, a quienes eximía de pagar la matrícula.

En 1940 mi equipo logró vencer al equipo del club de mi padre en casi todos los partidos. Algo sorprendente, porque el Club de Oficiales no carecía de fondos y reclutaba a jugadores que provenían de fuera de nuestra área. Todos ellos eran jugadores famosos. En el último partido de fútbol de la temporada, nuestro equipo empató con el de mi padre durante cinco días seguidos. Todos éramos estudiantes y los once jugábamos siempre juntos, mientras que el Club de los Oficiales siempre tenía que contratar a nuevos jugadores para cada partido. El problema era que nosotros estábamos ya agotados. Mi padre dijo que debíamos jugar a la mañana siguiente para alcanzar un resultado definitivo. Sostenía que no podían mantener indefinidamente en el pueblo a los jugadores que habían contratado, porque les estaba costando demasiado.

Yo le hice ver que teníamos exámenes al día siguiente, y que no podríamos jugar a esa hora. El secretario del Club Gopalganj intentó que llegáramos a un acuerdo y pasó un buen rato yendo

de uno a otro para negociar, pero sin éxito. Tras un rato, exasperado, decidió marcharse diciendo:

—Esto es una cuestión entre tu padre y tú, no puedo pasarme la vida yendo de aquí para allá para que lleguéis a un acuerdo.

El director de nuestra escuela era un hombre llamado Rasharanjan Sen Gupta. En aquella época era mi tutor. Mi padre lo llamó. Yo me situé junto a mis jugadores en uno de los postes de una portería, y mi padre se colocó en el otro poste. El director me rogó que cediera ante mi padre y que aceptara jugar al día siguiente, ya que el alojamiento de los jugadores forasteros era un gran problema. Le dije que los once miembros de nuestro equipo estábamos agotados porque llevábamos todo el año jugando. Le expliqué que nos dolía el cuerpo y que necesitábamos un descanso de al menos un par de días. Si no descansábamos íbamos a perder de forma estrepitosa. También le recordé que no habíamos perdido un solo partido en toda la temporada y que esta era, además, la final del prestigioso Campeonato por el Escudo A. Z. Khan. A. Z. Khan fue un oficial de subdivisión que murió en Gopalganj. Yo había sido amigo de dos de sus hijos, Amir y Ahmed, desde muy pequeño. Con Amir me llevaba especialmente bien. Hoy trabaja en Radio Pakistán y es más conocido como Amiruzzaman Khan. Cuando su familia, al morir el Sr. Khan, tuvo que abandonar Gopalganj, me sentí muy triste. Pero, volviendo a mi relato, al final tuve que aceptar la petición del director, y mi equipo jugó contra el equipo de mi padre al día siguiente.

Perdimos el partido por un solo gol.

~~~

En 1941 debía presentarme a mis exámenes de matriculación. Todo indicaba que iba a aprobar. El Sr. Rasharanjan me había preparado en inglés, mientras que el Sr. Monoranjan, profesor de matemáticas de nuestra escuela, fue mi tutor para esa asignatura. Las matemáticas me intimidaban porque solía cometer errores de cálculo. Pensé que no obtendría una buena media por las matemáticas. El día antes del comienzo de los exámenes, sin embargo, amanecí con mucha fiebre y con paperas. De hecho, llegué a tener 40°C de fiebre. Mi padre pasó la noche en vela, cuidándome. Trajo a todos los médicos de Gopalganj para que

me tratasen, pero no pudo hacer nada para bajarme la calentura. Al final, mi padre decidió que no me presentaría al examen. Le dije que intentaría hacerlo lo mejor posible, que podría incluso examinarme desde la cama.

El primer examen fue de lengua bengalí. Tenía tanta fiebre que no pude ni levantar la cabeza. A pesar de ello, escribí tanto como pude. Por la noche la fiebre empezó a remitir.

Me fue bien en todas las otras asignaturas. Sin embargo, cuando anunciaron las notas, supimos que había obtenido una calificación muy baja en matemáticas, a pesar de haber sacado notables en todas las demás asignaturas. La noticia me sentó muy mal.

A esas alturas ya estaba muy involucrado en la vida política. Ocupaba buena parte de mi tiempo en asistir a reuniones, en las que procuraba siempre expresar mis ideas. Como resultado de esas actividades, perdí mi interés en los deportes. Pensaba todo el tiempo en lo que podría hacer en beneficio de la Liga Musulmana y de la Liga de Estudiantes Musulmanes. Creía que debíamos impulsar la creación de Pakistán y que, sin ese país, los musulmanes no tendrían futuro en nuestra parte del mundo. El único periódico que leía era el *Azad*, y sentía que lo que en él encontraba era la verdad.

Poco después de mis exámenes fui a Calcuta y empecé a participar de reuniones allí. Visité también Madaripur y organicé una Liga de Estudiantes Musulmanes en esa ciudad.

También reinicié mis estudios. Después de todo, debía aprobar mis exámenes. Visitaba a menudo la casa del Sr. Suhrawardy. Él era muy amable conmigo. Pronto empecé a participar también en las actividades de la Liga Musulmana en Gopalganj.

Durante los años de la guerra, la relación entre el Sr. Fazlul Huq y el Sr. Jinnah se deterioró. El Sr. Huq se negó a someterse al liderazgo del Sr. Jinnah, y formó una coalición gubernamental en Bengala, junto con Shyama Prasad Mukherjee. La Liga Musulmana inició una campaña para desacreditarlo. Yo me uní a ese movimiento con absoluta convicción.

Ese año aprobé mis exámenes de ingreso con notable, lo que permitió que fuese admitido en la Universidad Islamia de Calcuta, donde me hospedé en la residencia Baker.

En dos elecciones parciales en Natore y Balurghat, la Liga Musulmana presentó candidatos contra aquellos que eran



apoyados por el Sr. Huq. Yo llevé a mis seguidores a ambos sitios, y trabajé sin descanso a las órdenes del Sr. Suhrawardy.

~~~

Algo interesante sucedió entonces. No puedo recordar con exactitud la fecha en que pasó. El año era, probablemente, 1942. La Liga de Estudiantes Musulmanes de Faridpur estaba organizando una conferencia. Entre los invitados había muchas personas distinguidas, como el poeta Nazrul Islam y los educadores Humayun Kabir e Ibrahim Khan. Pero no nos dieron permiso para celebrar el evento. Se impuso al pueblo la sección 144, que prohibía reuniones. Ante tal circunstancia, organizamos la reunión en casa del Sr. Humayun Kabir donde Kazi Nazrul Islam interpretó varias canciones. Declaramos que en la conferencia no discutiríamos de política, y que nos concentraríamos en hablar sobre los profesores y los estudiantes y su papel en la nación. A pesar de lo acordado, los estudiantes que asistieron a la conferencia acabaron por dividirse en dos facciones.

Fui a Faridpur en 1942 y pude lograr que las dos facciones se reuniesen y acordasen que lo más importante era luchar conjuntamente para contribuir a la creación de Pakistán. En aquel momento el Sr. Mohan Mia era el presidente de la Liga Musulmana en la región, y Abdus Salam Khan era su secretario general.

En 1942, el Sr. Jinnah tenía previsto visitar Bengala para participar en la conferencia de la Liga Musulmana de la provincia. Se suponía que la Conferencia tendría lugar en Sirajganj, en el distrito de Pabna. Yo me dirigí a la misma, junto con un nutrido grupo de miembros del partido. La mayoría de nosotros pertenecíamos a la Liga de Estudiantes Musulmanes. El comité de recepción tenía como oficina la residencia de Syed Akbar Ali. En todos los eventos yo preferí quedarme cerca del Sr. Suhrawardy. El Sr. Anwar Hossain era uno de nuestros líderes. Yo lo había conocido en Calcuta. El Sr. Suhrawardy lo apreciaba mucho.

Los estudiantes fueron divididos en dos grupos. Fazlul Quander Chowdhury, que era de Chittagong, era el líder de uno de ellos. Siempre discutía con el Sr. Abdul Wasek. No creo equivocarme al decir que el Sr. Wasek fue el padre de la facción estudiantil de



la Liga, un rol que desempeñó mucho tiempo. Es probable que hubiera acabado de estudiar unos quince años atrás. Y, sin embargo, no quería dejar su cargo. Si alguien se le oponía solía preguntar:

—¿Quién eres tú para opinar? No eres ni un consejero, ni miembro de la Liga. Sal de aquí inmediatamente.

Al principio, por el respeto que infundía a todos, nadie se oponía cuando hablaba de esta manera. La primera discrepancia surgió allá por 1941 o 1942, en la conferencia de Chuchura. Allí, junto con Fazlul Quader Chowdhury, nuestro grupo se opuso con vehemencia a su forma de actuar. Al final, el Sr. Suhrawardy tuvo que intervenir para resolver la situación. Pero mi grupo y yo ya habíamos abandonado la conferencia, en apoyo a la iniciativa de Fazlul Quader Chowdhury.

En aquel tiempo Sadekur Rahman —hoy un oficial de alto rango del gobierno— era el secretario general del capítulo provincial de la Liga de Estudiantes Musulmanes. Anwar Hossain fue su sucesor en tal cargo. Estuvimos presentes en la conferencia de Bogra, pero no tomamos parte en los debates, porque el presidente de la Federación Nacional de la Liga de Estudiantes Musulmanes, Raja Shaheb, de Mahmudabad, había prometido convocar unas elecciones inmediatamente después y nombrar un comité *ad hoc*. Al final dicho comité sí que llegó a formarse, pero solo llegó a existir sobre el papel.

Fue por aquella época cuando me convertí en alguien muy popular entre los estudiantes de la Universidad Islamia. Pude nominar como candidato a un compañero que venció al representante de la Liga de Estudiantes oficial. Esa universidad estuvo a la vanguardia del movimiento estudiantil que luchó por la libertad de nuestro país. Al año siguiente también derrotamos al candidato oficial a la Liga de Estudiantes del Sr. Anwar. Durante los siguientes tres años nadie intentó presentarse a elecciones contra nosotros. Así, las elecciones para la unión de estudiantes se llevaban a cabo de forma anual, pero nuestros candidatos no tenían oposición. Yo nominaba candidatos después de consultar con los líderes estudiantiles, y no se presentaba nadie más. Todo el mundo sabía que nadie iba a ser electo si no contaba con mi apoyo.

Yo, a su vez, recibía apoyo de Zahiruddin. Era nativo de Calcuta, y poseía gran influencia entre los estudiantes. Todos lo

respetaban, puesto que siempre trabajaba por el bien de los demás. Hablaba con fluidez inglés, bengalí y urdu. Más tarde continuó con sus estudios universitarios, pero seguimos siendo muy amigos. Cuando se marchó de Calcuta para trabajar por algún tiempo en Radio Dacca, sentí su ausencia como una gran pérdida.

En 1943 se desató una terrible hambruna que puso en peligro la vida de cientos de miles de personas, muchas de las cuales murieron. Yo me había convertido en miembro del Consejo Provincial de la Liga Musulmana. El Sr Abdul Hashin era el secretario general de la Liga, nominado por el Sr. Suhrawardy. El Sr. Khawaja Nazimuddin había nominado al Sr. Abul Kashem, de Khulna, pero el Sr. Hashim lo venció en las elecciones. Fue, por lo tanto, el sucesor del Sr. Suhrawardy.

A partir de entonces la Liga Musulmana se dividió en dos facciones, una de las cuales era progresista, mientras que la otra era reaccionaria. Bajo el liderazgo del Sr. Suhrawardy queríamos hacer de la Liga Musulmana el partido de la gente, y representar las aspiraciones de los bengalíes de clase media. Hasta ese momento la Liga no había sido una organización de bases populares; servía los intereses de los terratenientes, de los pudientes, de los Nababs y de los Khan Bahadurs. Todos ellos buscaban impedir que alguien más jugase algún papel en la Liga. Estas personas habían monopolizado la Liga en todos los distritos.

Bajo el liderazgo de Khawaja Nazimuddin, once de sus parientes fueron elegidos en representación de la jurisdicción de Dacca, en 1937. Cuando, en 1943, ascendió al cargo de Primer Ministro, nombró a su hermano menor, Khawaja Shahabuddin como Ministro de Industria. Nos opusimos a ello, pero él no nos escuchó. Acudimos entonces al Sr. Suhrawardy con nuestras objeciones, pero él no dijo nada para apoyarnos. Se había convertido en Ministro de Recursos Civiles.

La hambruna no hacía más que extenderse. Cientos de miles de personas llegaban a las ciudades en busca de comida. Pero no había comida ni ropa para ellos. Los ingleses habían requisado todos los barcos por la guerra. Habían confiscado, además, arroz y trigo para alimentar a sus soldados. Lo que no se llevaron los ingleses lo acapararon los comerciantes buscando el máximo beneficio. Todo esto condujo a una situación insostenible; los comerciantes empezaron a vender el arroz que normalmente

costaba diez takas por *maund* a cuarenta o cincuenta takas.<sup>12</sup> No pasaba un día sin que se viera morir gente en las calles. Algunos estudiantes fueron a ver al Sr. Suhrawardy y le dijeron:

—No podrá salvar a las masas. Pero sí que acabarán por echarle la culpa de todo, aunque no la tenga.

—Dejadme ver qué puedo hacer —respondió él—. Espero poder salvar al menos algunas vidas.

De la noche a la mañana, el Sr. Suhrawardy fue capaz de crear un enorme departamento de recursos civiles. Organizó también tiendas donde se vendía cereal de forma supervisada y dio órdenes para que se crearan cocinas comunales en los pueblos. Visitó Delhi para informar al gobierno central de la gravedad de la situación en Bengala y solicitar su ayuda. Hizo que llegasen en barcas arroz, trigo y harina. Pero los ingleses habían destinado todos los recursos a la guerra, para ellos el transporte de armas era mucho más importante y el pueblo de Bengala algo secundario. En consecuencia, los trenes debían siempre acomodar primero las armas y las municiones. Tan solo el espacio que sobraba podía usarse para transportar grano. Los ingleses estaban concentrados en el conflicto bélico, lo que estaba llevando a los bengalíes a morir de hambre. ¡Esto sucedía en una tierra que había sido famosa por sus recursos naturales!

Cuando la Compañía Británica de las Indias Orientales anexionó Bengala, tras la traición de Mir Zafar en el siglo dieciocho, Bengala era tan rica que un comerciante rico de Murshidabad tenía dinero suficiente como para comprar la ciudad de Londres. Y ahora habíamos llegado a esto: madres cayendo muertas en las calles mientras amamantaban a sus bebés; perros disputándose restos de comida con seres humanos en medio de vertederos; madres que, empujadas por el hambre, abandonaban a sus hijos o los vendían. Había veces que ni venderlos lograban, porque nadie se podía permitir comprarlos.

—¡Danos algo de comida, me estoy muriendo! —gritaban aporreando las puertas—. ¡Danos algo, no puedo continuar, al menos dame un poco de agua en la que se haya hervido arroz!

---

<sup>12</sup> N. de la T.: *Taka*, una de las antiguas unidades monetarias del subcontinente indio. Durante siglos, el término fue utilizado regularmente en Bengala. Desde 1972, a raíz de la independencia de Bangladés, la taka se convirtió en la unidad monetaria oficial de ese país.

¡A menudo morían poco después de pronunciar estas palabras! ¿Qué podíamos hacer? Distribuíamos lo que quedaba de la comida del hostel entre las personas aquejadas de hambre, pero ¿cómo podía una ayuda tan limitada combatir una tragedia tan enorme?

Fue por entonces que el Sr. Suhrawardy organizó las cocinas comunales. Yo decidí detener mis estudios y trabajar a tiempo completo para ayudar a los afectados por la hambruna. Abrimos muchos comedores. Tratábamos de dar a los pobres al menos una comida al día. Incluso improvisamos una cocina en la oficina central de la Liga Musulmana, en Calcuta, en las escuelas de la ciudad y en otros lugares. Solía trabajar en esos lugares todo el día. Cuando por fin llegaba la noche, regresaba al dormitorio del hostel o me quedaba a dormir sobre una mesa en la oficina de la Liga.

Varias personas trabajaban conmigo en las labores destinadas a aliviar la hambruna. Una de ellas era el Sr. Nuruddin, de Pirojpur, quien después se convirtió en miembro de la Asamblea Provincial de Bengala Oriental. Era un activista desinteresado. A pesar de que era leal a la facción del Sr. Anwar, con la que estábamos enfrentados, yo lo apreciaba mucho.

El superintendente de la residencia Baker era el profesor Saidur Rahman, quien más tarde llegó a ser el rector de la Universidad Jagannath, en Daca. Él me trataba con mucho afecto. Yo no tenía entonces tiempo para participar en política en el hostel o en elecciones. Pero el profesor Rahman buscaba mi consejo.

El rector de la universidad era el Dr. I. H. Zuberi, quien también me trataba con amabilidad. Cada vez que debía hablarle con franqueza, contactaba con él directamente. Todos los profesores en la universidad me trataban bien. Si lo creía necesario, podía abrir cuando quisiera las puertas del salón de asambleas de la universidad para celebrar allí reuniones. El rector lo permitía, obviando las reglas. Los profesores musulmanes de la universidad apoyaban el movimiento dirigido a la creación de Pakistán. Los profesores hindúes y cristianos no se pronunciaban, porque todos sus estudiantes eran musulmanes. Unos pocos estudiantes rechazaban la idea de Pakistán, pero, sabiendo que estaban en minoría, procuraban no alzar mucho la voz.

~~~

Un poco más tarde regresé a Gopalganj para incorporarme allí a los esfuerzos de auxilio. Gopalganj colindaba con Jessore, con

Barisal y con Khulna. Al regresar a mi pueblo descubrí que la realidad que se vivía allí era terrible. La hambruna había hecho estragos y muchos de mis vecinos eran esqueletos cubiertos con un poco de piel. Los musulmanes de Gopalganj eran comerciantes y la tierra era fértil. En condiciones normales hubieran tenido suficientes recursos para sobrevivir.

Ante lo difícil de la situación, la gente me aconsejó que organizara una conferencia y que invitase al Sr. Suhrawardy y a otros líderes de la Liga Musulmana. Al observar de primera mano la gravedad de las circunstancias en nuestros tres distritos, tal vez ellos podrían hacer algo para ayudar a nuestra gente y así salvarla de la muerte.

Nos reunimos con nuestros compañeros. Tras muchas discusiones, decidimos que nuestra región no había acogido ninguna conferencia importante que tuviese como tema principal la creación de Pakistán. Organizar una conferencia sobre el tema inspiraría a la gente de nuestros distritos a apoyar la idea de Pakistán. En otras palabras, podríamos popularizar la idea de Pakistán y conseguir ayuda para nuestra gente.

Invitamos a trabajadores de toda la región. Se decidió que la conferencia se llamaría “La Conferencia de Bengala del Sur por Pakistán”. También se decidió que invitaríamos a gente de los tres distritos. Organizamos un comité para recibir a los representantes de las tres regiones. Dicho comité contaría con un secretario y presidente elegidos de entre los líderes más veteranos del partido. Pero cuando se lo pedimos, nadie quiso ocupar estos cargos ya que el evento iba a costar mucho dinero. Había que tener en cuenta que el país estaba siendo azotado por la hambruna e intentar reunir fondos iba a resultar una ardua tarea. Al final todos optaron por nombrarme presidente del comité para la recepción y un hombre de negocios de Jessore, llamado Afsaruddin Mollah, fue nombrado secretario.

Me marché a Calcuta con el objetivo de invitar a los líderes de nuestro partido. Cuando fuimos a ver al Sr. Suhrawardy, lo hallé en compañía del Sr. Khawaja Shahabuddin. El Sr. Shaheed Suhrawardy me dijo:

—Como usted puede ver, estoy muy ocupado. Con todo, intentaré asistir. Pídale también al Sr. Shahabuddin que venga, estoy seguro de que irá.

A pesar de mis reticencias, lo invité y aceptó.

El Sr. Tamizuddin Khan era entonces el ministro de educación. Él también era nativo de Faridpur. Lo invitamos y también aceptó venir. Invité también a Maulana Abdur Rashid Tarkabagish y al Sr. Habibullah Bahar Chowdhury. Para entonces el Sr. Moazzem Hossain Chowdhury (Lal Mia) había abandonado el Partido del Congreso. Poco después se afilió a la Liga Musulmana y se convirtió en el secretario del Comité de Ayuda Provincial de la Liga Musulmana. Yo solía trabajar con él en la distribución de ayuda y él había demostrado una gran confianza en mí. Gracias a él habíamos conseguido una buena cantidad de medicinas, ropa y dinero y quería que yo lo acompañara a la hora de repartir estas cosas entre la gente que las necesitaba.

Tendríamos que enviar ropa a cada subdivisión. Conseguir espacio para transportar carga durante la guerra era una tarea extremadamente difícil; tenías que dedicar por lo menos diez días a solicitar cada día que te dieran algo de espacio antes de conseguir nada. Nuestras tareas iban desde llevar la contabilidad hasta hacer fardos con la ropa que queríamos enviar. Con todo, nunca dije que no a ninguna de las órdenes que recibía. Cuando le pedí al Sr. Moazzem que me acompañara, él aceptó de inmediato.

Organicé los horarios de nuestras actividades, regresé a mi casa y obtuve algo de dinero de las personas más pudientes de nuestra comunidad. También viajé a los pueblos y empecé a trabajar. Mi gente se puso en marcha en todos lados. Mi padre asumió la responsabilidad de coordinar la distribución de la comida que sería ofrecida a los asistentes. Se cocinaría en una casa de un oficial del gobierno. Pero no tardaron en surgir ciertas polémicas por esta decisión. Como el malestar iba en aumento, se decidió que todo se trasladaría a nuestra casa, en Gopalganj. Construí allí un pandal hecho de velas.<sup>13</sup> Para hacerlo, pedí prestadas por dos días velas de la gente que poseía grandes embarcaciones en nuestro pueblo. Así pude agenciarme las suficientes para acoger a cinco mil personas sentadas sin que costara demasiado.

Mucha gente intentó impedir que al Conferencia tuviese lugar. Enviaron telegramas para intentar disuadir a los líderes que habían aceptado ir. A solo tres días de la inauguración formal de la Conferencia, el Sr. Tamizuddin y el Sr. Shahabuddin me telegrafiaron preguntando si la conferencia se iba a cancelar. Les

---

<sup>13</sup> N. de la T. Pandal, cobertizo temporal.

envié telegramas diciendo que no. El Sr. Suhrawardy me telegrafió a su vez diciéndome que le era imposible asistir. Por lo visto debía participar en una conferencia sobre provisiones, probablemente en Delhi o en otro lugar.

Todo el mundo me decía que debía hacer planes para ir a Calcuta, puesto que incurriríamos en una inmensa pérdida si nadie se presentaba a la Conferencia. La gente que debía asistir llegaría de lugares lejanos. Originalmente debía tener lugar durante dos días, pero ello no sería posible debido a la hambruna. Se decidió que los delegados se reunirían en la mañana, y que la reunión pública tendría lugar en la tarde.

Viajé a Calcuta, confiando a mis colegas las responsabilidades de la Conferencia. El Sr. Tamizuddin ya iba rumbo a Khulna para asistir. Traje de vuelta conmigo al Sr. Shahabuddin, al maulana Tarkabagish y a Lal Mia, y llegamos juntos a Khulna. Cuando estábamos a punto de llegar les pregunté cuál era la razón por la que me habían telegrafiado tres días antes preguntando si se cancelaba la Conferencia. Supe así que el Sr. Wahiduzzaman, quien se había afiliado a la Liga después de abandonar recientemente el partido del Sr. Huq, estaba furioso ante el hecho de que yo fuera el presidente del comité y se oponía a que la Conferencia se celebrara en Gopalganj. ¡Si esto sucedía, él no tendría ningún protagonismo!

De 1939 a 1943, el propio Wahiduzzaman se había opuesto a la Liga Musulmana y a mí. El Sr. Salam, secretario de distrito de la Liga, se oponía también a que la Conferencia se realizase en Gopalganj, puesto que no se le había consultado la idea por anticipado, a pesar del cargo que ocupaba. Había llegado a enviar cartas a los líderes de la Liga, instándoles a que se negaran a participar.

Todos los líderes sabían que yo era un activista con mucha dedicación. Me trataban de modo afectuoso. El Sr. Suhrawardy les había dicho que debían participar en la Conferencia. Sabían también que, si se negaban, estarían enfrentándose conmigo y que los estudiantes de Calcuta no dejarían pasar algo así. Por todo ello pude llegar a Gopalganj junto con los líderes.

La recepción que les ofrecimos fue grandiosa. Todo Gopalganj estaba en las calles, gritando “Larga vida a Pakistán”. Los líderes estaban encantados con la participación de tanta gente. La reunión



iba a celebrarse según el horario establecido, pero hubo un problema: la noche anterior a la Conferencia una tormenta destruyó el pandal. El viento había reducido a jirones las velas. A pesar de ello, la reunión se celebró.

Los líderes se marcharon esa noche. Mi situación era desesperada. ¿De dónde obtendría el dinero necesario para pagar lo que debía? Las velas estaban totalmente destruidas, y nadie me daría el dinero para intentar repararlas. Los líderes no me habían ofrecido asistencia financiera alguna. A pesar de ello, había esperanza: algunas de las personas que me habían prestado las velas me profesaban mucho afecto. Bastantes de ellos eran ricos y sus hijos me habían ayudado con las preparaciones. Esas personas simplemente retiraron lo que quedaba de las velas, sin pedirme nada. Otros, sin embargo, no querían recuperar lo que quedaba. Azuzados por mis enemigos, exigían una compensación económica. ¿Qué podía hacer? Toda la situación me resultó muy deprimente.

Mi madre y mi esposa habían llegado de nuestro pueblo a Gopalganj tres días antes para ocuparse de los huéspedes de la Conferencia. Casi enfermo de tanto trabajar. Por la noche tuve fiebre. Mi padre me preguntó el motivo de mi estado. Él se había gastado una fortuna en la Conferencia. Yo sabía que no era un hombre rico, y que no podía pedirle aún más dinero. A pesar de ello, mi padre encontró la manera de ayudarme.

Algunas de las personas que me habían prestado velas no tenían mucho dinero, y estos aceptaron una compensación económica de mi padre. Pero había un mercader que había perdido entre ocho y diez velas y quería que se las pagara todas. Amenazaba con llevarme a juicio si no era así. Pero mi padre le dijo:

—Acepte este dinero, haga que reparen sus velas. No ganará nada amenazando con llevarnos ante un juez. La gente que le está aconsejando que lo haga no sabe que probar ante un tribunal que cogimos sus velas será muy difícil.

El hombre, a pesar de ello, pidió a su abogado que iniciase un proceso. Pasado un tiempo cambió de idea y decidió retirar las acusaciones.

Mientras tanto, yo había empeorado. Renu me cuidó durante mi enfermedad. Nos habíamos casado formalmente siendo niños, pero la ceremonia pública de matrimonio tuvo lugar en 1942, siguiendo los rituales tradicionales. Poco a poco empecé a mejorar.



Debía ir a Calcuta de nuevo para presentarme a los exámenes previstos. Pero, con todo el trabajo para luchar contra la hambruna, no había podido estudiar nada. Mi padre me dijo entonces:

—Hijo, no tengo ninguna objeción a que te dediques a la política. Que participes en el movimiento dedicado a crear Pakistán me parece algo bueno. No quiero, sin embargo, que descuides tus estudios. Si no estudias, no vas a convertirte en un buen ser humano. Y una cosa más: si eres sincero y honesto en tus propósitos, nunca serás derrotado.

Jamás olvidé sus consejos.

En otra ocasión, algunos de los más importantes personajes de Gopalganj le dijeron a mi padre que el modo en que me comportaba habría de llevarme a la cárcel, tarde o temprano. Le aconsejaron que me disuadiera de involucrarme en actividades políticas, puesto que ello iba a arruinar mi vida. Recuerdo muy bien la respuesta que les dio mi padre:

—Está trabajando por nuestro país. No está haciendo nada malo, ¿no creen? Si tiene que ir a la cárcel por trabajar por sus convicciones, que así sea. No me sentiré triste por ello. Y su vida, probablemente, no se arruinará. No interferiré. Estoy convencido de que, si no logramos la creación de Pakistán, los musulmanes seremos exterminados.

Era frecuente que mi padre discutiera conmigo sobre temas políticos. Me preguntaba por qué creía en Pakistán y yo intentaba responderle lo mejor que podía.

Recuerdo, en particular, un día en el que discutimos de política hasta las dos de la madrugada. Mi padre estaba muy impresionado con mis argumentos. El único consejo que me dio fue que debía dejar de atacar de forma personal al Sr. Fazlul Huq. Mi madre me dijo lo mismo en otra ocasión.

La verdad es que el Sr. Huq se había ganado a pulso el título de “el tigre de Bengala”. La gente de Bengala lo admiraba profundamente. Cada vez que yo intentaba decir algo en su contra, me interrumpían. Recuerdo que, en una reunión que yo había organizado, pregunté sobre las razones por las que Huq había dejado la Liga. ¿Por qué se oponía a la idea de Pakistán? ¿Por qué se había aliado con Shyama Prasad Mukherjee, para formar su gabinete? En un momento dado, un caballero anciano, que visitaba

nuestra casa a menudo y tenía gran respeto por nuestra familia, se levantó y afirmó:

—Puedes decir lo que quieras, pero no digas nada contra el Sr. Huq. Si él no quiere Pakistán, tampoco nosotros lo queremos. ¿Quién es este Jinnah? No sabemos nada sobre él. Por el contrario, sabemos que el Sr. Huq siempre se ha preocupado de gente como nosotros. Él es amigo de los pobres.

Después de escuchar aquello decidí cambiar mi forma de actuar. Decidí que no podía acusar al Sr. Huq de modo directo. Debía concentrarme en explicar el motivo por el que era importante para nosotros luchar por la idea de Pakistán. Lo grave de la cuestión era evidente: en ciertos momentos, al mostrar nuestra oposición al Sr. Huq, fuimos atacados por la gente. En ocasiones, debimos incluso abandonar el lugar, pues, de no hacerlo, habríamos sido atacados. Después de haber sido agredidos más de una vez, decidí que era hora de cambiar el contenido de nuestros discursos. Habíamos incurrido en el error de atacar al hombre, con desastrosos resultados. En lugar de ganar apoyo, nuestro movimiento había sufrido por ello. Cuando empecé a comprender que no podía herir la sensibilidad de la gente común y corriente, decidí que debía centrar mi atención en explicar las causas de nuestras convicciones respecto a la idea de Pakistán.

Según se había proyectado en la Resolución de Lahore, habría dos estados de Pakistán. Uno comprendería Bengala y Assam, y sería conocido como Pakistán Oriental. Sería una nación independiente y soberana. El otro, formado por El Punyab, Baluchistán, la Provincia de la Frontera y Sind, sería llamado Pakistán Occidental, y sería también una nación soberana e independiente. En cuanto a Hindustán, estaría formado por las regiones en las que los hindúes eran mayoría, pero los musulmanes tendrían allí derechos iguales también.

Siempre llevaba conmigo un mapa de la India y también me acompañaban siempre un ejemplar del libro *Pakistán*, escrito por el Sr. Habibullah Bahar, así como el enorme volumen del mismo título escrito por el Sr. Mujibur Rahman Khan. Me los sabía casi de memoria. También llevaba en mi maleta recortes del periódico *Azad*, cada vez que viajaba.

Lo sabía todo sobre el Motín de los Cipayos y sobre el Movimiento Wahabi. Había aprendido la manera en que los

británicos le habían arrebatado a los musulmanes el poder, y cómo, casi de la noche a la mañana, los musulmanes lo habían perdido todo mientras que los hindúes prosperaban gracias a los extranjeros. Sabía que los musulmanes habían sido expulsados de sus negocios, que habían perdido sus propiedades, que habían sido echados del ejército y de sus puestos de trabajo, y que habían sido sustituidos en todos los casos por hindúes.

Los musulmanes habían gobernado el país, así que no podían tolerar a los ingleses. Se rebelaban cada vez que podían. Había leído cómo el Movimiento Wahabi había emergido de los esfuerzos de millares de guerreros bengalíes musulmanes. Habían viajado a través de toda la India hasta llegar a Bengala, y de allí, a pie, a la Provincia de la Frontera para tomar parte en una guerra sagrada. Solía narrar esos eventos, dando énfasis a la rebelión de Titumir y al movimiento revolucionario de Haji Shariatullah, para luego hablar sobre la historia del movimiento destinado a crear Pakistán.

No faltaban en mis discursos palabras duras sobre el papel que habían jugado los terratenientes y los prestamistas hindúes. Pero tenía buenos motivos. Era cierto que estudiábamos, nos divertíamos y compartíamos el tiempo con muchachos hindúes. Muchos de ellos eran mis amigos. Los hindúes de la localidad estimaban mucho a mi familia. Sin embargo, cuando iba a ver a algunos de mis amigos hindúes, evitaban invitarme a entrar a sus casas porque sus familias temían que mi presencia contaminaría sus hogares.

Hubo un incidente en particular que me provocó una gran impresión y me hizo imposible olvidarlo. Tenía un amigo llamado Noni Kumar Das que vivía cerca de mi casa y estudiaba conmigo. Solía pasar el día con nosotros e incluso comía con nosotros, pero a escondidas de su familia. Un día fui a su casa a visitarlo y me condujo a una habitación y me pidió que me sentara. Vivía con sus tíos, y su tía me trataba con afecto. Regresé a mi casa y al rato vi llegar a Noni, a punto de romper a llorar.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

—No vengas a mi casa nunca más. Después de que te fueras mi tía me regañó con dureza por haberte dejado entrar. Hizo que fregasen todo el suelo con agua y me obligó a limpiarlo todo.

—Está bien —respondí—. No iré más a tu casa, pero tú si puedes seguir viniendo a la mía.

A pesar de incidentes como ese, yo solía ir a la casa de otros compañeros hindúes, quienes jamás llegaron a decirme nada parecido. De hecho, muchos de sus padres nos trataban muy bien. Pero experiencias como la que tuve en casa de Noni hacían que muchos musulmanes bengalís albergasen profundo resentimiento e indignación contra los hindúes por sus prejuicios religiosos. Fui testigo de ese resentimiento en la ciudad. Los hindúes que venían a nuestra casa siempre nos trataban con gran respeto. Muchos hindúes trabajaban para nuestros familiares.

El poder de los terratenientes y de los prestamistas hindúes irritaba a los musulmanes de Bengala. Estos últimos tenían por principio no cooperar con los británicos. Habían jurado no trabajar para ellos ni hablar su idioma. Tales decisiones los habían perjudicado. Los hindúes, mientras tanto, habían aprendido inglés y, tranquilizando a los británicos, habían logrado progresar. Esto no fue óbice para que, años más tarde, al enfrentarse a los británicos, muchos de ellos no dudaran en morir por sus principios. Algunos pasaron la vida entera en prisión, empeñados en expulsar a los británicos de la India. Si esos abnegados hindúes, amantes de la libertad, hubiesen intentado promover la unidad hindú-musulmana con el mismo empeño que pusieron para echar a los británicos, si hubiesen hablado contra las exigencias de los terratenientes y de los prestamistas hindúes, quizás la amargura existente entre las dos comunidades se habría podido controlar.

De entre los líderes hindúes, tan solo Deshbandhu Chittaranjan Dash y Netaji Subhas Bose comprendían la importancia de tales empeños y, a menudo, advertían a los hindúes de que no debían ceder ante los prejuicios. Rabindranath Tagore había incluido advertencias similares en sus escritos.

No dejaba de ser cierto, sin embargo, que los terratenientes musulmanes trataban mezquinamente a sus arrendatarios hindúes. Pero no lo hacían por razones religiosas, sino por la ventaja que les daba el ser los dueños. Era un tiempo en el que, si un musulmán hablaba en favor de sus derechos, muchos hindúes se molestaban y clamaban en su contra, incluso aquellos instruidos y que destacaban por su conocimiento. De igual modo, incluso antes de advocar por la creación de Pakistán, los líderes musulmanes siempre iniciaban sus discursos insultando a los hindúes.

El Sr. Abul Hashim había logrado infundir un novísimo vigor entre los miembros de la Liga Musulmana. Pudo convencerlos de que sus argumentos en favor de la creación de Pakistán no estaban dirigidos contra los hindúes, sino que buscaban una manera de reconciliar a ambas comunidades. Era un intento para que dos pueblos hermanos pudiesen coexistir en paz. De noche, en la oficina de la Liga Musulmana, solía discutir sobre cuestiones de ideología con nosotros. Vivía en Burdwan y, cuando visitaba Calcuta, se quedaba en una de las habitaciones de la oficina de la Liga. El Sr. Suhrawardy había alquilado la misma y, hasta 1947, pagaba de su bolsillo el alquiler. El Sr. Hashim nos animaba a crear una biblioteca y a dedicarnos a estudiar. Afirmaba que no podríamos crear Pakistán tan solo hablando mal de los hindúes. Yo le era muy leal.

El Sr. Hashim también le era muy leal al Sr. Suhrawardy, y por ese motivo lo escuchaba y admiraba. El Sr. Hashim jamás hacía nada sin consultar antes al Sr. Suhrawardy. Los fondos de la Liga Musulmana y sus finanzas tenían una sola fuente: el bolsillo del Sr. Suhrawardy. Era él quien, todo el tiempo, se preocupaba de recaudar el dinero necesario. Trataré de este tema más tarde.

El Sr. Hashim nos decía siempre que debíamos rescatar a la Liga de las manos de los reaccionarios. Declaraba que teníamos que basar nuestras actividades de organización en los pueblos. No podíamos construir una organización desde la cúspide, sino desde las bases. Necesitábamos apropiarnos de la organización, financiándola con los bolsillos de los propietarios de tierras. Después de consultar con el Sr. Suhrawardy, se embarcó en una gira por toda Bengala. Era un orador excelente. Tenía un gran conocimiento del lenguaje. Podía hablar con igual soltura en bengalí y en inglés.

~~~

En aquel momento los estudiantes se dividían en dos facciones poderosas. Llegué a Calcuta y supe que debía ir a Delhi para participar en la Conferencia de la Liga Musulmana (1943). Existía un gran interés por ese evento. Aquellos que deseaban participar debían pagar todos sus gastos personales. El Sr. Anwar Hossain llevó consigo a algunos de los miembros de su facción. Debíó

conseguir los fondos necesarios para ello. Mir Asharafuddin, secretario de la Unión de la Universidad Islamia, decidió, conmigo, que iríamos a Delhi por nuestra propia cuenta. Ya habíamos sido nombrados delegados a la Conferencia. Mir Asharafuddin, también conocido como Makhan, venía de un pueblo llamado Kazir Kasba, en Munshiganj, distrito de Dacca. Era el hijo de una prima mía. Sus padres habían muerto y le habían dejado mucho dinero como herencia. Su padre trabajó como magistrado adjunto.

Le dije al Sr. Suhrawardy que iba a asistir a la Conferencia en Delhi. Él me respondió que era una buena idea y que ello permitiría que conociésemos a los líderes musulmanes de toda la India. Los dos subimos a diferentes vagones del mismo tren, junto con algunas personas del grupo del Sr. Anwar Hossain. Estos últimos no eran amigos nuestros. Ashraf y yo habíamos logrado conseguir dinero suficiente para pagar nuestros gastos. Cada vez que necesitábamos dinero urgentemente acudíamos a mi hermana mayor. Ella lo recibía de nuestro padre, quien le había dicho que, si yo precisaba de fondos, debía acudir a él. También podía pedirselo a mi madre. Renu también me daba dinero de vez en cuando. Cada vez que yo regresaba a casa, ella me entregaba la suma que hubiese logrado recaudar para que yo no pasara necesidades. Jamás se negó a ayudarme y procuraba gastar lo menos posible en objetos personales. Solía quedarse en nuestro pueblo para así ahorrar todo lo que pudiera.

Partimos de Howrah hacia Delhi. Era mi primer viaje fuera de Bengala. Siempre tuve un gran deseo de visitar Delhi. Había leído sobre su historia y mis amigos me habían hablado sobre ella. Quería, por tanto, conocer sus lugares emblemáticos, como el Fuerte Rojo, la Mezquita Jama, el alminar Qutub Minar y tantos otros. También quería visitar el santuario de Nizamuddin Aulia.

Cuando llegamos a Delhi, un grupo de voluntarios de la Liga Musulmana nos acogió y nos condujo al Instituto Angloárabe. Pasaríamos la noche allí, en tiendas de campaña, erigidas en los espacios verdes de la institución. Debíamos compartir nuestra tienda con un estudiante de Aligarh y, probablemente, con otro de Allahabad. Los miembros de la facción del Sr. Anwar habían sido asignados a otra tienda.

Habían montado una gran carpa para la ocasión. Fuimos a la reunión portando nuestras credenciales de delegados. Nos habían

asignado asientos separados como delegados de Bengala. Al final del primer día de la Conferencia, una gran procesión salió de allí, encabezada por el Sr. Jinnah, quien iba sentado en un elefante. Lo seguimos. Las calles estaban llenas de gente. Habían procurado que se nos ofreciera agua durante todo el recorrido, de no ser así a muchos les hubiera dado un golpe de calor. Caminamos por las calles del casco viejo de Delhi, y no regresamos a nuestras tiendas hasta llegada la noche.

Por la noche las sesiones de la conferencia se reanudaron. Recuerdo especialmente a un ponente que habló en urdu durante tres horas. Tenía una voz sonora y gestos muy expresivos. Yo podía comprender un poco del urdu que se hablaba en Calcuta, pero el urdu que ese hombre hablaba me resultaba muy difícil. El orador era, de hecho, el líder Nabab Yar Jung Bahadur. Y, aunque casi no podía entenderle, iresultaba imposible dejar de escucharlo!

Fue entonces cuando empecé a encontrarme mal. En Delhi los días eran muy calurosos y las noches muy frías. Al día siguiente no pude siquiera salir de la cama. Me dolía el cuerpo entero. Llevaba dos días sin ir al baño. Tenía el pecho, el vientre y todo el cuerpo rígido. Permanecí ese día tumbado, sin comer nada. Makhan me hacía compañía. Necesitaba ir al médico, pero no conocía a nadie que pudiese ayudarme. Intentamos contactar con un voluntario, quien nos dijo que nos iba a ayudar más tarde. Pero nunca lo volvimos a ver. Por la noche, Makhan empezó a preocuparse de veras. Yo también tenía miedo. ¿Qué iba a suceder conmigo en esa parte del mundo, donde era un extraño? No llevaba mucho dinero encima. Makhan me dijo:

—Tío, permíteme ir en busca de un médico que pueda examinarte. Si sigues así de mal, las cosas podrían ponerse muy feas.

Yo no tenía ni idea de dónde podía encontrarse el Sr. Suhrawardy. Los líderes a quienes habíamos contactado no habían proveído ayuda alguna. Estábamos en un lugar en el que cada cual debía arreglárselas como pudiese. Por suerte, justo en el momento en el que Makhan se estaba marchando para buscar a un médico, Khalilur Rahman vino a verme. Él, claro, no tenía ni idea de que yo me encontraba tan mal.

Khalilur Rahman era un amigo mío, muy cercano, famoso por su dedicación a las labores de la Liga de Estudiantes. Había



estudiado en la Madrasa Aliya y se alojaba en el Hostal Eliot. El Hostal Eliot colindaba con la residencia Baker. En broma, solíamos llamarlo Hostal de los Idiotas. Khalil había venido a Delhi un año antes, después de graduarse de la Madrasa Aliya, para estudiar medicina en el Instituto de Medicina Alternativa Islámica de Ajmal Khan. Me vio y exclamó:

—¡Madre mía! ¿Por qué no has ido al médico?

Le dijo a Makhan que no se molestase en encontrar a un médico, pues él mismo buscaría uno. Media hora más tarde regresó con un galeno, quien me examinó cuidadosamente y me prescribió medicamentos. Khalil lo había puesto al tanto de mi situación. El médico me dijo que no me preocupase. Me sería posible evacuar gracias al remedio que me había dado. Me prohibió que comiese nada ese día y, por la mañana, debía tomar una pastilla. Por la noche estaría recuperado. Por suerte, todo sucedió según predijo.

A la mañana siguiente me empecé a sentir bien de nuevo. La Conferencia iba a terminar pronto. Khalil se quedó con nosotros durante los dos días restantes. Se ofreció también a mostrarnos Delhi.

Algo más sucedió durante esos días, algo que vale la pena mencionar. El Sr. Nuruddin Ahmed, de Barisal, se enemistó con el Sr. Anwar Hossain. El Sr. Nurudin nos visitó muy enojado. Todo su dinero estaba en manos del Sr. Hossain. No tenía un solo centavo en sus bolsillos. Nos dijo que prefería morir de hambre o caminar todo el trayecto de vuelta a Calcuta, antes que pedirle a Hossain que le devolviera su dinero.

Makhan había derrotado al Sr. Nuruddin en las elecciones de la Universidad Islamia, y se había convertido en el secretario general de la Unión de la Universidad. A pesar de que los estudiantes le tenían afecto al Sr. Nuriddin, él había sido derrotado porque pertenecía a la facción del Sr. Hossain.

A pesar de que estaba estudiando para mis exámenes, me había convertido ya en el líder de nuestra facción. Por eso siempre nos reuníamos en el Hostal. Le dije al Sr. Nuruddin que podía quedarse con nosotros y que no necesitaba regresar a la tienda del Sr. Hossain. Sin embargo, no teníamos el dinero necesario para comprar el pasaje de vuelta para que él pudiese regresar a Calcuta.



Decidimos quedarnos en Delhi tres días más. Khalil nos llevó a ver el Fuerte Rojo, el Diwan-i-Aam, el Diwan-i-Khas, el Qutab Minar, el santuario de Nizamuddin Aulia, y otros espacios muy conocidos de Delhi. ¡Gastamos algo de nuestro dinero en esas excursiones!

Con un sencillo cálculo quedó claro que no teníamos la suma necesaria para comprar tres pasajes de vuelta. Aunque compráramos solo dos, no tendríamos dinero para comprar comida durante el trayecto. Mi único amigo en Delhi, Khalil, era apenas un estudiante y no podía ayudarnos. A pesar de todo ello, nos presentamos en la estación. Habíamos decidido comprar un solo billete y quedarnos en el vagón destinado a los sirvientes. Si llegaban a pedirnos el billete, lidiaríamos con ese problema en Howrah Calcuta.

En esa época, el tren tenía un vagón destinado a los sirvientes de las personas que viajaban en primera clase. Los sirvientes solían encargarse de sus patrones durante la jornada, pero cuando no se precisaba su presencia, permanecían en ese vagón. Al viajar a Delhi habíamos viajado con billetes inter-clase. Ahora que no teníamos más dinero, ¿qué otra cosa podíamos hacer? Compramos un billete de tercera clase a la estación Howrah. También compramos dos billetes para acceder a los andenes y entramos a la estación. Makhan era muy guapo y nadie creería que era un sirviente. Llegamos a saber que Khan Bahadur Abdul Momen Shaheb estaba viajando en ese tren. Fue Nuruddin quien consiguió ese dato. Concluimos que si nos metíamos en apuros ya veríamos cómo nos las arreglaríamos. Nuriddin conocía al Khan Bahadur. Era un miembro del Consejo de Ferrocarriles. Localizamos el vagón de sirvientes que estaba junto a su vagón. Le pedimos a Makhan que ocupase la litera superior tan pronto como el tren se pusiera en movimiento pues, de lo contrario, su rostro nos podría delatar.

Lo más probable era que ningún oficial del tren viniese a ese vagón. Si alguien aparecía, dejaríamos que Nuruddin se ocupase de él. En efecto, un empleado del ferrocarril apareció y nos preguntó para quién trabajábamos. Nuriddin le respondió de inmediato que trabajábamos para el Sr. Momen. El hombre se marchó, satisfecho con la respuesta. Nuruddin nos traía algo de fruta de vez en cuando, y tuvimos que alimentarnos con eso, porque no teníamos el dinero suficiente para comprar ni arroz ni pan.

De esa manera pudimos llegar a la estación Howrah. Pero ¿qué haríamos una vez allí? Decidimos que Makhan saldría con todas nuestras maletas, y que las dejaría en algún lugar. Una vez que lo hiciera, compraría tres billetes para acceder al andén y se reuniría con nosotros. Una vez juntos, saldríamos todos de la estación. Makhan se bajó en cuanto el tren se detuvo. Llegados a este punto nuestra ropa apestaba. Nadie creería que habíamos viajado desde Delhi. Yo escondí mis gafas. Makhan regresó con los tres billetes de andén. Para entonces la mayoría de los pasajeros se había marchado. Solo las personas con muchas maletas seguían en la estación. Procuramos no apartarnos de ellos. En cuanto Makhan nos entregó los billetes salimos todos juntos. Cuando ya estuvimos fuera, inos dimos cuenta de que solo teníamos una *taka* entre los tres! Nos subimos a un autobús con ese dinero y pudimos llegar a la residencia Baker. Para entonces ya estábamos muertos de hambre.

~~~

A partir de entonces Nuruddin y yo nos convertimos en muy buenos amigos. Mucho más tarde, él habría de pagar por esa amistad.

Después de que Pakistán impusiese la ley marcial en 1958, casi ningún líder tenía tiempo para escuchar los problemas de los miembros del partido. Tan solo el Sr. Suhrawardy poseía tanto la voluntad para hacerlo como el interés necesario para ayudarlos, siempre que podía. El Sr. Suhrawardy le tenía mucho afecto a Nuruddin. Más tarde, Nuruddin se convirtió en el secretario general temporal de la Liga Musulmana de Bengala. El Sr. Anwar cayó enfermo de tuberculosis y fue ingresado en el Hospital de Jadavpur. El Sr. Suhrawardy pagó todos sus gastos médicos.

Se decidió que la Liga de Estudiantes organizaría una conferencia en 1944. Las conferencias anuales llevaban mucho tiempo sin celebrarse. Yo era muy popular en Calcuta —de hecho, nadie se habría animado a oponerse a mí en la Universidad Islamia—. Trabajaba tanto para la Liga Musulmana como para la Liga de Estudiantes. Nadie se opondría si organizáramos una conferencia en Calcuta.

Debo añadir que el Sr. Suhrawardy también le tenía afecto al Sr. Anwar, quien para entonces había recobrado casi completamente

la salud. Sin embargo, los miembros de la Liga de Estudiantes de Dacca y mis compañeros no lo querían. Tan solo Shah Azizur Rahman, nativo de Dacca, apoyaba al Sr. Anwar.

El Sr. Shah era un maravilloso orador. La primera vez que lo escuché hablar fue en Bogra. Luego de constatar que era imposible organizar una conferencia en Dacca y en Calcuta, el Sr. Shah decidió preparar una conferencia provincial en su propio distrito, Kushtia. Era la época en la que la facción del Sr. Anwar envió a alguien a solicitar que me integrase a la misma. También se me ofreció un empleo si me prestaba a ello. Contesté que no estaba interesado en un empleo y que discutiría el ofrecimiento con todos mis compañeros.

La facción del Sr. Nuruddin también quería conversar conmigo. No podía evitar tomar una decisión tarde o temprano —la importancia que yo tenía en Calcuta me obligaba a hacerlo—. La razón de esa importancia residía en que, ya por ese entonces, el Sr. Fazlul Quader Chowdhury había abandonado sus estudios y regresó a Chittagong. El Sr. Zahir no se ocupaba de la política estudiantil y se concentraba totalmente en la Liga Musulmana.

Todos los estudiantes de Calcuta visitaban al Sr. Abul Hashim. Yo había trabado amistad con quienes frecuentaban sus clases. Entre aquellos que trabajaban con más dedicación por la Liga de Estudiantes en ese momento se encontraban Nuruddin, Khondokar Nurul Alam y Sharfuddin, quienes venían de Burdwan, Moazzem Ahmed Chowdhury, de Sylhet, Ekramul Huq, de Khulna, Mahbub Alam y S. A. Saleh —el primo de Nuruddin—, de Chittagong. Terminé juntándome con ese grupo porque, como todos ellos, le tenía mucha simpatía al Sr. Suhrawardy, pero no soportaba al Sr. Hashim.

Cuando el Sr. Suhrawardy pudo comprobar hasta qué punto se contradecían las dos facciones, nos llamó para intentar reconciliarnos. Falló en su intento, desde luego. Por este motivo tuve una confrontación con él. Cuando quiso que le diésemos al Sr. Anwar una posición importante, me negué diciéndole que este era un hombre que dividía el partido, y que no alentaba a los leales miembros del mismo. Además, jamás había presentado ningún estado de cuentas. De improviso, el Sr. Suhrawardy me increpó ácidamente:

—¿Quién es usted? ¡Usted no es nadie!

—Si no soy nadie, ¿por qué me ha invitado usted? —respondí—. No tiene derecho a insultarme. Voy a probarle que soy alguien. Gracias, señor. Jamás lo visitaré de nuevo.

Y con estas palabras me marché. Nuruddin, Ekram y Nurul Alam me acompañaron en mi protesta contra el Sr. Suhrawardy.

El secretario de la Academia Bulbul,<sup>14</sup> el Sr. Nurul Huda, le tenía mucho afecto al Sr. Suhrawardy. Siempre se mantenía cerca de él. Tenía excelentes modales y solíamos tratarlo con respeto. Si alguien precisaba de ayuda, él se la ofrecía, aunque fuera a altas horas de la noche. El Sr. Huda estaba presente cuando se le requería. Cuando salí enfurecido de su casa, el Sr. Suhrawardy le pidió al Sr. Huda que me fuese a buscar. Estaba tan enojado que lloraba de la rabia.

El Sr. Huda me alcanzó y me informó de que, gritando desde el primer piso, el Sr. Suhrawardy me había pedido que volviese. Mis amigos ya me habían dicho que no estaría bien que me negase a hacerlo. Por todo ello decidí visitar al Sr. Suhrawardy una vez más. Cuando regresé nos dijo a todos:

—Vayan y trabajen por las elecciones. No se peleen entre ustedes.

Entonces me pidió con mucha amabilidad que lo acompañara.

—Estás actuando de un modo sentimental —me dijo—. No le habría dicho a nadie lo que te dije a ti. Porque te considero uno de los míos, pensé que podía hablarte así.

Entonces, con gran delicadeza me acarició la frente. Por todo lo que hizo durante los siguientes años y por todas las atenciones que me brindó hasta el día de su muerte, sé que sus palabras de aquella noche venían de su corazón. Hoy, en la cárcel, evoco sus palabras de nuevo y me doy cuenta de que fue fiel a ellas durante veinte años. En todo momento y hasta su muerte, su amistad fue una bendición para mí. En esas dos décadas, nadie pudo apartarme de él, y no permití que nadie se interpusiera entre nosotros.

Cuando, incluso después de la reunión en la casa del Sr. Suhrawardy, el intento de reconciliación entre las dos facciones falló, convocar elecciones internas se convirtió en la única manera de encontrar una solución.

El Sr. Fazlul Quader Chowdhury se las arregló para tomar control de la sección de Chittagong de la Liga Musulmana, con la

---

<sup>14</sup> La Academia Bulbul de Bellas Artes (BAFA, por sus siglas en inglés), es una institución cultural creada en Daca, en 1955.

ayuda de los miembros de la Liga de Estudiantes. Los Khan Bahadur empezaron a perder su influencia sobre las oficinas de la Liga Musulmana del distrito.

He sido muy amigo de la gente de Chittagong desde 1943. Fue en Chittagong que hombres como M. A. Aziz, Zahur Ahmad Chowdhury, Azizur Rahman, Dr. Sultan Ahmed, Abul Khair Chowdhury y otros se convirtieron en líderes de la Liga Musulmana y de la Liga de Estudiantes. Algunos, claro, se perdieron por el camino. Sin embargo, Aziz y Zahur todavía están activos en política. Zahur pertenece ahora a la Liga de Trabajadores, y es el presidente de la Liga Urbana Awami. M. A. Aziz —hoy el secretario general de la Liga Awami en el distrito de Chittagong— fue encarcelado en diversas ocasiones en Pakistán, y tuvo que estar preso durante largos períodos. El Sr. Fazlul Quader Chowdhury fue su líder por mucho tiempo. Luego cambió y se inscribió en la Liga Musulmana. Aziz y Zahur, por su parte, ingresaron a la Liga Awami. El Sr. Chowdhury se fue volviendo egocéntrico y obstinado, lo que explica que, pasado un tiempo, aquellos que lo eligieron como su líder en Chittagong terminaran abandonándolo.

Telegrafíé al grupo en Chittagong, pidiéndoles que enviaran delegados a la reunión de la Liga de Estudiantes en Kushtia. También envié mensajeros a todos los otros distritos. Nuruddin, Ekram, Sharfuddin, Khondokar, Nurul Alam y yo mismo trabajamos con nuestros colegas, día y noche, preparando la conferencia. La situación no era fácil, pues el Sr. Hashim no podía proporcionarnos dinero. A pesar de ello, el Sr. Suhrawardy pudo conseguir algunos fondos para nosotros. Mediante donativos, pudimos llegar a Kushtia. Llevábamos en nuestro grupo a dos colegas de impecable ética laboral, Q. J. Azmeri y Hamid Ali. Azmeri era un hombre irascible. Solía involucrarse en conflictos a la menor provocación. También era valiente y bastante fuerte. Era pariente del Sr. Hashim.

Kushtia bordea el distrito de Faridpur. Los delegados de este último se hallaban divididos en dos facciones. Una de ellas nos apoyaba, y la otra apoyaba al Sr. Mohan Mia. El Sr. Mia pertenecía a la facción del Sr. Anwar.

Cuando llegamos a Kushtia nos quedó claro que un setenta por ciento de los delegados que ya se encontraban allí eran aliados nuestros. Los líderes de ambas facciones decidieron negociar para intentar alcanzar una salida a sus diferencias. Fazlul Bari,

de Bogra —hoy miembro del gabinete del gobernador de Bengala Oriental, Abdul Monem Khan— fue nombrado presidente de la sesión. Pero las palabras tensas no tardaron en convertirse en discusiones y en peleas. Anticipando que esto sucedería, el Sr. Shah Azizur Rahman había reclutado a varios matones. Le dijimos claramente que, si recurría a la fuerza, no lo dejaríamos permanecer en Calcuta. Al final, sin embargo, no fue alcanzado ningún compromiso.

Los líderes de la Liga de Estudiantes de Comilla se habían quedado con nosotros, pero por la mañana nos enteramos de que se habían unido a la facción del Sr. Anwar a cambio de tres puestos. El Sr. Rafiqul Islam era consejero en Calcuta porque nosotros lo habíamos nombrado. Tomaba parte en todas nuestras deliberaciones. El Sr. Shafikul Islam solía hospedarse en la residencia Baker. Se había mantenido de nuestro lado cuando nos opusimos al Sr. Anwar. El Sr. Hakim era un buen amigo mío. Nos conocíamos desde hacía mucho. Pero, con todo, ellos también nos abandonaron esa mañana. A pesar de ello, seguíamos siendo más. Estábamos convencidos de que venceríamos a la facción del Sr. Anwar.

La reunión del consejo debía tener lugar en un cine. El Sr. Hamoodur Rahman, hoy juez de la Corte Superior, asumió el rol de presidente de la sesión. Él era miembro del comité *ad hoc*. Nosotros solicitamos entonces que se otorgara ese cargo a la Federación de Estudiantes de la India. Cuando ingresamos al espacio donde tendría lugar la reunión, observamos que estaba lleno de gente que no conocíamos. Nos dirigimos al presidente de la sesión para hacerle saber que algo raro estaba ocurriendo. Ekramul Huq formuló una pregunta en nuestro nombre sobre el derecho de esa gente a participar de la sesión. Declaró que todo el mundo debía abandonar la sala y que después debería controlarse el acceso a través de dos puertas. Un representante de cada facción debía comprobar las credenciales de todos los que quisieran acceder.

Mientras tanto, muchos estudiantes que habían venido a presenciar el evento se agolpaban en el piso de arriba del cine. De pronto un muchacho con pantalones cortos gritó:

—Os puedo decir que muchas de estas personas no son estudiantes, los han traído de fuera. Shah Aziz [ur Rahman] ha conseguido colarlos en la sala para abultar su facción.

Más tarde supe que ese estudiante era Kamaruzzaman, quien luego sería el presidente de la Liga de Estudiantes de Pakistán Oriental, y miembro de la Asamblea de Bengala Oriental, elegido bajo los auspicios de la Liga Awami.

El Sr. Hamoodur Rahman ignoró nuestras protestas y dio comienzo a la sesión. Hubo veinte estudiantes a los que se les permitió votar a pesar de que debían ser admitidos tan solo después de la conferencia. Una vez más, solicitamos que los intrusos fuesen desalojados del lugar. La gente empezó gritar y comprendimos que iba a haber una pelea. Al ver que los ánimos se caldeaban, algunos hablamos entre nosotros y decidimos abandonar la sesión junto con todos nuestros partidarios. Si hubiésemos querido, habríamos creado una nueva organización, ya que teníamos gente que nos apoyaba en todos los distritos. Pero consideramos que no era adecuado.

Nos empeñamos en no dejar que la facción contraria pudiese efectuar reuniones en Calcuta. Los líderes de Toda Bengala no encontrarían en tal ciudad ningún espacio que les permitiese continuar sus actividades con tranquilidad. Hasta 1947, esa gente no organizó ningún tipo de elecciones.

Tanto la Liga Musulmana como la Liga de Estudiantes se escindieron en dos facciones. Una facción se identificaba con el Sr. Suhrawardy y con el Sr. Hashim, mientras que la otra estaba asociada con el Sr. Khawaja Nazimuddin y con el Maulana Akram Khan. Todos nosotros estimábamos mucho al Maulana Akram Khan. De hecho, no teníamos nada en su contra.

Entonces sucedió otra cosa que provocó muchas reacciones. Después de consultar con el Sr. Suhrawardy, el Sr. Hashim redactó un borrador para un manifiesto de la Liga Musulmana. En él se afirmaba que la Liga era una organización política y que, por lo tanto, debía involucrarse con cuestiones políticas. Una de ellas era el establecer qué tipo de estructura económica debía tener Pakistán una vez que se hubiera creado la nación. El documento sugería que el sistema de los aristócratas hereditarios, los zamindars, debía ser abolido. El documento también incluía otras ideas consideradas radicales así que, en cuanto se publicó, el manifiesto del Sr. Hashim levantó muchísimas ampollas.

Los compañeros que eran aún estudiantes o que tenían mentalidad progresista empezaron, de inmediato, a difundir el



manifiesto. Teníamos que convertir Pakistán en una realidad y resultaba indispensable definir el marco político y económico que tendría. El Sr. Hashim se pasaba horas adoctrinándonos sobre esos temas. Venía a menudo a pasar unos días en Dacca y, en esas visitas, permanecía con los miembros del partido discutiendo sobre esas cuestiones. Organizaba reuniones similares en la Liga Musulmana de Calcuta. Procuraba siempre mantenerse en contacto con los miembros del partido. Yo lo acompañaba a muchas de esas sesiones.

No debo dejar de mencionar a un prominente líder de los estudiantes que estuvo en activo durante esta época. No pertenecía a ninguna facción y no toleraba ninguna acción inapropiada. De hecho, todo el mundo sabía que él era una persona que intervendría solo para servir a la verdad. Todos los líderes le mostraban afecto. Hoy es universalmente conocido como el juez Abu Sayeed Chowdhury, de la Corte Superior de Dacca. Resulta que este señor se empeñó en conseguir que ambas facciones se reconciasen y el Sr. Suhrawardy siempre escuchó sus consejos con atención.

Otros dos hombres que hoy son jueces también jugaban un papel importante por entonces. Uno de ellos es el Sr. Abdul Hakim. Entonces era vicepresidente del Hostal Taylor, activamente involucrado en la política estudiantil. El otro era Muksumul Hakim, hoy juez de la Corte Suprema, quien no participó de la política estudiantil durante su estancia en Calcuta. Él era un buen estudiante, siempre dedicado a sus labores académicas.

Después del asesinato del Sr. Nazir Ahmed, el Sr. Shamsul Huq, el Sr. Shamsuddin Amed, el Sr. Aziz Ahmed, de Noakhali, el Sr. Khondokar Mushtah Ahmed y los otros líderes lideraban las acciones de los estudiantes de Dacca. Todos ellos eran devotos partidarios del Sr. Suhrawardy. Más tarde, también se volvieron seguidores del Sr. Hashim. Sentían que, además de participar en la Liga de Estudiantes, debían involucrarse en las actividades de la Liga Musulmana para evitar que esta fuese manipulada por grupos de intereses varios.

El Sr. Hashim abrió una oficina de la Liga Provincial en el número 150 de Mughaltuli, en Dacca. Muchos de esos miembros trabajaban a tiempo completo en actividades del partido, igual que sucedía con los miembros del Partido Comunista. El Sr. Shamsul



Huq estaba a cargo de la oficina abierta por el Sr. Hashim. Nosotros trabajábamos, por nuestra parte, a tiempo completo en la oficina de Calcuta. A pesar de que mantenía una habitación en un hostel, yo solía pasar la mayor parte de mi tiempo en la oficina de la Liga Musulmana.

Estudiaba por las noches. De vez en cuando asistía a las clases para cumplir con el cupo de asistencia que se exigía. Sin embargo, ¿qué importancia tenía el estudio si no se alcanzaba el sueño de crear Pakistán? Esa era la pregunta que nos rondaba a muchos entonces.

Las dos facciones debían verse las caras de nuevo cuando el Consejo de la Liga Musulmana estaba a punto de celebrar su siguiente reunión en el parque de Ahmed Ali de Calcuta. Decidimos que el Sr. Hashim tenía que ser elegido secretario general y que su manifiesto debería ser adoptado por el partido. Nuestros oponentes decidieron, por su parte, que no permitirían que el Sr. Hashim fuese elegido secretario. Muchos líderes apreciaban al Sr. Suhrawardy, pero el Sr. Hashim, en cambio, no les resultaba aceptable. Al final, el Maulana Akram Khan, el Sr. Suhrawardy y el Sr. Nazimuddin se reunieron para seleccionar un panel de directivos. Resolvieron que el Sr. Hashim sería, después de todo, nombrado secretario general, pero que su manifiesto no iba a adoptarse. Un subcomité fue formado para redactar un informe sobre el mismo. Si lo recuerdo bien, ese fue el compromiso que lograron al respecto, pero no consigo recordar nada más. En todo caso, el Sr. Suhrawardy declaró que no debíamos involucrarnos en conflictos internos, puesto que el objetivo esencial era la creación de Pakistán. Si nos enfrentábamos los unos a los otros en temas sin verdadera importancia, el movimiento para crear Pakistán se resentiría.

~~~

El gobierno de la Liga Musulmana en Bengala fue disuelto. El gobernador de la provincia se puso personalmente al mando de la administración. El Sr. Suhrawardy recordó que, durante la guerra, los comerciantes habían hecho acopio de ropa para luego venderla en el mercado negro. Por un lado, la escasez de alimentos iba a peor a pesar de todo el trabajo del Sr. Suhrawardy para intentar

controlar la situación. Por otro, comerciantes sin escrúpulos jugaban con la vida de la gente con el único objetivo de enriquecerse. El Sr. Suhrawardy ordenó rodear los almacenes de los comerciantes marwaris en Barabazar. Siguiendo sus órdenes, todo Barabazar se puso bajo vigilancia. Se descubrieron miles de metros de tela que habían sido escondidos. También se descubrió que muchos edificios contenían almacenes ocultos, creados para evitar que la gente supiera lo que allí había. Se tomaron medidas similares para que saliera a la luz el grano almacenado en bodegas por diferentes lugares de la ciudad.

Los mercaderes marwaris demostraron que no eran fáciles de controlar: invirtieron mucho dinero en sobornar a un gran número de miembros del legislativo para así asegurarse de que el gobierno fuese disuelto. El resultado fue que el gobierno perdió una moción en su contra, por un solo voto. Afortunadamente, la resolución así tomada no era una moción de censura. El Sr. Khawaja Nazimuddin declaró que llamaría a considerar una moción de censura al día siguiente, asegurando que, si la misma se aprobaba, renunciaría a su cargo de inmediato. El representante de la cámara era el Sr. Nowsher Ali. Al día siguiente, Ali declaró que la moción de censura ya había tenido lugar y que no era necesario repetirla.

Cuando se hizo pública la noticia, yo estaba en la asamblea con algunos estudiantes. En el momento en que se difundió la noticia de que el gobierno había sido disuelto, los marawaris comenzaron a celebrar su victoria. Me pareció tan intolerable que golpeé a varios de ellos. Otros compañeros de partido empezaron a hacer lo mismo, hasta que los marwaris terminaron huyendo.

El Sr. Mohammad Ali se apresuró a intervenir para impedir que se produjesen más actos violentos. Los líderes hindúes salieron a protestar. Cuando las cosas se calmaron, nos fuimos de allí. La Liga Musulmana llevaba solo un año y medio en el poder, a pesar de que el gobernador siempre retuvo el control absoluto de la provincia.

Yo sabía que el Sr. Suhrawardy era miembro del Club Calcuta. Siempre que venía a la ciudad, intentaba ir al club una o dos horas. Sin embargo, desde que se convirtió en ministro de suministros civiles, jamás tenía tiempo para hacerlo. Trabajaba siempre en su oficina hasta la media noche. Nuruddin y yo solíamos ir a su casa

después de la medianoche para discutir la situación política, puesto que era imposible hacerlo durante el día por falta de tiempo. Nos había pedido que así lo hiciéramos.

Hasta entonces ni se me había ocurrido que los miembros de la Asamblea Legislativa podían ser capaces de aceptar sobornos. ¡Eran personas que representaban a la provincia y al pueblo! Recuerdo que se me había confiado la tarea de custodiar a algunos de esos miembros, de modo que no tuviesen oportunidad de desertar del partido. No quiero nombrarlos, puesto que muchos han fallecido en el tiempo transcurrido desde entonces. Uno de ellos estuvo confinado en la oficina de la Liga Musulmana e intentó escapar de nuestra vigilancia una y otra vez, sin lograrlo. Recuerdo que en un momento dado nos dijo:

—Dejen que me vaya. No se preocupen: la oposición nos ha ofrecido un dinero, y si yo gano ese dinero de esta manera, ¿en qué les afecta a ustedes? En todo caso, voy a votar por la Liga Musulmana.

Lo miré incrédulo. Era un anciano, se veía respetable y era instruido. ¿Cómo podía un hombre como él decir algo así? Iba a aceptar dinero de un partido que no era el suyo y, a pesar de ello, iba a votar en contra de quienes lo sobornaban. ¡Hasta qué punto se había corrompido nuestra sociedad! Tuvimos que arrastrar a este caballero de la calle a la oficina. Todo el tiempo había estado tramando a qué partido venderse.

Un día el Sr. Fazlur Rahman, el jefe de gabinete del partido, me llamó a su oficina. Era él el jefe del partido, por entonces.

—Vais a tener que coger el tren de Assam-Bengal del mediodía a Rangpur —me dijo—. Tu misión es regresar con un miembro de la Liga Musulmana, que es también miembro de la Asamblea Legislativa y también un “Khan Bahadur”. Le he teleografiado y le he enviado un mensajero, pero no ha acudido a mi llamada. Solo tú puedes persuadirlo para que regrese. El Sr. Suhrawardy desea que te ocupes de este asunto. Ya te hemos comprado el billete.

El Sr. Rahman me entregó el billete y algunas cartas. Regresé a la residencia Baker, preparé un equipaje con poca ropa y salí de inmediato hacia la estación. Ni siquiera me detuve a comer. Eran tiempos de guerra y resultaba difícil encontrar dónde comer fuera del hostel. Me subí al tren. Los itinerarios ferroviarios

tenían retrasos porque debían ajustarse a los horarios de los transportes militares.

A pesar de que estaba previsto que el tren llegase a Rangpur a las ocho de la noche, llegamos a la una de la mañana. No había podido comer nada en todo el trayecto. El tren había ido abarrotado desde nuestra partida. Era mi primera visita a Rangpur, de modo que no sabía que la estación se encontraba a tres millas de la ciudad. Después de muchos esfuerzos logré encontrar un conductor de rickshaw que me llevó hasta allí. Afortunadamente, el conductor conocía la casa en la que el Khan Bahadur vivía y pudo dejarme frente a su puerta.

Tardé un rato en conseguir despertarlo y le entregué la carta. Él me conocía muy bien. Me dijo que iría a Calcuta al día siguiente, puesto que no quería tomar el tren que dejaría Rangpur a las cinco de la mañana. Le dije que, en tal caso, podía entregar de su parte un mensaje, ya que yo sí que viajaría en ese tren. Pensó que mi idea era buena. No me preguntó si había comido durante mi viaje, ni me ofreció nada. Preguntó tan solo si necesitaba una cama, visto que eran ya las tres de la mañana. Le contesté que no era necesario, puesto que emplearía el tiempo de otro modo. La cierto es que estaba tan agotado que tenía miedo de quedarme dormido y perder el tren. Me rugían las tripas. La última vez que había probado algo había sido en la residencia Baker, más de veinticuatro horas antes. Le dije que le agradecería un vaso de agua. Él me lo proporcionó y se aseguró de que llegase a la estación a tiempo, mediante un rickshaw de uno de sus conocidos. Así pude llegar a tiempo al tren de Calcuta.

Llegué a Calcuta ya entrada la noche. Pude conseguir té y galletas en el tren. Cuando llegué al hostel por fin pude comer de modo adecuado. Me había costado mucho permanecer tanto tiempo sin comer y estaba molesto por ello. Le dije al Sr. Fazlur Rahman que jamás me enviase a una misión así si la persona con la que debía contactar se parecía, aunque fuera un poco, a este Khan Bahadur.

Al día siguiente, tal y como había prometido, apareció el Khan Bahadur. Se le puso bajo vigilancia para garantizar su lealtad al partido, pero al final se las arregló para darnos esquinazo. A pesar de buscarlo no logramos dar con él. Aún éramos estudiantes y amábamos a nuestro país. Nos dolía observar esa muestra de

oportunismo y maldad. Veríamos, desde luego, mucho más de eso mismo en el futuro, pero esa ocasión fue la primera en la que fui testigo directo de la actitud de un personaje tan mísero. En cierta forma parecía que, con hombres semejantes de por medio, sería imposible crear Pakistán y lograr una nación independiente del poder británico.

La Liga Musulmana había sido, en sus inicios, un partido controlado por los hacendados y por la gente que ostentaba títulos de nobleza “Khan Shaheb” y “Khan Bahadur” otorgados por la corona británica como recompensa por su lealtad al Raj. Sus cómplices eran usureros y abusadores. Gente así jamás habría pensado en crear Pakistán. Si el Sr. Suhrawardy y el Sr. Hashim no hubiesen logrado convertir la Liga Musulmana en un partido popular entre la juventud y los estudiantes, y si no hubiesen atraído a los intelectuales musulmanes bengalíes, habría sido imposible que el movimiento se difundiese entre la población de Bengala, que era por lo general pobre y analfabeta.

Hicimos un gran esfuerzo por impedir que esta gente egoísta jugara papeles importantes dentro del partido, pero no podíamos controlarlos por completo. Así, en cuanto se creó Pakistán, los oportunistas como el Khan Bahadur y los títeres de la corona británica se hicieron con el poder. A continuación, relataré los hechos que contribuyeron a su éxito.

~~~

Después de ser ministro, el Sr. Suhrawardy se dedicó a la labor de hacer de la Liga Musulmana una organización más estable. Tras haber reprimido el primer ataque, los británicos habían logrado cambiar el curso de la guerra. Este fue el momento en que el Partido del Congreso había logrado popularizar a nivel nacional el movimiento ‘Dejad la India’.

El Sr. Suhrawardy y el Sr. Hashim habían logrado ya popularizar el movimiento que buscaba la creación de Pakistán. Fue el Sr. Hashim quien nos enseñó a pensar que un día deberíamos alzarnos en armas contra los británicos. Sentíamos un odio natural contra ellos. No éramos simpatizantes de la política fascista de Hitler. A pesar de ello, las derrotas de los ingleses nos complacían. Este era el período en el cual Netaji Subhas Bose formó el Azad Hind

Fauj, reclutando tanto a hindúes como a musulmanes para luchar contra los británicos.

En ocasiones nos parecía que los japoneses tenían más en común con nosotros que los británicos. Sin embargo, sabíamos que reemplazar a estos últimos por los japoneses no nos acercaría a la libertad. Nos dolía también la ocupación de la China por parte de Japón.

Cuando escuchábamos a Subhas Bose hablarnos desde Singapur, nos provocaba una gran excitación. En ocasiones, pensábamos que, si él lograba traer sus tropas a Bengala, sería fácil para nosotros echar a los británicos. Pero, por otro lado, también se nos ocurrió que tenerlo en Bengala no nos acercaría a cristalizar la idea de Pakistán. ¿Qué sucedería, entonces, con cien millones de musulmanes que había en el país? Pero no podía evitar sentir que alguien que lo había dejado todo en su país para liderar un movimiento por su independencia no podía ser provinciano en su forma de pensar. Así que mi respeto por Subhas Bose siguió creciendo.

Estaba realmente convencido de que los musulmanes serían aniquilados en una India unificada. ¿Por qué a los líderes hindúes les desagradaba tanto la idea de Pakistán? Tanto hindúes como musulmanes podían vivir codo a codo en la India. A ambas comunidades se les concederían idénticos derechos. Los hindúes podrían vivir como ciudadanos de Pakistán, los musulmanes podrían vivir libremente en la India. Los musulmanes de Pakistán aceptarían como hermanos a los hindúes que viviesen allí. Fue en ese período cuando empezamos a cambiar el tono de nuestros discursos. Discutíamos de esos temas con nuestros amigos hindúes durante horas. No había forma de convencerlos de nuestro punto de vista. Durante 1944 y 1945, hindúes y musulmanes discutieron sobre esa cuestión en todas partes, incluso en trenes y en barcos de vapor. En ciertas ocasiones se pasaba de las palabras a las manos. Para entonces los jóvenes musulmanes no estaban ya divididos respecto a esta cuestión. Todos pensaban que se debía lograr la creación de Pakistán.

Un día, el Sr. Fazlul Huq invitó a varios de los representantes de los estudiantes de la Universidad Islamia. No lográbamos decidir si ir o no. Al final dije:

—¿Por qué no vamos a ir? Le solicitaremos que regrese a la Liga Musulmana. Si pensamos que nuestros principios son tan

débiles que una mera cena con él representará una traición a la idea de Pakistán, no merecemos ser parte siquiera del movimiento por Pakistán.

Llevé conmigo al Sr. Ekramul Huq, de Khulna, a pesar de que no era estudiante de la Universidad Islamia. Lo hice porque él gozaba de gran influencia. Me trataba con mucho afecto y respeto. Al final, fuimos seis o siete los que decidimos asistir a la cena. El Sr. Fazlul Huq se sentó con nosotros y nos dijo:

—¿Fui yo quien abandonó la Liga Musulmana o se me expulsó de ella? El Sr. Jinnah no me tolera, porque no puede soportar que yo sea tan popular. Jamás podrá hacer, en su vida entera, lo que yo he hecho por los musulmanes de Bengala. A los bengalíes nunca se les permite tener un sitio propio. Lo que han intentado hacer es dejarme fuera del movimiento y erigir al Sr. Nazimuddin como líder único.

Aprovechamos la oportunidad para presentarle nuestro punto de vista.

—Si usted permanece en la Liga Musulmana —le dijo Ekramul Huq—, y si apoya al movimiento por Pakistán, los estudiantes musulmanes de Bengala no pueden más que apoyarle a usted. ¿Y qué sucederá con nosotros, los musulmanes, si no conseguimos crear Pakistán?

—¿Y quién fue el responsable de la Resolución de Lahore, de 1940? —replicó el Sr. Fazlul Huq—. ¡Fui yo! ¿Quién conocía a Jinnah por entonces?

Volvimos a extender nuestra invitación para que se uniese a nosotros y salimos de su casa. Habíamos tratado muchos temas con él, aunque ahora no puedo recordarlos todos. Aquí relato los hechos de los que aún tengo memoria. Antes de aquella noche solo habíamos coincidido una vez, fue en Gopalganj, en 1938, y ese encuentro fue muy breve. Aquel día me consideré afortunado por haber tenido la oportunidad de hablar con él en persona un rato.

Mientras tanto, los empleados de la oficina de la Liga Musulmana y el Sr. Suhrawardy se habían enterado de nuestra visita a la casa del Sr. Huq. Esto provocó en ellos el temor de que fuéramos a desertar para unirnos al Sr. Huq. Unos días más tarde, cuando fui a visitar al Sr. Suhrawardy, me dijo con una sonrisa:

—¿Así que ahora visitas con frecuencia al Sr. Huq? ¿Te dan de cenar bien?



Le contesté que había ido a ver al Sr. Huq tan solo una vez. También le informé de todo lo que se había tratado en esa ocasión. Me dijo:

—Hiciste bien en ir. Después de todo, ¿por qué no ir si él te invitó?

Le dije que habíamos solicitado que el Sr. Huq se integrase a la Liga Musulmana. El Sr. Suhrawardy respondió:

—Sería excelente si lo hiciera. Pero él no se reintegrará, ni le dejarían hacerlo. Tiene varios allegados que no serán aceptados en ningún lugar sin el Sr. Huq y son ellos, precisamente, quienes lo están manteniendo fuera de la Liga Musulmana.

El Sr. Suhrawardy era un liberal. No albergaba malicia contra nadie. Sin embargo, otros líderes de la Liga Musulmana no eran como él y procedieron a burlarse de nosotros por haber aceptado la invitación del Sr. Huq. Yo era obstinado y de temperamento irascible, así que siempre contestaba a cualquiera que sacara el tema. Me traía sin cuidado quien fuera, yo no iba a dejar de decir lo que pensaba. Cumplía siempre diligentemente con las tareas que se me encomendaban y jamás evadía responsabilidades. Era de ese tipo de personas que podían trabajar muy duro. Por ello, a pesar de mi afilada lengua, nadie osaba responder a mis observaciones.

Los estudiantes siempre contaban conmigo si necesitaban ayuda. Si un estudiante tenía problemas, si no podía encontrar plaza gratuita en un hostel o si necesitaba matricularse, bastaba que acudiera a mí. Cuando era necesario, hablaba con el rector, el Dr. Zuberi. Me había puesto una regla: no me ocupaba de casos injustos. Los maestros lo sabían y, con esa garantía, escuchaban mis peticiones. Los estudiantes, en general, me tenían afecto. El gerente del hostel, Saidur Rahman, sabía que venía a visitarme mucha gente. Cuando los estudiantes de diferentes distritos venían a la ciudad, teníamos que encontrar un lugar para hospedarlos, así que siempre había alguien que terminaba durmiendo en mi habitación. Era algo inevitable, puesto que debíamos albergarlos hasta encontrar un lugar seguro para que se hospedasen. Un día le dije al Dr. Zuberi:

—Señor, por favor, permítame usar el cuarto destinado a estudiantes enfermos, porque es amplio y puede acomodar de diez a quince personas.



Esa habitación también tenía un ventilador eléctrico. Por descontado quería, además, conservar mi habitación de siempre. Él me respondió:

—Está bien. Puedes usar esa habitación. Pero asegúrate de que nadie se queje por ello.

—No se preocupe —le contesté—, aunque hubiera algún estudiante que se opusiera a la idea, nadie osaría oponerse a mí.

La Residencia Baker disponía de algunas habitaciones que se asignaban gratuitamente a estudiantes de pocos recursos. En aquella época tan solo aquellos que estaban realmente afectados por la pobreza podían hospedarse allí. Hoy en día, sin embargo, tienen lugar ciertas llamadas telefónicas exigiendo que esas habitaciones se asignen a determinados estudiantes.

La Universidad Islamia disponía también de un fondo para ayudar a estudiantes pobres. El Sr. Narayan, profesor de ciencia, era el encargado de administrar ese dinero. A pesar de ser yo un estudiante de la facultad de artes, el Sr. Narayan me tenía mucho afecto, incluso después de saber que me dedicaba casi por entero a trabajar por la creación de Pakistán. Todos los estudiantes de la Universidad eran musulmanes. ¿Por qué se confiaba a un hindú como él tal responsabilidad? La respuesta era simple: el Sr. Narayan era el profesor ideal. Para él no importaba en absoluto si alguien era musulmán o hindú. Los ayudaba a todos, no solo con el dinero que recibía de las matrículas y del gobierno, sino también con las donaciones que solicitaba de hindúes y musulmanes generosos. Pocas veces he encontrado profesores que tuviesen un corazón tan grande como el suyo.

Sucedió entonces que me vi obligado a aceptar el cargo de Secretario General de la Unión de Estudiantes de la Universidad Islamia, por haber sido elegido de manera unánime para tal responsabilidad. A pesar de mis esfuerzos, me resultó imposible unir las dos facciones. Ambos grupos habían insistido en que debía salir yo elegido Secretario General, de no ser así exigían convocar unas elecciones. Acabé trabajando como secretario general durante los siguientes dos años, tras los cuales ambos grupos exigían que se celebraran elecciones. Sabía que, de acceder, el proceso sería irreversible. Malgastaríamos mucho dinero y tiempo de estudio y estaríamos constantemente enfrentándonos los unos con los otros. Con todo, tuve que ceder ante sus

peticiones y les dije que permanecería en el puesto solo tres meses más, ya que el tema de Pakistán estaba por votarse y tendría que trabajar mucho por la causa y eso me apartaría del ámbito universitario. Sabía que ya no podría pasar más tiempo en la universidad. Así que renuncié a mi cargo de Secretario General para que fueran otros los que llevaran las riendas a partir de entonces.

~~~

A principios de 1945, la idea de celebrar unas elecciones empezó a extenderse con más fervor. La votación tendría lugar en marzo de 1946, y los musulmanes de toda la India votarían en un referéndum destinado a decidir si deseaban o no la creación de Pakistán. Se procedía así porque el Partido del Congreso afirmaba que representaba tanto a musulmanes como a hindúes en la India. Ponían especial énfasis en recordar que Maulana Abul Kalam Azad era su presidente. Proclamaban también que, en una India unida, los hindúes no podrían dominar o tratar injustamente a cien millones de musulmanes. Aún más, los musulmanes eran mayoría en varias provincias del país. Si el país se dividía en dos estados, los musulmanes de la India serían erradicados. La Liga Musulmana, por su parte, sostenía que los hindúes tendrían, en Pakistán, derechos idénticos a los musulmanes. Solicitaban el mismo trato para los musulmanes en la India. La Resolución de Lahore describe bien la postura de la Liga Musulmana, como podemos ver en el siguiente extracto:

1. Al mismo tiempo que aprobamos y admitimos la acción tomada por el Consejo y el Comité en Funciones de la Liga Musulmana de la India, indicada en las resoluciones fechadas a 27 de agosto, 17 y 18 de septiembre, y 22 de octubre de 1939, y 3 de febrero de 1940, sobre el tema constitucional, la presente sesión de la Liga Musulmana de la India reitera enfáticamente que la estructura federal creada en el Acta de Gobierno de la India, de 1935, es totalmente inadecuada e impracticable dentro de las peculiares condiciones de esta nación y, por tanto, no es aceptable para los musulmanes de la India.
2. Toma nota de su determinación de que, aun cuando la declaración fechada a 18 de octubre de 1939, efectuada por el Virrey en nombre del gobierno de Su Majestad nos reconforta en tanto

que declara que la política y el plan en los cuales está basada el Acta de Gobierno de la India, de 1935, será reconsiderada en consulta con las diversas partes, intereses y comunidades de la India, los musulmanes de la India no estarán satisfechos hasta que los planes constitucionales en su conjunto sean replanteadas desde su origen, y que ningún plan subsecuentemente revisado será aceptable para los musulmanes sin que esté estructurado con su aprobación y su consentimiento.

3. Resuelve que es la postura razonada de esta sesión de la Liga Musulmana de la India que ningún plan constitucional será factible en este país o aceptable para los musulmanes sin que esté designado en aplicación de los siguientes principios: que unidades geográficamente continuas estén demarcadas en regiones que deben constituirse con los reajustes necesarios a las áreas en que los musulmanes se hallan en mayoría, como aquellas del norte, del oeste y del este de la India, deben ser agrupadas para constituir “estados independientes”, de los cuales las unidades constituyentes deben ser autónomas y soberanas.
4. Medidas de salvaguarda adecuadas, efectivas y obligatorias deben implementarse específicamente en la constitución, estableciendo que los derechos religiosos, culturales, políticos, administrativos y de otro tipo, de las minorías residentes en las unidades y en las regiones, serán protegidos en consulta con esas minorías.
5. Esta sesión autoriza que el Comité en Funciones estructure un borrador de constitución que se halle en conformidad con los principios básicos aquí detallados, considerando que tales regiones asumirán finalmente todos los poderes, incluyendo aquellos de defensa, asuntos exteriores, comunicaciones, aduanas y todo otro poder que sea necesario.

~~~

El diario *Azad* fue el único periódico bengalí que apoyó a la Liga Musulmana y al movimiento para la creación de Pakistán. El fundador y el dueño del periódico era el Maulana Akram Khan, presidente de la Liga Musulmana Provincial, quien no soportaba al Sr. Abul Hashim. Se había enemistado también con el Sr. Suhrawardy por el apoyo que le brindaba al Sr. Hashim. Nosotros no le caíamos en gracia por esta misma razón, así que no era frecuente que

hablara de nuestras actividades en su periódico. Una de las pocas ocasiones en que sí lo hizo fue con ocasión de la intervención del Sr. Mohammad Modabber. Más tarde el Sr. Sirajuddin Hossain –hoy editor del diario *Ittefaq*– y otros amigos empezaron a trabajar en las oficinas del *Azad*. Intentaron publicar de vez en cuando alguna historia sobre nuestras actividades, cuando la oportunidad se presentaba.

El trato que recibíamos por parte del *Morning News* ni siquiera merece mención. A pesar de que este periódico apoyaba sin reservas el movimiento por Pakistán, estaba controlado por un grupo que representaba los intereses de los poderosos. No quería publicar nada sobre nosotros y era muy crítico con todo lo que hacía el Sr. Hashim. Sin embargo, ya que la Liga de Estudiantes y la Liga Musulmana contaba con miembros que lo apoyaban, no les quedaba más remedio que publicar, muy de vez en cuando, alguna noticia sobre nuestras actividades.

Comprendí que necesitábamos crear un periódico que apareciera, por lo menos, una vez a la semana, sobre todo para difundir nuestras ideas entre los miembros del partido que se habían incorporado recientemente. Era difícil que el Sr. Hashim pudiera llevar a cabo una empresa así solo, ya que carecía de medios. El Sr. Suhrawardy, por su parte, había vuelto a su trabajo en la Corte Suprema de Calcuta. Tenía, pues, un buen salario, y era reconocido como un excelente abogado. Contaba no solo con el afecto de los pobres, sino además con el atento oído de los ricos de la ciudad. Nunca lo había visto pasar apuros económicos. El Sr. Hashim le propuso al Sr. Suhrawardy la creación del periódico y este respondió que, si se contaba con algo de capital inicial para ponerlo en marcha, él se encargaría de reunir el resto del dinero necesario.

Mucha gente pensaba que el Sr. Nuruddin y yo lograríamos persuadir al Sr. Suhrawardy para que contribuyese al establecimiento de un periódico. Con esta idea fuimos a visitarlo un día. Tratamos de convencerlo, diciéndole que no se precisaría de mucho dinero, puesto que el periódico sería un semanario. Contábamos con muy buenos escritores que estaban dispuestos a trabajar por una suma simbólica. Algunos de ellos lo harían incluso de forma gratuita. Tras dos visitas más en las que insistimos en la importancia del proyecto, el Sr. Suhrawardy accedió a ayudarnos.

Encontramos varios cuartos vacíos en el primer piso del edificio en que la Liga Musulmana tenía sus oficinas, así que pudimos instalar allí las oficinas del periódico. El Sr. Hashim asumió el cargo de editor y empezó así la andadura de semanario. Muchos de los miembros de la Liga Musulmana vendíamos el periódico en las calles. El Sr. Kazi Mohammad Idris se encargó de publicarlo. Ya por entonces gozaba de buena reputación como periodista. Era un hombre amable con buenos contactos en toda Bengala que comenzaron a contribuir al periódico. El semanario, llamado *Millat*, se convirtió en un éxito entre los intelectuales. Entre sus lectores asiduos también había muchos hindúes.

La facción que se oponía a nosotros inició una campaña para tildar al Sr. Hashim de comunista a pesar de que, en realidad, él era seguidor del Maulana Azad Sobhani, quien poseía una gran reputación como filósofo. El Sr. Hashim lo invitó a venir a Calcuta y allí dio clase. Mis compañeros asistían a sus clases hasta bien entrada la noche, pero a mí me resultaba imposible estarme quieto tanto tiempo. Asistía a sus charlas durante un rato, pero terminaba por marcharme. Les decía a mis amigos:

—Acudid vosotros, convertíos en expertos. Yo, por mi parte, tengo demasiado trabajo. Primero debo trabajar para la creación de Pakistán. Solo después nos sentaremos a discutir otros temas.

Me sentía agradecido de poder abandonar las sesiones sin que el Sr. Hashim se ofendiese. Tenía la vista tan deteriorada que era imposible que se diera cuenta cuando me marchaba. Las pocas veces que lo hizo, quiso saber la razón por la que me había escabullido. Yo le respondía siempre que tenía mucho trabajo. Y era verdad. Mis tareas, especialmente aquellas efectuadas entre los estudiantes, eran muy numerosas.

~~~

Se anunció el calendario de las elecciones. La Liga Musulmana debía crear un consejo parlamentario. Estaba previsto que el Comité Parlamentario contase con nueve miembros. Dos de ellos debían ser miembros *ex officio*. Uno debería ser nominado por el Partido de la Liga Parlamentaria y otro sería escogido de entre los miembros de la Asamblea Legislativa. El consejo elegiría a los cinco miembros restantes. El partido estaba ya escindido en dos

facciones. A pesar de ello, ya que el motivo de las elecciones era la creación de Pakistán, todos sabían que no era el momento de demostrar división alguna.

Todos estaban de acuerdo en la nominación de cuatro de los miembros del comité: el Maulana Akram Khan, presidente de la Liga Musulmana Provincial, Khawaja Nazimuddin, líder del Partido Parlamentario de la Liga Musulmana, un representante del Partido Parlamentario Musulmán y un miembro de la Liga Musulmana electo a la Cámara Superior. El Sr. Nazimuddin era el líder del Partido Parlamentario y, naturalmente, contaba con la lealtad de la mayoría de los miembros de la Asamblea Parlamentaria y del Consejo Legislativo. A pesar de que el Sr. Suhrawardy era el segundo al mando, el Sr. Nazimuddin decidió nominar al Sr. Fazlur Rahman en su lugar. El Sr. Suhrawardy protestó, señalando que el Sr. Rahman podía ser elegido como miembro después de las elecciones del consejo. Habíamos hecho que el Sr. Fazlur Rahman fuera miembro, ya que no podría serlo por sus propios medios. Es probable que el Sr. Nurul Amin fuera escogido desde la cámara alta de la Liga Musulmana. De este modo cuatro de los nueve miembros del comité terminaron siendo escogidos en el seno de su facción.

No era descabellado que pudiera incorporarse otro miembro a través de las elecciones. La mera posibilidad desató un gran conflicto interno. Protestamos e insistimos en cuestionar la razón por la que no se dejaba que el Sr. Suhrawardy representase a los miembros de la Asamblea Legislativa. Declaramos que se había cometido una injusticia, puesto que, al ser el segundo del partido de la Liga Musulmana en el parlamento, era indispensable que fuese elegido. ¡Era una conspiración en toda regla! El Sr. Suhrawardy intentó disuadirnos de continuar protestando, asegurándonos que no lograríamos nada. Yo le hice ver que había cedido con demasiada facilidad:

—El Sr. Nazimuddin hubiera hecho bien en recordar que llegó a ser el líder de la Liga Musulmana y miembro de la Asamblea Parlamentaria gracias solamente a tu generosidad.

El Sr. Fazlul Huq lo había casi desterrado de la política al prevalecer por sobre él en la elección efectuada en Patuakhali. Nazimuddin no podía ganar ninguna elección en Bengala Oriental si su oponente era el Sr. Huq. Su elección se debía a la generosidad

del Sr. Suhrawardy, quien había renunciado a uno de sus cargos, permitiéndole presentarse a las elecciones para obtenerlo. E incluso el propio Sr. Suhrawardy no habría podido asegurar la elección de Nazimuddin en comicios efectuados fuera de Calcuta.

En 1937, el Sr. Suhrawardy había sido elegido por la Asamblea Legislativa para ocupar una de las dos posiciones asignadas a Calcuta. El Sr. Nazimuddin regresó derrotado, después de no prevalecer en Patuakhali. No le quedaba opción alguna de continuar en política.

Fue entonces cuando el Sr. Suhrawardy decidió enfrentarse al Sr. Huq, afirmando que lograría que saliese elegido Nazimuddin en una elección que debería celebrarse cuando renunciase al escaño parlamentario que había ganado poco antes. Lo hizo a sabiendas de que el Sr. Huq haría todo lo posible para derrotarlo, utilizando a alguno de sus allegados.

Las cosas sucedieron exactamente como el Sr. Suhrawardy tenía previsto: Huq no escatimó esfuerzos, usando como intermediario a uno de sus partidarios. Al final, el Sr. Nazimuddin triunfó gracias al apoyo del Sr. Suhrawardy. Paradójicamente, iera él quien insultaba a su antiguo benefactor! Decidimos que intentaríamos lograr que cinco de los nuestros fuesen elegidos para el Comité. Nos opondríamos a todos aquellos que contasen con el apoyo del Sr. Nazimuddin. Confiábamos en que obtendríamos la mayoría de los votos.

El Maulana Akram Khan intentó reconciliar a las dos facciones. El Sr. Suhrawardy y el Maulana discutieron sobre el asunto en la casa de este último. Me di cuenta de que el Sr. Suhrawardy estaba a punto de aceptar los puntos de vista de su oponente.

—Estamos en medio de la lucha por la creación de Pakistán — dijo el Maulana—. ¿Por qué combatir internamente en este preciso momento? Es mejor que encontremos una solución pacífica.

Le dijimos al Sr. Suhrawardy que el Maulana y el Sr. Nazimuddin ya habían sido elegidos. ¿Por qué escoger entonces a otro de sus partidarios, y no a alguien como él? Nunca aceptaríamos algo así.

No recuerdo con exactitud en qué fecha sucedió todo aquello. Sin embargo, no se ha borrado de mi memoria el incidente en sí mismo. Se había decidido que, por la noche, intentaríamos lograr un compromiso irrumpiendo en las dependencias de la Asamblea de Calcuta, donde estarían presentes los miembros de la Asamblea



y del Congreso, junto con los líderes de la Liga. Decidimos actuar así en el momento en el que supimos que el encuentro iba a celebrarse. Conseguimos reunir a doscientos o trescientos estudiantes de varias residencias, incluyendo a los de Baker. Nos dirigimos todos al lugar de la reunión, que se estaba celebrando a puerta cerrada. Golpeé la puerta y reclamé en voz alta que nos dejaran exponer nuestros puntos de vista. Transcurridos unos minutos, aceptaron recibirnos. Abrieron las puertas. Los estudiantes entraron.

Yo fui el primero en hablar, y lo hice durante casi media hora. Me dirigí al Sr. Suhrawardy:

—Usted no tiene derecho a alcanzar un compromiso. No queremos que se asuma un acuerdo con el feudal Khawaja. Cuando el Sr. Nazimuddin se convirtió en primer ministro, en 1942, elevó a su propio hermano al cargo de ministro. Nombró también a once de sus familiares como miembros de la Asamblea Legislativa. ¿No tenía este país gente más allá de la que pertenece a su familia? No dejaremos que la Liga Musulmana se convierta en un partido controlado por un grupúsculo. Ya hemos protestado contra el Sr. Huq y, si fuera necesario, lo haremos contra usted también.

Insistimos en que el Sr. Suhrawardy debía abandonar la reunión. Una vez que lo hizo, el Sr. Fazlul Quader Chowdury y Lal Mia, de Faridpur, hablaron en nuestro favor. La reunión se prolongó durante toda la noche en compañía del Sr. Suhrawardy. El Sr. Nazimuddin lo llamó por teléfono para preguntarle si estábamos dispuestos a llegar a un acuerdo. Nos informaron de que se había producido esa llamada y de que el Sr. Suhrawardy le había dicho que le comunicaría la decisión hacia las nueve de la mañana del día siguiente. El Sr. Suhrawardy nos pidió que nos reuniésemos en su casa antes de las ocho de la mañana del día siguiente.

Por esos días, Nuruddin, Ekram, Nurul Alam, Sharfuddin, Zahir y algunos más de los nuestros solíamos pasar todo el día juntos. Fazlul Quader Chowdhury también había llegado a Calcuta con sus partidarios. Era muy popular entre los estudiantes de Chittagong.

Llegamos a la casa del Sr. Suhrawardy exactamente a las ocho de la mañana. Él había pasado la noche hablando con varias



personas. Se sentó con nosotros y nos dijo que no tenía claro si podría asegurar cinco escaños en el Comité. Yo le dije:

—Por favor, crea en nosotros. Prevaleceremos, con la bendición de Dios. No hay ningún motivo en el mundo que haga pensar que vamos a perder—. Le entregué el teléfono—. Dígale al Sr. Nazimuddin que queremos que convoque elecciones.

Mr. Suhrawardy hizo exactamente eso. Le dijo al Sr. Nazimuddin:

—Lo que tenga que suceder, sucederá a través de unas elecciones. La Liga Musulmana les pertenece a todos. La solución no debe imponerse verticalmente.

Pude escuchar que Nazimuddin contestaba algo, tratando de evadir la cuestión principal. El Sr. Suhrawardy le contestó:

—Es ya muy tarde para eso. Ustedes no se han comportado con nosotros de la manera adecuada.

Nos despedimos y partimos. Esa noche aparecieron los representantes de los distritos. Uno de ellos, cuya personalidad aún recuerdo, era el Sr. Mujibur Rahman Muktar, Secretario de la Liga Musulmana del Distrito de Noakhali. Él pronunció un discurso muy elocuente ante los líderes de su distrito. Todos los representantes de esa jurisdicción admiraban al Sr. Suhrawardy.

El Sr. Hashim se ocupaba de nuestra oficina de un modo eficaz, y todo funcionaba sin problemas. Enviamos representantes nuestros a las estaciones de tren de Calcuta, Sealdah y Howrah, para que recibiesen a los consejeros y les ayudasen con el hospedaje. Los estudiantes voluntarios dejaron los hostales para conocer a los representantes de sus respectivos distritos.

Durante dos días trabajamos hasta la extenuación. El Maulana Ragib Ahsan y el Sr. Osman eran, por aquel entonces, los líderes de la Liga Musulmana de Calcuta. Todos los miembros de esa organización eran fieles al Sr. Suhrawardy. No habían dudado en salir a las calles con sus propios automóviles y con sus partidarios para hacer campaña a su favor. Gracias a todo esto, el día de la reunión asistieron cientos de miembros del partido. Quienes éramos parte del consejo entramos directamente en el recinto electoral, mientras que los demás se quedaron fuera, continuando la campaña a favor del Sr. Suhrawardy. Todo el auditorio retumbaba por los vítores de ‘Larga vida al Sr. Suhrawardy’ y ‘Larga vida al Sr. Hashim’.

Tras las deliberaciones, el Sr. Suhrawardy y el Sr. Hashim propusieron cinco candidatos: Huseyn Shaheed Suhrawardy, Abul Hashim, Maulana Ragib Ahsan, Ahmed Hussein y Lal Mia. El Sr. Suhrawardy y el Sr. Hashim presentaron esos nombres, mientras que el Sr. Nazimuddin hizo otro tanto con los de su facción. En ese momento, Quader Chowdhury empezó a irritarse e intentó obtener para sí mismo una candidatura para el Comité Parlamentario. Yo apoyé su intento. El Sr. Suhrawardy estuvo a punto de aceptar la candidatura, puesto que no había decidido aún aceptar a Fazlul Quader Chowdhury a expensas de Lal Mia. En ese momento, el Sr. Chowdhury se entrevistó con el Sr. Nazimuddin y le propuso que se uniese a su facción junto con los delegados de Chittagong. Cuando el Sr. Suhrawardy lo supo, su reacción fue esta:

—Paso lo que pase, no debe ser nombrado, puesto que ha demostrado ser un hombre extremadamente codicioso a pesar su edad.

Mientras, el Sr. Nazimuddin había decidido también que no lo nominaría. Al final, Chowdhury acabó votando por el Sr. Suhrawardy, a quien apreciaban todos en su grupo. Además, M. A. Aziz, Zahur Ahmad Chowdhury, Abul Khair Siddique y Azizur Rahman Chowdhury eran admiradores suyos. El intento de traición del Sr. Chowdhury los había herido. Eran también mis amigos.

Al comenzar la sesión del Consejo, Maulana Akram Khan habló durante un rato. Luego fue el turno del Sr. Abul Hashim, que intervenía en calidad de secretario de nuestra organización. Cuando inició su discurso, algunos de los seguidores del Sr. Nazimuddin empezaron a abuchearlo. Nos quejamos por ello y el resultado fue que la asamblea se convirtió en un caos. Casi todos los delegados jóvenes estábamos de parte del Sr. Suhrawardy, de modo que, ¿cómo iban a detenernos? Nadie le faltó el respeto al Sr. Nazimuddin, pero todos sus seguidores se llevaron su respectiva tanda de insultos.

Mi amigo Aziz y yo nos dimos cuenta de que el Sr. Shah Azizur Rahman se había colocado detrás del Sr. Nazimuddin y que llevaba en las manos los archivos de la Liga Musulmana de Estudiantes. Decidimos apoderarnos de esos documentos, que nos serían muy útiles en nuestro trabajo de organización. Cuando el Sr. Nazimuddin estaba a punto de marcharse, con el

Sr. Shah Azizur Rahman siguiéndole los pasos, Aziz se lanzó sobre él. Yo cogí los documentos urgiéndolo a no decir nada y a marcharse. Hoy, cuando me encuentro a veces al Sr. Shah Azizur Rahman y conversamos, siempre sonrío recordando esa escena. Debo anotar que él se inscribió en la Liga Awami en 1964, y se convirtió en uno de sus adalides en la Asamblea Nacional y en el vicepresidente de la oposición. Continuamos siendo enemigos hasta que la ley marcial se impuso en 1958. Tan solo mucho después nos convertimos en aliados.

Maulana Akram Khan decidió suspender la reunión hasta el día siguiente. Anunció que la votación tendría lugar a las diez de la mañana. Se prepararon las papeletas y se colocó una urna en un cuarto adyacente. Cada delegado tendría cinco votos. Yo estaba con el escrutinio, dentro de la asamblea, cuando alguien se quejó de mí al Maulana. Él salió y me dijo:

—Muchacho, ¿qué crees que estás haciendo?

—No soy solo un muchacho —le respondí yo—. Soy un miembro del partido.

El Maulana rio y se marchó.

El recuento de los votos prosiguió hasta la noche del día siguiente. Los cinco miembros propuestos por el Sr. Suhrawardy ganaron la elección. Yo había traído algunas guirnaldas. Otros habían hecho lo mismo. Cuando puse mi guirnalda alrededor del cuello del Sr. Suhrawardy, este me dijo con afecto:

—Tenías razón. Estábamos muy preocupados sobre las posibilidades que tenía Lal Mia de ganar.

Yo había solicitado personalmente el apoyo de muchos miembros para que pudiésemos ganar. El Sr. Suhrawardy apenas obtuvo unos pocos votos de los delegados del distrito de Faridpur. Lal Mia y yo estuvimos entre esos votantes. El resto fueron para el Sr. Nazimuddin, por impulso del Sr. Tamizuddin, de Mohan Mia y del Sr. Salam. Sin embargo, tuve éxito al lograr arrebatárselos algunos votos para Lal Mia. A pesar de que Lal Mia y Mohan Mia eran hermanos, se enfrentaban el uno al otro.

Es pertinente mencionar aquí un aspecto divertido de la relación entre estos dos hermanos. Después de convertirse en miembro del Consejo Parlamentario, Lal Mia trabajó para lograr que su hermano fuese nominado. No aceptó que se nominase a alguien de nuestra facción. Conseguimos que nos fuesen asignados

dos de los seis escaños de Faridpur, pero solo después de empeñarnos con insistencia y durante mucho tiempo en el asunto. Los dos hombres que escogimos fueron Khan Bajadur Yusuf Hussein Chowdhury, de Rajbari, e Islkandar Ali, de Madaripur. Mohan Mia perdió ante Shamsuddin Ahmed Chowdhury, de Dattpara, quien era también conocido como Badshah Mia. Tan pronto como los resultados de los comicios fueron anunciados, Badshah Mia declaró:

—¡Mi victoria es la victoria de la Liga Musulmana! ¡Es la victoria de Pakistán!

Lal Mia y Mohan Mia estuvieron siempre en campos contrarios. Al principio Lal Mia trabajó para el Partido del Congreso, mientras que Mohan Mia lo hacía para la Liga Musulmana. Cuando ambos se inscribieron en la Liga Musulmana, uno de los hermanos se unió a la facción del Sr. Suhrawardy y otro a la de Nazimuddin. Y cuando Ayub Khan declaró la ley marcial en Pakistán, uno de los hermanos se unió, mientras que el otro se implicó en la oposición. Esto significaba que, sin importar quién estaba en qué partido, siempre tenían a alguien en el poder. Vi a los hermanos jugar ese juego político a lo largo de toda su vida. Sin importar lo que sucediese en el día a día, por la noche ambos hermanos estaban siempre del mismo lado, y siempre los unían los mismos intereses.

~~~

Durante esos días recibimos órdenes de la Liga Musulmana para acudir a diferentes distritos y hacernos cargo de las oficinas electorales que se iban a crear. Las oficinas electorales y de formación de los miembros se iban a abrir en cada distrito y en cada subdivisión. Personas muy capaces se iban a responsabilizar de cada distrito. Aún hoy, recuerdo perfectamente cómo se organizaron algunos de esos distritos. Kamruddin tenía la responsabilidad de organizar las cosas en Daca, Shamsul Huq lo haría en Mymensingh, Khondokar Mushtaq Ahmed en Comilla, y Ekramul Hoq en Khulna. Yo debía ocuparme del distrito de Faridpur. Marchamos hacia nuestros distritos con bicicletas, micrófonos, altavoces y documentos. La Liga de los Distritos había sido alertada para que nos ayudase en nuestros propósitos.

Debíamos poner en marcha puntos de adiestramiento en cada thana y subdivisión de distrito.<sup>15</sup> Me vi obligado a dejar la universidad y retornar a Faridpur.

Con anterioridad había visitado Faridpur varias veces, pero nunca me había quedado allí durante más de un día. Cuando me otorgaron la organización del distrito, Mohan Mía se enfadó. Le dijo a todo el mundo que no debían facilitarme hospedaje. Él era el presidente de la Liga Musulmana del distrito, y no le interesaba que yo me quedase allí. Envié a Faridpur todo lo que se me había confiado a través del Sr. Abdul Hamid Chowdhury y de Mollah Jalaluddin. Hamid y Jalal eran estudiantes en el Instituto de Faridpur. Habían abandonado sus estudios por el momento. Al final, me vi obligado a alojarme en una casa de dos pisos, que quedaba a las afueras del pueblo, y que pertenecía a un familiar lejano.

De esa manera conseguimos una oficina para nuestras tareas. Organizamos clases de formación para los miembros del partido. Visité el distrito entero. Hice que abrieran oficinas en Madaripur, Gopalganj y Rajbari, y el trabajo comenzó a fructificar por todas partes. Pronto dispuse de oficinas incluso en cada thana. Por entonces debía visitar Calcuta de vez en cuando.

El Sr. Suhrawardy y el Sr. Hashim visitaron Gopalganj porque estaba organizada una conferencia importante. La facción del Sr. Salam se negó a hospedarlos porque habían venido a la ciudad respondiendo a una invitación mía. Insistían en que yo era un simple miembro de la Liga Musulmana y nada más. El tema generaba profundas divergencias en Gopalganj. Dos días antes de que el Sr. Suhrawardy llegase, hice saber a todo el pueblo que yo era la persona que había iniciado la Liga Musulmana allí. El Sr. Suhrawardy debía venir al pueblo y yo estaba decidido a recibirlo. Si alguien tenía otra opinión al respecto, tendría que enfrentarse a mí.

Preparé a mi gente desde la noche anterior a su llegada. Hacia la tarde, varios miles de personas acudieron armadas con garrotes, lanzas y otras armas propias del lugar. El Sr. Salam también se presentó con su gente. A pesar de todo, no hicieron nada contra mis partidarios. Cuando se levantó para dar su discurso,

---

<sup>15</sup> N. de la T.: Thana, en Bengala, área administrativa sub-distrital, literalmente aquella que se encuentra bajo la administración de una estación de policía.

después de que el Sr. Suhrawardy, el Sr. Hashim y Lal Mia habían pronunciado los suyos, sus hombres intentaron corear:

—Larga vida a Salam.

En ese momento los míos les obligaron a callarse. Ambas facciones empezaron a increparse mutuamente. Al final, los partidarios de Salam tuvieron que marcharse y mi gente empezó a perseguirlos. El Sr. Suhrawardy salió de la reunión y se colocó entre los dos grupos enfrentados para detener la escalada de violencia. Ambas facciones tenían gente armada con espadas, escudos y otras armas. La posibilidad de que alguien resultase herido de muerte era muy alta.

Ambas facciones observaron con sorpresa el modo en el que actuó el Sr. Suhrawardy. En el momento de los hechos, el Sr. Hashim ya se había marchado a mi casa. Más tarde, tanto él como el Sr. Suhrawardy se mostraron muy enfadados con el Sr. Salam por la posición que este había tomado.

Más tarde, el Sr. Suhrawardy envió a su gente a Gopalganj y Madaripur, para determinar hasta qué punto era popular nuestra causa allí. Muchos querían ser nominados. Lo más importante, sin embargo, era determinar quién tendría las mejores oportunidades de ser elegido. Shamsuddin Ahmed, el miembro de la Asamblea Legislativa, ya había ingresado en la Liga Musulmana. También se debía considerar al Khan Bahadur Shamsuddoha, antiguo delegado de policía, al Sr. Abdus Salam Khan y a otros hombres con reputaciones similares.

El Sr. Salam era muy popular en Gopalganj y, sin ninguna duda, el ochenta por ciento de la gente del pueblo quería que fuese su representante. Cuando el Sr. Suhrawardy le preguntó a mi padre cómo de popular era Salam, mi padre le contestó que la gente quería que él fuese su candidato.

A pesar de ello, estaba claro que el Sr. Khondokar Shamsuddin era tanto o más apropiado como candidato desde varios puntos de vista. El Sr. Suhrawardy me confió que pensaba que la gente prefería a Salam, y que lo que había dicho mi padre se lo había confirmado. Yo le dije:

—Debe usted guiarse por los sentimientos del pueblo. No me opondré a su decisión.

Yo había conversado ya con el Sr. Salam sobre el tema. El Sr. Hashim no quería que él participara. Yo no sabía con certeza la

causa de tal negativa. Intenté persuadirlo, pero el único resultado de mi esfuerzo fue que él acabó enfadado conmigo.

El Sr. Suhrawardy preparó un informe que determinaba que el Sr. Salam tenía mayores posibilidades de salir elegido, y que él estaba preparado para nominarlo. Les habló a Lal Mia y al Sr. Hashim sobre ello. Era un tiempo en que la gente solía gastar mucho dinero para lograr una nominación. Me informaron de qué estaba ocurriendo, pero no pude encontrar ninguna prueba directa de que se distribuía dinero con este objetivo. Finalmente, la nominación recayó en el Khan Bahadur Shamsuddoha, quien la recibió directamente del Comité Parlamentario Provincial. A pesar de ello, más tarde, el Comité Parlamentario Central dejó sin efecto la misma, y nominó a Khondokar Shamsuddin Ahmed en su lugar. Presumo que el Sr. Salam habría sido electo sin problema alguno si se hubiese decidido a presentarse como candidato independiente, pero él prefirió no oponerse al escogido por la Liga Musulmana. Lo que importaba sobre todo era el tema de la creación de Pakistán. Sin embargo, la nominación de Khondokar Shamsuddin Ahmer fue un error, pues se trataba de un personaje que había ingresado en la Liga Musulmana poco tiempo antes. El único motivo por el que lo habían nominado residía en un hecho simple: uno de sus primos estaba casado con la hija de Khawaja Shahbuddin, que había persuadido al Sr. Chaudhury Khaliquzzaman para nominar al Sr. Ahmed para el cargo.

El Sr. Suhrawardy era un hombre generoso. No tenía ninguna malicia y no actuaba en virtud de obsesiones partidistas o de prejuicios. No creía en grupos o en pandillas ni intentaba trabajar por medio de facciones. Si encontraba a alguien preparado para un cargo, confiaba en él plenamente. Poseía una gran autoestima. Se ganaba la confianza de la gente por medio de su honestidad, de sus principios, de su energía y de su eficiencia. Sin embargo, ese tipo de personalidad hacía fácil que otros lo humillasen y derrotasen, una y otra vez. Es bueno ser generoso, pero un exceso de bondad puede ser desastroso para el país y para la gente, sobre todo si los favorecidos con esa bondad son personajes negativos.

Los musulmanes de Bengala tenemos dos facetas. Creemos que somos musulmanes y creemos que somos bengalíes. En nuestra historia encontramos ejemplos de venganza y de traición. Es más que probable que ningún otro idioma del mundo tenga una



palabra como aquella que se utiliza en bengalí para referirse a la envidia. Traducida de modo literal significa: Mortificado por la buena fortuna ajena. Toda lengua tiene palabras para expresar envidia y malicia, dos sentimientos presentes en todo el mundo, pero solo los bengalíes hablan de sentirse desconsolados ante la prosperidad del prójimo. Nunca encuentran satisfacción en ver que sus hermanos progresan. Esa es la razón por la cual los bengalíes han sido presa fácil de la opresión a lo largo de los siglos, a pesar de estar bendecidos por muchas y muy excelentes cualidades. El país es fértil y posee muchos recursos. Pocas naciones del mundo tienen las tierras que en el nuestro abundan. A pesar de todo, ¡somos tan pobres! Y esto se debe a la forma en la que hemos dejado que otros nos dominen, a causa de nuestros propios defectos. No nos conocemos a nosotros mismos, y hasta que no podamos comprender el tipo de mentalidad que nos define, no podremos liberarnos de la misma.

A menudo se ha visto que alguna persona iletrada, de buena apariencia, que lleva ropajes vaporosos y habla unas pocas palabras de farsi o árabe, es considerada santa apenas pone pie en Bangladés. Los bengalíes gastan miles y miles de *takas* para alcanzar sus bendiciones. Sin embargo, si alguien investigase un poco se daría cuenta de que el hombre es en verdad un mero dependiente de alguna tienda de frutas de Calcuta, o el acusado en algún caso de asesinato. La fe ciega y la credulidad en lo sobrenatural son los defectos de nuestra gente.

En un principio, los bengalíes no pudieron apreciar la grandeza del Sr. Suhrawardy. Cuando lo hicieron, ya no tenían tiempo para aprovechar la presencia en sus vidas de ese hombre excepcional. En las elecciones, él consiguió por sí mismo las donaciones necesarias para el fondo de campaña y para el trabajo de organización. La Liga Musulmana Central brindó algo de presupuesto para ese propósito, pero fue el Sr. Suhrawardy quien pudo obtener el dinero necesario para que las elecciones tuviesen lugar.

Compró miles de bicicletas con su propio dinero. Sé de primera mano que, después de la creación de Pakistán, se quedó en Calcuta durante un tiempo para pagar las deudas que había contraído durante ese proceso. Como he mencionado antes, tenía gran disposición para creer en otros. Sin embargo, pronto tuvo que enfrentarse a problemas provocados por ese rasgo de su carácter.



A pesar de que su facción tenía la mayoría en el Comité Parlamentario, no pudo nominar a su propia gente en muchos de los casos. Cuando la facción del Sr. Nazimuddin perdió las elecciones, resolvió que recurrirían a otros medios para lograr sus propósitos. El Sr. Nazimuddin dejó saber que no iba a presentarse a las elecciones, y que el Sr. Suhrawardy debía dirigir desde ese momento la Liga Musulmana. Le pidió que nominase a gente que tenía una amplia trayectoria en la Liga, y le aseguró que todos apoyarían sus decisiones. ¿Qué podía temerse ante un escenario así? Así que persuadió al Sr. Suhrawardy para que nominase a gente que había dominado el partido desde el principio.

Creo que, por ese entonces, los musulmanes de Bengala tenían 119 escaños en la Asamblea Legislativa. El plan del Sr. Nazimuddin requería que al menos cincuenta de sus hombres fuesen nominados. Tenía ya bajo su control a la Liga Musulmana Central.

El Sr. Liaquat Ali Khan, Khaliqzaman, Hussein Imam, el Sr. Chundrigar y otros temían al Sr. Suhrawardy, porque sabían que era un hombre más íntegro que ellos en muchos aspectos. El Comité Parlamentario Central logró poner en práctica los deseos del Sr. Nazimuddin, reemplazando a los candidatos nominados por el Comité Provincial para ocupar treinta escaños (a pesar de que, de entre ellos, dos eran partidarios del Sr. Suhrawardy).

Cuando las elecciones concluyeron, se hizo evidente que la Liga había tenido éxito al asegurarse 116 de los 119 escaños en disputa. Puedo equivocarme sobre esos números, porque no recuerdo los detalles con toda exactitud en estos momentos. Sin embargo, cuando los resultados se hicieron públicos, quedó constancia de que la facción del Sr. Nazimuddin se había hecho con la mayoría. Debían, oficialmente, aceptar al Sr. Suhrawardy como su líder pero, en verdad y entre bastidores, intrigaban en su contra. El Sr. Suhrawardy no creía en grupos o favoritismos, y elegía a los ministros considerando solo su preparación. Nombró secretarios parlamentarios y ejecutores a muchos miembros de la facción del Sr. Nazimuddin. Incluso elevó al Sr. Fazlur Rahman al cargo de Ministro.

~~~

Churchill envió la Misión Cripps durante la guerra para las negociaciones, pero no consiguió nada con ello. Cuando la guerra

terminó y el Sr. Clement Atlee fue promocionado al cargo de Primer Ministro en representación del Partido Laborista, anunció que enviaría una Misión\* del Gabinete a la India el 15 de marzo de 1946. Estaría formada por tres ministros que vendrían a nuestro país para dialogar con los diferentes partidos sobre el modo en que se llevaría a cabo la independencia de la India en el menor tiempo posible.

Consultarían con el Virrey el modo de formar un gobierno interino, que se organizaría, lo antes posible, con representantes de los partidos más importantes. Los miembros de la Misión del Gabinete eran Lord Pethick-Lawrence, Secretario de Estado para la India; Sir Stafford Cripps, presidente del Comité de Comercio y el Sr. A.V. Alexander, Primer Lord del Almirantazgo. Ellos visitarían la India y se reunirían con el Virrey y los líderes de los partidos políticos para establecer hasta los más mínimos detalles del proceso de independencia.

El discurso del Sr. Atlee sobre el tema no mencionaba la reclamación que los musulmanes habían efectuado sobre Pakistán. En lugar de eso, incluso había menospreciado las reclamaciones de la minoría en él. En una parte de su discurso declaró:

—Las minorías no pueden estorbar al progreso de las mayorías.

El Congreso encontró esas palabras alentadoras, y apreció el tono de sus comentarios. Por el contrario, el Sr. Muhammad Ali Jinnah fue muy crítico con él.

La Misión del Gabinete llegó a la India el 23 de marzo. Los comentarios que hicieron nada más llegar nos incomodaron. Íbamos a casa del Sr. Suhrawardy cada vez que escuchábamos alguna declaración, y le preguntábamos cuál sería el resultado de las deliberaciones de la Misión del Gabinete. El Sr. Suhrawardy no se molestaba, y simplemente nos respondía:

—No hay nada que temer, deberán escuchar nuestras peticiones sobre Pakistán.

Casi ni lo veíamos durante el día, por lo que Nuruddin y yo lo visitábamos a eso de las once de la noche. Cuando terminábamos nuestras conversaciones solía ser ya muy tarde. Al marcharnos, caminábamos desde la Calle del Teatro hasta la Residencia Baker. En algunas ocasiones incluso dormimos en las sillas de la renovada oficina de *Millat*, en la calle de Ripon, en lugar de en la oficina de la Liga Musulmana, donde se había instalado una nueva imprenta.

El Sr. Hashim solía vivir allí. Khondokar Nurul Alam era el director de la imprenta por aquel entonces. De hecho, preferíamos usar la oficina de *Millat* en lugar de la de la Liga Musulmana. Los miembros de la Asamblea Parlamentaria y los visitantes de fuera de Calcuta se quedaban también en la oficina. Formuzul Huq, secretario adjunto de la Liga Musulmana también vivía allí, junto con su familia. El Sr. Suhrawardy pagaba su salario todos los meses.

~~~

De manera repentina, nos enteramos de que el Sr. Jinnah había convocado una reunión a nivel nacional, el 7, 8 y 9 de abril en Delhi, con todos los miembros de los consejos centrales y provinciales de la Liga Musulmana. En las elecciones más recientes, la Liga Musulmana había ganado por una amplia mayoría en Bengala. En casi todas las otras provincias en las que los musulmanes tenían mayoría, la Liga se convirtió en el partido más importante. A pesar de ello, en Punjab, Sind y en la Provincia de la Frontera, la Liga Musulmana no había sido capaz de formar un gobierno de manera autónoma. Tan solo lo había hecho en Bengala, gracias al liderazgo del Sr. Suhrawardy. En Punjab prevalecía un gobierno unionista, liderado por Khizir Hayat Khan Tewana. En la Provincia de la Frontera, el Dr. Khan encabezaba un gobierno del Partido del Congreso, y en Sind, el Sr. Allah Bux encabezaba un gobierno que se oponía a la Liga Musulmana. De las cuatro provincias en las que los musulmanes tenían mayoría, tan solo en Bengala esa mayoría se había traducido en un gobierno autónomo. En todas las demás provincias, la oposición había prevalecido. Debe mencionarse aquí que, por aquel entonces, la India estaba subdividida en once provincias.

El Sr. Suhrawardy impartió órdenes para que un tren especial transportase a los miembros de la Asamblea Legislativa desde Bengala y Assam hasta Delhi. El tren se llamaba el Especial de Pakistán Oriental, y debía partir de la estación de Howrah, en Calcuta. De diez a quince estudiantes, miembros del partido y originarios de Bengala, tenían también pasaje en el mismo tren. El Sr. Suhrawardy nos permitió viajar así. El tren estaba completamente cubierto con la bandera de la Liga Musulmana, y había sido decorado con flores. Nos instalamos en dos vagones

de clase mixta. Algunos de los estudiantes hicieron una pequeña travesura al escribir en uno de los vagones: 'Reservado para Sheikh Mujib y su partido'. Lo hicieron para asegurarse de que nadie más tratase de viajar en ese vagón en particular. Pensaban que mi nombre sería suficiente para que el Sr. Suhrawardy no se quejase de nosotros y de nuestras acciones, a pesar de que Nuruddin era el líder oficial de la Liga de Estudiantes. De hecho, todos aceptábamos su liderazgo.

Se instalaron dos micrófonos en los vagones del Sr. Suhrawardy y del Sr. Hashim. Todo estaba preparado para recibirlos a ellos y a sus aliados en cada estación en la que parase el tren durante su trayecto. La victoria de la Liga Musulmana en Bengala había tenido un profundo impacto en los musulmanes de toda la India. Zahiruddin viajaba cerca del vagón del Sr. Hashim, ya que debía pronunciar discursos en urdu a lo largo del trayecto. Él era el único de entre nosotros que era capaz de expresarse con igual soltura en bengalí, urdu e inglés. Siempre que dábamos un discurso en Calcuta, yo lo hacía en bengalí y Zahiruddin en urdu.

Entre aquellos que habían sido autorizados para ir Delhi, y que finalmente pudieron hacerlo, estaban Nuruddin, Zahiruddin, Q. J. Azmeri, Anwar Hussein –hoy un importante oficial de la compañía Seguros Eastern Federal– Shamsul Huq, Khondokar Mushtaq Ahmed, Kazi Abu Nasser, de Murshidabad, y mi tío materno Sheikh Zafar Sadek. Muchos de los estudiantes que habían venido a la estación a despedirnos, finalmente decidieron viajar con nosotros al saber que podían hacerlo sin pagar el billete. Lo hicieron a pesar de que no llevaban con ellos ni siquiera una muda de ropa. Dejamos que diez de esos estudiantes subiesen al tren. No fuimos capaces de negarnos porque todos ellos eran miembros entregados del partido.

En el momento de la partida del tren, retumbaron en la estación los vítores: '¡Loado sea Dios!', '¡Larga vida a la Liga Musulmana!', '¡Larga vida a Muhammad Ali Jinnah!', '¡Viva Pakistán!' y '¡Larga vida a Shaheed Suhrawardy!'

El tren estaba lleno de altavoces. Zahir Azmeri y yo lanzábamos eslóganes a menudo, usando el micrófono. El tren tuvo que detenerse en cada estación del trayecto, a pesar de que no estaba planeado de ese modo. Miles de personas esperaban en cada una de esas estaciones para saludar al Sr. Suhrawardy y a los delegados

de la Liga Musulmana de Bengala. Cuando el tren llegó a la estación de Patna, encontramos que el lugar estaba lleno de personas que gritaban eslóganes como ‘¡Larga vida a los musulmanes de Bengala!’, ‘¡Larga vida a Shaheed Suhrawardy!’, ‘¡Viva Pakistán!’, ‘¡Lucharemos por Pakistán!’, y otros muchos. La Liga Musulmana de Bihar se había encargado llevar alimentos para todos los pasajeros del tren, y a todos se nos colocaron también guirnaldas de flores en el cuello.

Pronto se hizo evidente que, al ritmo que íbamos, con tantas paradas, nos sería imposible llegar a Delhi a tiempo. Cada vez que avistábamos gente gritando eslóganes, deteníamos el tren. El Sr. Suhrawardy empezó a irritarse con las frecuentes paradas, pero yo le decía que todas aquellas personas llevaban esperando muchísimo tiempo la llegada del tren y también para verlo a él, y que sería injusto para ellos no detener la marcha, aunque solo fuese por un momento breve.

La noche transcurrió marcada por esas muchas paradas inesperadas. La gente abarrotaba las estaciones, clamando para que el tren se detuviese. En la estación de Allahabad, cubrieron el tren de flores por completo. Varios estudiantes de Bihar y de Uttar Pradesh abordaron el tren para seguir con nosotros hasta Delhi. Nos hicimos amigos de ellos y esa amistad continuó después de la independencia de Pakistán. Algunos de ellos incluso emigraron después a Pakistán.

Llegamos a Delhi con ocho horas de retraso, ya entrada la noche. La convención debía iniciarse a las nueve de la mañana. Sin embargo, para permitir nuestra asistencia, Muhammad Ali Jinnah pospuso la ceremonia de apertura hasta nuestra llegada. Salimos de la estación y nos dirigimos inmediatamente hacia el lugar de la asamblea. Los voluntarios de la Liga Musulmana se hicieron cargo de nuestro equipaje. Llegamos a la asamblea lanzando eslóganes en bengalí. Los que ya se encontraban en el lugar se levantaron para saludarnos a nuestra llegada. Se nos concedió un espacio junto al Sr. Jinnah. Cada vez que alguien gritaba un eslogan en urdu, le respondíamos en bengalí.

El Sr. Jinnah empezó su discurso. La audiencia entera guardó silencio y escuchó con absoluta atención. Todos parecían estar dominados por un único pensamiento: Pakistán debía crearse fuese como fuese. Tras la intervención del Sr. Jinnah se formó un

comité. La resolución que se tomó en ese momento alteraba, al menos en algunos puntos, la Resolución de Lahore. Tan solo el Sr. Hashim y unos pocos delegados más objetaron cuando la palabra ‘estados’ de la anterior resolución fue reemplazada por el singular ‘estado’, pero su objeción fue descartada rápidamente y la enmienda se aprobó inmediatamente.<sup>16</sup>

Los especialistas podrían quizás determinar si esta convención tenía o no el derecho de alterar los términos de la resolución adoptada en Lahore, en 1940. El comité era la autoridad máxima de la Liga Musulmana. Más tarde se nos dijo que la Resolución de Lahore no se había alterado en absoluto, y que la resolución que se tomó en Delhi era otra, distinta y propia de esa convención. El Sr. Huseyn Shaheed Suhrawardy le pidió al Sr. Muhammad Ali Jinnah que presentase la propuesta, ya que era el primer ministro de Bengala y el único primer ministro adscrito a la Liga Musulmana en toda la India.

La resolución adoptada por el consejo fue la siguiente:

Considerando que, en este vasto subcontinente indio, cien millones de musulmanes profesan una fe que regula todos y cada uno de los aspectos de su vida –educativos, sociales, económicos y políticos– cuyo código no se circunscribe tan solo a las doctrinas espirituales, ni a los principios o rituales y ceremonias, y que contrasta profundamente con la naturaleza exclusiva del Dharma y de la filosofía de los hindúes, que ha creado y mantenido un rígido sistema de castas durante miles de años, que ha provocado la degradación de sesenta millones de personas a la categoría de intocables, que ha llevado a la creación de barreras antinaturales entre los hombres y a la imposición de desequilibrios sociales y económicos que pesan sobre una gran parte del cuerpo social de este país y que amenaza con reducir, irremediabilmente, a los musulmanes, a los cristianos y a otras minorías, social y económicamente a la categoría de esclavos.

---

<sup>16</sup> La Resolución de Lahore (1940) solicitó la creación de más de un estado independiente en las áreas en las que los musulmanes tenían mayoría numérica. A pesar de ello, la Convención de Delhi (1946), resolvió que un solo estado musulmán sería formado, en lugar de varios. Los críticos de la misma alegaron que, bajo tal arreglo, la mayoría musulmana de la región oriental estaría separada de las áreas de mayoría musulmana occidentales, por casi mil millas de territorio de la India. Era evidente que la formación de un estado tal sería muy poco práctica.

Considerando que el sistema de castas hindú niega, directamente, el nacionalismo, la igualdad, la democracia y todos los nobles ideales en los cuales está basado el Islam.

Considerando que los distintos pasados históricos, tradiciones, culturas sociales y órdenes sociales que los hindúes y musulmanes, respectivamente, poseen y que hacen imposible la evolución de una nación india unificada por aspiraciones e ideales comunes y que, aún después de siglos, se perciben ambos como naciones distintas.

Considerando que, poco después de la introducción, por parte de los británicos, de los principios que introdujeron instituciones políticas en la India, basadas en las estructuras de las democracias occidentales, en las que el poder está supeditado al gobierno de la mayoría, lo que significa que la mayoría de la nación o sociedad puede imponer su voluntad sobre aquella de una minoría de la nación o de la sociedad, a pesar de su oposición, como se ha demostrado ampliamente durante los dos años y medio del gobierno del Partido del Congreso en las provincias de mayoría hindú, bajo la vigencia del Acta de Gobierno de la India, de 1935, cuando los musulmanes fueron objeto de un acoso y una opresión terribles, resultado del cual se hallan convencidos de la futilidad y de la ineffectividad de las llamadas salvaguardias introducidas en la Constitución y en los Instrumentos de Instrucciones a los Gobernadores, y que los impulsó a concluir que si se establece una Federación Unida de la India, los musulmanes, incluso en las provincias de mayoría musulmana, no vivirían un destino mejor, ni sus derechos e intereses sería nunca protegidos de forma adecuada contra la perpetua mayoría hindú en el centro.

Considerando que los musulmanes están convencidos de que, con la intención de salvar a los musulmanes de la India de la dominación de los hindúes, y buscando otorgarles la más completa posibilidad de que se desarrollen de acuerdo con su genio, es preciso constituir un estado soberano e independiente que comprenda Bengala y Assam, en la zona noreste, y a Punjab, la Provincia de la Frontera Noroeste, Sind y Baluchistan, en la zona noroeste.

La presente convención de legisladores de la Liga Musulmana de la India, central y provincial, después de considerarlo cuidadosamente, declara por la presente que la nación musulmana nunca se someterá a ninguna constitución de una India Unida, y que nunca participará en ningún esquema destinado a crear una constitución tal, y que cualquier fórmula diseñada por el Gobierno Británico para transferir el poder de los británicos a la gente de la India que no se ajuste a los principios que se incluyen a



continuación, justos y calculados para que se mantenga la paz interna y la tranquilidad del país, no contribuirán a la solución del problema de la India:

1. Que las zonas que comprenden Bengala y Assam, en el noroeste, y Punjab, la Provincia de la Frontera Noroeste, Sind y Baluchistan, en la zona noroeste, llamadas zonas de Pakistán, donde los musulmanes son mayoría dominante, sean constituidas en un estado soberano e independiente y que tal compromiso sea adoptado de manera inequívoca para que se implemente la creación de Pakistán a la mayor brevedad posible.
2. Que los pueblos de Pakistán e Indostán creen dos cuerpos constitucionales diferentes con la tarea de que redacten sus respectivas constituciones.
3. Que a las minorías de Pakistán y de Indostán se les provea de salvaguardias que cumplan con los requerimientos de la resolución aprobada en Lahore, el 23 de marzo de 1940.
4. Que la aceptación de la demanda de la Liga Musulmana y su implementación a la mayor brevedad posible, constituyan condición *sine qua non* para que la Liga Musulmana coopere y participe en la formación de un gobierno provisional.

Además, esta convención subraya que cualquier intento de imponer una constitución que contemple la idea de una India Unida, o que intente forzar un arreglo temporal contrario a las demandas estructurales de los musulmanes, no dejará alternativa alguna, excepto resistir tal imposición por todos los medios posibles, para salvaguardar su supervivencia y su existencia como nación.

Tras el discurso del Sr. Suhrawardy, entre veinte y veinticinco líderes de diferentes provincias pronunciaron palabras de apoyo a la resolución. El discurso del Sr. Abul Hashim fue maravilloso. Después de que la resolución se adoptó de manera unánime, el Sr. Liaquat Ali Khan sometió a consideración un juramento. Todos los líderes de las Asambleas Legislativas provinciales de la Liga Musulmana lo firmaron.

~~~

Una vez que la convención terminó, todos los que se habían subido al tren en Howrah sin haberlo planeado previamente se encontraron en un dilema. ¿Cómo regresarían a Calcuta? No estaba previsto que ningún tren los llevase de vuelta. No sabíamos cómo



ayudarlos. Por nuestra parte, habíamos decidido con antelación visitar el santuario de Khawaja Muinuddin Chisti, en Ajmer, viajando allí desde Delhi. De Ajmer viajaríamos a Agra para visitar el Taj Mahal. En 1943, cuando volví de Delhi, no había tenido la oportunidad de verlo. Tenía la determinación de hacerlo en esta ocasión, porque soñaba con ello desde que era un niño. Antes de hacerlo, sin embargo, fuimos a ver al Sr. Suhrawardy, para pedirle consejo y ayuda sobre la situación de los estudiantes que habían venido desde Calcuta sin estar invitados previamente y sin planes propios. El Sr. Suhrawardy dijo:

—Alguien ya ha recogido dinero para ayudarlos. Debía consultarte a ti primero para después distribuir los fondos entre ellos.

No tengo ni idea de quién es la persona a quien le dieron el dinero —respondí yo—. Quizás se marchó ya.

El Sr. Suhrawardy se enfureció. El hombre a quien había confiado esa tarea no era un estudiante. No quiero divulgar su identidad ahora.

Suhrawardy me entregó más dinero para ayudar a los estudiantes. Repartió veinticinco takas para cada uno. Con esos fondos podrían llegar a Calcuta. Con la ayuda de Khondokar Nurul Alam, les entregamos el dinero e hicimos que firmasen recibos. Así pudieron regresar.

Cerca de una decena de personas partimos a Ajmer, en compañía del Sr. Fazlul Quader Chowdhury. Sabíamos que, en su compañía, no tendríamos problemas de dinero. Antes de dejar Delhi, recorrimos la ciudad hasta el último rincón.

Durante cuatrocientos años los musulmanes gobernaron la India desde allí. ¿Imaginaron alguna vez que llegaría un día en que renunciaríamos a toda aspiración sobre la ciudad? El Fuerte Rojo, la Qutub Minar, la Mezquita Jama... todos esos monumentos continuaban siendo un testimonio de la gloria de la arquitectura musulmana. En la vieja Delhi, todo a nuestro alrededor nos hablaba de la grandeza del poder de los mogoles.

Nuestro grupo tomó finalmente el tren a Ajmer. Nuestros mayores nos habían contado innumerables historias sobre esa ciudad. Habíamos escuchado tantas veces expresiones como:

—Si puedes formular tus deseos en un estado mental adecuado, el gran santo de Ajmer te los concederá.

Cuando llegamos a Ajmer, nos encontramos con que los lugareños nos esperaban en la estación para llevarnos a sus hogares.

Me pregunté cuál podía ser la razón de su actitud. ¿Por qué deseaban, con tanto entusiasmo, que fuésemos sus huéspedes? No aceptamos ninguna de las ofertas. Dejamos que el Sr. Chowdhury tomase todas las decisiones, puesto que él era quien lideraba el viaje. Lo seguíamos a todas partes.

Salió del compartimento de primera clase en el que viajaba, junto a su equipaje. Se dirigió directamente a uno de los hombres que se habían ofrecido a hospedarnos y le dijo que nos llevara a su casa. Ese caballero nos aseguró que podía acogernos a todos y llamó a varios chóferes para llevarnos a su casa, donde nos dimos un baño y comimos. Más tarde descubrimos que a las personas como él se las conoce con el apelativo de *khadims*, y nunca ponen precio a sus servicios. Alojan a la gente en lugares apropiados y se aseguran de que tengan lo suficiente para comer. Proporcionan también medios de transporte y sirven de guías en Ajmer. Solo piden a sus huéspedes que paguen los gastos adicionales que puedan generar o por los servicios que les proveen. Aceptan también 'la voluntad' de sus huéspedes al final de su estancia. Creo que donan una parte de sus ganancias al comité del santuario, ya que una de sus obligaciones es contribuir a su manutención. Se aseguran de que nadie pase hambre en el santuario. Preparan comida continuamente y durante todo el día acude gente a alimentarse.

Cuando llegamos al santuario, nos sobrecogió lo que nos encontramos: Cientos de personas entrando y saliendo continuamente. Muchos rezaban dentro. Algunos gritaban llenos de dolor, otros tenían lágrimas en el rostro. Todos repetían la misma plegaria: 'Amado santo, irévélate ante mí!'. Algunas personas cantaban, acompañadas de un armonio, cerca de la tumba del santo.

A pesar de que me era imposible entender todo lo que decían, escuché con atención. Rezamos en el santuario y salimos luego a escuchar a los músicos. Creo que las canciones que interpretaban se llaman *qawwalis*. Les dimos algo de dinero. Quería quedarme más tiempo, pero finalmente tuvimos que partir.

Nos dirigimos a la montaña Taragarh, donde se encuentran algunos santuarios dedicados a los compañeros del Santo. La montaña Taragarh es muy alta. Debíamos escalarla. ¿Cómo fueron capaces los soldados musulmanes de superar estos obstáculos en su empeño de vencer a los soldados de Prithviraj? En esa época, desde luego, no se habían inventado los aviones de guerra. Los estudiosos de la historia conocen perfectamente cuál fue el motivo

que llevó al santo a elegir ese lugar. El guía que nos ofreció nuestro hostelero nos narró la historia de la batalla.

Llegamos al fin a la cumbre de la montaña y nos quedamos allí arriba durante varias horas. Frente a nosotros se extendía un gran desierto. Al otro lado se observaba la ciudad de Ajmer. Cuando descendimos, era ya tarde. Regresamos a la casa de nuestro hostelero para almorzar y después salimos de nuevo a visitar Anar Sagar.

Anar Sagar es un gran lago. La ciudad había crecido hasta tal punto que lo rodeaba completamente. Todavía se pueden distinguir en las orillas las edificaciones construidas en el periodo mogol, en las que el emperador y sus esposas solían descansar.

El emperador que dejó mayor huella en la zona fue Shahjahan. El edificio en el que él y su esposa se alojaban, de mármol blanco, está casi intacto. Nos quedamos allí hasta bien entrada la noche y, entonces, regresamos lentamente a la ciudad. Procedemos de una región fluvial y amamos el agua. ¿Cómo explicar lo difícil que fue para nosotros abandonar esa orilla, en una región que era, por lo demás, un desierto? Uno de mis amigos incluso sugirió que nos quedásemos a pasar la noche allí. Era una magnífica idea, aunque imposible, porque nadie nos había autorizado a dormir allí. Si alguien nos denunciaba a la policía y nos encarcelaban, ¿quién nos ayudaría en esa tierra lejana?

Regresamos al santuario una vez entrada la noche y permanecemos allí durante bastante tiempo antes de volver a nuestro alojamiento. Nuestro hostelero nos había preparado una cena excelente. Esa noche descansamos contentos.

Nos despedimos del santuario de Ajmer y nos subimos a un tren que partía hacia Agra, donde Mumtaz Mahal descansa eternamente en el Taj Mahal. Visitarlo era un sueño para mí desde hacía años. Es el mayor monumento de la arquitectura mogola. Un testimonio del afecto inmortal del emperador Shahjahan, y una de las siete maravillas del mundo.

Mientras nos acercábamos a Agra no dejamos de hablar del monumento. Gente de todo el mundo visita la India expresamente para ver el Taj Mahal. Es difícil encontrar en el mundo a alguna persona que no haya oído hablar de él. Esperábamos con impaciencia el momento e incluso nos daba la sensación de que el tren no circulaba lo suficientemente rápido y que estábamos perdiendo un tiempo precioso para nuestra visita. No sabíamos que nuestra

llegada iba a coincidir con la luna llena, pues nadie había consultado un calendario para asegurarse de que así sería. Le agradecemos a la luna y a nuestro destino esa feliz coincidencia.

Amanecemos en Agra. El plan era quedarnos durante dos días, alojados en los hoteles que encontrásemos. Éramos muchos –de doce a catorce personas–. Sería caro, sin duda. Habría sido mucho más económico hospedarnos en uno de los albergues que había en las afueras de la ciudad para personas como nosotros. Al llegar a Agra nos rodearon representantes de innumerables hoteles que acudían a la estación a captar clientes. Uno de ellos nos dijo:

–Ustedes son de Bengala, así que deben quedarse en nuestro hotel de bengalíes. Es lo más conveniente para ustedes.

El Sr. Chowdhury le respondió:

–¿Tiene su hotel una tienda de campaña? Somos muchos.

El hombre le aseguró que sí y decidimos hospedarnos en el Hotel Agra. El Sr. Chowdhury tomó una habitación y el hostelero se ocupó de levantar dos tiendas de campaña para nosotros. Estábamos contentos. Tener un lecho, agua para el baño y un lugar para nuestras necesidades era más que suficiente para nosotros. El dueño del hotel demostró ser un caballero bengalí. Nos recibió cordialmente y ordenó al administrador que nos tratase con atención y con cuidado. El Sr. Chowdhury negoció con él el precio de nuestra estancia y lo pagó al contado. Nosotros no pagamos nada.

Ansiábamos cumplir con el motivo de nuestra visita, así que dejamos el hotel tan pronto como tomamos nuestro baño. Tomamos una tanga.<sup>17</sup> Hacía mucho calor. No puedo expresar con palabras lo que sentí al observar por primera vez el Taj Mahal. Solo atiné a pensar: ¿cómo pudo alguien construir algo tan hermoso? Lo que observé superaba con creces lo que había imaginado, tanto en belleza como en grandeza.

El mejor momento para visitar el Taj Mahal es el crepúsculo, cuando el sol se empieza a ocultar y la luna comienza a mostrar su sonrisa en el firmamento. Decidimos, por tanto, regresar más tarde, después de visitar el Fuerte de Agra y la tumba de Itimad-ud-dowlah. Volveríamos al Taj Mahal tras el crepúsculo.

---

<sup>17</sup> N. de la T.: *Tonga*, vehículo ligero, de dos ruedas y tirado a caballo, utilizado en el subcontinente indio.

El padre de Noorjahan está enterrado en Itimad-ud-dowlah. Visitamos también el Fuerte de Agra, sin perder detalle de todo lo que tiene de especial –el Diwan-i-Am–, Mezquita Moti, la edificación Mochi y la mezquita Nagina. También fuimos a ver el Diwan-i-Khas y la Torre del Jazmín. Se parecía mucho al Fuerte Rojo de Delhi. Las edificaciones mogolas tienden a parecerse las unas a las otras, algo que salta a la vista enseguida. En uno de los lados del fuerte, aquel que da a la orilla del río Yamuna, se conservan los restos de varias edificaciones de piedra. En su día, era posible observar el Taj Mahal a través de las mismas. Hoy ya no es posible hacerlo. Sin embargo, en una de ellas se ha colocado un pilar de cristal con ese propósito.

Después de la visita nos dirigimos al Shish Mahal. El guía nos contó muchas historias. Algunas parecían verosímiles y otras eran claramente ficticias. Sin embargo, había algo incuestionable: cuando terminó el dominio de los mogoles, muchos de los monumentos fueron saqueados. Los jats y los marathas se llevaron parte de las riquezas, mientras que los ingleses robaron todo lo que quedó y se lo llevaron a Europa. Ese botín terminó convirtiéndose en propiedad de la nobleza inglesa. A pesar de ello, existen aún vestigios de ese esplendor, que pueden encontrarse en muchos lugares de la India y Pakistán.

Tras conocer en profundidad Itimad-ud-dowlah, retornamos al Taj Mahal. La noche iba a caer pronto. El sol se ocultaba justo en el momento que alcanzamos los portones del Taj Mahal. El complejo cierra a las diez de la noche, cuando los guardias tocan las campanas para anunciar que las horas de visita han terminado. Teníamos mucho tiempo por delante para disfrutar de la visita, así que algunos de nosotros elegimos sentarnos. Otros comenzaron a rezar. Escuchamos la llamada del muecín. Ese día había una verdadera multitud en el complejo, tanto nativos de la India como extranjeros. Bengalíes, Marathas y Punjabis, gente de todas las latitudes parecían estar presentes. Le preguntamos al guía si el Taj estaba siempre tan concurrido como en ese momento. Él respondió que solo sucedía en días de luna llena. Cuando el sol desapareció del firmamento, tuvimos la impresión de que unos rayos de luz dorada se proyectaban hacia nosotros. El Taj había tomado una tonalidad completamente nueva.

Después del crepúsculo apareció la luna. Con su luz, el Taj Mahal adquirió una tonalidad absolutamente impresionante. Parecía haber dejado caer el velo que lo cubría. ¡Todo aquello era tan hermoso! Incluso hoy, veintiun años más tarde, al escribir estas palabras me siento arrebatado por la belleza del Taj. No olvidaré jamás su perfección. No salimos de allí hasta que los guardias cerraron la entrada principal del complejo.

Al día siguiente, visitamos Fatehpur Sikri. Estaba todo preparado porque el Sr. Chowdhury había contratado con antelación un bus para llevarnos. Teníamos que volver esa misma noche, después de visitar Fatehpur Sikri y Sikandra. Después nos dirigiríamos a Tundla, donde pasaban los trenes que seguían la ruta de Delhi a Calcuta. Íbamos a tomar el tren que nos dejaría en la estación de Howrah.

Nuestro bus llegó por la mañana. Estábamos ya listos y subimos con prisa. El bus emprendió la marcha tan pronto como el Sr. Chowdhury subió. Fatehpur Sikri quedaba tan solo a veintiocho millas de distancia y esperábamos, por tanto, que el trayecto no durase mucho. De hecho, el bus llegó a su destino incluso antes de que terminásemos de hablar sobre las maravillas de la arquitectura mogola.

El emperador Akbar había mandado construir Fatehpur Sikri como su capital. En estilo no difería mucho del Fuerte de Agra, pero en lo que respecta a las dimensiones era considerablemente más grande. El inmenso campo frente a Fatehpur Sikri se llama Khanwa. Fue allí donde el emperador Babar venció a Sangram Singh, iniciando, con esa victoria, la historia del imperio mogol en India. Es difícil, sin embargo, comprender la razón por la que Akbar eligió ese lugar para crear su capital. Los historiadores no se han puesto de acuerdo.

Entramos por la puerta de Agra y cruzamos luego el portón mayor del Fuerte, denominado Buland Darwaza, cuya altura es de ciento treinta y cuatro pies. Después visitamos la tumba de Salim Chisti. Rezamos por él y entramos en el fuerte. También rezamos en el santuario dedicado al santo. En el ámbito religioso, Salim Chisti fue el gurú del emperador Akbar. Las canciones y las danzas que vimos allí eran muy similares a aquellas que habíamos observado en el santuario del santo de Ajmer. Sin embargo, nadie se habría atrevido a entregarse a esos cantos o

danzas en los santuarios de nuestra propia provincia. Se supone que tanto Khawaja Muinuddin Chisti, el santo de Ajmer, como Salim Chisti, amaban la música.

Visitamos los lugares más importantes del complejo –la sala de plegarias, la casa de Abu Fazal, el Hamamkhana, la casa de huéspedes, la mezquita Meena, el Jodhabai Mahal y el Salim Garh–. Todos nosotros parecíamos empeñados en permanecer, al menos un momento, en cada uno de esos espacios.

Por mi parte, estaba ansioso por visitar la casa del famoso músico Tansen. Tansen había habitado una pequeña vivienda construida sobre una colina. Había optado por permanecer alejado de los demás cortesanos para poder tocar y ensayar sin que nadie le molestase. Sin embargo, visitar su casa no me causó ninguna alegría. ¿Quién sabe si en verdad vivió allí? ¡Sucedió todo hace tanto tiempo!

El emperador Akbar solo vivió allí dos años, a pesar de que había mandado construir el fuerte y el palacio. Había gastado dinero a manos llenas en estos dos proyectos, pero regresó al Fuerte de Agra. Ciertos historiadores afirman que lo hizo porque en Fatehpur Sikri se agotó el agua. Esa razón no me pareció convincente. Tuvo que existir otro motivo para marcharse. El emperador había construido Fatehpur Sikri, incluyendo el palacio y el fuerte, en ocho millas cuadradas de terreno. El complejo tenía dos mil novecientas habitaciones. En Agra, por el contrario, tan solo disponía de quinientas habitaciones. Incluso después de alojar a toda la corte del emperador, en Fatehpur Sikri había espacio para sesenta mil soldados sin ningún problema. El emperador Akbar tenía la voluntad y el poder para hacer aquello que quisiera. Me parece muy poco probable que no pudiese encontrar el modo de dotar de agua a la ciudad.

Debíamos tomar el tren que salía por la noche. Un tren local nos transportaría desde Tundla hasta Agra. Había una casa de descanso junto a Fatehpur Sikri. Allí almorzamos y partimos después en dirección a Sekendra, donde el emperador Akbar está enterrado. Él mismo escogió el lugar para su tumba. Desde mi visita a Delhi, había visto muchas tumbas de emperadores y de reyes. Sin embargo, fue aquella de Akbar la que más me impresionó por su simplicidad y sobriedad. El recinto está lleno de plantas y de árboles frutales. La tumba misma está construida en piedra blanca.



El tiempo pasaba rápidamente. El Sr. Chowdhury nos recordó que debíamos partir. Subimos al tren. En Agra recogimos nuestro equipaje y nos dirigimos a la estación de Tundla. Allí encontramos a muchos compañeros bengalíes que también regresaban a Calcuta. La estación estaba repleta de gente. Dejamos nuestro equipaje en el compartimento de primera clase del Sr. Chowdhury y nos dirigimos a nuestro vagón. Todos lo alcanzaron, excepto yo. Tuve que encaramarme a otro vagón, junto con un amigo mío. La idea era entrar al que se nos había asignado tan pronto como llegásemos a otra estación. Lo intentamos, pero a pesar de que golpeamos la puerta, el señor de primera clase no nos abrió. Tuve que aferrarme a la manija, concentrándome en mantener el equilibrio en los estrechos escalones de acceso. El tren marchaba ya a gran velocidad. Si me caía, las consecuencias serían terribles, sin duda alguna. Mientras me aferraba desesperadamente con ambas manos, urgí a mi amigo a hacer lo mismo. El tren era uno de esos expresos que no paraba en todas las estaciones. Nuestra desesperación iba en aumento. Si el tren seguía en movimiento, no lograríamos salvarnos. Nuestras manos y piernas se habían entumecido.

Después de lo que pareció una eternidad, el tren se detuvo. Nos bajamos de inmediato. Grité el nombre de mi amigo Anwar, quien también estaba desesperado porque no me encontraba por ninguna parte. Él tenía el billete para un vagón de clase mixta, junto con mi equipaje. Logramos entrar en su vagón por una de las ventanillas.

El tren volvió a ponerse en movimiento. Llegamos a Howrah al día siguiente. Todos tenían sus equipajes menos yo, que sin saber cómo, perdí la maleta. Bajé del tren con solo las sábanas que había cogido para dormir.

Pensé que ya había llegado la hora de retomar mis estudios. No había pagado la matrícula porque me había quedado sin dinero. Debía regresar a mi casa, en el pueblo, para reunir los fondos necesarios, ya que tenía que pagar por el año completo. También necesitaba dinero para comprar la ropa que reemplazaría a la que había perdido. Llegué a casa y le conté a Renu cuál era mi situación. Había escrito sobre eso desde Agra y Delhi. Tenía que hablar con mi padre al respecto. Cuando lo hice, mi padre no me dijo nada, pero noté que estaba molesto. Más tarde me dijo que, si viajaba fuera de la ciudad, debía evitar llevar todos los trajes



que poseía, para no arriesgarme a perderlos. Me entregó entonces el dinero que le había pedido, y me dijo:

—No quiero escuchar más excusas. Tienes que aprobar tus exámenes de licenciatura. Has desperdiciado demasiado tiempo. No he dicho nada antes, solo porque trabajabas por el movimiento en pro de Pakistán. A partir ahora no guardaré silencio. Tienes que concentrarte en tus estudios.

Dije adiós a mis padres y a mis hermanos y hermanas, y fui a la habitación de Renu, que tenía algo de dinero en sus manos. Evitaba llorar con gran esfuerzo, pues en nuestra cultura creemos que el llanto en el momento de la partida trae mala suerte. Todo lo que dijo fue:

—Cuando vas a Calcuta parece que pierdes el interés por regresar aquí. Esta vez regresa inmediatamente en cuanto cierre la Universidad.

Así que volví a Calcuta y pagué de inmediato mi matrícula. Conseguí que me devolviesen algunos de los libros que había prestado a mis amigos para sus estudios. Cuando me presenté de nuevo en las clases, algunos de los profesores se percataron de mi presencia. Un par de ellos incluso bromeó al respecto. Decían:

—Por fin encuentras tiempo para estudiar en la Universidad.

No les respondí. Tan solo sonreí, como hacían también mis compañeros.

Estudiar no es fácil incluso para aquel que quiere hacerlo. La Misión de Gabinete se hallaba en la India por entonces. Tanto el Partido del Congreso como la Liga Musulmana negociaban con ella. Habíamos jurado que no aceptaríamos nada menos que la creación de Pakistán. En las oficinas de *Millat*, igual que en las de la Liga Musulmana, solíamos discutir todos los días, con mucho entusiasmo, de esos temas. A veces organizábamos reuniones, en las que yo participaba como dirigente. El Partido del Congreso y la Liga Musulmana parecían estar a punto de aceptar el plan de la Misión de Gabinete. Lo que decía era que las competencias de Defensa, de Asuntos Exteriores y el Ministerio de Comunicaciones continuarían bajo el control de un gobierno central, mientras que las demás revertirían a las provincias.

Más tarde, sin embargo, el Partido del Congreso renegó de su compromiso inicial de aceptar el plan. El resultado fue que el plan de la Misión de Gabinete tuvo que ser abandonado. Por la

forma de negociar de los británicos, yo tenía la impresión de que querían entregar el poder al Partido del Congreso para dejar la India lo antes posible. Sin embargo, Muhammad Ali Jinnah conocía bien tanto al Partido del Congreso como a los británicos, y no era fácil que lo engañaran.

~~~

El 29 de julio, el Sr. Jinnah convocó una sesión del comité de la Liga Musulmana de la India, en Bombay. Yo no pude asistir porque carecía de los fondos necesarios para ello. El Sr. Jinnah declaró que el 16 de agosto sería la fecha del Día de la Acción Directa. Emitió un comunicado pidiendo que las acciones en esa fecha fuesen pacíficas. Quería demostrar ante el gobierno británico que cien millones de musulmanes estaban dispuestos a lograr la creación de Pakistán a cualquier precio. Los líderes del Partido del Congreso y del Mahasabha hindú difundieron, a su vez, comunicados en los que afirmaban que ese día de protesta no era en contra de los británicos sino en contra de ellos.

El partido nos pidió que organizásemos actividades apropiadas para ese día. El Sr. Hashim se reunió con nosotros para determinar cómo podríamos hacerlo de la mejor manera. Él nos dijo:

—Deben ir a todos los barrios, incluso a los hindúes. Deben decirles que no estamos luchando contra los hindúes, sino contra los británicos, y pedirles que se unan a nosotros. Que todos participen en el día de protesta sin que haya diferencias de raza o de religión.

Instalamos altavoces en vehículos y marchamos a cumplir nuestra misión. Así, trabajamos tanto en barrios musulmanes como en barrios hindúes, enfatizando que no estábamos en contra de éstos últimos, sino en contra de los británicos. Algunos líderes del Forward Bloc<sup>18</sup> vinieron a nuestra oficina, y propusieron que coordinásemos la participación pacífica de los hindúes en el día de protesta junto con los musulmanes. Aceptamos hacerlo. Sin embargo, nuestros esfuerzos no podían competir con los del Partido del Congreso y del Mahasabha hindú. Mediante un masivo esfuerzo de propaganda, ambas organizaciones lograron convencer a los hindúes de que la protesta estaba dirigida contra de ellos.

---

<sup>18</sup> Partido político indio, que seguía los ideales de Netaji Subhas Chandra Bose.

El Sr. Suhrawardy era por entonces el primer ministro de Bengala. Nos pidió que nos asegurásemos de que ese día se desarrollaría pacíficamente. Nos dijo:

—Si hay algún desmán, la Liga Musulmana perderá prestigio.

Declaró que el 16 de agosto sería de fiesta. Ello enfureció aún más al Partido del Congreso y al Mahasabha hindú.

Planeamos cómo distribuir nuestras fuerzas para ese día. El Garer Math de Calcuta acogería una reunión. Convergerían allí comitivas de diversas localidades. Los estudiantes musulmanes de la Universidad Islamia de Calcuta se reunirían en ese espacio a las diez de la mañana. Esa era mi misión. Antes, debíamos ir a la Universidad de Calcuta, a las siete de la mañana, para izar la bandera.

Nuruddin y yo fuimos en bicicleta hasta la zona. Izamos la bandera, sin que nadie se opusiese a ello. Sin embargo, más tarde nos enteramos de que la bandera fue arriada y destrozada tan pronto como nos fuimos.

Desde la Universidad de Calcuta nos dirigimos a la nuestra, cruzando el Bowbazar. Me encargué allí de que abrieran el portón y el salón. Si Nuruddin y yo nos hubiésemos demorado en la vuelta tan solo media hora nos habrían asesinado y nuestros cuerpos habrían sido ocultados. Empezamos a comprender que la situación se estaba deteriorando rápidamente. Nuruddin me dejó en la Universidad Islamia y se dirigió a las oficinas de la Liga Musulmana, prometiendo que regresaría pronto.

En esos momentos, tan solo unos pocos miembros del partido, que vivían en la residencia Barker, se hallaban en las instalaciones de la Universidad. Abrí el salón de conferencias para ellos, y les pedí que se apuntaran para una reunión. Algunas jóvenes estudiantes musulmanas llegaron también a la residencia Munnujan. Todas pertenecían a la Liga Musulmana. Entre ellas se encontraban Hazera Begun, hoy Hazera Mahmud Ali; Halima Khatun, hoy Sra. Nuruddin; Joynab Begum, hoy Sra. Jalil, y Sadeka Begum, hoy Sadeka Samad.

Unos pocos minutos después de su llegada, algunos estudiantes irrumpieron corriendo en el recinto. Estaban cubiertos de sangre. Algunos de ellos presentaban heridas de cuchillo, mientras que otros habían sufrido golpes en la cabeza. No supe qué hacer. No estábamos preparados para algo así.

Las compañeras me dijeron:

—Envíanos a los heridos, encárgate de que nos traigan agua.

¿Y dónde encontraríamos vendas para las heridas? Ellas empezaron a cortar sus saris y sus chales para ayudarlos. Alerté de la situación a los hostales vecinos. Tan pronto como algunos de los heridos estuvieron vendados, los envié a un médico que vivía cerca.

Un estudiante nos contó que los hindúes no atacaban a quienes se movían en grupos, pero que atacaban a todos los que iban solos o en pareja. Se nos informó de que los estudiantes que habían intentado izar la bandera de la Liga en el Instituto Ripon también habían sido atacados.

La Universidad Islamia colindaba con los barrios de Suren Banerjee Road, Dharmatala y Wellington Square. Nos informaron de que la mezquita de Wellington Square estaba siendo atacada, y que una multitud se aproximaba a la Universidad. Algunos de nosotros nos quedamos con las jóvenes que cuidaban de los heridos, mientras que cuarenta o cincuenta avanzamos hacia la intersección de Dharmataka. Estábamos desarmados. Yo no tenía idea alguna de qué era un motín o de lo que significaba la violencia de una turba. Al acercarnos, vimos que cientos de hindúes estaban atacando la mezquita. El imán corría hacia nosotros, seguido por un grupo de hombres armados de garrotes y espadas. Cerca, hombres armados con espadas salían de comercios que eran propiedad de musulmanes. Algunos de nosotros gritamos ‘¡Pakistán zindabad<sup>19</sup>!’.

La turba de hindúes había llegado hasta nosotros. No teníamos otra opción más que intentar resistir. Tomamos del suelo las piedras y los ladrillos que pudimos encontrar, y los lanzamos. Probablemente éramos ciento cincuenta en total. Algunos hombres nos entregaron varas para que nos defendiésemos. No sabíamos quiénes eran. De pronto, una nutrida comitiva llegó al lugar. Habían logrado superar muchos obstáculos en su camino. Todos tenían varas en las manos. Se nos unieron. Por un momento parecía que los hindúes se detenían, y nosotros hicimos lo mismo. Entonces llegó la policía, que intentó disolver la turba con gas lacrimógeno.

---

<sup>19</sup> N. de la T.: *Zindabad*, término indostaní, que significa, literalmente, 'larga vida a', utilizado para expresar entusiasmo y apoyo para con una causa o persona.

Habían incrementado las patrullas. De poco servía: toda Calcuta se había convertido en un campo de batalla. Doy testimonio de que los musulmanes no estábamos preparados para ello.

Nos dirigimos a Garer Math. Llegábamos con mucho retraso. Miles y miles de personas habían llegado ya hasta allí. Las comitivas previstas desde Kalighat, Bhawanipur, Harrison Road y Barabazar habían sido atacadas. El Sr. Suhrawardy se dirigió a los presentes y les pidió que regresasen a sus casas. Pero ¿cómo volverían a ellas los musulmanes que vivían en sectores de mayoría hindú? La oficina de la Liga Central estaba llena de personas en tales circunstancias, igual que la oficina de la Liga Urbana. Muchas personas prefirieron dirigirse hacia las áreas que podían considerarse musulmanas, como Zakaria Street, Wellesley, Park Circus y Beniapukur.

Había muchísimos heridos, imposible saber cuántos. Los trasladamos hasta la Universidad de Medicina de Calcuta, y a los hospitales Campbell e Islámico. Recibíamos llamadas continuamente de gente que nos pedía que la rescatásemos, diciendo que estaban atrapados y que serían asesinados, junto con sus hijos, antes de que la noche terminase. Unos pocos contestábamos teléfonos, anotábamos números y direcciones. La oficina de la Liga se había convertido en un campo de refugiados. El portón de la Universidad Islamia se mantuvo abierto para acoger a la gente que huía.

Intentamos abrir las puertas de la Madrasa de Calcuta, con el mismo propósito, sin suerte. El guardia allí apostado nos lo impidió. Corrí a ver al director para pedirle que nos permitiese hacerlo, y él accedió. La gente de las áreas circundantes nos informaba de lo que sucedía. La residencia Baker y el Hostal Eliot estaban ya llenos. Debíamos preocuparnos ahora de salvar a los muchachos atrapados en el Hostal Taylor. No teníamos noticias de ellos. Lo único que sabíamos es que algunos habían podido escapar durante la tarde. Otros seguían allí. El edificio estaba diseñado de modo que solo se podía entrar por una puerta. Colindaba con las casas de un barrio hindú, así que cualquier intento de quemarlo habría provocado un incendio de tal magnitud que habría arrasado todo el barrio. Turbas de hindúes intentaron echar la puerta abajo por la noche, sin éxito.

Me era imposible contactar con el Sr. Suhrawardy. Cada vez que le telefoneaba me informaban de que estaba en Lalbazar, donde se encuentran las oficinas centrales de la policía.

Nuruddin, por su parte, intentó rescatar a los muchachos del Hostal Taylor por la noche, con la ayuda de un vehículo y de una escolta de policía. Muchos hindúes del área de Taltola y de Wellesley nos habían solicitado, secretamente, que los ayudásemos. Después de mucho esfuerzo, pudimos enviar a esas familias hindúes a barrios hindúes, a pesar de que hacer eso suponía un enorme riesgo para nosotros. Pudimos también salvar a algunas familias de hindúes que vivían cerca de la residencia Baker, haciendo que cruzasen hasta Suren Banerjee Road.

Personalmente tenía mucho de qué preocuparme. Cinco de mis hermanas y hermanos estaban en Calcuta y Srirampur. La segunda de mis hermanas no estaba en peligro, porque se hallaba en esos momentos en Beniapukur. Otra de mis hermanas estaba con ella justo esos días. Mi hermano menor, Sheikh Abu Nasser, estudiaba para sus exámenes de matrícula. Era casi un niño, en muchos aspectos, y vivía con cada uno de nosotros, turnándose. Era de naturaleza traviesa y nunca prestaba atención a nuestros consejos. Temía que hubiese ido a Garer Math y, cuando regresé a mi cuarto, no lo encontré allí. ¡Quién podía saber si aún estaba vivo! La situación en Srirampur no era buena. Otra hermana mía vivía en Srirampur, en un barrio que tenía tan solo dos familias musulmanas.

Las calles de Calcuta estaban llenas de cadáveres. Las llamas consumían barrio tras barrio. La escena era horrible. Que la gente pudiese comportarse de ese modo me daba terror. Intenté encontrar a mis familiares. Mi cuñado más joven vivía en la Tower Lodge, en Harrison Road. Tomé un vehículo de la brigada de incendios para investigar, y allí supe que se había marchado al Hostal Carmichael. Nasser no estaba con mi hermana. Cuando le pregunté a Syed Hussein, mi cuñado más joven, si lo había visto, me contestó que lo había visto el 16 de agosto, pero que se había negado a quedarse con él. Syed no había insistido, dado que el área en la que se encontraban era peligrosa y habrían debido evacuarla de todos modos. No pude hallar ninguna otra pista sobre los movimientos de Nasser.

Se habían tomado medidas para alojar a los refugiados en el Instituto Lady Brabourne. Las mujeres permanecerían en el segundo piso, mientras que los hombres lo harían en el primero. Los miembros del partido se habían dividido así. Cada cierto tiempo

visitaba el lugar. También ayudaba a rescatar a musulmanes perdidos. En una o dos ocasiones me tuve que enfrentar a ataques. Rescatábamos a hindúes cuando nos era posible hacerlo, y los enviábamos a localidades hindúes. Era evidente para mí que la gente había perdido su lado humano en medio de tanta violencia y que se habían retrotraído a un estado casi animal. El 16 de agosto, los musulmanes habían sido atacados. Los dos días subsiguientes, los musulmanes habían atacado a los hindúes sin piedad. Las cifras en los hospitales daban cuenta del número de muertos y heridos de cada comunidad en esos días.

Mientras tanto, en los hostales se agotaban las reservas de arroz y de harina. Los comerciantes no abrían sus negocios, temerosos de sufrir saqueos. Fui a ver al Sr. Suhrawardy y le pregunté qué podíamos hacer al respecto. Me dijo que fuese a ver al Nabab Nasrullah, quien estaba encargado del asunto. El Nabab Nasrullah era hermano del Nabab Habibullah, de Daca, y era una persona muy amable, buen amigo del Sr. Suhrawardy. Nos apresuramos a visitarlo. Nos llevó al Instituto St. Xavier y allí nos dijo:

—El arroz está almacenado aquí. Tomen lo que deseen. Ustedes deberán organizar el modo de transportarlo. El ejército se ha llevado nuestros vehículos. Si pueden esperar, podremos conseguir algunos más tarde.

Nos las arreglamos para encontrar una carretilla. La cuestión era ¿quién habría de empujarla? Junto con Nuruddin y Nurul Huda —hoy un ingeniero que trabaja para el Daca Improvement Trust (DIT)— cargamos el arroz y empezamos a empujar la carretilla.

Nuruddin era extremadamente delgado y no tenía la energía necesaria para empujar nada. A pesar de todo, entre los tres pudimos entregar arroz en la residencia Baker y en el Hostal Eliot. ¿Cómo lo llevaríamos luego a la residencia Carmichael? Quedaba demasiado lejos y deberíamos atravesar barrios hindúes en el camino. Era imposible usar una carretilla para hacerlo. Después de muchas gestiones, Nuruddin pudo conseguir un camión de bomberos para ello y solo entonces pudimos entregar el arroz.

Finalmente supe que en Srirampur no se habían producido incidentes. Sin embargo, ¿dónde estaba Nasser? Los motines y los saqueos se detuvieron por fin. Envié a alguien a Srirampur para averiguar qué había sucedido con él. Más tarde supe por



medio de esa persona que Nasser había llegado a Calcuta el 16 de agosto. Tan pronto como arribó a Harrison Road, comenzaron los problemas para él. Si está vivo es porque logró subirse a una ambulancia. Cuando era niño, Nasser fue víctima de las fiebres tifoideas y terminó con una pierna paralizada. Caminaba arrastrando los pies. Eso llamó la atención del conductor de la ambulancia. Se quedó dentro de ella todo el día. Por la noche tomó en Howrah un tren a Srirampur. El viaje le llevó tres horas, durante las cuales el tren fue atacado varias veces, pero logró sobrevivir a esos ataques.

Sobre el episodio en su conjunto, debe decirse que muchos hindúes arriesgaron sus vidas para salvar a musulmanes, y muchos musulmanes sacrificaron las suyas por sus vecinos y sus amigos hindúes. Yo mismo fui testigo de que así fue. De entre las muchas llamadas que recibimos en la oficina de la Liga Musulmana, no pocas fueron de hindúes que habían ocultado a sus amigos y conocidos musulmanes para salvarlos. Llamaban para que los recogiésemos, puesto que tanto ellos como los musulmanes serían asesinados si los encontraban allí.

También comprobé que otros hombres permanecían completamente impassibles ante la tragedia humana causada por las revueltas. Entraban en las tiendas y las saqueaban, sin que les importase nada de lo que sucedía a su alrededor. Yo quise detener a uno de esos saqueadores. El intento casi tiene consecuencias fatales. El hombre quiso matarme.

Pronto se impuso el toque de queda. La gente no podía salir por la noche. Quienes saliesen a la calle tras el ocaso se arriesgaban a que les disparasen. El ejército dejaba los cuerpos donde hubiesen caído. Además, apuntaban a todas las ventanas abiertas. Por la mañana, era habitual encontrarse cadáveres por las calles.

Un día, se me ordenó proteger un sector musulmán que estaba localizado entre Park Circus y Baliganj. Tenía por compañero de misión a Moazzem Chowdhury, de Sylhet, –hoy miembro de la Asamblea Nacional de la Convención de Sylhet de la Liga Musulmana–. La razón por la que nos escogieron era nuestra familiaridad con las armas de fuego. Pocos de entre los miembros del partido podían usarlas, mientras que Moazzem y yo lo hacíamos con soltura, ya que nuestros padres tenían armas en casa.



Cuando era casi de noche, recibimos la orden de la oficina de *Millat* de dirigirnos al sector. Fuimos a pie, tan rápidamente como pudimos. Apenas habíamos conseguido cruzar Lower Circular Road y entrar a una callejuela, cuando el toque de queda empezó. Al pasar por el cementerio, escuchamos que se acercaba un vehículo. Nos ocultamos hasta que desapareció. Con gran dificultad pudimos llegar a los predios de Park Circus. Teníamos que planear cómo cruzarlos. Avanzando poco a poco, con gran esfuerzo, llegamos a la residencia de Mohammad Nasiruddin, el dueño de la editorial Saugat y editor del famoso periódico del mismo nombre. Desde allí, alcanzamos la casa de un amigo. ¿Cómo proseguir? Los padres de mi amigo nos prohibieron salir y arriesgar nuestras vidas, pues el ejército patrullaba las calles. Disparaban hasta a las sombras. Sabíamos que no teníamos otra opción, salvo la de esperar.

Pasamos la noche en esa casa, por lo que fracasamos en nuestra misión. Más tarde nos enteramos de que el lugar que teníamos que proteger no había sufrido incidente alguno durante esa noche. Caminamos al menos una milla y media durante el toque de queda, exponiéndonos a cada paso a que nos matasen.

En Park Circus, lideraban la defensa el Juez Siddiqui, el Sr. Abdur Rashid, el Sr. Tofazzal Ali –ex ministro– junto con algunos otros. Éramos todos voluntarios. En las estaciones de Sealdah y de Howrah se habían creado espacios separados hindúes y para musulmanes. Si un hindú hubiese entrado en el espacio reservado a los musulmanes o viceversa, la situación podía tornarse extremadamente volátil.

La hija del Sr. Suhrawardy, Sra. Solaiman; la hija del Nabab Nasrullah, Iffat Nasrullah, así como Begum Akhtar Atahar Ali, editor del semanario Begum; Noorjahan Begum, Zerina Rashid, Rokeya Kabir, y las muchachas de la residencia Munnujan y del Instituto Brabourne trabajaron muy duro ese día y esa noche en el centro de refugiados para ayudar a las mujeres, igual que nosotros lo hicimos con los hombres.

A pesar de lo difícil que resultaba para ellas, vi a Hazera Mahmud Ali, Halima Nuruddin y a algunas otras trabajar noches enteras sin descanso, cuando era necesario.

Calcuta estaba devastada. Los musulmanes se refugiaban en los barrios musulmanes, y los hindúes llenaban los barrios hindúes. El único espacio en el que podían encontrarse los amigos era la Esplanade, también conocida como Chowringhee.

La situación se degradó aún más tras una pelea a cuchilladas, causada por un asunto trivial, que se produjo además después de un período de calma.

El Sr. Suhrawardy trabajaba día y noche para controlar la situación. De los mil quinientos policías de Calcuta, tan solo cincuenta o sesenta eran musulmanes. Los oficiales también eran muy pocos. ¿Cómo conservaría el Sr. Suhrawardy el poder? Intentamos reclutar a otros mil musulmanes en la policía. Sin embargo, el gobernador británico por aquel entonces se negó a que lo hiciéramos. El Sr. Suhrawardy amenazó con renunciar a su cargo como protesta a esa negativa. Logró así que numerosos veteranos del ejército de Punjab fuesen incorporados a la fuerza de policía. Este hecho provocó protestas por parte del Partido del Congreso y de los periódicos del Hindu Mahasabha.

~~~

Cuando apenas habían terminado las revueltas en Calcuta, supimos que se estaban produciendo incidentes similares en Noakhali. Los musulmanes empezaron a saquear y a quemar las casas de los hindúes. Además, había revueltas en Dacca. Como si fuera una respuesta a toda esa violencia, Bihar también ardía. En los distritos de Bihar se ejecutaban planes de ataque contra los musulmanes. Hubo muchos muertos y muchas casas fueron destruidas.

Tres días después del inicio de las revueltas de Bihar, nos dirigimos a Patna. Numerosos voluntarios se habían ofrecido a ir hasta allí. Médicos de Calcuta prestaban ya sus servicios en Bihar. El Sr. Yakub, uno de mis colegas de Calcuta, quien también era un muy buen fotógrafo, trajo consigo su cámara. Viajó por todo el estado documentando lo sucedido. El Sr. Fazlul Huq también viajó a Bihar el día en que Zahiruddin, Nuruddin y yo partimos de Calcuta.

El Sr. Suhrawardy transmitió a los líderes de la Liga Musulmana de Bihar que el gobierno de Bengala estaba listo para ayudarlos en lo que necesitaran. Envió el mismo mensaje al gobierno de Bihar.

Cuando llegamos a Patna nos encontramos una situación alarmante. No conocíamos a nadie allí. ¿A dónde dirigirnos? Zahir había visitado la ciudad en varias ocasiones. Decidimos quedarnos en el Grand Hotel, propiedad del Sr. Yunus, uno de los ministros del gobierno de Bihar. Allí el Maulana Ragib Ahsan mantenía

abierta una oficina, en representación de la Liga Musulmana de Bengala. El Sr. Abdur Rab Nistar llegó a Patna el día de nuestra llegada. Organizamos una conferencia juntos. Nuruddin regresaría a Calcuta tres días después, pero Zahir iba a quedarse.

Nos reunimos para decidir qué íbamos a hacer para ayudar. El Sr. Suhrawardy había anunciado que, si el gobierno de Bihar enviaba un tren lleno de refugiados a Asansol, el gobierno de Bengala se ocuparía de ellos. Cuando transmití ese ofrecimiento al Sr. Akmal, oficial del Servicio Civil Indio, él me increpó, poniendo en cuestión que yo presumiera de representar al Sr. Suhrawardy. Al parecer me había echado una ojeada y había decidido que yo era demasiado joven para gozar de la confianza del Sr. Suhrawardy en un tema tan importante. Le respondí afirmando que yo sabía exactamente lo que el Sr. Suhrawardy tenía en mente y que hablaba en representación suya. La gente que estaba presente me miró con desconfianza. En ese preciso momento les di el teléfono del Sr. Suhrawardy, pidiéndoles llamaran para verificar mis palabras.

Debíamos volver a reunirnos esa misma mañana para proseguir la discusión. El Sr. Akmal me dijo que enviarían gente a Asansol a partir de ese día. La ciudad estaba abarrotada de refugiados llegados sobre todo de zonas rurales. Hospedarlos era ya imposible. En lugares como Anjuman-e-Islamia, dedicados a tal propósito, no cabía nadie más.

La zona se llenó de voluntarios, entre ellos los seguidores de Pir Manki Sharif, y estudiantes, incluidos mi amigo Mostafa y Syed Ahmed Ali de Aligarh. Aproximadamente mil voluntarios, llegados desde Calcuta esperaban en Patna. Había entre ellos estudiantes, médicos y guardias nacionales. También se rescataban a las víctimas de ataques en poblados de lejanas regiones del estado. Yo mismo conduje un grupo de aproximadamente mil refugiados en dirección a Asansol.

El Maulana Yasin, líder de la Liga Musulmana, había sido informado por telegrama sobre nuestra llegada. Nos estaba esperando en la estación del tren, con dos camiones y con algunos voluntarios. Mantuvimos a los refugiados en la estación. Muchos estaban heridos. Nuruddin informó al Sr. Suhrawardy sobre lo ocurrido. Él ya había recibido noticias sobre la situación en Patna. Ordenó al magistrado del distrito y al SDO que encontrasen la forma de hospedar y alimentar a todos los refugiados.

Nuruddin envió algunos médicos y voluntarios desde Calcuta para que me dieran asistencia. El SDO era un joven europeo y de modales excelentes. El Sr. Suhrawardy ordenó que los refugiados fuesen alojados en las barracas construidas durante la guerra para albergar tropas. El gobierno coordinó el envío de alimentos. Para decidir cómo distribuirlos, me reuní con el SDO y con los líderes de la Liga Musulmana de Asansol.

El primer campo de refugiados se instaló en una bodega conocida bajo el apelativo de Nigah. Tenía capacidad para mil personas. Más tarde se abrió también el campo Kandulia, con capacidad para aproximadamente diez mil personas. Yo mismo designé ese campo con el nombre de Hizratgang. El Maulana Yasin aprobó ese nombre con gusto. Los refugiados llegaban a las estaciones de Asansol y Raniganj, desde donde eran trasladados en camiones a los campos. El Maulana Wahid colaboró conmigo en todo el largo del proceso. Solíamos estudiar juntos. Hoy él es un pir en Shajadpur.<sup>20</sup>

Nuestras comidas no eran especiales. Tomábamos lo mismo que los refugiados. No había ninguna tienda en los alrededores. Cientos de refugiados llegaban todos los días y no podíamos ofrecerles nada más que una comida al día.

También organizamos un hospital. Lo dirigían el Dr. Abdul Hamid, de Mymensingh, y el Dr. Hazrat Ali, de Gafargaon. El SDO de Asansol, Sr. Rose, llegó un día con una anciana caucásica. Al parecer tenía experiencia en organizar campos de refugiados, pues había trabajado en un campo organizado por el gobierno para las personas que huían de Birmania durante la guerra. Preparó un plan que nos fue de gran utilidad.

De seis a siete días más tarde, el Sr. Salimullah Fahmi fue nombrado oficial a cargo de los refugiados por el gobierno de Bengala. Tan pronto como llegó a Asansol, me buscó. Más tarde nos encontramos en el campo Moira. Tomó todos los campos bajo la responsabilidad del gobierno. A pesar de ello, los voluntarios de la Liga Musulmana continuaron trabajando allí.

Era prácticamente imposible preparar en una cocina central alimentos para la gente de todos los campos. Por eso se puso en marcha un sistema de cartillas de racionamiento. A cada familia

---

<sup>20</sup> N. de la T., *Pir*, religioso musulmán.

se le proporcionaba un paquete con arroz, pimienta, cebollas y otras provisiones para siete días. Solo la carne se distribuía con más frecuencia, un día sí y otro no. Los refugiados aceptaron esta nueva organización con gratitud. Para organizar todos estos detalles hubo que trabajar al menos un mes. El Sr. Zafar Imam vino un día desde Bihar. Su visita tenía como objetivo determinar de qué modo los bengalíes estaban tratando a los refugiados. Me visitó en la oficina que habíamos logrado instalar, junto a la cual dormíamos. Mi comida se cocinaba allí mismo. Después de constatar cómo habíamos dispuesto las cosas nos felicitó profusamente. Habló directamente con los refugiados, les interrogó sobre los recursos que se les habían proveído y sobre los problemas que se estaban encontrando en su día a día.

Abrimos dos campos más, uno en Moira y otro Madhaiganj. Diez mil refugiados fueron enviados a esos campos. Entre ellos se hallaban personas instruidas. En Asansol no cabía ya nadie más. Se abrieron más campos en Bishnupur, Andale y Burdwan. Enviamos más refugiados a esos lugares. Casi todos los voluntarios que trabajaban conmigo empezaron a caer enfermos de puro agotamiento, por falta de descanso y de alimentación apropiada. Me vi obligado a enviar de vuelta a Calcuta a muchos de mis asistentes. Por ese entonces nos visitaron en Asansol los ministros Sr. Mohammad Ali y A.F.M. Abdur Rahman, junto con Begum Sulaiman, Iffat Nasrullah y otras personalidades.

Como sabía que vendrían, fui a Asansol a recibirlos. Les mostramos cómo administrábamos el campo. Pero tuve que regresar a Calcuta con ellos. Begum Sulaiman estaba asombrada del modo en que la experiencia me había desgastado.

~~~

Así, después de seis semanas, regresé a Calcuta. En el viaje comencé a sentirme mal. Cuando alcancé la residencia Baker, estaba claro que había caído enfermo. Mi fiebre no descendía. Cuando el Sr. Suhrawardy tuvo conocimiento de cuál era mi estado se ocupó de mí, aun cuando yo no era nadie dentro de las filas de la Liga Musulmana. Hizo que me ingresasen en el ala europea de la Escuela de Medicina Tropical. Estuve internado allí durante quince días. Él pedía información continuamente

sobre mi estado al director de esa institución, que se interesó por mí y me visitaba de manera regular. Finalmente me dieron el alta y pude retornar a la residencia Baker.

Todo aquello que aprendí de la dama inglesa sobre la administración de campos en Asansol, junto con mi propia experiencia, me fue muy útil más tarde en mis labores. A esas alturas de mi vida, decidí que pasaría mis exámenes de licenciatura. Me reuní con el Dr. Zuberi, el director de la institución. Él me dijo que sabía lo duro que había trabajado yo por Pakistán, y que no impediría que me presentase a los exámenes. Sin embargo, quería que le prometiese que me concentraría en mis estudios en los próximos meses y que, para garantizar la promesa, abandonaría Calcuta y retornaría tan solo inmediatamente antes de los exámenes. Únicamente bajo tales circunstancias se me permitiría presentarme. Ya había pasado el examen de cualificación. Juré ante los profesores Taher Jamil, Saidur Rahman y Nazir Ahmed que cumpliría con lo acordado. Obtuve permiso para partir con todos mis libros a la casa de mi amigo Sheikh Shahadat Hussein, en Ultadanga, Howrah. Él había aprobado los exámenes en 1946, y trabajaba en una oficina de ese lugar.

Tal como había prometido, regresé a Calcuta poco antes de las fechas para presentarme. Para entonces ya había abandonado la residencia y vivía en una casa alquilada en Park Circus con mi hermana más joven y su esposo, el abogado Abdur Rab Serniabat, de Barisal. Pocos días más tarde, mi esposa Renu vino a Calcuta también. Decidió que, si me acompañaba, yo aprobaría los exámenes. Aprobé mis exámenes de licenciatura. Sheikh Sahadat Hussein se tomó dos meses de permiso de su trabajo para ayudarme en mi preparación. Más tarde, él me hizo mucho daño. Sin embargo, jamás le reproché nada, recordando la ayuda que me había brindado en esos días. Su casa estaba muy cercana a la mía.

~~~

El Sr. Hashim quería ser el presidente de la Liga Musulmana, después de que el Maulana Akram Khan hubiese renunciado a ese cargo. El Sr. Suhrawardy no deseaba que eso sucediera. Convenció, por lo tanto, al Maulana para que retirase su renuncia. Esa maniobra irritó tanto al Sr. Hashim que obtuvo permiso para abandonar

temporalmente su posición de secretario de la Liga, y marcharse a Burdwan. Cuando visitaba Calcuta, solía quedarse en la oficina del *Millat*. Ya no era tan popular entre los estudiantes y los jóvenes. Nos había decepcionado por muchas razones. Por ejemplo, cuando venía a Calcuta criticaba abiertamente al Sr. Suhrawardy.

Solía criticar que el *Millat* no fuera un periódico que se publicase cada día. Criticaba también que el Sr. Suhrawardy hubiera creado un diario nuevo, el *Ittehad*, con la ayuda de Nabab Hassan Ali, que trabajaba como editor, y el Sr. Abul Mansur Ahmed, que trabajaba como director. El diario *Azad*, editado por el Maulana Akram Khan también criticaba a menudo al Sr. Suhrawardy por la misma razón –había sido el único diario musulmán hasta la llegada del *Ittehad*–. Ahora que se publicaba un nuevo diario, los seguidores del Maulana parecían aún más irritados que él mismo.

La política en la India, a finales de 1946, se encontraba en un momento muy complicado. El gobierno británico estaba determinado a entregar el poder a cualquier precio. La Liga Musulmana había ya aceptado la propuesta de la Misión de Gabinete. El Partido del Congreso la había aceptado inicialmente, antes de rechazarla. A pesar de ello, el virrey, Lord Wavell, anunció la formación de un gobierno provisional que incluía al Partido del Congreso. La Liga Musulmana, por su parte, decidió que no sería parte de ningún gobierno formado por Lord Wavell, porque este no había negociado apropiadamente con la organización. El Partido del Congreso, bajo el liderazgo de Pandit Nehru, decidió ser parte del gobierno. A pesar de la negativa de la Liga Musulmana, Lord Wavell hizo público que cinco cargos de ministro se habían destinado a la Liga, y que las personas a quien esta designase podían incorporarse en el momento en que desearan hacerlo.

La Liga pagó un alto precio político por su rechazo a integrarse al gobierno. Al final, el Sr. Suhrawardy se entrevistó con Lord Wavell para intentar encontrar una vía que hiciese posible la integración de la Liga al gobierno. El Sr. Jinnah lo había autorizado a representar a la Liga. Mediante esa intervención, fue posible que el Sr. Jinnah y Lord Wavell se reuniesen y hallasen una solución sobre el papel de la Liga en el gobierno. Hacia finales de octubre, cinco miembros de la Liga se incorporaron al gobierno en calidad de ministros –Liaquat Ali Khan, I. I. Chundrigar, Abdul Rab Nishtar, Raja Ghaznafar Ali Khan y Jogendra Nath



Mandol. Si la Liga no hubiese tomado esa decisión, el Partido del Congreso jamás habría aceptado la petición para la creación de Pakistán.

En junio de 1947 se hizo pública una declaración que establecía la partición de la India. El Partido del Congreso había accedido a la misma después de que se le hubiese asegurado que tanto Punjab como Bengala serían divididos en dos. Con la excepción de Sylhet, ninguna región de Assam sería incorporada a Pakistán. Calcuta y sus regiones circundantes serían parte de la India. El Maulana Akram Khan y otros líderes de la Liga Musulmana protestaron amargamente contra la decisión de dividir Bengala. Podíamos entregar el distrito de Burdwan, pero ¿cómo podíamos renunciar a Calcuta? El Partido del Congreso y el Hindu Mahasabha empezaron a suscitar una opinión pública positiva sobre esta división. Por nuestra parte, organizamos asambleas que se oponían a ella.

No sabíamos entonces que en el seno del Partido del Congreso y de la Liga Musulmana habían aceptado ya la fórmula que conduciría irremediabilmente en la división de Bengala.

Lo cierto es que los líderes de Bengala no sabían que acabaría dividida en dos. Tenían la impresión de que Bengala y Assam formarían parte de Pakistán. Poco a poco, se fue volviendo evidente la certeza de que tan solo un distrito de Assam se incorporaría, y esto tan solo después de un referéndum. En Bengala, los distritos de mayoría hindú serían cedidos a la India. Esa noticia nos frustró enormemente. En Calcuta y en Bengala Occidental, los miembros de la Liga nos decían:

—Ustedes van a dejarnos, solo Dios sabe qué va a ser de nosotros!

Empezamos a sentir compasión por ellos. Lo musulmanes de Calcuta decidieron que no dejarían la ciudad, sin importar qué sucediese. El ministro de finanzas del gabinete del Sr. Suhrawardy, el Sr. Mohammad Ali, había anunciado que Calcuta continuaría siendo nuestra capital. No sabía que la decisión de que Calcuta sería cedida a la India había sido tomada mucho antes. Nunca pudimos comprender la razón de esa resolución.

El Sr. Hashim y el Sr. Suhrawardy, en representación de la Liga Musulmana, y Sharat Bose y Kiran Shankar Roy, en representación del Partido del Congreso, se reunieron para discutir la



situación. El objeto de esa discusión fue considerar alternativas a la partición de Bengala. El Sr. Suhrawardy viajó a Delhi, donde obtuvo el permiso del Sr. Jinnah para negociar sobre el tema.

Los líderes de ambos partidos adoptaron, por unanimidad, una fórmula que, a su parecer, evitaría la división. Si recuerdo bien, la misma determinaba que Bengala se convertiría en una nación independiente y soberana. El pueblo elegiría una Asamblea Constitucional. Esa Asamblea decidiría por mayoría si Bengala se incorporaba a la India o a Pakistán, o si sería independiente.

El Sr. Suhrawardy y el Sr. Sharat Bose presentaron esa fórmula ante Jinnah y Gandhi. El Sr. Bose ha dejado testimonio escrito que prueba que Jinnah le dijo que la Liga Musulmana no se opondría si el Partido del Congreso lo aceptaba también. Los británicos habían declarado que no aceptarían ninguna fórmula sin la aquiescencia tanto de la Liga Musulmana como del Partido del Congreso.

El Sr. Bose se sintió insultado cuando los líderes del Partido del Congreso se negaron a recibirlo y regresó a su casa. Al parecer Sardar Vallabhai Patel le habría dicho:

—Sr. Bose, no siga actuando como un loco. Queremos Calcuta.

Gandhi y Nehru no habían dicho nada, se habían limitado a referirlo al Sr. Patel. Cuando regresó a Calcuta, el Sr. Bose hizo pública una declaración en la que se establecían esos detalles, admitiendo que el Sr. Jinnah había aceptado la fórmula propuesta.

Muchos líderes intentaron desprestigiar al Sr. Suhrawardy y a todos los que apoyábamos la idea de una Bengala unida. Lo hacían a pesar de que algunos de entre ellos eran miembros del comité de la Liga Musulmana en el que la fórmula había sido propuesta y aceptada de forma unánime. El Sr. Jinnah jamás culpó al Sr. Suhrawardy en público, puesto que, en esos días, nada podía haberse aprobado sin su visto bueno. Es difícil comprender cómo podían criticar la idea de que una Bengala unida podía incorporarse a Pakistán, cuando estábamos luchando para que tanto Bengala como Assam formasen parte de esa nación. Fue tan solo después de tomarse la decisión de dividir Bengala y de incorporar parte de ella a Pakistán, cuando la gente empezó a atacarnos para lograr sus propios fines políticos. Habría sido positivo intentar conseguir más, no menos.

Desde luego, también podíamos conformarnos con lo que se nos había dado.

El Sr. Khawaja Nazimuddin decidió, el 22 de abril de 1947, que una Bengala Unida sería buena tanto para hindúes como para musulmanes. Como presidente de la Liga Musulmana, el Maulana Akram Khan declaró:

—Bengala será dividida por encima de mi cadáver. Mientras esté yo vivo, no permitiré la partición de Bengala. Bengala entera se incorporará a Pakistán.

Puede que no usara exactamente esas palabras, pero esa fue la esencia de su declaración. Uno no tiene más que consultar ejemplares de su diario, el *Azad*, de 1947 —que aún sigue publicándose— para confirmar lo que he escrito aquí.

El entonces virrey, Lord Mountbatten, estaba ayudando al Partido del Congreso por todos los medios posibles. Quería ser nombrado gobernador general tanto de la India como de Pakistán. Jinnah no accedió a ello, puesto que quería ser él mismo gobernador general de Pakistán. Probablemente no apreciaba a Lord Mountbatten. Ante esa negativa, Mountbatten se ofendió de tal modo que parecía determinado a causar el mayor daño posible a Pakistán.

A pesar de que Radcliffe era el encargado de demarcar la frontera, Mountbatten parece haber trabajado secretamente con el Partido del Congreso para crear un mapa que fuese aceptable para ellos. Los que éramos jóvenes miembros del partido no queríamos que Jinnah se convirtiese en gobernador general. Confiábamos en que sería el primer ministro al principio, para luego ser presidente. No creo que Lord Mountbatten hubiese podido causar tanto daño a Pakistán si se hubiera convertido en gobernador general. Esa es mi opinión. Jinnah, por su parte, era más astuto que todos nosotros y el único que sabía muy bien los motivos que llevaban a Mountbatten a ambicionar el cargo de gobernador general.

~~~

En cuanto Pakistán fue creado, las conspiraciones políticas no tardaron en aparecer. Una, en particular, nació en contra del Sr. Suhrawardy en Delhi. La razón era simple: Bengala Oriental

sería la región más poblada de la nueva nación, más que todas las demás –Punjab, Sind y la Provincia de la Frontera– juntas. Muchos estaban nerviosos por la personalidad, la inusual perspicacia política, la sabiduría y la eficacia del Sr. Suhrawardy. Tales cualidades podían hacer de él un futuro primer ministro de Pakistán, alguien a quien nadie podría oponérsele. Es más, el Sr. Jinnah le tenía afecto. Esas eran las razones que impulsaban a los conspiradores, que pensaban que sería mejor terminar con su carrera lo antes posible. La situación era inestable: Calcuta estaba destrozada por revueltas de tinte sectario. El consejo que se ocuparía de la partición había sido convocado. El Partido del Congreso había formado un gabinete alternativo en Calcuta.

Entre bastidores, se conspiraba para quitar del cargo al Sr. Suhrawardy y para reemplazarlo con el Sr. Khawaja Nazimuddin. Nadie consideró necesario convocar elecciones en Punjab, a pesar de que también había sido dividido. A pesar de que el Nabab Mamdot era nativo de Punjab del Este, fue nombrado, automáticamente, ministro en jefe de Punjab del Oeste. Liaquat Ali Khan, aun siendo originario de la región anexionada a la India, fue nominado primer ministro de Pakistán. En el caso del Sr. Suhrawardy, sin embargo, las cosas fueron distintas: se dijo que, por ser nativo de Bengala Occidental, solo podía presentarse a elecciones en Pakistán Oriental. Y, sin embargo, los ministros de la Asamblea Legislativa de toda Bengala lo habían nombrado Primer Ministro.

Fue bajo estas circunstancias que se nos comunicaron las órdenes emitidas en Delhi, determinando que debían efectuarse comicios en nuestra sección del subcontinente.<sup>21</sup> ¿Qué debía hacer el Sr. Suhrawardy? ¿Proteger los derechos de los musulmanes de su región? ¿O debía, por el contrario, ocuparse de sus propios intereses, preparando una campaña política? Debía ir a Sylhet para el referéndum. Envió a miles de miembros del partido a Sylhet, y fue quien más se ocupó de recaudar fondos para ese objetivo. El Sr. S. M. Ispahani había donado mucho dinero para la causa como tesorero de la Liga Musulmana de Bengala, algo de lo que puedo dar testimonio. Estuve presente en la reunión en la cual él discutió del tema con el Sr. Suhrawardy, en el número 40 de

<sup>21</sup> El primer ministro británico, Lord Atlee, había anunciado que se convocaría a elecciones en la India en enero de 1946.

Theatre Road. Cuando viajamos a Sylhet y nos involucramos en la campaña para el referéndum con entrega total, el Sr. Suhrawardy nos acompañó. Lo vi en una multitudinaria asamblea pública, en Karimganj, en la que pronuncié un discurso.

El Maulana Tarkabagish, Manik Mia –editor del diario *Ittefaq*– Fazlul Huq y yo, con otros quinientos miembros del partido, llegamos a Sylhet. El comité del referéndum de ese lugar no necesitó hacer nada por nosotros. Su única responsabilidad era indicarnos dónde debíamos trabajar y guiarnos hasta allí. El Sr. Suhrawardy lo había organizado todo y cubría todos nuestros gastos. No necesitamos ayuda de nadie. El Sr. Shamsul Huq se unió a nosotros desde Calcuta, con muchos de sus hombres. A petición del Sr. Suhrawardy, el filántropo R. P. Shaha nos envió unas barcas para hacer campaña a favor de Pakistán. Fueron muy útiles, porque ese medio de transporte es importante en esa zona. El Sr. Shaha era amigo personal del Sr. Suhrawardy, de modo que no podía rechazar su petición. El Sr. Shaha está aún en Pakistán. Fundó el Hospital Mirzapur, el Colegio de Mujeres Bharateswari Homes y el Instituto Kumudini. Estas instituciones progresan aún gracias a su mecenazgo.

Regresamos a Calcuta después de ganar el referéndum de Sylhet. Al regresar, descubrimos que una facción de la Liga había decidido que el Sr. Nazimuddin se presentaría en contra del Sr. Suhrawardy en las elecciones que determinarían el liderazgo del partido. La Liga Musulmana Central había enviado instrucciones directamente desde Delhi, determinando que este cargo debía ser decidido por medio de comicios. El Sr. I. I. Chundrigar presidiría el proceso electoral en representación del partido. Nadie parecía comprender que las cosas estaban, poco a poco, agitándose entre los dos países. Todos estaban demasiado ocupados con la elección.

Después de su nominación, el Sr. Nazimuddin abandonó el país para viajar a Londres y a Delhi. Mientras, el Sr. Suhrawardy se encargó de organizar las elecciones y de obtener los fondos necesarios. No pudo descansar ni un solo momento, puesto que aún le incumbía ocuparse de sus responsabilidades como primer ministro. Había participado en todos los mayores eventos ocurridos en esos años: las revueltas de Calcuta, Noakhali y Bihar, la organización de la Liga Musulmana y todas las agitadas actividades que tenían lugar en Delhi. Es increíble pensar que, cuando la gente

tuvo la oportunidad de elegir un líder, algunos escogieron a otra persona. Tan solo la posteridad podrá juzgar hasta qué punto fue injusta esa decisión.

Quienes se oponían al Sr. Suhrawardy lo hacían insistiendo en que, al ser originario de Bengala Occidental, ¿cómo podría ser el primer ministro de Pakistán Oriental? El Sr. Suhrawardy jamás pensó en términos de dos facciones, y es por eso mismo nombró a partidarios del Sr. Nazimuddin como ministros, secretarios, contralores, portavoces del parlamento y les otorgó también otros cargos. Y, sin embargo, esa misma gente conspiraba todo el tiempo en su contra. Paradójicamente, los miembros del parlamento que fueron elegidos para representar a jurisdicciones de Bengala Occidental no podían votar por él, pues pertenecían ya a otro estado. Y su propia gente se le oponía, por medio de una facción liderada por el Sr. Hashim.

El Sr. Hashim no había dicho nada a los suyos, al menos no abiertamente. Sin embargo, en secreto, animó a todos a no votar por el Sr. Suhrawardy, y a algunos incluso les ordenó no hacerlo. El Sr. Suhrawardy, por su parte, no prestaba atención alguna a todas esas maniobras. No iba a planear nada para procurar frustrarlas. Ni siquiera iba a pedirle a nadie que votase por él. Si alguien se lo sugería, decía:

—Si quieren votar por mí, votarán por mí. Si no quieren, no lo harán. ¿Qué puedo decirles?

Personas como Mohammad Ali, Tofazzal Ali, el Dr. Malek, Sabur Khan, Anwara Khatun, Badshah Mia, de Faridpur, y Khairat Hussein, de Rangpur, trabajaban a favor de la candidatura del Sr. Suhrawardy. Por otro lado, el contralor del partido, Sr. Mafizuddin Ahmed, trabajaba en secreto a favor del Sr. Nazimuddin. Tan solo el Sr. Fazlur Rahman —también ministro en aquel momento— admitió públicamente que iba a votar por el Sr. Nazimuddin. Lo admiré por su sinceridad. Pensaba que importaba poco lo que hicieran en contra del Sr. Suhrawardy, pues este tenía más votos a su favor que en su contra.

Diecisiete de los diecinueve miembros de la Asamblea del Parlamento llegaron a Calcuta a tiempo para votar. Cuando el Sr. Malek fue a Sylhet para hacer campaña a favor del Sr. Suhrawardy, le preguntaron cuál era la base de su campaña. Él respondió que el punto esencial de la misma era abolir el sistema feudal conocido

como zamindar. Esto creó un efecto opuesto al que Malek deseaba, pues todos eran zamindars, excepto tres. Se alarmaron ante lo que veían como una amenaza. Estaban alojados en el hotel Biltmore. Los habíamos recibido en la estación del tren y transportado hasta el hotel. Esos miembros de la Asamblea Legislativa solicitaron que el Sr. Suhrawardy les reservara tres cargos ministeriales. El Sr. Suhrawardy les respondió:

—No formulo promesas por anticipado. Ustedes recibirán lo que merezcan recibir.

Quienes hacían campaña por el Sr. Nazimuddin, en cambio, habían hecho una promesa concreta. Todos ellos, excepto uno o dos, votaron por el Sr. Nazimuddin, lo que llevó a la derrota del Sr. Suhrawardy.

A las dos de la mañana del día de las elecciones, descansaba yo en el balcón de la casa del Sr. Suhrawardy. El Sr. Malek vino y nos dijo:

—Parece que la situación anda mal. Es una buena idea intentar usar algún dinero para cambiar las cosas.

—Malek —contestó el Sr. Suhrawardy—, Pakistán ha sido creado. No tengo intención alguna de manchar el suelo sagrado de este país ofreciendo sobornos. Prefiero no ser el líder del país, antes que serlo por medio de tácticas corruptas. He hecho lo que debía.

—Lo que usted dice es correcto, desde luego —afirmó el Sr. Malek—. Yo tampoco creo en esas tácticas.

Desde ese día empecé a admirar al Sr. Suhrawardy aún más. El Sr. Suhrawardy murió hace tiempo. El Sr. Malek está aún vivo. Solo nosotros tres estuvimos presentes durante ese diálogo.

Recuerdo haberle hablado al Sr. Suhrawardy, por la mañana, sobre el modo en que la gente del bando contrario había conducido a nuestros miembros de la Asamblea Parlamentaria hasta la casa del Sr. Shahabuddin. Le rogamos que informara a la Liga Musulmana de Calcuta sobre lo sucedido, y que solicitara que los sacaran de allí, pues con un esfuerzo concertado no podrían negarse a ello. El Sr. Suhrawardy sonrió y dijo:

—No hay necesidad de hacerlo. La gente se reirá. Ustedes son muy jóvenes y no comprenden totalmente la situación.

Calcuta aún sufría revueltas. Si hubiese querido, habría podido establecer un toque de queda y posponer las elecciones algunos días, puesto que era aún el primer ministro. Pero no lo hizo, lo que

demostraba que no tenía sed de poder. Nunca quiso aferrarse al poder a cualquier precio. Ciertamente, jamás creyó en la política de las conspiraciones.

La política de Pakistán, sin embargo, se inició con oscuras maniobras. En vida de Jinnah nadie intentó imponer una política conspiratoria de manera pública. En cuanto murió, esas prácticas políticas se volvieron habituales.

En cuanto el Sr. Nazimuddin fue elegido líder, declaró que Daca sería la capital y regresó a esa ciudad junto con sus hombres. No se le ocurrió considerar ni por un momento cuál sería el destino de los indefensos musulmanes de Bengala Occidental. Ni siquiera pensó en las cosas que podía exigirle a Calcuta y que podrían beneficiarnos. Su forma de proceder condujo a la pérdida de lo que debía ser nuestro. Algunos oficiales del gobierno tomaron la iniciativa de luchar por lo que nos correspondía. Lo que pudieron obtener, lo transportaron por vapor y por tren. Eso fue todo. Si hubiésemos obtenido todo lo que nos correspondía en Calcuta, no nos habría faltado nada cuando comenzábamos a trabajar por nuestro nuevo país.

~~~

El Sr. Nazimuddin no consultó a la Liga Musulmana, ni a nadie más sobre la determinación de que Daca fuera la capital. Su actitud implicó que abandonábamos toda reclamación sobre Calcuta. Esto dejaba la decisión de qué hacer con Calcuta en manos de Lord Mountbatten.

Su dilema ha sido descrito en el libro *Mission with Mountbatten*.<sup>22</sup> Los británicos no habían determinado aún si Calcuta sería parte de la India o de Pakistán. Existía también la posibilidad de crear con ella una ciudad abierta, si ninguna solución era factible. El problema emergía del hecho de que, en la ciudad, tanto hindúes como musulmanes estaban a punto de llegar a las manos. En cualquier instante, las revueltas podían terminar en algo peor. Incluso si Calcuta era integrada en la India, existía la posibilidad de que el sector que se extendía hasta la estación de Sealdah fuese parte de Pakistán. Los hindúes estaban dispuestos

---

<sup>22</sup> Escrito por Alan Campbell-Johnson, agregado de prensa de Lord Mountbatten.



a sacrificar ese espacio para mantener a la ciudad misma como parte de la India.

En *Mission with Mountbatten*,<sup>23</sup> se lee que un británico no quiso venir a Calcuta como gobernador de la provincia porque la ciudad era demasiado calurosa en verano. En una carta, Lord Mountbatten le respondió que Pakistán Oriental tiene una de las mejores estaciones de montaña del mundo, que podría quedarse allí si quisiera. Esto indica, sin duda, que Darjeeling iba a ser parte de Pakistán. Sin embargo, la declaración del Sr. Nazimuddin terminó con todo ello.

Cuando Mountbatten comprendió que no tendría lugar ninguna otra disputa se aprovechó de la situación y demarcó las líneas de frontera de modo que la estación de Bongaon, en el sector de mayoría musulmana de Jessore, se convertiría en la frontera sudoeste de Pakistán Oriental. Incluso cuando los musulmanes eran mayoría en el sector de Nadia, Mountbatten entregó Krishnanagar y Ranaghat Junction a la India. De forma parecida, incluso cuando existían más musulmanes que hindúes en Murshibad, le entregó el distrito entero a la India. Dividió al distrito de Maldah, donde vivían tantos hindúes como musulmanes. A pesar de que Dinajpur era en su mayoría musulmán, dividió a Balurghat, de modo que tanto Jalpaiguri como Darjeeling pudiesen ser parte de la India, y Assam tuviese la posibilidad de estar conectado con el resto del país. Todos esos distritos tendrían que haberse incluido en Pakistán. En el oriente, incluso cuando en el referéndum que tuvo lugar allí triunfaron quienes proponían la integración a Pakistán, la subdivisión de Karimganj, de mayoría musulmana, pasó a la India. Creíamos que iban a ceder el distrito de Kachar, en Assam, igual que Sylhet, pero no sucedió. Me entristeció de modo particular la pérdida de Karimganj, puesto que lo había visitado en múltiples ocasiones durante el referéndum.

Todo esto nos enseña que los errores de los líderes los paga la gente. Abandonamos Calcuta, ciudad que se había construido con el dinero de la gente de Bengala Oriental. Creo que esto sucedió porque algunos de los miembros de la Liga Musulmana del centro querían que la ciudad fuese parte de la India. En otras palabras,

---

<sup>23</sup> Campbell Johnson, Alan, *Mission with Mountbatten*, Macmillan Publishing Company, 1985.

habían estado dispuestos a abandonarla incluso antes de que les pidieran hacerlo. Sabían que si el Sr. Suhrawardy era el líder, no habrían podido cristalizar sus planes fácilmente. Por este motivo usaron subterfugios para lograrlo. Si Calcuta se incorporaba a Pakistán, el país no tendría más remedio que convertirla en su capital, pues la gente de Bengala Oriental podía afirmar que estaban en mayoría y que la ciudad era la más importante de la India entera. Calcuta había sido ya la capital de la India durante la primera etapa de la dominación británica.

~~~

El Sr. Hashim solía administrar la imprenta Millat, de la que era dueña la Liga Musulmana. Había que decidir el futuro de la imprenta. El Sr. Hashim había contraído deudas con anterioridad y no había dudado en vender una de las máquinas para pagarlas. Hizo que el Sr. Shamsul Huq viniese de Daca, y le dijo:

—Muchos de los miembros del partido van a mudarse a Daca, pero yo no quiero vivir en Pakistán. Transporte usted la imprenta a Daca, lleve con usted al equipo que trabaja conmigo, de modo que el trabajo no se detenga.

El Sr. Huq discutió la situación con nosotros y se decidió que la imprenta sería instalada en las oficinas de la Liga Musulmana en Daca, en el número 150 de la calle Mughaltuli.

Publicaríamos *Millat* de nuevo y cada uno de nosotros sería responsable de coordinar una sección. El Sr. Huq vino a Daca para cuidar de todos los detalles. Pero cuando volvió a Calcuta y se entrevistó con el Sr. Hashim, se encontró con que este había cambiado de parecer. Había convencido a los trabajadores de la imprenta para que se quedaran en Calcuta. Les dijo entonces:

—En vista de que han decidido permanecer aquí, la imprenta debe quedarse también. ¿Cómo van a sobrevivir de otra manera en esta ciudad? Los que son nativos de los lugares de Bengala que han pasado a manos de Pakistán no necesitarán trabajar aquí, porque ese país es ahora una realidad y regresarán a él. Los trabajadores de Calcuta pensaron que era una buena idea. Cuando el Sr. Huq escuchó eso, regresó a Daca sin decirles nada.

Entonces no veía al Sr. Hashim con frecuencia. Él no confiaba mucho en mí porque pensaba que era un partidario incondicional

del Sr. Suhrawardy. Por mi parte, no me gustaba nada la manera en que se comportaba respecto del Sr. Suhrawardy. En mi opinión, lo había traicionado.

Un día el Sr. Nuruddin, Nurul Ahmad y Kazi Idris me pidieron que fuera a verlos a un restaurante bengalí que estaba cerca de donde yo vivía. Me dijeron:

—Ha ocurrido algo malo. El Sr. Hashim tiene pensado vender la imprenta. Tú sabes que la compramos por suscripción. ¿Cómo vamos a poder mirar a la gente a la cara si dejamos que la venda?

—¿Qué puedo hacer para evitarlo? —pregunté.

—Puedes oponerte a la venta.

—¿Por qué debería hacerlo yo? —objeté—. Voy a ir a Pakistán. No sé cuándo regresaré a Calcuta. ¿Por qué debo exponerme? Ustedes fueron parte del grupo del Sr. Hashim, ustedes ya no me consideran su amigo desde hace mucho. ¿Por qué debo intervenir?

—Si tú te opones, él no se atreverá a intentarlo.

—Está bien, se lo pediré —dije finalmente.

Al día siguiente fui a la imprenta Millat para hablar con el Sr. Hashim. Mis colegas estaban en la habitación contigua, escuchando con atención nuestro diálogo. Yo comencé con amabilidad, diciendo:

—Según tengo entendido, pretende usted vender la imprenta.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —respondió—. Tiene pérdidas todos los meses. Y, en todo caso, ¿quién va a administrarla ahora?

—Khondokar Nurul Alam ha trabajado todo este tiempo como administrador. Si usted la vende para intentar acabar con los gastos, ¿cómo van a vivir los trabajadores de la imprenta? Pedimos donaciones a toda Bengala para poder comprarla. Si se vende, todo el mundo nos criticará.

—¡Tengo que venderla! —exclamó el Sr. Hashim—. De lo contrario, ¿cómo pagaré las deudas?

—Usted ya vendió parte de la imprenta hace unos meses. ¿No fue ese dinero suficiente para pagar las deudas?

Él estaba furioso y yo también había montado en cólera. Lo dejé, después de afirmar que impediría cualquier intento de vender la imprenta, y que me aseguraría de que nadie ofreciese nada por ella. El Sr. Hashim se puso furioso al oír eso. Al día siguiente, mis amigos de la imprenta vinieron y me dijeron que el Sr. Hashim había dejado de comer, y que repetía una y otra vez:

—Mujib me ha insultado.

Me pidieron que fuera allí y que le dijera que haríamos lo que él pensara más conveniente. Me negué.

Me reunía con frecuencia con el Sr. Suhrawardy. A veces acudía con él a las asambleas, sobre todo a aquellas pensadas para restaurar la armonía comunal. Un día le conté el incidente que había tenido con el Sr. Hashim. El Sr. Suhrawardy se molestó conmigo. ¿Por qué había sido irrespetuoso con el Sr. Hashim? Su reacción demuestra lo generoso que era. Fui a ver al Sr. Hashim y me disculpé. Le dije que no debería haberlo tratado de esa manera, y que podía hacer lo que considerase más adecuado ya que él iba a quedarse en Calcuta, mientras que yo iba a regresar a mi hogar en Pakistán. El Sr. Hashim aceptó mis disculpas y se alegró por ello. Podía no estar de acuerdo con sus decisiones, pero nunca se me olvidó que fue precisamente él quien me enseñó los principios fundamentales de la política. Si en algún momento de mi vida he cometido un error o he infligido un daño, nunca he tenido problema alguno en aceptar mi error y en expresar mi arrepentimiento. En el momento en el que he comprendido que estaba equivocado, de inmediato he buscado corregir mi acción. Todos cometemos errores. Uno de mis defectos era que solía enfurecerme en ocasiones. Sin embargo, también solía calmarme muy rápidamente.

También hay gente que piensa sin cesar en lo que debe hacer. Demoran sus decisiones tanto que, antes de que se den cuenta, el tiempo que necesitaban para la acción ya ha pasado y no pueden hacer nada de lo que se propusieron. Esa gente nunca termina de decidirse entre el “¿debo hacerlo?” y el “¿no debo hacerlo?”, y jamás logran ningún objetivo. Cuando yo decido hacer algo, lo hago. Si luego descubro que me equivoqué intento corregir el rumbo. Actúo así porque sé que solo quienes actúan cometen errores. La gente que nunca hace nada es aquella que está libre de equivocaciones.

~~~

Durante este periodo tuve la suerte de acompañar al Sr. Suhrawardy a un buen número de lugares. Él trabajaba mano a mano por entonces con Mahatma Gandhi para intentar establecer armonía entre hindúes y musulmanes. En ese tiempo, los musulmanes sufrían ataques con frecuencia. Un domingo por la mañana fui a la casa del Sr. Suhrawardy. Él me dijo:

—Vamos a Barrackpur. Las cosas no van bien por allí. Mahatma Gandhi también va a ir.

Le dije que iría. Subimos a su automóvil y llegamos a Narkeldanga. Allí estaban el Sr. Mahatma, Manu Gandhi, Abha Gandhi, su secretario y algunos líderes del Partido del Congreso. Nos dirigimos todos hacia Barrackpur. Miles de personas se congregaban a ambos lados del camino, coreando ‘¡Larga vida a Gandhiji!’. Cuando llegamos a Barrackpur, nos dimos cuenta de que todo estaba arreglado para una gran asamblea pública. Gandhi no hablaba en público ni daba discursos en domingo. Manu Gandhi y Abha Gandhi recitaron el Alhamdulillahu (Sura al Fatiha) y el Kulthu Allahu (Sura al Ikhlas), dos suras del Corán. Luego cantaron dos himnos religiosos hindúes. El Mahatma había escrito algo apropiado para la ocasión. Su secretario leyó el texto, que dejó claro que aquel hombre era un mago. La gente, de inmediato, empezó a gritar: ‘los musulmanes y los hindúes son hermanos’. La atmósfera cambió instantáneamente.

Dos días más tarde celebraríamos el Eid. Los musulmanes tenían sus dudas y se preguntaban si debían o no organizar la plegaria pública. El Mahatma anunció que, si se daba otro motín y si alguien atacaba a los musulmanes, él comenzaría a ayunar. En los barrios hindúes la gente salía a la calle coreando frases como: ‘No maten a los musulmanes, Bapuji comenzará a ayunar si lo hacen. Los hindúes y los musulmanes son hermanos’. El Eid pasó sin que se produjesen incidentes. Junto con Yakub, el fotógrafo amigo mío, decidimos que le haríamos un regalo al Mahatma. Yakub dijo:

—¿Recuerdas cuando estuvimos en Bihar y yo tomé fotografías de las revueltas?

—Sí —contesté.

—He visitado toda Calcuta tomando fotografías. Tú probablemente no sabes que conservo una copia de cada una de esas imágenes. ¿Qué te parece si seleccionamos algunas de esas fotografías y se las regalamos al Mahatma?

Le dije que era una idea excelente y nos pusimos a hacer una selección de fotos de inmediato. El resultado fue una colección que empaquetamos de modo que abrir el paquete llevase al menos diez minutos. La idea era entregar ese ‘presente’ al Mahatma y desaparecer.

Entre las fotografías que seleccionamos había algunas en las que podía observarse a mujeres musulmanas cuyos pechos habían sido cortados, bebés que habían sido decapitados, mezquitas en llamas, cadáveres tirados por las calles, y muchas otras terribles escenas causadas por las revueltas. Queríamos que el Mahatma fuese testigo de los crímenes de los que su gente había sido culpable, y de cómo habían asesinado a inocentes.

Algo más tarde llegamos a la residencia del Mahatma, en Narkeldanga. Anunciamos que habíamos acudido a saludarlo porque se celebraba el día del Eid. Se nos condujo a su presencia. El Mahatma nos ofreció manzanas. Le entregamos el paquete. Él lo aceptó graciosamente. No parecía molestarle que fuésemos extraños. Sin embargo, nos dimos cuenta de que su nieta, Manu Gandhi, podía reconocernos, puesto que nos había visto sentados en el escenario, junto al Sr. Suhrawardy, en Barrackpore. Nos marchamos tan pronto como nos fue posible. El Sr. Suhrawardy no estaba en la ciudad por entonces. No me cabe ninguna duda de que las fotografías que entregamos al Mahatma causaron en él una profunda impresión. Más tarde, le informé al Sr. Suhrawardy sobre lo que habíamos hecho.

No nos era posible continuar viviendo en Calcuta. Muchas personas ya habían sido arrestadas. Habían registrado la casa de Zahiruddin. Si nos encarcelaban, no tendrían misericordia. Lo mejor era dejar Calcuta. Pero teníamos un problema. Administraba, junto a mi cuñado Abdur Rab Serniabat, un restaurante en Park Circus. Él se había marchado a su pueblo, junto con mi hermana y mi esposa Renu, y todavía no tenía pensado retornar a la ciudad. Yo estaba demasiado ocupado como para cuidar del restaurante, con lo que el regente que empleábamos se estaba embolsándose las ganancias. Decidí telegrafiar a mi cuñado, pidiéndole que regresara. Yo dejaría Calcuta a su retorno.

Fui a ver al Sr. Suhrawardy para decirle que me marchaba. Me sentía muy triste ante la idea de dejarlo en Calcuta. Me preguntaba continuamente, ¿durante cuánto tiempo podrá el Mahatma proteger al Sr. Suhrawardy? Ya había sufrido varios atentados. Los hindúes estaban empeñados en deshacerse de él. Habían colocado una bomba en su automóvil, lo que provocó que se incendiase frente a la Universidad de Ciencias. No sé cómo, pero pudo sobrevivir a ello.

Le dije:

—Señor, marchémonos a Pakistán. ¿Qué sentido tiene quedarse aquí?

—Me iré finalmente —contestó él—, pero ¿cómo puedo abandonar ahora a los musulmanes que van desarmados y dejarlos, sin intentar ayudarlos de alguna manera? ¿No sabes lo horrible que es la situación a lo largo y ancho de la India? Las noticias hablan de revueltas por todas partes. Los demás líderes se han marchado. Si yo me voy, no quedará nadie que los ayude. Cuando tú llegues a Pakistán, intenta generar armonía entre las comunidades. Si se producen conflictos en Pakistán Oriental, será catastrófico. Intenta que los hindúes no abandonen Pakistán. Si se ven forzados a marcharse y vienen aquí en calidad de refugiados, eso causará muchos problemas y veremos un éxodo de musulmanes que se dirigirá hacia Bengala Oriental. Si todos los musulmanes de Bengala Occidental, Bihar y Assam se marchan a Bengala Oriental, será muy difícil proteger a Pakistán, especialmente a Bengala Oriental. Sé muy bien que no será posible cuidar de tanta gente. Por el bien de Pakistán, no permitas que ocurran revueltas en Pakistán.

Yo le dije:

—Debo ir a Daca, puesto que Shamsul Huq quiere que me presente allí. Están organizando una reunión de todos los miembros de partidos políticos en la ciudad. Regresaré más tarde y, antes de irme, lo veré de nuevo.

—Hazlo, por favor —contestó.

Nuruddin no viajó conmigo porque debía presentarse a sus exámenes de licenciatura. Quería regresar tan pronto como sus exámenes terminasen. Sin embargo, otros problemas se lo impedían. Su esposa estudiaba Medicina en la Universidad y debía esperar a que ella concluyese sus estudios antes de regresar.

~~~

Por ese entonces yo me preguntaba: Una vez que hemos logrado la creación de Pakistán, ¿qué más podemos querer? Pensé también en irme a Daca, inscribirme en un curso de Derecho y concentrarme en mis estudios por un tiempo. Intentaría que los miembros de la Liga Musulmana se ocupasen de evitar las revueltas.



Me hospedé con mis padres y con mi esposa durante algunos días, y en septiembre viajé a Dacca. No conocía la ciudad, pues solo la había visitado una o dos veces. No tenía ni idea de dónde vivían mis familiares que trabajaban en la ciudad. Decidí que me quedaría en la oficina de la Liga Musulmana, en el número 150 de la calle Mughaltuli. Shawkat Mia, un antiguo compañero de partido y buen amigo, solía ocuparse de ese edificio. El Sr. Shamsul Huq también vivía allí. El Sr. Huq convocó una reunión de miembros de nuestro y de otros partidos, para discutir la situación política. Él me había avisado con antelación de la reunión. Gracias a ello, llegué unos días antes de que tuviese lugar. Tomé una *tanga* hasta la oficina. El hombre que la conducía sabía dónde quedaba la oficina y me pareció que su precio era razonable. Había escuchado muchas historias sobre los precios exorbitantes que pedían los cocheros en Dacca y por eso me complació encontrar una excepción. El Sr. Huq y el Sr. Shawkat se alegraron mucho al verme llegar. De hecho, el Sr. Shawkat estaba tan contento con mi llegada que todo le parecía poco para ayudarme. Tenía una habitación que no utilizaba, y me la dio. Por entonces solíamos tratarnos todavía de un modo formal.

La conferencia se iba a celebrar tres o cuatro días más tarde. Los delegados iban llegando procedentes de varios distritos. Muchos de ellos se alojarían con nosotros, en el edificio de la oficina del partido. El Sr. Shamsul Huq me dijo:

—No tenemos espacio aquí, y no sabemos todavía dónde se celebrará la conferencia. Al gobierno no le gustan nuestros planes. Está intentando boicotear la reunión y crear tantos obstáculos como sea posible.

—¿Cómo es posible que se nos empiece a ignorar tan pronto?  
—le pregunté.

—Así es el mundo —dijo sonriendo.

Por la tarde, el Sr. Huq se reunió con nosotros para discutir la agenda de la conferencia. Decidimos que organizaríamos un frente juvenil, para prevenir la dispersión de nuestros estudiantes más jóvenes.

Le dije al Sr. Huq:

—Podemos crear un frente de jóvenes, pero deberíamos considerar cuidadosamente si queremos que estén involucrados en asuntos políticos. Aún somos miembros de la Liga Musulmana.

Tenemos que regirnos por sus principios.

—No vamos a hacer del frente una maquinaria política — respondió el Sr. Huq.

El Sr. Huq se puso a buscar un sitio adecuado para la reunión. Al final se decidió que se haría en la casa del vicepresidente de la municipalidad, Khan Shaheb Abul Hasnat. Su residencia tenía un enorme patio y un gran vestíbulo. Fue la única persona que tuvo la valentía de ofrecer un espacio.

La conferencia comenzó. El Sr. Ataur Rahman Khan y el Sr. Kamruddin intentaron ayudarnos para que fuese un éxito. Yo conocía muy bien al Sr. Kamruddin, pero era la primera vez que trataba con el Sr. Ataur Rahman Khan.

Al final de la primera sesión creamos un comité de asuntos a discutir. Durante el curso de la reunión se hizo evidente que algunos comunistas se habían unido a nosotros. Empezaron a dar sus opiniones abiertamente. La primera decisión que tomamos fue la de organizar un frente juvenil en el que podría participar todo el mundo. La idea, sin embargo, era mantenerlo tan alejado de la política como fuese posible. Sería una organización de tipo cultural. Se llamaría Liga de la Juventud Democrática. Declaré que su único objetivo iba a ser el promover la armonía entre las comunidades, para evitar revueltas y el correspondiente éxodo de los hindúes de nuestro país.

Muchos de los delegados apoyaron mi propuesta. Sin embargo, los delegados de tendencia comunista sostuvieron que debíamos hacer más. Propusieron, por ejemplo, que debíamos impulsar planes de desarrollo económico. Puntualizamos que eso le daría un matiz político a la iniciativa.

Después de muchas discusiones determinamos que formaríamos un subcomité que crearía un programa detallado y que sería presentado ante el consejo ejecutivo de la Liga de la Juventud Democrática. Ese cuerpo tendría derecho a considerar el programa: aceptarlo o rechazarlo. El subcomité estaría conformado por diecisiete miembros, con la posibilidad de aumentar el número en caso de que fuese necesario.

Podíamos anticipar que lograría la mayoría la gente que estaba de nuestro lado. Algunos miembros de tendencias marxistas también se incorporaron al comité. Pocos días más tarde, el primer borrador fue sometido a la consideración del comité ejecutivo del consejo.

Era un documento que equivalía a un manifiesto de partido. Me opuse frontalmente a que se adoptase el borrador, pues consideraba que el comité no tenía entre sus poderes crear un documento de esa amplitud. Declaré que, en ese momento, no teníamos ningún otro objetivo más que asegurar la armonía entre las comunidades. Habían transcurrido tan solo dos meses desde la independencia. Era impropio intentar imponer más demandas. A la gente no le iba a gustar algo así. En ese preciso momento, los líderes comunistas empezaron a difundir sus planes:

—No hemos alcanzado la verdadera liberación. Tan solo la lograremos a través de un programa revolucionario.

Los colegas comunistas habrían apreciado que incorporásemos ese objetivo en nuestro programa. Sin embargo, si adoptábamos sus ideas, perderíamos la confianza de la gente, y nosotros mismos perderíamos aquello que nos era más precioso en esos momentos: la armonía entre comunidades. La resolución no fue adoptada en la primera reunión, puesto que teníamos mayoría. Sin embargo, cuando el Sr. Huq comenzó a posicionarse más neutralmente, nos encontramos en una posición más precaria.

~~~

Tuve que viajar a Calcuta. Necesitaba saber si el restaurante del que era copropietario con mi cuñado había sido vendido o no. Necesitaba encontrar el modo de intercambiarlo con algún negocio en Dacca. Al llegar a Calcuta, supe que el Sr. Rab, mi cuñado, lo había vendido al fin. Me alegré mucho. Fui a ver al Sr. Suhrawardy, que acababa de regresar de un viaje por Punjab Oriental, Delhi, Jaipur y Alwar. Había llegado muy afectado, pues en todos esos lugares presencié revueltas violentas. Él era el único líder musulmán de la India o de Pakistán que había tenido el valor de ir y de atestiguar directamente lo que allí sucedía. Al verme, se alegró mucho.

Me dijo:

—Los musulmanes de Bengala Oriental somos un pueblo civilizado. Sin embargo, los hindúes están emigrando y van a causar problemas aquí. Iré a Bengala Oriental pronto, y hablaré en algunas reuniones para evitar que más hindúes se marchen del país.

Decidió que lo consultaría con el Sr. Nazimuddin en Dacca, y que entonces iría a Barisal para participar en una asamblea pública.

Regresé a Dacca. Había una enorme asamblea organizada en Barisal. El Sr. Suhrawardy se hospedaba siempre con el Sr. Nazimuddin en sus viajes a Dacca, y en esta ocasión también lo hizo. Fuimos a Barisal en un vapor. Prafulla Chandra Ghosh, de Calcuta, lo acompañaba en este viaje. La asamblea en Barisal se inició durante la tarde. Yo estaba sentado junto al Sr. Suhrawardy. Cuando iba a empezar mi discurso, alguien me entregó un pedazo de papel. El Sr. Rab, mi cuñado, había escrito en él: "Tu padre está muy enfermo y cerca de la muerte. Están intentando comunicarse contigo desde hace tiempo. Si quieres verlo, debes dirigirte hoy mismo a casa. Helen (mi hermana más joven) ha partido ya". Le leí el mensaje al Sr. Suhrawardy, que me ordenó que partiese hacia casa de inmediato. Me despedí de él.

Tan pronto como bajé de la plataforma vi al Sr. Rab esperándome. Me preguntó si había recibido su mensaje. Le dije que había llegado a mis manos la noche anterior. Me dijo que mi hermana Helen se había marchado ya, y que él me esperaba para ir juntos. Salimos directamente de la estación al muelle, para tomar un vapor que salía en media hora. Si lo perdíamos, deberíamos esperar hasta la noche siguiente.

Subimos al vapor. Pasé la noche entera pensando todo tipo de cosas. Yo era el hijo mayor de mi padre. No sabía mucho sobre la administración de la familia. Pensé que mi conducta había sido un poco inconsciente y que le había hecho daño de muchas formas. Sin embargo, él jamás me había rechazado. Todos los padres aman a sus hijos, todos los hijos aman y respetan a sus padres. Me es imposible expresar cuán profundo fue el afecto de mi padre por mí, ni cuán intenso fue mi afecto por él.

El vapor llegó por la mañana a la estación de Patgati, que se encontraba tan solo a dos millas y media de nuestra casa. Le pregunté al jefe de estación y a algunas personas más si sabían algo sobre mi padre. Todos me dijeron que estaba muy enfermo. Dejé mi equipaje al jefe de estación, y me dirigí a casa a pie, ya que si tomaba el vapor me llevaría demasiado tiempo. Cruzé el río Modhumoti y varios campos de cultivo, sin preocuparme de seguir estrictamente el camino. No me importó caminar a través

de cultivos de arroz. Cuando finalmente llegué a casa, me enteré de que mi padre era víctima del cólera. Estaba muy mal. El médico aseguraba que ya no podía hacer mucho más por él. Lo llamé 'Abba'.<sup>24</sup> Él abrió los ojos y me miró. Las lágrimas empañaron sus ojos. Yo empecé a llorar también. Inesperadamente pareció animarse un poco. El médico apreció que estaba respirando mejor y que su estado en general también mejoraba. El médico nos dijo que no debíamos preocuparnos. La retención de orina que lo afectaba desde hace mucho se alivió. El momento más grave de la enfermedad parecía haber pasado. Un poco más tarde, el médico nos dijo que, como ya podía evacuar la orina, no había razones para temer lo peor. Después de pasar la noche entera con el enfermo, el médico se marchó. Nos aseguró que estaba ya fuera de peligro, y que nos visitaría de nuevo durante la tarde. Me quedé en nuestro poblado durante unos días más. La condición de mi padre mejoraba poco a poco. Los hijos que pierden el afecto de sus padres son los seres más miserables de la tierra. ¿Quién puede ser más afortunado que el hijo que tiene la bendición de sus padres?

~~~

Regresé a Dacca y me matriculé en su Universidad, decidido a estudiar Derecho. Compré algunos libros. En Dacca me enteré de que había habido una reunión de la Liga de la Juventud Democrática. El comité ejecutivo había admitido nuevos miembros, y su número se había incrementado de diecisiete a treinta y cuatro. La razón esencial era la de dejarnos en minoría, eso estaba claro. Muchos de nosotros ni siquiera recibimos noticia alguna de la reunión en la que se sumaron los nuevos miembros. El diario *Ittehad*, de Calcuta, en el que se publicaban esa clase de noticias no contenía ninguna al respecto. Me mostré crítico con lo sucedido, cuestionando el hecho de que diecisiete miembros hubiesen incorporado a otros diecisiete miembros.

Solicité que se convocase otra reunión. Unos días más tarde, me enteré de que se había convocado ya. Tendría lugar en Mymensingh. Todos lo sabían, menos yo. Lo supe tan solo gracias a Aziz

---

<sup>24</sup> N. de la T., "Abba", en bengalí, término utilizado para designar afectuosamente al padre.

Mohammad, de Noakhali, quien era por entonces el secretario de la Liga Musulmana de la ciudad de Dacca. Él me dijo que la reunión tendría lugar al día siguiente, a las nueve de la mañana. Descubrimos que tres miembros del comité estaban ya en Dacca –el Sr. Aziz, el Sr. Shamsul Huda (hoy en la Convención de la Liga Musulmana) y yo–. Decidimos que asistiríamos a la reunión y que nos opondríamos a sus maniobras. Pero no tuvimos tiempo para convocar a los miembros de otros distritos que nos habrían ayudado. Dejamos Dacca esa misma noche, ya que solo había un tren nocturno a Mymensingh. Llegamos a las tres de la mañana, y esperamos en la estación hasta que amaneció. El Sr. Huq no aparecía por ninguna parte y no asistió a la reunión.

Cuando llegamos a la reunión, cuestionamos su validez. ¿Por qué muchos de nosotros no habíamos sido convocados? ¿Cómo habían podido redactar un manifiesto sin considerar nuestra opinión? Solicitamos que se convocase otra reunión, que tendría lugar en Dacca, para discutir el manifiesto y establecer si podía adoptarse o no. Insistimos en que no era correcto adoptarlo a la ligera, en la reunión en Mymensingh. Además, no podíamos unirnos a ningún partido político, porque éramos todos miembros del Consejo de la Liga Musulmana. Discutimos con ellos durante mucho tiempo sobre ese tema.

Finalmente, cuando comprendimos que no aceptarían de ninguna manera nuestro punto de vista, y que todos ellos eran comunistas o tenían simpatías por el comunismo, decidimos que no teníamos otra opción que la de abandonar la reunión. Antes de hacerlo, expresamos de la manera más clara posible que ningún miembro de la Liga Musulmana tomaría parte en la conspiración que organizaban. La Liga de la Juventud dejaba de existir desde ese momento. Les dijimos que sabíamos con exactitud que eran muy poderosos y populares. Les prohibimos también usar nuestro nombre en cualquier proyecto que emprendieran.

Retiramos el cartel que se había colocado en la oficina de la Liga Musulmana, en Mughaltuli, con el nombre de la Liga de la Juventud. Para entonces habían imprimido ya su manifiesto e incluso habían dejado ejemplares en la oficina de la Liga. Shawkat Mia, quien administraba el edificio, les ordenó que se llevasen todo lo que perteneciese a la Liga de la Juventud. Sin embargo, ¿quién iba a hacerlo? Nadie apareció para hacerse responsable

de ese material. La policía registró la oficina. Nuestro nombre, según parece, figuraba impreso en sus libros. El edificio número 150 de la calle Mughaltuli, desde donde se había dirigido el movimiento por la creación de Pakistán en esta región, estuvo desde entonces bajo vigilancia. Los oficiales de la división especial de la policía nos investigaban en secreto. Éramos culpables de admirar al Sr. Suhrawardy. A pesar de todo, seguimos trabajando para mantener la armonía entre las comunidades.

Manik Mia era por entonces secretario de *Ittehad*, el diario de Calcuta. Necesitábamos dinero desesperadamente para financiar nuestras actividades. ¿Quién nos ayudaría a conseguirlo? Yo podía pedirle dinero a mi familia para financiar mis estudios, pero no para mis actividades políticas. Aun así, estaba en mejor situación que otros amigos, porque era el representante en Pakistán Oriental de *Ittehad*. Solía recibir trescientas rupias al mes por ese trabajo, que implicaba recaudar dinero de las agencias de distribución, asegurarse de que el diario se vendía y contactar con nuevos distribuidores para incrementar la circulación. No trabajé en ello durante demasiado tiempo, aunque era un trabajo fácil. El dinero que ganaba, junto con el que me enviaban mis padres, era suficiente para mí.

La Liga de Estudiantes Musulmanes de Bengala cambió su nombre por el de Liga Nacional de Estudiantes Musulmanes de Pakistán Oriental. Shah Azizur Rahman continuó trabajando como su secretario general. Sin embargo, en lugar de reunirse en público en Daca, lo hacían secretamente en un lugar del que nadie tenía noticia. La mayoría de los miembros del comité ejecutivo ya no eran estudiantes, pues se habían graduado años antes: la elección en la que habían sido nominados se celebró en 1944. No teníamos conocimiento alguno de ese comité. Muchos estudiantes de la Universidad Islamia de Calcuta y de otros distritos se habían matriculado en la Universidad de Daca. No estaban involucrados en esa organización. Yo empecé una serie de reuniones con los miembros de la Liga de Estudiantes. Entre quienes estaban de acuerdo con que necesitábamos una nueva organización se hallaban Aziz Ahmed, Mohammad Toaha, Oli Ahad, Abdul Hamid Chowdhury, Dabirul Islam, Naimuddin, Mollah Jalaluddin, Abdul Rahman Chowdhury, Abdul Matin Khan Chowdhury y Syed Nazrul Islam.



El 4 de enero de 1948 convocamos una reunión en el salón de asambleas de Fazlul Huq Muslim Hall. Allí decidimos formar un nuevo frente estudiantil. Lo llamaríamos la Liga de Estudiantes Musulmanes de Pakistán Oriental. Naimuddin fue nombrado primer coordinador. Oli Ahad, sin embargo, decidió que no quería formar parte de la Liga, pues sentía que ya no podía pertenecer a una organización que fuese parcial en el aspecto religioso. Estaba interesado tan solo si el nombre se cambiaba por Liga de Estudiantes de Pakistán Oriental. Intentamos persuadirlo con argumentos como:

—Todavía no es el momento adecuado para ese nombre. Debemos tener en cuenta la situación política y el ambiente social. El nombre, en sí mismo, no es importante. Si aplicamos nuestros principios, podremos cambiarlo dentro de algunos meses. Necesitamos tiempo para cambiar la mentalidad de la gente, incluso de aquella que ha adquirido una educación, y hacer que abandonen la actitud que los llevó a participar en el movimiento en pro de Pakistán.

La oficina de nuestra organización estaría localizada en el número 150 de la calle Mughaltuli. Los líderes de la Liga Musulmana intentaron varias veces apoderarse de la oficina, pero no lo lograron en ninguna ocasión, gracias a la intervención de Shawkat Mia. Colocamos un letrero en el que se leía ‘Campo de los Miembros de la Liga Musulmana’, para que supieran que nuestra intención era permanecer allí. Fue en ese lugar donde la Liga de Estudiantes Musulmanes de Pakistán Oriental empezó a funcionar. Shawkat Mia consiguió el mobiliario necesario. Por aquel entonces no habríamos podido lograr nada sin su ayuda. También nos proporcionaba comida y alojamiento. Le pagábamos todo lo que podíamos a cuenta de nuestros gastos diarios. Cuidaba de nosotros con esmero.

La respuesta a la creación de la Liga de Estudiantes fue avasalladora. En menos de un mes creamos comités en casi todos los distritos de la provincia. Si bien Naimuddin era el coordinador, fui yo quien acabó ejecutando la mayor parte de su trabajo. Tuve la fortuna de contar con unos pocos amigos verdaderamente abnegados. En ese momento, el gobierno apoyaba abiertamente a la Liga Nacional de Estudiantes Musulmanes de Pakistán Oriental. Al menos no nos habían convertido aún en el blanco de las actividades de la policía secreta.

En esos días, Khawaja Nazimuddin dio órdenes para que se disolviese la Guardia Nacional de la Liga Musulmana. Mizra Golam Hafiz, Zahiruddin y algunos otros se opusieron a esa medida, pues esa organización había trabajado en la creación de Pakistán, y ahora trabajaba para estabilizar el estado en ciernes. Su objetivo era intentar resolver los problemas causados por la falta de trabajadores especializados en la red ferroviaria, en ayudar cuando se producían incidentes contra la ley y el orden, y otros asuntos similares. Miles de personas trabajaban para la Guardia Nacional. Cuando fue disuelta, esas personas se sintieron frustradas al no poder formar parte de las actividades de construcción de la nación. Los líderes de la Guardia Nacional organizaron una reunión y decidieron que continuarían manteniendo la institución en funcionamiento. Zahiruddin fue nombrado jefe de la misma. Por ello, poco después de llegar a Daca fue arrestado en la oficina de Mughaltuli, conforme al Acta de Seguridad Pública.

Debe mencionarse aquí que la oficina de la Guardia Nacional también se hallaba en Mughaltuli, en un espacioso edificio de tres pisos. A pesar de que Zahiruddin fue liberado después de permanecer en prisión durante seis u ocho semanas, muchos líderes estaban atemorizados. No sé lo que el Sr. Nazimuddin le dijo al Sr. Mohajer –el hombre que se encargaba de la Guardia Nacional de Bengala–. El Sr. Mohajer publicó una declaración en los periódicos diciendo que, tras la independencia del país, la Guardia Nacional ya no era necesaria. Al no utilizar una organización tan eficiente durante el desarrollo de la nación, el gobierno causó un perjuicio a los intereses de ésta última. Muchos miembros de la organización habían hecho enormes sacrificios para de la creación de Pakistán. En algunos casos, sus labores superaban a las de los líderes. Ciertas personas me preguntaban una y otra vez:

—¿De dónde sacaremos el dinero para ofrecerles trabajo?

Pero esa gente no quería ganar dinero. Habían trabajado, mes tras mes, casi gratuitamente. El gobierno pudo haberlos incorporado gradualmente en los batallones Ansar.<sup>25</sup> Muchos de ellos habían recibido un completo entrenamiento de defensa civil. Por todo ello nos resultaba muy difícil comprender la actitud de nuestros líderes en ese caso. La Guardia Nacional no recibía salarios.

---

<sup>25</sup> Fuerza civil, de carácter paramilitar, que poseía deberes similares a los de la Guardia Nacional.

El gobierno se equivocó al no utilizar para la construcción de Pakistán el entusiasmo de los miembros de la Guardia Nacional y de la Liga Musulmana.

La gente común y corriente, al igual que los empleados del gobierno, trabajaban día y noche por la novísima nación. Sé que, en algunas instancias, un solo burócrata hubo de efectuar el trabajo de una oficina entera. Conocí un caso en el que un solo jamadar y un guardia trabajaron con empleados de la Liga para mantener la ley y el orden en una thana entera.<sup>26</sup> Por arte de magia, los síntomas de corrupción desaparecieron.

Pero, poco a poco, la situación empezó a deteriorarse de nuevo a causa de las políticas del gobierno. El gobierno no parecía saber cuál era la manera más apropiada de canalizar la energía de un país que, muy recientemente, había emergido de la inercia para iniciar la edificación de una nación. Miles de trabajadores empezaron a dispersarse sin contar con una misión definida. Había mucho por lograr y muchos podían ayudar, colaborando en lo que fuese necesario, pero no existía un plan o una guía que diese sentido a sus labores.

La razón esencial de ese fracaso residía en la actitud de las personas que encabezaban el gobierno: –no confiaban en las masas y no tenían ningún tipo de contacto con ellas. Los hombres que sostenían las riendas de la administración en la provincia habían trabajado en connivencia con los británicos. Como recompensa habían recibido los títulos que ostentaban– ‘Sir’, ‘Khan Bahadur’, ‘Khan Shaheb’ y otros. Después de la independencia, confiaban completamente en los burócratas de la era británica que se limitaban a hacer exactamente lo que sus jefes les ordenaban. Hay numerosas pruebas que atestiguan que esos burócratas oprimieron y suprimieron a los abnegados trabajadores que se sacrificaron por la independencia, para satisfacer a sus amos británicos y obtener ascensos.

Poco después de la independencia, los lacayos del gobierno fueron ascendidos rápidamente y se intoxicaron con ese éxito. Los “Sirs” y los “Khan Bahadurs”, por su parte, se transformaron en sus marionetas. Esa gente no tenía la mentalidad adecuada que se necesitaba para crear una población autosuficiente dentro

---

<sup>26</sup> N. de la T. *Jamadar*, funcionario subalterno en oficinas gubernamentales del subcontinente indio.

de un país independiente. No sabían cómo ganarse la confianza de las masas. Por el contrario, con el fin de consolidar su poder, empezaron a maniobrar para apoderarse del control de la Liga Musulmana, de modo que, poco tiempo después de la independencia, el partido mismo se hallaba dividido. Una parte continuaba trabajando en la India, bajo el nombre de Liga Musulmana Nacional de la India. La otra parte se conocía como la Liga Musulmana de Pakistán.

Cuando Muhammad Ali Jinnah se convirtió en el gobernador general de Pakistán no pudo continuar en su cargo como presidente de la Liga Musulmana. Por este motivo, la responsabilidad de encabezar la Liga Musulmana recayó en Chowdhury Khaliqzaman. La Liga decidió disolver la Liga Musulmana de Pakistán Oriental y formar un comité apropiado para administrarla. A pesar de que Punjab había sido dividido, igual que Bengala, nadie creyó necesario disolver la Liga Musulmana de esa región. La Liga Musulmana de Sind y la de la Frontera no fueron divididas. Tan solo la de Pakistán Oriental tuvo que partirse en dos, porque había en ella demasiados partidarios del Sr. Suhrawardy. Tras la ruptura, los organismos fueron reconstituidos con partidarios de Nazimuddin. El Maulana Akram Khan fue elegido el jefe de la de Pakistán.

Pronto logramos que ciento doce miembros del consejo firmasen una petición para discutir la situación en una reunión. Entre las personas que firmaron la petición estaban Mohammad Ali, Tofazzal Ali, el Dr. Malek, Kamruddin, Shamsul Huq, Anwara Khatun y Khairat Hussein. Trabajé mucho para obtener esas firmas y viajé a dos distritos con ese propósito.

Tras obtener el número requerido de firmas, redactamos una declaración para solicitar la reunión. Debíamos entregársela al Maulana Akram Khan. Nadie quiso ocuparse de ello, de modo que tuve que hacerlo yo mismo. Entonces solíamos reunirnos en la casa de Tofazzal Ali. Me daba un poco de vergüenza entregarle el documento al Maulana en ese lugar, así que terminé por ir a su oficina del diario *Azad*, en Kaltabazar. Cuando supo que estaba esperándolo, hizo que me fueran a buscar. Lo saludé respetuosamente y le dije que agradecería mucho que me pudiera entregar una confirmación oficial de la entrega de la petición, cosa que hizo. Me trató bien y me preguntó por mi salud. Lo único que quería en esos momentos era alejarme de allí lo antes posible, cosa que hice a la primera oportunidad.

Al día siguiente se publicó la petición en el diario *Azad*, junto con la lista de quienes la firmaban. También, a través de un comunicado de prensa, se hizo saber que nadie tenía el poder de solicitar una reunión así, puesto que la antigua Liga Musulmana había sido disuelta. Él era el presidente del comité *ad-hoc* de la Liga Musulmana de Pakistán Oriental. En otras palabras, no éramos ya miembros del consejo de la Liga Musulmana. Esta fue la manera en que fuimos expulsados. Muchos lo aceptaron sin protestar, pero otros no lo hicimos y decidimos que había que hacer algo al respecto.

~~~

Si no recuerdo mal, la Asamblea Constituyente de Pakistán se reunió en Karachi el 8 de febrero de 1948. Se iba a discutir cuál sería el idioma nacional de Pakistán. Los líderes de la Liga Musulmana querían que el urdu se convirtiese en el idioma oficial del Estado. La mayoría de los miembros de la Liga de Pakistán Oriental coincidían en esa idea. Babu Dharendra Nath Dutt, miembro del Congreso de Comilla, solicitó que se escogiese el bengalí puesto que lo hablaba la mayoría de la población. Los líderes de la Liga Musulmana no aceptaron.<sup>27</sup>

Pronto se hizo evidente que se había organizado una gran conspiración para que el urdu –que no el bengalí– fuese elevado al estatus de idioma oficial del Estado. Los líderes de la Liga de Estudiantes de Pakistán Oriental y del Tamuddun Majlish<sup>28</sup> protestaron contra esa maniobra, solicitando que tanto el urdu como el bengalí fuesen considerados idiomas oficiales. Protestamos contra la imposición del urdu como la única lengua oficial del país. Tanto los miembros de la Liga de Estudiantes de Pakistán Oriental como los del Tamuddun Majlish decidieron, en una reunión conjunta, que formarían un comité para establecer el bengalí como lengua oficial. La Liga de Estudiantes de Pakistán Oriental tenía por entonces algunas filiales en los distritos y en las subdivisiones de la provincia. El Tamuddun Majlish era una organización cultural liderada por el profesor Abul Kashem.

<sup>27</sup> El movimiento por el idioma fue un factor clave dentro de las reclamaciones de autonomía.

<sup>28</sup> El Tamuddun Majlish fue fundado inmediatamente después de la creación de Pakistán, el primero de septiembre de 1947, con el objetivo de promover la filosofía y la cultura de Pakistán entre el pueblo.

Mientras tanto, antiguos miembros de la Liga Musulmana como el Sr. Kamruddin, el Sr. Shamsul Huq y otros se incorporaron al comité central que formamos para dirigir las acciones planeadas. Decidimos que el 11 de marzo sería declarado el Día para la Reivindicación del Idioma Bengalí. También decidimos que impulsaríamos diferentes acciones en todos los distritos. Pronuncié varios discursos sobre el tema en reuniones estudiantiles de Faridpur, Jessore, Daulatpur, Khulna y Barisal, antes de retornar a Daca tres días antes de esa fecha.

En el distrito de Daulatpur, estudiantes instigados por la Liga Musulmana intentaron impedir nuestra reunión. Esto nos condujo a un violento enfrentamiento en el que algunas personas resultaron heridas. Sin embargo, no lograron su cometido: la reunión continuó y yo pude terminar mi discurso con éxito. El Sr. Abdus Sabur Khan nos brindó su apoyo. El Sr. Mohiuddin Ahmed, de Barisal, era miembro de la Liga Nacional de Estudiantes, y un apasionado partidario tanto de la Liga Musulmana como del gobierno. Nuestro líder era Kazi Bahauddin Ahmed. Yo intervine en una reunión en una universidad. El Sr. Mohiuddin Ahmed no intentó malograrla.

Regresé a Daca. La noche anterior al Día para la Reivindicación del Idioma Bengalí organizamos una reunión para definir nuestra estrategia. Se trataba de que los piquetes estuviesen bien organizados. Salvo algunos estudiantes universitarios, se puede afirmar que un noventa por ciento de los estudiantes de la provincia se incorporaron a la protesta contra la idea de convertir el urdu en el idioma oficial del país. Participaron con particular intensidad los estudiantes del Instituto Jagannath (hoy Universidad de Jagannath), de la Escuela de Medicina Mitford y de la Universidad de Ingeniería.

La Liga Musulmana nos envió a sus matones y lograron que la población se volviera en contra nuestra. Nuestros estudiantes fueron apaleados en algunos sectores de la vieja Daca. Querían que todo el mundo pensase que intentábamos destruir Pakistán.

Durante la mañana del 11 de marzo, miles de estudiantes miembros del movimiento organizaron piquetes en el Eden Building, en la Oficina General de Correos y en otros lugares. No había necesidad alguna de crear piquetes en las universidades. Toda la ciudad de Daca estaba cubierta de carteles. La mayoría de

las tiendas estaban cerradas. Tan solo unas pocas permanecían abiertas. Únicamente una parte de la antigua ciudad no se había doblegado a la huelga general.<sup>29</sup>

A las ocho de la mañana la policía comenzó a golpear a los estudiantes que protestaban en las afueras de la Oficina General de Correos. Sin embargo, en cuanto un grupo de personas era dispersado, otro tomaba su lugar. Habíamos mantenido a algunos miembros en Fazlul Huq Hall para que actuasen como refuerzos.

A las nueve en punto, la policía cargó contra los estudiantes que se hallaban frente al Eden Building. Khalek Nawaz Khan, Bakhtiar (hoy un abogado en Naogaon) y el secretario general de la Liga de Estudiantes de la ciudad, M. A. Wadud, resultaron heridos de gravedad durante la carga policial. En Topkhana Road, Kazi Golam Mahbub, Shawkat Mia y muchos otros estudiantes también resultaron heridos. Los estudiantes que estaban frente al portón de Aldul Ghani Road no pudieron aguantar la fuerza del asalto de la policía. Muchos de nuestros miembros acabaron la jornada heridos y algunos huyeron. Me apresuré a ir al Eden Building acompañado por refuerzos de estudiantes que se nos habían unido en la Oficina Central de Correos.

Mientras tanto, la policía había cercado al grupo del Sr. Shamsul Huq frente al Eden Building. El portón estaba desierto. Yo iba en bicicleta. El superintendente de policía intentó alcanzarme en su todoterreno, pero no consiguió atraparme. Comprendí que iban a arrinconarme. Le entregué mi bicicleta a un amigo y decidí que iba a sentarme frente al Eden Building con cuatro o cinco estudiantes más. Le pedí al amigo a quien le había confiado mi bicicleta que debía lograr que más estudiantes se sumasen a nosotros y nos ayudasen en nuestra resistencia tan pronto como fuese posible. Sería imposible permanecer allí si no llegaban refuerzos. Algunos estudiantes se nos unieron de manera espontánea. A varios nos golpearon, otros fueron arrestados y forzados a subirse a todoterrenos. Al Sr. Huq ya lo habían forzado a subir a uno de esos coches.

Muchos estudiantes fueron heridos y arrestados. A algunos los abandonaron en medio de la jungla, a treinta o cuarenta

---

<sup>29</sup> Ciertas áreas de la Antigua Dacca estaban habitadas por gente que hablaba una versión nativa del urdu, y que servían a Nababs y a líderes de la Liga Musulmana que hablaban también urdu.



millas de distancia. Golpearon a algunas de las estudiantes. Oli Ahad fue arrestado. Tajuddin, Toaha y unos pocos más pudieron escapar de la policía. Setenta o setenta y cinco de nosotros fuimos esposados y enviados a un calabozo en el que pasamos la noche. El movimiento, sin embargo, había ganado impulso para entonces. Al final del día, la población de Daca estaba con nosotros.

Por entonces, la Asamblea Legislativa de Pakistán Oriental estaba en plena sesión. Todos los días había mítines. El Sr. Nazimuddin comprendió que estaba a punto de perder el control de la situación y que el movimiento de protesta ganaba impulso. Wadud y Bakhtiar, que eran miembros de la Liga de Estudiantes, estaban ingresados en el hospital de la cárcel, gravemente heridos. Fue en ese momento cuando el Sr. A. K. Fazlul Huq, el Sr. Mohammad Ali, de Bogra, Tofazzal Ali, el Dr. Malek, el Sr. Sabur, Khairat Hussein, Anwara Khatun y muchos otros empezaron a protestar contra la posición que había tomado la Liga Musulmana. El partido del Sr. Suhrawardy se había consolidado bajo su liderazgo. El Sr. Nazimuddin se preocupó y, por ello, se animó a dialogar con el comité que habíamos formado para organizar nuestra protesta contra la decisión de hacer del urdu el idioma oficial del Estado.

Nosotros, que permanecíamos encarcelados, no tuvimos conocimiento de esos encuentros hasta que el Sr. Kamruddin vino a visitarnos en representación del comité. Nos dijo que el Sr. Nazimuddin había aceptado nuestra reclamación para que el bengalí se convirtiese en el idioma oficial de Pakistán Oriental. La Asamblea Legislativa de Pakistán Oriental enviaría una recomendación para que el idioma bengalí tuviese estatus de lengua oficial. También retiraría todos los cargos de los que se nos acusaba, garantizaría que todos los prisioneros fuesen liberados y emprendería él mismo una investigación sobre los excesos cometidos por la policía.

Kamruddin nos informó sobre otros temas, que hoy no recuerdo ya. Sin embargo, su ofrecimiento de investigar las acciones que él mismo había iniciado en calidad de ministro del Interior me pareció una farsa.

Nos habían internado en el corredor cuatro, en un edificio de tres plantas. Justo al lado de los muros de la prisión se levantaba la Escuela de Niñas Musulmanas. Cada uno de los cinco días de la detención, las niñas no se cansaron de gritar consignas como

“La lengua del Estado debe ser el bengalí”, “La brutalidad policial debe terminar” o “Liberen a nuestros hermanos encarcelados”. Recuerdo haberle dicho al Sr. Huq: “Observe cómo incluso nuestras hermanas apoyan abiertamente nuestra causa. Después de todo lo que ha pasado, seguro que el bengalí será el idioma del Estado.” El Sr. Huq me dijo: “Desde luego que sí, Mujib”.

Nos encarcelaron el 11 de marzo y nos liberaron en la tarde del 15 del mismo mes. Nos llevaron en procesión desde el portón de la cárcel hasta el Salimullah Muslim Hall.

El 13 de marzo, sin embargo, tuvimos un percance en la cárcel. Un jamadar que no era bengalí se ocupó de cerrar nuestras celdas ese día. A esa hora estábamos sentados en nuestros camastros. El guardia contaba cabezas para comprobar que todos estábamos presentes. Era un procedimiento rutinario: después de comprobar que nadie faltaba, cerraba la puerta desde el exterior. Todos los corredores se aseguraban así por las tardes. Ese día el jamadar contó muchas veces, pero no conseguía sumar la cifra correcta. A pesar de ello, todo parecía normal en la celda contigua, en la que algunos estudiantes estaban encerrados. El problema se debía a que en nuestro grupo había algunos estudiantes muy jóvenes, que apenas prestaban atención a nuestras recomendaciones y que, en ocasiones, iban a otras celdas cuando llegaba el momento del recuento nocturno. Cuando sucedía esto, el Sr. Huq y yo los reprendíamos y los obligábamos a sentarse y a esperar. El Sr. Abdul Mannan, hoy director del Colegio Nabakumar, y yo éramos los mayores del grupo de arrestados. El Sr. Mannan era además el encargado de distribuir la comida entre nosotros. Cuando el jamadar comprobó que no le salían las cuentas se enfureció y empezó a insultarnos. Como respuesta, los estudiantes se pusieron en pie y empezaron a gritarle. El Sr. Huq y yo les obligamos a sentarse de nuevo. El jamadar empezó a contar de nuevo y, entonces, el cómputo fue el correcto. Sin embargo, tan pronto como salió, hizo sonar su silbato. La campana de alarma de la cárcel empezó a sonar también, lo que equivalía a una señal de emergencia. Cuando suena esa señal, da igual si están en medio de otra tarea, los guardias aparecen con sus pistolas, garrotes y cualquier otra arma que posean, y golpean a los prisioneros indiscriminadamente. Nadie puede detenerlos. Incluso militares comunes y corrientes tenían el derecho de hacer lo que quisieran.

No comprendíamos qué había originado una situación tan grave. El militar bengalí que estaba de guardia nos encerró de inmediato. El jamadar le pidió la llave, pero el miembro de la tropa no se la dio. Los vimos discutir. El militar corrió hacia la planta baja. Según parece, el jamadar quería entrar en nuestras celdas con los otros militares y golpearnos.

Tan pronto como comprendimos lo que iba a suceder sin que el director de la cárcel, el asistente y el superintendente estuviesen presentes, Shamsul Huq y yo pedimos a todos nuestros compañeros que tomasen asiento en los lugares que les habían sido asignados. Ambos nos apostamos cerca de la puerta, con el objetivo de llevarnos la peor parte si intentaban atacarnos. Les dijimos que permaneciesen completamente quietos si no éramos agredidos. Si finalmente nos golpeaban, deberían resistir utilizando mesas, platos, ollas, sartenes y todo lo que tuviesen a mano. Tanto yo como el Sr. Huq éramos tipos duros. De ser necesario, podríamos pelear cuerpo a cuerpo, algo que yo había hecho desde mi niñez.

No me cabe ninguna duda de que, si el militar no hubiese escapado con las llaves, el personal de rango inferior de la cárcel nos habría golpeado a placer, pues estábamos atrapados en una celda.

Entonces, el director de la cárcel y el asistente, el Sr. Mokhlesur Rahman, aparecieron ante nuestra puerta y ordenaron que todos los soldados se dirigieran hacia la planta baja. Pronto apareció el Sr. Bill, superintendente de la cárcel, quien, al darse cuenta de las circunstancias, ordenó que los militares se dispersasen.

Más tarde, el superintendente le contó al Sr. Huq lo que en verdad había sucedido. En el año 1950, el Sr. Bill había disparado contra prisioneros internados en la prisión Khapra, en Rajshahi. Como consecuencia de ello murieron algunos patriotas y el incidente, además, provocó la muerte de más personas.

Supimos más tarde que había habido una conspiración. Se trataba de utilizar cualquier pretexto para justificar que nos propinaran una paliza. Al día siguiente, el asistente, Sr. Mokhlesur Rahman, nos informó sobre todos los reglamentos que tenían que cumplir los prisioneros. A pesar de que me habían encarcelado por primera vez siendo muy joven, yo no conocía estas normas. Todo el conocimiento que tenía al respecto lo había obtenido de la

lectura de un par de libros. Por su parte, ninguno de los estudiantes encarcelados tenía demasiado interés por las leyes. Así que la responsabilidad de hacer que los demás cumplieren las reglas recaía en el Sr. Huq, en el Sr. Mannan y en mí.

Muchos de nuestros compañeros de prisión no eran más que escolares. Uno de ellos tenía nueve o diez años. Cuando su padre fue a visitarlo a la cárcel le dijo que lo sacaría ese mismo día. El muchacho se negó, asegurando que solo saldría el día que nos soltasen a todos. Cuando regresó a la celda y nos contó lo que había sucedido, le dimos palmadas en la espalda y celebramos su actitud con vítores. No recuerdo su nombre en este momento, pero recuerdo sus palabras exactas. Era un chico con una gran determinación. De hecho, todos los muchachos arrestados ese día eran personas de fuertes convicciones, que habían jurado hacer cualquier sacrificio para que el bengalí fuese el idioma oficial de la nación.

~~~

Tras nuestro paso por la cárcel, tomamos parte en la asamblea general de estudiantes que se celebró en la universidad el 16 de marzo de 1948, a las diez de la mañana. Alguien, de manera espontánea, propuso que yo debía presidir la asamblea. Todos los estudiantes apoyaron esa moción. Fue la primera vez que presidí un encuentro de esas dimensiones, en el prestigioso campus conocido como Amtala.

Otras muchas personas pronunciaron discursos ese día. La asamblea aprobó todas las resoluciones adoptadas por el comité de estudiantes, que había negociado con el Gobierno para terminar con nuestra protesta.

Por el contrario, nadie estuvo a favor de aprobar que Khawaja Nazimuddin encabezase una investigación sobre la brutalidad policial de los días anteriores, pues él ostentaba los cargos de ministro del Interior y de Primer ministro.

Yo dije en mi discurso:

—Necesitamos cumplir las decisiones tomadas por el comité ejecutivo. Todo lo que podemos hacer es proponer un cambio en este punto incluido en el compromiso al que se llegó con ellos. Es imposible hacer algo más que eso.

Los estudiantes insistieron en que se manifestarían ante la Asamblea Legislativa, cuando ésta se hallase en sesión, para reclamar al Sr. Nazimuddin una investigación interna. Me mostré de acuerdo, pero les advertí de que, una vez entregada la petición, nadie debería permanecer en el recinto de la Asamblea, pues nuestro comité había decidido suspender cualquier otra acción, al menos por el momento. Todos estuvieron de acuerdo conmigo.

Organizamos una marcha para encontrarnos con el Sr. Nazimuddin. Una vez que llegamos a su oficina le enviamos una nota que incluía nuestras peticiones. Me dirigí de nuevo hacia los estudiantes para solicitarles que abandonasen el recinto de manera inmediata. Yo mismo comencé el camino de vuelta, con dirección a Salimullah Muslim Hall. Sin embargo, cuando ya estaba saliendo, observé que algunos estudiantes y también un grupo de ciudadanos particulares todavía permanecían allí, gritando consignas. Di marcha atrás y me dirigí hacia ellos. Finalmente se marcharon más estudiantes y yo lo hice también. A las cuatro de la tarde supe que otras muchas personas se habían congregado en frente de la oficina del Sr. Nazimuddin. La mayoría eran empleados del Gobierno y ciudadanos particulares, aunque todavía había algún estudiante en la zona. El Sr. Huq intentó varias veces que los estudiantes se marcharan.

Mientras tanto, otros estudiantes intentaban que uno o dos miembros de la Asamblea Legislativa acudiesen a Muslim Hall. Querían que firmasen una declaración en la que se comprometían a renunciar a sus cargos si no lograban que el idioma bengalí se elevase a la categoría de lengua oficial del estado.

Los ministros estaban atrapados dentro del recinto de la Asamblea. El Sr. Nazimuddin consiguió escapar con la ayuda del ejército utilizando una puerta trasera. Una multitud se estaba congregando de nuevo en el lugar, con lo que decidí regresar para comprobar qué estaba pasando. Al llegar fui testigo de cómo la policía atacaba a los manifestantes con gas lacrimógeno y los golpeaba con porras.

Yo mismo empecé a notar la quemazón en mis ojos, completamente irritados. Se me llenaron de lágrimas y ya no podía ver nada. Mientras, varios estudiantes y ciudadanos de a pie parecían haber caído heridos. Muchos de nosotros corrimos hacia el estanque de Palassey Barrack para lavarnos los ojos. De ese modo pudimos contrarrestar los efectos del gas.

Descubrimos entonces que los disturbios habían llegado a Muslim Hall. Los estudiantes habían detenido al Dr. Mozammed Huq, de Bagerhat y lo habían llevado hasta allí. Les pedí que lo liberasen. Era un buen hombre y, además, era partidario del Sr. Suhrawardy. Después de una ardua negociación pude persuadirlos, y lo subí en un rickshaw para que pudiese abandonar la zona.

Nos llegó entonces la noticia de que habían internado en un hospital al Sr. Shawkat Mia, que había resultado herido. Fui a verlo de inmediato y me lo encontré en un estado lamentable. Tenía las manos y la espalda cubiertas de moretones. Cuando la policía los atacó con porras, otros estudiantes habían resultado heridos también, si bien no tan severamente. Les dije a todos que debían abandonar el hospital lo antes posible, puesto que la policía podía arrestarlos en cualquier momento.

Ya por la noche, se nos informó de que el comité creado para protestar contra la idea de convertir al urdu en el idioma oficial iba a reunirse pronto en Fazlul Huq Hall. Llegué algo tarde a la reunión. Nada más llegar, escuché que alguien me insultaba en voz alta. Me detuve para saber qué decía. Tan pronto como terminó, subí a la plataforma. Allí pude responderle. Recordé que todos sabían que, en la reunión de Amtala, yo había determinado que, una vez entregada la declaración, abandonaríamos el lugar y que en mi discurso había reiterado esa orden. La reunión terminó poco después de mi intervención.

Todos coincidimos en que pospondríamos nuestras acciones, puesto que Muhammad Ali Jinnah iba a visitar Daca por primera vez desde la creación de Pakistán. Necesitábamos recibirlo apropiadamente como estudiantes, igual que lo harían los demás ciudadanos. Debíamos organizarnos para que los estudiantes fuesen al aeropuerto a recibirlo.

El movimiento que proponía elevar el bengalí al estatus de idioma oficial no estaba limitado a Daca. Varios cientos de estudiantes fueron encarcelados en Faridpur y Jessore por esa causa. También hubo manifestaciones por la misma causa en Rajshahi, Khulna, Dinajpur y otros distritos. La Liga Nacional de Estudiantes Musulmanes de Pakistán Oriental intentó impedir el movimiento, pero, finalmente, falló en su cometido.

No hay ni debe haber duda alguna sobre el origen esencialmente estudiantil del movimiento. Sin embargo, pronto fue evidente

que estaba teniendo una profunda resonancia en todo el país. Debe mencionarse con especial énfasis a los funcionarios del gobierno que apoyaron al movimiento con absoluta lealtad. Cuando los estudiantes de la Universidad de Ingeniería fueron atacados por un grupo de asaltantes, algunos oficiales de Palassey Barrack se apresuraron a defenderlos. Los asaltantes fueron golpeados y tuvieron que dispersarse. Era evidente que, con el tiempo, la gente de Dacca cambió su opinión inicial sobre el tema. La propaganda del gobierno trataba de difundir la idea de que los estudiantes hindúes de Calcuta habían venido a Dacca con ropas que los hacían pasar por estudiantes musulmanes. Lo cierto, sin embargo, es que entre los casi setenta y cinco estudiantes que habían sido arrestados, ninguno era hindú. Tampoco entre los heridos había hindúes. Desde entonces, el gobierno intentó tacharnos de agentes de la India, de comunistas y de traidores, para que la gente nos diera la espalda. Las publicaciones gubernamentales repetían esas acusaciones.

El bengalí era la lengua materna del cincuenta y seis por ciento de la población de Pakistán. Por lo tanto, era más que razonable que se convirtiese en el idioma oficial de la nación. A pesar de ello, no queríamos imponerlo como el único lenguaje oficial y proponíamos un estatus idéntico para el urdu.

La gente de Punjab hablaba punjabi, aquellos de Sind hablaban sindhi, los de la Frontera hablaban pastún y los de Baluchistán, baluchi. A pesar de que el urdu no se hablaba en ninguna de las provincias de Pakistán, si nuestros hermanos de Pakistán Occidental querían utilizarlo, no nos opondríamos a sus deseos. Aquellos que deseaban imponerlo como único idioma oficial basaban su deseo en el hecho de que, según ellos, era un idioma islámico. No podíamos comprender cómo el urdu había adquirido tal característica.

Los musulmanes de diferentes partes del mundo hablaban distintos idiomas. Los de Arabia hablaban árabe; los de Irán, farsi; los de Turquía, turco; los de Indonesia, indonesio; los de Malasia, malayo; los de China, chino, el idioma de la región de la que eran nativos. Se podían presentar muchos argumentos a favor de su determinación, pero no aquel de presionar a la gente de mentalidad religiosa de Pakistán Oriental, basándose en una supuesta 'cualidad islámica' del urdu. Todo pueblo ama su lengua materna. Ninguna nación ha tolerado insultos contra su lengua materna.



Los líderes de la Liga Musulmana parecían dispuestos a hacer cualquier sacrificio para apoyar la imposición del urdu. Sin embargo, comprendieron finalmente que la gente no los iba a apoyar y empezaron a preocuparse.

Intentaron una opción que creían infalible: pensaban que podrían convencer a Jinnah para que hablase a favor del urdu, y que, tras una declaración en este sentido, nadie se atrevería a oponerse a su moción. Todo el mundo lo respetaba, sin importar a qué partido o facción perteneciese. Todos lo escucharían si su opinión era razonada. Nadie tuvo el valor de decirle a Jinnah que la gente de Bengala se oponía a esa imposición.

El 19 de marzo, cuando Jinnah aterrizó en el aeropuerto Tejgaon, de Daca, miles de personas se habían congregado para recibirlo. Recuerdo que llovía torrencialmente ese día. Estábamos empapados por la lluvia y, sin embargo, aún con nuestras ropas completamente mojadas, esperábamos para recibirlo. Jinnah se dirigió a los terrenos del hipódromo y declaró, frente a la inmensa multitud que lo escuchaba:

—El urdu será el único idioma oficial de Pakistán.

Unos cuatrocientos o quinientos estudiantes asistíamos a su discurso, sentados en un rincón del campo. Muchos de nosotros levantamos las manos a modo de protesta, y gritamos:

—No, no, no.

Más tarde, cuando se dirigió al gran salón de la Universidad de Daca, Jinnah repitió de nuevo que el urdu sería el único idioma oficial de Pakistán. Los estudiantes que estaban sentados frente a él gritaron de nuevo: “No, no, no”. Jinnah detuvo su discurso por unos cinco minutos, antes de reiniciarlo. Creo que fue la primera vez que los estudiantes se atrevieron a oponerse a Jinnah. Desde entonces hasta el día de su muerte, Jinnah jamás declaró de nuevo que deseaba que el idioma oficial de Pakistán fuese el urdu.

En Daca, Jinnah invitó a que hablasen con él a dos representantes de las más importantes organizaciones estudiantiles de ese tiempo: la Liga de Estudiantes Musulmanes de Pakistán Oriental y la Liga Nacional de Estudiantes Musulmanes de Pakistán Oriental. Es posible que también invitase a los líderes del Comité Nacional en pro del Idioma, pero no estoy seguro de ello. Él no estaba de acuerdo con la existencia de dos organizaciones estudiantiles paralelas.

El Sr. Toaha y el Sr. Shamsul Huq asistieron en nuestra representación. A Jinnah le gustó el nombre de nuestra organización. Nuestros representantes le presentaron una lista de los miembros de la Liga Nacional de Estudiantes Musulmanes, y le informaron de que la mayoría ya no eran estudiantes. A Jinnah le molestó saberlo.

Shamsul Huq se enfrentó a él por la cuestión del idioma oficial de Pakistán. El Sr. Huq me lo contó al regresar de la reunión. El Sr. Huq era el tipo de hombre que decía exactamente lo que pensaba. Jamás tuvo miedo de nadie cuando se trataba de decir la verdad.

Algunos días después de que Jinnah abandonase Daca se convocó una nueva reunión frente a Fazlul Huq Hall. Un estudiante, cuyo nombre no recuerdo, dio un discurso:

—Tenemos que aceptar todo lo que Jinnah nos dice. Si él quiere que el urdu sea el idioma oficial del Estado, debemos aceptarlo como el idioma oficial de nuestro Estado.

Recuerdo que, en mi discurso, protesté contra lo que había afirmado.

Dije:

—Si un líder hace algo incorrecto, la gente tiene derecho a protestar y a persuadirlo para que cambie su opinión. Gente común y corriente persuadió al propio Califa Omar sobre la larga túnica que vestía.<sup>30</sup> El cincuenta y seis por ciento de la población de Pakistán habla bengalí. Si este es un país democrático, debemos luchar para que los deseos de la mayoría sean respetados. Continuaremos nuestro movimiento hasta que el bengalí sea elevado al estatus de idioma oficial del Estado. Estamos listos para trabajar por ello.

Los estudiantes allí reunidos me apoyaron. Por consiguiente, estudiantes y jóvenes en Pakistán Oriental empezaron a manifestarse y a reunirse para mostrar de nuevo su exigencia de que el bengalí fuese idioma oficial del Estado. Día a día, el interés de la opinión pública sobre el tema ganaba intensidad. En unos meses

<sup>30</sup> Esta historia está relacionada con el califa Omar, el segundo califa del Islam. En una ocasión, durante su reinado, distribuyó telas de manera gratuita entre todos los ciudadanos de Medina Manowara, para dar a entender con ello que trataba a la gente con igualdad y justicia. Sin embargo, la pieza de tela que recibieron los ciudadanos era muy corta, y no era posible que un hombre la utilizara para fabricarse una túnica larga. Puesto que el califa vestía una túnica larga, hecha del mismo material con el que obsequió a todos, la gente que lo veía se preguntaba cómo había podido utilizarla para ese efecto. Su hijo se puso en pie entonces, y explicó que él había dado a su padre la pieza que le correspondía, de modo que este la utilizase para una túnica larga.

se hizo evidente que la Liga Nacional de Estudiantes Musulmanes había perdido todos sus apoyos. Todo lo que quedó de ese movimiento fueron algunos 'líderes' cuyo único trabajo era hacerle la corte a los ministros, y apoyar al gobierno en todos los temas.

~~~

Antes de que el movimiento por el idioma oficial comenzara, un grupo de miembros de la Asamblea Legislativa se había unido bajo el liderazgo de Mohammad Ali, Tofazzal Ali y del Dr. Malek. Esto sucedió porque Khawaja Nazimuddin no concedió ningún cargo a los partidarios del Sr. Suhrawardy. Ni siquiera los había nombrado secretarios del Parlamento. Había negado cargos a numerosas personas, que ahora se reunían en casa de Tofazzal Ali. Pronto se hizo evidente que su número había crecido tanto que, si se preocupaban de solicitar una moción de censura contra el Sr. Nazimuddin, era posible que saliese adelante.

Un par de ellos viajaron a Calcuta para invitar al Sr. Suhrawardy a Daca. Todos estaban convencidos de que tan pronto como el Sr. Suhrawardy se encontrase en Daca, el grupo presentaría la moción de censura contra el Sr. Nazimuddin. Sin embargo, el Sr. Suhrawardy no aprobó esta maniobra.

Les dijo:

—No quiero causar problemas en este momento. Dejen que el Sr. Nazimuddin continúe. ¿Quieren que me confabule con esos antiguos miembros de la Asamblea Legislativa? ¿Gente que, hace muy poco tiempo, votaron contra mí? Hoy van a votar contra el Sr. Nazimuddin y mañana, de nuevo, votarán en mi contra. No necesito involucrarme en estos conflictos. Aún tengo mucho trabajo en este lugar. Si no me ocupo de los musulmanes de aquí, se verán obligados a dejar la India y cientos de miles de ellos morirán. Mi único objetivo es crear las condiciones para que exista la paz permanente entre los hindúes y musulmanes de la India, y entre los hindúes y musulmanes de Pakistán.

En tanto, el Sr. Jinnah llamó a su presencia al Sr. Mohammad Ali, y lo reprendió por fomentar la creación de facciones. También le pidió que fuese embajador ante el gobierno de Birmania. Mohammad Ali fue a casa de Tofazzal Ali para ponernos al corriente de esa conversación con el Sr. Jinnah. Nos dijo que había aceptado

la oferta de ir a Birmania. Unos días más tarde se anunció públicamente que el Dr. Malek se convertiría en ministro. Tan solo el Sr. Tofazzal Ali no obtuvo cargo alguno. Me dijo un día:

—Mujib, ¿te has dado cuenta de cómo Mohammad Ali se ha marchado, y el Dr. Malek se ha convertido en ministro? Me han ofrecido ahora un ministerio. ¿Qué debo hacer? No puedo hacer nada solo y permanecer fuera del partido. Necesito tu opinión.

Me di cuenta de que no podría hacerle renunciar a su entusiasmo por aceptar la oferta. Todos habían acabado por unirse al partido del Sr. Nazimuddin. Sin embargo, le dije:

—Aprecio que usted al menos solicitase mi opinión, y por ello le estoy agradecido. Nadie más lo hizo. Usted no podrá hacer nada solo. Acepte la oferta, conviértase en ministro. Nosotros continuaremos nuestro movimiento. Continuaremos trabajando hasta que alcancemos los objetivos que nos planteamos cuando luchábamos por la independencia.

Yo lo respetaba por la cortesía que había demostrado al preguntarme mi opinión sobre el tema, y nuestra amistad continuó. Siempre me trató como a un hermano menor, incluso cuando pertenecemos a partidos distintos años después.

Después del comunicado que publicó el Maulana Akram Khan ya no continuamos como miembros de la Liga Musulmana. En otras palabras, nos obligaron a dejar el partido. Queríamos hacer de la Liga Musulmana un partido progresista. Dos escaños de la Asamblea Legislativa de Tangail quedaron vacantes. Nos preguntamos si podíamos presentar a alguien para que se enfrentase al Sr. Nazimuddin. El Maulana Bhasani había retornado de Assam por ese entonces y se hospedaba en Kagmari, Tangail. Lo buscamos. Sin embargo, él decidió que se presentaría a elecciones para intentar ganar un escaño y que dejaría que el otro le fuese asignado al Sr. Nazimuddin. Más tarde, su victoria fue invalidada porque no registró sus gastos de campaña.

El Maulana Bhasani nos había apoyado durante el movimiento por el idioma. Entonces se organizó una reunión de miembros de la Liga Musulmana en Tangail para determinar qué podía hacerse bajo tales circunstancias. Después de muchas discusiones, se decidió que organizaríamos otra reunión en Narayanganj para determinar nuestro futuro plan de acción. Se estableció que el Maulana Bhasani, Abdus Salam Khan, Aaur Rahman Khan, Shamsul Huq

y muchos otros líderes y miembros de la Liga Musulmana estarían presentes en la reunión. Salman Ali, Abdul Awal, Shamsuzzoha y muchos otros la organizaban. El miembro local de la Asamblea Parlamentaria, Khan Shaheb Osman Ali, también ofreció su apoyo. Antes de que la reunión comenzara, sin embargo, la Sección 144 se impuso en Narayanganj. Debimos por tanto reprogramar la reunión y efectuarla en el Club Paikpara. Muchos líderes y miembros de los diferentes distritos habían llegado ya para participar. En ese momento, varios mercenarios contratados por la Liga Musulmana atacaron a Shamsuzzoha. Lo más triste de todo era que fue él, junto con sus aliados, quienes habían formado la Liga Musulmana de Narayanganj, y habían desempeñado luego papeles importantes en el proceso de creación de Pakistán. La gente que había organizado el ataque, por otro lado, era precisamente aquella que se opuso en su día a la creación de Pakistán y que incluso se había opuesto a la Liga Musulmana.

Los comités de la Liga Musulmana se estaban reconstituyendo en todos los distritos. Los antiguos miembros activos eran relevados y se creaban nuevos comités para reemplazarlos. La gran mayoría de los miembros eran partidarios del Sr. Suhrawardy. Por este motivo, para que la campaña de relevo tuviese éxito, era indispensable reclutar incluso a quienes se habían opuesto originalmente tanto a la Liga Musulmana como a Pakistán. Poco importaba: cuando la gente de a pie hablaba del partido, tenía aún en mente a los antiguos miembros del mismo.

El Maulana Bhasani dirigió la reunión. Decidimos que elegiríamos a dos de los nuestros para que viajasen a Karachi. Así podrían discutir la situación con el Sr. Chaudhury Khaliqzaman y, además, presentarle un listado de reclamaciones. Nuestra petición principal era que la antigua Liga Musulmana continuase con su trabajo. Si no podían atender esa petición, al menos debían concedernos la posibilidad de revisar los libros de cuentas. También era indispensable organizar elecciones libres y limpias.<sup>31</sup> De ese modo quedaría claro ante toda la población cuáles eran los líderes que la gente realmente deseaba mantener.

---

<sup>31</sup> Todo aspirante a inscribirse como miembro de la Liga Musulmana debía pagar una cuota de inscripción. Los pagos relativos a esas inscripciones se registraban en un libro de cuentas. Es ese el libro al que se alude en el texto.

En aquel tiempo, proponer un viaje a Karachi no era cualquier cosa. Era necesario ir a Calcuta y luego a Delhi. Se decidió que el Sr. Aatur Rahman Khan y la Sra. Anwara Khatun, ambos miembros de la Asamblea Legislativa serían nuestros representantes. Se reunieron con el Sr. Khaliquzzaman y le entregaron el listado de peticiones. Él, a su vez, les dijo:

—Olviden el pasado. Solamente quienes apoyen al Sr. Nazimuddin podrán continuar ahora como miembros de la Liga Musulmana.

Sobre los libros de cuentas, dijo:

—Es difícil comprar papel estos días, y, por tanto, llevar libros de cuentas se ha convertido en algo complicado. Vayan y hablen con el Sr. Akram Khan y con el comité temporal creado en Pakistán Oriental. Si ellos quieren, les dejarán ver los libros de cuentas.

Nuestros enviados regresaron y nos explicaron que se había gastado mucho dinero en un viaje que había resultado esencialmente inútil. Nos dijeron que el Sr. Khaliquzzaman no había demostrado mucho interés por ellos durante su visita.

El Sr. Suhrawardy vino a Daca por entonces y habló ante las asambleas de Madaripur, Gopalganj y de otros lugares. Su visita tuvo resultados inmediatos ya que detuvo a muchos hindúes que planeaban dejar el país y redujo también el flujo de refugiados que provenían de Bengala Occidental y de Bihar.

Es difícil imaginar hoy lo multitudinarias que eran esas asambleas, y el modo en que la gente se apresuraba a darle la bienvenida al Sr. Suhrawardy, allá donde fuera que este se presentase. Es más, este hecho provocó un cierto temor en el gobierno del Sr. Nazimuddin.

En ese viaje, el Sr. Suhrawardy se alojó en la casa de Nawabzada Nasrullah Khan, un hombre que lo respetaba y lo apoyaba. Le dije adiós al Sr. Suhrawardy en Gopalganj. Mr. Sabur lo recibió en Khulna, ya que todavía se sentía en deuda con él y lo apoyaba tanto a él como a nuestros objetivos. Durante su visita a Khulna, el Sr. Suhrawardy habló de manera informal con líderes hindúes y musulmanes sobre la necesidad de asegurar la armonía entre comunidades y propuso que todos trabajasen para lograr ese objetivo.

En una multitudinaria asamblea en Gopalganj, tanto el Sr. Suhrawardy como yo pronunciamos discursos sin micrófono. No

pudimos conseguirlos porque llegamos de improviso y no tuvimos siquiera la oportunidad de pedir que nos enviaran unos altavoces desde Khulna.

Era obvio que al gobierno de Pakistán Oriental no le hacía ninguna gracia el viaje del Sr. Suhrawardy. En anteriores ocasiones, los funcionarios del gobierno habían recibido instrucciones directas para que lo ayudasen en lo posible cuando viajase por nuestra parte de Bengala. Ahora, por el contrario, esos mismos funcionarios se esforzaban en no mantener ningún encuentro con él. Un par de ellos nos dijeron en secreto:

—Tenemos instrucciones, llegadas desde los más altos estamentos, de no cooperar con él.

Parecía también que la división de detectives se hallaba muy activa.

Estaba claro para nosotros, sin embargo, que era esencial asegurar la armonía entre las comunidades de Pakistán, para velar por el futuro de la nación. Si los refugiados empezaban a llegar en masa, la nación se encontraría en serio peligro. Era algo evidente para todos aquellos que se preocupaban por el asunto. Sin embargo, para aquellos que hacían política con una mentalidad cerrada, las cosas eran, desde luego, distintas.

Cientos de miles de musulmanes vivían aún en Pakistán Occidental, Bihar, Assam y otros estados de la India. Su contribución no era menor a la de quienes nos habíamos involucrado en el movimiento por Pakistán. Creíamos que había que pensar en el futuro y para ello era necesario consolidar la armonía. Habíamos confiado en los consejos del Sr. Suhrawardy al respecto. Eso propició la total ausencia de revueltas y de violencia en esas regiones.

Los musulmanes les pedían a los hindúes que no dejaran el país. Yo mismo fui a varias regiones del país a fomentar la armonía entre comunidades. Conozco muchos hechos que prueban lo que acabo de decir. La parte trágica de toda esta historia es que los hermanos hindúes de Bengala Occidental no fueron capaces de mantener la armonía entre las comunidades de su región. Cada cierto tiempo se producían brotes de violencia en el Estado, y los hogares y propiedades de inocentes musulmanes fueron saqueados y quemados en muchos lugares.

~~~



Por entonces, además, comenzaron a escasear los alimentos en algunos lugares. En particular, los habitantes de los distritos de Faridpur, de Comilla y de Dacca se enfrentaron a una situación desastrosa por una seria carencia de granos. Esto supuso la suspensión del transporte de alimentos de un distrito a otro.

Residentes de Dacca y de Faridpur trabajaban como jornaleros cosechando arroz en los campos de Khulna y de Barisal. Ayudaban a cosechar y luego se llevaban a casa una parte de lo obtenido. Se los llamaba *dawals*. Miles arribaban en botes. Cuando retornaban a sus hogares, llevaban en esos botes su porción de cosecha. Esa era la manera en que los *dawals* de Comilla iban a Sylhet, por ejemplo. Todos eran jornaleros muy pobres que debían abandonar sus casas durante dos meses. Antes de partir, tenían que pedir dinero a los prestamistas locales para que sus familias pudiesen sobrevivir durante su ausencia. Al regresar pagaban el préstamo. También pagaban un porcentaje a quienes les permitían viajar en los botes. Cuando los *dawals* se dirigían a trabajar en la cosecha de arroz, nadie les impedía el paso, pues eran indispensables. Esto se debía a que todas las plantaciones de arroz estaban listas para ser cosechadas al mismo tiempo. Era imposible conseguir tanta mano de obra dentro del perímetro de una jurisdicción local. El sistema de cosecha había funcionado durante siglos.

Miles de personas dependían de ese sistema en Faridpur, Dacca y Comilla. Cuando los *dawals* partieron hacia los campos para la cosecha de ese año, el gobierno los dejó pasar. Pero a los dos meses, cuando terminaron su trabajo y cargaron en los botes su parte de la cosecha para alimentar a sus hambrientas familias y para pagar sus deudas, listos ya para retornar a los hogares que esperaban el regreso de maridos, hermanos y padres, les cortaron el paso. La explicación que recibieron fue: “En aplicación de una directiva del gobierno, no pueden llevarse el arroz con ustedes”. Se les informó de que debían entregar el arroz y que, si no lo hacían, sus botes y sus bienes serían confiscados. ¿Entregarían el arroz tan fácilmente? Finalmente, se les permitió partir después de arrebatarles todo el arroz.

Tan pronto como supe lo que había sucedido, protesté con todas mis energías contra la directiva. No era posible aceptar algo así sin más. Organicé concentraciones de protesta y hablé con funcionarios del gobierno sin lograr ninguna solución. Entre

tanto, supe que Khondokar Mushtaq Ahmed había organizado también concentraciones de protesta contra la directiva. Pese a todas las reuniones que organizamos y a todas las resoluciones que adoptamos, nada pudo persuadir al gobierno.

Sin embargo, esos trabajadores eran jornaleros pobres que no iban a recibir pago alguno por los dos meses de dura labor. No iban a poder pagarles a los prestamistas las deudas que habían contraído durante esos dos meses. En muchos casos, tan pronto como volvieron a sus lugares de origen se vieron obligados a vender sus viviendas, en las que habían vivido sus ancestros.

Conozco cientos de situaciones similares. Mucha gente que tenía flotillas de botes en los distritos de Faridpur, Dacca y Comilla, y que transportaba arroz desde los distritos que tenían excedentes tuvieron que dejar el negocio del transporte, mientras que aquellos que llevaban los botes quedaron desempleados. Miles de personas de la Subdivisión de Gopalganj se convirtieron en conductores de rickshaws en Khulna, Jessore y otros lugares, para sobrevivir.

Mientras que todos nosotros nos involucramos intensamente en el movimiento contra la prohibición de transportar grano, el gobierno anunció que ya no pondría problemas a los jornaleros que viajaran de un distrito a otro para cosechar arroz. Pero no podrían transportar a través de las fronteras de distrito el arroz sin descascarar. Deberían depositar aquel que recibían como pago de su trabajo en la bodega gubernamental más cercana. Recibirían entonces un recibo expedido por un funcionario. Tras regresar a sus distritos, presentarían ese recibo en las bodegas más cercanas a sus hogares. Se suponía que se les entregaría allí la misma cantidad de arroz.

El gobierno sabía que, si a los *dawals* no se les permitía cruzar las fronteras entre distritos, solo en Khulna más de la mitad del arroz no sería cosechado. Por este motivo modificó su regulación sobre el tema a finales de 1948 o principios de 1949. Lamentablemente, más de la mitad de los *dawals* que siguieron las instrucciones del gobierno jamás recibieron aquello que se les debía cuando regresaron a sus distritos. Así, en el momento de depositar su parte de la cosecha en las bodegas gubernamentales no se les habían entregado recibos impresos sino notas escritas a mano que no eran consideradas válidas. Cuando las presentaron en las bodegas, los administradores de las mismas se negaron a ayudarlos e

incluso les insultaron. Tan solo cuando los *dawals* sobornaban a los funcionarios locales recibían una parte del arroz que les correspondía. Al final, los *dawals* perdieron todo lo que tenían.

Por entonces, en Khulna se produjo un desafortunado incidente. Una noche, unos funcionarios del gobierno interceptaron casi doscientos botes cargados de arroz. Eran propiedad de *dawals* del distrito de Faridpur. En la oscuridad, los *dawals* ignoraron las órdenes de los funcionarios. Gritaban '¡Dios es grande!' y '¡Pakistán Zindabad!', mientras continuaban navegando en los botes llenos de arroz. Después de recorrer así de diez a quince millas, un grupo de policías que iba en una lancha los alcanzó e intentaron detenerlos. Los *dawals* resistieron en vano. Los policías dispararon. Los *dawals* se vieron obligados a tocar tierra en un campo a orillas del río y a dejar su arroz allí. Fueron expulsados inmediatamente. Sin embargo, el arroz no cayó en manos del gobierno, porque, al día siguiente, las lluvias torrenciales se encargaron de llevárselo.

Cuando escuché esa noticia fui a Khulna, donde se habían confiscado muchos botes con su carga de arroz. Dirigí una manifestación de *dawals* cuyos botes habían sido confiscados y llevados a la casa del magistrado del distrito, que era el padre del profesor Munier Chowdhury, Sr. Abdul Halim Chowdhury. Él me escuchó, pero me dijo que no podía hacer nada, pues las órdenes del gobierno debían ser obedecidas. Prometió, sin embargo, que enviaría un telegrama a los altos funcionarios del gobierno, informándoles de la situación. Regresé a Faridpur con los *dawals*, y envié un telegrama personal al gobierno. Les pedí a los *dawals* que no se aventurasen por los campos de cosecha hasta que no se hubiese alcanzado una solución con el gobierno. El Sr. Nazimuddin era, por entonces, el funcionario de mayor rango dentro del gobierno. Había sido nombrado Gobernador general en sustitución de Jinnah, tras la muerte de este en 1948.

~~~

Por aquel entonces se impuso otra medida arbitraria, que hizo sufrir a la población como si se tratase de una plaga. El gobierno creó lo que se conoció como 'el fondo de Jinnah'. Explicaron que todos deberían contribuir al mismo, de acuerdo con su capacidad. Nadie dudó en participar. Quienes tenían dinero contribuyeron

con agrado y mucha gente pobre también entregó lo que pudo. Sin embargo, algunos funcionarios gubernamentales forzaban a la gente a donar para satisfacer así a sus superiores. Algunos subdirectores de división (SDO) actuaban asumiendo que, cuanto más dinero recaudaran de la gente, más rápidamente serían promovidos a mejores cargos.

La situación en nuestra subdivisión era terrible. El Sr. Nazimuddin tenía programada una visita a Gopalganj. El magistrado que se encargaba de la subdivisión organizó una reunión para crear un comité de bienvenida. En esa reunión se decidió que, en vista de que la población de Gopalganj alcanzaba las seiscientas mil personas, era posible recaudar seiscientas mil rupias para el evento. Bastaba con que cada persona aportase una rupia. Quienes tenían armas debían contribuir con más dinero, y los dueños de negocios, desde luego, pagarían aún más. Quienes poseían embarcaciones de gran calado desembolsarían una gran cantidad de dinero. Se emitió una regulación obligatoria, por la cual se obligó a todos los presidentes de comités de unión que exigieran el pago, pues, de lo contrario, se les impondrían castigos. La gente se vio sujeta a coerciones por doquier. En cada zona fueron contratados hombres para ello. Confiscaban vacas, utensilios de cocina, cualquier cosa que fuese de algún valor. Era, verdaderamente, un reino del terror.

El Sr. Wahiduzzaman había invitado al Sr. Nazimuddin a nuestra subdivisión. Aún era miembro de la Liga Musulmana. Otros miembros, que habían trabajado para la Liga Musulmana de Gopalganj hasta 1947, habían sido apartados y se había creado un comité temporal. Ese comité trabajaba muy de cerca con el SDO.

Por aquellos días, retorné de Khulna a Gopalganj. El vapor no se detenía en el puerto de Gopalganj por entonces. Era necesario descender en una estación pequeña, llamada Haridaspur, a dos millas de Gopalganj, para tomar allí un bote que iba hasta la ciudad.

Cuando me subí en uno de los botes, el barquero me reconoció. Tan pronto como el bote empezó a navegar, me dijo:

—Debo decirte algo: estoy en muy mala situación. Somos cinco en mi familia y nos han ordenado pagar cinco rupias. En un día completo de trabajo ganamos solo dos rupias y a veces menos. ¿Cómo podemos pagar cinco rupias? Ayer, el guardia local confiscó un recipiente de plomo que recibí como herencia de mi padre, pues no pude pagar ese dinero.

Mientras me hablaba, empezó a llorar. Me contó su historia con detalle. Tenía una inteligencia destacada y vivía cerca del pueblo. Me dijo también:

—Tú solías decirnos que trabajásemos por Pakistán. ¿Es este el Pakistán que querías?

Respondí:

No es un defecto de Pakistán.

Tan pronto llegué a mi hogar en Gopalganj, gentes de toda condición vinieron a visitarme para contarme sus problemas. Sus historias eran todas similares a la del barquero. Por la noche, algunos comerciantes aparecieron también junto a miembros veteranos de la Liga Musulmana. Envié una comunicación a mis antiguos compañeros de partido para que nos reuniésemos por la mañana. Casi todos se presentaron. Les dije:

—Tenemos que detener a quienes están forzando a todo el mundo a pagar. Este no es un impuesto establecido por el gobierno, no estamos obligados a pagarlo. ¿Qué ley dice que la gente deba contribuir al fondo que han creado?

Antes de mi llegada a Gopalganj se habían recaudado trescientas mil rupias. No sé cuál era la suma exacta. El SDO y el comité temporal habían decidido que ese dinero se gastaría en organizar la recepción. Lo que restase se le entregaría en una ceremonia al Sr. Nazimuddin, para que fuese depositado en el fondo de Jinnah. Si era posible, algún dinero se reservaría para la construcción de la gran mezquita que se estaba edificando entonces en el pueblo.

Decidimos que el dinero que restara iba a quedarse en el pueblo. Cualquier suma sobrante, después de pagar los costes de la recepción del Sr. Nazimuddin, tenía que gastarse en la mezquita de Gopalganj y en la construcción de un instituto de enseñanza para el pueblo. Nos opondríamos a cualquier intento de enviar ese dinero a otro lugar. Pronto se difundió la noticia de que la recepción amenazaba con tornarse conflictiva. Esto puso punto final a la recaudación.

Mi regreso a Gopalganj tranquilizó a quienes protestaban contra la recolección de dinero para el fondo. La gente de Gopalganj recordaba el papel que yo había jugado en la creación de Pakistán. Me tenía afecto. Yo contaba con un grupo de voluntarios que habrían puesto la mano en el fuego si yo se lo pidiese.

Dos días antes de la llegada de Nazimuddin, el SDO se reunió con el magistrado de distrito para decidir si yo podía ser arrestado. El magistrado de distrito, Sr. Golam Kabir, le aconsejó que no actuase precipitadamente y le aseguró que hablaría conmigo el día anterior al evento. El Sr. Kabir era inteligente y sensible, y me conocía desde mis días en Calcuta. Solía dirigirse a mí con el apelativo familiar de *tumi*, en bengalí, mientras que yo usaba también el honorífico *bhai* para demostrar mi respeto hacia él.<sup>32</sup>

El Sr. Kabir, tan pronto como llegó a Gopalganj, pidió reunirse conmigo. Cuando fui a verlo, me encontré con que el superintendente de la policía del distrito estaba con él. Le hice saber mi opinión sobre lo que sucedía y le presenté nuestra lista de demandas. Él dijo:

—El gobernador general no es un político. Encabeza el Estado. No pertenece a ninguna organización política. Es también un huésped. ¿Sería correcto ofenderlo cuando se encuentre entre nosotros?

—¿Quién le ha dado la idea de que tenemos tales intenciones?

—respondí yo—. Todos estamos encantados de recibirlo. Lo único que queremos hacer es decirle que ordene una investigación, de modo que se castigue a la gente que ha obligado a otros a contribuir al fondo mediante coerción. Además, no vamos a entregarle todo el dinero recaudado. No estamos diciendo que sea nuestro, sino que él debe donarlo para que aquí se construya un instituto de enseñanza.

—Prométeme que no ocurrirá ningún incidente —dijo el Sr. Kabir.

—¿Está usted loco? ¿No sé acaso que no es el primer ministro sino el gobernador general? No habrá incidente alguno, no vamos a crear ningún problema. Por favor, transmítale nuestras reclamaciones y déjenos saber qué resulta de su conversación con él. Nos gustaría saber qué respuesta nos da a eso de las diez de la mañana, para poder reunirnos con todos los demás y brindarle una recepción adecuada.

Al día siguiente, la embarcación estatal que transportaba al Sr. Nazimuddin llegó a Gopalganj a las once de la mañana. Fui invitado a embarcar y esperé en el camarote que colindaba con el del Sr. Nazimuddin. El Sr. Kabir me dijo, en su nombre, que

---

<sup>32</sup> N. de la T.: *Tumi*, en bengalí, 'tú'. *Bhai*, en bengalí, 'hermano', palabra utilizada no solo en el contexto de relaciones de familia, sino para demostrar respeto a hombres de mayor edad o estatus.

encontraba justas nuestras peticiones y que las consideraría cuidadosamente. Estaba al tanto de que Gopalganj no tenía un instituto de enseñanza y de que necesitaba uno.

Mientras tanto, la gente del pueblo pensó que yo había sido arrestado, puesto que un oficial de policía, en uniforme, me había escoltado hasta la embarcación. Nuestros compañeros rompieron el cordón policial y comenzaron a marchar hacia la embarcación entonando consignas. La policía respondió golpeándolos con sus porras. Toda la zona comenzó a revolucionarse. El magistrado del distrito solicitó que me presentase allí inmediatamente. Así lo hice, y calmé a la gente:

—No fui arrestado. El Sr. Nazimuddin ha dicho que va a examinar cuidadosamente las peticiones que le he presentado.

También le había solicitado al Sr. Kabir que discutiera con el Sr. Nazimuddin la situación de los *dawals*. Era un problema que también preocupaba al Sr. Kabir, pues sabía que Faridpur estaba a punto de padecer una hambruna por culpa de lo que les había pasado.

La asamblea fue multitudinaria. Todo el mundo acudió para darle la bienvenida al gobernador general. Él inauguró la mezquita, abriendo ceremoniosamente sus puertas. No sé si el Sr. Nazimuddin estudió todos los temas que le presentamos, pero quedó claro que, al partir, no se llevó consigo el dinero que había sobrado. De hecho, donó la suma para la construcción de un instituto. Este llevó el nombre de Muhammad Ali Jinnah, porque el dinero con el que construyó se había recaudado para el fondo Jinnah.

El instituto existe aún y, de hecho, funciona perfectamente en la actualidad.

~~~

No puedo recordar con exactitud la fecha, pero creo que fue en algún momento del año 1948, cuando el Sr. Suhrawardy vino a Dacca y pronunció un discurso en una reunión de estudiantes en el Salimullah Muslim Hall. Syed Nazrul Islam, de Mymensingh, era el vicepresidente del sindicato del hall en ese momento. Hoy en día es vicepresidente de la Liga Awami de Pakistán Oriental, aunque, al estar yo internado en la cárcel, actúa por ahora como presidente interino de la organización. El Sr. Suhrawardy habló



tan elocuentemente que, incluso aquellos que solían oponérsele, se convirtieron en sus partidarios. En ese tiempo, ni siquiera los ministros podían acercarse al vestíbulo de la universidad, donde no se les apreciaba en absoluto.

En la siguiente visita del Sr. Suhrawardy a Dacca organizamos muchas reuniones para que pudiese difundir sus opiniones sobre la armonía entre comunidades. La primera de esas reuniones tuvo lugar en Tangail. En su ruta hacia esa reunión, el vapor debía hacer escala en Manikganj, donde debía pronunciar también un discurso. El Sr. Shamsul Huq organizó todas esas reuniones.

Normalmente, el Sr. Suhrawardy descendía del avión e iba a la residencia de la Sra. Anwara Khatun. Ella era miembro de la Asamblea Parlamentaria por ese entonces. El Sr. Suhrawardy almorzó allí. El vapor debía partir del puerto de Badamtali por la tarde. El Maulana Bhasani y yo lo acompañábamos. Nos dirigimos al vapor. Sin embargo, a pesar de que debía partir a las seis en punto de la tarde, no lo hizo. Cuando preguntamos, se nos informó de que el gobierno había prohibido la salida del vapor. Esperamos en el puerto durante casi dos horas. Kader Sardar y el Sr. Kamruddin estaban presentes. A las ocho de la noche, el magistrado del distrito en compañía del inspector general adjunto de la policía, le entregaron un documento: era una orden gubernamental que le prohibía dejar Dacca para asistir a las reuniones previstas. Mencionaba que el gobierno no pondría impedimentos a que viajase con rumbo a Calcuta, o a que permaneciese en Dacca.

El Sr. Suhrawardy tuvo que salir del puerto. Yo acudí para recoger su equipaje del vapor. ¿Dónde se alojaría? ¿Quién lo aceptaría como huésped? Ningún hotel estaba disponible. La Sra. Anwara Khatun tenía el valor necesario para alojarlo, pero su casa era demasiado pequeña para ello. Sucedió igual con Aatur Rahman y Kamruddin. Kamruddin fue a ver al Capitán Shahjahan y a su esposa, Begum Noorjahan, quienes tenían una hermosa residencia y espacio suficiente. Ella –hoy profesora– dijo:

—Qué buena fortuna poder tenerlo como huésped. Lo respeto como si fuese mi padre. Por favor, tráigalo a nuestra casa: puede alojarse con nosotros.

Si no nos hubiese concedido tal favor, habría sido muy embarazoso para nosotros: se habría creado la impresión de que el verdadero responsable de la creación de Pakistán no tenía lugar alguno para alojarse en ese país.

Durante los dos días en que el Sr. Suhrawardy se quedó en su casa, la Sra. Noojahan se encargó de que se sintiese lo mejor posible. Las palabras no pueden describir el trato que le dispensó. Es posible que ni siquiera una hija hubiese demostrado tanta devoción por su padre. El capitán Shahjahan también se esforzó mucho para brindarle una estancia agradable.

Dos días más tarde, llevé al Sr. Suhrawardy a Narayanganj, donde se embarcó en un navío. Quería acompañarlo a lo largo de buena parte de la travesía, pero no accedió. Me dijo:

—No hay necesidad de que vengas. Hay otras personas conmigo, voy a estar bien.

Me ocupé de que su lecho estuviese listo y de que todo se hubiese preparado para él. Cuando le dije adiós, él me dijo:

—Van a castigarte. Esa gente ha perdido la cabeza. Si continúan gobernando de una manera tan grotesca, es imposible prever qué sucederá.

—No se preocupe, señor—le dije—. Dios me ha concedido la fuerza para enfrentar la injusticia y la opresión. Y usted me ha enseñado también a luchar contra esas cosas.

No teníamos la fuerza necesaria para protestar contra esas medidas represivas. Tampoco estábamos listos para hacerlo. Los estudiantes protestaban un poco, pero nadie podía liderarnos. Si nos hubiésemos lanzado a un movimiento de protesta, habíamos encontrado el apoyo popular, porque el pueblo amaba al Sr. Suhrawardy.

Cuando unos pocos de entre nosotros quisimos iniciar un movimiento, algunos de los líderes más antiguos nos prohibieron continuar. La mayoría éramos apenas unos recién llegados en Daca y no habíamos tenido tiempo para hacernos un nombre. El Maulana Bhasani se marchó con el Sr. Suhrawardy, pero había asistido también a nuestras reuniones. Si el Sr. Shamsul Huq hubiese estado ese día con nosotros, no tengo duda alguna de que nuestra protesta se habría comenzado con éxito.

El once de septiembre de 1948 murió Muhammad Ali Jinnah, y Khawaja Nazimuddin lo reemplazó como gobernador general. El Sr. Nurul Amin se convirtió en el primer ministro de Bengala Oriental. En ese momento, algunos miembros de la Asamblea Legislativa le pidieron al Sr. Suhrawardy que se mudase a Daca para convertirse en primer ministro. Él no aceptó la propuesta.

Se aprobó una nueva ley en la Asamblea Legislativa y lo expulsaron de su seno.

~~~

Volqué mi atención entonces en la organización de la Liga de Estudiantes Musulmanes de Pakistán Oriental. Empezamos a crear secciones en cada escuela y colegio. Pronto pudimos crear organizaciones efectivas en los distritos. La organización estudiantil controlada por el gobierno existía tan solo sobre el papel. La Liga de Estudiantes fue capaz de criticar y protestar contra las decisiones injustas del gobierno. En Pakistán no existía oposición: el gobierno abandonó el camino de la democracia, optando por una dictadura. El primer ministro, Sr. Liaquat Ali Khan, se convirtió en la persona más poderosa del país. No toleraba ninguna crítica.

Algunos estudiantes de ideología comunista detestaban al gobierno. Así, las ideas que intentaba diseminar el gobierno ofendían tanto a los estudiantes como a los ciudadanos en general. Yo solía decirles:

—Cuando a los ciudadanos comunes y corrientes aún caminan, todos ustedes tienen sus mentes en las nubes y van volando. Ellos no comprenden el lenguaje que ustedes usan y por ello no los acompañarán en sus vuelos. Ustedes deben dar a las personas únicamente el alimento para el pensamiento que pueden digerir.

Esto hizo que los comunistas hablaran en mi contra, pero fallaron completamente en su intento de ganarse a los estudiantes.

Por esos días, los estudiantes del instituto público de Rajshahi fueron golpeados. La mayor parte de ellos eran miembros de la Liga de Estudiantes. Veintiún estudiantes fueron expulsados y el gobierno les pidió que dejaran el distrito de Rajshahi. En otros distritos también se estaba arrestando y torturando a estudiantes. En enero o febrero de 1949 numerosos estudiantes en Dinajpur fueron encarcelados. Dabirul Islam fue golpeado sin piedad en la cárcel. Tan brutal fue la paliza que le propinaron que las secuelas afectaron su salud por el resto de su vida.

Los estudiantes me nombraron organizador de un comité que debía preparar el Día de Resistencia contra la Represión. Incluso escogieron una fecha a tal efecto. Es más, todos los distritos de

Pakistán Oriental celebraron el día. Reclamamos que todos los estudiantes y presos políticos fuesen liberados y que se declararan nulas todas las medidas punitivas ordenadas contra los estudiantes.

Fue la primera vez que se inició un movimiento para reclamar la libertad de todos los presos políticos, y para protestar contra la represión. Nadie se había atrevido a hacerlo antes. Durante esos días, cuando estábamos a punto de reunirnos o de iniciar una protesta, siempre aparecían secuaces listos para golpearnos y terminar así con nuestros planes. El Día de Resistencia contra la Represión, esos mercenarios fueron enviados a los campus universitarios. Cuando me enteré de ello decidí que la asamblea tendría lugar por la noche. Les dije a todos quienes estaban presentes que deberíamos resistir cualquier intento de usar a esos rufianes contra nosotros.

Debíamos reunirnos en el Amtala Math, un sitio que se había vuelto famoso por las reuniones políticas que se celebraban allí. Cuando las autoridades nos impidieron congregarnos allí, lo hicimos en un campo que quedaba frente a la universidad.

Coloqué un grupo especial de voluntarios leales cerca del portón de la universidad para que impidiesen que los violentos pudiesen atacarnos e impedir nuestra reunión. La idea era darles una lección a aquellos rufianes, a través de un ataque organizado desde tres puntos distintos, de modo que, en el futuro, no aceptasen venir a Ramna para impedir las reuniones.

Era sorprendente que el partido de gobierno apoyase abiertamente tales acciones, y que ayudase a sus secuaces en sus ataques. En ocasiones, cuando los estudiantes de la universidad de Jagannath, de Mitford o de la Escuela de Medicina organizaban marchas de protesta, esos rufianes les hacían caer en emboscadas para pegarles. Los líderes de la Liga Musulmana generaban con ello un ambiente de terror, de modo que nadie se atreviese a criticar a su gobierno. Parecían incapaces de comprender que tales tácticas tendrían, en el futuro, un efecto bumerán. Asumían que con aquellos mercenarios lograrían sofocar las protestas de la gente. Nunca se les ocurrió que esas medidas jamás tienen éxito. Tanto en ese como en otros casos, nunca pareció que pensasen en ello detenidamente.

En aquellos días, el Sr. Rafiqul Hussein, de Krishnanagar, organizó un mitin en la Nabinagar thana, de la subdivisión

Brahmanbaria. La idea era obtener el dinero necesario para que el colegio de Krishnanagar pudiese comenzar a operar formalmente. El Sr. N. M. Khan, del Servicio Civil de Pakistán, fue el invitado de honor, con vistas a recaudar fondos. Él era, por aquel entonces, director general del departamento de alimentos, y aceptó la invitación. Los famosos cantantes Abbasuddin Ahmed, Shorab Hussein y Bedaruddin Ahmed, actuarían para la ocasión. Yo estaba invitado también.

El Sr. N. M. Khan era muy popular en esa región por el excelente trabajo que había efectuado, antes de la independencia, en el cargo de SDO. Cuando llegué al lugar, observé que miles de personas habían asistido con la esperanza de escuchar al Sr. Khan y al Sr. Abbasuddin. Este último era inmensamente popular en todos los pueblos de Bengala. La gente se volvía loca al escucharlo cantar. Amaban sus canciones. Él en verdad pertenecía a nuestra tierra. Era lamentable que una persona así tuviese que trabajar para el departamento de propaganda del gobierno.

Cuando la reunión comenzó, el Sr. Rafiqul Hussein me solicitó que pronunciase un discurso. Me dirigí en el mismo al Sr. Khan, diciendo:

—Usted conoce la situación que estamos viviendo ahora. Usted ha trabajado en esta tierra durante mucho tiempo y es, en este momento, director general del departamento de alimentos. ¡Cómo va a sobrevivir este pueblo! El gobierno no podrá alimentarlo. Si no es capaz de ayudarlos, ¿por qué privarlos de comida?

Proseguí así, insistiendo en las dificultades a las que los *dawals* se enfrentaban. También le pedí al público que ayudara a la escuela.

El Sr. Khan aseguró que haría todo lo que pudiese para ayudar. Tras su marcha comenzó el espectáculo. Cantaron el Sr. Abbasuddin, el Sr. Shorab Hussein y el Sr. Bedaruddin. Sus interpretaciones continuaron hasta muy tarde. El Sr. Abbasuddin se alojó en casa del Sr. Rafiqul Hussein, junto con el resto de nosotros. Los hermanos del Sr. Hussein eran cantantes de gran talento. Nuestros compañeros Hasnat y Barkat eran cantantes muy buenos también y yo les tenía el afecto de un hermano mayor. Habíamos sido encarcelados juntos. Al día siguiente salimos en bote a la estación de tren de Ashuganj. Mientras viajábamos, nuestros compañeros siguieron cantando.

No consideraría mi vida completa si no hubiese escuchado ese día al Sr. Abbasuddin cantando canciones *bhatiali* mientras cruzábamos el río.<sup>33</sup> Cuando él cantaba esos temas me parecía que las olas, que se movían suaves, habían entrado en trance gracias a su interpretación. Sus discípulos, Shorab Hussein y Bedaruddin, han conseguido, en cierta medida, mantener vivo su estilo. Yo me había convertido en un devoto seguidor del Sr. Abbasuddin. En cierto momento, él me confió:

—Mujib, se está organizando una conspiración contra el idioma bengalí. Si el bengalí no se convierte en idioma oficial del estado, la cultura y la civilización de Bengala estarán amenazadas. Las canciones que has apreciado hoy van a perder todo encanto y toda melodía. Sin importar lo que suceda, el bengalí debe convertirse en idioma oficial del Estado.

Le prometí que intentaría que nuestra lengua se convirtiese en oficial y he dado todo lo mejor de mí para cumplir tal objetivo.

~~~

Llegamos a Dacca por la noche. Cuando llegamos al número 150 de Mughaltuli, fuimos informados de que los trabajadores de rangos inferiores de la universidad estaban en huelga y de que los estudiantes se habían unido a ellos para demostrar solidaridad con su causa. Yo sabía que, durante un tiempo, los empleados que menos ganaban habían pedido que sus demandas fuesen consideradas por las autoridades. Me había reunido con ellos para saber más sobre sus quejas. Antes de la creación de Pakistán, la universidad de Dacca era una institución residencial. Ahora era la única universidad de la provincia. El número de estudiantes se había incrementado sustancialmente. Pero el número de funcionarios no había aumentado en la misma medida. Debían trabajar sin descanso todo el día. Antes, se les proveía de vivienda. Hoy sus apartamentos habían sido confiscados, pues la nueva capital de la provincia carecía de viviendas suficientes para alojar a los funcionarios estatales. Solían recibir uniformes, pero tras la creación de Pakistán, incluso ese beneficio se les había negado. A esto había que sumarle que el precio del arroz y de otros productos

---

<sup>33</sup> N. de la T.: *Bhatiali*, canciones tradicionalmente interpretadas por barqueros de Bangladés, preciada parte del folclore de ese país.

esenciales había aumentado. No había seguridad laboral. Podían ser contratados o despedidos según los deseos de sus jefes.

Les dije que debían organizarse, para luego presentar su lista de demandas. Les aseguré que, si no lo hacían así, las autoridades no se preocuparían de escucharlos en absoluto. Formaron un sindicato, y uno de los estudiantes se convirtió en su presidente. No supe nada más sobre el tema, porque me encontraba viajando de distrito a distrito en esos días. Al regresar a Dacca, me enteré de la huelga, y enseguida comprendí que se debía a que sus demandas habían sido ignoradas. A pesar todo, no deberían haber tomado esa decisión de una forma tan precipitada, puesto que no tenían los fondos necesarios para sostener una lucha prolongada. Su organización era demasiado nueva. Sin embargo, la huelga estaba en marcha, nada podía hacerse ya. Cuando fui a la universidad por la mañana, me dijeron que los estudiantes se habían declarado en huelga, demostrando así su apoyo a los trabajadores. Los trabajadores habían comenzado a manifestarse y los estudiantes se unieron a ellos. Tomé conmigo a algunos de los líderes estudiantiles y fui a visitar al vicerrector para comunicarle las demandas de los trabajadores. Las autoridades universitarias habían resuelto despedir a los trabajadores en huelga. Por la noche lo visité de nuevo, pero esta vez llevé conmigo a los vicepresidentes de Fazlul Huq Hall y Salimullah Muslim Hall.

—Por favor —le dije—, asegúrese de que pondrá todo de su parte para intentar dar solución a sus demandas, presentando su caso ante quienes tienen el poder de actuar. Consiga usted que nadie sea despedido y que los trabajadores en huelga no sean castigados.

Las negociaciones continuaron durante mucho tiempo. Al final, él nos aseguró que accedía a nuestra petición. Nos dijo:

—Si ustedes terminan la huelga mañana y reanudan las actividades, nadie será castigado. Hablaré con la gente responsable e intentaré persuadirlos para que acepten sus legítimas reclamaciones.

Al día siguiente, los estudiantes regresaron a las clases y muchos trabajadores se incorporaron a sus puestos. Aquellos que regresaron antes de las doce del mediodía pudieron reincorporarse, mientras que todos los que llegaron después fueron despedidos.



Muchos trabajadores que venían de Narayanganj se hallaron en esa situación. A casi el cincuenta por ciento de los trabajadores que vivían en lugares alejados no les fue posible llegar antes de que el plazo terminase, porque no se enteraron a tiempo del final de la huelga. Esa gente vino a vernos para contarnos su problema. Empezaron a concentrarse. Nos encontramos en una situación difícil, pues los habíamos convencido de terminar la huelga. Les pedimos que esperasen y fuimos a ver al vicerrector. Le preguntamos sobre lo sucedido. Nos dijo:

—Cuando les pedí que se reincorporaran hoy, les dije claramente que debían hacerlo hasta las once de la mañana. Esto significaba que no serían admitidos después de esa hora.

Intentamos convencerlo de que debía ser un poco más flexible, pero fue inútil: el gobierno lo presionaba para que fuese extremadamente riguroso en este caso.

Le dijimos:

—¿Va usted a tomar una medida tan drástica, tan solo por una hora o dos?

Pero ninguno de nuestros razonamientos tuvo efecto alguno. Él puntualizó:

—Ustedes debieron asegurarse de que todos se reincorporasen antes de las once de la mañana. Todo lo que les dijeron fue que regresaran hoy.

Nos dijo que no quería hablar más con nosotros y nosotros le respondimos que retomaríamos la huelga.

Los estudiantes y los trabajadores nos reunimos en la universidad. Una vez que todos estuvieron presentes, les informamos sobre nuestra conversación con el vicerrector. Declaramos también que reiniciaríamos la huelga al día siguiente y que los empleados y los estudiantes continuarían con la misma hasta que nuestras legítimas demandas fuesen aceptadas. Salimos a manifestarnos y decidimos continuar con aquellas protestas al día siguiente, desde las once de la mañana. Tuve que tomar parte activa en todo este plan. Aún me parecía difícil creer que un educador y funcionario universitario de carrera permitiese que el gobierno lo usara para ejecutar una decisión tan malintencionada.

Poco después de terminar nuestro mitin en la universidad, los administradores de la misma anunciaron que cerraban sus puertas *sine die*. Solicitaron que todos abandonaran sus instalaciones en

un plazo de veinticuatro horas. También anunciaron que los trabajadores que habían protestado serían despedidos.

Yo estaba en Salimullah Hall cuando la noticia se dio a conocer. Organizamos un mitin de inmediato. Decidimos que no abandonaríamos el campus, y anunciamos nuestra resolución públicamente. La misma decisión se tomó en Fazlul Huq Hall y además se difundió un comunicado al respecto. También se formó un comité para obtener dinero para los trabajadores que estaban en huelga. Era necesario, porque esa gente no recibía más que veinte o treinta rupias como salario. ¿Cómo iban a alimentar a sus familias? Escogimos a unos cuantos para que recaudasen fondos para las familias afectadas.

Al día siguiente, la mitad de la población estudiantil había evacuado el campus. El éxodo continuó día a día. Tres días más tarde, tan solo treinta o treinta y cinco estudiantes permanecían en Salimullah Muslim Hall, y veinte o veinticinco en Fazlul Huq Hall. La policía cercaba ambas instalaciones. Decidimos reunirnos en nuestro hall. Sabíamos que no podríamos evitar que la policía tomase el campus. Decidimos, por unanimidad, que saldríamos del campus y nos dedicaríamos a recaudar dinero para los trabajadores afectados, pues sin fondos no podrían continuar con su lucha.

Cuatro días más tarde nos forzaron a salir del campus. Seguimos trabajando en la recaudación de dinero para ayudar a los trabajadores en huelga. Diez o quince días más tarde, supimos que, uno por uno, los trabajadores estaban firmando convenios y reintegrándose a sus labores. En aproximadamente un mes, la mayoría de ellos se habían reincorporado a sus cargos. La huelga concluyó así.

En aquellos días, fui con algunos de mis compañeros a Dinajpur, donde algunos estudiantes continuaban presos. Dabirul Islam había sido víctima de una paliza dentro de la cárcel de Dinajpur. La sección 144 estaba vigente en el pueblo y, por tanto, no podíamos organizar mítines dentro de su circunscripción. Decidimos organizar uno puertas adentro. Nos alojábamos en un hostel. Abdur Rahman Chowdhury era por entonces el secretario de la Liga de Estudiantes. Ya en el tren de regreso, leyendo un diario nos enteramos de que veintisiete de nosotros habíamos sido expulsados de la universidad. Entre los estudiantes a quienes se había expulsado por cuatro

años estaban Dabirul Islam, Oli Ahad, Mollah Jalaluddin –hoy abogado– y Abdul Hamid Chowdhury. Otros fueron expulsados por diferentes motivos. Excepto por los cuatro estudiantes ya mencionados, todos los demás podrían reintegrarse en sus carreras, si firmaban antes un compromiso y pagaban una multa.

Entre las estudiantes, tan solo Lulu Bilkins Banu fue expulsada. Ella era la organizadora de la sección femenina de la Liga de Estudiantes.

Al final de mes, la mayoría de trabajadores se habían reincorporado a sus puestos. La universidad continuaba cerrada. Los estudiantes se habían marchado. La administración se había aprovechado de la situación para quebrantar la convicción de los trabajadores más humildes.

~~~

Pronto los miembros y los líderes más antiguos de la Liga empezaron a plantearse su futuro. ¿Qué podía hacerse? ¿Sería buena idea formar un partido nuevo? Yo hice pública mi opinión: en lo que me concernía, no me era posible continuar actuando en política confiando enteramente en una organización estudiantil.

Por aquel entonces, además de la Liga Musulmana, el Partido del Congreso tenía una organización activa en nuestro país. Además de mantener unos pocos representantes en la Asamblea Constituyente y en la Asamblea Legislativa de Bengala Oriental, solían actuar reduciendo su presencia tanto como les era posible. Todos eran hindúes. Si se expresaban abiertamente los marcarían rápidamente como ‘traidores’. Se hallaban, en consecuencia, totalmente abatidos y temerosos de encontrarse en medio de revueltas sectarias. La comunidad musulmana sospechaba siempre de todo lo que tuviese relación con el Partido del Congreso. No incluía ni un solo miembro musulmán.

Por su parte, todos los líderes importantes de la Liga Musulmana apoyaban al gobierno. A cambio, recibieron empleos bien pagados y de poco trabajo como ministerios, secretarías parlamentarias y otros cargos. No podíamos contar con nadie que tuviese un cierto renombre.

El Maulana Abdul Hamid Khan Bhasani regresó de Assam por esos días. La gente de Bengala Oriental no sabía mucho de él porque había pasado mucho tiempo en Assam. Tan solo la gente

de Mymensingh, Pabna y Rangpur conocía algo de sus actividades. Esto se debía a que había desarrollado sus acciones exclusivamente en esas jurisdicciones. A pesar de ello, la gente que poseía alguna instrucción sabía lo que había logrado. Era un miembro de la Liga Musulmana que se había enfrentado con éxito en Assam al movimiento ‘Expulsa bengalíes’, algo que incluso le había llevado a la cárcel. La gente de Tangail lo apreciaba mucho. El Sr. Shamsul Huq le tenía sincero afecto, porque era también nativo de esa región. Decidimos contactar con el Maulana. En el pasado, él había asistido a reuniones de antiguos líderes de la Liga Musulmana. Estaba de visita en Assam por ese entonces. La idea conllevaba organizar una reunión en la que se crearía un nuevo partido político, tan pronto como regresase.

En la Provincia de la Frontera, Pir Manki Sharif había formado una organización llamada la Liga Musulmana Awami. Había sido elegido como presidente de la misma y el secretario era Khan Golam Muhammad Khan Lundkhar. El ministro en jefe de la provincia, Khan Abdul Quayyum Khan, se había distanciado de los antiguos miembros de la Liga Musulmana y gobernaba con mano de hierro. No dudó en encarcelar a algunos miembros de la Liga Musulmana. Se había transformado en “el leopardo de la frontera”.

El movimiento pro Pakistán fue incapaz de atraer al “Gandhi de la frontera”, Khan Abdul Ghaffar Khan, y tampoco pudo integrar al Doctor Khan Shaheb. Todo ello se tradujo en el establecimiento de un gobierno controlado por el Congreso. Tan solo Pir Manki Sharif pudo convocar a la Liga Musulmana para oponerse a los “camisas rojas”. Y, sin embargo, la Liga Musulmana acabó prescindiendo de sus servicios más tarde!

~~~

En el mes de marzo o a principios de abril de 1949 se convocaron elecciones en Tangail. Decidimos pedir al Sr. Shamsul Huq que aceptase la contienda con el candidato de la Liga Musulmana. Aceptó hacerlo. Sin embargo, ¿de dónde saldrían los fondos para la campaña? Él no tenía dinero y nosotros tampoco. Pero nada iba a detenernos. Él partió a Tangail y nosotros hicimos cuanto pudimos para recaudar fondos para su campaña. La suma obtenida fue mínima: tan solo unos pocos cientos de rupias. Los estudiantes

y los miembros de la organización las recaudaron vendiendo sus plumas y sus relojes.

Mientras tanto, todos los líderes estudiantiles que organizaron el movimiento fueron expulsados de la universidad. Debíamos manifestarnos contra esta medida. Las autoridades anunciaron que la universidad sería reabierta el 17 de abril. Los miembros de la Liga de Estudiantes, junto con otros alumnos y trabajadores que se habían involucrado en las protestas, se concentraron en el número 150 de Mughaltuli, y decidieron que convertirían el 17 de abril en “Día de Protesta”. Continuarían manifestándose hasta que las autoridades revocasen las sanciones impuestas. Algunos de nuestros miembros se dirigieron a Tangail. La mayoría de ellos eran miembros veteranos de la Liga Musulmana. Los ministros pertenecientes a la Liga Musulmana y los miembros de la Asamblea Legislativa también se concentraron en Tangail con recursos adicionales como vehículos de motor. El candidato de la Liga Musulmana era el más famoso zamindar de karatia en Tangail, Khurram Khan Panni. La mayoría de los votantes eran arrendatarios suyos y, por tanto, tenían obligaciones con él. Además, podía utilizar los fondos y los recursos que el gobierno ponía a su disposición.

En contraste, el Sr. Huq, nuestro candidato, era un hombre pobre pero abnegado, un trabajador que estaba preparado para darlo todo por el pueblo. Era, además, idealista y eficiente. En ese tiempo, ninguna organización nos apoyaba. Nuestros miembros hacían campaña a pie y a menudo no tenían dinero ni para comer. Los estudiantes en Daca estaban todavía envueltos en la huelga. Se decidió que todos nosotros viajaríamos a Tangail. Yo llegaría el 19 de abril.

El 16 de abril descubrimos que muchos miembros de la Liga Estudiantil habían firmado en secreto un compromiso con la universidad. El grupo incluía al organizador, Naimuddin Ahmed, a Abdur Rahman Chowdury –hoy abogado y entonces vicepresidente de la Liga Estudiantil de Salimullah Hall– y a Dewan Mahbub Ali –hoy también abogado. Muchos que se proclamaban estudiantes progresistas, aún sin formar parte de la Liga de Estudiantes, también habían firmado el compromiso. De hecho, casi la mitad de los veintisiete estudiantes estamparon sus firmas en ese documento. Se les había advertido de que, de no firmarlo antes del 17, serían expulsados de la universidad.

Cuando se difundió la noticia de que el organizador de la Liga de Estudiantes y vicepresidente de Salimullah Hall se encontraba entre los signatarios del compromiso, los estudiantes se desanimaron. Intenté juntar a cuantos pude y busqué también a Naimuddin. Sin embargo, era muy difícil encontrarlo. Logró eludirnos hasta que, una noche, lo encontramos en la casa en que solía hospedarse entonces. Confesó que había firmado el compromiso y dijo:

—¿Qué otra cosa podía hacer? No tenía otra opción. Tengo demasiados problemas.

Perdí la paciencia con él. Cuando regresé, ya por la noche, organicé una reunión con los estudiantes y los trabajadores que nos faltaban. Muchos se presentaron. Esa noche, decidimos expulsar a los estudiantes que habían firmado el compromiso. Decidimos también que imprimiríamos panfletos por la noche, y que los distribuiríamos al día siguiente en la universidad. Kazi Golam Mahbub fue nombrado coordinador. Solía trabajar abnegadamente con nosotros, desde siempre.

Durante esos días las clases de Derecho se impartían en la mañana. Los estudiantes del departamento de leyes se declararon en huelga y los piquetes comenzaron a las diez de la mañana. Los estudiantes que pertenecían a la organización decidieron tenderse frente al portón de la universidad. Tan solo una muchacha participó activamente en esa protesta. Su nombre es Nadira Begun. Es la hermana del profesor Munier Chowdhury. Ella se sentó en el suelo, frente al portón, junto con los demás estudiantes. Por entonces, tan solo diez o quince estudiantes eran miembros de la Liga Nacional de Estudiantes de Pakistán Oriental. Esos estudiantes pisotearon a los compañeros que se encontraban postrados durante la protesta. Uno de ellos empezó a insultar a Nadira, en los términos más viles. Esa actitud enardeció a los otros estudiantes. Comprendí lo que iba a suceder y les pedí a todos que guardaran la calma. Les dije:

—No tenemos nada que objetar si ustedes quieren asistir a las clases o entrar en la universidad. Empero, por favor no pisoteen a los estudiantes que protestan. Y no usen ese lenguaje obsceno.

Ellos ignoraron mi reclamación y siguieron saliendo y entrando del portón, pisoteando a los estudiantes que protestaban. Me era imposible controlar la situación. Para entonces, muchos estudiantes se habían detenido en el lugar. Arremetieron contra quienes nos acosaban, persiguiéndolos hasta en los pisos superiores, donde

intentaron esconderse. Me detuve frente al portón e intenté calmar a los estudiantes enfurecidos, impidiendo que prosiguiesen con sus acciones. Se celebró un mitin y la protesta terminó.

El Dr. Osman Gani era, por entonces, el preboste de Salimullah Hall. En la reunión del comité ejecutivo, solicitó que la orden de expulsión contra nosotros fuese revocada. El rector, Ibrahim Khan, lo apoyó. A pesar de ello, los otros miembros del comité se negaron a aceptar su propuesta.

La protesta continuó el día 18. Yo tenía la impresión de que la mayor parte de los estudiantes habían perdido interés en el movimiento de protesta. En la tarde del 18, concluí que no tenía sentido continuar con la protesta. Salimos por la noche a manifestarnos frente a la casa del vicerrector. Le dijimos:

—Vamos a acampar aquí hasta que las órdenes de expulsión sean revocadas.

La idea era mantener a un centenar de estudiantes frente a la residencia del vicerrector, día y noche. Ocupamos también las habitaciones del piso inferior de su residencia. Las ocupábamos por turnos. El 18 transcurrió así. Sin embargo, finalmente fui el único que permaneció allí hasta el final, porque se supo que el vicerrector iba a llamar a la policía en cualquier momento.

A las tres de la tarde del 19, un nutrido contingente de la fuerza policial se aproximó, liderado por el magistrado del distrito y SP (Superintendente de la policía). Solicité a todos que nos reuniéramos de inmediato para que se eligiese a un comité que continuase con el movimiento si nos encarcelaban. Estaba convencido de que yo debía ir a la cárcel como todos los demás.

El magistrado del distrito nos dio cinco minutos para salir de allí. Les dije a ocho de los estudiantes que se quedaran mientras que a los demás les pedí que se marcharan. Aquellos que permanecimos no nos movimos de nuestras posiciones. Los representantes de los estudiantes sentían que el movimiento había perdido fuerza y pensaban que mi arresto y mi paso por prisión le daría nueva energía. Yo acepté esa estrategia.

Cuando el plazo de cinco minutos terminó, el magistrado ordenó a la policía que procediese a arrestarnos. Tajuddin Ahmed —hoy secretario general de la Liga Awami— estaba entre los detenidos, a pesar de que se le había ordenado que no se expusiera. Fue listo y fingió que era un reportero. Sacó un papel y empezó a



anotar los nombres de los estudiantes arrestados. Su triquiñuela funcionó y lo dejaron en libertad. Le hice un guiño. A los demás nos subieron a un camión para llevarnos a la cárcel.

~~~

A partir del día siguiente, nuestra protesta ganó impulso y se generalizó. Incluso aquellos a quienes habíamos solicitado que no se expusiesen fueron arrestados en los tres días siguientes. Entre ellos se encontraban Khalek Nawaz Khan, Kazi Golam Mahbub, Aziz Ahmed, Oli Ahad, Abul Hasnat, Abul Barkat, K. G. Mustafa, Bahauddin Chowdhury y muchos otros. Todos ellos eran miembros prominentes de nuestro movimiento. Era evidente que, sin contar con ellos, no podríamos continuar.

Las clases se reiniciaron y nosotros seguimos presos. Un total de treinta y cinco estudiantes estábamos encerrados en la cárcel de Dacca. Nos mantenían en el corredor cinco, en el segundo piso. A algunos se nos había concedido el estatus de prisioneros de clase alta, mientras que a otros se les había negado, lo que resultaba para ellos una experiencia todavía más miserable. Por ejemplo, la comida que les daban no era buena. Todos decidimos que nos mantendríamos unidos y que compartiríamos con ellos los alimentos que nos diesen.

Los que estábamos presos pertenecíamos a dos grupos. Tres eran radicales y eran tildados de comunistas por los demás. Ninguno de estos tres pertenecía a la Liga de Estudiantes. El resto de nosotros sí.

Ocupábamos el día jugando. Barkat compartía la celda conmigo. Por la noche solía cantar y la verdad es que tenía talento. Teníamos algunos libros y la biblioteca de la cárcel nos dio acceso a otros. Todos dedicábamos un rato a estudiar.

No éramos más que estudiantes y, por tanto, también algo revoltosos y traviesos. Aziz Ahmed y yo éramos los prisioneros de más edad. Los médicos de la cárcel estaban autorizados a recomendar dietas especiales para los prisioneros y nosotros a veces les abrumábamos con solicitudes. Barkat nos superaba a todos como pillastre. Cada vez que un médico venía a visitarnos gritaba:

—¡Me duele la pierna! ¡Prescriba huevos y leche para mí, por favor!

Todos reíamos con sus bufonadas. También dedicábamos horas y horas a discutir sobre política.

Solo los padres de Bahauddin Chowdhury vivían en Dacca. Él era el más joven de todos y yo le tenía mucho afecto. Su madre le enviaba grandes cantidades de comida. Él la compartía con todos nosotros, pero poco importaba: en cuanto caía dormido, los demás se organizaban para robarle comida o esconderla. Bahauddin no les reñía, pero me contaba lo que había sucedido. Yo les reñía por ello, pero nadie confesaba haber participado de la fechoría. Quienes permanecían despiertos hasta tarde, jugando a las cartas, los secundaban. Barkat nunca pudo ocultarme nada y siempre me decía la verdad.

Khalek Newaz también tenía problemas. Tenía el cuerpo lleno de pelo y algunos de los muchachos capturaban chinches para echárselas. Él solía gritarles obscenidades.

El Sr. Amiruddin Khan era el superintendente de la prisión y nos tenía mucho afecto. Nos daba todo lo que necesitábamos y había dado instrucciones a todos los funcionarios de la prisión para que estuviésemos cómodos.

Por las tardes, jugábamos al vóleibol. Un día me lesioné en un brazo jugando. Sentía un fuerte dolor que se hizo insoportable. Estuvieron a punto de enviarme al Colegio de Medicina. Sin embargo, uno de los médicos que había empezado a trabajar en la cárcel recientemente, acertó a colocar mi brazo en la posición correcta. El dolor empezó a desaparecer gradualmente. Al final, no tuve que ser internado en el hospital.

En mi pueblo, mis padres estaban muy tristes al saber cuál era mi situación. Renu y mi hija Hasina vivían con ellos. Hasina apenas había aprendido a caminar por entonces. Recibí una carta de Renu en la cárcel. Mi padre me envió también algún dinero, pues Renu sabía que yo fumaba, y temía que no me quedase dinero para hacerlo.

A partir de la primera semana de junio empezaron a liberarnos de uno en uno o por parejas. La situación en la universidad se había estabilizado por aquel entonces. El Sr. Shamsul Huq había logrado derrotar al candidato de la Liga Musulmana, Khurram Khan Panni, y era ahora miembro de la Asamblea Legislativa. Por primera vez, la Liga Musulmana experimentaba una derrota en Pakistán. Ese era el precio que tenía que pagar por haberse entregado a la política de camarilla.

Mientras permanecemos en la cárcel temimos el resultado de esas elecciones. El Sr. Huq, por otra parte, no estaba satisfecho con nosotros porque, en lugar de ir a Tangail y contribuir a la campaña, nos habíamos expuesto a un arresto. A pesar de ello, cuando supo exactamente qué había sucedido, se convenció de que no habíamos tenido otra opción.

La Liga Musulmana había sido un partido apoyado con extraordinario entusiasmo en 1947. ¿Cómo fue derrotada de manera tan contundente después? Sin duda, esto se debía a su inclinación por una política de camarillas, a la prevalencia de un comportamiento tiránico, a una administración ineficiente y a la ausencia de una planificación económica planificada. Continuaban gobernando el país conforme al sistema creado por los británicos. La gente esperaba que la administración obrase siguiendo los principios propios de una nación libre. Todos esperaban que, después de la partida de los británicos, la explotación cesaría y tendrían una oportunidad de mejorar su calidad de vida. Comprobaron, sin embargo, que sus esperanzas no tenían eco. Se sentían frustrados.

Lamentablemente, nuestros líderes no parecían comprender el descontento que expresaban las masas. La muerte de Jinnah provocó la aparición de camarillas y dio origen a políticas conspirativas.

Liaquat Ali Khan monopolizaba el poder. No toleraba a nadie más. Hablaba de democracia, pero en la práctica no lo era. La gente de Bengala Oriental había amado y respetado a Jinnah. Su nombre estaba en boca de todos. Cuando Liaquat se convirtió en primer ministro, la gente instruida pensó que gobernaría de modo eficiente y que aplicaría los ideales de su maestro, Jinnah. Surge, desde luego, la pregunta: ¿qué habría sucedido si Jinnah hubiese dejado una constitución para regir al país después de su muerte? Todo lo que decía o hacía era aceptado por las masas. Liaquat Ali Khan fracasó en su cometido de utilizar esa clase de poder. Cuando Jinnah se convirtió en gobernador general, utilizó el poder del que estaba investido. Khawaja Shaheb era demasiado amistoso y débil para ser efectivo. No poseía una personalidad fuerte.

Liaquat Ali no aprobaba el movimiento que habíamos iniciado. Los líderes de su partido en Bengala Oriental lo habían puesto en nuestra contra con éxito. El primer ministro de Bengala Oriental, Nurul Amin, dependía totalmente de los burócratas del gobierno

y de sus informes. Empezó a creer todo lo que aquellos informes decían y a actuar de modo brutal, conforme a lo que contenían. Incluso la derrota que sufrieron en la elección de Tangail no logró que él o que sus adláteres abriesen los ojos. El partido de gobierno declaró:

—Sin importar lo que haya sucedido, a Shamsul Huq no le será permitido ocupar su escaño de la Asamblea Legislativa.

Presentaron una demanda impugnando el resultado de las elecciones. Cuando Shamsul Huq visitó Dacca después de haber triunfado en la votación, la gente de Dacca y la comunidad de estudiantes le dio la bienvenida de forma multitudinaria. Se preparó una gran manifestación, que él lideró y que paseó por toda Dacca de manera triunfal. Nosotros disfrutamos del espectáculo desde la cárcel. En su regreso a Dacca, los antiguos miembros de la Liga Musulmana convocaron una reunión en la que decidirían sus acciones futuras. Esa reunión tendría lugar el 23 de junio de 1949.

~~~

Habían dejado salir a la mayoría de los nuestros de la cárcel. Solo Bahauddin Chowdhury y yo seguíamos presos. A Bahauddin, a pesar de ser muy joven, no se le permitía salir porque se sospechaba que podía ser comunista. En aquella época detenían a muchos supuestos comunistas amparándose en el Acta de Seguridad Pública. La gente acababa en la cárcel sin haber pasado por un juicio y muchos habían pisado ya la cárcel cuando mandaban los británicos.

Entonces descubrí hasta qué punto se sufre cuando se es prisionero. Cuando nos cerraban las celdas por la noche sentía una terrible angustia. En cuanto se ponía el sol, cada prisionero debía entrar en su celda, la puerta se cerraba con llave y comenzaba el recuento de los reclusos. Solía escuchar las historias que los demás prisioneros relataban sobre sus vidas, las cosas buenas y las cosas malas que les habían pasado.

Los prisioneros, por norma, no podían fumar ni masticar tabaco, pero a los prisioneros políticos sí que se les permitía hacerlo. Podían comprar cigarrillos y tabaco con su propio dinero. Los presos comunes se volvían locos por una calada, a pesar de las duras consecuencias que podía haber si algún guardia les descubría. Para los prisioneros era motivo de alegría que un guardia tuviera

la generosidad de permitirles fumar. Yo solía invitar a los presos comunes a fumar un bidi o dos, un placer al que se entregaban furtivamente.<sup>34</sup>

La gente se estaba preparando para un gran mitin de trabajadores. Desde nuestras celdas nos enteramos de los complejos preparativos que se estaban llevando a cabo. Se había abierto una oficina en el número 150 de Mughaltuli. Shawkat Mia se estaba encargando de los detalles logísticos. ¿Acaso no era el más competente de toda Dacca para ocuparse de todo lo que se refería a dietas y alojamiento? Lo estaba ayudando Yar Mohammad Khan, un veterano miembro de la Liga en Dacca. El Sr. Khan era muy ingenioso, y tenía las finanzas y los asistentes necesarios para ayudarlo. También ayudaban el abogado Aatur Rahman Khan, Ali Amjad Khan y Anwara Khatun, miembro de la Asamblea Legislativa. Esperábamos ansiosamente los resultados de los trabajos preparatorios del mitin. Me habían contactado, porque deseaban conocer mi opinión sobre el tema. Les dije:

—No tiene ningún sentido seguir intentando formar parte de la Liga Musulmana. Ese partido se ha convertido en el de la clase dirigente. No debemos unirnos a la Liga Musulmana, aunque nos inviten. Ellos funcionan ahora mediante camarillas. No puede ser considerado un partido del pueblo. No posee una política seria.

Me preguntaron también si quería continuar formando parte del frente estudiantil, o si pasaría a integrarme a la organización política que estaban formando, que jugaría el papel de oposición dentro del país, para evitar que se convirtiese en una dictadura.

Poco tiempo antes, el Sr. Kamruddin había creado una organización llamada Liga Gana Azadi, pero nunca llegó a materializarse.

Al final, se decidió que el mitin que se estaba organizando tendría lugar en la residencia Rose Garden, de propiedad del Sr. Humayun, puesto que ningún otro hall o espacio estaba disponible.

Al evento acudieron importantes líderes políticos y miembros del partido. Sher-e-Bangla A. K. Fazlul Huq, el Maulana Abdul Hamid Khan Bhasani y Allama Maulana Ragib Ahsan estuvieron presentes. Entre los miembros de la Asamblea Legislativa que asistieron se hallaban Khairat Hussein, la Sra. Anwara Khatun, Ali Ahmed Khan y Habibur Rahman Chowdhury, conocido también

---

<sup>34</sup> N. de la T., *Bidi*, cigarrillo liado a mano, manufacturado artesanalmente.

como Dhonu Mia. También hicieron acto de presencia veteranos líderes de otros distritos. Todos coincidieron en la necesidad de crear una nueva organización política. El nombre de la misma sería Liga Musulmana Awami de Pakistán Oriental. El Maulana Abdul Hamid Khan Bhasani fue nombrado su presidente, el Sr. Shamsul Huq, su secretario general, y yo, el secretario coordinador.

Al leer esos días los periódicos, comprobé que se me había identificado en los informes como un “prisionero de seguridad”.

Yo opinaba que la organización no debía crearse en base a los ideales de una sola comunidad, puesto que Pakistán ya había sido creado. Propugnaba la idea de que el partido debía ser amplio y contar con un manifiesto sólido. Al final, decidí que aún no había llegado la época para una organización así. Quizás quienes crearon la Liga Musulmana Awami de Pakistán Oriental lo habían hecho después de considerar todos los aspectos pertinentes.

Unos días después de la conformación de la Liga Musulmana Awami, se difundió la noticia de que Bahauddin y yo seríamos puestos en libertad. Al cruzar el dintel de la cárcel, vimos a una multitud, liderada por el Maulana Bhasani, esperando para recibirnos. A ellos también les había llegado la noticia de nuestra liberación. Bahauddin me susurró:

—Nadie me esperó nunca con una guirnalda de flores, pero como salgo contigo, van a darme al menos una.

—Si nadie tiene una guirnalda para ti, yo te pondré una —le dije riendo.

Cuando salimos, vimos a mi padre entre los que esperaban. Había viajado desde nuestro pueblo solo para recibirme. Me incliné para tocar sus pies, reverencialmente, e hice lo mismo con el Maulana Bhasani. Se escuchaban gritos como “Larga vida a la Liga Musulmana Awami”, “Larga vida a la liga de estudiantes” y, por primera vez, “Larga vida a la Liga Awami.” Saludé al Sr. Shamsul Huq y le dije:

—Sr. Huq, su victoria es la victoria del pueblo.

—Empecemos a actuar —dijo, y me dio un gran abrazo.

Más tarde, la Liga Musulmana Awami fue conocida como la Liga Awami.

Algunas personas fueron nombradas como vicepresidentes de la Liga Awami. Entre ellos estaban el Sr. Ataur Rahman Khan, Abdus Salam Khan, Ali Ahmed Khan y Ali Amjad Khan. Una

persona más había sido elegida para esos cargos, pero no recuerdo su nombre.

La primera reunión del comité organizador de la Liga Awami tuvo lugar en el número 150 de Mughaltuli. Sher-e-Bangla A. K. Fazlul Huq asistió a esa reunión. Se estableció un subcomité encargado de redactar los estatutos de la organización, y otro que trabajaría en el plan de acción que esta tomaría en el futuro. Llenos de entusiasmo, comenzamos a trabajar por el partido.

Shawkat Mia colocó un gran letrero, consiguió sillas, mesas y todo lo necesario.

Antes de que me liberaran, la Liga Awami ya se había reunido públicamente en Armanitola Maidan. Fue esa la primera ocasión en que el Maulana Bhasani pronunció un discurso públicamente en Dacca. La gente de Dacca había escuchado al Sr. Shamsul Huq antes. Era un gran orador.

La Liga Musulmana recurrió a tácticas violentas para impedir que la Liga Awami celebrase su mitin. Mucha gente se había congregado para asistir, pero justo en el momento en que la reunión iba a comenzar, algunos matones a sueldo dañaron el micrófono y destrozaron la plataforma que se había erigido para la ocasión. También golpearon a muchos de nuestros miembros.

Badshah Mia, que era famoso por su comportamiento violento, vivía entonces en Babu Bazar (Badamtala Ghat). Tenía muchos seguidores que no dudaban en utilizar la fuerza para dominar a todos los demás en esa parte de Dacca. Le habían dicho que los miembros de la Liga Awami querían destruir Pakistán, y que debía por tanto impedir cualquier reunión en su ciudad. Le pagaron quinientas rupias para que enviase a sus matones y perturbase nuestra reunión.

Badshah Mia provenía de una buena familia, pero se había juntado con malas compañías y había participado en los motines entre hindúes y musulmanes. Se iniciaron contra él muchos juicios por sus acciones pasadas. Después de que perturbase la reunión y se marchase, el Sr. Arifur Rahman Chowdhury, antiguo residente del vecindario, fue a verlo y le dijo:

—Sr. Mia, usted ha logrado imposibilitar nuestra reunión. Sin embargo, vamos a reorganizarnos y recomenzaremos. Antes de que usted tome otra medida, escúchenos. Si nos escucha decir algo contra Pakistán, impida de nuevo que nos reunamos.



El Sr. Chowdhury poseía una serena elocuencia. Había participado de la política desde el movimiento Khilafat de los años veinte. Sacrificó todo lo que tenía por la nación, y descendía de la familia Ulania, zamindars de Barisal.

Badshah Mia y sus secuaces empezaron a escuchar los discursos que se daban en una esquina cercana. Cuando algunos de los oradores acabaron sus discursos, Badshah Mia subió al escenario y declaró:

—Tengo algo que decir. ¿Van a dejar que lo diga?

¿Y quién iba a atreverse a decirle que no? A efectos prácticos, toda Armanitola Maidan era suya. Badshah Mia tomó el micrófono y dijo:

—Los líderes de la Liga Musulmana nos han engañado sobre ustedes. Me dieron quinientas rupias para que impedir que se celebrara vuestra reunión. Tengo ese dinero en mi bolsillo ahora mismo. Sería un pecado para mí aceptarlo. Voy a destruir ese dinero frente a ustedes.

Mientras hablaba, sacó un fajo de billetes de cinco rupias, y lo lanzó sobre la multitud. Algunas personas se abalanzaron sobre los billetes, otras los hicieron trizas. Badshah Mia prosiguió diciendo:

—He decidido que a partir de hoy seré miembro de la Liga Awami. Desafío a quien sea a intentar perturbar una reunión de la Liga Awami en Armanitola Maidan.

A continuación, le colocaron una guirnalda de flores en el cuello.

Aquel incidente sirvió para motivar a los presentes. Se hizo evidente que la Liga Musulmana se había rebajado a usar la violencia y que ahora pagaba a matones para interrumpir los mítines de la Liga Awami. No les daba ninguna vergüenza hacerlo. Llevaban tiempo actuando así y lo seguirían haciendo durante mucho tiempo más, hasta que al fin les obligamos a abandonar estas tácticas. Se habían propuesto no permitir la existencia de ningún tipo de oposición. ¿Por qué no comprendían que habían perdido el apoyo de las masas, y que les hacía falta intentar ganarse de nuevo esa confianza? ¿Por qué recurrían a medidas represivas contra la oposición usando la fuerza?

~~~

Me habían puesto en libertad y mi padre había venido a Dacca para acompañarme a nuestro pueblo. Le dije:

—Por favor, vuelve sin mí. Yo iré a reunirme con vosotros dentro de una semana.

Necesitaba dinero, y tuve que regresar pronto a casa para obtenerlo. También tenía la urgencia de ver a mi madre, ya entrada en años, a mi hija y a mi esposa.

Envié un mensaje al Sr. Salam, en Faridpur, diciéndole que me gustaría pronunciar un discurso en una reunión pública en Gopalganj, y que deseaba que él estuviese presente. Se había creado allí una división de la Liga Musulmana Awami. El antiguo comité de la Liga Musulmana se había transformado en el comité de la Liga Musulmana Awami, ya que el gobierno había facilitado antes la creación de una subdivisión del comité organizador de la Liga Musulmana, conformado por oponentes nuestros.

Me dirigí a casa poco después de haber enviado mi mensaje al Sr. Salam, solicitándole que organizara una reunión en Gopalganj. Esa reunión tuvo lugar más o menos a mediados de julio. El Sr. Salam accedió a tomar parte en la misma, y yo fui hasta allí, desde mi pueblo natal, para pronunciar un discurso. Miles de personas estaban en el lugar en el que tendría lugar el evento.

La mañana del día de la reunión, sin previo aviso, el gobierno impuso la Sección 144. Decidimos que seguiríamos adelante con la reunión, en el recinto de la mezquita. No nos importaba si ello era interpretado como una violación de la ley. La mezquita era enorme, y el prado que había frente a ella podía dar cabida a miles de personas. El Sr. Salam aprobó nuestro plan.

Cuando la reunión comenzó, el SDO entró en las instalaciones de la mezquita e impuso la Sección 144. Protestamos. La policía entró en la mezquita y empezó a golpear a la gente con sus porras. Se inició una reyerta en la que tanto miembros de la policía como miembros del partido resultaron heridos.

El Sr. Salam y yo nos negamos a abandonar la reunión y fuimos arrestados. La gente rodeó la mezquita para impedir que la policía nos llevase. Los policías comprendieron que no podrían sacarnos de allí para trasladarnos a la prisión o al juzgado sin recurrir a las armas de fuego.

Percibíamos que incluso la policía misma no deseaba imponer la Sección 144 dentro del recinto de la mezquita, y que lo había hecho tan solo en virtud de la insistencia del SDO.

Cuando el oficial de la policía de la subdivisión observó que el público había bloqueado las carreteras, supo que la situación había degenerado hasta un punto peligroso, y que era inminente un estallido de violencia. Nos dijo entonces al Sr. Salam y a mí:

—Si se desata la violencia, van a morir muchas personas. A ustedes se les concederá fianza inmediatamente. Díganle a la gente que se dispersen y que dejen paso. Iremos con ustedes a la corte y lograremos que se acepte la fianza.

La noche había caído. Mucha gente había llegado desde lejanos confines para participar en la reunión. Lloviznaba. Era muy difícil para nosotros el anticipar lo que podía suceder en la oscuridad. Muchos de los asistentes a la reunión llevaban bastones y remos. El SDO nos presionaba —particularmente a mí— para que nos dirigiéramos a la multitud y apaciguáramos los ánimos. El Sr. Salam y los líderes de la subdivisión del distrito hablaron conmigo. Decidimos que yo pronunciaría un discurso, solicitando que el público se dispersase. Así lo hice, y les pedí también que dejaran paso a las carreteras y que todo el mundo se marchara. Tras escucharme, la gente, que nos había retenido allí durante unas horas, se hizo a un lado y pudimos pasar.

Solo tardamos tres minutos en llegar a la corte. Íbamos escoltados por la gente, que iban gritando consignas de apoyo a nuestro movimiento. Nos dejaron libres, bajo fianza, a las ocho de la noche. Solo entonces se dispersó la multitud.

Esa fue la primera reunión pública de la Liga Awami fuera de Daca. Lo notable del caso era que el gobierno hubiese intentado impedirle utilizando la Sección 144.

Al día siguiente, la Liga Awami de la localidad organizó una reunión. Kazi Altaf Hussein fue nombrado coordinador de la Liga Musulmana Awami, y el presidente local de la Liga Musulmana, el abogado Kazi Altaf Hussein, fue nombrado su director. Sucedió algo entonces que me resulta imposible olvidar: Kazi Altaf Hussein y yo decidimos que iríamos a ver al Maulana Shamsul Huq —hoy el rector de la madrasa Lalbag—. Su casa se encontraba en nuestra unión.

Todo el mundo lo veneraba. Nos embarcamos en un bote para ir a verlo, a eso de las diez de la noche. Era un bote pequeño, con un solo barquero. Navegábamos por el río Modhumati y el barquero vivía en sus orillas. Una de las orillas pertenecía al distrito de Faridpur, y la otra a Jessore y a Khulna.

Había una parte del río en el que este se ensanchaba considerablemente. Sabíamos que los piratas fluviales solían frecuentar esa zona. Yo me había dormido por la fatiga, y no sabía que ya estábamos por esa parte del río. Esto era algo bastante normal entre los que hemos crecido navegando por los ríos. Pero mi compañero estaba todavía despierto. De pronto apareció otro bote y la gente que lo ocupaba le preguntó a nuestro barquero si teníamos cerillas. Se trataba de una de las artimañas más típicas de los piratas. Aproximándose aún más, preguntaron:

—¿A dónde os dirigís?

—A Tungipara —respondió nuestro barquero diciendo el nombre de mi pueblo.

—¿Quién viaja contigo?

El barquero les dijo que yo viajaba con él. Uno de los piratas le dio un golpe con un remo, y le dijo:

—¡Bastardo! ¿Por qué no nos dijiste que este es el bote de nuestro honorable Sheikh?

Y se fueron a toda prisa.

Nuestro barquero bajó a la zona de pasajeros y empezó a llorar. El sonido de su llanto me despertó. El Sr. Hussein había ya escondido su anillo y su reloj. Era un rico hombre de negocios y solía llevar artículos caros.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Él y el barquero me contaron lo sucedido. El Sr. Hussein bromeó conmigo:

—Los piratas del río te respetan mucho y hemos sobrevivido solo porque se mencionó tu nombre. ¡Ha faltado poco!

—¡Creo que piensan que soy uno de ellos!

Y nos echamos a reír. Pero para el barquero no había consuelo alguno. Le habían hecho mucho daño en la espalda. Nos vimos forzados a desembarcar en un pueblo cercano. No llegamos a nuestro destino hasta las diez de la mañana, cuando teníamos que haber llegado al amanecer. Encontramos al Maulana Huq en la madrasa. Conversamos con él y nos retiramos a nuestras casas.

Me quedé en el pueblo algunos días. Mi padre se molestó mucho cuando le dije que ya no quería estudiar derecho en la Universidad de Dacca. Me dijo:

—Si no quieres continuar con tus estudios en la universidad, vete a Inglaterra y obtén un título de abogado allí. Si es necesario, puedo vender mis tierras para financiar tus estudios.

—¿Qué sentido tiene irme a Inglaterra ahora? —pregunté—. No quiero convertirme en abogado y pasarme el día persiguiendo el dinero.

Seguía enfadado con los líderes de la Liga Musulmana. Lo que estaban haciendo con Pakistán era contrario al Pakistán con el que había soñado. Las cosas debían cambiar. La gente común y corriente dependía de nosotros y sería a nosotros a quienes dirigirían sus preguntas. El país era ya independiente, ¿por qué nadie hacía nada para aliviar sus sufrimientos? Había aumentado la corrupción y se hablaba de distintos sitios donde se pasaba hambre. Los prisioneros políticos eran encarcelados sin juicio previo. Los líderes de la Liga Musulmana parecían ser reacios a aceptar el bengalí como idioma oficial del estado. En Pakistán Occidental se observaba actividad industrial, mientras que a Pakistán Oriental se le ignoraba en ese aspecto. Karachi había sido designada capital del país, y todo se concentraba en Pakistán Occidental. Bengala Oriental no recibía nada.

Compartí con mi padre mis ideas sobre la situación y mis planes para el futuro. Él me dijo:

—No tienes que hacer nada por nosotros. Pero tienes esposa y una hija. Haz algo por ellas.

—Tienes algo de tierra guardada para nosotros. Si no puedo lograr lo que deseo, volveré y haré algo aquí. Pero hay que oponerse a la injusticia.

Mi padre no me dijo nada más.

En cuanto dejé a mi padre me vino a hablar mi esposa, Renu:

—¿Cuánto tiempo piensas seguir así?

Comprendí que había escuchado nuestra conversación. Renu sufría mucho, pero nunca se quejaba. Solía dar lo mejor de sí para ahorrar algo de dinero, de modo que yo pudiese vivir sin problemas financieros.

Regresé a Daca. Cuando partí, Renu no estaba nada bien de salud. Yo era todavía el corresponsal del periódico *Ittehad*. Aún me pagaban, pero lo hacían tan irregularmente que me encontré en dificultades económicas. Esto sucedía porque el gobierno de Pakistán oriental solía secuestrar la edición. A esto había que sumarle que las agencias que vendían ese tipo de publicaciones a menudo no pagaban por los ejemplares que vendían. El periódico tenía más éxito en Bengala Occidental.

~~~

En cuanto regresé a Dacca, me involucré en la organización de la reunión anual de la Liga de Estudiantes. Íbamos a celebrar por primera vez una reunión del consejo. Todos queríamos elecciones lo antes posible. Yo deseaba abandonar mi cargo.

Finalmente, la conferencia tuvo lugar en el cine Tajmahal de Dacca, yo presidí la sesión y pronuncié un discurso en el que dije:

—Dejo de pertenecer a esta organización a partir de este momento. No tengo derecho a ser miembro de una organización de estudiantes, porque ya no soy estudiante. Voy a decirles adiós a todos ustedes. Pero la gente de Bengala Oriental nunca va a olvidar el papel que la Liga de Estudiantes jugó en su progreso. Los sacrificios que ustedes han hecho para conservar la dignidad de nuestra lengua materna siempre estarán en la mente de la gente. Ustedes han logrado también desempeñar el papel de la oposición. Sin un partido de oposición, la democracia no puede florecer.

Ese es el resumen de lo que dije en esa ocasión. Escribí mi discurso antes de pronunciarlo, pero ya no tengo una copia del texto.

Procedimos entonces a la elección. Dabirul Islam, que seguía en la cárcel, fue nombrado presidente, y Khalek Newaz Khan, secretario general. Nadie se opuso a que presidiera Dabirul Islam, pero no todos querían a Khalek, puesto que solía ser agresivo y en ocasiones era bastante lenguaraz. Al final convencí a todos de que debía ser elegido. Los presentes me concedieron, pues, esta última petición y salió elegido.

Ahora, sin embargo, visto con la distancia que da el tiempo, debo confesar que el hombre que propuse como secretario general terminó por hacer más daño que bien en la organización. El motivo es que Khalek no era capaz de tomar decisiones firmes, a pesar de que tuviese la mejor de las intenciones para hacerlo. Era incapaz de juzgar los pros y los contras de los problemas que le presentaban los demás, quizás porque no poseía la habilidad para hacerlo. Solo gracias a los esfuerzos de Abdul Wadud, secretario general de la Liga de Estudiantes de la ciudad de Dacca, la organización del movimiento no fue perjudicada irreparablemente. A pesar de que yo había dejado de ser miembro, los líderes de la Liga aún se mantenían en contacto conmigo. Siempre estaba dispuesto a darles mis consejos cuando los necesitaban. Seguían

respetándome por haber sido el fundador de la Liga de Estudiantes.

Después de mucho esfuerzo, el Sr. Shamsul Huq logró redactar un borrador del manifiesto y el esquema de los estatutos del partido. Nos consultó repetidamente durante el proceso de redacción. Para ayudarlo a formular el manifiesto y los estatutos, trabajamos buscando el consenso en nuestras reuniones del comité. Nos reunimos durante varios días. De vez en cuando se producían acaloradas discusiones entre el Sr. Huq y el Maulana Bhasani sobre diferentes temas.

Un día, el Sr. Huq se molestó tanto que le dijo al Maulana:

—Usted no comprende estas cosas. Para entenderlas, debería poseer estudios superiores y eso, precisamente, es lo que usted no posee.

El Maulana se ofendió tanto ante esas palabras que dejó la reunión de inmediato. Yo fui a hablar con el Sr. Huq, y le dije que no debía haber dicho algo así sobre el Maulana, aunque fuera cierto. El Sr. Huq fue entonces a disculparse con el Maulana, y lo convenció para que regresara a nuestras reuniones. El Sr. Huq no era un hombre rencoroso.

Al Maulana Bhasani se le confió la responsabilidad de seleccionar a los miembros del comité de trabajo. No nos gustaban las personas que escogió para tales funciones.

—¿De dónde sacó usted a tipos de esa calaña? —le pregunté—. ¿Y por qué los incluyó en el comité de trabajo? Nos abandonarán en cuanto puedan.

—¿Qué podía hacer? —dijo el Maulana—. No conozco a mucha gente de aquí. Escogí de entre los nombres que los estudiantes me proporcionaron.

—Ya verá lo que hará esta gente cuando lleguen tiempos duros.

El comité de trabajo aprobó el borrador del manifiesto. Decidimos que lo aprobaríamos de modo definitivo en la asamblea del consejo. Imprimiríamos un borrador del manifiesto para que circulase antes de la reunión y así la gente podría valorar las propuestas. Decidimos que el borrador estaría listo con anticipación, para que pudiésemos conocer la opinión de todos sobre su contenido. En ese texto, propusimos que se diese a Pakistán Oriental una autonomía completa. Tan solo las competencias relacionadas con la defensa, los asuntos exteriores y la política monetaria serían



acordadas con el centro. También enfatizamos que el bengalí debería ser reconocido como uno de los idiomas oficiales de Pakistán. Incluimos también muchos otros planes económicos y políticos.

A partir de entonces, nos volcamos en trabajar para organizarlo todo. El Maulana Bhasani, el Sr. Huq y yo fuimos a la subdivisión de Jamalpur, en Mymensingh, para asistir a la primera asamblea. El Sr. Haider Ali Mollick, un abogado de Jamalpur, era el pionero de la Liga Awami en esa jurisdicción. Hatem Ali Talukdar, líder estudiantil de la subdivisión, había trabajado muy duro para garantizar el éxito de la reunión. Cuando llegamos al lugar, vimos que estaba ya congregada allí una multitud. Cuando íbamos a comenzar el acto, se pusieron a gritar unas diez o quince personas. Decidimos ignorarlas y continuamos el programa. Los líderes de nuestra sección de Jamalpur resolvieron que Shamsul Huq presidiese la sesión, y que el Maulana Bhasani fuese el orador principal.

Poco después de empezar la reunión, llegó la policía y le entregó un documento al Maulana donde se nos informaba de que la Sección 144 había entrado en vigor. Yo dije:

—Me resisto a cumplir con ese mandato. Voy a dar mi discurso igualmente.

—La Sección 144 ha sido impuesta —dijo el Maulana, poniéndose de pie—. No van a dejar que celebremos la reunión, pero oremos a Dios.

Se puso a rezar en voz alta durante media hora y se las ingenió para decir así todo lo que queríamos decir. La policía no pudo hacer otra cosa que orar con él. Cuando terminó, el Maulana había insertado un discurso político completo en sus plegarias, ante las miradas perplejas e impotentes de la policía.

Esa noche nos habían invitado a cenar, y el Maulana Bhasani nos acompañó. Sin embargo, estaba tan molesto que no pudo comer. Le carcomía por dentro el hecho de que se hubiera elegido al Sr. Huq por encima de él para presidir el mitin. Esto resultó ser un problema. Intenté hacerle comprender que la gente podía malinterpretar su actitud, pero no había forma de calmarlo. Pensaba que había sido insultado. El Sr. Huq también le habló, y expresó públicamente su descontento con la actitud del Maulana. Ese día comprendí que el Maulana no era muy abierto de mente. A pesar de ello, lo respetaba porque estaba dispuesto a sacrificar todo lo que tenía por el bien de la causa del pueblo.

Para lograr algo grande, es indispensable que uno esté dispuesto a sacrificar cosas y a mostrar devoción. Pienso que quienes son incapaces de sacrificarse, son también incapaces de lograr algo que valga la pena. He llegado a la conclusión de que, para participar en la política de nuestro país, es preciso estar dispuesto a realizar inmensos sacrificios para darle felicidad a nuestra gente.

Estaba convencido de que la opresión infligida por el gobierno de la Liga Musulmana iría a más y que recurrirían a tácticas cada vez más brutales para aferrarse al poder. Si huíamos de esa opresión solo nos volveríamos más vulnerables a ella. Por el momento, la reputación de la Liga Musulmana estaba siendo utilizada para engañar a la gente. Todavía podían influir en el pueblo, pero yo pensaba que, si lográbamos explicar lo que estaba sucediendo dentro de la Liga y si teníamos éxito a la hora de establecer una oposición efectiva contra ella, ese partido se vería obligado a abandonar esas tácticas.

~~~

Regresamos a Dacca y convocamos un mitin público en Armanitola Maidan para ocuparnos de la crisis provocada por la falta de alimentos. La gente estaba viviendo en condiciones de extrema pobreza. El Maulana presidió ese mitin, y Aatur Rahman Khan, Shamsul Huq y yo pronunciamos varios discursos. La Liga Musulmana estaba planeando interrumpir el mitin. Sin embargo, desde que Badshah Mia se había unido a nosotros, no se atrevían a intentarlo.

El resultado fue un mitin que atrajo a una gran multitud. Nunca había ocurrido algo igual. La gente, en general y los habitantes de Dacca, en particular, nos aceptaban. Todos los oradores habíamos participado activamente en el movimiento por la independencia de Pakistán. Era evidente que las masas no se dejarían engañar por la propaganda que buscaba tildarnos de “enemigos del estado”. Habíamos sido la vanguardia de todo el movimiento.

El Maulana Bhasani declaró:

—Cuando el Sr. Liaquat Ali Khan llegue a Dacca, en octubre, queremos tratar el tema de los alimentos y el tema de los prisioneros políticos y de su liberación. Si no acepta reunirse con nosotros, tendremos otro mitin e iremos luego a verlo, en masa.

Unos días más tarde, los periódicos dieron la noticia de que el Sr. Khan tenía programado llegar el once de octubre. El Maulana me solicitó que le enviase un telegrama, pidiendo que se reuniese con una delegación de nuestro partido. El telegrama fue enviado a nombre del Maulana.

En aquel momento el Sr. Shamsul Huq estaba muy ocupado con los preparativos de su boda. Así pues, era yo quien se ocupaba de las gestiones del partido. Estaba en contacto permanente con el Sr. Huq. Él me había dicho que tenía que ocuparme de todas las actividades organizativas del partido. Nos habíamos convertido en amigos muy cercanos, de modo que no existía posibilidad de un malentendido entre nosotros.

Pude observar que el Maulana Bhasani estaba empezando a aborrecer al Sr. Huq. Hablaba en su contra cada vez que se le presentaba la ocasión. Intenté siempre evitar enfrentamientos entre ambos, pero el Maulana nunca criticaba al Sr. Huq cuando este se hallaba presente.

Sería injusto que yo no mencionase la contribución de la Sra. Anwara Khatun, por entonces miembro de la Asamblea Legislativa, quien contribuía con dinero de su propio bolsillo cuando teníamos necesidad de fondos. Siempre podíamos contar con el Sr. Aatur Rahman Khan cuando precisábamos de sus servicios. Era un hombre sin experiencia en la vida política y sin olfato para ella, pero siempre fue amable y sincero, y siempre estuvo dispuesto a trabajar por el partido. Mantuvimos una relación muy cordial.

Los seguidores del Sr. Suhrawardy habían empezado a afiliarse, distrito a distrito, a la Liga Awami. El periódico *Ittehad*, de Calcuta, estaba a punto de cerrar. El Sr. Suhrawardy había abandonado finalmente Calcuta para radicarse en Karachi. El Sr. Manik Mia también había dejado Calcuta, pero cuando apareció en Daca no tenía más que unas pocas posesiones. Se alojaba con nosotros en el número 150 de Mughaltuli.

El Sr. Suhrawardy también había salido de Calcuta prácticamente con lo puesto. El gobierno indio había confiscado todas sus posesiones. A muchos les sorprenderá saber que no era propietario de una casa en Calcuta. Alquilaba la casa en la que vivía, el número 40 de Theatre Road. Tuvo que irse a vivir con su hermano en Karachi, porque no tenía dinero ni para comer.

De entre todos los antiguos líderes de Dacca, el Sr. Kamruddin era el único que no se había afiliado a la Liga Awami. Abdul Kader Sardar nos ayudaba con fondos. Tenía los recursos necesarios para hacerlo, igual que un leal conjunto de seguidores y, por todo ello, podía ayudarnos. Llevaba toda la vida plantándole cara a la familia Khawaja, de Dacca. Solía ayudar a los pobres, y la gente lo quería por ese motivo.

No habíamos podido conformar nuestros comités de cada distrito, pero existían algunas excepciones. El Sr. M. A. Aziz y Zahur Ahmad Chowdhury, en Chittagong, y el Pir Shahed de Kharki, junto con Habibur Rahman, en Jessore, encabezaban sus respectivos comités de distrito. Contábamos con el apoyo del Sr. Mashur Rahman y de Khalek, pero de manera encubierta. En Faridpur se había organizado un comité organizador con la ayuda de Salam Khan. Decidimos que, antes del fin de 1949, formaríamos filiales de nuestro partido en todos los distritos. Acudiríamos a los distritos cada vez que tuviéramos algo de tiempo libre. La respuesta de la gente nos estaba motivando mucho.

Como era un Nabab, Liaquat Ali Khan no sintió la necesidad de responder al telegrama del Maulana Bhasani. Sabíamos que llegaría a Dacca el once de octubre. ¡Había declarado en la prensa que no tenía ni idea de lo que era la Liga Awami!

El once de octubre convocamos otro mitin en Armanitola Maidan. Teníamos un solo micrófono, y los miembros de nuestro partido recorrían las calles en una carreta tirada por caballos, anunciando la fecha y la hora del mitin. Estaban en Nawabpur Road, a eso de las tres de la tarde, cuando algunos matones a sueldo de la Liga Musulmana los atacaron, los golpearon y les quitaron el micrófono. En la carreta iban tres de nuestros miembros. ¡Era como si en este país no existiera ni la ley ni el orden!

Nuestros miembros se dirigieron a la oficina de la Liga Awami en Mughaltuli para contar lo sucedido. Algunos de ellos habían podido reconocer a ciertos asaltantes, puesto que habían trabajado con ellos para la Liga Musulmana. Yo dije:

—Esto es injusto. Vamos a verlos, a preguntarles la razón por la cual han actuado así y a recuperar el micrófono. Lo mejor será que nos lo devuelvan. Si no lo hacen, ¿qué vamos a hacer? Al menos los denunciaremos ante la policía.

Llevé conmigo a Nurul Islam, de la Liga de Estudiantes –quien, más tarde, trabajaría para *Ittefaq*–, y a Nazir Mia y Abdul Halim, ambos de Chawk Bazar. Halim es hoy el secretario coordinador del Partido de la Liga Awami, y era por entonces el secretario coordinador de la Liga Awami de la Ciudad. Sabíamos que los hombres a quienes buscábamos solían estar cerca del primer piso del edificio del Cooperative Bank.

Nos acercamos al edificio y los sorprendimos enfrascados en una acalorada discusión. Yo conocía a dos de ellos, Ibrahim y Alauddin, de mis días en la Liga Musulmana.

–¿Por qué se llevaron nuestro micrófono? –les pregunté—. Es muy injusto. Devolvedlo.

–No nos lo hemos llevado –contestó uno–, y no tenemos ni idea de quién es el responsable.

Pero sabíamos que habían estado allí cuando el micrófono fue arrancado de las manos de Nurul Islam. Él les dijo exactamente eso, destacando que habían discutido con él antes de quitárselo.

En ese momento, dos miembros de la Liga Awami, Yar Mohammad Khan y Hafizuddin, pasaban por allí en un rickshaw. Llamé a Yar Mohammad y lo puse al tanto de lo sucedido. Él era un antiguo residente de la ciudad. Provenía de una buena familia, tenía dinero y mucha gente que trabajaba para él. Él les dijo:

–¿Por qué se llevaron el micrófono?

–¿Qué importa si lo tenemos? –dijo uno de ellos. En ese momento, Yar Mohammad levantó el puño y golpeó al hombre. Halim lo golpeó también. Sus colegas de la Liga Musulmana vinieron a atacarnos. Halim corrió hacia su vecindario para llamar a gente que nos defendiese. El dueño de la Presidency Library, el Sr. Humayun, salió y se llevó a Yar Mohammad a su oficina. Mientras tanto, nuestros oponentes nos insultaban desde fuera. Tomé un rickshaw y me dirigí a la oficina de la Liga Awami, donde encontré a diez o doce de los miembros. Nuestros oponentes no se dieron cuenta de que me había ido, de haberse fijado me hubieran atacado. Hafizuddin tomó otro rickshaw y voló al vecindario de Yar Mohammad. Al poco rato acudieron su hermano, sus parientes, sus amigos y sus vecinos. Halim también regresó con hombres de su vecindario. Los que estaban insultando a Yar Mohammad desaparecieron de pronto.

Muchos de los miembros de la familia Khawaja habían colaborado con nuestros asaltantes. Un ministro del gobierno fue testigo de la pelea desde el piso superior de un edificio cercano. Cuando regresé al lugar, la policía ya estaba allí. Los hombres de Yar Mohammad lo acompañaban en su ataque contra la oficina local de la Liga Musulmana, que estaba a la vuelta de la esquina, en Roy Shaheb Bazar.

En ese barrio vivían algunos criminales. Solían darle palizas a la gente y eran, básicamente, matones de alquiler que se especializaban en pegar a los estudiantes. Cada vez que veían pasar a nuestros miembros o a estudiantes en manifestación por Roy Shaheb Bazar, descendían sobre ellos y los apaleaban. Muchos miembros de nuestro movimiento y muchos estudiantes habían sufrido con sus brutales actividades. La gente del barrio condujo a estos matones a la mezquita para que se hiciera justicia. En aquella época, en la vieja Dacca, los conflictos locales se resolvían en la mezquita del barrio, donde los acusados eran juzgados por la gente. Si el veredicto era culpable, el acusado era golpeado. A partir de ese día ya no nos asaltaron ni nos molestaron más en esa zona.

~~~

A partir de aquel incidente, Yar Mohammad empezó a participar de forma más activa en política, consolidando la fuerza de nuestro partido en la ciudad de Dacca. Pude organizar un grupo de jóvenes voluntarios que iban de barrio en barrio. Varios muchachos de Shamsabad y Bangshal se incorporaron a la Liga Awami. Shamsabad colindaba con Bangshal y Armanitola Maidan. A partir de entonces, esos jóvenes se responsabilizaron de la organización de los mítines en Armanitola Maidan. A la Liga Musulmana le fue imposible perturbarlos, aunque no dejaron de hacer todo lo que estaba en su mano para fastidiar nuestras reuniones.

El once de octubre celebramos un inmenso mitin en Armanitola Maida. Ese espacio y las calles adyacentes estaban totalmente llenas de gente. Yo intervine después de que el Sr. Shamsul Huq pronunciase su discurso. El Maulana Bhansali ya se había dirigido a la multitud. Nos aseguramos de que el Maulana hablase primero, porque temíamos que el mitin fuese interrumpido

en cualquier momento por la policía. El Maulana me dijo que debía pronunciar mi discurso tomando en consideración que necesitábamos salir todos juntos en una gran marcha tan pronto como yo terminase de hablar. Me levanté, di mi discurso y le pregunté a la multitud:

—Si un hombre mata a otro hombre, ¿qué pena debe imponerse al asesino?

—¡La horca! —gritó la multitud al unísono.

—¿Y qué pena debe imponerse a quien ha causado miles de muertes?

—¡La horca! —volvieron a gritar todos.

—¡No! —dije yo—. ¡Debe ser fusilado!

Recuerdo con claridad ese diálogo. Terminé mi discurso diciendo:

—¡Marchemos todos juntos para ver si el Sr. Liaquat Ali Khan se entera de qué es lo que quiere la gente de Bengala Oriental!

Iniciamos entonces la manifestación. La liderábamos el Maulana, el Sr. Huq y yo. Al llegar al cruce de trenes de Nawabpur, vi que la policía había bloqueado el paso, y que nos esperaban apuntando con sus carabinas hacia nosotros. No era nuestra intención enfrentarnos a ellos. Tomamos un camino distinto hacia la estación de tren, y la multitud nos siguió. Nuestro plan era cruzar la línea del tren en Nazirabazar, entrar a Nimali, girar hacia el Museo de Dacca y tomar desde allí la carretera que nos traería de vuelta a Armanitola Maidan.

Sin embargo, cuando alcanzamos Nazirabazar, descubrimos que la policía bloqueaba nuestro camino y que no nos dejaría avanzar más. Había llegado la hora de la oración de la noche. El Maulana empezó a orar en el camino. El Sr. Shamsul Huq se le unió de inmediato.

La policía empezó a lanzar gas lacrimógeno. La multitud respondió arrojando piedras y ladrillos. Ese intercambio duró cinco minutos. La policía seguía avanzando contra nosotros, y empezó a cargar contra la gente. Un grupo de compañeros tomó al Maulana en hombros y lo llevó a un hotel cercano. Algunos compañeros fueron heridos de gravedad y otros fueron arrestados. El Sr. Shamsul Huq estuvo entre los arrestados.

Me llovían los golpes, caí en una zanja del borde del camino y casi me desmayo. A pesar de que Kazi Golam Mahbub estaba



herido también, no perdió el conocimiento. Algunas personas me socorrieron, me subieron a un rickshaw y me condujeron a Mughaltuli. Me sangraban mucho los pies. Algunos decían que me había alcanzado una bala, mientras que otros planteaban que quizá me había cortado con una de las bombas lacrimógenas o me había herido al caer en la zanja. Apareció un médico, vendó mis heridas y me dio algo para el dolor, que era muy intenso.

El licenciado Fazlul Huz, Abdur Rab y Rasul, los tres de Chittagong, estaban entre quienes habían sido heridos en la cabeza. Los habían arrestado. Mi pariente, Saifuddin Chowdhury, conocido como Surja Mia, quien pertenecía a la familia zamindar de Faridpur Dattapara, se quedó conmigo todo el tiempo y me cuidó con esmero. Estuve despierto hasta las nueve de la noche. Aproximadamente a esa hora, la policía rodeó la oficina de Mughaltuli donde yo vivía, y pidió que abriésemos las puertas. La puerta era de hierro y podía ser cerrada con llave desde dentro. Forzar la entrada no era fácil para ellos. Saifudin Chowdhury nos despertó a Kazi Golam Mahbub, a Mofiz y a mí, y nos dijo:

—La policía ha venido a arrestaros

Durante el sueño que me causó el calmante que me dio el médico, el Maulana Bhasani había enviado instrucciones de que yo debía evitar ser arrestado. Tenía el cuerpo dolorido y fiebre. No me podía mover apenas, pero me levanté y empecé pensar de qué manera podía escapar. Shawkat Mia se había escapado ya, pues conocía bien esta parte de la ciudad. Vivíamos en el tercer piso. La casa contigua tenía dos pisos. Una posibilidad era saltar del tercer piso al tejado del otro edificio, pero había bastante distancia. Caer desde allí sería una muerte segura. Pero reuní valor y salté. Kazi Golam Mahbub y Mofiz me siguieron. Saifuddin decidió quedarse. Él no se metía en política, por lo que nadie tenía motivos para arrestarlo.

Mientras bajábamos por las escaleras, uno de nosotros tropezó con un cubo, que cayó provocando un gran estruendo. El dueño de la casa empezó a gritar y nos quedamos petrificados. Los policías seguían empeñados en tirar la puerta, así que no hicieron caso al ruido.

Dejamos atrás las chabolas que rodeaban nuestro edificio y pudimos oír a nuestras espaldas cómo la policía terminaba de destrozar la puerta y entraba a gritos.

Necesitábamos cruzar Maulvibazar, pero había tres policías vigilando la calle. Cuando los vimos lejos, cruzamos a toda prisa y no nos vieron. Después de cruzar Maulvibazar, decidimos refugiarnos en la casa de un amigo que vivía cerca. Pasamos la noche allí. Por la mañana me despedí de mis amigos, pues ellos no tenían una orden de arresto. Si los encontraban conmigo podían acabar en la cárcel.

Me quedé con Abdul Malek Sardar en su casa de Mahuttuli. Desde allí fui a la casa del capitán Shahjahan. Su esposa, Noorjahan Begum, me trataba como a un hermano. No tenía ningún interés en la política. Yo estaba herido y enfermo. ¿En qué otro lugar en Dacca encontraría yo refugio o ayuda? Esta buena mujer me cuidó con esmero y me dio la medicina que el médico recetó para mí.

Me quedé en esa casa un par de días. Sin embargo, oficiales del Departamento de Inteligencia la vigilaban de cerca, pues sabían que yo acudía allí con frecuencia. A las ocho de la noche aparecieron dos oficiales. Exactamente a la misma hora, uno de los miembros del partido llegó para preguntarle a Begum Noorjahan sobre mi paradero. La cara que puso el miembro del partido cuando vio a los oficiales les hizo sospechar. Yo estaba en la habitación contigua y lo escuchaba todo. Sin embargo, Begum Noorjahan era muy astuta y rápidamente pensó en un plan. Después de disculparse con la excusa de que debía ir a la cocina para servirles té, me llevó a la planta baja y me contó lo que le habían preguntado. Le pedí un chal, pues solo tenía conmigo un lungui y una kurta.<sup>35</sup> Por suerte, me había lavado y planchado esas prendas. Me dio un chal y me mostró la mejor calle para huir. Cuando me marché, los oficiales seguían conversando con ella. Sabía que había dos policías vigilando la casa desde la calle, pero pude eludirlos.

El Maulana Bhasani permanecía en la residencia de Yar Mohammad. Yo debía ir a verlo para saber el motivo por el que debía evitar ser arrestado. Personalmente, no creo en el tipo de política que requiere el paso a la clandestinidad, ya que detesto todo lo que se haga de forma opaca y encubierta. Tomé un rickshaw en

---

<sup>35</sup> N. de la T., *Lungui*, prenda de vestir tradicional, que se usa a modo de sarong en el subcontinente indio y en otros lugares del Asia. *Kurta*, suerte de camisa larga tradicional, utilizada en el subcontinente indio.

dirección a la casa de un compañero de partido. De allí, en su compañía, nos dirigimos a la residencia de Yar Mohammad. Era posible entrar por una puerta trasera. Seguimos esa ruta. Los policías que guardaban la puerta principal no nos descubrieron. El Maulana y Yar Mohammad parecieron muy contentos de verme. Entonces ya me había recuperado un poco de mis heridas. Le pregunté al Maulana por qué me había pedido que huyese y que evitase ser arrestado.

En una reunión de la Liga Musulmana, el Nababzada Liaquat Ali Khan había declarado:

—Voy a destrozarle la cabeza a cualquiera que se atreva a participar en las actividades de la Liga Awami.

¡Decía esto, pero afirmaba, a la vez, que creía en la democracia! La verdad era que no le gustaba nada tener oposición. No podía soportar la idea de que alguien se atreviese a criticar sus políticas de gobierno. Si alguien, dentro de su partido, tenía la temeridad de disentir, él se encargaba de crearle problemas. Un ejemplo de ello fue el modo en que trató al Nabab Mamdot, primer ministro de Punjab del Oeste. Este estaba totalmente entregado al Sr. Jinnah. Siguiendo las instrucciones de Jinnah, abandonó sus vastas propiedades y dejó a un lado el título de Nabab. Liaquat Ali Khan no aceptaría nunca la existencia de un partido que no fuese la Liga Musulmana. Esto es fácil de deducir de sus discursos. En 1950, en un discurso pronunciado en una reunión del consejo de la Liga Musulmana, dijo:

—Siempre he dicho, o mejor debería decir que siempre he creído con firmeza que la existencia de la Liga, y no solamente su existencia, sino su fuerza, es igual a la existencia y a la fuerza de Pakistán. En lo que me concierne, he decidido desde el principio, y lo reafirmo ahora, que siempre me he considerado el primer ministro de la Liga. Jamás me he considerado el primer ministro escogido por los miembros de la Asamblea Constituyente.

Él no quería ser el Primer Ministro de un pueblo, sino de un partido. Había olvidado que un país no podía equipararse a ningún partido político. Ello es simplemente natural, si nos guiamos por la ley. Es poco afortunado que Liaquat Ali Khan estuviese radicalmente dedicado a impedir que todo partido, excepto el suyo propio, existiese en Pakistán. Tan solo un dictador podía llegar a afirmar que va a destrozarle la cabeza a cualquiera que se atreva a participar

en las actividades de la Liga Awami. Alguien que creyese en la democracia y que la apoyase, jamás podría decir algo así. Después de obtener el poder político, después de la muerte de Jinnah, estaba intoxicado por la idea del poder ilimitado.

Maulana Bhasani me dijo:

—Ve a Lahore, puesto que el Sr. Suhrawardy se encuentra allí en estos momentos. Intenta entrevistarte con él y con Mia Iftikharuddin. Háblales sobre la situación en Bengala Oriental. Necesitamos un partido que pueda representar al país en su conjunto. Habla con Pir Manki Sharif y averigua si podemos transformar la Liga Awami, bajo el liderazgo del Sr. Suhrawardy, en un partido que abarque verdaderamente a todo Pakistán. Nadie, excepto el Sr. Suhrawardy, tiene la capacidad para liderar un partido semejante.

En Karachi, Liaquat Ali Khan había denunciado al Sr. Suhrawardy utilizando el lenguaje más obscuro que podía imaginarse. Había llegado a decir en público, refiriéndose a él, que la India había soltado a su perro contra ellos. Y, sin embargo, el Sr. Jinnah jamás había dicho algo negativo sobre el Sr. Suhrawardy. ¡Ironías del destino!

Para elegir al Sr. Liaquat Ali Khan tan solo fue necesario que los estudiantes de la Universidad Musulmana de Aligarh saliesen a las calles. Si no hubiese sido por esos estudiantes, que se habían quedado en Aligarh, Rafi Ahmed Kidwai lo habría derrotado. No sé si llegó a hacer algo por la creación de Pakistán, más allá de pronunciar discursos desde Delhi, bajo la sombra de Jinnah. ¿Quién sabe qué habría sucedido si el Sr. Suhrawardy no hubiese logrado ser el primer ministro de Bengala, consolidando así la Liga Musulmana de la India? El Sr. Jinnah sabía de los logros del Sr. Suhrawardy, y, por tanto, aceptaba sus iniciativas.

El Sr. Suhrawardy aceptó representar al Nabab Mamdot en un caso en Lahore.<sup>36</sup> Sin duda alguna, Liaquat Ali Khan consideraba como un logro personal el que se le hubiesen imputado cargos. Se

---

<sup>36</sup> H. S. Suhrawardy fue el abogado que defendió al antiguo ministro en jefe de Punjab, Naqab Iftikhar Husain Mamdot, quien había sido acusado en aplicación del Acta de Descalificación de Cargos y Representaciones Públicas (PRODA, por sus siglas en inglés), en 1949. Suhrawardy no logró que se exonerase completamente a Mamdot, pero consiguió que fuese exonerado de las acusaciones de apropiación indebida.

había propuesto causar problemas al Nabab, porque a este Liaquat Ali Khan le daba igual.

—¿Cómo iré a Lahore? —le pregunté al Sr. Bhasani—. Tendré que cruzar toda la India. ¿Cómo podré probar que soy pakistaní, de manera que los indios me dejen viajar por todo su país para ir a Pakistán Occidental?

En aquel momento no se estaban entregando ni visas ni pasaportes. Toda mi ropa de abrigo estaba en mi pueblo. No tenía dinero. Y, en Punjab del Este, quien cayese bajo la sospecha de ser musulmán corría el riesgo de ser asesinado. No se me ocurría cómo llegar a Lahore así. Tenía, además, una orden de arresto, y la policía me buscaba. El Sr. Bhasani me dijo:

—¿Cómo puedo aconsejarte la manera de ir a Lahore? Lo único que puedo decirte es que debes ir, como puedas. Debes ver al Sr. Suhrawardy y contarle todo.

En algún momento, durante los primeros meses de 1949, el Maulana Bhasani, Mia Iftekharuddin y muchos otros se habían reunido con el Sr. Suhrawardy y habían decidido que, si la Liga Musulmana seguía bajo el control de un pequeño grupo, ellos formarían un nuevo partido. El Sr. Suhrawardy había aprobado esa decisión. Ahora necesitaban de la ayuda del Sr. Shaheed Suhrawardy y del Sr. Mia Iftekharuddin, que tenían muy buena relación.

Me despedí del Maulana. La única prenda de abrigo que tenía era un achkan.<sup>37</sup> Tomé prestado algo de dinero de mi tío materno, Zafar Sadek. También retiré el dinero que guardaba el *Ittehad* por el trabajo que había efectuado para ellos. Decidí viajar a Lahore con esa pequeña suma de dinero. Sabía que, si podía llegar a Lahore y ver al Sr. Suhrawardy, todo saldría bien.

Sin saber muy bien cómo, conseguí llegar a Lahore después de un viaje agotador. Escapé de las redes de la policía de Bengala Oriental con gran dificultad. Habían registrado casa por casa, buscándome por todas partes. Incluso se habían presentado en mi pueblo, sin encontrarme, claro.

~~~

---

<sup>37</sup> N. de la T.: *Achkan*, chaqueta que alcanza la rodilla, prenda de vestir masculina, utilizada en el subcontinente indio.

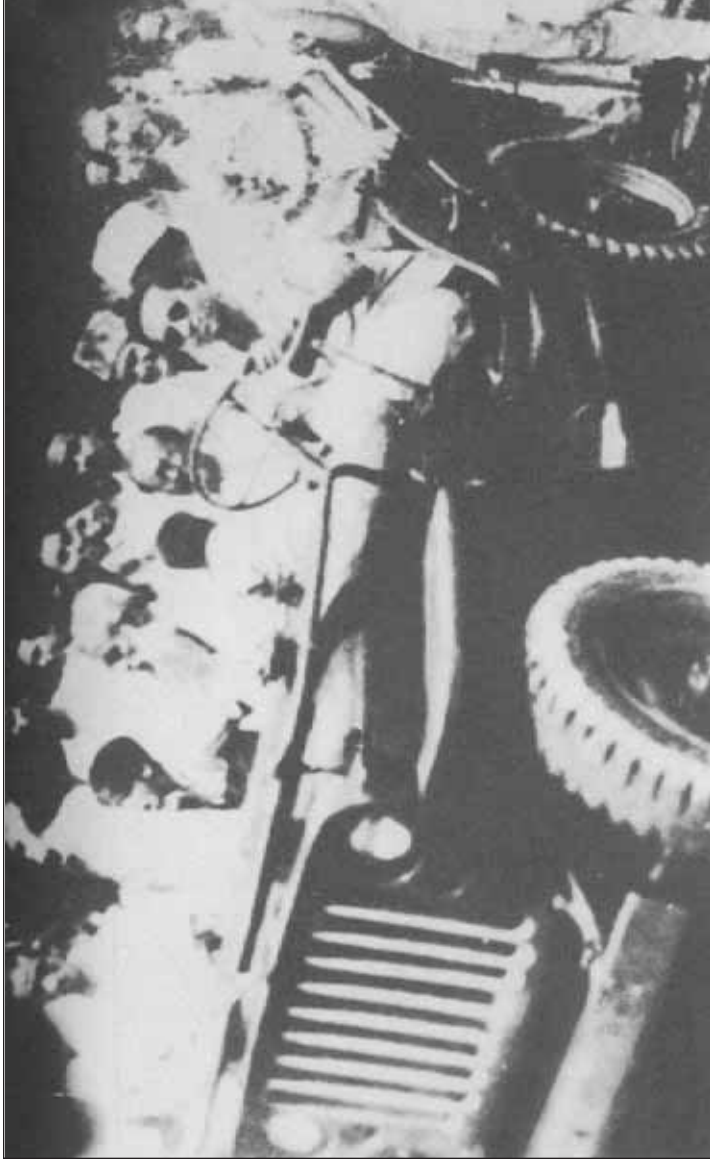


El autor



El autor (de pie) con Mahatma Gandhi y Huseyn Shaheed Suhrawardy, 1947





El autor camino de una reunión con trabajadores acompañados de los dirigentes de la Liga Awami, Sres. Shamsul Huq, Yar Mohammad Khan, su padre Sheikh Lutfur Rahman, y otras personas, en junio de 1949



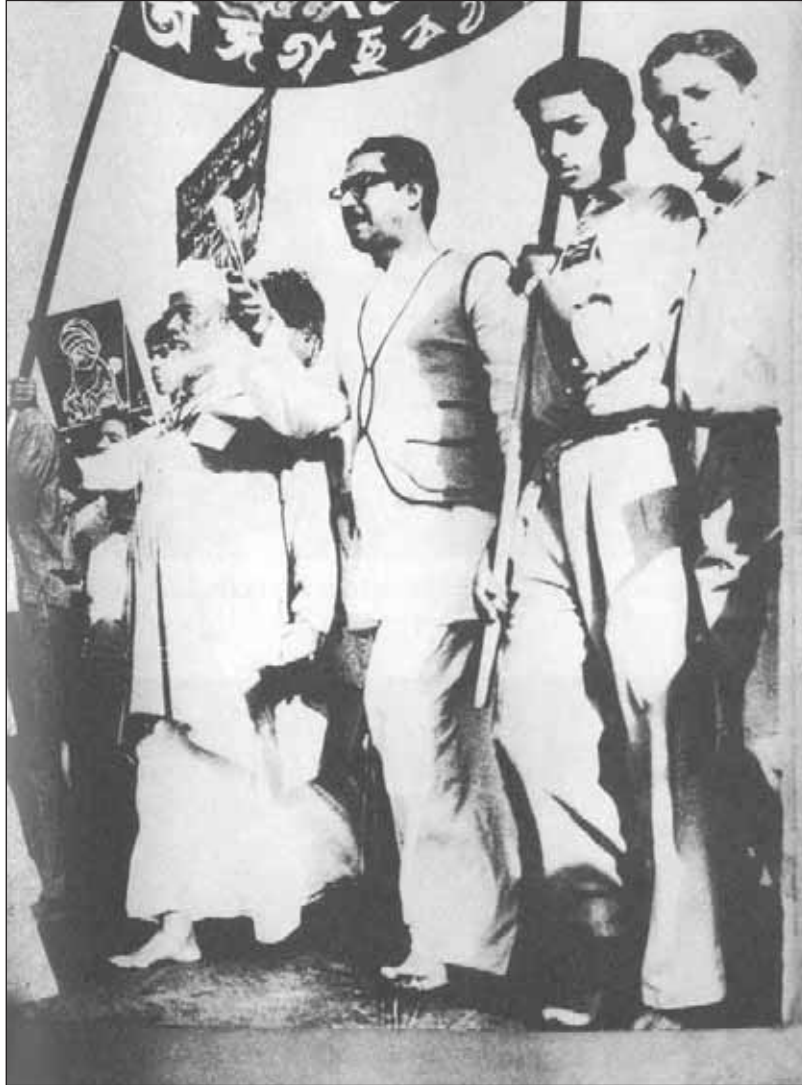
Con Huseyn Shaheed Suhrawardy, 1949



En una reunión con compañeros de partido



Con líderes y miembros del partido, 1952



Con Maulana Bhasani en la Provatferi (marcha matutina),  
andando descalzos como muestra de respeto a los  
"Mártires de la lengua bengalí", 21 de febrero de 1953



En un mitin público en Amanitola Maidan, mayo de 1953



Reunión del Jukta Front (Frente Unido) para elegir candidatos antes de las elecciones provinciales de 1954, diciembre de 1953

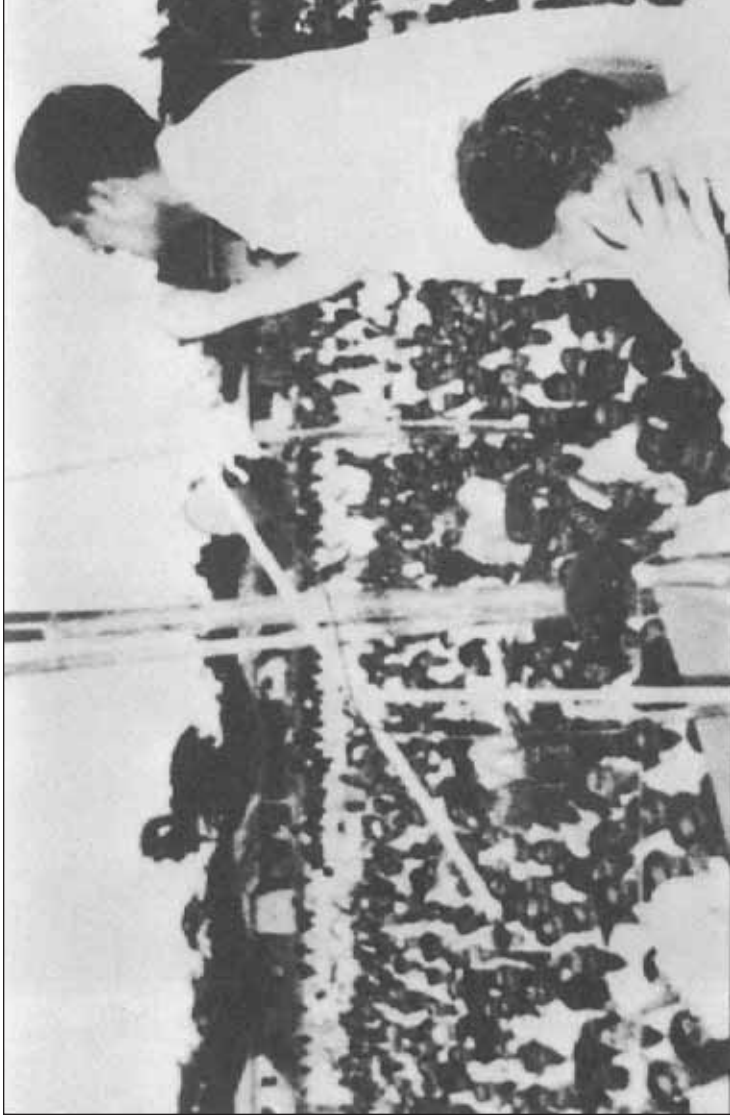


El autor en 1954





Con el Sr. Huseyn Shaheed Suhrawardy, en Rajshahi, 1954



Dirigiéndose a los asistentes a un mitin público en 1954



El autor vistiendo una camiseta de fútbol, 1940



El autor con su esposa, la Sra. Begum Fazilatunnesa,  
en Tungipara, 1947



El autor en 1949



La antigua casa familiar en Tungipara



El autor, con su esposa e hijos. En su regazo, su hijo pequeño Sheikh Russel. A su izquierda, su esposa Begum Fazilatunnesa, su hijo Sheikh Jamal y su hija Sheikh Hasina (hoy Primera Ministra de Bangladés). A su derecha, su hija Sheikh Rehana y su hijo Sheikh Kamal, 1972





El autor y sus padres: padre Sheikh Lutfur Rahman  
y madre Sayera Khatun



El autor en la biblioteca de su casa



Lahore estaba sufriendo una ola de frío que me resultó casi insoportable. Era la primera vez que visitaba la ciudad y, salvo por Mia Iftekharuddin, no conocía a nadie. Sabía que el Sr. Suhrawardy estaba alojándose con el Nabab Mamdot. Dejé mi equipaje frente a una tienda y fui a la casa del Nabab. Me dijeron que no estaba en Lahore, y que regresaría a los dos días. Tenía solo dos rupias conmigo. ¿Qué debía hacer? ¿Dónde dejaría mi equipaje? Era la una de la tarde y estaba muy hambriento, pues no había comido nada desde la mañana. Si gastaba mis últimas dos rupias, ¿qué haría después? Pensé en mi situación y decidí telefonar al Sr. Iftekharuddin. No estaba en casa. Subí a una tonga y di la dirección de su casa. Llevaba esa dirección conmigo. Cuando me bajé frente a su residencia, con mi equipaje, el guardia me dijo que no estaba en casa y me pidió que me sentase en el vestíbulo. Dejé mi maleta en una esquina. Escribí mi nombre y mi dirección en un pedazo de papel, y le pedí al guardia que se lo diese al Sr. Iftekharuddin cuando volviese.

En cuanto regresó y recibió el mensaje, el Sr. Iftekharuddin salió a verme. Me reconoció de inmediato y me trató con afecto. Al ver lo exhausto que me encontraba, hizo preparar una habitación para mí. Me aconsejó que me duchara y me refrescara. Me dijo que discutiríamos la situación de Bengala Oriental durante el almuerzo.

S. A. Saleh, de Barisal, había escrito ya al Sr. Mia Shaheb y a Shaheed Sahab, mencionando que yo iba a ir a Lahore. Saleh era un amigo de la infancia, el primo hermano del Sr. Nuruddin. Habíamos trabajado juntos por el movimiento pro Pakistán. Mia Iftekharuddin, su esposa y yo discutimos sobre la situación política del país mientras almorzábamos. Le describí las cosas que estaban pasando en Bengala Oriental. Le informé de las opiniones del Maulana Bhasani, y le narré el modo en que el gobierno estaba intentando acabar con cualquier oposición. El Sr. Iftekharuddin había abandonado ya su ministerio. Me dijo:

—Mira, ha pasado algún tiempo desde que dejé la política. No participaré más en la política activa. Tengo trabajo propio por el momento. ¿Cómo le está yendo a la Liga Musulmana en Bengala Oriental?

—Creo que podremos derrotarlos si se celebran elecciones —contesté—, y creo también que venceremos por un amplio margen.

Por su cara no parecía muy convencido de que así fuera. La begum Iftekharuddin, sin embargo, pensaba que era posible, ya que hacía poco que se había iniciado un movimiento contra la Liga en Bengala Oriental. La begum parecía muy bien informada sobre la situación política, y sobre eventos locales y del extranjero. Me pareció también que era una persona muy ilustrada.

Esa noche tuve fiebre. El Sr. Iftekharuddin llamó a un médico para que me atendiese. Compró las medicinas que este prescribió para mí y me recuperé en dos días. Él tenía solo un cuarto de huéspedes. El hermano del Sr. Suhrawardy, Shahed Suhrawardy, iba a visitar Lahore y se alojaría en su casa. Yo debía, por tanto, abandonarla en un día o dos. Sentí que él prefería que así fuese.

El Sr. Iftekharuddin me dijo que encontraría una solución para mí. El Sr. Suhrawardy ya había regresado a Lahore. Yo estaba ya curado, pero en Lahore aún hacía mucho frío. Llegué a la casa del Nabab Mamdot a eso de las once de la mañana. El Sr. Suhrawardy estaba en el patio, discutiendo sobre un juicio con algunos abogados. En cuanto vio que me aproximaba, se levantó de su silla y me abrazó con afecto. Me dijo amablemente:

—¿Cómo has venido? Tienes mala cara. ¿Dónde estás alojado?

Me presentó a todas las personas que había allí y luego me dedicó toda su atención. Le relaté todo aquello que había sucedido en Bengala Oriental. Me preguntó por los líderes y por los miembros del partido que conocía. Quería información detallada sobre la situación de nuestro país. Aquellos que nunca lo conocieron no pueden imaginar la intensidad de su afecto por Bengala Oriental.

El Sr. Suhrawardy me dijo que se habría encontrado en una terrible situación financiera si no hubiera empezado a trabajar en el caso que le ocupaba esos días. No me dejó regresar a casa del Sr. Iftekharuddin. Cenamos con el Nabab Mamdot. El Sr. Suhrawardy lo puso al tanto de mi situación. El Nabab formuló también todo tipo de preguntas, con el fin de comprender cómo iban las cosas en nuestro país.

Por la noche, Khan Gulam Muhammad Khan Lundkhar y Pir Salahuddin —que entonces era aún un estudiante— vinieron a ver al Sr. Suhrawardy. Poco antes, el Sr. Lundkhar había sido expulsado de la Provincia de la Frontera, y se le había prohibido para siempre regresar. Había ostentado el cargo de secretario general de la Liga Musulmana de la Frontera. Se alegró de verme. El Sr. Shaheed

Suhrawardy le solicitó que encontrase un hotel para mí, preferiblemente alguno que no costase mucho. Pir Salaluddin era entonces un líder estudiantil del Punjab y se había forjado un nombre como miembro del partido.

Me despedí del Sr. Iftekharuddin más tarde. Él me dijo que, si hubiese tenido más espacio en su casa, no habría dejado que me marchase. Le aseguré que iba a estar bien. El Sr. Suhrawardy me llevó con él a una tienda y dijo:

Debo comprar unos trajes, ya que los dos que tengo no son suficientes.

Aparte de encargar los trajes, compró una manta de buena calidad, un jersey, calcetines y una bufanda, y me preguntó si yo necesitaba ropa. Sabía que no tenía mucho dinero, así que le dije que no necesitaba nada. Cuando me dejó en el hotel me dijo:

—Compré estas cosas para ti, déjame saber si necesitas algo.

Fue un gran alivio para mí el poseer un buen jersey y una manta, porque el frío estaba empezando a afectarme.

~~~

Cada mañana iba a ver al Sr. Suhrawardy, pasábamos el día juntos y después regresaba a mi hotel. Me convertí en un buen amigo de los hermanos del Nabab. Tres días más tarde, el Sr. Lundkhar me dijo:

—Ven conmigo a Campbellpur. El comité ejecutivo de la Liga Awami de la Frontera va a reunirse allí. Podrás discutir con Pir Manki Sharif y con otros líderes del partido. Coincido contigo en que las secciones del partido en ambas provincias deben juntarse y formar una Liga Awami Nacional, bajo el liderazgo del Sr. Suhrawardy.

Consultamos con el Sr. Suhrawardy, y él dijo:

—Vayan y hablen con ellos. Sería muy bueno si podemos unir a todos los líderes de las provincias. Yo mismo estoy discutiendo sobre el tema con el Nabab en Punjab.

El Sr. Suhrawardy me dio algo de dinero. Nos subimos al vehículo del Sr. Lundkhar y nos dirigimos a Campbellpur a eso de las diez de la noche. El Sr. Lundkhar conducía. Llegamos a Rawalpindi al amanecer y paramos allí para desayunar y descansar un poco. Llegamos a la ciudad al mediodía. Era la primera vez

que iba a Punjab o a la Tierra de los Cinco Ríos. Me gustó en cuanto lo vi.

La gente no ha olvidado las terribles revueltas que se dieron en Punjab Occidental y Oriental durante ese período. Cientos de miles de refugiados colmaron la provincia de Punjab Occidental, pero la situación mejoró poco después, porque cientos de miles de sijs y de hindúes se habían marchado casi al mismo tiempo. Los musulmanes se apoderaron de sus propiedades.

Justo antes de salir para Campbellpur, envié un comunicado a la prensa sobre la situación en Bengala Oriental, mencionando el encarcelamiento del Maulana Bhasani y de Shamsul Huq, los ataques a miembros del partido y la crisis de alimentos que se vivía en la provincia. Los periódicos *Pakistan Times* e *Imroze* publicaron el comunicado, dándole un espacio importante, porque tales medios eran de propiedad de Mia Iftekharuddin.

Fue durante aquellos días cuando conocí al redactor jefe, el famoso poeta Faiz Ahmad Faiz, y a su asociado, el Sr. Mazhar. No es exagerado afirmar que esos hombres eran eruditos y brillantes. Ambos, igual que el Sr. Iftekharuddin, pensaban que el bengalí debía ser uno de los idiomas oficiales de Pakistán. También pensaban que nuestras demandas eran justas. Antes de escribir el comunicado, presenté un borrador del mismo al Sr. Suhrawardy, quien lo leyó y lo aprobó.

Llegamos por fin a Campbellpur. La sede había sido reservada para el Pir Shaheb. Llegaron los miembros del comité y otros compañeros que pertenecían a la Liga Awami de la Frontera. La reunión tenía lugar allí porque al Sr. Lundkhar no se le permitía viajar desde Punjab Occidental a la Provincia de la Frontera. Allí conocí al Pir Manki Sharif, a Sardar Abdul Gafur, a Sardar Sikander y al Sr. Shamin Jung, el antiguo ministro, así como también a otros importantes líderes de la región. La reunión se prolongó y me dejaron participar durante un rato en ella. Como mencioné, tuvo lugar en la sede del distrito. Dos guardias armados se aseguraban de que nadie, excepto los miembros de la sección de detectives, entrase en el edificio. La reunión continuó hasta muy tarde por la noche. Yo pronuncié allí un discurso en inglés. Un caballero cuyo nombre no recuerdo, tradujo mi discurso al pastún. Cuando terminé de hablar, el tema que yo había traído a colación –el de crear una organización nacional– fue discutido por los

presentes. Vi que, al final, todos estuvieron de acuerdo con mi propuesta. Después de que Gulam Muhammad Lundkhar terminara su discurso, decidieron enviar una delegación compuesta de tres miembros para invitar al Sr. Suhrawardy a encabezar la organización. La reunión terminó muy tarde por la noche.

En aquel momento era necesario contar con un permiso especial para cruzar el puente Attock. El Pir Shaheb lo poseía, y por eso pudo marcharse esa misma noche. Algunos permanecieron en la sede del distrito. El Sr. Lundkhar me llevó a un pequeño hotel donde pude cenar y dormir. Esa noche comprendí lo que era el frío de Lahore en invierno.

Soy de Bengala Oriental, una tierra en la cual uno puede pasar el invierno sin usar más que una manta fina. Aquí hay que ponerse capas y capas de ropa de abrigo y taparse con muchas mantas. Y, sin embargo, isigue haciendo tanto frío que es imposible conciliar el sueño, por mucha ropa que lleve uno o por muchas mantas que tenga encima!

El Pir se entristeció con las noticias sobre Bengala Oriental, y nos habló de las atrocidades que habían sido perpetradas por Quayyum Khan en la Provincia de la Frontera. Allí, Khan era culpable de la encarcelación de muchos líderes y miembros del partido. Imponía la Sección 144 en cuanto se enteraba de que iba a tener lugar una reunión. Por lo visto no se lo pensaba dos veces antes de mandar a la policía a cargar contra una manifestación con porras y armas de fuego. La situación se había vuelto insoportable. Podría decirse que la opresión que ejercía el estado en Bengala Oriental era poca cosa comparada con la que se vivía en la Provincia de la Frontera. Khan había encerrado a Lundkhar y, a pesar de liberarlo después, se había encargado de que Lundkhar fuese expulsado de la Provincia de la Frontera, motivo por el cual se encontraba en Lahore.

Por la mañana salimos hacia Lahore, pero antes había algo que quería hacer. ¿Cómo iba a marcharme sin haber visto el puente y el fuerte de Attock? Después de todo, estaban a solo unas pocas millas de distancia. El Sr. Lundkhar aceptó llevarme a conocer el puente e hizo que me acompañara un guía. Crucé el puente y entré así en la Provincia de la Frontera. Por el camino nos encontramos vendedores de frutas. Compré algunas y regresé. Para entrar al fuerte Attock es preciso un permiso, ya que allí hay

prisioneros de guerra. De lejos, uno puede divisar algunos sikhs que están encarcelados, trabajando en los prados de la prisión.

Al regresar nos unimos al Sr. Lundkhar y pusimos rumbo a Lahore. Tras un tiempo de viaje llegamos a Rawalpindi, donde descansamos un poco. Vi que el Sr. Lundkhar conocía allí a muchas personas. Solía detener el vehículo de vez en cuando para fumar el narguilé. Cada vez que se detenía en un hotel del camino o en un restaurante, alguien traía un narguilé para él. Todas esas personas parecían ser nativas de la Provincia de la Frontera. Nos detuvimos a tomar té en Jhelum, en Gujrat y en Gujranwala. Cuando llegamos a Lahore, eran casi las diez y media de la noche. El Sr. Lundkhar me dejó en mi hotel, prometiéndome que me llevaría a ver al Sr. Suhrawardy y que me informaría sobre las decisiones tomadas.

Los seguidores del Nabab Mamdot, de Punjab, estaban cada vez más marginados por la Liga Musulmana. Aún no había formado su propio partido, pero se lo estaba planteando y esperaba poder hacerlo en cuando acabaran sus procesos judiciales.

Muchos miembros del partido, que eran muy conocidos y veteranos líderes de la Liga Musulmana, se habían entrevistado con el Sr. Suhrawardy. Él había aceptado pronunciar un discurso en un mitin público que debía celebrarse en el distrito de Sargodha. Me pidió que fuese con él. Yo no tenía mucho que hacer y acepté acompañarlo.

Sargodha estaba colmado de refugiados de la India, y al verlos era evidente que les quedaba aún mucho camino y mucho sufrimiento por delante. El Sr. Suhrawardy pronunció su discurso. Muchos me pidieron que hablase, pero les dije que no tenía sentido hacerlo, ya que no podía expresarme en urdu o en punjabi y los asistentes no comprendían el inglés. El Sr. Suhrawardy dijo que no hacía falta que hablara, pero me presentaron ante el público y los saludé a todos. Me di cuenta de que el Sr. Suhrawardy era famoso incluso en un lugar tan remoto como Sargodha.

En el hotel de Lahore donde me alojaba, el Sr. Aziz Beg y el Sr. Khurshid –quien más tarde se convertiría en el presidente de Azad Kashmir– habían alquilado dos habitaciones. Desde allí publicaban el semanario *Guardian*. Habían leído el comunicado que se había publicado en el *Pakistan Times*, y habían incluido extractos del mismo en su periódico. Me reuní con ellos y discutimos sobre todos esos temas. Un representante del *Guardian* se

entrevistó conmigo y publicó un artículo sobre mí. Poco a poco, los políticos de Lahore se dieron cuenta de que estaba en la ciudad. El administrador del hotel me había informado de que me estaba vigilando la sección de detectives y que incluso había alguien que me seguía a todas horas. Cada vez que salía, ya fuese a pie o en una tanga, un detective me seguía siempre, montado en bicicleta.

Gracias a la cortesía de Pir Salahuddin, conocí a un representante de la Federación de Estudiantes Musulmanes del Punjab. Conversamos sobre la importancia de conformar una Liga Nacional de Estudiantes. Otros líderes estudiantiles coincidían conmigo, como el Sr. Fahmi y el Sr. Nur Mohammad –quien acababa de llegar de Delhi–. Fui varias veces al hostel de la Escuela de Leyes para dialogar sobre la situación con ellos. Les dije:

—Aunque no forme parte ya de una organización estudiantil, si estáis preparados para formar una organización nacional que englobe a todo Pakistán, podré convencer a la Liga de Estudiantes de Pakistán Oriental para que se una a vosotros.

Aceptaron mi propuesta y decidieron formar la organización. Redactaron un borrador de los estatutos que regirían la misma, y me pidieron que lo llevase a Dacca. Acepté y prometí que informaría a los líderes de la Liga de Estudiantes de Pakistán Oriental sobre sus opiniones. Ellos escribirían a los estudiantes Pakistán Occidental y se emitiría una declaración conjunta desde Punjab y Bengala.

~~~

Entonces ocurrió algo desafortunado. Fui a la oficina del *Pakistan Times* para ver allí al Sr. Mia. Eran más o menos las once de la mañana, y el Sr. Mia no estaba en su oficina. Lo esperé un rato, pero no regresó. Yo tenía que trabajar con el Sr. Suhrawardy y tenía que ir a buscarle a la Corte Suprema. Al salir a la calle cuatro personas se me acercaron y me preguntaron de dónde era.

—Soy de Pakistán Oriental —contesté.

De pronto, uno de ellos me agarró de la mano y otro me agarró la camisa y gritó:

—¡Eres un enemigo de Pakistán!

El tercero sacó un látigo y el cuarto, un cuchillo. Pude liberar mi mano y les pregunté:

—¿Saben quién soy?



—Sí, lo sabemos —respondieron.

—Escuchen lo que tengo que decir o, si quieren pelea, que sea de uno en uno.

Uno de ellos intentó golpearme, pero pude evitar su puñetazo. A nuestro alrededor se había formado una multitud. Algunos me preguntaron qué sucedía. Yo les dije:

—No tengo ni idea. Soy de Bengala Oriental. Fui a la oficina del *Pakistan Times* a ver al Sr. Mia. No puedo comprender por qué esta gente quiere pegarme.

Entre la gente que se había reunido había algunos estudiantes y algunos caballeros. Le dijeron algo a mis agresores y uno de ellos les contestó con insultos. Al final, los matones se marcharon. Fui entonces al hostel de la Escuela de Derecho para informar a Kazmi sobre lo que había sucedido, pero no lo encontré. Me subí en una tanga y me dirigí a la Corte Suprema para encontrarme con el Sr. Suhrawardy. Estaba muy nervioso y no había comido nada.

Aquella noche, en su casa, le conté lo sucedido al Nabab, también se lo relató el Sr. Suhrawardy. Regresé a mi hotel antes de que se hiciera de noche cerrada.

Cuando Kazmi vino a verme por la noche y escuchó lo que me había pasado, llamó a algunos estudiantes, que fueron al lugar de los hechos para intentar averiguar algo sobre la identidad de mis agresores. Les dijeron que los hombres no eran del barrio, y que seguramente habían venido de otra zona. Era evidente que habían sido enviados por la Liga Musulmana. También en Lahore estaban usando tácticas violentas. Lundkhar me aconsejó que extremara mi cautela.

Decidí que no le contaría a nadie más lo sucedido. Los altos oficiales del gobierno de Punjab trataban al Nabab con gran respeto. No tardaron en oír lo que me había pasado. Mi problema era que me resultaba muy difícil comunicarme en urdu. A esto había que sumarle que los punjabis comunes y corrientes comprendían muy poco urdu. Se comunicaban con una mezcla de punjabi y de urdu, mientras que yo lo hacía en una mezcla de bengalí y de urdu.

Los escritores progresistas de Punjab organizaron una conferencia. El Sr. Mia me solicitó que participara, así que asistí, pero solo como invitado, puesto que yo no era escritor. La conferencia duró dos días y el Sr. Lundkhar fue uno de los invitados. Por desgracia, mientras participaba en una de las ponencias, un

grupo de hombres le prendió fuego a su automóvil. Durante los levantamientos de 1942 ya habían quemado su casa por ser entonces el presidente del Congreso de la Frontera. Se había unido a la Liga Musulmana en cuanto salió de la cárcel. Lundkhar me dijo:

—Este tipo de incidentes no son nada raros en Lahore. Con todo, soy un pastún, y me temen. No se atreven a enfrentarse a mí cara a cara, así que me atacan por la espalda.

~~~

Había transcurrido un mes. ¿Cuánto tiempo más debía quedarme en Lahore? Le dije al Sr. Suhrawardy que el Maulana Bhasani, el Sr. Shamsul Huq y otros compañeros estaban en la cárcel en Daca. Pero el Sr. Suhrawardy dijo:

—Te van a encarcelar en cuanto pongas un pie en Daca. Si te quedas en Lahore, seguramente podrás evitar que te arresten.

—Pero también pueden arrestarme aquí y enviarme a Daca —le respondí—. Sobre todo, porque el Sr. Liaquat Ali Khan me la tiene jurada. Además, el gobierno de Pakistán Oriental seguro que me quiere en prisión, esté donde esté. Le pedirán al gobierno central que obligue al gobierno de Punjab a entregarme. Es algo que puede pasar en cualquier momento. Después de todo, aquí no he pasado desapercibido. Si algo debe sucederme, es mejor que me suceda en Bengala Oriental, pues en una prisión de Bengala Oriental me darán arroz, en lugar del pan roti de las prisiones de Pakistán Occidental, con el que no podría sobrevivir.<sup>38</sup> Estoy cansado de comer el roti y la carne que debo comer aquí todos los días. Y si tengo que ir a la cárcel en algún lugar, que sea con mis compañeros.

—En ese caso, haz los arreglos necesarios para regresar. ¿Por qué ruta quieres viajar?

—Solo hay un camino y pasa por Punjab del Este —dije—. No quiero seguir esa ruta, preferiría volar de Lahore a Delhi, y viajar en el tren desde allí. Necesito un permiso para viajar por la India, y ese permiso solo puede ser concedido por el alto comisionado

---

<sup>38</sup> N. de la T.: *Roti*, pan aplanado, hecho de harina de trigo, típico del norte del subcontinente indio. Acompaña allí todas las comidas, mientras que, en otras regiones, incluida Bengala, el arroz ocupa tal lugar dentro del repertorio alimenticio diario.

adjunto de la India en Lahore. He hablado ya con el Sr. Mia, y él me aseguró que hablará con el alto comisionado adjunto para que me consiga el permiso, pues lo conoce bien.

El Sr. Suhrawardy me pidió que me preparase para partir.

Algunos de mis amigos estaban estudiando en la Academia del Servicio Civil, en Lahore. Fui a verlos, y terminé visitando a muchos. Uno de ellos era un líder del partido de gobierno y se había opuesto al movimiento que quería establecer los derechos de nuestra lengua materna. Me dijo:

—Debes tomar un té conmigo. Después de venir a Lahore, comprendí que estabas en lo cierto al iniciar el movimiento por el bengalí, y que yo me equivocaba al oponerme al mismo. Mucha de la gente de aquí odia a los bengalíes.

No dije nada al respecto, puesto que habría sido inapropiado hacerlo. Muchas de las personas allí presentes estaban al servicio del gobierno, y alguien podía sentirse ofendido.

Obtuve mi permiso y decidí dejar Lahore de inmediato, siguiendo las indicaciones del propio Sr. Mia. El permiso decía que debía dejar la India en tres días. ¡Tenía solo tres días para cruzar la India! Calculé que era casi imposible hacerlo.

El Sr. Suhrawardy pagó mi cuenta de hotel y compró el pasaje a Delhi, en un avión de Orient Airlines —una aerolínea pakistaní que existía entonces—. También me dio dinero para mis gastos. En aquella época solo se podían llevar cincuenta rupias pakistaníes a la India y al revés. Pero era difícil encontrar dinero de la India en Pakistán. El Sr. Suhrawardy le pidió al Nababzada Zulfikar —el hermano menor del Nabab Mamdot— que me acompañase al avión, pues había escuchado que planeaban arrestarme en el aeropuerto. Si eso sucedía, el Nababzada debía informar al Sr. Suhrawardy.

El Nababzada me acompañó al aeropuerto. Me di cuenta de que mantenía mi equipaje siempre a unos cuantos metros de mí. Me llevó entonces a la oficina de un funcionario. Ese hombre examinó mi permiso. Registró mi equipaje y dijo:

—Esperen aquí y no vayan a ningún otro lado.

El Nababzada Zulfikar me dijo:

—Parece que están intentando algo, porque la hora de salida del avión ha llegado ya, pero nada parece suceder.

Subieron a bordo todos los pasajeros, pero luego les pidieron que volvieran a bajar. Parecían esperar instrucciones de algún

superior. El Nababzada supo, después, que el retraso del avión se debía a mi presencia. Por fin, una hora más tarde, recibieron permiso para despegar y me informaron de que podía embarcar. Me despedí del Nababzada y le pedí que le informara al Sr. Suhrawardy de lo sucedido. Comprendí que habían retrasado el despegue porque estaban decidiendo allí mismo si debían dejarme volar o si debían detenerme. Al final, es probable que concluyeran que Punjab no debía lidiar con un problema que, en realidad, era de Bengala.

No dejaba de pensar que tenía solo tres días para cruzar toda la India. Si el gobierno de Pakistán estaba al tanto, me arrestarían en el paso de frontera de Darshana o en el de Benapole. El permiso decía claramente que no se me permitiría quedarme en la India. Si los oficiales del gobierno en Calcuta llegaban a saber de mi presencia, no dudarían en arrestarme, pues sabían que era partidario de Shaheed Suhrawardy.

Me sentí triste al dejar atrás al Sr. Suhrawardy. Había pasado mucho tiempo bajo su tutela. Había disfrutado de su afecto y había trabajado junto a él. En Bengala, la gente lo veneraba, y los musulmanes de la región se entregaron al movimiento pro Pakistán siguiendo su liderazgo. Por desgracia, el hombre que había inspirado a miles a sacrificar sus vidas sin dudarlo, lo había perdido todo. Los colegas a los que un día había observado con orgullo eran ahora sus enemigos. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que nos viéramos de nuevo? Sin su guía y sin su ayuda, no podría yo establecer un partido en Bengala Oriental, ni impedir que la Liga Musulmana se apoderase de la provincia. Sentía que la nación se habría beneficiado de nuevo con su talento para organizar y con su carisma de líder.

~~~

Llegué a Delhi y me dirigí a la sala de espera de segunda clase del tren. Me duché, comí, dejé mi equipaje en consigna, y salí. Había comprado ya mi billete y, como el tren salía de noche, tenía mucho tiempo. Tomé una tanga a Mezquita Jama, porque quería observar de primera mano la situación que los musulmanes estaban viviendo. Durante la partición, la ciudad había sido el escenario de graves revueltas. Pude comprobar que los musulmanes aún

regentaban varios negocios, pero no tuve el valor de hablar con ninguno de ellos.

Caminé hasta el Fuerte Rojo. Había estado allí antes, pero era la primera vez que veía la bandera India ondeando sobre él. Dentro, las cosas habían cambiado. Allí los musulmanes solo eran dueños de un puñado de tiendas. No quise quedarme mucho tiempo. Me monté en otra tanga y salí rumbo al Instituto Angloárabe donde, en 1944, había participado en la convención de la Liga Musulmana.

Decidí luego recorrer Nueva Delhi. Ese sector de la ciudad se había transformado y se veía muy distinto. Era ahora la capital de la India. Nadie hubiera dicho que los musulmanes habían dominado la ciudad durante siglos. Su presencia se había reducido a las páginas de los libros de historia. Quién sabe si hasta estas páginas acabarían perdidas con el tiempo. Los fanáticos hindúes que habían sido responsables del asesinato de Mahatma Gandhi seguro que no tolerarían a la gente de otras comunidades religiosas. En Delhi se concibieron los planes para asesinar a Mahatma Gandhi, a Pandit Nehru y a Huseyn Shaheed Suhrawardy. Dios había salvado al Sr. Suhrawardy de la muerte. Aquellos que habían ayudado a Nathuram Godse, el asesino de Gandhi, habían confesado todas estas cosas durante el juicio.

Por la noche me subí al tren, donde tenía un asiento reservado. Otros tres caballeros se encontraban en el vagón de segunda clase en donde viajaba. No tuve el valor de hablar con nadie. Empecé a leer un periódico. La India estaba viviendo revueltas comunales. Sin embargo, después de la muerte del Mahatma, el Partido del Congreso se vio obligado a tomar medidas punitivas contra los miembros del RSS y del Hindu Mahasabha. Durante el período posterior al martirio del Mahatma –originado por su determinación de proteger las vidas de los musulmanes– sus seguidores habían empezado a reaccionar contra las fuerzas del sectarismo. También habían empezado a comportarse amistosamente con los musulmanes.

Cuando desperté al día siguiente, observé que dos de los pasajeros se habían marchado, y que tan solo una persona viajaba conmigo en el vagón. Era un hombre de Bengala Occidental. Me preguntó de dónde era y a dónde viajaba. Le dije la verdad. Le dije que, después de partir de Lahore, me dirigía a Bengala

Oriental, y que mi hogar quedaba en el distrito de Faridpur. El hombre me dijo que era de Barisal y que ahora trabajaba en Delhi. Conversamos durante un buen rato. Él se sentía triste, porque ya no podría comer el pescado y las verduras de Bengala Oriental, respirar su aire o regresar a la tierra de su nacimiento, porque todos sus parientes habían abandonado Barisal. El caballero me pidió que bajase con él en Howrat y que pasase la noche con él, en su casa. Me dijo:

—Por favor, quédese conmigo. Usted no tendrá problema alguno si lo hace.

—Gracias —le dije—. Pero debo salir mañana muy temprano, y por eso debo pasar la noche en casa de un amigo.

Sin embargo, cuando estuve solo, me pregunté qué hacer. No quería quedarme en un hotel. Al final, decidí que iría a casa de mi amigo Khondokar Nurul Alam. Fui a su casa, en Park Circus, y descubrí que no estaba. Por suerte su hermano sí que estaba, y me recibió con mucha amabilidad. Nurul Alam llegó más tarde. Estaba muy contento de volver a verme. Cenamos juntos y dimos un paseo. Alam me dijo:

—No sé qué hacer. Estoy aquí, completamente solo. Todos mis amigos se han marchado a Daca. Pero ¿qué haría yo en Daca? No tengo dinero para invertir en un negocio. El Sr. Nurul Amin nunca me ofrecería un trabajo, porque estuve de lado del Sr. Suhrawardy y trabajé con el Sr. Hashim para él.

No pude aconsejarle nada, porque no tenía la posibilidad de ofrecerle nada en Daca. Mi propio futuro era incierto, y era probable que estuviese comiendo la comida de la prisión al día siguiente. A pesar de todo, Nurul Alam me dijo que había pedido un puesto en la Oficina del Alto Comisionado Adjunto de Pakistán.

Llamé a la oficina del ferrocarril y supe que el tren a Khulna saldría a las once de la mañana, llegando a Benapole por la tarde y a Khulna a las diez de la noche. Compré un pasaje inter-clase. Sabía que debía evitar a la policía en el puesto fronterizo de Benapole. Estaba seguro de que el gobierno de Bengala Oriental habría alertado a los funcionarios sobre la posibilidad de que yo intentase cruzar la frontera durante esos días. La sección de detectives debía estar intentando determinar mi paradero para poder encarcelarme.

Estaba listo para ir a la cárcel, pero antes de que eso sucediera, quería ir a ver a mis padres, a mi familia, y a mis hijos. Le había escrito a Renu desde Lahore, y ella esperaba mi visita. En casa me esperaban todos con expectación. Quería ir también a Dacca para conversar con mis colegas. El trabajo que estábamos llevando a cabo debía continuar, incluso después de que me arrestaran. También necesitaba reunir algo de dinero. Nuestro partido estaba muy necesitado de recursos. Confiaba en que podría recaudar algunos fondos. Conocía a varios admiradores del Sr. Suhrawardy que no podrían decirme que no.

El tren se detuvo mucho tiempo en Ranaghat. Los agentes de aduana indios registraron tanto los vagones como los equipajes, buscando contrabando. Mi equipaje también fue revisado.

Llegamos a Benapole al anochecer. Bajé del tren antes de que este entrara en la estación. Me había hecho amigo de otro pasajero y este accedió a ayudarme. Le dije que tenía algo de que ocuparme, y le pedí que, si los funcionarios pakistaníes querían registrar mi equipaje, dijera que era suyo. También le dije que no se preocupase por el tiempo que pasara hasta que volviera. Salí del tren y todo estaba oscuro. Pensé que podría ocultarme bajo un árbol. Los miembros de la sección de detectives y algunos oficiales de policía iban de vagón en vagón, registrando todo lo que encontraban. Cuando los vi aproximarse, me alejé hacia el otro lado del tren, para ocultarme. Debía eludirlos a toda costa.

Pensaba mucho en mis seres queridos. Unos meses antes había nacido mi hijo mayor, Kamal. No había tenido la oportunidad de conocerlo aún. Hasina me había visto tan poco que, cada vez que iba, quería estar siempre conmigo. Me abrumaba la idea de que yo era a la vez padre e hijo, y quería estar con todos mis familiares de nuevo. Sabía que me esperaban, y que estaban seguros de que yo iría a verlos en cuanto regresase de Lahore. Renu, sin duda, estaría pasando noches en vela. Pasaba por todo tipo de dificultades por mí, y no se quejaba nunca. Y que no lo hiciera me entristecía aún más.

El Maulana Bhasani, el Sr. Shamsul Huq y mis compañeros languidecían en la cárcel. Me deprimía al pensar en ellos. No podía hacer nada para cambiar su situación, pero al menos podía compartirla, lo que me consolaría.

En cuanto el tren empezó a moverse de nuevo y a tomar velocidad, corrí para alcanzarlo y me subí a él. Dudo que hubiese



podido hacerlo si hubiese esperado un minuto más. El tren iba a toda velocidad y no dejaba de pensar que debía estar alerta cuando llegara a Jessore. Sabía que la estación estaría repleta de miembros de la sección de detectives. Unos pocos minutos antes de que el tren llegase a Jessore, fui al retrete del vagón. Me quedé allí hasta que el tren empezó a moverse de nuevo. Un estudiante se había subido al tren. Al verme salir del retrete, me dijo:

—¿No eres acaso Mujib?

—No me llames por mi nombre —le dije en un susurro.

Era miembro de la Liga de Estudiantes, y comprendió de inmediato la razón por la que yo no quería que me identificasen. El tren estaba lleno, lo cual ayudó a que este encuentro pasara desapercibido. Mi cara tampoco era tan conocida entonces. El estudiante se bajó en la siguiente estación.

Sabía qué es lo que iba a encontrarme en Khulna. Había recorrido la ciudad desde niño. Debía cruzarla de camino a Calcuta cuando era estudiante. El tren llegó a Khulna a eso de las once de la noche. Cuando todos los pasajeros se bajaron del tren, agarré mi kurta, la doblé y la metí dentro de mis mantas. Recogí mi lungui hasta mis rodillas. Equilibré el paquete de mis mantas sobre la cabeza y, maleta en mano, salí corriendo hacia la estación del río, como si fuese un mozo portamaletas.

Los hombres de la sección de detectives no pudieron detectarme. Crucé las vías del tren y llegué al muelle de la estación del río. Salí por el portón opuesto y tomé un rickshaw. Saqué mi kurta de entre mis mantas y me la puse de nuevo. El conductor del rickshaw era de Gopalganj y me reconoció de inmediato. Me dijo:

—Señor, ¿por qué va usted vestido así?

—Podría contarte mucho —le dije—, pero te lo explicaré luego. Ahora debemos salir de la estación a toda prisa.

Sabía que tendría que contarle, al menos en parte, qué es lo que estaba sucediendo. Él era de Gopalganj y no me traicionaría.

Yo tenía un primo que trabajaba en Khulna. Sabía dónde vivía y, por tanto, me dirigí a su casa. Envié al conductor del rickshaw a casa de mi tío materno. Mi tío era un hombre muy resolutivo. Lo envié a la estación para que comprase dos pasajes de primera clase en el vapor. Así podría viajar de forma discreta. También contacté con un amigo que trabajaba para la compañía de vapores del río. Me aconsejó que subiese al vapor solo unos minutos antes

de la hora de partida. Él se ocuparía de que el vapor zarpara en cuanto estuviera a bordo. Sabía que el muelle estaría lleno de agentes de la sección de detectives.

La mala suerte quiso que, a causa de la niebla, el vapor tardara mucho en atracar, por lo que la hora de partida fue atrasada una hora. En otras palabras, saldríamos a las siete de la mañana en vez de a las seis, lo cual era un problema porque a las seis aún era de noche, mientras que a las siete el sol ya lo iluminaría todo, incluyéndome a mí.

Mi tío había subido ya nuestro equipaje al vapor. Me había ayudado a ponerme un abrigo, pantalones e incluso un sombrero. Cuando el vapor empezó a moverse, corrí hacia él. Mi amigo estaba parado en el muelle. En cuanto me vio, mandó retirar la pasarela y el vapor empezó su viaje. Solo pude darle las gracias con una fugaz mirada.

Mis esperanzas parecían cumplirse. ¡Alcanzaría mi hogar! Me quedé en el camarote todo el día, e hice que me trajeran comida. Demasiadas personas me habían visto embarcar. Había una parada prevista en Gopalganj antes de ir a Barisal y a Narayanganj. Mucha gente iba a Gopalganj. El vapor no llegaría hasta el propio pueblo de Gopalganj, ya que el río allí ya no era lo bastante profundo, sino que dejaría a los pasajeros a tres millas de distancia, en un lugar llamado Manikdaha, donde habían construido una nueva plataforma.

Atracamos en Manikdaha y dos de mis compañeros –Rahmat Jan y Yunus–, me reconocieron de inmediato y me llamaron por mi nombre. Les hice un gesto para que callaran, pues la policía iría a nuestro pueblo de inmediato si tenían alguna pista sobre mi llegada. Rahmat Jan y Yunus estaban viajando a Barisal, en cuya universidad estudiaban. Vinieron hacia mí de inmediato. Les pregunté cómo me habían reconocido. Me contestaron:

–Reconoceríamos tus ojos en cualquier parte.

–Si la policía se entera que estoy aquí, seré arrestado de camino a casa –susurré.

–Mujib Bhai –dijeron–, esto es Gopalganj, nadie va a atreverse a arrestarte si tú no quieres que suceda.

La gente de Gopalganj solía añadir el honorífico “bhai” o “hermano” a mi nombre, cuando se dirigían a mí. ¡En ocasiones, tanto el padre como el hijo de una misma familia terminaban diciéndome “bhai”!

Como siempre, tardé dos horas en ir de Gopalganj hasta el muelle que quedaba más cerca de nuestra casa. Llegamos a la estación de Gopalganj hacia la noche. Me costó otra hora encontrar un bote que me llevase a casa. Cuando llegué, estaban todos tan sorprendidos como felices. Nadie había imaginado que podría regresar a casa. Mi hija no me dejaba solo, y se negó a irse a la cama. Le conté a mi padre todo lo que me había sucedido. Pedí que alguien vigilase el camino. Pusimos un guardia para que vigilara la casa toda la noche. La casa era grande y siempre estaba llena de gente.

Si me arrestaban ya no estaría triste, pues había podido ver a mi familia. Sin embargo, aún quería ir a Dacca una vez más. Le expliqué a mi padre y a Renu que no podía quedarme mucho tiempo. Al final pasé siete u ocho días con ellos. Les dije:

—No podré ir a Dacca por Barisal, y tampoco puedo hacerlo por Gopalganj. Van a estar buscándome y me arrestarán en cuanto tengan alguna pista sobre mí. Quiero embarcar en una lancha desde algún muelle que esté a dos estaciones de Gopalganj. De allí iré a Kabirajpur, para tomar un barco hasta Shibchar, en la subdivisión de Madaripur. En Shibchar, me subiré a otra lancha. Antes me quedaré un día con mi hermana y con su familia.

—¡Quién sabe cuándo volveremos a estar juntos! —exclamó Renu—. Déjame que vaya contigo hasta Shibchar y así puedo quedarme dos días más en tu compañía. Llevaré a los niños con nosotros. Tu padre puede venir más tarde para traernos de vuelta.

Cedí ante sus palabras, ya que sabía que, si me cogían, me iban a encerrar de forma indefinida.

Aunque ir en bote a Shibchar no era algo sencillo, decidimos hacerlo. Dos de mis compañeros, Shahidul Islam y Siraj, vinieron con nosotros. Eran aún estudiantes, pero me tenían mucho afecto. Hoy ambos son hombres de negocios. Shahid me es aún muy leal, y me apoya en todo lo que hago. Siraj cambió de partido, pero aún me respeta. Fueron con nosotros hasta Kabirajpur y se mantuvieron despiertos durante toda la noche para cerciorarse de que estábamos seguros. Habían dejado sus casas sin ropa de abrigo y la noche era muy fría. Renu les dio su propio chal para que se abrigaran un poco.

Llegamos a casa de mi hermana y terminamos quedándonos allí siete días. Yo estaba cada vez más encariñado con mis hijos.

No quería pensar en dejarlos, pero sabía que tenía que hacerlo. Me había consagrado a la causa de mi país. ¿Qué sentido tenía ceder antes mis sentimientos por mi familia? Si alguien ama a su país y su gente, debe estar listo para sacrificar algo y, al final, es muy posible que tenga que darlo todo.

Mi padre me había dado un poco de dinero al dejar nuestra casa. Renu también había traído algunos ahorros.

—Vas a estar sola durante mucho tiempo —le dije a Renu—, pero ahora tienes dos hijos para que te hagan compañía. Sé que no puedes esperar ningún tipo de ayuda económica por mi parte. Vas a tener que arreglártelas como puedas. Sé que no vas a pedirle ayuda a mi padre. Y, de todas maneras, ¿cómo va mi padre a encontrar el dinero para mantenernos? Yo no necesito mucho dinero. Van a detenerme pronto, es algo que no puedo evitar. No sé cuándo voy a poder verte de nuevo. No vengas a Dacca. Los niños la pasarían mal allí. Además, no hay mucho espacio en casa de mi hermana segunda. No quiero que tú o mis seres queridos paséis dificultades por mi culpa. Escíbeme, que yo voy a escribirte también.

~~~

Los dejé por la noche, porque Hasina no pararía de llorar si me marchaba cuando estaba aún despierta. Kamal, desde luego, era entonces demasiado pequeño para comprender lo que ocurría. Shibchar no tenía muelle para vapores, y por ello me dirigí a Chanderchar, a diez millas de allí. El esposo de mi hermana mayor, Saifuddin Chowdhury, que aparte de familia era un buen amigo, debía acompañarme en mi viaje a Dacca.

Cuando nos despedimos, Renu empezó a llorar en silencio. No intenté consolarla y me marché sin decir nada más. ¿Qué podía decirle? Se lo había explicado todo.

Esa noche partimos en bote, y llegamos a Chanderchar Ghat por la mañana. El vapor debía salir más tarde. Uno de mis compañeros, Samad Morol, tenía una casa cerca. Le hice llegar un mensaje diciendo que me hallaba en el muelle y acudió de inmediato. Insistía en que debíamos ir a su casa para refrescarnos, pero le dije que no teníamos tiempo para ello. Iría en transbordador hasta Tarpasha y, desde allí, me subiría al correo que recorría la ruta Goalando-Narayanganj. Para cuando alcanzamos Tarpasha, el

correo había partido ya, de modo que tuvimos que quedarnos allí un día entero. Se suponía que el próximo vapor saldría tarde por la noche. No nos quedó otra opción mas que pasar la noche en el muelle.

Llegamos a Munshiganj a la mañana siguiente. En el vapor, yo había encontrado a un miembro de la Liga de Estudiantes, que conocía mi problema. Le di mi equipaje y le dije:

—Asegúrate de depositar el equipaje en la casa de Shawkat Mia, en el número 150 de Mughaltuli. Si desembarco en Narayanganj, a plena luz del día, me arrestarán de inmediato e iré a la cárcel en lugar de a Dacca. Shawkat Mia, siempre tan ingenioso, debe encontrar un lugar en el que yo pueda dormir. Y, si le es posible, debe encontrarse conmigo, esta noche, en la residencia de Khan Shaheb Osman Ali. Dile por favor a Shamsuzzoha —el hijo mayor de Khan Shaheb—, que también esté allí por la noche.

Nos bajamos en Munshiganj y empezamos a caminar hacia Mirkadim. Después de comer en la casa de un pariente, empezamos nuestro viaje hacia Narayanganj en un bote, justo antes del crepúsculo. Una vez que cayó la noche, tomamos un rickshaw hasta la casa de Khan Shaheb.

El Sr. Zoha no había sido informado sobre nuestra llegada, y no estaba presente. Su hermano menor, Mustafa Sarwar, era entonces solo un niño. Me conocía bien y salió a buscar a su hermano para que regresase de inmediato. Entramos a la casa para tomar té y algún aperitivo. La residencia de Khan Shaheb era uno de nuestros espacios predilectos. Si algún miembro de nuestro partido estaba cansado y pasaba por allí, siempre se le ofrecería algo para comer. Khan Shaheb había sufrido pérdidas en sus negocios, pero tenía un gran corazón.

El Sr. Zoha llamó a un taxi para nosotros y nos dijo adiós. Yo había demorado nuestra partida tanto como pude, porque esperaba que pudiera aparecer Shawkat Mia. Por desgracia llegó justo después de irnos nosotros. Nos siguió de inmediato por el camino a Dacca. En un claro del camino, abandonamos nuestro taxi y tomamos un rickshaw hasta Mughaltuli. Vimos que nuestro equipaje se encontraba ya dentro de la casa. ¡Shawkat Mia también estaba allí! Me abrazó y me dijo:

—Mujib Bhai, cuéntame cómo te las arreglaste para ir a Lahore y para volver de allí.

—Antes de hacerlo —contesté—, cuéntame, ¿cómo están el Maulana Bhasani y el Sr. Shamsul Huq? ¿A quién han metido en la cárcel? ¿Cómo está la Liga Awami?

Las respuestas de Shawkat Mia me entristecieron, pero no me dejaron completamente deprimido.

Casi una docena de hombres que habían sido nombrados para el comité central de la Liga Awami habían renunciado a sus cargos por miedo. Entre ellos se hallaban personas que habían sido líderes del partido por mucho tiempo, pero que no solo habían renunciado a ser parte de él, sino que habían formulado denuncias contra el mismo, para escapar de las amenazas recibidas.

Sher-e-Bangla Fazlul Huq había hablado con el Maulana Bhasani y conmigo poco después de integrarse a nuestro partido, y nos había dicho:

—Estoy pasando por dificultades financieras. Voy a aceptar el cargo de Abogado General que se me ha ofrecido. No es posible para mí seguir participando activamente en la política. Por el momento, voy a retirarme del partido. Pero ustedes tienen mi bendición y mi apoyo.

Entendíamos su problema. Más tarde, se molestó en acudir a otras reuniones. Entre aquellos que, por ese entonces, aún permanecían en la Liga Awami, se encontraban el Maulana Bhasani, el Sr. Shamsul Huq, Aatur Rahman Khan, Abdus Salam Khan, Anwara Khatun, miembro de la Asamblea Legislativa (MLA), Khairat Hussein, MLA, Ali Ahmed Khan, MLA, Khondokar Mushtaq Ahmed, Yar Mohammad Khan, Abdul Awal de Narayanganj, Almas Ali, Shamsuzzoha y algunos otros, cuyos nombres se me escapan ahora.

Shawkat Mia se las arregló para encontrar la manera de alojarme. Durante el día, me mantenía encerrado. Por la noche salía a ver a la gente con la que quería entrevistarme. Intenté que se me aconsejase sobre cuáles debían ser mis siguientes movimientos. El Sr. Manik Mia estaba en Mughaltuli también, y tampoco podía decidir su próximo paso. Abdul Halim me mantuvo en su casa por algún tiempo. Algunas personas prometieron contribuir con algún dinero para que yo lo usara.

Un día fui a ver a un amigo, quien por entonces ejercía un importante cargo de gobierno. No era un hombre que se asustara fácilmente. De hecho, me apreciaba mucho. Conocía nuestra

situación y nos tenía simpatía. Sin embargo, noté su nerviosismo y dejé su casa tan pronto como pude.

Estaba cansándome de vivir como un fugitivo. Le dije a Abdul Hamid Chowdhury y al Mollah Jalaluddin que me hospedaría con ellos. Ellos se alojaban en el primer piso de la antigua casa de Ali Amjad Khan, en el área de Khawaja Dewan. Me mudé allí. Durante el día, leía libros. Por la noche iba de un sitio a otro.

Decidimos organizar un mitin en Armanitola Maidan. Yo daría un discurso allí y me expondría a ser arrestado. Cuando todo estaba casi listo, uno o dos días antes del mitin, regresé al departamento para encontrar que la policía lo había rodeado. Dos policías de paisano esperaban dentro de la casa. Golpearon suavemente a la puerta. Les pedí que entraran. Les dije:

—Llevo un tiempo esperando su visita, pero voy a pedirles que esperen unos momentos. Debo comer algo, son ya las dos de la tarde. Alguien ha ido a traer el almuerzo y volverá pronto.

Hamid había salido con esa intención, pero cuando comprobó que la policía estaba conmigo, decidió alejarse. ¿Pero cuánto tiempo esperarían? Al ver que no había señal de Hamid, decidí enviar un mensaje a Henry, el hijo mayor de Ali Amjad Khan, pidiéndole que viniese, cosa que hizo de inmediato. Al saber qué ocurría, regresó a su casa para traerme algo de comer.

El hermano de Henry, Shahjahan, que entonces era un estudiante de séptimo grado, lo acompañó. Cuando llegó, empezó a insultar en voz alta a su tío, que vivía en el piso que había sobre el nuestro. Shahjahan decía una y otra vez:

—Seguro que el tío avisó a la policía, nadie más pudo hacerlo. Deja que mi padre regrese y le dará una lección.

Shahjahan me tenía mucho afecto y solía venir a conversar conmigo cada vez que tenía tiempo. Cuando la policía me hizo subir a su camión, empezó a llorar. Me sentía muy mal. Nunca he podido olvidar la tristeza de Shahjahan el día de mi arresto. Más tarde supe que sí que había sido su tío quien me había traicionado ante la policía, a cambio de dinero. El Sr. Ali Amjad y Anwara Khatun lo echaron de la casa por ello.

Me llevaron a la estación de policía de Lalbag. Dos oficiales de la sección de inteligencia empezaron a interrogarme. Esto duró dos horas. Les dije:

—Voy a seguir trabajando para la Liga Awami.



Me hicieron mil preguntas. ¿Por qué fui a Lahore? ¿Dónde me alojé allí? ¿Qué hice entonces? ¿Cuándo regresé a Daca? ¿Cuánto tiempo me quedé en mi pueblo? ¿Qué planes tenía? ¿Qué me dijo el Sr. Suhrawardy? Y otras cosas por el estilo. Dije solo lo que me apetecía que supieran y me callé lo demás.

Me arrestaron bajo el Acta de Seguridad Pública, y me llevaron a la estación de policía de Kotwali, al poco tiempo de anochecer.

Tuve que pasar la noche en la estación de policía. Jalal me trajo mi maleta y mis mantas. Esa noche, Anwara Khatun y mi pariente político, el Sr. Shamsuddin Ahmed Chowdhury, quien era también el zamindar de Dattapara, vinieron a visitarme. Algo más tarde, el Sr. Siddique Dewan, que entonces debía ser inspector de la policía, me trajo una cama y un mosquitero de su propia casa. También me habían traído mi cama, así que en ese sentido no faltó de nada. El Sr. Dewan y los otros oficiales de policía me trataban muy bien y hacían lo posible para que me sintiese cómodo.

~~~

Me llevaron a la cárcel de Daca al mediodía del día siguiente. Cuando entré fui informado de que no se me había concedido aún el estatus de división.<sup>39</sup> Debía permanecer allí como otros prisioneros comunes y corrientes.

En aquel momento los presos políticos no recibían un trato distinto. El gobierno podía dar el estatus de división a quien le apeteciera, y el resto debía conformarse con recibir el mismo trato que los presos comunes y corrientes, quienes se veían obligados a trabajar y a comer una comida pésima. No comí nada esa tarde. Estaba encerrado con presos comunes. Otros dos o tres prisioneros políticos compartían mi situación. Me llevaron a su esquina. Por la noche, comí algo con ellos, pues para entonces estaba muy hambriento. El Maulana Bhasani y el Sr. Shamsul Huq estaban en el corredor número cinco. Tenían el estatus de división. Hasta que no me lo concedieran no podría unirme a ellos.

Muy temprano por la mañana, un policía se me acercó y me dijo:

—Deje que lo lleve a otro lugar.

---

<sup>39</sup> El estatus de división provee a los prisioneros de privilegios adicionales, incluyendo mejores comidas y alojamiento.

—Primero, dígame a dónde planea llevarme —contesté—. Solo entonces me moveré.

—Por la noche le concedieron el estatus de división. Me han dado órdenes de transferirlo al lugar donde está el Maulana Bhasani. Es todo lo que sé.

Me despedí de todos los prisioneros en mi celda. Los dos o tres prisioneros políticos no habían sido arrestados en virtud del Acta de Seguridad Pública. Se enfrentaban a otros cargos. Se pensaba que se les concedería fianza en un par de días. Fui conducido al corredor donde estaban el Maulana Bhasani y el Sr. Shamsul Huq. Me iba a quedar allí, en el mismo cuarto que ocupaban. Decidí dormir cerca del Sr. Huq, puesto en aquella época yo fumaba, pero no lo hacía delante del Maulana por respeto.

Fui encarcelado en diciembre de 1949. Pakistán había sido creado en 1947. Era mi tercera visita a la cárcel en dos años. Le dije al Maulana todo lo que me había sucedido. El me formuló varias preguntas. ¿Qué había dicho el Sr. Suhrawardy? ¿Qué opinión tenía el Pir Manki Sharif? ¿Se dedicaría el Sr. Mia a la política activa? ¿Podía crearse una Liga Awami nacional en Pakistán? Si ello era posible, ¿cuánto tiempo llevaría hacerlo? ¿Dónde me había alojado en Lahore? ¿Cuál era la situación en Dacca? El Maulana me dijo que habían abierto un proceso contra el partido. Yo era uno de los acusados, junto con el Maulana, el Sr. Huq, Abdur Rab y el licenciado Fazlul Huq. Se había concedido fianza a Abdur Rab y al licenciado Fazlul Huq. Puesto que ellos no habían sido acusados de violar el Acta de Seguridad Pública, se les permitió permanecer libres. Sin embargo, los procedimientos legales del caso no habían empezado aún, porque yo había logrado evitar ser arrestado. El caso estaba basado en nuestro enfrentamiento con policía en Nazirabazar, el once de octubre.

En la celda había algunos prisioneros que, como nosotros, tenían estatus de división. Estaban también encarcelados por razones políticas. Algunos cumplían penas de veinte años, mientras que otros tenían penas más cortas. Estaban allí porque tenían dinero suficiente, y se les concedían camas, mosquiteros, mantas y ropa blanca como a nosotros.

El Sr. Shamsul Huq estaba muy enojado conmigo, puesto que me consideraba responsable de nuestra situación. Yo había propuesto la manifestación con la que se habían iniciado todos

los problemas. Sin ese incidente, no habríamos terminado en la cárcel.

El Sr. Huq había contraído matrimonio un mes y medio antes. Tanto él como su esposa, Afia Khatun, estudiaban en la universidad cuando se enamoraron y se casaron. Cada vez que el Sr. Huq me hacía un reproche, yo me burlaba de él y lo llamaba “el casado loco”. Esto le enfadaba más todavía y me lanzaba mil insultos. El Maulana Bhasani solía sonreír ante nuestros incidentes, cosa que hacía que el Sr. Huq también se enfadara con él.

Los tres solíamos rezar juntos. Después, el Maulana nos enseñaba religión utilizando el Corán. Esto se convirtió en una costumbre. Pero el Sr. Huq entorpecía un poco el asunto, porque parecía incapaz de terminar ninguna oración en menos de una hora. Cada parte de la plegaria le tomaba al menos diez minutos. En ocasiones, cerraba los ojos y meditaba, totalmente indiferente al tiempo transcurrido.

Dio comienzo nuestro juicio. Debíamos presentarnos ante la corte cada quince días. Nos daban sillas para sentarnos en la celda de prisioneros del edificio de los tribunales. De allí nos sacaban y allí nos devolvían inmediatamente después de cada audiencia.

Muchos de nuestros colegas venían a visitarnos. Los miembros de la Liga de Estudiantes aparecían casi todos los días de visita. El Sr. Aatur Rahman Khan era nuestro abogado ante la corte.

Los días en los que el Sr. Huq recibía la visita de su esposa era imposible hablarle. Me sentía triste por su situación. Era una lástima que tuvieran que estar separados tan poco tiempo después de casarse. A la vista estaba que estaban muy enamorados. Yo la llamaba “bhabi”, y ella siempre me traía un libro o dos cuando venía.<sup>40</sup> Siempre me preguntaba si necesitaba algo. Yo solía trabajar en el jardín de la cárcel y, cuando venía la esposa del Sr. Huq, le daba al Sr. Huq un ramo de flores o una guirnalda para que se la diera a ella. La verdad es que al Sr. Huq le estaba resultando cada vez más duro estar encerrado.

A partir de entonces empezó a molestarnos de otro modo. Cada noche, a eso de las doce, coreaba en voz alta la palabra “Alá”, una y otra vez. Esto podía durar de una a dos horas. A veces empezaba a

---

<sup>40</sup> N. de la T.: *Bhabi*, literalmente, esposa del hermano mayor. Término utilizado no solo en el contexto de relaciones de familia, sino también para demostrar respeto a las mujeres.

cantarla hacia la medianoche. Los diez o quince internos de la celda no podíamos dormir. Los primeros días permanecimos callados. Los prisioneros debían trabajar durante el día y necesitaban descansar. Nos quejamos ante el Maulana, y él le aconsejó al Sr. Huq que rezase en silencio. Pero el Sr. Huq no le hizo caso. Mi cama estaba junto a la del Sr. Huq. Solía desplegar su alfombra de oración junto a mi lecho y comenzar a cantar. A veces me despertaba después de media hora y lo escuchaba cantar en alta voz justo al lado de mi oído. ¿Qué podía hacer? Era necesario que lo tolerase. Estas fases de rezo le podían durar entre diez y quince días. Una tarde le dije:

—¿Cuánto tiempo podré seguir así? Si no duermo, voy a acabar teniendo una crisis nerviosa.

—¡Tengo que cantar, y tú tienes que tolerarlo! —dijo furioso—. Si no te gusta, haz lo que quieras. Vete a otro lugar.

Me quedé callado en ese momento, pero más tarde le dije:

—Si empiezas a cantar de nuevo esta noche, voy a lanzarte un cubo de agua sobre la cabeza y no me importa lo que suceda después.

—Tú no parece comprender que estoy meditando —me dijo muy calmado—. Ya verás el resultado de mis esfuerzos un día de estos.

¡Qué podía hacer, salvo aguantar! Estaba claro que su salud estaba deteriorándose.

Mientras permanecíamos en la cárcel, estallaron en Calcuta y en Dacca revueltas muy violentas. Muchos musulmanes inocentes murieron en Calcuta, y otros tantos hindúes inocentes murieron en Dacca y en Barisal. Por lo visto, alguien había difundido un rumor sobre la muerte de Sher-e-Bangla Fazlul Huq. Ese rumor sirvió para desatar las revueltas y para que ciertos musulmanes entraran en acción. Mucha gente fue arrestada y encerrada en la cárcel de Dacca.

Estos presos pasaban el día con nosotros, en el corredor número cinco. Debían de ser entre setecientas a ochocientas personas. Conversé con ellos. No todos eran culpables de actos violentos en las revueltas: de hecho, solo unos pocos estaban involucrados directamente en lo sucedido. Los que eran culpables pudieron escapar, mientras que la gente que pasaba por allí terminó en la cárcel.

Intenté hablar con estos presos y explicarles que no era correcto participar en revueltas y en el asesinato de personas inocentes. De hecho, era un pecado matar a inocentes. Un verdadero musulmán

no podía matar a nadie que fuese inocente: Dios y su Profeta habían prohibido tal acción. Dios había creado tanto a los hindúes como a nosotros. También merecían que los tratásemos como a seres humanos. El que algunos hindúes, en la India, se hubiesen involucrado en terribles crímenes, no justificaba que nosotros debiésemos perpetrar actos similares aquí. Intercambié opiniones con mucha gente que era conocida en la ciudad por ser violentos. Muchos de ellos me aseguraron que no se involucrarían más en reyertas. ¿Quién sabe si pude cambiar su futuro con mis palabras? Pero estaba claro que muchos se habían vuelto amigos míos, porque muchos de ellos vinieron a verme cuando salí de la cárcel. Cada vez que yo tenía problemas, intentaban ayudarme.

A las autoridades de la cárcel no les gustaban nada mis diálogos con esa gente. Un día me sacaron de mi corredor y me llevaron al corredor veinte, que era uno de los que habían sido construidos más recientemente. Sus celdas estaban bien hechas. En total, había diez en el segundo piso, y otras diez en el primero. El Maulana decidió tomar una celda del segundo piso, y me pidió que tomase una contigua. El Sr. Huq decidió que sería mi vecino, y me dijo:

—¡Bien! Ahora voy a poder cantar toda la noche sin ser interrumpido.

Pensé, ¡demonios! A él le dije:

—O te quedas tú en el piso de arriba o me quedo yo. Si escoges ser mi vecino, voy a tener que decirle adiós al sueño.

Mi comentario lo irritó y decidió instalarse en una celda del primer piso. Le pedí que se tranquilizara, y el Maulana hizo lo mismo. A partir de entonces empezó a cantar aún más fuerte, de modo que seguimos sin poder dormir, a pesar de estar en pisos diferentes.

Unos días más tarde llegó a la cárcel de Dacca Haji Danesh. Se convirtió en nuestro compañero. Dos días más tarde, fue transferido a algún otro lugar, pues el gobierno decidió mantenerlo aislado de todos los demás. A ningún prisionero que el gobierno considerase comunista se le permitía entrar en contacto con nosotros. Según parece, tenían miedo de que nos volviéramos comunistas. Los prisioneros políticos estaban internados en dos o tres secciones distintas de la cárcel. Esa fue la primera vez que se me concedía una celda individual, y tan solo entonces

comprendí eso que dicen: “una cárcel dentro de una cárcel, eso es una celda solitaria”.

Dos meses más tarde, cuando la mayoría de las personas encarceladas por las revueltas habían sido liberadas bajo fianza, los pocos que quedaban fueron transferidos del corredor cinco al corredor cuatro, y a nosotros nos llevaron de vuelta al corredor cinco.

Estábamos en un edificio de tres pisos. Los prisioneros más jóvenes se alojaban en el piso más alto. Nosotros estábamos confinados en un extremo del segundo piso, mientras que otros se acomodaban en la oficina de la cárcel. El primer piso era utilizado como bodega. Allí se guardaban los objetos que los internos producían. Dentro de la cárcel quedaba la única fábrica de mantas de Bengala Oriental. Los internos diseñaban hermosas mantas. Un equipo de sastres era responsable de ese trabajo. Trabajaban en turnos de cien personas cada uno. Allí se confeccionaban uniformes para la policía, para los guardias y para otros funcionarios de los departamentos del gobierno. Los carpinteros de Dacca eran conocidos por su talento en la creación de camas de buena calidad, de mesas y de sillas. También fabricaban muebles de caña. Un superintendente adjunto estaba a cargo de todas esas actividades. Los prisioneros se referían a ese departamento con el acrónimo ASD.<sup>41</sup> Solía visitar ese departamento y observar a la gente trabajando. La bodega estaba cerca de las escaleras, y al otro lado había una oficina.

Yo había comenzado a trabajar en el jardín desde que supe que el lugar no tenía uno. Solía enviar a los guardias a los patios de otros pabellones para que me trajeran plantas con flores. Mi jardín pronto empezó a verse muy hermoso. Se encontraba al lado de una imprenta en la que se publicaban ediciones del gobierno. La misma también era parte de la cárcel. Había una puerta en el muro que separaba esas dos secciones de la prisión. Podíamos escuchar el ruido de las máquinas, pero nunca logramos ver esa sección. Observaba desde mi ventana, por la mañana y por la noche, cómo los trabajadores llegaban y se marchaban. Mirarlos me hacía pensar que ellos trabajaban en otra prisión, que era diferente a la nuestra solo porque era más espaciosa. ¿Qué podía

---

<sup>41</sup> Este nombre fue cambiado más tarde a Departamento de Industrias.

haber peor que saber que estábamos en un país independiente que carecía, sin embargo, de los derechos más fundamentales?

En Pakistán había gente que llevaba años presa sin haber tenido un juicio justo. Cada seis meses, el gobierno extendía el tiempo que debían permanecer en prisión. En la fase británica de nuestra historia, los prisioneros políticos tenían ciertos derechos, pero ahora que nos habíamos convertido en un país independiente, esos derechos nos habían sido arrebatados. En el período británico, los presos políticos tenían derecho a comida, ropa, medicina, periódicos, material deportivo e, incluso, a una subvención familiar. Durante el gobierno de la Liga Musulmana, bajo Nurul Amin, se había privado a los prisioneros políticos de esos privilegios. Muchos prisioneros políticos eran tratados como delincuentes comunes.

El gobierno parecía no querer aceptar que muchos de esos prisioneros habían realizado grandes sacrificios por la nación. Los líderes de la Liga Musulmana habían empezado incluso a asegurar que solo aquellos que habían sido encarcelados por luchar contra un poder extranjero podía ser considerados patriotas. Ahora los que acababan en prisión eran tachados de traidores por el gobierno y se les despojaba de sus derechos. Los mismos que habían recibido títulos como “Sir” y “Khan Bahadur” gracias a su lealtad a los británicos, se atrevían ahora a efectuar ese tipo de afirmaciones, a denunciarnos y a aprovecharse de que tenían el poder.

El Sr. Liaquat Ali Khan era el primer ministro de Pakistán, y el Sr. Nurul Amin era el primer ministro de Pakistán Oriental. No hay país civilizado que haya conocido, en toda su historia, el tipo de tortura y de acoso que recibían los prisioneros políticos. Reclamábamos una y otra vez los derechos y los privilegios concedidos durante el período británico. Desafortunadamente, el gobierno hacía oídos sordos.

Los prisioneros políticos decidieron entonces recurrir a huelgas de hambre. En 1949 mantuvieron una huelga de hambre que duró doscientos días y que se cobró la vida de Shibben Roy. Muchos de los supervivientes tuvieron problemas de salud crónicos a partir de entonces y muchos otros enfermaron luego de tuberculosis. También hubo varias personas que perdieron la razón. Nadie se imagina lo desesperada que era nuestra situación por la falta de alimentos y medicinas decentes.



En 1950 siete prisioneros políticos murieron tiroteados en el pabellón de Khapra, en Rajshahi. Alguien había cerrado las puertas desde fuera cuando sucedió. Los prisioneros que sobrevivieron a la masacre fueron golpeados tan brutalmente que quedaron afectados de por vida.

Sucesos así eran bastante habituales en todas las cárceles del país, a pesar de que los prisioneros seguían manteniendo huelgas de hambre en toda la región para intentar reclamar sus derechos. En algunos casos, los familiares de prisioneros políticos se vieron obligados a mendigar para poder sobrevivir.

La ironía del destino había querido que gente que había sido condenada por los británicos a servir penas de cadena perpetua en las Islas Andaman, y que habían logrado sobrevivir, estaban ahora pudriéndose en cárceles de su propio país, independiente por fin.

Liaquat Ali intentaba ser fiel a su palabra. No hay que olvidar que había jurado acabar con cualquiera que se atreviera a oponerse a él o que se afiliara a la Liga Awami. Si bien no logró acabar con todos, sí que logró partir la columna vertebral del partido a base de encarcelar a sus miembros e implementar prácticas de tortura atroces. Los tres habíamos sido buenos ejemplos del tipo de oposición que odiaba.

A pesar de los esfuerzos del gobierno de la Liga Musulmana, no nos morimos de hambre en la prisión. Si sobrevivimos, fue gracias a que había simpatizantes nuestros incluso entre los funcionarios del gobierno. Las autoridades de la cárcel hacían cuanto podían para protegernos. El Sr. Amir Hossain era entonces el superintendente de la cárcel de Dacca. Hizo lo posible por hacernos la vida más tolerable. Tanto el Maulana como yo le pedíamos, durante su visita semanal, que hiciera lo que pudiera para que otros prisioneros políticos no sufrieran. Sin embargo, nuestros simpatizantes en el gobierno debían actuar con cuidado porque, incluso dentro de la prisión, existían informantes del gobierno. Mucha de la gente que quería ayudarnos les temía tanto que tenían miedo de hacerlo.

Cuando Liaquat Ali Khan se convirtió en el líder de la nación, después de la muerte de Muhammad Ali Jinnah, inició un reinado del terror en el país. Bajo sus órdenes, los líderes provinciales acosaron a los líderes y a los miembros de los movimientos de

oposición. Tanto las cárceles de la Provincia de la Frontera, como las de Pakistán Oriental, estaban a rebosar de prisioneros políticos.

~~~

El borrador de manifiesto que habíamos creado en el momento en que creamos la Liga Awami había insistido en la necesidad de autonomía. Ese aspecto del manifiesto enfureció a Liaquat Ali Khan. Los bengalíes orientales constituían la mayoría de la población. Considerando ese hecho, la generosidad que habían demostrado no tenía precedentes. En la primera Asamblea Constituyente, se hallaban presentes cuarenta y cuatro miembros en representación de Pakistán Oriental. Las otras provincias juntas (Punjab, Sindh, la Provincia de la Frontera y Baluchistán) sumaban solo veintiocho miembros. De su cuota de cuarenta y cuatro miembros, Pakistán Oriental había reservado seis plazas para los pakistaníes occidentales que vivían en la provincia. Nadie en Pakistán Oriental había protestado por ello. A pesar de ser mayoría, nadie se opuso a que Karachi fuera la capital. Pero cuando observamos que todo el progreso industrial tenía lugar en el occidente y que, con la excepción de unos pocos ministerios, todos los cargos importantes y de más influencia dentro de la administración estaban siendo ocupados por pakistaníes occidentales, empezamos a tomar buena nota.

Liaquat Ali Khan intentó crear una fractura entre los ministros bengalíes y aquellos de Punjab, ya que él mismo había emigrado desde la India. Dependía mucho de los burócratas, que eran todos pakistaníes occidentales. Todas esas personas eran musulmanes. Bengala Oriental no le había dado a los hindúes ni a los líderes de su propia región el poder y había dejado el gobierno en manos de gente del oeste. La consecuencia fue que, a pesar de que la gente de Pakistán Occidental seguía llamando “hermanos” a la gente del este, en la práctica se centraban en mejorar su parte del país, en detrimento de Bengala Oriental.

En 1950 se organizó en Daca una Gran Convención Nacional con el auspicio de todos los partidos. La gente instruida de Bengala, en general, y aquellos involucrados con la Liga Awami, en particular, participaron en ese evento. Personajes como Ataur Rahman Khan y Kamruddin Ahmed participaron activamente de los preparativos. Obligaron al Sr. Hamidul Huq Chowdhury a renunciar a su cargo

como ministro. Él jugó un papel importante en la preparación de la convención. En aquella época ya era el editor del *Pakistan Observer*, un diario que contribuyó mucho a nuestra causa. La Gran Convención Nacional resolvió solicitar autonomía total para nuestra región. Cuando Liaquat Ali Khan vino a Dacca, los representantes elegidos por la convención se entrevistaron con él, y le informaron de las peticiones de la gente de Pakistán Oriental. Sobra decir que el Sr. Khan no veía con buenos ojos el movimiento por la autonomía.

El Sr. Suhrawardy no era el tipo de líder que iba a quedarse callado en un momento así. Toda su vida se había involucrado en movimientos políticos. Tuvo éxito incluso en la creación de un partido en occidente. Algunos de los musulmanes que migraban desde la India se habían establecido en Karachi. Se entrevistaron con él allí y le pidieron que les ayudase a formar una sección de la Liga Awami en Pakistán. Los políticos de Punjab y de Sind también acudieron a él para transmitirle que lo apoyaban. El partido del Nabab Mamdot había decidido por entonces que intentaría derrotar a Liaquat Ali Khan en las urnas.

El Sr. Gulam Muhammad era, antes de la Partición, un mero funcionario del gobierno. Cuando fue elevado al cargo de ministro de finanzas, después de la muerte de Jinnah, la burocracia de Pakistán tomó impulso. Chowdhury Muhammad Ali se convirtió en el secretario general del gobierno central y creó un lobby políticamente poderoso de burócratas de Pakistán Occidental dentro del grupo de funcionarios que servían en el gobierno. En Pakistán Oriental, Aziz Ahmed era el jefe del secretariado y solía utilizar ese poder de modo decisivo en la provincia. El Sr. Nurul Amin nunca daba un paso sin su aprobación previa.

Yo no tenía otro remedio que pasar todo mi tiempo en la cárcel. Teníamos la impresión de que nadie hablaba en nuestro favor. Supimos, gracias a un periódico, que el Sr. Suhrawardy había emitido un manifiesto a nuestro favor en Lahore. En tanto, el Maulana y yo estábamos pasando tiempos difíciles con el Sr. Shamsul Huq. Su salud se deterioraba rápidamente. Había perdido casi diez kilos. Solía pasar casi todo su tiempo cantando el nombre de Dios. Algunas veces, en medio del calor del verano, se tendía en su lecho durante toda la tarde cubierto con una manta.

El Maulana y yo discutimos largamente sobre su situación. Nos parecía que iba a volverse completamente loco si continuaba

en la cárcel durante más tiempo. En un par de ocasiones había cargado contra mí y había dicho:

—Si no me dejan salir, lo haré firmando un acuerdo. ¿Por qué debo pasar todo mi tiempo en la cárcel por culpa de tus locuras y las de Bhasani?

Cuando el médico vino a visitarnos, hablamos con él sobre la salud del Sr. Huq. Le dijimos que estaba perdiendo peso y que podría sufrir una crisis en cualquier momento. Nos dijo que no podía emitir un informe sobre él, al menos no hasta que el gobierno solicitara uno, pero que comentaría los detalles de la salud del Sr. Huq en cualquier informe que presentase.

El Sr. Shamsul Huq ya había escrito una reclamación que quería poner en conocimiento de las autoridades, pero lo persuadí para que esperase. Sin embargo, escribió otra petición solicitando que se le concediera la libertad por su precaria salud. A pesar de que este argumento era, en cierto modo, muy débil, no teníamos otra alternativa. El cirujano civil escribió en la solicitud que pensaba que la salud del Sr. Huq estaba muy deteriorada. Cinco o siete días más tarde fue liberado de la prisión y se marchó de inmediato.

El Maulana Bhasani y yo continuamos presos. Nos encontramos con el Sr. Shamsul Huq cuando nos llevaban al tribunal. Al parecer, el gobierno pensaba que, si alguien tan fuerte como Shamsul Huq podía ser llamado a su causa, gente como el Maulana y yo terminaríamos por ceder. Una de mis hermanas —la madre de Sheikh Fazlul Huq Moni que vivía en Dacca— solía visitarme en prisión. Les había pedido a todos en mi pueblo que no se preocupasen de visitarme en Dacca. No obstante, mi padre vino a verme en una ocasión.

Un día, cuando nos hallábamos el tribunal, nos encontramos con el Sr. Manik Mia que nos estaba esperando allí para hablar con nosotros. Tras conversar un rato nos dijo:

—Estoy pasando por una etapa muy mala y nadie parece preocuparse por mí. Puedo hacer muy poco aquí. Me han ofrecido un cargo muy bueno en Karachi y me gustaría aceptarlo. ¿Qué piensan ustedes?

—Manik Bhai —le respondí—, ¿usted también va a abandonarnos? Parece que ya no queda nadie para apoyarnos durante esta tortura.

Yo era consciente de que él y su familia, con sus cuatro hijos, estaban sufriendo grandes penurias. Había dejado a sus hijos en Pirojpur y vivía en Dacca, solo. Él se quedó callado un rato y entonces respondió a mi pregunta:

—No, no voy a abandonarlos.

Durante un tiempo el Maulana había publicado el semanario *Ittefaq*. Sin embargo, tras tenerlo en circulación unas semanas tuvo que suspender la publicación. Después de todo, ¿de dónde íbamos a sacar el dinero para publicarlo?

Él le dijo a Manik Bhai:

—Si quieres puedes intentar publicarlo de nuevo.

—¿De dónde voy a sacar el dinero para publicarlo? —preguntó él—. Poco importa. Voy a intentarlo.

Le dije a Manik Bhai que fuese a ver a un amigo que me quería como a un hermano. Él solía trabajar en Calcuta y era completamente leal al Sr. Suhrawardy. A pesar de que no vivía en Bangladés, le tenía mucho afecto al país y a su gente. Esperaba que lo ayudase si sabía que iba de mi parte.

Cuando volví a ver a Manik Bhai en el juzgado, coincidiendo con una de nuestras audiencias, me dijo que intentaría publicar el periódico de manera regular. De ese modo resucitó el periódico. Para mantenerlo en circulación tuvo que obtener fondos de varias fuentes diferentes. Gastó todo el dinero que recibía para mantenerlo a flote. En pocos días, el periódico se convirtió en una publicación muy popular. Los miembros de la Liga Awami le ayudaban a imprimirlo y a distribuirlo por todas partes. Era uno de los periódicos que no se distribuía dentro de la cárcel. Yo lo compraba durante nuestras visitas al juzgado. Los miembros de la Liga Awami empezaron a distribuir el periódico en todos los distritos del país. Pronto, la publicación se identificó con la Liga Awami.

En un principio, Manik Bhai prefería escribir en inglés y se resistía con fuerza a hacerlo en bengalí. Y, sin embargo, muy pronto fue conocido como el mejor columnista en idioma bengalí del país. Escribía brillantemente. Editaba el periódico él mismo. Dos o tres miembros de la Liga de Estudiantes lo ayudaban. Obtuvo la mayor parte del dinero que necesitaba de mi amigo. Además, le resultaba muy difícil conseguir publicidad para el periódico porque por entonces había muy pocas actividades comerciales. Y, por supuesto, un periódico de la Liga Awami no podía

esperar ninguna publicidad por parte del gobierno. A pesar de todo eso, Manik Bahi logró, por sus propios medios, que el periódico saliera adelante.

Las vistas sobre nuestro caso terminaron casi a finales de 1950. El veredicto del magistrado determinó la inocencia del Maulana y de Shamsul Huq. Abdur Rauf, el licenciado Fazlul Huq y yo fuimos sentenciados a tres meses de trabajos forzados en la prisión. En mi caso, la sentencia de la corte tenía muy poca importancia. Iba a quedarme en la cárcel por mucho más tiempo, por razones de seguridad, sin importar cuál fuese el veredicto. El Sr. Ataur Rahman Khan, el Sr. Kamruddin y muchos otros, nos representaron ante la corte. También se me concedió el estatus de división. Sin embargo, debía cumplir la sentencia, a pesar de que se había presentado una apelación en mi nombre. Días después me enviaron a Gopalganj, ya que allí también se había registrado otro proceso en mi contra.

Me había quedado cerca del Maulana durante mucho tiempo y ahora me apenaba dejarlo. Pero no tenía otra opción salvo la de partir. Empecé a cumplir la sentencia, al mismo tiempo que continuaba siendo un prisionero encarcelado bajo el Acta de Seguridad Pública. En la cárcel de Dacca me asignaron labores de hilado. Hice lo que pude. Me gustó hilar. Me había sentido muy deprimido y mi cuerpo sufría por la continua falta de actividad.

Me transportaron a Gopalganj vía Narayanganj, en un vapor llamado el Khulna Mail. Durante el viaje, la nave hizo escala en Barisal. Una de mis hermanas vivía en Barisal y también otros parientes. El vapor se detenía muy brevemente en Barisal, de modo que no pude ver a nadie. Le pedí a un conductor de rickshaw que intentase informar a mi primo Jahangir de que estaba allí para que viniese a verme. Todo el mundo lo conocía en ese pueblo. Justo en el momento en que el vapor zarpaba, lo vi venir en bicicleta. Pude hablar con él por un minuto o dos desde el barco.

Él me dijo:

—He sabido que estabas aquí hace solo un momento.

La nave zarpó en dirección a Gopalganj. En su itinerario incluía dos escalas en puertos de río. Yo debía descender en Gopalganj y entrar al pueblo después de cruzar la estación. Solíamos pasar por la estación Patgati cada vez que tomábamos esa ruta. Todo el mundo me conocía en la región. Le pregunté al jefe de estación si sabía algo de mi familia. Me informó con todo detalle sobre lo

que había sucedido: la noche anterior, mis padres, mi esposa y mis hijos habían viajado a Dacca para verme. Justo en el momento que yo subía al barco que iba hacia Gopalganj, ellos hacían lo mismo en la que salía para Dacca. De hecho, es más que probable que ambas naves se hubieran cruzado en el camino. Desafortunadamente, no nos habíamos encontrado. Me sentí deprimido. No avisé a nadie en nuestro pueblo de que iba a estar en Gopalganj. Renu me había escrito hace unos días diciendo que quería ir a Dacca para verme, pero yo no tenía idea de que partiría tan pronto.

Llegamos a la estación de Manikdaha más tarde, por la noche. Para llegar al pueblo de Gopalganj es necesario subir a un bote y navegar a lo largo de algunas millas. Me escoltaban algunos guardias armados, un alguacil, dos miembros de la brigada de detectives, un subinspector y un ordenanza o guardaespaldas. Llegamos a Gopalganj en la madrugada del día siguiente. Me llevaron al área de la policía.<sup>42</sup> Mi casa en Gopalganj quedaba a poca distancia. Algunos estudiantes se alojaban en ella. Las oficinas de la Liga Awami y de la Liga de Estudiantes se encontraban allí.

Para entonces, yo estaba muy deprimido y exhausto. Los responsables hicieron todo lo que les fue posible para que estuviese cómodo. Prepararon una cama para mí tan pronto como pudieron. Me quedé dormido de inmediato.

Empecé a prepararme para el día tan pronto como desperté a la mañana siguiente. La noticia de que había llegado para asistir a mi juicio corrió como la pólvora en el pueblo de Gopalganj. La casa de Shamsul Huq Muktar, popularmente conocido por su sobrenombre de Basu Mia, quedaba cerca de la policía. Su esposa me tenía mucho afecto y yo la llamaba suegra, puesto que era pariente lejana de la madre de mi esposa. Era una mujer muy buena y muy inteligente. Tan pronto como supo que estaba confinado hizo que me enviaran comida. Yo debía aparecer ante la corte a las diez en punto. Una multitud se había congregado en el exterior. El magistrado decidió que yo debía continuar confinado dentro de la jurisdicción de la estación de policía. La audiencia del caso tendría lugar al día siguiente.

---

<sup>42</sup> N. de la T.: El autor utiliza la expresión "police line", traducida aquí como "área de la policía". Durante el dominio de la corona británica en la India, se separaban los sectores en que vivían los funcionarios civiles (civil lines), de aquellos en que vivían los funcionarios de la policía (police lines).



Gopalganj no tenía un espacio exclusivo para los prisioneros a los que se les había concedido el estatus de división o que eran enjuiciados por atacar la seguridad pública. La corte se hallaba a una milla de la estación de policía, y yo debía caminar esa distancia, porque en Gopalganj no existían rickshaws en ese tiempo.

Mucha gente me acompañó cuando empecé mi marcha hacia la corte. Cada centímetro de Gopalganj me era muy familiar. Había estudiado en su escuela, jugado en sus campos, nadado en su río y conocía a toda su gente, tal y como todo el mundo me conocía a mí. Había crecido respirando su aire. Fue allí donde me inicié en la política. La corte y la escuela Mission estaban ubicadas en la ribera del río. También había un instituto cerca. Los estudiantes abandonaron las clases y se acercaron a mí. Algo más lejos estaban las hileras de tiendas, a cuyos propietarios conocía incluso por su nombre. Mientras caminaba hacia la corte, intercambié saludos con ellos.

Tan pronto como llegué a la estación de policía, el subinspector a cargo de la misma me llevó a un cuarto en el que, durante los días anteriores a la Partición, se confinaba a los presos políticos. Vivíamos en ese barrio durante mi niñez. Yo solía conversar con los presos políticos que estaban confinados en ese cuarto. Era apenas un niño pequeño y todo el mundo me ignoraba. Eso me permitía ver a los prisioneros.

Hoy, sin embargo, era yo el prisionero en esa pequeña habitación, ¡y eso sucedía poco después de que nos hubiésemos convertido en una nación independiente!

Junto a la estación de la policía se encontraba la casa de un tío mío materno. Era un abogado muy conocido. Ha fallecido ya. Su nombre era Abdur Razzak Khan, hermano de Abdus Salam Khan. Dedicaba mucho tiempo a la lectura y era un gran conocedor de temas de política. Era también un hombre a quien todo el mundo apreciaba. Pocas veces he visto a un hombre tan abnegado y tan patriota. Jamás ambicionó nada del prójimo. En numerosas ocasiones le solicité cosas que no debía haberle pedido, pero jamás se molestó conmigo. El Sr. Salam Khan era su medio hermano, pero nadie lo sabía. Cuando el Sr. Salam Khan abandonó la Liga Awami, él no siguió su ejemplo. Era un hombre ejemplar en todas sus facetas. Puede decirse que, con su muerte, Gopalganj se empobreció. La gente de nuestra zona le era muy leal y confiaba

en él. Los funcionarios del gobierno también lo respetaban. La gente lo llamaba Raja Mia. Para mí era 'el tío Raja'.

La corte le informó de mi presencia. Mi comida debía venir de su casa. Antes de llegar a la estación de policía, me informaron de que la madre y la esposa de Raja Mia, mi abuela y mi tía maternas, respectivamente, habían enviado ya mi comida y que debía bañarme y comer. Cuando salí de mi cuarto en la estación de policía, vi que mi abuela y mi tía maternas habían venido a verme. Las saludé con respeto. A ambos lados de la estación de policía, la gente se había agolpado para verme. Yo los saludé a todos, les deseé lo mejor, y regresé a mi cuarto en la estación de policía. Alguien de mi propia casa había venido a verme.

Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que se me permitió permanecer puertas afuera después del anochecer. Llevaba ya un año en la cárcel y todos los días echaban la llave a la puerta cuando el sol se ponía. Lo único que podía hacer era intentar observar una noche de luna o las estrellas en el cielo desde el ventanuco de mi celda. Ese día no quería retornar a la celda. Me quedé fuera mientras la policía me vigilaba. El policía que me había sido asignado se sentó junto a mí. Conversamos durante un largo rato. Un par de amigos míos que vivían en el área se nos unieron. Cuando llegó la hora de dormir, no pude hacerlo. El problema era que, en la habitación contigua, un telégrafo no dejaba de sonar. Decidí salir de nuevo a la noche. Habría querido dormir allí fuera, pero eso era imposible por los famosos mosquitos de Gopalganj. Exponerme a ellos no era una buena idea. Finalmente caí dormido de madrugada y me desperté tarde.

Fui a la corte ese día, donde se estableció la hora de la audiencia puesto que el inspector de la corte había llegado de Faridpur con ese fin. Él me informó de que el fiscal público Roy Bahadur Binod Bhadra actuaría en representación del gobierno en mi caso. Sin embargo, este no apareció y la fecha de mi audiencia fue pospuesta un mes. Debía quedarme en la cárcel del distrito de Faridpur hasta que mi juicio terminase. Me llevarían allí y tendría que regresar a Gopalganj cada mes, antes de que la audiencia tuviese lugar.

A pesar de que Gopalganj era una subdivisión del distrito de Faridpur, viajar entre ambos pueblos era arduo, a causa del mal estado de los caminos. Dos veces al día había vapores entre Khulna y Gopalganj. Me llevaron a Madaripur desde Gopalganj. Iba a

pasar la noche en un lugar llamado Sindhia Ghat, que quedaba en la ruta. A la mañana siguiente debería ir a Bhangra en lancha, y desde allí tomaría un taxi hasta Faridpur. El viaje desde Gopalganj a Faridpur llevaba un día y medio.

Llegamos a Sindhia Ghat al anoecer y me quedé allí, en un bungaló que pertenecía al departamento de irrigación. Estaba construido cerca de la confluencia de tres ríos. Decidí que era adecuado quedarnos allí esa noche y los policías aceptaron. ¿De qué otra manera iban a conseguir alojarme? Era un puerto de río y el guardia del bungaló me conocía bien. Un oficial del departamento de irrigación solía quedarse en uno de los dos cuartos y a mí me adjudicaron el otro.

Algunos habitantes del pueblo cercano me eran leales. Tan pronto como se enteraron de que me habían conducido hasta allí, vinieron a verme. Le pedí a un guardia que se encargase de nuestra cena y los otros guardias lo ayudaron en lo necesario.

Dos empleados del establecimiento, llamados Korban Ali y Azhar tenían casas por allí cerca. Insistían en que fuese a comer con ellos. Les dije que me gustaría, pero que probablemente no sería lo mejor para ellos, puesto que si el gobierno llegaba a saberlo serían despedidos. Finalmente, me enviaron el curry de sus casas. Me quedé despierto hasta tarde, observando cómo el río fluía. Podía ver botes navegando en sus aguas. Les dije a los policías que no se preocupasen por mí y que se fuesen a dormir. Les dije:

—Incluso si ustedes quisieran sacarme de aquí por la fuerza, no me iría.

—Sabemos que no escapará —dijeron entre risas—. Eso no nos preocupa.

Parecía como si nos envolviese un silencio agobiante. Parecía como si todo el país estuviese dormido. Lo único que podía escuchar era el chapoteo de uno o dos barcos por el río.

Me desperté por la mañana. La lancha llegaría en breve desde Madaripur, hacia las nueve o las diez. Deberíamos ir en ella hasta Bhangra. Cuando llegó, nos subimos. Estaba llena de gente. Bhangra tenía una corte de subdivisión. Un primo lejano ejercía allí como abogado. Cerca de Bhangra estaba Nurpur, donde vivía una de mis tías. La lancha se detuvo en un patio de amarre que se encontraba cerca del suyo. Cuando uno de mis primos supo que yo estaba allí, vino a verme. Fuimos a la parada de taxis. La familia de mi tío no

había sido informada de mi llegada. Contratamos un taxi para que nos llevase a Faridpur. Se aproximaba el crepúsculo y nos dijeron que las leyes prohibían admitir a prisioneros durante la noche. Debía, por tanto, ir al área de la policía. Lo arreglaron para que me quedase en una de las habitaciones de lo que probablemente era el club de oficiales. El inspector de reserva llegó e instruyó a su gente para que me atendiesen con el mayor esmero.

No informé a nadie de mi llegada al lugar, aunque tenía parientes en Faridpur. A pesar de ello, vino a verme mucha gente. No quería que nadie tuviese problemas por mi culpa.

A la mañana siguiente, los policías se encargaron de traerme el desayuno y lo recibí con enorme gratitud. Pensaba: “¡De qué modo siguen demostrándome su afecto!”. Esto contrastaba con la actitud de la gente con la que había trabajado muy de cerca antes de la independencia de Pakistán. Hombres con los que había tenido un contacto muy cercano y que incluso me alababan diciendo: “No hay nadie que sea más eficiente que tú en el trabajo del partido” y que, al mismo tiempo, estaban conspirando en mi contra para llevarme a la cárcel sin juicio y que hacían todo lo posible para castigarme.

Me despedí de los oficiales de policía y me dirigí a la cárcel de Faridpur. Los administradores de la cárcel ya habían sido informados por el Inspector General de Policía (DIG) sobre mi llegada.

Llegué ante el portón de la cárcel por la mañana. Tanto el director de la prisión como su asistente estaban en sus oficinas. Me hicieron pasar a la del asistente. Este revisó mis papeles y me dijo que aún debía cumplir con los tres meses de mi sentencia. Además, también estaba internado en virtud del Acta de Seguridad Pública. Yo le dije que no creía que me quedase más de un mes por cumplir de mi sentencia. Él trató de ubicarme en una sección de la cárcel y hubo de hacer una llamada telefónica. Algunos presos políticos estaban alojados en un corredor en concreto. ¿Debía yo estar con ellos o separado? Finalmente le escuché decir que iba a ser desocupado un cuarto del ala de enfermería y que me alojarían allí.

La caja con mis cosas y mi ropa fueron inspeccionadas por su gente. Guardé silencio mientras lo hacían. Entonces, un jamadar vino y me dijo:

—Ven a este cuarto.

Una vez allí, introdujo su mano en mi bolsillo.

—No me toque, por favor —le dije—. Usted no puede registrarme físicamente, eso no está permitido por la ley. Tan solo el director de la cárcel o su asistente pueden hacerlo, si lo desean.

Mis palabras lo enfurecieron, y el pobre hombre se sonrojó.

—¿Quién le ordenó que me registrase? —pregunté. Luego me dirigí al asistente del director de la cárcel—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué le ordena a este hombre que me registre?

El asistente del director pidió al hombre que se marchase, se disculpó y me dijo:

—Perdónelo. No conoce las reglas.

—Adelante —contesté—, vea usted lo que llevo: cigarrillos, una caja de cerillas y un pañuelo. Él estaba avergonzado por mi reacción y me envió fuera en cuanto pudo.

~~~

Esa era la primera vez que residía en la cárcel de Faridpur. Su hospital tenía dos plantas. Yo estaba solo en un cuarto del primer piso. Los otros cuartos estaban ocupados por pacientes. El piso tenía una veranda, algo que me gustaba mucho.

Como yo era nativo de Faridpur pensé que conocería a alguno de los internos. Me designaron a un muchacho como asistente. Mi comida iba a provenir del comedor del corredor de los presos políticos. Supe luego que allí estaban internados cinco o seis de ellos.

Mis únicos compañeros eran los libros que traía al llegar. Pedí que me trajesen también periódicos. Frente al hospital quedaban algunos espacios vacíos y un jardín. Decidí que me ocuparía de ellos. Debía hallar el modo de ocupar mi tiempo y pensé que sería una buena idea, a la vista de que se me negaba la oportunidad de contactar con otros prisioneros políticos. A pesar de que la prisión era muy pequeña, estaban en un sector que no quedaba cerca de donde me encontraba.

Solía rezar y también recitaba versos del Corán todos los días. Tenía conmigo una traducción del Corán en bengalí, en varios volúmenes. Cuando estuve en la prisión de Dacca había leído la traducción al inglés del Corán realizada por el Maulana Muhammed Ali.

En una ocasión, el director de la cárcel vino a verme para decirme que debía hacerle saber si tenía algún problema.

No me gustaba la idea de echarme la siesta dentro del cuarto de la prisión durante el día. A pesar de ello, fui a dormir y desperté por la tarde, tomé una taza de té y caminé un poco. Al crepúsculo me encerraron en la celda. Cinco prisioneros harían el papel de guardias en mi celda, junto con el muchacho que me asistía. El carcelero de guardia les preguntaba, desde el exterior y periódicamente, si todo iba bien dentro de la celda, y ellos le respondían: “Sí, todo bien.” Les había pedido que no gritasen la respuesta para que no interrumpiesen mi sueño. Sin embargo, mientras que los guardias en mi celda respondían en voz baja a las preguntas que se les hacían desde afuera, ese no era el caso de los prisioneros de otras celdas. Afortunadamente, esas celdas quedaban a cierta distancia del hospital. De otro modo mi salud se habría visto afectada.

Me estaban manteniendo en confinamiento solitario como parte de mi pena. Tan solo aquellos que han sufrido ese tipo de castigo pueden imaginar cuán difícil es permanecer solo en un cuarto oscuro. El código carcelario especifica que ningún prisionero debe permanecer en confinamiento solitario durante más de tres meses consecutivos. Cuando algún prisionero violaba las regulaciones de la cárcel, los guardias lo castigaban con el confinamiento solitario. Sin embargo, incluso los guardias no tenían derecho a mantener a ningún prisionero en esas circunstancias por más de tres meses.

A la mañana siguiente, cuando tomaba el té tras una caminata, un prisionero de edad madura, paciente del hospital, vino a verme y se sentó en el suelo, junto a mí. Le pregunté de dónde era. Me dijo:

—Soy de Gopalganj, el nombre de mi pueblo es Vhennabari, y mi nombre es Rahim.

—Así que es usted Rahim —le dije yo.

Todo el mundo en nuestra región lo conocía bien. Jamás en nuestra región había nacido un dacoit de mayor notoriedad.<sup>43</sup> La gente le temía con solo mencionar su nombre. Le pregunté si era el responsable del robo de casi todos los objetos de valor de nuestra

---

<sup>43</sup> N. de la T.: *Dacoit*, término que identifica a un bandido que, normalmente, forma parte de una banda armada de criminales, sobre todo en el norte y el centro del subcontinente indio.

casa, algo que había ocurrido unos años atrás. Se quedó en silencio durante un buen rato y no respondió a mi pregunta.

En 1938 o 1939, las joyas de mi madre y de mis hermanas, valoradas en miles de takas, fueron sustraídas. Mi padre estaba en Gopalganj por ese entonces. Era la primera vez que sucedía algo así en la historia de casi cuatro siglos de nuestra casa. Finalmente, Rahim dijo:

—Sí. Fui yo quien robó esas joyas.

—¿Cómo tuviste el valor de entrar en nuestra casa? —le pregunté—. Tenemos armas, igual que otros residentes de las casas vecinas. Vivimos en una casa tan grande que mucha gente habita en ella.

—Me ayudaron algunas personas del pueblo y gente de tu propia casa.

Era verdad. Supimos luego que un hombre que solía trabajar para nosotros y que tenía un bote propio había transportado a Rahim hasta nuestra casa. Tres días después del robo, ese hombre confesó su papel en el crimen. Puesto que muchos de los bienes robados nunca fueron encontrados, el caso no llegó a las cortes. Además, el subinspector de policía que debía investigar el caso hizo cuanto pudo para entorpecer la justicia. Si Rahim hubiese sido arrestado, habríamos podido recuperar más joyas. Pero él desapareció durante mucho tiempo. Mi padre intentó demostrar la complicidad del subinspector y logró crearle algunos problemas. De hecho, el inspector de policía de entonces tomó medidas contra ese subinspector.

Rahim me contó la historia de su vida. Había estado mucho tiempo en la cárcel.

—No pude hacerme rico —me dijo—, incluso después de robar tu casa, así que decidí anunciar que iba a construir una casa, a pesar de que la gente asume que un mero ladrón jamás puede construir nada. La gente de mi pueblo vio que lo intentaba. Unos días más tarde, fui a Bagerhat para tratar de cometer un robo, pero me capturaron. Tuve que gastar mucho dinero para poder salir bajo fianza y regresar a casa. Allí intenté robar en la residencia de Roy Chowdhury, en el pueblo de Ulpur, en Gopalganj. Cuando regresaba tras cometer el crimen, la policía me cazó, porque alguien les había dicho qué ruta iba a tomar a mi regreso. Salí una vez más bajo fianza, pero intenté otra vez cometer un robo. Me capturaron de nuevo, pero esta vez me negaron la fianza. Debo quedarme en



la cárcel durante quince o dieciséis años en total, para pagar por todos los delitos que cometí. Antes de que Pakistán lograra su independencia, ya cumplí una condena en la cárcel de Dum Dum, en Calcuta. De allí me enviaron a Rajshahi y finalmente a la cárcel de Faridpur. ¿Sabes que nunca me habían atrapado hasta que robé en tu casa? Después de aquello, cada vez que trataba de cometer un robo, iterminaba en la cárcel! En prisión comprendí que debe haber algo sagrado en tu casa, porque me quemé desde el momento en el que puse mi mano en ella. Creo que me libraré de esa maldición si le pido perdón a tu madre.

—Rahim Mia —le dije—, tus acciones entristecieron a mis padres. No habría sido tan grave si perdíamos todo lo demás, pero robaste las joyas de mi hermana mayor quien, desde los diecinueve años, ha vivido la vida de una viuda, con un hijo y una hija. Esa era toda la riqueza que ella tenía.

—No robaré nunca más en mi vida —contestó—. Aún debo cumplir algunos años de condena. Mi salud está deteriorándose.

Me pidió que le dejase saber si necesitaba algo, pues tenía una moneda de oro escondida en algún lugar de su garganta. Le dije que no necesitaba nada. Pero pensé que era natural que tuviese una moneda de oro escondida. Después de todo, había robado muchas joyas de nuestra casa.

Era evidente que este hombre había logrado comprar a muchos de los guardias en la prisión de Faridpur, pues podía actuar solo y a placer. Era fácil apreciar el motivo por el que tenía tanta libertad en comparación con los otros convictos. Se quedaba en el hospital de la prisión durante largos períodos. Su salud era muy precaria. Venía y me hablaba de muchos asuntos cada vez que tenía la oportunidad. Me parecía que, quizás, estaba empezando una nueva etapa de su vida.

El Sr. Syed Ahmed era mi carcelero. Siempre preguntaba por mi salud. Me decía que debía ponerme en contacto con él si necesitaba algo o si me sentía incómodo por algo.

A pesar de que no estaba permitido que los prisioneros prensasen aceite a mano, en la cárcel de Faridpur era una práctica habitual. Un día le pregunté:

—¿Por qué siguen usando esta técnica?

—Dejaremos de hacerlo en cuanto podamos comprar unas vacas —me contestó.

Pocos días más tarde, abandonaron esta práctica inhumana.

Conversé con muchos ladrones y estafadores famosos en las cárceles de Dacca y de Faridpur mientras estuve interno. Muchos de ellos se las arreglaban para guardar monedas de oro en sus cuerpos. Podían ocultar dinero, anillos o guineas de oro en diferentes recovecos de su cuerpo. Las vendían, cada cierto tiempo, para comprar lo que necesitaban. Gastaban el dinero que obtenían para vivir con cierta comodidad. Muchos me pedían papel de fumar. Un día, cuando me encontraba en la cárcel de Dacca, le dije a uno de ellos:

—Muéstrame cómo te las arreglas para guardar oro en tu cuerpo, y te daré papel de fumar.

Él me dijo:

—Así lo haré, pero tienes que esperar.

Cuando el guardia se apartó, el hombre hizo un gesto parecido al de vomitar y de su boca salió una moneda de un *taka*.

Le dije:

—Basta, que ya veo como lo haces.

~~~

Transcurrió un mes. Llegó el momento de volver a Gopalganj. Justo antes del crepúsculo, un oficial de la sección de detectives y un guardia armado me escoltaron fuera de la prisión. Debía quedarme en el área de la policía esa noche, porque teníamos que salir en dirección a Bhangá, en taxi, a las cinco de la mañana del día siguiente. A los prisioneros no se les permitía abandonar la cárcel tan temprano. La casa de un amigo estaba junto al área de la policía. Cuando di aviso de que me encontraba en el área de la policía, vino a verme. Conversamos durante un buen rato. Él no estaba involucrado en política y, por ese motivo, nadie puso objeciones a nuestra entrevista. Esa noche dormí en la residencia del club de oficiales.

Partimos a Bhangá muy temprano. En aquel tiempo el viaje a Bhangá llevaba bastantes horas y había que tomar dos ferris. El camino estaba en malas condiciones.

Dos o tres de mis parientes estaban presentes a la hora de partir. Me traían alimentos para llevar. La lancha llegó a su hora. Nos subimos y llegamos a Sindhia por la tarde. Debíamos pasar la noche allí.

—¿Por qué vamos a pasar la noche aquí? —pregunté—. Vamos a Madaripur. Un navío sale a las once de la noche desde aquí. ¡Tomar el vapor desde Sindhia Ghat tan temprano por la mañana no será fácil!

Mis guardias pensaron que mi sugerencia era aceptable, aunque debíamos recorrer una distancia más amplia si tomábamos esa ruta. A pesar de ello, llegamos a Madaripur por la tarde. La nave estaba aún en el muelle.

Una vez que embarcamos ordené una cena para todos.

Los guardias me preguntaron:

—¿Por qué quieres gastar tanto dinero?

En la estación del muelle había un hotel. Zarpábamos en unas horas. Podíamos comer antes de partir. Teníamos que esperar durante cinco o seis horas en Madaripur Ghat. Mis parientes y mis amigos se habían enterado de mi llegada a Madaripur. Muchos vinieron a verme. Conversé con ellos un buen rato y me enteré de cómo estaban todos. Me trajeron refrigerios y le pedí al asistente del navío que les diese a todos algo que comer. Zarpamos, finalmente, a las once de la noche. Me sentía libre, a pesar de estar en manos de la policía. Después de todo, todavía podía sentir la brisa que me acariciaba.

Descendimos en la estación de Haridaspur a las ocho de la mañana y llegamos luego a Gopalganj en bote. Les dije a los policías que me escoltaban que me llevasen a la estación de la policía, de modo que pudiesen dar por cumplida su misión de inmediato.

En cuanto atracamos en Gopalganj, vi nuestro bote. Mi padre había venido a verme, junto con mi madre, mi esposa Renu y mis hijos, Hasina y Kamal. Llegaron exactamente a la misma hora que yo y pudimos hablar. Había pasado un año desde la última vez que los había visto. Hasina me abrazó y no quería separarse de mí. Kamal me miraba y no parecía reconocerme. No tenía edad suficiente para saber quién era yo. Mi madre lloraba. Mi padre la regañó y le dijo que contuviese sus lágrimas. Fui a la estación de policía y quienes habían venido a verme regresaron a nuestra casa en Gopalganj. Llegué a la estación de policía y me dijeron que un apartamento estaba vacío, por el traslado de un subinspector. Me permitieron alojarme allí.

Debía presentarme ante la corte sin demora alguna. Me preparé para hacerlo. La calle estaba llena de gente que quería verme.

Muchos de mis compañeros y partidarios estaban presentes. Cuando llegué a la corte, el magistrado comenzó la audiencia de inmediato y continuó hasta el día siguiente.

Le pedí a mi abogado una autorización del juez para que mis padres, mi esposa y mis hijos pudiesen visitarme en el apartamento en el que me alojaba. El magistrado aceptó la petición.

El hombre que me había acompañado desde Faridpur y el oficial de la sección de detectives de Gopalganj no querían que me entrevistase con nadie, pero no pusieron impedimentos a que hablase con miembros de mi familia. Les pedí a mis compañeros y a mis amigos que no viniesen a la estación de policía. ¿Qué sacaríamos en limpio si por acercarse a mí caía sobre ellos el velo de la sospecha? Después de todo podría verlos en el tribunal. Mi equipaje estaba en poder del funcionario de la estación. Mis padres y mi esposa vinieron a verme tan pronto como supieron que había llegado. El contingente de policía que me había escoltado desde Faridpur continuó a vigilándome e iba a llevarme de vuelta a Faridpur tan pronto como la audiencia terminase. Mi familia se quedó conmigo unas horas. Nadie pudo convencer a Kamal para que se aproximase a mí. Continuaba mirándome, guardando las distancias. Sin duda se preguntaba: “¿Quién puede ser este hombre?”

Nos vimos de nuevo a la mañana siguiente, pero tuve que marcharme poco después de retornar del tribunal. Hacia la noche, me despedí de todos y embarqué en la lancha que me conduciría a Sindhia Ghat. Pasaría la noche allí. Me quedé en el bungaló de la inspección del gobierno. La noche transcurrió en calma, a pesar de que la comida que me sirvieron no era buena. Por suerte, llevaba conmigo algunos alimentos que me habían enviado desde mi casa.

Muy temprano por la mañana me embarqué de nuevo la lancha. Algunos de los miembros de nuestro partido habían venido a Sindhia Ghat para verme partir. La lancha partió en hora y pude llegar a Faridpur antes de que el sol se pusiera e ingresar en la cárcel esa misma noche. Estaba llena de cerraduras –los portones, las puertas de los corredores, todos los cuartos, todo estaba cerrado–. Debería pasar la noche en una habitación que se cerraba desde fuera.

Transcurrieron de esa manera entre tres y cuatro meses de mi vida, viajando entre Faridpur y Gopalganj para asistir a mis

audiencias. Al menos cada vez que iba a Gopalganj podía ver a mi familia. De todos modos, los viajes entre Faridpur y Gopalganj eran agotadores. Elevé una petición al gobierno para que me dejaran quedarme en la cárcel de Barisal o en la de Khulna. Sería más fácil para mí viajar desde esas prisiones a Gopalganj porque había un vapor directo que evitaría repetidos transbordos. El gobierno aceptó mi petición y fui enviado a Khulna. Debía ir a Khulna a través de Rajbari y Jessore.

Cuando arribé a Khulna, me encontré con una terrible sorpresa: no tenían espacio para alojarme. Había solo un edificio y todos los prisioneros estaban confinados en él. ¿Dónde me quedaría? Me mostraron una celda común en la que estaban internados criminales violentos de todo tipo.

El carcelero me dijo:

—¿Dónde más puedo alojarte? ¡Nuestra prisión es tan pequeña!

Yo tenía el estatus de prisionero político. Había cumplido con mi sentencia previa, que suponía tan solo tres meses de prisión. En aquel lugar no había ningún otro preso político. Estaba en shock: ¿cómo habían podido destinarme a un lugar como ese?

Había unas seis celdas en total y cada una de ellas tenía un muro de catorce pies de altura delante. A un lado de las celdas estaba el lavabo y, al otro lado, las letrinas. Los internos las usaban para hacer sus necesidades. El olor era increíblemente repugnante, hasta el punto de que era imposible permanecer allí.

No había espacio para darme comida diferenciada y nada podía hacerse al respecto. Me iban a alojar en una de esas celdas y debería comer la comida que me enviarían del hospital. Tendría que comer el arroz y las verduras que servían a los pacientes. Me habían enviado algunos alimentos secos desde mi casa. Debería sobrevivir gracias a ellos si quería evitar la comida del hospital. Mi vida se estaba convirtiendo en un infierno.

Hablé con el carcelero:

—Por favor, escriba a sus superiores y dígales que aquí no hay espacio para mí. No voy a poder estar solo. Necesito que me brinden las facilidades necesarias.

Llegó la fecha para una nueva audiencia. Me quedé dormido en el vapor tan pronto como embarqué. Se suponía que llegaríamos a Gopalganj por la mañana. Por entonces, mi salud se había deteriorado mucho. Un día me llamaron a la oficina de la cárcel.

Los cirujanos civiles actuaban de oficio como superintendentes de prisiones. El Sr. Mohammad Hossain era el cirujano civil de Khulna. Cuando vino a inspeccionar la cárcel y supo de mi situación hizo que me llevaran ante él. Me estaba esperando cuando llegué a la oficina de la prisión. Me pidió que me sentara. Tan pronto como lo hice, me preguntó:

—¿Por qué estás encarcelado?

—Porque deseo alcanzar el poder —respondí.

—¿Y qué harás una vez que alcances el poder? —preguntó él.

—Si lo alcanzo, intentaré hacer algo por la gente de este país.

¿Acaso no es eso lo que puede hacerse una vez que se asume el poder?

Me miró largamente y finalmente dijo:

—He estado vinculado durante mucho tiempo a la administración de prisiones. He conocido a muchos prisioneros políticos durante estos años. Nadie antes había respondido a la pregunta que te he formulado de la manera que tú lo has hecho. Todos dicen lo mismo: que están en prisión porque estaban trabajando por el bien de la gente. Dicen que sirven a la patria y que protestan porque no pueden tolerar la represión del gobierno y que han sido encarcelados por ello. Debo agradecerte el haber contestado a mi pregunta con toda sinceridad.

Hablamos entonces sobre mis condiciones en la cárcel. Me dijo que había escrito a sus superiores para informarles sobre los problemas de los presos políticos. Esperaba que le responderían pronto. Me dijo también que sabía las penurias por las que estaba pasando.

A la hora del crepúsculo solía pasear frente a la oficina de la cárcel. El director de la prisión me había concedido ese privilegio. Mi celda no tenía ventanas y la única puerta se abría frente a un muro. Un carcelero de Rajshahi hacía guardia a menudo frente a mi celda. Cantaba muy bien y me gustaba mucho escuchar sus canciones cada vez que venía.

~~~

La siguiente vez que fui Gopalganj llegué en mitad de una sesión, en el momento en el que un funcionario del gobierno testificaba contra mí. Muchos oficiales habían sido trasladados por entonces. Venían desde lugares muy alejados y, con cada testimonio que se

incluía en el proceso, yo observaba un nuevo rostro. Me trasladaban desde la prisión de Khulna para cada audiencia, y tanto el fiscal como el inspector del tribunal viajaban desde Faridpur.

Cada vez que iba a Gopalganj me podía alimentar de la comida que me enviaban desde mi casa. Había pedido a mi familia que me enviase algunos huevos ya que me sentía muy débil por la dieta tan pobre que llevaba en la cárcel. En un mes perdí mucho peso. Mis ojos estaban también afectados, mi estómago me preocupaba y empezaba a sufrir dolores de pecho. Renu me recordó que en el pasado había sufrido un problema del corazón y que me habían operado los ojos. Traté de tranquilizarla al asegurarle que estaría bien. ¿Qué más podía hacer?

Hasina, de nuevo, no dejaba de aferrarse a mí. Cada vez que me tenía que marchar se echaba a llorar. En las últimas visitas, Kamal había empezado a acercarse a mí. Me llamaba 'Abba' porque escuchaba que Hasina se dirigía a mí utilizando esa palabra. Pude al menos gozar de momentos así, en su compañía, durante aquel tiempo bajo la jurisdicción de la estación de policía de Gopalganj.

Pronto tuve dos compañeros más de celda. Un prisionero político llamado Nurunnabi había sido trasladado desde Rajshahi porque debía presentarse ante el tribunal para defenderse en un caso registrado contra él en Khulna. Estaba en la cárcel de Rajshahi cuando se produjo un tiroteo contra prisioneros políticos. Una bala le había alcanzado en la pierna y los médicos tuvieron que amputársela. Se movía balanceándose sobre una sola pierna. Era un joven atractivo y ahora su vida estaba arruinada. Aun así, no lo dejaban libre. Era nativo de Burwan, en Bengala Occidental.

Unos días más tarde, el líder campesino Bishnu Chatterjee fue trasladado desde la cárcel de Dacca con los pies encadenados. Se le había condenado a prisión después de un juicio y cumplía su condena en calidad de preso común. Esperaba una vista en un caso en su contra que estaba aún pendiente. Siempre parecía contento, como si no tuviese ninguna preocupación en la vida.

—Solo hay una cosa que me entristece: me han acusado de robar! —me dijo un día.

Le habían negado el estatus de división, por lo que debía vestir el uniforme de prisionero y alimentarse de la comida que se servía a los presos comunes.

Nurunnabi, por el contrario, siempre aparecía triste. Estaba



deprimido porque se había convertido en un minusválido de por vida. Por su relato, pude conocer terribles historias sobre las torturas que se infligían a los presos de la cárcel de Rajshahi.

Incluso después de la independencia del país, un oficial inglés había ordenado a los guardias que disparasen sin piedad sobre los prisioneros. Esto causó la muerte de siete prisioneros políticos que cumplían sentencias por haber luchado a favor de la libertad de nuestro país. La gente que había logrado sobrevivir quedó en un estado lamentable. Los habían golpeado tanto que jamás podrían reinsertarse y llevar una vida normal.

Pasaron tres meses desde mi regreso a la cárcel de Khulna. Los prisioneros detenidos en virtud del Acta de Seguridad Nacional eran objeto de directivas emitidas cada seis meses por el gobierno. Creo que, en ese momento, llevaba preso cerca de un año y medio. El período de seis meses de detención había concluido y, sin embargo, no se había emitido ninguna directiva sobre mi caso. ¿Bajo qué justificación me mantenían en prisión las autoridades carcelarias?

—Ustedes no tienen ninguna orden de detención en mi contra. Déjenme en libertad. Si no lo hacen, los llevaré a juicio por mantenerme en la cárcel ilegalmente —les dije.

Las autoridades de la prisión consultaron el caso con el magistrado de Khulna y con el superintendente de policía, quienes les informaron de que no habían recibido ninguna orden para prolongar mi prisión.

A pesar de ello, seguía pesando sobre mí una orden de comparencia relacionada con el juicio que seguía pendiente en Gopalganj, incluso aunque no existiera una orden de custodia que justificase mi detención. Hablaron durante un buen rato sobre mi situación y decidieron que me enviarían ante el tribunal de Gopalganj y que lo consultarían con Dacca por radiograma. Mientras tanto, recibieron la orden desde Dacca de trasladarme a Gopalganj. Fui hasta allí en un barco acompañado por una escolta de policía.

Al día siguiente, el tribunal de Gopalganj me dejó libre bajo fianza. La gente de Gopalganj celebró mi liberación con una enorme manifestación, que yo lideré. Hice llegar la noticia a mi pueblo con la intención de dirigirme allí antes de que cayese la noche. Descansé en nuestra casa de Gopalganj, mientras nuestra gente preparaba un bote para mi viaje. El bote ya estaba preparado y yo estaba a punto de despedirme para embarcarme, cuando un inspector de la policía y un hombre de la sección de detectives se me acercaron.

—Queremos hablar contigo —me dijeron.

No iba con ellos ninguna escolta policial, mientras que al menos cien personas me acompañaban en ese momento. Dejé a mi gente y fui al otro lado del muelle para escuchar lo que tenían que decir. Me entregaron una hoja de papel. Era una orden, enviada por radiograma, que establecía que debía ser arrestado de nuevo, en aplicación del Acta de Seguridad Pública.

—Está bien, vamos —les dije.

—No lo escoltaremos. Nos parece bien si usted viene a la estación de policía por sus propios medios —me dijo uno de ellos con amabilidad.

Entonces me dirigí a mi gente.

—Por favor, no se alteren. Debo decirles que no me han dado la libertad, ya que han emitido una orden para encarcelarme de nuevo. Debo ir a la comisaría una vez más. Pero no increpen a estas dos personas. Yo mismo he leído la orden.

Expliqué lo que había sucedido a la gente que ya había embarcado, para que se marchasen sin mí. También me ocupé de enviar una caja llena de ropa y de libros a la estación de policía. Algunos de mis compañeros empezaron a llorar. Otros gritaban: “¡De ningún modo!”; “¡No permitiremos que vaya!”; “¡Que nos lo arranquen de las manos si se atreven!” Intenté disuadirlos, pero no me escuchaban. El oficial de la sección de detectives era un perfecto caballero.

—Venga usted conmigo. De otro modo no parecerá correcto. Y no se preocupe. Nada malo va a suceder —le dije.

Envié otro mensaje a mi familia para que se enterasen esa misma noche de lo que había sucedido. Era posible que me llevasen a otra cárcel al día siguiente. También les prohibí que me viniesen a ver en Gopalganj, ya que lo más probable era que me llevasen a otro lugar.

Esa noche me quedé en la estación de policía. Los funcionarios se mostraban entristecidos por la situación. ¿Qué razón tenían para encarcelarme de nuevo, después de haber estado privado de libertad durante diecisiete o dieciocho meses?

Al día siguiente me enteré de que mi familia había pasado la noche en vela en nuestro pueblo, pensando que yo iba a aparecer en cualquier momento. Mi madre había llorado desconsoladamente. Me sentía deprimido. No deberían haber herido así a mis padres, a mis hermanos y hermanas, y a mis hijos. No había firmado ningún compromiso con el gobierno. ¿Por qué me habían liberado? ¿Por

qué la orden para arrestarme de nuevo no había llegado antes? ¿Qué crimen había cometido? ¿Por qué no se comportaban con más decencia conmigo?

La gente que me acompañaba decidió quedarse en la estación de policía hasta muy tarde por la noche. Me senté con ellos. No podía dejar de pensar: “Voy a tener que quedarme en la cárcel de nuevo y por mucho tiempo”.

Permanecí en la cárcel de Gopalganj dos días. No había llegado ninguna orden desde Daca sobre a qué cárcel debían enviarme. Mi salud se había deteriorado considerablemente desde mi reclusión en la prisión de Khulna. Después de lo sucedido, empeoró aún más.

~~~

Dos días más tarde recibieron órdenes de trasladarme a la cárcel de Faridpur. Así fue cómo regresé de nuevo allí. En esa ocasión me destinaron al corredor de los prisioneros políticos. Tenía dos celdas. En una de ellas se alojaban cinco prisioneros. En la otra nos encontrábamos prisioneros Babu Chandra Ghosh, de Gopalganj; Phani Majumdar, de Madaripur, y yo. Los conocía desde hace tiempo. Phani Majumdar lideraba el partido Forward Bloc. Pasó en prisión ocho o nueve años durante la dominación británica. Incluso después de la independencia no había encontrado alivio. No se había casado. Su padre seguía en la India y recibía una pensión allí, pero Phani Majumdar no quería dejar su país, por lo que permaneció aquí. Musulmanes e hindúes lo adoraban. La gente lo quería, sin que ese afecto dependiese de la religión, la nacionalidad o la casta. Él siempre estaba preparado para ayudar a quien se encontrase en problemas. Si una familia tenía a alguien enfermo, él iba a cuidarlo. Me tenía mucho afecto.

La política del gobierno, según parecía, era mantener aislados a los sospechosos de comunismo. Pensaban que no lo éramos, así que nos mantenían en una de las celdas.

Chandra Ghosh era un trabajador social. Jamás se había involucrado en política. Como Mahatma Gandhi, solía vestirse con una sola pieza de tela, fuese verano o en invierno. Llevaba siempre zuecos de madera. No se ponía nunca zapatos de cuero o sandalias. Había fundado algunas escuelas en la subdivisión de Gopalganj. También fundó una universidad de grado en un pueblo

de Ramdia, que forma parte de la zona policial de Kashiani. Había construido muchos caminos y excavado muchos canales, todo por el bien público. Era un hombre que trabajaba por el pueblo. Tras la creación de Pakistán, un funcionario del gobierno demasiado vehemente y que sabía que iba a ser recompensado por su esfuerzo, elaboró un informe en su contra, lo que desembocó en su encarcelamiento. Cuando el Sr. Suhrawardy viajó a Gopalganj en 1948 le había dicho a ese funcionario que el gobierno pakistaní dañaba su propia reputación al acusar falsamente y llevar a prisión a una persona como Chandra Ghosh.

Chandra Ghosh cumplió su sentencia y después de concluirla seguía en la cárcel en virtud de la aplicación del Acta de Seguridad Pública. Yo sabía la verdad sobre el Sr. Ghosh, porque era también de Gopalganj. Había participado activamente en la Liga Musulmana y en el movimiento pro Pakistán en su región. Musulmanes e hindúes se contaban entre sus admiradores. De hecho, había más musulmanes entre sus admiradores. Sin embargo, sus más leales partidarios eran los hindúes de castas menores. Algunos hindúes de Gopalganj que pertenecían a estas castas votaron por Pakistán. De hecho, yo conocía a varios intocables hindúes que trabajaron con nosotros durante el referéndum en Sylhet. Chandra Ghosh también había fundado una escuela de enseñanza secundaria para niñas.

Solicité a muchos funcionarios del gobierno que no castigasen a un hombre así, pues jamás se había involucrado en política. La sociedad en su conjunto se beneficiaba del trabajo de alguien tan abnegado. Un hombre así podía contribuir a la construcción del país, ahora que era independiente. Pero ¿quién escuchaba razones? Alguien informó al gobierno de que los hindúes estaban desobedeciendo la ley, que habían izado la bandera de la India y que uno de sus líderes era Chandra Ghosh. Estos informantes solicitaban más policías armados. Yo sabía que esos rumores no tenían base alguna. Los musulmanes eran muy fuertes en Gopalganj. Si los hindúes tenían esa intención, seguro que los musulmanes se habrían opuesto. Y si provocaban un acto tan ruin, estaba claro que estallarían una revuelta sectaria. De hecho, nada de lo dicho había sucedido. Pero, al ver que Chandra Ghosh era arrestado, los hindúes de Gopalganj se atemorizaron.

Los hindúes de castas superiores empezaron a emigrar a Bengala Occidental. Los pocos que quedaban se preparaban a partir. La

única razón que el gobierno tenía para arrestarlos era dar la impresión de cara a la galería de que se ocupaban activamente de cualquier acto que pudiese ser considerado traición y de que, al hacerlo, estaban salvaguardando la integridad de Pakistán.

Cuando llegué a la cárcel de Faridpur mi salud estaba completamente deteriorada. Empecé a sufrir de fiebres altas, fuertes dolores de cabeza y dolores de pecho. Los funcionarios de la prisión hacían lo que podía para ayudarme, pero cada vez estaba más enfermo. Noche tras noche, Chandra Babu se sentaba junto a mi lecho e intentaba bajarme la fiebre con compresas de agua fría en la frente. Cada vez que recuperaba la consciencia, lo veía sentado junto a mí.

Phani Babu también se quedaba despierto hasta tarde. De hecho, creo que Chandra Babu no se acostó durante tres días. Frotaba mi frente todo el tiempo para aliviarme. A veces me echaba agua por la cabeza e intentaba persuadirme para que tragara las pastillas. Si me negaba, se enfadaba conmigo. Le pedí que no se esforzase tanto en ayudarme.

—He hecho este tipo de cosas durante toda mi vida, y, a mi edad, estoy acostumbrado a hacerlas y nunca me canso de ello — fue su respuesta.

El médico de la prisión me quería llevar al hospital, pero el Sr. Chandra y el Sr. Phani no dejaron que lo hiciera, porque temían que en el hospital no recibiese la misma atención que ellos me daban. Los otros prisioneros políticos también hacían lo que podían por mí.

Me recuperé después de días, pero estaba tan débil que no pude ir a la sesión del juicio en Gopalganj el día fijado. Mi gente tuvo que regresar a casa ese día sin haberme visto. Habían ido en barca a Gopalganj, se quedaron allí durante todo un día y todas esas molestias fueron en vano. Mi padre se preocupó tanto que me envió un telegrama más tarde.

~~~

A pesar de que me recuperé de los efectos de la fiebre alta, mi corazón estaba débil. El estado de mis ojos empeoró. También sufría de dolores de estómago. Seguí así durante un mes. Tuve entonces que volver a emprender la extenuante jornada a Gopalganj para una nueva audiencia. En aquella ocasión, el bungalow del

inspector del gobierno, en Sindhia Ghat, me resultó más placentero que nunca. Saboreé el aire de la noche, a cielo abierto. Se me cruzaron muchos pensamientos.

En 1945 había pasado una noche allí, con el Sr. Suhrawardy. Mi amigo y compañero, Mollah Jaluddin, estaba con nosotros. Desde allí los acompañé a ambos hasta Gopalganj. En Faridpur, Jalal y Hamid habían trabajado conmigo en el movimiento pro Pakistán.

Esa noche vino a verme mucha gente. Sindhia Ghat es un pequeño puerto de río. Unos pocos oficiales de bajo rango están destinados allí. Algunos vinieron a verme cuando supieron que estaba enfermo. Se despidieron de mí, uno por uno, después de unos minutos. No podían quedarse mucho tiempo, puesto que la sección de detectives podía abrirles expedientes por visitarme.

Merece la pena mencionar en este contexto algo que sucedió por aquellos días. Un hombre que trabajaba para la sección de detectives de Madaripur realizó un informe en el que afirmaba que ciertas personas habían venido a visitarme cuando yo viajaba en un vapor a Madaripur. Cuando ese informe vio la luz, los guardias que solían escoltarme en las jornadas de juicio empezaron a comportarse con más cuidado. Me pidieron que no conversase con extraños durante mucho tiempo. Sin embargo, si bien yo podía evitar iniciar una conversación con alguien, ¿cómo podía impedir que la gente viniese a verme, si ellos querían hacerlo? Normalmente se me acercaban personas que quería saber cómo estaba, que me saludaban y me preguntaban cosas, y yo, por cortesía, les preguntaba lo mismo. Mis guardianes parecían haber olvidado que Faridpur era mi distrito y que tenía muchos parientes en la región. Yo había organizado actos en todos los rincones, y la gente me conocía muy bien. Si querían impedir que alguien me saludara, deberían apostar a veinte o treinta guardias armados a mi alrededor. O deberían destinar una lancha del gobierno para mis viajes entre Faridpur y Gopalganj. ¿Por qué culpar a la gente que quería verme? Hice lo que pude para intentar proteger a esos desafortunados, de modo que no sufrieran más por mi culpa.

Debía dejar de nuevo el bungalow durante la madrugada, a pesar de que el muelle estaba cerca. Llegué a Gopalganj. En esa ocasión, mi familia vino a verme desde Tungipara, en dos o tres barcas grandes. Todos mis parientes se alarmaron al constatar

mi estado de salud. Mi madre empezó a sollozar ruidosamente al verme.

Regresé del tribunal por la noche. Debía volver a la mañana siguiente para asistir a una nueva ronda de audiencias.

—¿Por qué están demorando el proceso? ¡Todos los testigos están presentes! —le dije al inspector de la cárcel. Pero el oficial de la policía de la subdivisión estaba ausente, probablemente porque se encontraba en Chittagong en esos días. La situación estaba tan caldeada que no era raro que se hubiese alejado. En cualquier momento podía estallar un conflicto, porque el estado de ánimo de la gente era explosivo.

Entonces presencié algo insólito. El antiguo inspector de policía de Gopalganj llegó para testificar. Era muy probable que lo hubiesen trasladado a Dacca. En Gopalganj era muy conocido por su honestidad y porque no aceptaba sobornos. Cuando aportó su testimonio, lo hizo sin pronunciar ni una sola falsedad: narró exacta y sinceramente lo que había observado. Testificó que yo había pedido a la multitud que se dispersase en silencio. Vi que ello perturbó al fiscal. Pero el testimonio ya estaba registrado y anotado por el oficial del tribunal. ¿Qué iban a hacer ahora? Comprendí que la causa contra mí no iba a prosperar, pero también supe que mi sufrimiento no había terminado.

Estaba claro que Pakistán aún contaba con oficiales de policía que no decían falsedades. La ley de nuestro país establecía que nadie podía ser procesado si un testigo, en contra de lo esperado, decía la verdad cuando el acusado era inocente, es decir, si alguien no daba falso testimonio en su contra como era de esperar. Solo en casos en los que empezaba el proceso con mentiras y terminaba con mentiras podía esperarse una condena. Es fácil comprender, por lo tanto, que sea raro que se haga justicia en lugar donde la ley está basada en mentiras.

La fecha de la siguiente audiencia quedó fijada para un mes más tarde. Regresé a la estación de policía, como había hecho antes. Durante dos días pude ver a todos los miembros de mi familia, dos veces al día, por la mañana y por la noche. El tío Raja y su esposa no me dejaban comer alimentos que no fuesen de su propia casa. Su esposa me tenía mucho afecto. Mi abuela materna, la madre del tío Raja, residía con ellos por entonces. Mi comida llegaba directamente desde su casa.



Las mujeres que habían venido a verme desde mi pueblo se quedaban con mi tío y su esposa, mientras que los hombres descansaban en los botes.

—No me molesta que permanezcas en la cárcel —me dijo Renu— pero asegúrate de que comes bien. Al verte, me he deprimido inmensamente. Debes saber que no tengo a nadie más en el mundo excepto a ti. Mis familiares murieron cuando era yo una niña y no tengo a nadie más que pueda velar por mí. ¿Cómo voy a sobrevivir si te pasa algo?

Al decir esto, rompió a llorar y, cuando yo intenté consolarla, empezó a llorar aún más. Al ver que su madre lloraba, Hasina y Kamal empezaron a besarla.

—¿Por qué preocuparse por aquello que sucede por voluntad de Dios? —le dije.

Al día siguiente, me despedí de ellos. Consolar a mi madre fue una tarea mucho más difícil.

~~~

Regresé a la cárcel de Faridpur una vez más. Al llegar, constaté que Chandra Babu había sido hospitalizado y que se hallaba en una situación crítica. Tenía un problema de hernia. Había ejercido presión sobre su abdomen y una arteria se había desplazado. Esto provocó que el excremento le saliese por la boca. Podía morir en cualquier momento. El cirujano civil era un médico muy bueno. Quería arriesgarse a operarlo porque, si no lo hacían, Chandra Babu moriría. No tenía parientes para dar el permiso, así que el propio Chandra Babu se ofreció a firmar él mismo un permiso por escrito.

—Si no tengo pariente alguno, ¿qué otra cosa puedo hacer? —decía.

El cirujano civil ordenó su traslado al hospital general que se levantaba fuera de la prisión.

—No tengo a nadie, pero quiero ver a Sheikh Mujibur Rahman una vez más porque es como un hermano para mí —dijo Chandra Babu. ¡Creo que no voy a volver a verlo de nuevo en esta vida!

Gracias al consentimiento del cirujano general y del superintendente de la cárcel me llevaron hasta el portón de la cárcel para verlo. Estaba tendido en una camilla. Parecía que iba a morir en cualquier momento. Al verme, empezó a sollozar.

—Mi hermano —dijo llorando—, lo único que lamento mientras me aproximo a la muerte es que han intentado mancharme con la acusación de sectarismo. Jamás he hecho distinción alguna entre un hindú o un musulmán durante mi vida entera. Pídeles a todos que me perdonen. Y mi último ruego para ti es que siempre trates a las personas como personas. Dios no hizo distinción alguna entre los seres humanos. Como no tengo parientes, quise verte antes de morir, pues te considero mi pariente. Que Dios te bendiga.

Habló de tal manera que el superintendente, el director de la cárcel, el médico e incluso el oficial de la sección de detectives tenían lágrimas en los ojos. Yo también lloraba.

—No se preocupe —dije—. Siempre trato a las personas como a personas. En política, no hago distinción entre musulmanes, hindúes y cristianos. Todos somos parte de la misma raza.

No tuve fuerzas para decir nada más.

—Si es la voluntad de Dios, aún podrá usted recuperarse —alcancé a decir.

Y se lo llevaron.

—Hay pocas esperanzas de éxito —nos dijo el cirujano civil—. Pero voy a intentarlo una vez más, operándolo.

Todos estábamos muy preocupados. ¿Quién podía saber cuál sería el resultado de la operación? Dos horas más tarde, las autoridades de la cárcel nos informaron de que la operación había terminado y que él se encontraba bien. Más tarde nos dijeron que era posible que sobreviviese, a pesar de que no estaba fuera de peligro. Pasamos el resto de la noche muy preocupados por él, pero las noticias que nos llegaron por la mañana eran alentadoras. Estaba mejorando mucho y ya no vomitaba excrementos. Teníamos razones para confiar en que había salido de esta. Al día siguiente, el gobierno lo puso en libertad. Sin embargo, debía quedarse en el hospital porque todavía no estaba fuera de peligro.

Creo que permaneció en el hospital dos semanas más. Estaba claramente fuera de peligro, a pesar de que sus heridas no estaban completamente curadas. Una vez que recibió el alta, el magistrado del distrito puso condiciones a su libertad. Debía vivir en su pueblo, Ramdia. Cuando Chandra Babu fue a hablar con el magistrado, este le dijo:

—Si quieres quedarte en Pakistán, deberás confinarte en tu propio pueblo. Si quieres ir a Calcuta por razones médicas, no lo

impediremos. Pero cuando regreses vas a tener que informar a la policía de tu retorno.

Chandra Babu aceptó las condiciones y acudió al portón de la cárcel a retirar sus pocas pertenencias. Me habían avisado de su partida. Me sentía muy triste por su ausencia y, además, unos días más tarde se llevaron también a Phani Babu a otro lugar. Me quedé solo en la celda por la noche, aunque por el día podía visitar a los otros prisioneros. Durante la noche estaba aislado. El domingo nos sentábamos todos juntos, conversábamos y nos contábamos historias. No hablábamos mucho sobre política, porque ese tema desembocaba inevitablemente en discusiones. Cuatro de los presos compartían la misma ideología, mientras que yo y el Sr. Babu Nepal Naha conservábamos cada uno nuestras propias ideas sobre política. En otras palabras, políticamente no coincidíamos en absoluto.

El Dr. Maruf Hussein se encargaba de la comida que nos servían. Lo llamábamos “administrador”. Dificilmente sobrevivíamos con los alimentos que nos daban. Faridpur es muy conocido por sus verduras y, a veces, aparecían en nuestros platos.

En cualquier caso, debía ir de nuevo a Gopalganj, a pesar de que mi corazón había empeorado igual que mi vista, hasta el punto de que no podía leer. Sufría también dolores reumáticos en mi pie izquierdo. El cirujano civil y el médico me trababan con tanto esmero como podían, pero yo no mostraba ninguna mejoría. Dijeron que debían enviarme a la cárcel de Dacca, puesto que en Faridpur no había medios para tratar a enfermos del corazón y de la vista. Tendría más oportunidades de curarme si me trasladaban al Hospital de la Escuela de Medicina de Dacca.

—Hagan lo que crean mejor, ¿quién soy yo para decidir?  
—les dije.

Las autoridades carcelarias intercambiaron informes sobre mi estado. El gobierno envió la orden para mi traslado a la cárcel de Dacca. Para llegar hasta allí debía subir a un tren desde Faridpur a Goalando, y desde Goalando, iría en vapor a Narayanganj. De Narayanganj partiría en un taxi hasta Dacca. Desde la puerta de la prisión sería trasladado al hospital. Goalando tenía por entonces un servicio de vapor a Dacca muy confortable. El gobierno me había concedido un pasaje de clase mixta. Me negué a usarlo. Solicité uno de primera clase. El vapor iba siempre lleno de gente y no podría

dormir. ¿No podían acaso utilizar mi dinero, que guardaban en depósito, para comprarme un pasaje de primera clase? Comprendieron que yo no aceptaría otra cosa. Los funcionarios de gobierno de menor rango jamás quisieron causarme ninguna molestia.

~~~

Cuando llegué a Dacca estaba a punto de terminar el año 1951. Me quedé allí casi un mes. Mi equipaje fue enviado al lugar donde había estado internado antes. El Maulana Bhasani ya había sido liberado. Pocos días más tarde supe que el Sr. Mohiuddin había sido trasladado a la cárcel de Dacca, en aplicación del Acta de Seguridad Pública. Hasta hacía poco había sido secretario general de la Liga Musulmana. Según parece, el gobierno lo había arrestado por su complicidad en revueltas sectarias. Una de esas revueltas, muy violentas, se registró en Barisal en 1951.

Mohiuddin era un hombre muy capaz que trabajó por el movimiento para la creación de Pakistán. En política estudiantil, él había militado en el otro bando. Cuando abandonamos la Liga Musulmana insistió en quedarse. En Barisal, mi buen amigo Kazi Bahauddin, antes su compañero, se había opuesto a él en su calidad de miembro de la Liga de Estudiantes. Mis compañeros y yo siempre desconfiamos de él, pues seguía ciegamente al gobierno. Sin embargo, cuando hablamos en la cárcel me quedó claro que había cambiado mucho. Vi que, si lo dejaban libre, ya no formaría parte de la Liga Musulmana. Me confesó que comprendía que la política sectaria era dañina para Pakistán.

Como no me podían tratar de manera adecuada en el hospital de la prisión de Dacca me enviaron al hospital de la Escuela de Medicina. Dije que si querían que fuera debían darme una habitación privada. El gobierno aceptó mi solicitud. Hicieron las gestiones necesarias para ello.

Antes, un cúmulo de malentendidos me había separado de Mohiuddin, pero ahora, al estar muy cerca en la prisión, nos convertimos en buenos amigos.

—Tu partido y la Liga de Estudiantes van a iniciar un movimiento para intentar liberarte —dijo Mohiuddin—. Nadie hará nada por mí porque yo era parte de la Liga Musulmana y es el propio gobierno de la Liga Musulmana el que me ha arrestado. Sabes

muy bien que soy miembro del partido. Es impensable que yo iniciase una revuelta de manera aislada, pero formularon todo tipo de acusaciones falsas contra mí. Todo se debe a que hay dos facciones dentro de la Liga. Yo pertenezco a la facción que se opone al Sr. Nurul Amin y por eso hizo que me arrestasen en virtud del Acta de Seguridad Pública. El Sr. Suhrawardy y el Maulana Bhasani iniciarán un movimiento para liberarte.

—El pasado, pasado es —respondí yo—. Si reclamo mi libertad voy a solicitarla también para ti. Espera y verás.

Hacia el final del día, mucha gente vino a verme, puesto que las horas de visita eran de cuatro a seis. Unos días más tarde me trasladaron al hospital de la Escuela de Medicina de Daca. Me dolían los ojos. Lo primero que hice al llegar fue pedir que los examinasen. Me trataba el capitán Lashkar, famoso oftalmólogo. Sentí una clara mejoría en unos días, pero me advirtió de que la recuperación total no sería inmediata. El Dr. Shamsuddin empezó a tratarme del corazón.

Hacia el final del día vino mucha gente a visitarme, puesto que las horas de visita eran de cuatro a seis. El hospital tenía entonces unas pocas habitaciones. La mía estaba ubicada junto a las escaleras que llevaban al primer piso. Los estudiantes de la Escuela de Medicina venían a visitarme en grupo. Nadie podía impedirselo. Había varios policías apostados en la puerta de mi habitación. Tras el crepúsculo, cuando el flujo de visitantes se redujo, caminé un poco hacia la veranda, a pesar de que me sentía todavía muy débil.

Desde su salida de prisión, Maulana Bhasani estaba muy activo. El Sr. Shamsul Huq guardó silencio durante un tiempo. El Sr. Suhrawardy había regresado a Bengala Oriental. Junto con el Maulana protagonizaron discursos en varias asambleas públicas, en Mymensingh, en Comilla y en otros lugares. Cada vez que hablaban en público, la Liga Musulmana intentaba generar un conflicto. En el mitin organizado en Daca, el gobierno impuso la Sección 144. A pesar de ello, el Sr. Suhrawardy decidió ir a Armanitola, porque muchas personas ya estaban congregadas en el lugar del mitin. El Sr. Suhrawardy les pidió a todos que se dispersaran, puesto que no quería que nadie violase la Sección 144.

Él y el Sr. Maulana Bhasani habían solicitado con vehemencia mi liberación de la cárcel. Enfatizaban en sus discursos que

estaba enfermo y que había sido internado en un hospital. El Sr. Suhrawardy y el Sr. Aatur Rahman reclamaron al gobierno un permiso especial para poder visitarme en la cárcel. Conversamos sobre muchos temas y el Sr. Suhrawardy me mostró su afecto de todas las formas que pudo. Llamó a los médicos que me trataban y les dijo que debían ofrecerme la mejor atención posible.

Le comenté al Sr. Suhrawardy el caso de Mohiuddin. Él me escuchó apesadumbrado.

—Creo que no sabes que Mohiuddin le envió a Liaquat Ali Khan una carta en la que me denunciaba —me dijo—, llena de informaciones falsas. Sucedió cuando fui a Barisal en la misión de paz, en 1948. También formó parte activa de las revueltas sectarias que ocurrieron aquí, en 1951.

—Señor, la gente puede cambiar —le respondí—. Se va a dar cuenta de que él es un buen compañero de partido. Está encarcelado ahora como yo. Créame, ha cambiado mucho. Si podemos llevarlo de vuelta por el buen camino, nuestro país se beneficiará. No nos afectará intentar adoptar una política más liberal. Cuando usted hable en público sobre mi liberación, incluya también su nombre, y dígales a los demás que hagan lo mismo.

El Sr. Suhrawardy era un hombre con amplitud de miras. Cuando un hombre iba a verlo, lo perdonaba sin importar lo grande que hubiese sido su ofensa.

El Sr. Shawkat Mia y los miembros de la Liga de Estudiantes imprimieron peticiones solicitando mi libertad. Muchos de los miembros más conocidos del partido en Daca las habían firmado. Le pedí a Shawkat Mia que incluyese el nombre de Mohiuddin junto al mío en la petición. A los activistas de la Liga de Estudiantes les molestó mi sugerencia. Venían a menudo a verme a hurtadillas a mi habitación del hospital. Intenté persuadirlos, pero los líderes de Barisal no comprendieron mi petición. Tras mi liberación de la cárcel tuve la oportunidad de solucionar ese malentendido.

~~~

En octubre de 1951, cuando el Maulana Bhasani y yo estábamos en la cárcel, Liaquat Ali Khan fue asesinado de un tiro en Rawalpindi. Khawaja Nazimuddin abandonó su cargo de gobernador general para convertirse en primer ministro y escogió a Golam Muhammad, por entonces ministro de finanzas, como su sucesor.

Liaquat Ali Khan fue una víctima más de las conspiraciones con las que él mismo había emponzoñado la política. Hasta el día de hoy nadie ha sido capaz de encontrar a sus asesinos, o de descubrir si su muerte la causó un solo hombre. Lo más probable es que la verdad no se sepa nunca. También es cierto que la gente que organizó el asesinato era extraordinariamente influyente, puesto que no dejaron pista alguna.

El primer ministro de Pakistán fue asesinado a tiros a plena luz del día. ¿Cómo pudo su asesino acercarse tanto? ¿Cómo pudo dispararle sin que nadie lo detectase? ¿Por qué mataron al asesino inmediatamente después del crimen? Todas esas preguntas nos inquietaban entonces.

Me entristecí con la noticia de su muerte, a pesar de que Liaquat Ali Khan, junto con Nurul Amin, había provocado nuestra entrada en prisión. Nunca he creído en la política de la conspiración. De hecho, temía que las intrigas internas se convirtiesen en el *leitmotiv* de la política de Pakistán. Es difícil expresar el horror que sentí al pensar en las maniobras que se adoptan cuando se convierte en algo probable la idea de liquidar a un oponente con una bala. Quienes creemos en la democracia rechazamos por completo estos censurables métodos de acción.

Khawaja Nazimuddin nombró a Chowdhury Muhammad Ali, un burócrata, como miembro de su gobierno. Ali había ocupado previamente el cargo de secretario general del gobierno de Pakistán y ahora sería ministro de finanzas. A raíz de este nombramiento, los burócratas adoptaron roles activos en la política de Pakistán. Un burócrata ocupaba el cargo de gobernador general y otro burócrata era el ministro de finanzas.

El Sr. Nazimuddin era de carácter débil. Tenía muchas cualidades positivas, pero carecía de iniciativa y era poco resolutivo. En consecuencia, los burócratas empezaron a controlar el ritmo del gobierno. Cuando uno de los suyos fue nombrado ministro de finanzas, los demás empezaron a abrigar esperanzas de llegar a ocupar altos cargos. Los políticos comenzaron, a su vez, a dejarle el campo libre a la burocracia. La Liga Musulmana carecía de un líder fuerte para lidiar con firmeza contra las confabulaciones de los burócratas. El propio Sr. Nazimuddin era bastante pusilánime. ¿De qué otra manera puede explicarse la petición de que un funcionario público dejase su cargo burocrático para ser nombrado ministro?



Yo estaba convencido de que Sr. Nazimuddin había tomado esa decisión obligado por las presiones de una provincia en particular. A pesar de que ocupaba el cargo de primer ministro, los que movían los hilos de su gabinete eran dos grupos. Uno era de Punjab y el otro de Bengala. Los miembros del gabinete que eran nativos de otras provincias apoyaban secretamente al grupo bengalí. El Sr. Nazimuddin favorecía al grupo de Punjab, lo que era un grave error.

El Sr. Nazimuddin visitó Bengala Oriental poco después de convertirse en Primer Ministro. En su primer viaje no dijo gran cosa. Más tarde, hacia finales de 1951, o quizás en enero de 1952, pronunció un discurso en Paltan Maidan:

—El urdu será la única lengua oficial del estado de Pakistán —declaró.

Rompió así la promesa que había hecho en 1948, cuando actuaba como Primer Ministro de Pakistán Oriental. Había prometido entonces que el bengalí sería idioma oficial de la provincia, en un compromiso por escrito con el comité en pro del bengalí. Algo más tarde, ese mismo año, presentó una moción en la Asamblea Provincial en la que pedía que el bengalí fuese idioma oficial de Pakistán. La Asamblea Provincial adoptó la moción de forma unánime. ¡Formuló esas promesas en Daca, y en Daca las rompió! Su acción causó un gran revuelo en todo el país.

El único partido en la oposición que había entonces, la Liga Awami de Pakistán Oriental, su ala estudiantil, la Liga de Estudiantes, y su ala juvenil, la Liga de la Juventud, protestaron contra esa decisión con gran vehemencia.

Mientras todo esto sucedía, yo seguía ingresado en el hospital. Una noche, Mohammad Toaha y Oli Ahad vinieron a verme colándose por la ventana de mi habitación, que daba a un patio. Les había pedido que viniesen después de la una de la madrugada. También les dije que me gustaría conversar con Khalek Nawaz, Kazi Golam Mahbub y otros líderes de la Liga de Estudiantes. Mi puerta estaba vigilada por los oficiales de IB, pero a esa hora de la noche la mayoría de ellos estaban dormidos. Entre cinco y siete muchachos aparecieron esa noche.

Yo solía pasear hasta muy tarde por la noche. A esas horas no solía visitarme nadie, por eso me dejaban hacerlo a solas. La policía no se preocupaba por mí porque estaban convencidos de que no huiría. Los miembros de la sección de detectives dormían también.

Podíamos, por tanto, hablar en la veranda. Les dije que debían formar un frente común con todos los partidos. Aceptaron mi propuesta. Los líderes de la Liga Awami ya habían sido informados. En ese tiempo, la Liga de Estudiantes era la única organización de estudiantes que contaba con seguidores.

Oli Ahad y Toaha aseguraron que la Liga de la Juventud también aprobaría la propuesta. Había una conspiración en marcha para impedir que el bengalí fuese aceptado como idioma oficial del Estado. Si nadie se oponía a ello, la Asamblea Nacional legislaría para hacer del urdu el único idioma oficial del Estado. El Sr. Nazimuddin no solo había confirmado que el urdu sería el único idioma oficial de Pakistán, sino que también había presentado nuevas argumentaciones para sustentar este anuncio.

A pesar de que Oli Ahad no era miembro de la Liga Awami ni de la Liga de Estudiantes, me tenía mucho aprecio y respetaba mis opiniones.

—Pronto me enviarán de vuelta a la cárcel—le dije—, ya que creen que me he estado ocupando de temas políticos en el hospital. Ven a verme mañana por la noche.

También solicité la presencia de otros líderes de la Liga de Estudiantes y que también viniesen Shawkat Mia y algunos miembros más de la Liga Awami.

Todas esas personas acudieron a mi habitación la noche siguiente. Acordamos que el 21 de febrero sería el Día Nacional de la Lengua Bengalí y que formaríamos un comité para organizar todas las actividades. El líder del movimiento debería ser un miembro de la Liga de Estudiantes. Lanzaríamos una campaña para concienciar a la opinión pública desde principios de febrero.

—Me pondré en huelga de hambre a partir del dieciséis de febrero para exigir que me liberen —anuncié—. ¡Llevo en prisión veintiséis meses! Mohiuddin está también en la cárcel, en una celda cercana a la mía. Si puedo persuadirlo para que se una a mí en la huelga de hambre os lo comunicaré. En ese caso, añadirán su nombre al mío en la campaña por mi liberación. Cuando les envíe la noticia de que he comenzado mi huelga de hambre, Shawkat Mia será el responsable de imprimir panfletos y carteles. Deberán asegurarse de que se distribuyan.

Dos días más tarde, supe que se había formado un comité de médicos para examinarme. Establecieron que estaba mucho mejor y

que mi tratamiento continuaría en prisión. El gobierno me envió a la cárcel de Dacca, a pesar de que no estaba completamente recuperado.

Hablé con Mohiuddin tan pronto como regresé a la cárcel. Él aceptó la idea de acompañarme en una huelga de hambre indefinida. Ambos enviamos una petición al gobierno, fechada el día 1 de febrero. Cuando los administradores de la cárcel me pidieron que no iniciase la huelga de hambre, mencioné que había ya languidecido en la cárcel durante veintiséis o veintisiete meses, sin juicio previo. No era culpable de ningún crimen. Iba a iniciar el proceso para forzar mi salida de la cárcel, vivo o muerto. En otras palabras, o salía por mis medios de la cárcel o lo haría con los pies por delante. Finalmente informaron al gobierno. Habíamos difundido la noticia de que íbamos a emprender la huelga de hambre y de que elevaríamos una petición al gobierno. Dieron aviso a todas las oficinas de la Liga Awami y a todos los miembros de la Liga de Estudiantes, en todas sus divisiones. En esa época, la Liga Awami solo tenía oficinas en algunos distritos, pero yo tenía amigos en todas partes.

Mientras tanto, el Comité de Acción Nacional por la Lengua ya se había conformado. La razón de escoger el veintiuno de febrero como Día Nacional de la Lengua se debía a que la Asamblea Provincial de Pakistán Oriental se reunía ese día. Kazi Golam Mahbub había sido nombrado organizador del Comité.

En 1948, los estudiantes habían iniciado el movimiento que pretendía establecer el bengalí como idioma oficial del Estado. Estaba seguro de que, en esta ocasión, nuestra gente estaría dispuesta a apoyar el movimiento. Comprendían perfectamente que, si no se establecía el bengalí como lengua oficial del Estado, serían de nuevo subyugados por la dominación extranjera.

Ninguna nación puede admitir una afrenta así contra su lengua materna. A pesar de que el cincuenta y seis por ciento de la población de Pakistán era bengalí, los nativos de Pakistán Occidental no querían aceptar al bengalí como la lengua del Estado. Los bengalíes querían que tuviese el estatus de lengua oficial, equiparable al urdu. No tenían objeción alguna contra esta lengua. Se había malinterpretado la generosidad de los bengalíes a este respecto, pensando que era un signo de debilidad.

Ahora, sin embargo, los bengalíes podían percibir que se les discriminaba en los negocios, en el servicio gubernamental y en todas las esferas del comercio y de la industria. Karachi era la capital

de Pakistán y, por este hecho, los bengalíes se veían privados de todo tipo de privilegios.

La Liga Awami de Pakistán Oriental exigía autonomía regional y la Gran Convención Nacional, donde esta petición por la autonomía había sido apoyada por todos los partidos, había manifestado de forma clara cuál era la postura de los bengalíes. Cuanto más se aislaban los líderes de la Liga Musulmana de Pakistán Oriental de su propia gente, más dependían del grupo de pakistaníes occidentales y de su burocracia. Khawaja Nazimuddin y el Sr. Nurul Amin comenzaron a tener miedo de la gente. Por este motivo, después de la derrota de su partido en las elecciones de Tangail, no tuvieron el valor de ir de nuevo a las urnas, a pesar de que varios escaños de la Asamblea Provincial estaban vacantes desde entonces.

Al perder la confianza de la gente, los miembros de la Liga Musulmana empezaron a volverse más y más dependientes de la burocracia. El secretario en jefe del partido era por entonces el Sr. Aziz Ahmed, quien había formado parte del Servicio Civil de la India. Era un hombre inteligente y sagaz, eficiente y buen conocedor de la administración. Trabajaba como representante del gobierno central. Cuando testificó contra el Sr. Hamidul Huq Chowdhury en el juicio que le habían abierto por una Orden de Descalificación de Cargos Públicos (PODO),<sup>44</sup> admitió que recopilaba informes sobre todos los ministros y que mantenía al tanto al gobierno central sobre las actividades de los mismos. Hamidul Huq Chowdhury había sido forzado a abandonar el ministerio, pero sus colegas contaban aún con poder. No tenían valor para hacer algo drástico, puesto que ninguno de ellos podía enfrentarse a alguien del calibre del Sr. Aziz Ahmed. Para imponerse ante la opinión pública habían optado por atacar a la Liga Awami y a todos los líderes y miembros de todo partido que se les opusiesen. Sacaban a relucir el Acta de Seguridad Pública a la menor provocación.

~~~

Entre tanto, en la cárcel, nos preparábamos para la huelga de hambre indefinida. Acordamos la estrategia que seguiríamos y

---

<sup>44</sup> Esa orden fue emitida el 7 de agosto de 1959, durante el régimen de Ayub Khan. La intención del régimen era descalificar a algunos políticos importantes, de modo a que no pudiesen tomar parte en ningún proceso electoral.

decidimos que no romperíamos la huelga bajo ningún concepto. Si moríamos como consecuencia de ello, así sería. Los encargados de la cárcel intentaron disuadirnos –en particular, el superintendente Amir Hossain y el Sr. Mokhlesur Rahman, asistente a cargo de los prisioneros políticos–. Les dejé claro que todo aquello no iba con ellos, que no teníamos nada en su contra. Si iniciábamos la huelga de hambre era solo porque el gobierno nos había encarcelado durante meses sin juicio previo. Nunca tuvimos ni un solo problema con ellos durante el tiempo que estuvimos internados. Les aseguré que éramos conscientes de que ellos debían seguir órdenes. El Sr. Rahman era un hombre amigable, gentil y muy ilustrado.

La mañana del quince de febrero me llevaron a la puerta de la prisión con la excusa de que querían hablar con nosotros sobre nuestra decisión de ayunar de manera indefinida. Mohiuddin fue conducido a la puerta con el mismo pretexto. Unos minutos más tarde, un conserje trajo nuestros equipajes, ropas y mantas.

—¿Qué está sucediendo? —pregunté.

—Tenemos órdenes de trasladarlos a otra cárcel —contestaron los encargados.

—¿A qué cárcel? —indagué.

Nadie sabía la respuesta a esa pregunta. Mientras tanto, la policía armada y los oficiales de IB se preparaban para escoltarnos. No lograron ocultarnos durante mucho más tiempo el nombre de nuestro nuevo destino y supe que, una vez más, me llevaban a la cárcel de Faridpur. De hecho, ambos debíamos ser trasladados a la misma.

Eran las nueve de la mañana. Debíamos embarcar en el vapor que dejaba Narayanganj a las once. Intenté demorar el proceso tanto como pude, puesto que sabía que, si nos marchábamos de inmediato, nadie iba a saber a dónde se nos trasladaba. Saqué todos mis libros, uno por uno, y luego todas mis ropas. Empecé a revisar mis cuentas y a determinar cuánto dinero había gastado y cuánto me restaba. Pude demorar los trámites hasta que dieron las diez de la mañana. Transcurrió otra media hora antes de que partiésemos. Un *subedar* armado y los oficiales de la sección de detectives intentaban que nos diésemos prisa.<sup>45</sup> El sargento era un hombre

---

<sup>45</sup> N. de la T.: *Subedar*, soldado del ejército de la India, bajo el dominio británico, equivalente al rango de capitán. Denominación conservada en los años inmediatamente siguientes a la independencia, tanto de la India como de Pakistán.

nativo de Baluchistán, que había servido en Gopalganj durante la independencia de la India. Me respetaba y me tenía aprecio. Me había visto trabajar abnegadamente por la causa de Pakistán.

—¿Cómo es posible que usted esté preso? —me dijo tan pronto como me vio.

—¡Es el destino! —le contesté.

Habían traído con ellos un carromato tirado por caballos, que podía cerrarse con llave desde el exterior. Tan pronto como nos subieron al mismo cerraron las ventanillas y la puerta. Dos guardias iban sentados en el interior, con nosotros. Un carro nos siguió a lo largo de la calle que corre paralela al parque Victoria. Cuando llegamos a la entrada del parque, vimos que nos esperaba un taxi que la policía había reservado para nosotros. Era muy difícil encontrar un taxi disponible en ese lugar, a esa hora del día. Bajamos del carromato y subimos al taxi lentamente. No vimos a ningún conocido, aunque tratamos de buscar a gente afín entre las personas con las que nos cruzábamos. Nuestros escoltas insistían al taxista para que condujese más rápido. Yo, por el contrario, le pedía que redujese la marcha, pues podíamos terminar perdiendo la vida en un accidente de tráfico.

Cuando llegamos al muelle, el vapor había partido ya. ¿Qué podía hacerse? ¿A dónde nos conducirían? El próximo barco no saldría hasta la una de la madrugada. Nos llevaron a la comisaría de policía de Narayanganj. Desde allí telefonearon a sus superiores y solicitaron permiso para mantenernos allí. Fuimos conducidos a una habitación en las barracas de la policía. Vi a un conocido en la comisaría de policía y le solicité que se pusiese en contacto con Shamsuzzoha. Todos en la ciudad sabían dónde quedaba la casa de Khan Shaheb Osman Ali. En menos de una hora, el Sr. Zoha, Bazlur Rahman y muchos otros vinieron a vernos. Nos trajeron comida. Más tarde, el Sr. Almas Ali también vino.

—Se supone que hoy cenaremos en un hotel —les dije. Dejen que decida en qué hotel será. Asegúrense de estar allí cuando lleguemos. Necesitamos conversar sobre varias cosas.

En el poco tiempo que tuvimos para hablar, pude decirles que nos trasladaban de la cárcel de Dacca a la de Faridpur. Nuestros escoltas no les permitieron quedarse en la estación de policía durante mucho tiempo. Nos dijimos adiós tras confirmar el nombre del hotel en el que íbamos a encontrarnos por la noche. Les dije que

debían esperarnos entre las ocho y las ocho y media de la noche. Era un hotel nuevo, de dos plantas, construido en la carretera entre Dacca y Narayanganj.

—Necesitamos comer —le dije al sargento que se ocupaba de nosotros—. Vayamos a un hotel: iremos luego al muelle. Él aceptó de buen grado, tal y como yo pensaba que iba a reaccionar. Sea como fuere, esa noche tenían que alimentarnos! Envié nuestro equipaje a la estación con un guardia y llegamos al hotel a tiempo. Nos sentamos a cenar. El Sr. Zoha nos esperaba, junto con ocho o diez de nuestros compañeros de partido. Comimos sin apresurarnos, conversando. Me enteré de cómo estaban el Maulana Bhasani, el Sr. Huq y otros líderes. Me dijeron que intentarían enviarnos periódicos, de modo que nos mantuviésemos al tanto de lo que sucedía. Mencioné que el semanario *Ittefaq* sería suficiente.

También les dije que íbamos a empezar una huelga de hambre indefinida al día siguiente, algo que ellos ya sabían. Ningún activista político puede olvidar los sacrificios que hicieron los compañeros de Narayanganj, su paciencia y su entereza.

—Este veintiuno de febrero haremos huelga en Narayanganj —nos dijeron—. <sup>46</sup> Una huelga con la que reclamaremos que el bengalí sea consagrado como idioma oficial del Estado y, además, que usted sea liberado.

Nuestros líderes preguntaban también aquí, una y otra vez, si se podía confiar en Mohiuddin, si no cambiaría de nuevo de colores, si, después de salir de la cárcel, no se revelaría como un líder de la Liga Musulmana.

—Cumplamos con nuestro deber y dejemos que él haga lo mismo —les dije—. Estoy seguro de que no regresará a la Liga Musulmana. No tengo dudas sobre ello. Es un prisionero más, ¿por qué deberíamos dudar a la hora de ayudarlo a obtener su libertad? Podemos atraer a la gente con buenas maneras, afecto y simpatía, no por la fuerza, con odio o abusos.

Llegamos al muelle a las once de esa noche. El vapor estaba esperando. Los compañeros de partido se quedaron con nosotros hasta que el vapor zarpó del puerto fluvial. Nos despedimos de todos a la una de la mañana.

---

<sup>46</sup> N. de la T.: *Huelga*, el término utilizado por el autor es el Gujarathi "hartal", palabra popularizada por Mahatma Gandhi en el subcontinente indio, para designar una paralización social masiva, de objetivos político-sociales.



—Es posible que no nos veamos más en esta vida —proclamé—. Espero que todos ustedes me perdonen. No me arrepiento de nada. Tarde o temprano moriré. Si lo hago enfrentándome a la opresión y a la injusticia, mi muerte habrá valido la pena.

La nave zarpó y preparamos nuestros lechos para dormir. Durante la mañana hablamos sobre si era apropiado o no comenzar la huelga de hambre en el vapor. Decidimos esperar hasta llegar a la cárcel. El vapor continuó su travesía durante todo el día y atracó en Goalando Ghat por la noche. Desde allí tomamos un tren que llegó a Faridpur a las cuatro de la mañana. La administración de la cárcel se negó a admitirnos a esa hora de la noche. Tuvimos que esperar en la veranda de la residencia de los policías.

Por la mañana, el sargento que nos escoltaba nos dijo:

—No van a dejar que ingresen a la cárcel antes de que lleguen los oficiales. Vamos a desayunar.

No teníamos ninguna intención de desayunar, pero confiábamos en ver a algún conocido en el camino. Nuestros compañeros de partido en Faridpur sabrían así que estábamos de nuevo en el pueblo y que habíamos comenzado nuestra huelga de hambre indefinida. Permanecimos en el restaurante durante media hora y, sin embargo, no vimos a nadie. El dueño del restaurante llegó, le dije mi nombre y le pedí que informase a mis compañeros. Cuando emprendimos nuestro camino hacia la cárcel nos cruzamos con un miembro de la Liga Awami, llamado Mohiuddin, popularmente conocido como Mohi. Él había trabajado con nosotros como responsable de los miembros del partido en Faridpur, durante la preparación de las elecciones de 1946. Tan pronto como lo vi, lo llamé. Él detuvo su bicicleta y se aproximó. La gente del IB intentó evitar que lo hiciera. Los ignoré e incluso los regañé por sus acciones. Le dije a Mohi que iba a Faridpur y le pedí que les dijera a todos que iba a emprender un ayuno indefinido, que iba a comenzar ese mismo día. Continuamos nuestro camino a la prisión, mientras Mohi nos seguía.

~~~

Cuando llegamos a la puerta de la cárcel constatamos que el director de la prisión y su asistente habían llegado ya. Ordenaron nuestro ingreso de inmediato. Estaban al tanto de nuestra llegada y

lo tenían todo listo. Nos habían preparado un espacio. No íbamos a quedarnos junto con el resto de los prisioneros políticos. Iban a aislarnos. Decidimos entonces tomar la medicina que iba a limpiar nuestros estómagos antes de iniciar la huelga de hambre. Dos días más tarde, nuestra condición física empezó a deteriorarse y nos ingresaron en el hospital. En esa época ambos estábamos mal de salud. Mohiuddin sufría de pleuresía y yo de otras enfermedades. Cuatro días más tarde empezaron a alimentarnos a la fuerza, intubándonos por la nariz. ¡Qué problema! Nos insertaban unos tubos que llegaban hasta nuestros estómagos. En la boquilla de entrada del tubo había una especie de copa con un agujero, por el que vertían algo que parecía leche. Parecían muy determinados a no dejarnos morir de hambre. Sin embargo, mi nariz no toleraba esa técnica y empezó a inflamarse. Sangraba y me causaba dolor. Nos oponíamos a que usaran este procedimiento, pero no prestaban atención a nuestras protestas.

La situación se volvió muy dolorosa. Tenía úlceras en las fosas nasales. Cuando nos resistíamos a ser alimentados por la fuerza, nos esposaban y trataban de meternos comida en el estómago por la fuerza. Después de cinco o seis días ya no lográbamos levantarnos de la cama. Nos sentíamos muy débiles. Tomábamos zumo de limón con sal porque esa bebida no tenía valor nutricional alguno. Perdíamos peso rápidamente. Era arriesgado resistirse cuando intentaban forzarnos a comer. El cirujano civil, el médico encargado y los administradores de la prisión seguían prohibiéndonos ayunar.

Mi corazón se estaba resintiendo. Tenía palpitaciones severas y problemas para respirar. Empecé a pensar que mi tiempo iba llegando a su fin y que mis días estaban contados. Convencí a un prisionero para que me trajese unas hojas de papel. A pesar de que mi mano temblaba al escribir, redacté cuatro cartas breves: una para mi padre, otra para Renu, una para el Sr. Suhrawardy y otra para el Maulana Bhasani. Sabía que, en uno o dos días, la poca fuerza que me restaba se desvanecería y que no sería capaz de escribir nada más.

Vivimos el día 21 de febrero con mucha ansiedad, preocupándonos por lo que sucedía fuera. Por la noche, los guardias que cumplían su turno nos informaron de que en Dacca se habían producido incidentes. Según las informaciones de la radio, varias personas habían sido asesinadas a tiros. En Faridpur se había convocado

una huelga general y los estudiantes habían acudido hasta la puerta de la cárcel en manifestación, gritando consignas como: “Queremos que el bengalí sea el idioma oficial del Estado”; “No toleraremos la explotación de los bengalíes”; “Queremos que Sheikh Mujib sea liberado” y “Todos los prisioneros políticos deben ser liberados.”

Yo me sentía algo molesto y me preguntaba la razón por la cual, en mi propio distrito de Faridpur, no se coreaban también consignas por la liberación de Mohiuddin. Puestos a no mencionarlo, habría sido mejor que se limitaran a decir: “Queremos que todos los presos políticos sean liberados.”

Por la noche quise saber qué había sucedido en Dacca exactamente. Era difícil saber cuánta gente había muerto en la ciudad. Sabía, sin embargo, que muchos habían sido asesinados a tiros. Mohiuddin y yo yacíamos en dos camas, una junto a la otra. El médico nos había pedido que no nos moviésemos bajo ningún concepto. Pero era tanta nuestra excitación ante lo sucedido que nos levantamos. Los dos prisioneros que habían sido asignados para atendernos nos obligaron a recostarnos de inmediato. Yo estaba muy nervioso y parecía haber perdido toda capacidad de raciocinio. ¿Por qué habían decidido disparar contra la gente? Eran personas que participaban en una huelga y que se manifestaban con la única intención de dirigirse a un mitin, sin pensar en romper la ley y el orden. El gobierno tenía intención de actuar violentamente de todos modos. La imposición de la Sección 144 siempre conduce a la violencia, pero una administración se conduce mejor sin violencia.

Más tarde, un guardia me dijo que muchos estudiantes habían muerto y que muchos otros habían sido arrestados. Eso fue todo lo que supimos esa noche sobre lo que había pasado el día veintiuno. Incluso antes de saber lo que había pasado, nos resultaba difícil conciliar el sueño. Después de enterarnos, no pudimos dormir en absoluto.

Al día siguiente, aproximadamente a eso de las nueve o las diez, una gran manifestación se aproximó desde la amplia carretera adyacente a la cárcel. Si hubiésemos estado en el segundo piso habríamos escuchado las consignas e incluso observado claramente a la gente que se manifestaba, pero nos habían instalado en un cuarto del primer piso, y solo alcanzábamos a escuchar la voz de los que usaban un altavoz. Estamos seguros de que se dirigían a

nosotros. Pudimos entender algo de lo que había sucedido en Daca. Los administradores de la cárcel parecían determinados a aislarnos para que no nos enterásemos de nada. El periódico con las noticias sobre lo sucedido llegaría un día después.

La gente salió de nuevo a manifestarse en Faridpur durante todo el día. Los estudiantes gritaban consignas cada vez que se agrupaban. Incluso niños muy pequeños empezaron a corear consignas en las calles. El día veintidós recibimos el periódico y leímos algunos artículos sobre lo sucedido. Comprendimos que el Gobierno de la Liga Musulmana había actuado ese día de manera completamente precipitada. Por primera vez en la historia del mundo, una raza había derramado sangre por su idioma materno. En ningún otro lugar del planeta se había disparado a matar contra personas que marchaban para proteger su idioma.

El Sr. Nurul Amin no comprendió hasta dónde lo llevaría su dependencia de la burocracia. Las armas se dispararon dentro del hostel de la Escuela de Medicina y no en la calle. Incluso si la sección 144 hubiese sido violada, habría sido suficiente con arrestar a los manifestantes. No había necesidad de dispararles. Pensé que la sangre que nuestros muchachos habían derramado sería suficiente para, finalmente, hacer del bengalí la lengua oficial del Estado, aún si yo no vivía para ver ese día.

Cuando las personas están destinadas a autodestruirse, tienden a cometer error tras error. Los líderes de la Liga Musulmana de Bangladés no comprendieron nunca quiénes eran aquellos que obligaban a Khawaja Nazimuddin a hablar en urdu y la razón por la que él prefería hablar solo en ese idioma. Sabían que incluso un líder de la altura del Sr. Jinnah no había abandonado nuestro país sin encontrar oposición a su idea de que el urdu debía ser el único idioma oficial de Pakistán. Si ese era el caso de Jinnah, ¿qué podían esperar el Sr. Nazimuddin y sus seguidores? Un grupo adicto a la política de conspiraciones se encargaba de aislarlo cada vez más de las masas. Estaban también aislando a su discípulo, Nurul Amin, de sus compatriotas. No había duda alguna de que ese grupo preparaba una terrible conspiración. El Sr. Nazimuddin no contaba con muchos seguidores en Bangladés.

Leí en el periódico que los miembros de la asamblea legislativa el Maulana Abdur Rashid Tarkabagish, Khairat Hussein y Khan Shaheb Osman Ali, junto a Mohammed Abul Hossain, Khondokar

Mushtaq Ahmed y otros cientos de estudiantes y miembros del partido habían sido arrestados. Dos días más tarde, leí que algunos profesores, el Maulana Bhasani, el Sr. Shamsul Huq y muchos otros líderes y miembros de la Liga Awami también estaban en la cárcel. La casa de Khan Shaheb Osman Ali, en Narayanganj, había sido saqueada y la gente que se encontraba allí, golpeada. Habían maltratado de forma muy violenta al anciano y a sus hijos. Gente en Dacca y en Narayanganj también había sido agredida. Era muy probable que ningún miembro de la Liga Awami estuviera libre.

Nuestra propia condición física se había deteriorado hasta el punto de que podíamos morir en cualquier momento. El cirujano civil venía a vernos entre cinco y siete veces al día. La mañana del día veinticinco, cuando me examinaba, la expresión de su rostro se tornó grave. Se marchó sin decir una palabra, pálido. Comprendí que mi tiempo se había agotado. Regresó algo más tarde.

—¿Qué sentido tiene morir de esta manera? —preguntó—. Bangladés espera tanto de ti.

Yo tenía dificultades para hablar, pero le respondí:

—Hay mucha gente aún activa. El trabajo continuará. Estoy siendo castigado porque amo a mi país y a su gente, pero estoy dispuesto a dar mi vida por ellos.

El asistente del director me preguntó:

—¿Quiere que avisemos a alguien sobre su estado? ¿Dónde están su esposa y sus hijos? ¿Desea que telegrafemos a su padre?

Yo respondí que no había necesidad, que no quería causarles más dolor.

Había abandonado toda esperanza y sentía que mi cuerpo se volvía rígido. No habría llegado a un estado tan grave si mi corazón no hubiese estado tan débil. Un prisionero que se ocupaba de cuidarme masajear mi cuerpo con aceite de mostaza. A veces sentía que me helaba.

Mohiuddin estaba tan mal como yo. Sufría pleuresía de nuevo. Llamé a uno de los funcionarios de la prisión y le entregué las cuatro cartas que había escrito, pidiéndole que las entregase después de mi muerte a uno de mis parientes, que vivía en Faridpur. Le hice jurar que lo haría. Una y otra vez las imágenes de mi padre, de mi madre, de mis hermanos y de mis hermanas venían a mí. ¿Qué pasaría con Renu? Ella no tenía a nadie más que la cuidase en este mundo. ¿Qué les sucedería a mis dos hijos

pequeños? Confiaba en que mi padre y mi hermano más joven no los abandonarían. Poco a poco iba perdiendo la capacidad de razonar. Me quedé pensando en que no iba a ver a Hasina y a Kamal nunca más. Nadie en mi pueblo sabía la gravedad de la situación. Si hubiesen sabido lo desesperado de mi condición, seguro que habrían emprendido el viaje para verme.

Mohiuddin, desde luego, no tenía ningún pariente en Faridpur. Sus hermanos eran funcionarios y tenían buenos cargos, pero no se ocupaban mucho de él, excepto uno, que era superintendente de ingenieros. Yo lo conocía bien. En todo caso, Mohiuddin y yo yacíamos en camas juntas, cogidos de la mano, pero silenciosos todo el tiempo. El corazón me dolía de nuevo. El cirujano me mantenía bajo constante observación. Mi estado se había deteriorado aún más en la mañana del día veintisiete. Parecía que solo me quedaba un día de vida, o dos, con suerte.

A las ocho de la tarde de ese día estábamos en nuestras camas, callados. No teníamos ganas de hablar y no nos quedaban fuerzas para hacerlo. Poco después de nuestras abluciones –que pudimos hacer con la ayuda de los guardias que nos habían asignado– y rezarle a Dios para que nos perdonase, el asistente del director abrió la puerta y entró.

—¿Comerán si los liberamos? —nos dijo.

—Comeremos solo si nos liberan, si no lo hacen no comeremos nada. ¡Pero nuestros cadáveres serán libres! —respondí.

El médico y otras personas entraron también en la habitación.

—Dejen que lea la orden de libertad que ha llegado por radiograma. El magistrado del distrito también tiene una copia —dijo el asistente del director.

Terminó de leer el documento, pero yo no creía que fuese auténtico. Mohiuddin lo cogió y lo leyó, y confirmó que contenía la orden de libertad para mí. Empezó a frotarme la frente para hacerme sentir mejor.

—No debe dudar de mi palabra. No tengo razón alguna para engañarlo. Está usted libre de verdad —dijo el asistente del director.

El médico había traído un poco de agua de coco. Dos hombres levantaron a Mohiuddin.

—Voy a ayudarte a tomar el agua de coco —dijo, e hizo que tomase dos cucharadas para romper mi ayuno. Pero no había ninguna orden de libertad para él. Eso me molestaba. ¿Cómo iba

a lograr que lo liberasen? Además, a pesar de que estaba libre, no tenía fuerzas para ir a ninguna parte. El cirujano civil no me dejaría irme a ninguna parte, a la vista de mi lamentable estado. Me iba dando agua de coco de vez en cuando. Así la noche pasó de esa manera. Por la mañana, me dio un poco de comida y más agua de coco. Empecé a sentirme mejor, pero ¿cómo iba a dejar solo a Mohiuddin? Habíamos pasado juntos todo el tiempo en la cárcel. ¿Qué le sucedería si lo dejaba? ¿Qué pasaría si no lo liberaban? Él atravesaba las circunstancias que yo, ¿por qué no lo liberaban?

Para los políticos de la Liga Musulmana que habían asumido el poder tras la creación de Pakistán yo me había convertido en el “enemigo”. Mohiuddin, por el contrario, había sido un importante miembro del partido hasta el día que fue encarcelado. A menudo, en los conflictos políticos, son los antiguos compañeros los que se enzarzan en las peores luchas, incluso con más ferocidad de la que emplean contra sus enemigos jurados.

A las diez de la mañana supe que mi padre había venido a buscarme. Pero yo no podía caminar hasta la puerta, así que los administradores le permitieron entrar. Mi padre empezó a llorar en cuanto me vio. Era el tipo de hombre que poseía un gran autocontrol. Pero no pudo evitar el llanto. Se sentó en el borde de la cama y empezó a consolarme:

—Te han puesto en libertad —me dijo— y he venido a llevarte conmigo. Fui a Dacca para verte, con tu madre, Renu, Hasina y Kamal, pero, durante dos días, nadie se molestó en informarnos sobre tu paradero. Al final, en la puerta de la prisión me dijeron que no estabas en Dacca. Mucho después supimos que te habían trasladado a la cárcel de Faridpur. No podíamos ir a verte. Era imposible que viniese a Narayanganj para tomar el vapor a Faridpur. Finalmente, dejé a tu madre, a Renu y a los niños en Dacca y decidí venir solo. Dudaba de que realmente te hubiesen enviado a Faridpur. Voy a telegrafiarles hoy para que se dirijan a nuestro pueblo de inmediato. Te llevaré allí mañana mismo o pasado mañana. El resto depende de Dios. El cirujano civil me ha dicho que debo firmar un documento en el que acepto que sales de aquí bajo mi responsabilidad.

Mi padre siguió consolándome y me dijo que había sabido que Mohiuddin también sería liberado en un día o dos.

~~~



Al día siguiente, mi padre me sacó de la prisión. Muchos vinieron a la puerta de la cárcel a verme. Me llevaron hasta allí en camilla y me dejaron fuera. Era como si pensasen que, si iba a pasarme algo, mejor que sucediera fuera de los muros de la cárcel. Algunas personas cogieron la camilla y la llevaron a hombros hasta la casa del Sr. Alauddin Khan. Estuve allí un rato y más tarde me llevaron a casa de mi hermana, donde pasé la noche. Muchos parientes y otras personas vinieron a verme allí. Mi padre se quedó conmigo todo el tiempo. Al día siguiente, uno de mis amigos me llevó en automóvil hasta Bhanga. Mi padre contrató una barca grande allí. La casa de mi tía, la hermana de mi padre, estaba cerca del camino. Salió a verme y le pidió a mi padre que nos quedáramos en el pueblo de Nurpur algo de tiempo. Mi padre le dijo que me llevaría en el bote hasta la casa de mi hermana mayor, en Dattapara. Nos quedaríamos allí un día, hasta que me recuperase un poco más y partiríamos entonces hacia casa. Yo ya me sentía mucho mejor a pesar de mi debilidad.

Dattapara se encuentra en Madaripur. Desde allí, lleva un día y una noche llegar a Gopalganj en bote. Nuestros compañeros nos esperaban en Sindhia Ghat y, cuando supieron que ya me hallaba en ruta, se dirigieron a Gopalganj para recibirme. Llegamos a Gopalganj unas horas más tarde y vimos que una inmensa multitud se había congregado para recibirme. De hecho, la orilla entera parecía estar repleta de gente que me esperaba. Querían que bajase allí. Mi padre se negó, pero nadie estaba dispuesto a escuchar un no. Me cogieron y me sostuvieron en alto, llevándome en procesión antes de devolverme al bote. Mi padre decidió llevarme a casa lo antes posible pues mi madre, Renu, y todos en nuestro hogar estaban esperando ansiosamente mi llegada. Mi hermano también se encontraba allí. Había viajado desde Khulna para verme.

Llegué a casa cinco días después. Fue difícil explicarle a mi madre qué había sucedido. Mi hija Hasina me abrazó:

—Abba, queremos que el bengalí sea el idioma nacional —me dijo—. Queremos que todos los prisioneros políticos sean liberados.

Había aprendido esas consignas en Dacca, donde se encontraba el veintiuno de febrero. Kamal no se me acercaba, si bien no paraba de mirarme. Yo estaba muy débil todavía y debía descansar en el lecho de vez en cuando.

Pude quedarme a solas con mi mujer cuando, uno por uno, todos abandonaron mi cuarto. Empezó a llorar.

—Tan pronto como recibí tu carta supe que habías decidido hacer algo drástico —dijo—. Estaba impaciente por verte. No sabía a quién recurrir para que me llevaran a verte. Me avergonzaba mucho pedirle a tu padre que lo hiciera. Tu hermano Nasser no estaba aquí. Cuando leí las noticias decidí superar la vergüenza y le pedí a tu padre que me llevara a verte. Él hizo de inmediato los arreglos necesarios para nuestro viaje. Y nos encontramos pronto camino a Dacca, en nuestro bote grande, con la ayuda de tres remeros. ¿Por qué hiciste huelga de hambre? ¿Qué clase de compasión puede tener esa gente? ¿No pensaste en nosotros en algún momento? ¿Puedes imaginar qué nos habría pasado sin ti? ¿Cómo sobreviviría yo con dos hijos pequeños? ¿Qué les pasaría a Hasina y a Kamal? Tú dirás que incluso sin ti no moriríamos de hambre. Pero ¿es eso todo a lo que debemos aspirar? E, incluso si hubieras muerto, ¿cómo habría ayudado eso al país?

Yo la escuchaba en silencio. Sabía que pronto nos sentiríamos mejor si le daba la oportunidad de expresar emociones largamente reprimidas. Normalmente Renu era muy serena, pero ese día parecía que se había roto un dique. Y las palabras brotaban como un torrente.

—No tenía otra opción —fue todo lo que le respondí.

Los niños se habían quedado dormidos. Después de veintisiete o veintiocho meses, me encontraba por fin en mi propia casa, en mi propia habitación, en mi propia cama. No podía dejar de pensar en los días solitarios que había vivido en prisión, y en la agonía que había soportado allí.

Supe qué estaba pasando en Dacca y que Mohiuddin había sido liberado. Sin embargo, justo cuando yo estaba libre al fin, habían encarcelado a mis compañeros.

Al día siguiente, mi padre llamó a un médico para que me examinara en casa. Llevaba conmigo la prescripción del cirujano civil. El médico les dijo a todos que no debía abandonar el lecho. Si reposaba durante diez días podría volver a caminar, pero solo por la noche. Algunos de mis colegas de Gopalganj, Khulna y Barisal vinieron a verme a casa.

Una mañana, Renu y yo estábamos conversando en el lecho, mientras Hasina y Kamal jugaban en el suelo. De vez en cuando,

Hasina venía a mí dejando de lado todos sus juguetes. En un momento dado me llamó “abba, abba”. Kamal me miraba. Y, entonces, Kamal le dijo a Hasina:

—Hermana querida, ¿puedo llamar yo también abba a tu abba?

Renu y yo lo escuchamos. Bajé de la cama lentamente, lo senté en mi regazo y le dije:

—Yo soy tu padre.

Kamal solía quedarse lejos de mí, pero en ese día me abrazó. Comprendí que no podía mantenerse alejado de mí por más tiempo. ¡Qué extraño es que un hijo pueda olvidar a su padre, si este se ausenta durante mucho tiempo! Cuando fui a la cárcel, él tenía apenas unos pocos meses de edad. ¡Cuán inhumana es la gente que mantiene a un hombre alejado de sus seres queridos y de sus hijos por razones políticas! La gente se vuelve ciega de ambición. Nuestra nación había sido liberada poco antes, después de estar encadenada por dos centurias. Incluso si yo no había logrado mucho, había contribuido un poco a nuestra independencia. Y ahora tanto mis compañeros como yo debíamos soportar durante meses la vida en prisión, a pesar de todo lo que habíamos hecho. ¿Quién sabe durante cuánto tiempo seríamos encarcelados en el futuro? ¿Era este el producto de la libertad? Sin embargo, no le temía a la cárcel. Había jurado que haría todo lo necesario para lograr el Pakistán que soñábamos.

Algunos habitantes de Gopalganj que vinieron a verme pensaban como yo:

—¿Por qué te encarcelaron? Tú fuiste quien nos hizo tomar conciencia sobre Pakistán.

Otros decían:

—Tú nos dijiste muchas cosas sobre cómo Pakistán iba a transformar nuestras vidas. Decías que la gente sería feliz, que no estaríamos ya oprimidos. Ahora que han pasado algunos años, lo único que sentimos es que hay más tristeza que antes, y no vemos alivio alguno. El arroz es muy caro estos días.

¡Qué respuesta podía darles! Eran gente común y corriente. ¿Cómo explicarles lo que había pasado? Algunos líderes de la comunidad eran muy inteligentes, contaban con una mentalidad lógica y podían expresarse con facilidad. ¿Cómo explicarles, en pocas palabras, lo que había sucedido? El concepto de Pakistán no estaba equivocado, era nuestro país. Pero aquellos que se habían

encargado de la administración de la nación estaban más interesados en sus propias fortunas que en el bienestar de la gente. No pensaban en cómo construir Pakistán y mejorar el destino de la gente. Después de los disparos en Pakistán contra civiles, a la gente le resultaba sencillo comprender que los gobernantes no eran sus amigos. Supe que mucha gente se sumó a la huelga general tras la noticia del ataque de la policía del veintiuno de febrero. Habían comprendido que una camarilla trataba de arrebatarnos su idioma.

Empecé a creer que nadie podría acallarnos durante más tiempo. No tenían otra opción que aceptar que el bengalí fuese idioma oficial del Estado. La gente había respondido con entusiasmo al movimiento a favor del idioma bengalí y se habían integrado en el mismo. Algunos líderes religiosos lanzaron decretos contra el bengalí. Sin embargo, estaban atemorizados. No podían pronunciarse abiertamente contra el bengalí. La opinión pública se había movilizado y los opresores siempre temen a la opinión pública. Cuando los gobernantes se transforman en opresores o en asistentes de opresores, el país y su gente están condenados a sufrir.

~~~

Me quedé en casa durante todo el mes de marzo. Mi salud mejoró algo, pero mi corazón estaba aún débil. Mi padre no me dejaba marcharme. El médico que me atendía también se oponía a que dejara mi hogar. Renu temía que, una vez que partiera a Dacca, volviese a hacer públicas mis opiniones, lo que me haría proclive a un nuevo arresto. Muchos líderes de la Liga de Estudiantes estaban todavía en la cárcel. La Liga Awami había dejado de trabajar. Nadie tenía el coraje de decir nada. El gobierno de la Liga Musulmana había aplastado toda oposición con la apisonadora de su tiranía. A pesar de ello, guardar silencio no resolvería nada, había que actuar sin importar lo difícil que podría tornarse la situación.

Recibí una carta en la que Manik Bhai me pedía que fuese a Dacca. Pensaba que podía continuar allí mi tratamiento, y que, al encontrarme en la ciudad, me sería posible trabajar. Le mostré la carta a mi padre. Él guardó silencio un rato. Finalmente me dijo que, si en verdad quería marcharme, podía hacerlo. Renu no tenía ninguna objeción.

Necesitaba dinero. Ya no tenía ropa ni una cama en Daca. Necesitaba comprar tanto la ropa como los muebles. Le dije a mi padre que necesitaría algún dinero para comprar una cama, una mesa, una silla y ropa de cama. También iba a necesitar algún dinero para subsistir durante los primeros meses. Mollah Jalaluddin y Abdul Hamid Chowdhury me hicieron saber que habían conseguido arrendar una casa en Tantibazar y que podía quedarme con ellos. No quería regresar al número 150 de Mughaltuli porque estaba tan lleno de gente todo el tiempo que no tendría privacidad. A pesar de eso, la idea me atraía mucho. Cuando alguien se ocupaba de uno con tanto esmero como Sr. Shawkat, era posible relajarse. Mi estado de salud no era todavía muy bueno y tenía que seguir tomando medicinas. Renu me dio algún dinero en secreto. Tomé dinero de mi padre y me encaminé a Daca durante la segunda semana de abril. Hasina y Kamal no querían dejarme partir. Ya se habían encariñado mucho conmigo. Cuando me marché, los pequeños parecían inconsolables.

Salí hacia Daca vía Barisal. Había avisado previamente de mi itinerario a Jalal, quien me esperaba en Narayanganj para llevarme a su casa. Tenía una habitación lista para mí.

El Sr. Shamsul Huq había trasladado la oficina de la Liga Awami a Nawabpur. Manik Bhai y su familia residían en dos habitaciones de ese edificio desde hacía un tiempo. Lo vi allí, igual que a Aatur Rahman Khan y a muchos otros. Fui a ver al Dr. Nandi, quien me examinó minuciosamente y me prescribió algunas medicinas. También fui a la oficina de la Liga Awami. Vi que estaba amueblada con una mesa, dos o tres sillas y con una banqueta larga. Un muchacho trabajaba como asistente. El profesor Qamruzzaman cuidaba la oficina, pues el Sr. Huq se encontraba en la cárcel de nuevo. En mi calidad de secretario adjunto del partido, convoqué una reunión del comité de trabajo. Los doce o trece miembros que acudieron me nombraron secretario general interino, y me confiaron la responsabilidad de dirigir a la organización por el momento. El Sr. Aatur Rahman Khan era el primer vicepresidente y presidía la reunión.

Daca se encontraba entonces bajo un régimen tiránico e implacable. La gente tenía miedo de abrir la boca pues, al hacerlo, se arriesgaban a ser arrestados. Las universidades e instituciones de educación superior se encontraban también sitiadas. La gente

estaba demasiado asustada para acudir a la oficina de la Liga Awami. El Sr. Qamruzzaman y yo nos quedábamos allí por las tardes, sin tener mucho que hacer.

Personas que conocíamos miraban hacia otro lado cuando pasaban frente a nuestra oficina en Nawabpur. ¡Uno o dos de ellos eran, de hecho, miembros del partido! Pero si alguien quería verme, yo apuntaba que solo lo haría en la oficina. Tras la visita del Sr. Shaheed Suhrawardy nos envió una máquina de escribir que le había dado uno de sus admiradores. Un estudiante de Dacca, de nombre Siraj, solía escribir en ella solo con un dedo. Le pedí que nos ayudara con la correspondencia de la oficina y él lo hizo de buen grado. Pronto comenzó a usarla correctamente. El asistente que empleábamos en la oficina trabajaba también por la tarde en casa del Profesor Qamruzzaman.

Un día, un abogado se presentó en la oficina.

—Quisiera ser miembro de su partido —nos dijo—. No podré trabajar mucho, pero haré lo que pueda por las noches.

Yo estaba entusiasmado. El caballero hablaba muy lentamente. Tenía aproximadamente mi edad. Le tenía mucha simpatía. Pronto le pedimos que se responsabilizara de la administración de la oficina. Él dijo que vendría todos los días, después del cierre de los tribunales y que haría todo lo posible por ayudar. Estuvo a la altura de sus afirmaciones. Trabajaba constantemente. El hombre que yo había nombrado antes como nuestro secretario se había desvanecido sin dejar rastro. En una reunión del comité de trabajo, propuse más tarde que nombrásemos al abogado como secretario. Todos aceptaron. Dieciséis años más tarde es todavía nuestro secretario. Jamás ha pedido compensación alguna por el trabajo que realiza. Se ha convertido también en un buen amigo mío. Jamás pronuncia discursos. Tampoco le hemos urgido a desempeñar otras labores más que aquellas propias del trabajo de oficina. Por su parte, él nunca ha deseado otra cosa. Le confiamos todos los gastos de la oficina. Se ocupaba de todas las cuentas. Nuestros ingresos eran mínimos y también lo eran nuestros gastos. Ningún gobierno lo había marcado como sospecho y jamás fue encarcelado, hasta hace muy poco, cuando tuvo que pasar algunos días en la cárcel. Ahora su estado de salud es malo. Gracias a la buena fortuna de contar con un secretario como él, la oficina de la Liga Awami ha conseguido funcionar eficientemente. No he mencionado su nombre aún, pero

se trata del Sr. Mohammadullah. El Sr. Suhrawardy y el Maulana Bhasani también le tenían afecto y confiaban en él. Jamás descuidó el trabajo que se le asignó.

En cualquier caso, con muy pocas excepciones, los comités de distrito estaban todavía por formar. Si trabajábamos sin descanso podríamos estructurar nuestra organización, puesto que la gente se había vuelto en contra de la Liga Musulmana. La Liga Awami, por el contrario, era el único partido de la oposición, se conducía por ideales y actuaba con integridad. El mayor obstáculo al que nos enfrentábamos era que nuestros fondos eran muy limitados.

Los líderes de la Liga Musulmana habían publicado una declaración atribuida al Sr. Suhrawardy, distorsionándola de tal forma que quien la leyese pensaría que quería que el urdu fuese el único idioma oficial de Pakistán. Como secretario general, convoqué a una rueda de prensa sobre el tema en la que solicité que el bengalí fuese considerado un idioma oficial del Estado y que todos los prisioneros políticos fuesen liberados. También pedí que se compensara a las familias de quienes habían muerto el veintiuno de febrero e insistí en que los brutales opresores de ese día debían ser castigados. Solicité que el gobierno presentase pruebas de que un país extranjero era responsable del movimiento por el idioma. La Liga Musulmana no había dudado en inventar una historia según la cual estudiantes hindúes de Calcuta se habían vestido como musulmanes y que eran ellos quienes habían actuado ese día. Formulé una pregunta a la Liga Musulmana: les instaba a responder si aceptaban que las cinco o seis personas que habían muerto eran musulmanas y si el noventa y nueve por ciento de los arrestados eran o no musulmanes. Si era cierto que Daca estaba llena de estudiantes hindúes de Calcuta y si al gobierno le era imposible capturar a uno solo de ellos, ¿tenían derecho de continuar en el poder?

El Sr. Aaur Rahman Khan me ayudaba todo lo que podía en la organización del partido. El Sr. Yar Mohammad Khan también me echaba una mano de muchas maneras. Organizamos una reunión en la que decidimos que yo debía viajar a Karachi, donde visitaría al primer ministro de Pakistán, Khawaja Nazimuddin, y le solicitaría que todos los prisioneros políticos fuesen liberados. También necesitaba conversar con el Sr. Suhrawardy. Necesitábamos desesperadamente sus consejos.

~~~



La Liga Awami se había instalado en Punjab, en la Provincia de la Frontera, en Sindh y en Karachi, en Pakistán Occidental. Dado que la Liga Awami del Nabab Mamdot se había asociado con la Liga Musulmana Jinnah, era conocida bajo el nombre de Liga Musulmana Awami Jinnah. En una reunión del comité de trabajo de la Liga Awami de Pakistán Oriental, acordamos que no cambiaríamos el nombre de nuestro partido. No era correcto que un partido político utilizase el nombre del Sr. Jinnah, puesto que ninguna organización política debe ser conocida con el nombre de una persona. También decidimos no alterar nuestro manifiesto. Todavía no nos habíamos posicionado como partido. Al Sr. Suhrawardy no le agradaba esa decisión. Era necesario que discutiésemos sobre esos temas con él. Él me había escrito una carta en Hyderabad, Sindh. Se encontraba defendiendo allí a los arrestados en lo que por entonces se conocía como el caso de la Conspiración Rawalpindi.<sup>47</sup>

~~~

Llegué a Karachi en mayo. El Sr. Mahmudul Huq Osmani, presidente de la Liga Awami de Karachi, junto con su secretario general, Sheikh Manzurul Huq, estaban allí, listos para recibirme. Me alojaría en casa del Sr. Osmani. Se organizó una reunión de la Liga Awami en la que hablé en inglés, puesto que los asistentes no comprendían el bengalí y yo no hablaba el urdu.

Tan pronto como llegué a Karachi, le envié una carta a Khawaja Nazimuddin, pidiéndole una audiencia. Él aceptó mi petición, programó una reunión conmigo y me envió un pase para que pudiese verlo.

Vivía en Karachi un joven bengalí de nombre Amanullah. Actuaba como mi secretario, me asistía en todo lo que podía y se

---

<sup>47</sup> El caso de la conspiración de Rawalpindi está relacionado con un golpe de estado contra el gobierno de Liaquat Ali Khan, en 1951. El golpe no tuvo éxito, y estuvo planeado, principalmente, por el mayor general Akbar Khan, junto con otros oficiales militares y políticos de izquierda de Pakistán. Once oficiales del ejército y cuatro civiles fueron acusados de haber tomado parte en la conspiración. Tras un proceso judicial secreto, que llevó dieciocho meses, el mayor general Khan y el poeta Faiz Ahmed Faiz fueron encontrados culpables y condenados a largas penas de prisión, mientras que otros recibieron penas de diferentes tipos. Cuando, más tarde, Huseyn Shaheed Suhrawardy fue nombrado primer ministro de Pakistán, se encargó de obtener el perdón para la mayor parte de los conspiradores.

quedaba conmigo todo el tiempo. Era miembro de la Liga Awami de Karachi, de carácter incansable y aficionado a todo tipo de trabajos. Estaba en el centro de las acciones en esa y persistía por sí solo en la lucha para establecer el bengalí como el idioma oficial del Estado.

El café Karachi Coffee House era, por entonces, el epicentro de todas las actividades políticas de la ciudad. Osmani y Manzur decidieron que yo daría una rueda de prensa allí porque era necesario presentar ante el mundo una imagen detallada de la realidad que se vivía en Pakistán Oriental. Los pakistaníes occidentales tan solo habían escuchado una parte de la historia del movimiento que buscaba establecer el bengalí como idioma oficial del Estado.

Visité al primer ministro Khawaja Nazimuddin a la hora establecida en su oficina. Su secretario adjunto, Sajed Ali, me saludó al llegar. Yo lo conocía desde mis días en Calcuta. Él había sido secretario adjunto del primer ministro en Bengala Oriental. El primer ministro me había concedido veinte minutos de su tiempo. Tan pronto como entré a su oficina, el Sr. Nazimuddin se levantó de su silla para recibirme. Fue muy amable. Me preguntó por mi salud y quiso saber cuánto tiempo me quedaría. Él sabía que yo le tenía mucha estima en el plano personal. Yo sabía que él valoraba en alto grado mis habilidades como militante de partido y que me tenía aprecio. Le pedí que liberase al Maulana Bhasani, a Shamsul Huq, al Tarkabagish, a Khairat Hussein, a Khan Shaheb Osman Ali, a Abul Hashim y a todos los demás miembros que habían sido detenidos. Y le pedí también que iniciase una investigación judicial sobre el ataque a tiros y el asesinato de los estudiantes el veintiuno de febrero.

—Es un asunto que se encuentra dentro de la jurisdicción del gobierno provincial —dijo él—. ¿Qué puedo hacer yo?

—Usted es el primer ministro de un gobierno de la Liga Musulmana y Bengala Oriental tiene un gobierno de la Liga Musulmana. Posee usted, ciertamente, el derecho de guiarlos. Seguro que no desea usted revueltas en el país y nosotros tampoco. He viajado hasta Karachi para encontrarme con usted, puesto que sé que el gobierno provincial no va a aceptar mis reclamaciones. Continúan cometiendo un acto brutal tras de otro, para protegerse a sí mismos de las consecuencias del primer acto brutal —le respondí yo.

Conversamos por una hora, en lugar de los veinte minutos originalmente previstos.

—La Liga Awami es la oposición —le dije—. Deberíamos poder actuar sin obstáculos. Después de todo, una democracia no puede funcionar sin que exista oposición. Sé muy bien que usted cree en la democracia.

El aceptó que la Liga Awami era el partido político de oposición. Le pregunté entonces:

—¿Puede decirles a los periódicos que usted acepta la Liga Awami como un partido de oposición?

—Desde luego —respondió él.

Me aseguró que, aunque normalmente no interfería en ningún asunto provincial, intentaría hacerlo en este caso. Le estaba agradecido por escucharme pacientemente. Dos días más tarde ofrecí una rueda de prensa. Leí una declaración que había redactado previamente y respondí a las preguntas formuladas por muchos periodistas. Pude contestar satisfactoriamente, y presentarles una imagen más clara sobre la situación de Bengala Oriental.

—No se han convocado elecciones para llenar casi treinta escaños vacíos —les dije a los periodistas—. Si hay elecciones, ustedes verán que derrotamos a los candidatos de la Liga Musulmana, uno por uno y por un amplio margen.

~~~

En ese tiempo, la gente de Pakistán Occidental, incluyendo a las élites, estaba convencida de que la Liga Awami no era tan popular. Creían que la Liga Musulmana ganaría de brazos cruzados cualquier elección. Pensaban que sucedería lo mismo que había pasado con los resultados en Punjab. No sabían nada sobre los habitantes de Bengala. No tenían ni idea de qué pensaban allí sobre el tema. Esa impresión era el resultado de una campaña planeada y orquestada por los medios de comunicación que controlaba el gobierno. Los pakistaníes occidentales nunca habían tenido la oportunidad de conocer la verdad. Me preguntaron sobre la autonomía. Les respondí pidiéndoles que pensaran sobre la situación geográfica de Pakistán. La rueda de prensa duró más de dos horas. Cuando finalizó, me quedé con la impresión de que había dado a conocer la verdad sobre el tema. Tanto el *Pakistan Times* como el *Imroze*

publicaron la noticia de la rueda de prensa y le dieron importancia en sus ediciones.

Volví a ver a mucha gente que había trabajado conmigo en la Liga Musulmana. Sheikh Manzurul Huq, por ejemplo, era el líder de la guardia nacional de la Liga Musulmana en Delhi cuando yo lo conocí en esa ciudad. Ahora lo habían nombrado secretario de la Liga Awami.

Era mi primera visita a Karachi. Pensé: ¡así que ésta es nuestra capital! ¿Cuántos bengalíes tendrán oportunidad de ver su capital? Nacíamos en un país en el que todo era verdor. Si uno observaba Bengala, la visión era la de un mar de vegetación. ¿Cómo nos podría gustar un implacable paisaje de arena? La gente conserva una relación profunda con el ambiente donde nace. Los pobladores del desierto tienen mentes que mudan de dirección como la arena que va arrastrando el viento del desierto. Por el contrario, la gente de una región fluvial como Bengala tiene mentes que son moldeables y fructíferas como la tierra. Nacimos en una región en la que la belleza abunda, y amamos todo lo que es hermoso.

Manzur nos llevó en su todoterreno hasta Hyderabad. Tras salir de Karachi, nos encontramos en el desierto. Apenas unos minutos después de abandonar la ciudad no existía ya signo alguno de vida; tan solo, de vez en cuando, avistábamos pequeñas tiendas. E incluso en esas tiendas se veía poca gente.

—¿Cómo te las arreglas para sobrevivir en una tierra tan yerma? —le dije a Manzur.

—¡No tenemos otra salida! —replicó Manzur—. Somos inmigrantes, aquí hemos construido nuestros hogares y aquí deberemos morir. Tú has visto Delhi y has dicho que no es, de ningún modo, tan seca como esta tierra. Al llegar nos sentíamos muy mal, pero ahora nos hemos acostumbrado a este ambiente. Muchos decidimos migrar a Karachi. Cuando visites Karachi, verás cómo hemos conseguido llenar la ciudad de flores y de árboles frutales.

Llegamos a Hyderabad por la noche. Manzur conducía el todoterreno y lo hacía como un experto. Nos estábamos convirtiendo en buenos amigos. Ambos habíamos vivido tiempos turbulentos, pero nuestra amistad sobrevivió a todas las vicisitudes. Él me acompañó por Karachi cada vez que volví tras esa visita.

Acudimos directamente al bungalow del gobierno local. El Sr. Suhrawardy no se encontraba allí. Nos dijeron que regresaría por la noche. Fuimos a un hotel y nos refrescamos. Cuando regresamos al bungalow, a eso de las nueve de la noche, nos dijeron que todavía no había llegado. Nos quedamos a esperarlo. Finalmente, llegó a las diez.

—¡Qué conferencia de prensa la tuya en Pakistán Occidental! —dijo tan pronto como me vio.

—¡Qué otra cosa podía hacer! —le respondí.

Él sabía que viajaba a Hyderabad. Conversamos durante un largo rato. Me hizo muchas preguntas sobre la situación en Bengala Oriental. Quería saber si todos nuestros líderes estaban encarcelados y expresó dudas sobre cómo los estaban tratando. Le di detalles sobre mi reunión con el Sr. Nazimuddin. También le expliqué lo sucedido el veintiuno de febrero. Le informé de que los periódicos habían publicado sus opiniones sobre la cuestión del idioma oficial de Pakistán.

—¿Qué han publicado sobre mis ideas en relación con este tema? —preguntó.

—Al parecer, usted le había dicho a algún periodista que el urdu debe ser el único idioma del Estado —respondí.

—Yo no he dicho eso —respondió, muy enojado—. ¿Qué habría de malo en tener tanto al bengalí como al urdu como idiomas oficiales del Estado? Lo que dije fue exactamente eso.

Añadió que había difundido comunicados contra el uso de la violencia ese día. Le dije que ningún periódico los había publicado.

—La gente de Bengala se sintió herida cuando pensó que usted no dijo nada a su favor —concluí.

Me pidió que lo viese la tarde siguiente, puesto que debía ir al tribunal por la mañana al día siguiente. Los procesos relacionados con el juicio de la conspiración Pindi se estaban desarrollando en la cárcel de Hyderabad. Regresaría de Hyderabad a Karachi más tarde, por la noche. Me dijo que podía regresar con él a Karachi, puesto que Manzur planeaba volver esa mañana. Regresé con él al hotel. Manzur buscó al Sr. Masud para llevarlo a nuestro hotel. Ese caballero había sido secretario de la Liga Musulmana Nacional de la India, y se había radicado en Hyderabad después de la Partición. Le era muy leal al Sr. Suhrawardy y se había afiliado a la Liga Awami. Tras dejarme con el Sr. Masud, Mazur partió. El

Sr. Masud me llevó con él y me hizo compañía hasta la una de la tarde. Almorzamos juntos y me presentó a mucha gente de la ciudad.

A las dos, fui a ver al Sr. Suhrawardy con mi equipaje. Comió galletas y bebió *Horlicks*.<sup>48</sup> Era lo que solía almorzar. Con él estaba un abogado que había venido desde Peshawar para consultarle un caso sobre otro prisionero. Esa noche, el Sr. Suhrawardy nos invitó a cenar.

—¿Cómo puede usted vivir de esta manera? —le pregunté.

—Todo lo que necesito para almorzar son galletas, mantequilla y pan —respondió—. No tenía a nadie que se ocupase de él. Todo lo hacía él mismo.

Continuamos con nuestra conversación sobre la situación política.

—La Liga Awami de Pakistán Oriental no está vinculada a mí de ninguna manera. En lo que respecta a tu organización, yo no soy nadie —dijo el Sr. Suhrawardy.

Yo le dije que debíamos estructurar nuestra organización antes de buscar afiliados.

—Usted continúa siendo nuestro líder —le dije—. La Liga Awami de Pakistán Oriental lo considera su líder y la gente de Pakistán Oriental lo apoya.

—Convoca a una conferencia. Pero antes de que hacerla pública, la Liga Awami de Pakistán Oriental debe buscar apoyos —apuntó.

—Usted está involucrado en la Liga Awami Jinnah, pero nosotros no podemos cambiar el nombre de nuestro partido. No queremos vincular una organización política al nombre de una persona. En segundo lugar, tenemos nuestro propio manifiesto, nuestros propios estatutos. No los alteraremos. El Maulana Bhasani me envió a conocerle en 1949. Incluso entonces le pedí que formases una Liga Awami Nacional de Pakistán. Él no tendrá ninguna objeción si usted acepta nuestro manifiesto y nuestros estatutos.

Tras discutir un buen rato, él aceptó mis propuestas y nos dio su consentimiento por escrito. Yo debería presentar ese texto en la siguiente reunión del comité de trabajo de nuestro partido y convencer a sus miembros de que solicitásemos su afiliación.

—Si ellos ven su firma —le dije— nadie tendrá ninguna objeción. Yo discutí su situación con el Maulana Bhasani, cuando lo visité

<sup>48</sup> N. de la T.: *Horlicks*, marca de bebida malteada de leche, popular en el subcontinente indio.

en la cárcel. Si nuestro manifiesto, nombre y estatutos son aceptables para usted, no debe existir ningún problema en solicitar la afiliación.

Le pedí algo más: debería aseverar, por escrito, que apoyaba la idea de hacer del bengalí y del urdu los idiomas oficiales del Estado. Después de todo se habían creado muchos malentendidos sobre su posición respecto de este tema. La Liga Musulmana, igual que los autodenominados progresistas, intentaban desacreditarlo mediante su propaganda. Él aceptó de inmediato firmar una declaración en tal sentido, pues era algo en lo que creía. E hizo exactamente eso.

Prometió venir a Pakistán Oriental tan pronto como el juicio terminase. Se quedaría en nuestra zona del país durante un mes y me pidió que lo dejase todo preparado para que pudiese pronunciar discursos en al menos una concentración pública en cada distrito del país. No había tiempo que perder. El verdadero problema era que él no tenía idea de cuánto duraría el juicio.

—¿Es verdad todo lo que se dice de la conspiración Pindi? — le pregunté—. Si los acusados son en verdad culpables, ¿por qué no castigarlos?

—No me preguntes esas cosas. No puedo decirte nada, puesto que soy abogado y he jurado no divulgar ninguna información sobre casos que están juzgándose —remarcó.

Al verlo visiblemente molesto por mis preguntas, decidí guardar silencio.

Salimos en dirección a Karachi a última hora de la tarde. El propio Sr. Suhrawardy conducía el automóvil y yo viajaba junto a él. En el asiento de atrás iban algunos abogados. Durante el viaje me preguntaron sobre la situación en Pakistán Oriental. ¿Por qué deseábamos que el bengalí fuese una lengua oficial del Estado? ¿Eran los hindúes quienes impulsaban el movimiento? Intenté explicarles lo que sucedía realmente. El Sr. Suhrawardy también intentó darles una idea más exacta y mencionó que se había distorsionado el papel que jugaban los hindúes dentro del movimiento. Querían que recitase poemas de Kazi Nazrul Islam. Recité algunos versos de “Quién te llama bandido, mi amigo”, “Mujeres”, “Igualdad” y otros poemas. También recité algunos versos de los poemas de Tagore. El Sr. Suhrawardy tradujo los versos al inglés, para que los entendiesen. Un par de ellos dijeron que habían leído algunos poemas de Tagore en sus versiones en inglés. El tiempo pasó rápidamente con la conversación. Llegamos a Karachi



por la tarde. El Sr. Suhrawardy me dejó en casa del Sr. Osmani, y me pidió que fuese a verlo al número 13 de Kachari Road a la mañana siguiente.

Cuando fui a verlo al día siguiente, me pidió que fuese a Dacca vía Lahore. Me dijo que telegrafiaría al abogado Khawaja Abdur Rahim y a Raja Hassan Akhter sobre mi viaje a Lahore. También me pidió que organizase una rueda de prensa en Lahore y que hablase con miembros del partido en esa ciudad. Decidí dirigirme a Lahore lo antes posible, puesto que mi estancia en Karachi se había prolongado ya demasiado.

Khawaja Abdur Rahim, antiguo oficial del Servicio Civil de la India, era un perfecto caballero. Me invitó a alojarme con él en Javed Manzil, donde se quedaba por entonces. Esta casa había sido antes propiedad del poeta Allama Iqbal. No solo era poeta sino también filósofo. Fui a su mausoleo, recé por su alma, y me sentí honrado de poder hacerlo. ¡Qué afortunado era al poder quedarme en la misma casa en la que Allama Iqbal había meditado!

Tanto los admiradores de Khawaja Abdur Rahim como los seguidores del Sr. Suhrawardy en la ciudad trabajaron juntos para preparar la conferencia de prensa que iba a dar. Me encontré a mucha gente en ese viaje a Lahore. Por ejemplo, vi al Sr. Hamid Nizami, a quien había conocido en una visita anterior a la ciudad. En aquella ocasión me había recibido con generosidad. Me aseguró que acudiría a la conferencia de prensa y que pediría a todos sus conocidos que estuviesen allí.

Reporteros de todos los periódicos importantes de la ciudad acudieron a la rueda de prensa. También acudió el representante de la APP (Prensa Asociada de Pakistán). Tras mi declaración inicial, los periodistas formularon muchas preguntas a las que pude dar respuesta adecuadamente. Parecían desconocer por completo que queríamos que ambos idiomas –el bengalí y el urdu– fuesen las lenguas oficiales del estado. Tenían la impresión equivocada de que queríamos que tan solo el bengalí fuese el idioma oficial. Pude probar ante ellos que los miembros de la Liga Awami eran las mismas personas que habían trabajado en el movimiento pro Pakistán. Se convencieron cuando empecé a nombrar a los miembros de nuestro partido, uno por uno.

Los miembros de la Liga Awami de Lahore me agradecieron profusamente mi actuación en la conferencia de prensa. Les dije

que había dicho exactamente lo que pensaba. No hay diferencia alguna entre lo que siento y lo que digo. No ahorro palabras y expreso lo que tengo en mente. Esta actitud mía me ha traído problemas a menudo; podría decirse que es un defecto de mi personalidad o podría interpretarse como una de mis virtudes.

En Lahore, dejé claro a todo el mundo que, si se celebraban elecciones, los puntos vulnerables de la Liga Musulmana quedarían en evidencia. Les dije que no podían siquiera imaginar lo grave que sería el daño que sufriría la Liga Musulmana.

~~~

Me encontré con un problema. El avión que cubría la ruta entre Lahore y Dacca salía únicamente una vez por semana y no había pasajes disponibles en el vuelo que saldría tres días después. Además, tenía trabajo por hacer. El vuelo siguiente fue cancelado, lo que implicaba que debería quedarme en Lahore durante diecisiete o dieciocho días más. Khawaja Abdur Rahim y Raja Hassan se iban de vacaciones a Rawalpindi y a Murree, y querían que yo los acompañase. Acepté. En Rawalpindi vi los cuarteles y el parque en el que Liaquat Ali Khan había muerto, rematado a tiros por un asesino.

Al día siguiente llegamos a Murree. Hacía mucho frío. Allí hay que vestir ropa de lana y usar una manta por las noches. En Rawalpindi, por el contrario, hacía tanto calor que sufrí un sarpullido. Y, sin embargo, ¡Murree quedaba tan solo a treinta o a treinta y cinco millas de Pindi y tenía un clima tan bueno! Allí me relajé verdaderamente. El pueblo estaba en la montaña. Muchos zamindars y hombres de negocios habían construido casas de verano en las que pasaban las vacaciones con sus familias. El lugar me gustaba mucho. La vegetación teñía las montañas de verde y la ciudad estaba también llena de verdor. Me quedé solo un día, pero sentía que quería estar allí más tiempo. Sin embargo, dejé el pueblo al día siguiente. El Pir Salahuddin, de Lahore, fue mi compañero durante mi estancia e iba a todas partes con él.

Periódicos como el *Nawa-i-Waqt*, *Pakistan Times*, el *Imroz* y otros periódicos le dieron un amplio espacio a mi conferencia de prensa. Los periódicos del gobierno, por el contrario, se habían mostrado muy críticos con mis declaraciones. Había insistido en

que el bengalí debía ser uno de los idiomas oficiales del Estado y había instado a que se liberase a los presos políticos. Había protestado además por los disparos indiscriminados contra la gente. Y también había insistido en los problemas económicos que nos afectaban y en la importancia de que se nos concediese autonomía.

Desde Lahore tomé el avión a Dacca. No había todavía vuelos directos entre las dos ciudades, con lo que era necesario viajar con escala en Delhi o en Calcuta. Tan pronto como llegué a Dacca convoqué una reunión del comité de trabajo. También contacté con el Maulana Bhasani. Informé a todos sobre las opiniones del Sr. Suhrawardy. Llegamos a un consenso, en virtud del cual solicitamos afiliación. Por aquel entonces, el semanario *Ittefaq* se había convertido en una publicación muy popular. Manik Bhai había empeñado todo lo que tenía para poder publicarlo con éxito. Lo ayudé en lo que pude. El Sr. Aatur Rahman Khan también intentó ayudar.

El Maulana enfermó y fue ingresado en el hospital de la Escuela de Medicina de Dacca. El gobierno se negó a pagar los gastos. Aceptaban ingresarlo en una habitación privada, pero tendríamos que correr con todos sus gastos.

El Maulana Bhasani era un prisionero, ¿cómo iba a conseguir el dinero necesario para su tratamiento? El gobierno debía hacerse cargo de los gastos, pero no querían hacer nada por él. El Maulana Bhasani me consultó para encontrar una solución. La situación era grave: ¿de dónde sacaríamos el dinero? ¿Quién iba a querer ayudarnos? Tras diez días ingresado, los gastos ascenderían a ciento cincuenta rupias por día. También debería pagar las medicinas y cualquier otro gasto derivado de su permanencia en la habitación privada. A pesar de todo, le dije al Maulana que ingresase en el hospital y empecé a crear un fondo para pagar su tratamiento. El Sr. Aatur Rahman prometió ayudar en todo lo posible. Uno de mis amigos, que trabajaba para el gobierno, y la Sra. Anwara Khatun también ayudaban cuando podían. Pero es necesario reconocer la contribución de una persona en particular: Haji Giasuddin. Él se ocupaba de sus negocios y nunca había militado en la Liga Awami, pero me tenía mucho afecto. Era nativo de Comilla. Cada vez que me encontraba sin ingresos iba a verlo. Jamás volví con las manos vacías.

Tenía diez días para recaudar los fondos. Si el pago se atrasaba, el Maulana recibiría un aviso del hospital. Si esto llegaba a suceder no dudaba de que el Maulana me mandaría otro aviso a mí. Fui a verlo al hospital una o dos veces. No podía hablar mucho con él ya que el oficial de IB que lo vigilaba me rogaba que no lo hiciera. Perdería su empleo si alguien se enteraba de que hablábamos. Por aquel entonces, muchos miembros de movimientos políticos del área de Bangshal, en Daca, se unieron a la Liga Awami, bajo el liderazgo de Abdul Malek y de Habibur Rahman. Intentaron ayudarnos recaudando fondos. Los miembros de la Liga Awami mantenían a flote al partido financieramente, buscando donaciones.

Mientras que el Maulana se encontraba en el hospital preparé un programa que contemplaba visitar cada distrito y convocar reuniones públicas en todos ellos.

El Sr. Aatur Rahman Khan y el Sr. Abdus Salam Khan estaban enemistados. El Sr. Salam sentía que, a pesar de ser el vicepresidente adjunto, estaba siendo ignorado y que era el Sr. Khan quien recibía toda la atención que le correspondía. Repetía que él ejercía como abogado ante la Corte Superior, mientras que Aatur Rahman Khan lo hacía en los juzgados de primera instancia. Aseguraba también que no se tenían en cuenta sus opiniones a pesar de ser mayor y de tener más experiencia. Intenté convencerlo de que ignorase la situación.

—Aatur Rahman Khan vive en Daca desde mucho antes de que usted y yo viniésemos aquí —le dije—. La gente de la ciudad lo conoce muy bien. Usted, por el contrario, es un recién llegado. Además, ¿por qué molestarse por un asunto así? Le hice notar que podían alternarse como presidentes de las reuniones del comité de trabajo.

A pesar de mi intervención, la tensión entre ambos hombres se incrementó, lo que me puso en una situación complicada. El Sr. Salam no estaba disponible muy a menudo y no se llevaba bien con los miembros de nuestro partido. Por el contrario, Aatur Rahman Khan siempre estaba presente. Cuando Kazi Golam Mahbub entró en la clandestinidad y fue encarcelado, Aatur Rahman Khan se convirtió en el coordinador interino del Comité Nacional de Acción pro Lengua. Mantuvo contacto directo con todos nuestros miembros y con los estudiantes que estaban involucrados en el movimiento. Yo podía confiar en él y tendí a apoyarlo por todas estas razones. Él nunca protestaba si se le encomendaba alguna responsabilidad.

Era verdad que carecía de iniciativa, pero al menos estaba listo para responder a nuestros requerimientos. Intenté que nadie notase que lo prefería a él. Le dije al Sr. Salam que iba a recorrer el norte de Bengala con el Sr. Aatur Rahman Khan, y que lo llevaría a él cuando fuese a reuniones en Faridpur, Kushtia, Jessore y Khulna.

El Sr. Aatur Rahman Khan y yo salimos de viaje para participar en las reuniones de Pabna, Bogra, Rangpur y Dinajpur. Habíamos tenido éxito en la formación de comités en Natore y Naogaon, pero fallamos en el de Rajshahi.

El día de la asamblea de Dinajpur llovió mucho y vino muy poca gente. Convocamos otra reunión por la noche y nuestros compañeros de partido se las arreglaron para formar un comité de distrito bajo el liderazgo del Sr. Rahimuddin. Así pudimos formar comités en la mayor parte de los distritos. Las excepciones fueron Rajshahi, que permaneció reacia a nuestros esfuerzos, y Pabna, donde nadie quiso asumir la responsabilidad de representar al partido. En ese distrito tuvimos grandes dificultades para hallar un sitio en el que quedarnos. Más tarde pudimos formar un comité que incluía al Capitán Mansur Ali y a Abdur Rab –conocido como Boga–. Al no encontrar a más personas que quisieran participar, nombramos a algunos estudiantes. La Liga de Estudiantes de Pabna convocó una reunión en el salón de la ciudad con apenas dos horas de antelación. Ni siquiera pudimos conseguir un micrófono para la ocasión. A pesar de todo, el Sr. Aatur Rahman y yo hablamos ante los presentes.

Continuamos organizando reuniones similares en el sur de Bengala, una vez que concluimos el norte. Formamos comités sólidos en Kushtia y en Jessore. Pero no pudimos encontrar gente madura que trabajase con nosotros en Khulna. Tuve que nombrar presidente a un joven colega, Sheikh Abdul Aziz, y nombramos a Momenuddin como secretario general. El Sr. Salam se oponía a que nombrásemos a gente joven.

—¿Qué le hace pensar que no podremos estructurar nuestro partido si no atraemos la atención de gente mayor? —pregunté—. Espere y observe. Las personas jóvenes que hemos reclutado serán un día diestros líderes de nuestros comités de distrito. Cuando nuestros dos abogados no estaban disponibles para viajar, iba solo y organizaba y dirigía las reuniones. Formaba comités por todas partes. Durante los meses de junio, julio y agosto trabajé

sin descanso, visitando distritos y subdivisiones y pude formar secciones de la Liga Awami por todas partes.

El Sr. Shamsul Huq ya había formado un comité en Mymensingh. El Sr. Abul Mansur Ahmed había vuelto de Calcuta por aquel entonces. Se convirtió en el presidente de la Liga Awami, mientras que el Sr. Hashimuddin Ahmed fue nombrado secretario. El Sr. Hashimuddin Ahmed, el Sr. Rafiqueuddin Bhuiyan y el Sr. Hatem Ali Talukdar fueron arrestados durante el movimiento por la lengua y pasaron algún tiempo en la cárcel. El Sr. Abdul Jabbar Khaddar formó el comité de distrito en Noakhali. Se fundaron secciones de la Liga Awami en Chittagong gracias al Sr. Abdul Aziz, Mozaffar Ahmed y a Zahur Ahmad Chowdhury, y en Comilla, gracias a Abdur Rahman Khan, Lal Mia y Khondokar Mushtaq Ahmed. Yo visité esas oficinas, e intenté que la organización del partido fuese lo más efectiva posible en las mismas.

Hacia finales de agosto fui a Barisal y de allí a mi pueblo, porque me estaba quedando sin dinero. Tras permanecer en mi pueblo un tiempo, retorné a Dacca. Había abandonado mis estudios de leyes definitivamente. Mi padre estaba muy molesto con mi decisión y se mostraba reacio a darme más dinero. Debía ganarme la vida de algún modo. Tenía hijos a los que cuidar. ¿Durante cuánto tiempo podría seguir viviendo de esa manera? Renu no decía nada y soportaba todos los problemas en silencio. Cada vez que iba a nuestra casa en el pueblo, ella sabía que yo necesitaba fondos e intentaba ahorrar la cantidad que podía. Al final mi padre me dio algo de dinero, pero no mucho. Jamás se negó a darme lo suficiente para mantenerme. Yo no gastaba casi nada y el único lujo que me permitía eran los cigarrillos.

Mi hermano menor, Nasser, ya hacía negocios por entonces en Khulna. Él pagaba los gastos de mis hijos. Había abandonado los estudios, pero era independiente y no tenía que pedir dinero a mi padre. Es más, de vez en cuando enviaba dinero a casa.

~~~

Poco después de mi regreso a Dacca participé de una reunión del Comité de Pakistán Oriental por la Paz. El Sr. Aatur Rahman Khan lo presidía. Nuestro eslogan era "Queremos la paz y no la guerra". El quince o dieciséis de septiembre nos informaron de que los

delegados de los países de Asia del sudeste y de la costa del Pacífico asistirían a la Conferencia de la Paz.<sup>49</sup> Iríamos a Pekín invitados. Treinta personas de Pakistán habían recibido invitaciones, pero solo cinco de ellas eran de Pakistán Oriental: Aatur Rahman Khan; el editor del *Ittefaq*, Tofazzal Hossain; Khondokar Mohammad Ilias; el escritor de lengua urdu Ibne Hassan y yo mismo. Quedaba poco tiempo para preparar el viaje. ¿Cómo conseguir el dinero necesario para el viaje? ¿Cómo conseguiríamos pasaportes? Todo lo que sabíamos era que el comité de la Conferencia de la Paz nos enviaría los pasajes para que viajáramos a Pekín.

Solicitamos pasaportes, a pesar de que no teníamos muchas esperanzas de que nos los concediesen. El gobierno y los miembros de su partido estaban muy molestos con nosotros. ¿Cómo era posible que invitasen a alguien a visitar la China comunista, cuando ese alguien no era comunista? Hicieron todo lo que pudieron para crear la impresión de que habíamos sido invitados no a una conferencia por la paz, sino a una reunión del partido comunista. En Karachi, Mia Iftekharuddin no ahorró ningún esfuerzo para conseguir que nuestros pasaportes fuesen expedidos. Un oficial de la oficina de pasaportes a quien conocíamos nos dijo que lo tenía todo listo, dijo que emitiría nuestros pasaportes en cuanto recibiera la orden. Telefoneó a Karachi para saber cuál era el estado de nuestra solicitud.

Hicimos lo posible por averiguar en el ministerio del interior cómo iba el trámite de nuestros pasaportes. El Sr. Aatur Rahman visitó tanto al secretario como al secretario adjunto. No nos daban mucha información, pero no dejamos de intentarlo, así que contactamos la oficina de la BOAC (*British Overseas Airways Corporation*). Allí nos informaron de que nuestros billetes habían llegado. A pesar de ello, no podrían reservar nuestros asientos o emitir los billetes sin presentar nuestros pasaportes. El vuelo de la oficina de la BOAC aterrizaba en Dacca una vez a la semana. Supimos que el avión dejaría Dacca el veintitrés o el veinticuatro, y volaría vía Rangún y Hong Kong.

Nos enteramos de que en Pekín haría mucho frío en esa época del año, y que necesitaríamos ropa de abrigo. No tenía nada abrigado, pero sabía que podría comprar ropa a precios muy bajos en Hong Kong.

---

<sup>49</sup> N. de la T.: La Conferencia de paz de Asia y la Región del Pacífico tuvo lugar en Pekín, China, del 2 al 12 de octubre de 1952.



Cuando llegó el veintitrés habíamos perdido ya toda esperanza de poder viajar. Pero supimos que un vuelo aterrizaría en Dacca el veinticuatro, y nos enteramos luego de que el gobierno había aprobado la emisión de nuestros pasaportes. Comprendimos que no fue un acto de generosidad, sino algo que habían hecho para no quedar mal.

Recibimos nuestros pasaportes a la una de la tarde. ¿Tendríamos suficiente tiempo para ir a casa, recoger nuestro equipaje y embarcar en el avión? El Sr. Ataur Rahman telefoneó a la oficina de la BOAC para saber a qué hora aterrizaría el avión, pero no supieron decírselo. Solo informaron de que llegaba con unas horas de retraso. Esto nos daba una esperanza.

Nos quedamos a esperar en casa del Sr. Khan. En una hora sabíamos la hora exacta del despegue. Manik Bhai nos decía una y otra vez que no iba a poder acompañarnos, pues no tenía a nadie que se ocupara del *Ittefaq*.

Al poco rato nos informaron de que el avión llevaba veinticuatro horas de retraso. Aterrizaría en Dacca al mediodía siguiente y partiría una hora más tarde. Sentimos alivio al saber que contábamos con más tiempo. Podíamos tomar las medidas necesarias para asegurarnos de que las actividades de la Liga Awami seguirían a pesar de nuestra ausencia.

Cuando regresé a casa, Mollah Jalal y Hamid Chowdhury se aseguraron de que lo tuviera todo a punto. Fui a la oficina de la Liga Awami y de allí a la oficina del *Ittefaq* para ver a Manik Bhai. Insistí en que debía venir con nosotros y poco a poco lo fui convenciendo, aunque aún no se había hecho a la idea.

Habíamos quedado en acudir a la casa del Sr. Ataur Rahman Khan a las diez, y salir de allí al aeropuerto. Khondokar Ilias era un buen amigo y editor del semanario *Juger Dabi*. Teníamos aproximadamente la misma edad. Decidimos que nos quedaríamos juntos. Pero aún teníamos problemas con Manik Bhai. ¿Qué iba a hacer al final?

Por la mañana preparé mis cosas y me fui a casa de Manik Bhai. El único modo de moverse en Dacca entonces era con rickshaw. Eran las ocho en punto cuando llegué a su casa, ¡me lo encontré dormido! Lo desperté con mucho esfuerzo y me dijo:

—¿Qué puedo hacer? No me veo viajando con vosotros. Seguid vosotros con la gira sin mí.

Eso me enfadó y le dije a su esposa:

—¿Por qué no le pides que nos acompañe? ¿Qué importa que se marche diez o quince días? Manik Bhai es escritor, podrá escribir sobre su viaje y así la gente de nuestro país podrá aprender cosas sobre la nueva China. ¿Dónde está su ropa? Por favor, prepárale la maleta. Y tú, Manik Bhai, haz el favor de asearte y vestirte. No vamos a ir a ninguna parte sin ti. Manik Bhai sabía lo testarudo que podía llegar a ser, así que se puso rápidamente en marcha.

De allí fuimos a casa del Sr. Aatur Rahman Khan. Se nos informó allí de que el avión aterrizaría a la hora prevista. Debíamos llegar al aeropuerto a eso de las once, ya que había muchos trámites que hacer antes de poder embarcar. Ya teníamos los billetes y los asientos reservados.

Cuando llegamos al aeropuerto comprobamos que el avión había aterrizado. Acudieron algunos amigos a despedirse. El Sr. Ali Aksad, secretario del Comité de la Paz, nos había traído incluso unas flores.

Tras revisarnos el equipaje y examinar nuestros pasaportes, pudimos por fin embarcar. En el avión se encontraban Mian Mahmud Ali Kasuri y dos o tres líderes de Pakistán Occidental que también viajaban a China. Nos enteramos de que los demás delegados pakistaníes viajaban ya de Karachi a Hong Kong, y que nos encontraríamos con ellos allí. Una vez juntos, todos viajaríamos desde allí a China. Nuestro avión aterrizaría en Rangún, donde pasaríamos la noche. Tendríamos, por lo tanto, mucho tiempo en esa ciudad. De hecho, nos sería posible quedarnos allí una tarde y una noche. El Sr. Aatur Rahman Khan nos dijo que el hermano mayor del abogado Shawkat Ali Khan vivía en Rangún. Tenía allí un próspero negocio. Nos daría su dirección.

Cuando llegamos a Rangún, se efectuaron las gestiones necesarias para que pasáramos la noche en la casa de descanso de la BOAC. Vimos que Bangladés y Birmania tenían el mismo tipo de flores. Birmania vivía por entonces tiempos turbulentos puesto que, a pesar de que el país había alcanzado su independencia, la situación allí bordeaba la anarquía.

Después de la Segunda Guerra Mundial algunos ciudadanos habían conseguido muchas de las armas previamente utilizadas en Japón y en China. Estaban usándolas de manera indiscriminada. Los comunistas y el pueblo karen se habían rebelado contra la administración.<sup>50</sup> El país, de hecho, se estaba desintegrando y estaba

<sup>50</sup> N. de la T.: Pueblo karen, etnia de lengua sino-tibetana.

a punto de estallar una guerra civil. La ley y el orden no existían. En la ciudad de Rangún se robaba y se secuestraba a plena luz del día. La gente estaba demasiado atemorizada para salir de sus casas por la noche. Aquellos que tenían negocios y un buen nivel de vida estaban siempre en peligro y vivían atemorizados. En cualquier momento, sus hijos podían ser secuestrados para pedir un rescate. Si los secuestradores no recibían el dinero que pedían, amenazaban con matar a los niños. Este tipo de cosas sucedían todo el tiempo.

Nos advirtieron de que salir a la calle era peligroso y debíamos informar a las autoridades si deseábamos hacerlo. De hecho, nuestro hotel estaba rodeado de guardias armados. Pero éramos extranjeros y, en cualquier caso, éramos todos demasiado pobres como para resultar atractivos para los secuestradores o asaltantes.

Cuando llegamos a la casa de descanso, el Sr. Ataur Rahman Khan telefoneó a Amjad Ali, el propietario del almacén Royal Stationery. Él no estaba en casa, pero nos llamó más tarde y vino a visitarnos. Estaba feliz de vernos en Rangún. Después de todo, ¿quién no se alegra al ver a un compatriota en tierra extranjera? Tenía un automóvil propio y nos llevó a recorrer la ciudad. Pero antes nos llevó a su almacén, llamado Royal Stationery, uno de los mejores de Rangún.

Nos dio la impresión de que la ciudad dormía. El Sr. Ali nos llevó a su casa y nos presentó a su esposa, una dama muy amable e instruida. Insistieron en que cenáramos con ellos y no aceptaron un no como respuesta. El Sr. Ali nos habló de su vida en la ciudad y nos contó que no quería abandonar Rangún. El gobierno de Birmania controlaba la ciudad y un territorio que se extendía unas veinte millas a la redonda. A pesar de ello, no podía hacer nada para eliminar a los rebeldes.

Después de cenar salimos otra vez a visitar la ciudad. Observamos algunas pagodas gigantes y entramos a una de ellas. La de mayores dimensiones se encontraba a algunas millas de la ciudad, así que no podíamos visitarla porque se nos haría muy tarde. Otro motivo para no ir era lo peligrosos que eran los caminos, así que decidimos ir a visitar a un compatriota de Bengala Oriental, amigo del Sr. Ataur Rahman Khan, que había sido ministro. No estaba en casa y, después de golpear insistentemente la puerta, se asomó una mujer birmana para decirnos que no había nadie allí. No nos abrió porque no nos conocía. Le pedimos un trozo de papel y nos dijo:

—No voy a abrir de ninguna manera. Hay papel fuera, escriban lo que quieran y pásenlo a través de la ventana.

Cuando le preguntamos el motivo de su cautela, nos dijo:

—Así es como entran los ladrones. Vienen en coche y preguntan por el dueño de la casa. Antes la gente les abría y les invitaba a pasar. Y cuando están dentro te amenazan con un arma, te atan y se llevan todo lo que pueden.

Este tipo de cosas sucedía todos los días en Rangún, y la gente, naturalmente, desconfiaba de los extraños y no les dejaba entrar en su casa.

Rangún debió ser una ciudad muy bella en su momento. Aún existían lugares hermosos para visitar, pero había perdido parte de su encanto. El Sr. Amjad nos hizo de guía durante horas. Más tarde, nos llevó al Club Birmania. Antes de que el país lograra su independencia, solo los europeos podían ser miembros. No se permitía que ningún nativo entrara. El club se encontraba a las orillas de un lago y era hermoso. El Sr. Amjad era allí muy respetado y todos parecían conocerlo. Se quedó con nosotros todo el día y nos llevó de vuelta a la casa de descanso por la noche. Nos invitó a quedarnos un día o dos con él cuando hiciéramos el viaje de regreso.

Ilias y yo compartimos un cuarto esa noche. Algunos miembros del Comité de la Paz de Rangún vinieron a vernos a la mañana siguiente. Discutimos mucho rato. Su líder nos informó de que varios miembros de su comité ya habían partido a China. Otros iban a salir del país en cuanto tuvieran los pasaportes. ¡Ciertos miembros incluso habían huido a China!

Salimos de Rangún por la mañana temprano y llegamos a Bangkok ese mismo día. La capital de Tailandia tenía un gran aeropuerto. Allí tomamos té y bocadillos. Nuestro vuelo directo a Hong Kong despegó una hora más tarde. No tengo problemas para dormir en los aviones. Atravesamos el espacio aéreo de Tailandia, Laos y de Vietnam, y volamos sobre el mar de la China Meridional. Aterrizamos en el aeropuerto Kaitak, Hong Kong, a la una de la tarde.

En el aeropuerto nos esperaban representantes de la agencia de noticias Xinhua, también conocida en inglés como China News Agency. Se había previsto que nos alojáramos en el hotel Kowloon. Diez o doce delegados de Pakistán Occidental habían llegado ya. Otros delegados de esa región del país llegarían bien entrada la tarde. Al día siguiente nos reunimos y nombramos al Pir Manki Sharif como líder de nuestra delegación.

Dedicamos esa noche y la mañana siguiente a recorrer Hong Kong. Los británicos la habían bautizado como Victoria. En una de las orillas del río estaba Hong Kong, y en la otra Kowloon. Todos compramos allí ropa de abrigo. No tenía mucho dinero, pero las cosas allí eran muy baratas. A pesar de ello, era preciso ir con cuidado, pues los tenderos pedían veinticinco takas por algo que valía en verdad una sola *taka*, y si no se mencionaba el precio, iera fácil ser estafado! No era una buena idea ir de compras sin la asistencia de alguien que hubiese vivido en la ciudad bastante tiempo y que conociera bien las costumbres y los precios. De hecho, el nombre de la ciudad bien podría haber sido "Con Town".<sup>51</sup> Al caminar por las calles era necesario mantener las manos en los bolsillos, porque de no hacerlo uno podía ser víctima de los carteristas. ¡Una ciudad tan hermosa y, sin embargo, tan llena de peligros! Era aún una colonia inglesa. Muchos chinos acomodados habían huido del continente a Hong Kong, y muchas personas sin hogar debían recurrir a la delincuencia para sobrevivir.

Conversé sobre la situación de la ciudad con un amigo de Pakistán Occidental. Él tenía una casa en Sind, pero ahora vivía en Hong Kong. Me contó muchas historias sobre lo que sucedía en la ciudad. Yo tendría muchas otras ocasiones de quedarme allí, pero siempre me pregunté cómo se las arreglaba para no perder su altivez, a pesar de lo que en ella sucedía.

~~~

Es probable que fuera el veintisiete el día que viajamos en tren desde Hong Kong a Cantón. La primera estación china era la de Shenzhen. La última parada del ferrocarril británico coincidía con la frontera. Debimos cruzar un puente a pie para alcanzar la estación del ferrocarril chino. Voluntarios del Comité de la Paz nos saludaron calurosamente a nuestra llegada. Ya no tendríamos que preocuparnos por el viaje. Se ocuparon de nuestras maletas. Se habían ocupado de todo y en el tren estuvimos cómodos. Nos habían asignado un intérprete por cada dos o tres delegados. Casi todos los intérpretes eran estudiantes de instituto o universitarios.

---

<sup>51</sup> N. de la T.: El autor usa aquí un juego de palabras intraducible al español. La expresión que utiliza, "Con Town", es fonéticamente similar al nombre de la ciudad aludida -Hong Kong- y que en inglés significa "ciudad del timo".

Yo decidí explorar el tren. La gente de la nueva China que estaba naciendo tenía muchas ganas de mostrarnos sus éxitos. Una raza que había sido famosa por su adicción al opio parecía haberse despertado de pronto. Nadie consumía opio y no se veía a nadie que dormitase bajo los efectos de esa droga. Me parecía observar un país nuevo y una raza nueva. Estaban llenos de esperanza y habían dejado atrás el desaliento. Eran libres. Me preguntaba, ¿cómo podían haber creado una impresión tan impactante en el mundo en apenas tres años?

Llegamos a Cantón al final de la tarde. Cientos de niños estaban apostados en la estación con flores en las manos. Los miembros del Comité de la Paz se encontraban en la estación para darnos la bienvenida. Habían dispuesto que nos alojásemos en un inmenso hotel, localizado en la ribera del río de las Perlas. Esa noche cenaríamos con el Comité de la Paz.

La gente de China era como nosotros, los bengalíes: ¡les gustaba dar largos discursos y también escucharlos! Los discursos comenzaron antes de que la cena fuese servida. El Pir Manki Sharif habló en representación nuestra. Cada frase que pronunciaba era recibida con aplausos, y nosotros debíamos aplaudir también, claro.

Saldríamos en dirección a Pekín por la mañana. Habíamos llegado a China con retraso. De hecho, la conferencia se había pospuesto para hacer posible nuestra participación. Los delegados de varios países aún viajaban en dirección a China. Desde Cantón, la distancia a cubrir por avión hasta Pekín era de mil quinientas millas. Comenzamos nuestra jornada después del desayuno. Desde mi asiento, contemplé el paisaje chino, y me sentí abrumado por su belleza.

La provincia de Cantón era tan verde como Bengala. A pesar de que los extranjeros llevaban cientos de años explotándola, no habían podido acabar con sus recursos. La gente de la nueva China había resuelto reconstruir su país de nuevo, con todo su corazón.

Llegamos al aeropuerto de Pekín por la noche. Nos recibieron niños, algunos delegados de la India y miembros del Comité de la Paz, de Pekín. En cuanto acabó el acto protocolario de bienvenida, nos trasladaron al Hotel Pekín. ¡Ya estábamos en Pekín, la capital de China!

Muchas naciones habían conquistado Pekín en un momento o en otro. Los ingleses y los japoneses habían destruido muchos

monumentos de la ciudad y se habían llevado muchos de sus tesoros. Ahora, la ciudad entera tenía una apariencia festiva. Era como si se hubiese decidido a sonreírnos para demostrar su felicidad por haberse librado del yugo extranjero.

Estábamos alojados en el Hotel Pekín. Era el más grande y el más hermoso de la ciudad. Yo compartía una habitación con Aaur Rahman Khan y con Manik Bhai. Estábamos exhaustos y decidimos que no saldríamos esa noche. El líder de nuestra delegación, el Pir Manki Sharif, pidió a nuestros anfitriones que se aseguraran de que comiésemos en un restaurante regentado por musulmanes. Debíamos coger un autobús para llegar allí por la noche. Afuera hacía un frío terrible y no queríamos salir, pero no teníamos ninguna otra opción. El restaurante se hallaba a dos millas de distancia. Nos sirvieron en cuanto llegamos. El dueño del restaurante parecía encantado de servirnos, pero allí nadie hablaba otra cosa que no fuera chino. Por suerte, teníamos a los intérpretes con nosotros. Empezamos a comer, pero pronto nos dimos cuenta de que la comida era demasiado picante para nosotros. Solo pudimos comernos unos trozos de pan antes de salir de allí. Pero lo poco que comimos no nos sentó bien y nos empezó a doler el estómago. Al llegar a nuestras habitaciones, tomamos té y comimos algunas uvas y otras frutas que nos habían servido, y así logramos pasar la noche.

Manik Bhai decidió rebelarse y se negó a comer de nuevo en ese restaurante. Después de todo, podíamos pedir cualquier cosa en el Hotel Pekín. Allí nos servirían lo que deseáramos. A la tarde siguiente, Manik Bhai y otros decidieron almorzar en el restaurante del Hotel Pekín, y echar una siesta. El Sr. Aaur Rahman y yo nos sentimos en la obligación de ir a comer al restaurante de los musulmanes. Esa noche, el Pir Manki Sharif y cuatro o cinco de sus compañeros fueron a comer a ese restaurante de nuevo. Sin embargo, al día siguiente, el Sr. Sharif y su secretario, Hanif Khan –hoy secretario del Parlamento Central– fueron los únicos que aún quisieron ir a comer al restaurante musulmán. En el Hotel Pekín servían arroz, verduras, camarones, carne de pollo y de res, huevos, y todo lo que solíamos comer. Si les dábamos algún tiempo, se prestaban incluso a cocinar esos platos de una manera que fuese aceptable a nuestro paladar. Nos sentimos satisfechos en lo que concernía a la alimentación. Pocos días antes de que llegásemos, el famoso hombre de letras de Bengala Occidental,



Manoj Bose, y el celebrado músico Khitesh Bose, habían llegado al hotel. Se habían asegurado de que los platos allí servidos serían apropiados para nuestro gusto. Los platos incluso llegaron a mejorar cuando por fin pudimos degustarlos.

Aún teníamos dos o tres días antes del inicio de la conferencia. El primero de octubre se celebraba el día de la independencia de la nueva China. En esa fecha, Chiang Kai-Shek y sus seguidores huyeron del continente y se refugiaron en Formosa.

La Conferencia de la Paz iba a comenzar el dos de octubre. Pensé que sería bueno visitar los lugares de interés de la ciudad antes de que la conferencia comenzara. En el interior de Pekín había otra ciudad, llamada la Ciudad Prohibida, donde los antiguos emperadores habían residido con su corte. La gente común y corriente no tenía acceso a esa parte de la ciudad. La Ciudad Prohibida poseía todo lo que se pudiese desear: iparques, lagos, palacios, todo! Yo había visitado ya el Fuerte Rojo de la India, el Fuerte de Agra y Fatehpur Sikri, pero este lugar era mucho más grande. Sus puertas estaban ahora abiertas para todos, especialmente para los trabajadores. El público tenía acceso a los museos y a las bibliotecas, a los parques y a los lagos. Miles de personas visitaban estos sitios. Al observar esas escenas, me dije: los monarcas actúan del mismo modo en todo el mundo, gastando, para su propia satisfacción, la fortuna creada con el esfuerzo de la gente común y corriente, y todo esto sucede sin que nadie se oponga a ello.

Al día siguiente, visitamos el Palacio de Verano. Estaba lleno de esculturas que representaban todo tipo de animales, e incluía un enorme templo budista y un lago muy grande, que tenía una isla en el medio. Bien podría considerarse la ciudad turística más grande del mundo.

El general de división Reza, embajador de Pakistán, vino a vernos en el Hotel Pekín. Dijo que deberíamos contactarlo si teníamos algún problema o si necesitábamos algo. Nos invitó a cenar. Compartió con nosotros muchas historias. Al parecer, el mercado negro había sido erradicado y la gente conseguía empleo fácilmente. Robos, hurtos y secuestros eran ahora cosas del pasado. El nuevo gobierno estaba empeñado en impedir cualquier acto ilegal, y lo hacía con mano dura. Cualquier cosa que se deseaba adquirir podía comprarse a un precio fijo. Yo compré algunas cosas de un mercado. El precio estaba señalado en cada producto; no existía la posibilidad de

regatear. Incluso llegué a montarme en un rickshaw, a pesar de no saber el idioma, y al pagar le entregué al conductor unos yenes –la moneda del país– y este se cobró escrupulosamente solo el precio de la carrera.

Ese primero de octubre era el tercer aniversario de la independencia de China. En la ceremonia de inauguración, se habían efectuado arreglos especiales para los delegados de la Conferencia de la Paz. Se había dispuesto que estuviésemos situados justo en frente de donde Mao Zedong, Chu Teh, madame Sun Yat-Sen (Soong Ching-Li), Zhou Enlai, Liu Shao-Chi y muchos otros recibirían los saludos.

La gente empezó a desfilar. Era un mar de personas. Contingentes de infantería y de las fuerzas navales y aéreas marcharon frente a nosotros, demostrando sus habilidades. Siguieron a continuación trabajadores, campesinos, estudiantes, jóvenes pioneros, todos con bandejas rojas en las manos. Me di cuenta de que algo sucedía: a pesar del enorme número de personas que participaban en las celebraciones, todos demostraban una enorme disciplina. Podían ser de quinientas mil a setecientas mil personas en total. Al día siguiente leí en el periódico que había quinientas mil personas. El gobierno revolucionario había tenido éxito en instaurar un sentido de disciplina en la gente, a través de su ideología.

Yo no tenía ni idea de que Mahbub estuviese apostado aquí, en calidad de tercer secretario de la embajada de Pakistán. Habíamos estudiado leyes juntos. Yo conocía a su padre, el Sr. Abul Khashem, un juez asistente en nuestro país. Eran de Chittagong. Era un hombre muy independiente y no tenía miedo de manifestarse por aquello que creía. Mahbub había traído a su esposa para presenciar las festividades del día de la independencia. Lo saludé al verlo entre la multitud y se sorprendió de que alguien lo llamase por su nombre en Pekín. Estuvo encantado de verme. Había leído en los periódicos que vendría. Por la tarde, vino junto con su esposa al hotel. Me mostraron la ciudad y sus encantos. No pude quedarme mucho tiempo con ellos, porque teníamos una cena esa noche, pero me prometió que vendría al día siguiente. De hecho, durante el resto de mi estancia en Pekín, cené con él y con su familia. La verdad es que nunca puedo decir que soy feliz hasta que me ponen delante un plato bengalí. La esposa de Mahbub me regaló una

cámara fotográfica. Yo andaba corto de fondos y él me dio algo de dinero. Me pidió que comprase algunas cosas en Hong Kong, porque se podían comprar muy baratas allí. Lamentó no poder comprar un regalo para mi esposa, pero me dijo que yo debía gastar algo del dinero que me había dado para comprarle algo.

La esposa de Mahbub me contó la siguiente historia. Un día, regresando a su casa en un rickshaw, perdió accidentalmente una pluma. Ya en casa, la buscó por todos lados, sin poder hallarla. Concluyó que debía de habérsela dejado en el rickshaw, y perdió toda esperanza de volver a verla. Sin embargo, al día siguiente, el conductor del rickshaw apareció por su casa y le devolvió la pluma. Este tipo de cosas eran, por lo visto, bastante normales en toda China. En estos gestos y en otros uno podía vislumbrar el cambio que estaba teniendo lugar entre el pueblo chino. Nunca olvidaré la hospitalidad que Mahbub y su esposa tuvieron conmigo. Él era el único bengalí que trabajaba en la embajada de Pakistán en China.

~~~

Acudieron a la Conferencia de la Paz trescientos setenta y ocho delegados, procedentes de treinta y siete países. Las banderas de esos países ondeaban en el cielo de Pekín. El lugar en que la conferencia tendría lugar había sido decorado con imágenes de la paloma de la paz, y el salón era en verdad muy hermoso. Cada mesa tenía un par de audífonos. Los delegados pakistaníes estaban congregados en un solo sector. Los líderes de diferentes países pronunciaron discursos. La presidencia de las sesiones de la conferencia sería ocupada, por turnos, por delegados de todos los países asistentes. Muchas personas hablaron en tal ocasión. Aaur Rahman Khan y yo pronunciamos discursos en representación de Pakistán Oriental. Yo hablé en bengalí, mientras que el Sr. Khan se expresó en inglés. Si el chino, el ruso y el español estaban siendo usados además del inglés, ¿por qué no habría de hablar yo en bengalí? Uno de los representantes de la India, Manoj Bose, también habló en bengalí. Los estudiantes de Pakistán Oriental habían sacrificado sus vidas por su lengua materna. El bengalí era el idioma utilizado por la mayoría de la población de Pakistán. No he conocido a casi ninguna persona instruida, en China y en otros países, que no hubiera oído hablar de nuestro poeta, Rabindranath Tagore.

Podía hablar inglés con fluidez, pero sentía que era mi deber hablar en mi lengua materna. Después de terminar mi discurso, Manoj Bose vino hacia mí y, abrazándome calurosamente, me dijo:

—Mi hermano Mujib, ahora pertenecemos a dos naciones separadas, pero nadie ha sido capaz de dividir nuestro idioma. Y nadie será capaz de hacerlo. Todos los indios de habla bengalí estamos muy orgullosos de los sacrificios que todos ustedes han efectuado por nuestra lengua materna.

Después de hablar, Khondokar Ilias me abrazó durante mucho rato. Estaba abrumado, y eso que habíamos discutido por el contenido del discurso un rato antes. El Sr. Khitesh era nativo de Pirojpur y nos mantenía entretenidos con canciones bengalíes. Le dijo a todo el mundo lo orgullosos que estábamos del idioma bengalí. (Tengo copias del discurso que di ese día. Lo incluiré más tarde.)<sup>52</sup>

La conferencia se dividió entonces en diferentes comisiones. Nos reunimos en cuartos separados para discutir los temas que se nos había asignado. Yo era miembro de una de esas comisiones, y tomé parte en sus deliberaciones. Una vez que terminamos, las resoluciones que habíamos adoptado fueron entregadas al comité de redacción. Los borradores que este producía eran sometidos a la asamblea general, que los aprobaba por unanimidad.

Debe decirse que Manik Bhai no participó para nada en las actividades de las comisiones. Él decía que las resoluciones se habían formulado ya, y que no veía razón alguna para estar presente en ese proceso. Después de la conferencia, se organizó una reunión pública. Fue un evento enorme, en el cual hablaron representantes de todos los países. Todos enfatizaban un punto en particular: “Queremos la paz y no la guerra”.

También llegó gente de distintas religiones y se unió a la conferencia. La mayoría seguían la doctrina del confucianismo. También había budistas, muchos musulmanes y algunos cristianos.

Visitamos una mezquita en la que los encargados nos dijeron que nadie interfería con sus labores, pero que tampoco recibían ninguna ayuda. Me pareció que Tahera Mazhar dio un discurso muy bueno en esa reunión. Fue la única mujer de la delegación de Pakistán que pronunció un discurso y hay que decir que el mismo dejó muy alto el listón pakistaní muy alto.

---

<sup>52</sup> Ninguna copia de ese discurso ha sido hallada.

Después de deliberar largamente sobre la cuestión de Cachemira, los delegados pakistaníes e indios prepararon una declaración conjunta sobre el tema. En ese documento, los delegados indios aceptaban que el tema de Cachemira debía ser resuelto por medios pacíficos y con un referéndum. Tuvimos éxito al presentar el tema de Cachemira a todos los delegados de un modo claro y completo.

Invitamos a los delegados indios a cenar, y ellos nos devolvieron la invitación. Sin embargo, a los delegados que pertenecían a la Liga Musulmana en nuestro grupo no les agradaban esos intercambios. Poco importaba: el participar en conferencias como esta solo podría tener repercusiones positivas para un país. Pakistán era un país nuevo, y mucha gente en el extranjero no poseía una noción clara sobre el mismo. Cuando la bandera pakistaní ondeaba junto a aquellas de otras naciones, cuando los delegados de Pakistán hablaban junto a los delegados de otras naciones, y cuando el nombre del país se pronunciaba en sus discursos, otros se interesaban por él y querían conocer más sobre Pakistán.

También invitamos a los delegados rusos a cenar. Fui afortunado por conocer así al escritor ruso Asimov. En la conferencia pude conocer también al famoso poeta turco Nazim Hikmet, quien había sido encarcelado por mucho tiempo en su país. Había abandonado el mismo y vivía ahora en el exilio en Rusia. Su único crimen fue ser comunista. Su país no lo quería, mientras que era famoso en todo el mundo. También conocí al Dr. Saifuddin Kitchlu, al Dr. Faridi y a muchos otros líderes indios. Ilias y yo buscamos una oportunidad para hablar con Madame Sun Yat-Sen y, cuando la tuvimos, la aprovechamos y dialogamos con ella durante unos instantes.

Comprendí que el gobierno de China y su gente estaban verdaderamente interesados en conocer a la gente del subcontinente indio. Estaban interesados en crear una amistad con Pakistán, veían a la India como a un país amigo, y les gustaba todo lo referente a este país. En nuestras conversaciones con los chinos, intentamos hacerles comprender que la gente de Pakistán estaba interesada en una relación de amistad con ellos. Tuve la oportunidad de hablar con el alcalde de Pekín, Cheng Peng, por unos momentos.

Visitamos el parque Pe Yong y el Templo del Cielo. Los chinos solían rezar en esos templos pidiendo una buena cosecha. Pero la gente de la China no consideraba que el mero orar fuese suficiente para obtenerla. El gobierno comunista había confiscado la tierra

que pertenecía a los terratenientes y la había distribuido entre los campesinos. Así, los campesinos sin tierra se habían convertido en propietarios. Intentaban ayudar al gobierno aumentando las cosechas. Ya no se veían obligados a dar parte de la cosecha a terratenientes que no trabajaban. Los campesinos trabajaban sin descanso. Todos ellos pensaban que China le pertenecía ahora a los campesinos y a los trabajadores, y que la época de la clase que solía dominarlos y explotarlos había terminado.

~~~

Después de haber pasado once días en la conferencia, había llegado la hora de que regresáramos a nuestro país. Los organizadores de la Conferencia de la Paz nos preguntaron si queríamos visitar otros lugares en China, y expresaron su voluntad de organizarlo todo si queríamos quedarnos más tiempo. Correrían con todos los gastos, llegado el caso. El Sr. Aaur Rahman Khan y Manik Bhai querían regresar a casa de inmediato, y así lo hicieron. Ilias y yo decidimos quedarnos y visitar otros lugares. Puesto que tenía más sentido hacerlo en grupo, nos reunimos con el Pir Manki Sharif y con otros líderes pakistaníes. Pensamos que, conociendo la actitud de nuestro gobierno, nunca tendríamos otra oportunidad para visitar China. Pero también sabíamos que no podíamos quedarnos demasiado ya que, de hacerlo, es posible que al regresar nuestro país nos ofreciera otra estancia pagada, ipero en su “hotel para huéspedes especiales”!

Yusuf Hassan se unió a otro grupo. El nuestro decidió viajar en tren. Dejamos Pekín y nuestra primera parada fue el puerto de Tien Shin. Teníamos problemas con el Pir Manki Sharif. Él estaba más interesado en visitar lugares de culto, como pagodas, templos y mezquitas. Nosotros, en cambio, queríamos dedicarnos a visitar industrias, instalaciones agrícolas, centros culturales y museos. Como él era el líder de nuestra delegación, no nos quedaba más remedio que seguirlo. A pesar de ello, aprovechamos todas las oportunidades que se nos presentaron para ir a los lugares que queríamos visitar, aunque no había forma de comunicarse con nadie en ningún sitio si no era a través de un intérprete.

Tien Shin era un puerto marítimo. Vimos muchos barcos rusos allí. Ilias y yo visitamos el parque por la tarde. Intentamos

hablarle a una familia rusa, pero no pudimos entendernos y no había intérprete. Al final, tuvimos que dejarlos, sin haber podido cumplir con nuestro deseo de dialogar con ellos. Todo lo que pudimos hacer fue decirles adiós, agitando las manos. El idioma había superado nuestro afán por comunicarnos.

Por la noche, teníamos previsto cenar con el imán de una mezquita y con otros musulmanes. Los musulmanes que cenaron con nosotros, igual que el imán, nos dijeron que estaban contentos con el modo en que las cosas se estaban desarrollando en su país. Los comunistas no interferían con la práctica de la religión. Sin embargo, toda forma de proselitismo estaba prohibida.

Después de pasar un par de días en Tien Shin, salimos hacia Nankín. No había apenas tráfico motorizado. En las carreteras solo se veían bicicletas, rickshaws y algunos autobuses. Circulaban muy pocos automóviles. El nuevo gobierno estaba más interesado en edificar el país, que en gastar sus recursos en la compra de automóviles.

Encontré entonces un problema. Tenía la costumbre de afeitarme yo mismo. Jamás había recurrido a un barbero para que me afeitara, pero las cuchillas de afeitar se me habían terminado. Cuando quise comprar algunas, me dijeron que las tiendas locales no las tenían, porque no podían importarlas. Había intentado comprar algunas en Pekín, pero tampoco pude encontrarlas allí. Pensé entonces que una ciudad portuaria como Tien Shin –que era también un centro industrial– tendría seguro. Pude localizar una tienda que tenía algunas, pero estaban tan oxidadas que era imposible usarlas. Los chinos no iban a usar algo que no pudiesen manufacturar ellos mismos. Se afeitaban con rasuradoras antiguas. Al final, tuve que ir al barbero del hotel para que me afeitara.

Los chinos gastaban sus divisas extranjeras únicamente en máquinas para sus fábricas e industrias. Al mismo tiempo, las divisas extranjeras que nuestro país había amasado durante la guerra de Corea estaban siendo gastadas para comprar muñecas japonesas y otros objetos de lujo. ¡Qué diferente era la política del gobierno chino! En este país no era posible comprar un cigarrillo importado. Los cigarrillos que los propios chinos producían no eran de buena calidad, pero la gente los fumaba, sin que importara el dinero que tuvieran para comprar cigarrillos. Nosotros también nos vimos obligados a fumar cigarrillos chinos. En un principio



nos costó hacerlo porque eran muy fuertes, pero poco a poco nos acostumbramos a ellos.

Nankín es una ciudad antigua. Había sido la capital de China durante mucho tiempo. En ella se encontraba el mausoleo de Sun Yat-Sen. La primera cosa que hicimos al llegar a la ciudad fue ir a presentarle nuestros respetos. Pir Manki Sharif colocó algunas flores en su tumba mientras los demás permanecemos de pie frente al mausoleo para homenajear a ese líder revolucionario. Él había luchado contra las fuerzas imperialistas y la dinastía manchú durante toda su vida, y se había sacrificado sin límites por el bien de su país. Tuvo éxito en eliminar la monarquía y en recuperar la dignidad de China ante los ojos del mundo. Los países imperialistas estaban obligados ya a reconocer a China como a una potencia que debía tomarse en cuenta, un país que no podría ser dominado o explotado por más tiempo.

Desde Nankín viajamos a Shanghái. Esta era una de las más importantes ciudades del mundo, un centro esencial de comercio y de negocios. Fuerzas extranjeras la habían capturado una y otra vez en el pasado. Antes de que la nueva China emergiese, los extranjeros solían frecuentar la ciudad para divertirse. El nuevo gobierno chino tomó firmes medidas respecto a los lugares que ofrecían lujos y entretenimiento para extranjeros. Shanghái tiene muchos establecimientos industriales. El gobierno había confiscado algunos que habían pertenecido a admiradores de Chiang Kai-shek. Muchos huyeron de la ciudad, temiendo ser objeto de represalias. Muchos otros establecimientos, no confiscados, estaban funcionando bajo la administración conjunta de trabajadores y de propietarios.

Nos llevaron a visitar la fábrica de textiles más grande del mundo. Había sido nacionalizada poco antes. Se habían edificado nuevas residencias para los trabajadores de la fábrica, así como escuelas para los niños y hospitales. Un barrio enorme y nuevo se estaba levantando ahora. Junto con el Pir Manki Sharif, recorrimos esos lugares durante un rato. Más tarde, le dije a Ilias:

—Claro que quieren mostrarnos sus éxitos, pero yo quiero ver las casas de los trabajadores y comprobar de qué modo viven realmente. Seguro que no van a querer que veamos espacios que presenten problemas.

—Debemos pedirles que nos lleven al interior de sus hogares —me contestó.

—No les pidas nada ahora —dije—. Vamos con ellos y pidamos de pronto ver las casas, sin previo aviso, y así lograremos sorprenderlos. Solo entonces podremos hacernos una idea de cuáles son las condiciones en las que viven estas personas.

El Pir Manki Sharif visitó otros muchos lugares que quería ver. Nosotros, sin embargo, aprovechamos la primera ocasión que tuvimos para pedirle al intérprete que nos llevara al interior de cualquiera de las casas del barrio, porque queríamos ver cómo vivía la gente allí. El intérprete nos dijo que esperásemos en frente de una de las casas, mientras él entraba. Regresó cinco minutos más tarde y nos pidió que lo acompañáramos.

Cuando entramos a la casa, vimos a una mujer que nos esperaba. Después de saludarnos, nos pidió que nos sentásemos. En el cuarto había dos o tres sillas, y una cama con un colchón que se veía cómodo. Era también una obrera. La mujer había contraído matrimonio un mes antes, y su esposo trabajaba en una fábrica. Estaba sola, pero también saldría a trabajar cuando su esposo regresase. Nos dijo:

—Siento mucho que mi esposo no esté en casa, y como ustedes han venido sin previo aviso, no puedo recibirlos como merecen, pero por favor tomen una taza de té conmigo. Y se afanó en prepararnos el té lo antes que pudo.

Tomamos té chino, sin leche ni azúcar. Nuestro intérprete dijo:

—Vengan y conozcan los dos cuartos en los que ellos viven.

Entramos. El espacio era suficiente para un estilo de vida de clase media. Los muebles eran de aquellos que se verían también en un hogar de clase media. La casa tenía una cocina, un retrete y un cuarto de baño.

—Veo que estamos en un aprieto —le dije de pronto a Ilias—. Hace muy poco que se ha casado esta buena mujer y no podemos darle ningún regalo. ¿Qué van a pensar de nosotros? ¡La reputación de nuestro país depende de ello!

—Déjame pensar unos minutos y veremos qué hacer —contestó.

De pronto, pensé en el anillo que llevaba en la mano. Lo tomé y le dije al intérprete:

—Queremos entregarle este pequeño obsequio a esta dama, puesto que es la costumbre en nuestro país dar algún regalo al marido y a la mujer cuando se visita la casa de una pareja de recién casados.

Pero la mujer no quiso aceptar el regalo. Le dijimos:

—Si usted no acepta nuestro obsequio, nos sentiremos tristes, y estamos seguros de que no querrá herir los sentimientos de sus huéspedes extranjeros. Sabemos que la gente de China es muy hospitalaria, ilo hemos visto durante toda nuestra gira!

Al final la pudimos convencer para que aceptara el regalo. Cuando vimos al Pir Manki Sharif, le contamos lo sucedido. Se alegró de que le hubiéramos dado el anillo a la mujer.

Al día siguiente, la mujer cuya casa habíamos visitado vino a vernos al Hotel King Kong junto con su esposo. Nos habían traído como regalos dos plumas, recuerdos de la independencia de China. No queríamos aceptar sus regalos, pero tuvimos que hacerlo, pues, aparentemente, esa era la costumbre en el país. Los miembros del Comité de la Paz de Shanghai estuvieron presentes en ese momento.

Durante los siguientes días recorrimos Shanghái de forma exhaustiva, a pesar de que la ciudad había perdido su lustre tras la marcha de los extranjeros. Con todo, la ciudad aún podía ofrecerle cosas a los turistas que no eran artificiales. Aquello que se pretende embellecer con una sola capa de pintura acaba, al final, afeándose. Tan solo sirve para esconder la cualidad más esencial. Lo que quedaba en Shanghái era lo más auténtico y todo era gracias al pueblo chino. Vimos también unos cuantos barcos de gran calado en el puerto.

Pudimos ver que en todas partes se estaban construyendo nuevas escuelas e institutos. El gobierno se estaba encargando de la educación. Los chinos impartían educación a sus niños siguiendo su propio sistema.

De Shanghái nos trasladamos a Hangzhou, una ciudad en las riberas de un lago, al oeste del país. La ciudad es conocida como la Cachemira de la China. A las afueras de la ciudad hay numerosos paisajes pintorescos con extraordinaria flora y fauna. La ciudad se había expandido hasta rodear el lago. Nos alojamos en un hotel recién construido que estaba en la orilla.

Los chinos se movían por la ciudad en pequeñas barcas. Venían a esta ciudad a relajarse. El lago contenía numerosas pequeñas islas. Hangzhou y Cantón nos recordaban a Bengala Oriental, por lo verdes que eran.

El Pir Manki Sharif visitó pagodas durante el primer día, y planeaba visitar otros sitios históricos. Ilias y yo decidimos salir

por nuestra cuenta. Haríamos una gira en barca por todo el lago. Las islas tenían rincones muy hermosos. Incluso las muchachas viajaban en barca. Ya fueran pobres o ricos, todos los habitantes de la ciudad tenían su barca. Era la única forma de moverse cuando empezaban las lluvias. Como Faridpur está lleno de canales, yo conocía bien esta forma de vida, así que aproveché para remar un poco en una barca yo también.

Desembarcamos en una isla que tenía una tienda de té. Celebramos así el fin del paseo por el lago, tomando té. Salimos de Hangzhou y nos dirigimos a Cantón. Desde allí, regresamos a casa pasando por Hong Kong. Tuvimos antes la oportunidad de visitar Cantón a placer. Vimos que la gente de la nueva China tenía una manera de pensar que era completamente nueva. Sus ojos se encendían con las ideas y con las esperanzas de un mundo nuevo. Estaban orgullosos de ser los ciudadanos de una nación independiente. Era el mismo Cantón que había sido invadido en 1911 por la banda de Sun Yat-Sen. La gente de Cantón era muy independiente.

Dijimos adiós así a la gente de China y al gobierno de Mao Zedong, al despedirnos de esa tierra de fábula. Nos encontramos de nuevo en Hong Kong, una colonia inglesa, un lugar de belleza sintética y de gente artificial y un paraíso para contrabandistas. Nos quedamos allí un par de días, antes de embarcar en un avión rumbo a nuestro país.

Regresé a Daca inspirado por aquello que había visto y con renovado entusiasmo. Es difícil conocer tu propio país hasta que no has visitado el extranjero.

Nos habíamos independizado en 1947, mientras que China obtuvo su libertad en 1949. El entusiasmo que el pueblo de Pakistán había mostrado en el momento de nuestra independencia se había desvanecido en gran parte. En lugar de usar la energía de la gente, el gobierno había intentado suprimirla. Esto contrastaba con el modo en que el gobierno de la China utilizaba a su gente para construir al país. La gran diferencia entre nosotros y ellos era que la gente de China sabía que sus recursos les pertenecían y el gobierno se lo recordaba constantemente. En nuestro país sucedía lo contrario, la gente había empezado a comprender que los recursos de la nación estaban siendo aprovechados por un grupúsculo, mientras que la gente común y corriente no recibía nada. A consecuencia de ello, la gente de Pakistán estaba más y más desilusionada.

Empezábamos a comprender que lo único que había ocurrido era que los tiranos de piel blanca habían sido reemplazados por tiranos de piel morena.

Era evidente que los chinos colaboraban con su gobierno con entusiasmo. Vi que la opinión pública sobre el gobierno era buena. El gobierno chino no se había identificado como comunista. Se hacía llamar “gobierno de coalición por un nuevo orden democrático”. El gobierno incluía a comunistas, igual que gente de otras tendencias. Sin embargo, yo estaba convencido de que eran los comunistas quienes lo controlaban todo. Yo no soy comunista. Creo en el socialismo, no en el capitalismo. Pienso que el capital es el instrumento del opresor. Mientras el capitalismo sea el motor principal del orden económico, la gente de todo el mundo seguirá dormida. Los capitalistas estaban totalmente empeñados en iniciar una guerra mundial para lograr sus objetivos. La gente de los países recientemente liberados tenía la obligación de cooperar para trabajar por la paz. Aquellos que habían sido encadenados durante siglos, y aquellos cuya riqueza había sido saqueada por las fuerzas imperialistas, debían ahora concentrarse en construir sus países y debían consagrar toda su energía para asegurar la libertad, tanto económica como política, de las masas. Era vital promover una opinión pública que favoreciese la paz mundial.

~~~

Cuando regresé a Dacca me dediqué por entero a la construcción de nuestro partido. El Maulana Bhasani y muchos otros compañeros estaban todavía presos. Era indispensable acelerar el movimiento para liberar a los presos políticos. Decidí convocar un mitin en Paltan Maidan. Ese mitin tuvo una gran acogida y fue presidido por el Sr. Aatur Rahman Khan. Allí protesté contra la opresión que sufríamos por parte del gobierno. Era la primera vez que pronunciaba un discurso en público desde el movimiento por nuestra lengua de 1952, a pesar de haber asistido, después de salir de la cárcel, al mitin que la Liga de Estudiantes había organizado en la Biblioteca de Derecho de Dacca en homenaje a los miembros del partido que habíamos sido recientemente liberados. También era verdad que había asistido a algunos mítines en diferentes lugares, organizados por el Comité Nacional de Acción por la Lengua.

Me dediqué en cuerpo y alma a consolidar la Liga Awami como organización. Invité al Sr. Suhrawardy para que nos visitase en Bengala Oriental. Él me había dado su palabra de que vendría durante un mes entero para pronunciar discursos en mítines públicos. Preparé un programa para su visita, y se lo envié. Iba a asistir a un mitin en cada distrito, y a otras reuniones en los más importantes centros de subdivisión.

Al poco tiempo ya estaba en Dacca y participó en un mitin que fue el más grande que había visto la ciudad desde la independencia. Sin morderse la lengua, se pronunció a favor de convertir el idioma bengalí en uno de los idiomas oficiales del estado, y pidió que los presos políticos fuesen liberados. También se mostró a favor de la autonomía de la provincia.

Los miembros de la Liga Awami habían organizado mítines para recibirlo en todo el país, empezando por Sylhet, Dinajpur y Bogra. Llegó a viajar hasta Barisal, al sur, y todos los demás distritos. El único distrito en el que no se dio mitin alguno fue Rajshahi, aunque participó en un mitin en Natore. El motivo era que yo no había podido conformar aún un comité de distrito en Rajshahi. A pesar de ello, muchos líderes de Rajshahi se reunieron con él en Natore, y lo llevaron a una ciudad donde una sección de la Liga Awami pudo ser conformada por fin.

La Liga Awami tenía una estructura que alcanzaba casi todos los distritos y subdivisiones. Para cuando finalizó la visita del Sr. Suhrawardy, parecía que toda la gente de la provincia había quedado cautivada por él. La gente empezó a abandonar la Liga Musulmana y a unirse a la Liga Awami. Tanto las clases trabajadoras como los que poseían estudios superiores tenían confianza en el liderazgo del Sr. Suhrawardy. Todos pensaban que el Sr. Suhrawardy era el único líder que podía ofrecer al país una alternativa real, y que el país y sus habitantes se beneficiarían con su presencia.

Mientras tanto el país sufría por la corrupción, la opresión y la tiranía. En lugar de concentrarse en planes razonables de desarrollo, el gobierno consagraba sus energías a las políticas de la conspiración. Los gobernantes disfrutaban del poder burocrático y de las intrigas políticas que habían implantado. Tenían grandes esperanzas puestas en el escaso control que Khawaja Nazimuddin tenía sobre la administración. Burócratas ya jubilados, como Chowhury Muhammad Ali, Golam Muhammad y el Nabab Gurmani, empezaron

a tomar parte activa en la política. Al intentar satisfacer a los burócratas punjabis con el nombramiento de Chowdhury Muhammad Ali como ministro de finanzas, Khawaja Nazimuddin se había enredado en la política de la conspiración. En consecuencia, la gente del país se sentía frustrada, y había empezado a expresar su confianza en el liderazgo del Sr. Suhrawardy.

La democracia no puede existir sin la existencia de partidos políticos. La Liga Awami había surgido como el único partido de oposición que podía enfrentarse a la Liga Musulmana. También en Pakistán Occidental había surgido un grupo de abnegados líderes y miembros dedicados a organizar el partido bajo la dirección del Pir Manki Sharif.

El Sr. Suhrawardy nos ayudó a organizar nuestro partido con giras por Pakistán Occidental y Bengala Oriental.<sup>53</sup> Después de cada mitin, yo me reunía con los líderes de cada distrito y de subdivisión y con los miembros del partido, e intentaba ayudarlos para que formasen una organización vigorosa. Mucha gente que había admirado al Sr. Suhrawardy en el pasado empezó a afiliarse a la Liga Awami. En particular, se presentaron miembros muy jóvenes para enfrentarse a las técnicas represivas empleadas por el gobierno de la Liga Musulmana. Cientos de nuestros miembros se encontraban en la cárcel, cumpliendo condenas en aplicación del Acta de Seguridad Pública. Inicialmente, el gobierno intentó impedir nuestros mítines, pero debió cesar esas tentativas. La opinión pública favorecía al Sr. Suhrawardy y al Maulana Bhasani. Ambos habían tenido éxito en concitar la opinión pública a favor de los prisioneros políticos. El Maulana Bhasani se estaba convirtiendo en un hombre inmensamente popular en toda Bengala Oriental.

A pesar de que la Liga Awami se había formado en 1949, aún no había tenido lugar ninguna reunión del consejo del partido, puesto que sus creadores estaban encarcelados. Pedí que todas las oficinas de cada distrito y sub-distrito de la Liga Awami organizaran

---

<sup>53</sup> Durante este período, los términos Pakistán Oriental y Bengala Oriental se utilizaban como sinónimos. Cuando la India británica fue dividida, el catorce de agosto de 1947, las provincias que constituían la región occidental de Pakistán eran Sind, Punjab, Baluchistán y la Provincia de la Frontera Noroccidental. La región oriental de Pakistán estaba constituida en su totalidad por una sola provincia, Bengala Oriental. Tan sólo en octubre de 1955, durante el plan "Una Unidad", Bengala Oriental cambió su nombre, oficialmente, por el de Pakistán Oriental, y las cuatro provincias del occidente fueron conocidas como Pakistán Occidental.



elecciones dentro de tres meses. Luego elegiríamos representantes al consejo de la Liga Awami de Pakistán Oriental, y adoptaríamos unos estatutos y un manifiesto. Comencé a trabajar día y noche para lograr esos objetivos. Fui a las subdivisiones que el Sr. Suhrawardy no había podido visitar, para ayudar a fortalecer el partido. No podía anticipar cuál sería la respuesta que recibiría de la gente y de los miembros de nuestra organización.

La Liga de Estudiantes de Pakistán Oriental también ayudó en el proceso de fortalecimiento de la Liga Awami, porque sin una organización poderosa, habría sido difícil oponerse al régimen de tiranía del gobierno. Hasta que la Liga Awami logró consolidarse, solo la Liga de Estudiantes pudo oponerse a las medidas opresoras utilizadas por el gobierno y combatir las injusticias que este cometía. La gente del país apoyaba a los estudiantes. Los líderes y los miembros de esa organización sufrieron graves consecuencias por ese apoyo. El gobierno de la Liga Musulmana lo había intentado todo para destruir esa organización. Junto a la Liga Awami y a la Liga de Estudiantes, la Liga de la Juventud Democrática, bajo el liderazgo de Oli Ahad, también había trabajado para difundir nuestros ideales.

~~~

Muy a principios de 1953 los miembros del partido y los estudiantes empezaron a ser puestos en libertad. El Sr. Shamsul Huq fue también liberado, pero estaba enfermo. La cárcel le había afectado psicológicamente, así lo habían podido comprobar todos aquellos que compartieron celda con él. Nunca fue violento, pero cada vez que deseaba afirmar alguna cosa, terminaba hablando de algo completamente diferente. Estábamos muy preocupados por él. Un patriota entregado, que se había dedicado por entero a su país, había sido encerrado por su trabajo. Era un hombre que ahora emergía de las tinieblas del presidio convertido en un loco. ¿Quién iba escuchar su triste historia? Su contribución al movimiento pro Pakistán era mayor que la de muchos de los hombres que gozaban del poder en el país. No es exagerado decir que, de entre todos los patriotas de Bengala Oriental y entre quienes lo habían dado todo para alcanzar el sueño de Pakistán, el más destacado era él. Ciertamente, el Sr. Shamsul Huq había sido el primero en generar el impulso, en 1943,

que habría de llevar la Liga Musulmana de los palacios y haciendas de los Nababs y de los zamindars, a las casas de la gente común y corriente. Sin embargo, el destino decidió que el Sr. Huq enloqueciera en una prisión del país que él había ayudado a crear.

Hablé con mucha gente sobre su situación e intenté que pudiera recibir algún tratamiento, pero él no se dejaba tratar. Es más, me insultaba si le sugería que podía necesitar cuidados médicos. En las reuniones del comité de trabajo, le pedí formalmente que se hiciera cargo de sus responsabilidades como secretario general de nuestra organización, puesto que yo, en su ausencia, le había sustituido. Yo pensaba que, si podía hacer que se concentrara en su trabajo, se pondría bien. Vino a la reunión, pero declaró:

—No voy a asumir la responsabilidad de dirigir la organización en calidad de secretario general. Dejemos que Mujib lo haga.

También dijo otras cosas sin sentido que hicieron evidente que el hombre no estaba en sus cabales. Yo continué con mi trabajo. Intenté luego hacer que el Sr. Huq presidiera una de las reuniones de trabajo de la Liga Awami de Daca. Pero él terminó por afirmar que era el califa del mundo entero, y todos los presentes sintieron mucha pena por él. ¿Cómo podríamos curarlo e impedir que se volviese completamente loco? La situación empeoró para él cuando su esposa, la profesora Afia Khatun, viajó al extranjero para continuar sus estudios de posgrado. Quizás habríamos podido hacer algo por él si ella hubiese estado presente.

Yar Mohammad Khan empezó a ayudarme con el trabajo del partido, y encontré su asistencia indispensable. Manik Bhai tuvo éxito en convertir el *Ittefaq* en un periódico realmente popular. A pesar de ser un semanario, era muy apreciado en pequeños pueblos y ciudades a lo largo y ancho del país. El *Pakistan Observer* también publicaba algunos artículos sobre nosotros de vez en cuando.

El gobierno de la Liga Musulmana, igual que el partido, estaba perdiendo popularidad muy rápidamente. Comprendí que todo lo que necesitábamos era un liderazgo apropiado y una organización disciplinada. Mis colegas y yo aprovechamos la oportunidad para crear estructuras de la Liga Awami en casi el setenta por ciento de las uniones de trabajadores. Los jóvenes miembros del partido me apreciaban mucho, puesto que yo era aún muy joven. El Maulana Bhasani y otros miembros del partido fueron liberados. Yo hablé con el Maulana y con el Sr. Ataur Rahman sobre la posibilidad de

organizar una reunión del consejo. Aceptaron ambos. La primera reunión del consejo se convocó en Daca. Aunque encontrar un salón donde cupiéramos resultó muy complicado. Al final, Yar Mohammad Khan se las arregló para contratar el Cine Mukul Cinema Hall para el evento.

Puesto que era imposible encontrar alojamiento para los miembros del consejo que iban a llegar a Daca desde otros distritos para asistir a la reunión, alquilé dos grandes barcos anclados en el Sadar Ghat, de Daca. Decidimos que el Sr. Suhrawardy sería el invitado de honor.

A medida que se acercaba el día de la reunión, algunos líderes de la Liga Awami empezaron a conspirar para asegurarse de que yo no saliera elegido como secretario general. Yo, mientras tanto, estaba muy ocupado trabajando para la organización, recaudando fondos y gestionando el alojamiento y las dietas de todo el mundo y no tenía ni idea de que esto estaba ocurriendo. Los que conspiraban para apartarme eran Abdus Salam Khan, Hashimuddin Ahmed de Mymensingh, Khairat Hussein de Rangpur, Almas Ali de Narayanganj y otras personas más. Ninguno de ellos había ayudado a nuestra organización recaudando dinero o donando algo. Ni siquiera le ponían ganas a la hora de trabajar. Pero para evitar que yo saliera elegido sí que gastaban dinero.

Se ve que el Sr. Salam Khan estaba enojado porque, según él, yo le había hecho un feo al elegir al Sr. Aatur Rahman Khan en vez de a él. Quince días antes de la reunión, molesto por la situación, le pedí al Sr. Aatur Rahman Khan:

—Por favor, acepte usted el cargo de secretario general. Yo no necesito ningún cargo. He trabajado para la organización y seguiré haciéndolo y me aseguraré de que usted no tenga ningún problema al administrarla.

—¿De dónde voy a sacar el tiempo para hacer todo eso? —exclamó el Sr. Khan—. No hay manera de que yo pueda dejarlo todo y trabajar solo en ese cargo. Quien quiera que sea secretario general tendrá que trabajar a tiempo completo. Nadie excepto usted puede hacerlo, por eso debes ser tú quien acepte ese cargo.

—Algunos de nuestros líderes están conspirando contra mí —dije—. Están diciendo que solo alguien con experiencia puede ser el secretario general. Es algo lamentable. Esta gente no sabe lo que es la gratitud. Hay que tener en cuenta que he estado trabajado

día y noche desde que salí de la cárcel, y todo para consolidar nuestra organización.

—Olvídalos —dijo el Sr. Khan—. No están listos para trabajar, lo único que hacen bien es hablar, no hay más que verlos en nuestras reuniones.

—Piense en lo que me acaba de decir, porque una vez que haga público que voy a presentarme, no habrá nadie que pueda interponerse en mi camino.

—El próximo secretario general tienes que ser tú —me dijo.

El Sr. Khan sabía que el Sr. Salam estaba molesto conmigo porque lo había preferido a él.

El Maulana Bhasani estaba a favor de que yo fuera secretario general. También había hablado con él y le había recomendado que eligieran a otro. Pero él no quería saber nada de eso y me dijo que yo debería ser el secretario general.

El Sr. Suhrawardy, mientras tanto, estaba en Karachi y no sabía nada de las intrigas que estaban teniendo lugar en Dacca.

Después de las reyertas comunales de 1950, el Sr. Abul Hashim abandonó Bengala Occidental y se estableció en Pakistán Oriental. En aquel momento muchos de sus compañeros ya se habían afiliado a la Liga Awami. Él también fue encarcelado en 1952 durante el movimiento por la lengua. Mientras estuvo en prisión, tuvo la oportunidad de hablar con muchos líderes y miembros de la Liga Awami que se encontraban presos con él.

A pesar de sus esfuerzos, aquellos que se oponían a que fuera secretario general no lograron encontrar a alguien que se presentara contra mí. Nadie se atrevía a hacerlo. La mayoría de los integrantes del consejo tenía la intención de votarme. Así que los conspiradores cambiaron de estrategia. Se reunieron con el Sr. Hashim en varias ocasiones y le solicitaron que se uniese al partido y que fuese su secretario general. Él aceptó con una condición: debía ser elegido por unanimidad.

El Sr. Hashim invitó al Maulana Bhasani a cenar y le informó de que algunos líderes de la Liga Awami querían que él fuese el secretario general del partido y le pidió su opinión. El propio Maulana me relató su respuesta:

—Me parece difícil que salga elegido por unanimidad, ya que Mujib tiene dudas sobre usted. Pero si usted acepta ser el presidente del partido, estoy dispuesto a cederle el cargo.

Tras la primera reunión del consejo, el Maulana Bhasani anunció los nombres de cuatro personas a las que se les otorgaba una responsabilidad especial. Así pues, Aatur Rahman Khan, Abdus Salam Khan, Abul Mansur Ahmed y yo debíamos confeccionar una lista de miembros ejecutivos del partido, por consenso, y presentarla ante el consejo.

La noche anterior a la reunión del consejo, mis oponentes plantearon al Sr. Aatur Rahman Khan que debía ser él quien ocupase el cargo de secretario general. El Sr. Khan no dijo que no, pero insistió en que primero hablaría conmigo sobre la propuesta. Me llamó y me contó lo que había sucedido. Le dije que un tiempo atrás me hubiera parecido bien, pero que ahora ya no quería saber nada de esa idea. Le pedí que sugiriese que uno de ellos se presentase como candidato al cargo. El Sr. Khan les hizo saber de mi mensaje. Mis oponentes acudieron entonces al Maulana Bhasani, pero él les dijo que deberían confiar en que el panel conformado por cuatro miembros presentaría el nombre del secretario general, bajo la condición de que esa elección fuese unánime.

La reunión del panel, sin embargo, no pudo decidir por unanimidad ningún nombre. Le dije al Maulana Bhasani durante la sesión del consejo que era necesario convocar elecciones para nombrar a alguien. No existía unanimidad en el tema, a pesar de que el Sr. Aatur Rahman Khan apoyaba mi nombramiento. Discutimos sobre el manifiesto y sobre los estatutos durante toda la noche en el comité que se había conformado para tratar sobre ellos. En la reunión del consejo se aprobaron ambos y las elecciones tuvieron lugar, a pesar de que ya estaban todos de acuerdo sobre los candidatos que debían ser elegidos. El Maulana Bhasani fue elegido presidente, el Sr. Aatur Rahman Khan, vicepresidente, y yo, secretario general. (No tengo el manifiesto conmigo en este momento, pero incluiré extractos del mismo más tarde.)<sup>54</sup>

Así fue como, por fin, la Liga Awami pudo presentarse ante la gente como un partido verdadero y completo. Desde luego, hay una cosa clara: ningún partido político puede funcionar sin un manifiesto o sin una declaración de principios.

Antes de todo esto, habíamos acudido a la conferencia de la Liga Awami Nacional en Lahore. Pero no pudimos llegar a un acuerdo con el Nabab Mamdot sobre la disolución del sistema de zamindars y otros temas.

---

<sup>54</sup> El documento no está adjunto al manuscrito.

Existía una gran diferencia entre la forma de hacer política de Pakistán Oriental y la de Pakistán Occidental. En este último, la política era una actividad con la que se entretenían importantes hombres de negocios, zamindars y Nababs. Para ellos era como un pasatiempo. En la parte oriental del país, por lo contrario, la política era la pasión de la clase media. Esa clase media era muy frágil en Pakistán Occidental, y por ello la gente de esa región no prestaba demasiada atención a la situación del país. La gente común y corriente creía todo lo que les decían los terratenientes y los líderes religiosos. Pero en Bengala, el movimiento campesino era muy fuerte desde hace mucho tiempo y la gente de esa provincia estaba mucho mejor informada sobre asuntos políticos que los pakistaníes occidentales. Es más, los bengalíes habían participado de forma activa en el movimiento independentista.

La gente de Bangladés llevaba muchos años construyendo un sistema político que partía de la aldea, y tenían una amplia experiencia a la hora de formar juntas sindicales, juntas locales y juntas de distrito. Ello les había permitido tener un conocimiento político más profundo. A pesar de que la tasa de alfabetización en Bengala Oriental era baja, los bengalíes no eran indiferentes ni estaban mal informados sobre temas políticos. Podían tomar decisiones fundamentadas y distinguir entre aquello que era correcto y aquello que era incorrecto. Así lo demostraron en las elecciones generales que se convocaron en 1946 para decidir sobre el tema de Pakistán.

La Liga Awami contaba con el respaldo de las masas y también con el de los sectores instruidos de la sociedad. Las conspiraciones, mientras tanto, obstaculizaban el funcionamiento de la Liga Musulmana. Estaban atrapados en intrigas permanentes que desacreditaba el partido. Sus políticos, por lo general, habían sido burócratas durante la dominación británica y la división entre facciones centraba toda la atención del partido. Sus miembros se escindían en grupúsculos cada vez más pequeños, cuyo único objetivo era aferrarse al poder como fuera. Los líderes que manejaban el timón de las subdivisiones y de los distritos no habían participado en ninguno de los movimientos, tampoco sabían que el mundo avanzaba más allá de su ombligo. ¡Su única preocupación era el poder!

~~~

Mientras tanto, un grupo de pakistaníes occidentales que se veían a sí mismos como representantes del país en el centro, junto con algunos altos burócratas, conspiraban para arrancarle los recursos a Bengala Oriental y transferirlos al otro sector del país. Parecían estar convencidos de que Pakistán Oriental no sería parte del país por mucho tiempo. Con esto en mente, ¡querían darse prisa en construir la parte del país que sentían como suyo! Cuando la Liga Awami empezó a demostrar, con hechos y con números, que Pakistán Oriental estaba siendo explotado, comenzaron a desesperarse y empezaron a torturar a líderes de la Liga Awami para acabar con el partido a la fuerza.

El pueblo estaba cada vez más harto de los tejemanejes de la Liga Musulmana y de sus políticas represivas. En Pakistán Oriental, la Liga Musulmana empezaba a dar signos de agotamiento.

En Punjab, durante el gobierno de Khawaja Nazimuddin, también hubo violentas reyertas comunales y murieron miles de personas. Hubo que declarar la ley marcial en Lahore. El origen de las reyertas estaba en una serie de movimientos iniciados contra las sectas de los ahmadíes y los quadianíes. Los impulsores habían sido unos cuantos intelectuales musulmanes famosos. Esos líderes espirituales parecían empeñados en demostrar una sola cosa: que la Comunidad Ahmadía y los quadianíes no eran musulmanes. Yo sabía muy poco sobre ese tema, pero sí que tenía y tengo una cosa muy clara: nadie debe ser asesinado por tener ideas distintas a las mías. Eso va en contra de lo que el islam enseña, y es un crimen contra la religión. La Comunidad Ahmadía y los quadianíes creen en Dios y también en el Profeta. El islam prohíbe castigar incluso a los no creyentes, así que ni que decir tiene que prohibía castigar a la Comunidad Ahmadía y a los quadianíes. En Lahore y en otros lugares, hombres, mujeres e incluso niños habían sido lanzados al fuego y quemados vivos por los fanáticos que los perseguían. La gente responsable de estas horribles acciones es, incluso ahora, una parte importante del cuerpo político de Pakistán.

Se suponía que Pakistán iba a ser una democracia. En ella, personas de toda fe, sin importar su raza o su religión, iban a gozar de los mismos derechos. Es una lástima que la gente que se había opuesto a la creación de Pakistán intentara ahora presentar Pakistán como un estado islámico, envenenando la política de la nación con la religión para conseguir sus fines.



En lugar de implementar programas de reforma económica y social, los líderes de la Liga Musulmana coreaban al unísono: “islam”. Cualquiera hubiera dicho que no sentían que debían preocuparse por el bienestar económico de la gente, algo por lo que la clase obrera y los campesinos se habían sacrificado mucho durante el movimiento por la independencia. Los líderes de la Liga Musulmana y sus secuaces parecían más interesados en ayudar a los opresores y a la clase feudal, ya que esta gente se había hecho con las riendas del gobierno.

Por otra parte, las divisas extranjeras que ingresaban gracias a la economía de Pakistán Oriental se estaban utilizando para construir industrias en Pakistán Occidental. Un grupo de capitalistas se había organizado, intentando acumular tanta riqueza como fuese posible, en base a la explotación de la gente. De un día para otro aparecían convertidos en millonarios. Muchos se volvieron ricos y fueron conocidos como grandes empresarios, cuando en verdad no hacían más que vender licencias de importación y exportación sin moverse de sus salones en Karachi. El poco control que Khawaja Nazimuddin tenía sobre la administración era, esencia, lo que permitía que esa gente se aprovecharse de la situación para enriquecerse. Se aceptaban todas las peticiones que presentaban los antiguos burócratas –ahora transformados en hombres de negocios–, incluso las más inadmisibles.

En aquel momento, según creo, Nazimuddin había empezado a confiar en una persona tan nociva como Chowdhury Muhammad Ali, a quien había nombrado ministro de finanzas. No sé si este calificativo es del todo merecido, pero no dudo que algunas de las cosas que se decían sobre él eran ciertas. El ya fallecido Fazlur Rahman era entonces ministro del gobierno central. Creo que intentó impedir las maquinaciones de Chowdhury Muhammad Ali.

El gobierno de Khawaja Nazimuddin estaba dividido en dos facciones. El Sr. Fazlur Rahman encabezada la que era conocida como “el grupo bengalí”. La otra, liderada por Chowdhury Muhammad Ali, era conocida como “el grupo punjabi”. Los llamados líderes bengalíes del gobierno central no podían complacer a Chowdhury Muhammad Ali, incluso después de haber concedido a sus hermanos punjabis la capital, la sede militar, todos los cargos más importantes del gobierno y la mayor parte del comercio del país. En la Asamblea Constituyente, los bengalíes eran mayoría,

incluso después de haber entregado más de seis escaños a sus “hermanos” de Pakistán Occidental. Bien podían haber garantizado los intereses de los pakistaníes orientales, de haberlo querido. Sin embargo, en vez de defender a su gente, le entregaron a los punjabis todo lo que quisieron a cambio de aferrarse al poder. Irónicamente, al final ni siquiera pudieron mantenerse en sus cargos. Los líderes de Pakistán Occidental comprendieron que ya habían exprimido todo lo que había que exprimir de esa gente. Había llegado la hora de quitarle cosas a un grupo nuevo, ya que el grupo viejo empezaba a entregarles cosas a regañadientes. ¡Puede que acabaran revelando su verdadera naturaleza! Habían logrado que los líderes de Pakistán Oriental actuaran de un modo que había generado una amplia desconfianza entre la gente de Pakistán Oriental. Colapsarían, como un castillo de naipes ante el más pequeño empujón. Consiguieron que el Sr. Khawaja Nazimuddin hablase en contra de la lengua bengalí, de modo que cualquier atisbo de fe que tuviera el pueblo de Bengala en él se esfumó con eso para siempre. Tenían aún muchas cartas guardadas. ¿Cómo podrían esas personas enfrentarse a los sagaces burócratas del imperio británico? Habían perdido del todo la confianza de las masas y ahora dependían completamente de la burocracia, configurada casi exclusivamente por gente de Pakistán Occidental y, en particular, de Punjab.

En abril de 1953 el gobernador general Golam Muhammad despidió al Sr. Khawaja Nazimuddin, presidente de la Liga Musulmana, el partido que tenía la mayoría en la Asamblea Constituyente y en el Parlamento. En su lugar, nombró como primer ministro al embajador de Pakistán en los Estados Unidos, Mohammad Ali, que venía de Bogra. El Sr. Ali fue nombrado a pesar de que no era miembro de la Asamblea Constituyente. De hecho, ni siquiera era miembro de la Liga Musulmana. Había vivido fuera de Pakistán desde 1948 y no se había preocupado de mantenerse al tanto de lo que sucedía en el país.

Recuerdo una reunión que la Liga Awami había organizado en Paltan Maidan en Daca. El Sr. Suhrawardy hablaba ante a una enorme multitud, cuando alguien nos informó de que había escuchado que el Sr. Nazimuddin había sido destituido como primer ministro. El Sr. Suhrawardy le dijo a la gente que lo escuchaba:

—Algo importante ha sucedido hoy en Pakistán.

Cuando la reunión terminó y yo acompañaba al Sr. Suhrawardy, él me dijo:

—Sí, han echado al Sr. Nazimuddin, pero no es una noticia que me alegre.

—¡Era lo que se merecía! —dije yo.

—Sí —dijo el Sr. Suhrawardy—. En lugar de brindarnos una constitución y de convocar elecciones generales, han hundido a Pakistán en la política de la conspiración.

Discutimos sobre muchos otros temas ese día. En cualquier caso, los demás líderes de la Liga Musulmana no protestaron por la manera tan poco democrática en la que el Sr. Nazimuddin había sido relevado del cargo. Fueron abandonando uno a uno al hombre que había sido su líder, y apoyaron al Sr. Mohammad Ali, impulsados por su ambición. El Sr. Nazimuddin tuvo incluso que dejar su cargo de presidente de la Liga Musulmana. Los líderes del partido eligieron al Sr. Ali como presidente de la Liga Musulmana Nacional de Pakistán. Ni uno solo levantó la voz para protestar. Solo la Liga Awami de Pakistán Oriental se manifestó en contra de lo sucedido, denunciando la falta de transparencia.

El ministro de Bengala Oriental, el Sr. Nurul Amin, era un discípulo del Sr. Khawaja Nazimuddin. Él también declaró que apoyaría al Sr. Mohammad Ali como primer ministro de Pakistán, cosa que también hicieron otros ministros de provincias. Estaba claro que el partido estaba compuesto por oportunistas y egocéntricos. ¿De dónde sacó el Sr. Golam Muhammad la confianza para una maniobra tan audaz? Debieron animarle a hacerlo los altos burócratas y ciertos poderes invisibles que, sin duda, le garantizaron que recibiría apoyo. La mano que movía los hilos del partido parecía saber perfectamente cómo iban a actuar los líderes y los miembros de la Liga Musulmana.

Los seguidores del Sr. Khawaja Nazimuddin se incorporaron en fila india al gabinete del Sr. Mohammad Ali. El propio Sr. Nazimuddin parecía temeroso de hacer algo que pudiese detener ese éxodo masivo. Decidió repetir su estrategia de 1946 e hizo mutis por el foro, afirmando que iba a tomarse un descanso. No hay duda de que contaba con volver a aparecer a la primera oportunidad. Mohammad Ali no tenía ningún talento como político. Su enfoque era muy superficial. En Estados Unidos se había limitado a adoptar las costumbres y los modales estadounidenses, y la manera de

vestir de ese país. Parecía ansioso de hacer todo lo que Ghulam Muhammad le pidiese. También parecía muy contento de seguir cualquier directriz que los estadounidenses le impartiesen. El gobierno americano veía comunistas en todas partes, y él parecía contagiado por la misma obsesión. Al principio se había referido al Sr. Suhrawardy como su “padre” político, pero pronto empezó a hablar en su contra.

~~~

El Maulana Bhasani, mis colegas y yo, decidimos que no había tiempo que perder. Concentramos nuestras energías en consolidar la Liga Awami. Hacíamos giras por los distritos, subdivisiones, estaciones de policía, *thanas* y poblados, y conseguimos reunir un ejército de miembros entregados.

Bajo el liderazgo de la Liga de Estudiantes, los estudiantes se las arreglaron para enfrentarse a la poderosa Liga Musulmana. La corrupción y el nepotismo de la administración habían alcanzado cotas nunca vistas y estaban ahogando el país. La constitución había perdido toda su fuerza y los funcionarios del gobierno estaban empeñados en actuar como les diera la gana. La hambruna estaba llegando a un punto crítico y el desempleo era también un problema inmenso. La gente que estaba en el poder no parecía tener ningún plan o programa para paliar estos males. Les bastaba con seguir en el poder.

Cada vez que los ministros del gobierno de Pakistán Oriental se presentaban para dar declaraciones públicas, la gente procuraba no acudir. Nadie en la provincia había olvidado los eventos del veintiuno de febrero de 1952. Intentamos fortalecer la opinión pública que buscaba la redacción de una nueva constitución. Estábamos empeñados en hacer que el bengalí fuera idioma oficial del estado, y en lograr la autonomía para Bengala Oriental. No aceptaríamos transigir en esos puntos. Entonces el Sr. Fazlur Rahman intentó introducir una modalidad de escritura del bengalí que utilizaba el alfabeto árabe. Logramos generar entre la gente un rotundo rechazo a esa propuesta.

Algunos líderes de la Liga Musulmana se empeñaban en imponer un gobierno central para todo el país mediante propaganda encubierta. Los líderes de la Liga Awami, en cambio, trabajaban

para implementar un gobierno basado en una confederación y en la autonomía regional, e intentaban convencer a la gente sobre las ventajas de ese sistema.

Está mal que alguien permanezca en prisión sin haber sido juzgado. El rechazo a las políticas del gobierno le dió un nuevo impulso al movimiento por la liberación de los presos políticos que habían sido encerrados sin un juicio. Los jóvenes y los trabajadores empezaron a afiliarse a la Liga Awami.

A mediados de 1953 se decidió que se convocarían elecciones para la Asamblea Provincial de Bengala Oriental. Nadie dudaba de que los dos partidos que aspiraban a la victoria eran la Liga Awami y la Liga Musulmana. Ciertamente, se había creado también una organización denominada Ganatantrik Dal (Partido Democrático), pero sus actividades parecían limitarse a dar declaraciones a los periódicos. EL Sr. A. K. Fazlul Huq era por entonces abogado general de la Corte Superior de Daca. No había participado en política después de la creación de Pakistán. En septiembre de 1953 renunció a su cargo de abogado general y se unió a la Liga Musulmana. En aquel momento la Liga Musulmana tenía muchas pugnas internas. El Sr. Mohan Mia había formado una facción que se oponía al Sr. Nurul Amin y que había intentado en vano elevar al Sr. Huq al cargo de presidente de la Liga Musulmana. Las dos facciones se enfrentaron en una lucha visceral que tuvo lugar frente al Curzon Hall. La facción del Sr. Amin ganó la “batalla”, y el Sr. Mohan Mia y su gente fueron expulsados de la Liga Musulmana.

Me reuní con el Sr. Fazlul Huq y le pedí que se uniese a la Liga Awami. Él asistió a un mitin nuestro que tuvo lugar en Chandpur. En su discurso ante los asistentes declaró:

—Aquellos a quienes les gusta robar, deben unirse a la Liga Musulmana, y aquellos a quienes les gusta trabajar por el bien de las masas, deben unirse a la Liga Awami —dijo. Luego me cogió de la mano y, levantando el brazo ante la multitud, añadió—: Hagan lo que Mujib les diga. No puedo hablar demasiado, pues ahora ya estoy viejo —. Los periódicos se hicieron eco de ese discurso.

La facción más antigua<sup>55</sup> de la Liga Awami retomó su plan para formar el Frente Unido contra el gobierno. Abdus Salam Khan, Hashimuddin, de Mymensingh y algunos otros, empezaron a buscar

<sup>55</sup> Aquellos que no querían que Sheikh Mujib fuese elegido secretario general de la Liga Awami.

apoyos para esa causa. Mientras tanto, un grupo de autodenominados progresistas del partido empezaron a pedir la unidad de los grupos de oposición. Los reaccionarios y los radicales parecían haberse unido en ese empeño. Hasta entonces la gente no conocía ningún partido de oposición que no fuese la Liga Awami. El Maulana Bhasani y yo discutimos sobre la situación para decidir qué acciones emprenderíamos. Él me dijo claramente que si el Sr. Huq decidía unirse a la Liga Awami, lo aceptaría y le daría un cargo acorde a su importancia. Pero si se unía a cualquier otro partido, no se aliaría con él de ningún modo. La gente que había sido expulsada de la Liga Musulmana estaba intentando arrimarse a él para volver a destacar. Debíamos evitar cualquier relación con ellos, ya que esas personas habían participado en las terribles acciones llevadas a cabo por la Liga Musulmana hasta septiembre de 1953. Esa gente se había opuesto a que el bengalí fuese uno de los idiomas oficiales del estado. El Maulana Bhasani consultó con muchos de nosotros sobre esos temas. Me había dado instrucciones para que me asegurase de que ninguno de los partidarios del Frente Unido encontrase cobijo en la Liga Awami.

En sus reuniones, el comité de trabajo discutió largamente sobre todos estos temas. La mayor parte de nuestros miembros estaba en contra del Frente Unido. Formar una alianza obviando nuestras diferencias ideológicas podía dar buenos resultados a corto plazo, pero a la larga acabaría afectando la estabilidad. De hecho, le haría más daño que bien al país. La gente que, dentro de la Liga Awami, insistía en promover el Frente Unido, estaba en realidad interesada en abandonar la Liga Musulmana y en llegar al poder como fuera. ¡Cómo iban a despedirse del poder para resignarse a estar siempre en la oposición!

Los ultraprogresistas, por otro lado, tenían motivos distintos para formar una alianza. Querían que el Frente Unido se constituyese para poder dañar la reputación de algunos líderes nacionales y lograr así que la gente perdiese la confianza en las instituciones políticas. Una vez que eso ocurriese, podrían, en el futuro, decirle a la gente que nada bueno podía esperarse de esos líderes y de esos partidos. Esas personas querían enturbiar las aguas que estaban aún transparentes.

La Liga Musulmana había perdido el apoyo de las masas. Era un partido sin principios. No existía ningún acto terrible que sus

miembros no hubiesen cometido estando en el poder. Habían traicionado a la gente, en general, y a Bengala Oriental, en particular. Quienes habían sido expulsados del partido no habían podido encontrar un espacio donde guarecerse en medio de las diabólicas conjuras que sucedían en todos los rincones. Es difícil imaginar hoy hasta qué punto podía llegar el rencor de los miembros de ese partido. Pero la gente que salía del mismo no lo hacía con la esperanza de defender sus principios, sino porque no podía permanecer allí después de haber sido derrotados en la lucha por el poder. Quienes habían sido expulsados jamás protestaron contra las políticas del gobierno que atentaban contra el ciudadano en el Pakistán independiente, más bien habían hecho todo lo posible por aprovecharse de que estaban en el gobierno. Ahora se habían cambiado de chaqueta e intentaban aprovecharse de la popularidad del Sr. Huq para negociar con la Liga Awami.

El Sr. Huq había decidido unirse a la Liga Awami y había comentado esta decisión con varias personas. Esta gente empezó a susurrarle que sería mejor para él crear un partido nuevo, e incluir al mismo en el Frente Unido. Le dijeron que la Liga Awami no le daría un cargo que estuviese a su altura. Sugirieron que las posibilidades de que el Sr. Suhrawardy lo nombrase primer ministro de Bengala Oriental eran mínimas, y otras cosas por el estilo. Decían que si tenían su propio partido podrían superar cualquier obstáculo que les pusiera la Liga Awami aliándose con la Liga Musulmana. Esta gente estaba convencida de que la Liga Musulmana obtendría algunos escaños en las elecciones. Pero su primera opción era formar una alianza con la Liga Awami, y después esperar antes de decidir cuál sería el siguiente paso. Si mantenían sus opciones abiertas, podrían tomar el rumbo que más les conviniera en cada momento. Nosotros, mientras tanto, habíamos informado al Sr. Huq de que iba a convertirse en el líder de la Liga Awami en la Asamblea Provincial de Bengala Oriental, mientras que el Sr. Suhrawardy sería nuestro líder en la Asamblea Nacional.

Debió ser por esos días cuando el Maulana Bhasani me escribió formalmente para pedir que organizara una reunión del consejo de la Liga Awami en Mymensingh. No me consultó antes de enviarme esa carta. El Sr. Hashimuddin, de la Liga Awami de Mymensingh, era partidario de la idea del Frente Unido. El Maulana Bhasani sabía que yo no le tenía aprecio a ese hombre, que había formado



una alianza con el Sr. Salam y siempre conspiraba con él. Mis aliados en el distrito, el Sr. Rafiqueuddin Bhuiyan y el Sr. Hatem Ali Talukder, aún se encontraban en prisión. Era muy difícil comprender la táctica política del Maulana Bhasani. Me parecía que iba a haber un choque de trenes en Mymensingh.

A pesar de mis reservas, convoqué la conferencia e informé a todo el mundo de que había sido el Maulana Bhasani, en calidad de presidente de la Liga Awami, quien me había dado la orden para hacerlo. El Sr. Suhrawardy también estaba invitado a la conferencia. Envié cartas anunciando el evento a todos los distritos. Le pedí al Sr. Hashimuddin que procediese con los arreglos necesarios para alojar a los delegados en hoteles, donde cada uno pagaría su propia manutención, a pesar de que, normalmente, era la responsabilidad del comité del distrito ocuparse de tales gastos. El Sr. Abul Mansur Ahmed era el presidente de la Liga Awami del distrito, pero dejó que fuese el Sr. Hashimuddin quien se ocupase de todos los detalles de la organización. Hubo delegados de muchos distritos que se quedaron sin alojamiento. Pero tuve la suerte de contar con la ayuda del Sr. Abdur Rahman Siddiqui, uno de los miembros del partido, que logró alojar a muchos en los pequeños hoteles de la ciudad. No hicieron ninguna gestión que me permitiese abrir allí una oficina temporal de la Liga Awami de Pakistán Oriental. Habían ordenado que la gente del partido de toda la provincia asistiese a la conferencia. Tenía la confianza de que, independientemente de dónde se celebrara la conferencia, los votos contra mí no superarían el diez por ciento.

Tres o cuatro días antes de que la conferencia tuviese lugar, el Maulana Bhasani hizo público que no asistiría. No dio ninguna razón que justificase su ausencia. Yo conocía su tendencia a evitar participar en reuniones en las que se decidían cosas importantes. Khondokar Mohammad Ilias y yo nos vimos forzados a ir al pueblo de Panchbibi, en Bogra, para llevar al Maulana a Mymensingh, a pesar de que no teníamos mucho tiempo y de que teníamos mucho trabajo pendiente. De hecho, necesitábamos contactar con varios de los miembros del partido en varios distritos. La facción de nuestro partido que apoyaba al Frente Unido había enviado a su gente a varios distritos. Khondokar Mushtaq Ahmed era una de las personas que apoyaba al Frente Unido. Ilias y yo habíamos cruzado Bahadurabad Ghat y, en el momento en que nos subimos a un

tren en Fulchari Ghat, vimos que un tren llegaba desde Bogra. Pude divisar en su interior a alguien que se parecía mucho al Maulana Bhasani en un vagón de segunda clase. Le dije a Ilias:

—¿Puedes ver quién está dentro de ese tren?

—¡Es el Maulana! —dijo Elías después de observar unos instantes. Recogimos nuestro equipaje rápidamente, nos bajamos del tren y corrimos hacia el vagón del Maulana. Sin decir una palabra, el Maulana empezó a caminar, alejándose de nosotros. Apresuramos el paso y yo le pregunté:

—¿Qué está sucediendo? Usted nos pidió que convocáramos a una conferencia. ¿Por qué no quiere asistir?

—Creo que no sabe lo obsesionados que están sus líderes con formar el Frente Unido. No quiero trabajar con gente de tan pocos principios. La mayoría de los miembros de la Liga Awami quiere el Frente Unido. No podrán vencerlos cuando llegue el momento de votar. No quiero participar en ese tipo de política. En todo caso, no tengo nada que ganar. No voy a presentarme como candidato en las elecciones. Ni siquiera quiero ser parte del consejo.

—Fue usted quien me pidió que convocase una reunión en Mymensingh —dije enfurecido—, sin consultarnos a ninguno de nosotros. Estaba previsto que la reunión del consejo tuviese lugar en Dacca, unos días más tarde. Pero usted no sabe qué es lo que decidirá el consejo. Dudo mucho que puedan llegar a formar un Frente Unido, aunque quieran. Los miembros de la Liga Awami han sufrido muchas humillaciones por parte de los líderes expulsados de la Liga Musulmana. Saben que esos hombres no se han unido a nosotros para quedarse en la oposición. Quieren usarnos para salir elegidos y, una vez que eso suceda, seguirán su propio camino. Si usted no aparece en la conferencia, telegrafiaré a todo el mundo diciendo que la reunión del consejo se ha cancelado, y me iré de aquí a mi casa.

Llegamos al pueblo de Sarder Char, y acabamos yendo a casa de Musa Mia, que era discípulo del Maulana. Era muy pobre y su casa con tejado de paja solo tenía dos habitaciones pequeñas. Dejamos nuestro equipaje y nuestras sábanas bajo un árbol que había cerca de su casa, y nos sentamos en una estera. El hombre estaba desconcertado porque no podía ofrecernos nada. Era un hombre pobre, pero tenía, desde luego, un gran corazón. Faltaban unas cuantas horas para la salida del tren que nos llevaría a Dacca. El Maulana, mientras tanto, no decía nada.

Pasamos la noche en casa del Sr. Musa, quien debió gastarse todo lo que tenía para poder ofrecernos una cena decente. Había enviado a alguien a Fulchari Ghat, que quedaba a casi una milla y media de allí, para que pudiésemos tomar té. Pasamos la noche en una casa cercana, de propiedad de otro de los admiradores del Maulana. Ese hombre tenía un cuarto para invitados.

Hablamos un buen rato con el Maulana y, tras varios momentos tensos y otros más cordiales, acabó finalmente por acceder a ir a la reunión. Ilias y él siguieron discutiendo un rato más.

A la mañana siguiente, ambos nos dirigimos a Mymensingh para hablar con el Sr. Mohammadullah. Korban Ali, Hamid Chowdhury y Mollah Jalaluddin ya se encontraban allí. Pero nosotros debíamos regresar a Dacca para recibir al Sr. Suhrawardy y acompañarlo a Mymensingh.

Hamid, Jalal y Mohammadullah no habían conseguido ningún local para instalar la oficina de la Liga Awami, pero se las arreglaron para que Azizur Rahman les cediera una habitación de su casa. Se suponía que yo me alojaría en la residencia de Hashimuddin. Sin embargo, ¿cómo iba a dejar a los demás y quedarme en su casa? En mis anteriores visitas a Mymensingh me había quedado con Hashimuddin. Khalek Newaz, Shamsul Huq y Rashid eran importantes miembros del partido en Mymensingh y, a pesar de que no apreciaban mucho a Hashimuddin, a mí me tenían verdadera devoción. Me ayudaron a encontrar alojamiento para todos los miembros del consejo.

La reunión del consejo tendría lugar en el Alka Cinema Hall. Esa noche se me informó de que Hashimuddin estaba planeando llenar la sala con personas que no pertenecían a nuestro partido, o que iban a infiltrarse, haciéndose pasar por miembros de la Liga Awami, para que su facción pudiera obtener la mayoría en todas las votaciones.

A eso de las cinco de la mañana, informé al Sr. Abul Mansur Ahmed sobre la posibilidad de que el Sr. Hashimuddin intentase jugarlos. Le dije:

—Por favor, dígame a Hashimuddin que no intente nada raro, porque si a la gente le llegan rumores de una lucha interna en el partido, esto dañará nuestra reputación.

—No sé nada sobre este asunto —dijo el Sr. Ahmed—, pero voy a investigar y veré qué puedo hacer.

Por la mañana pedí que varios delegados se hicieran acompañar por ocho miembros del partido y que se colocaran en cada una de las puertas de acceso al salón. Nadie debía pasar sin una invitación que llevase mi firma. Les confié esta tarea a miembros del partido de distintos distritos que eran muy trabajadores y leales. Gracias a esta medida logramos evitar que ningún extraño se colara en la sala. Algunos intentaron entrar por la fuerza, pero les resultó imposible por la firme resistencia y la determinación de los miembros de nuestro partido.

Entregué el informe que, como secretario del partido, había elaborado. El Sr. Suhrawardy y el Sr. Bhasani pronunciaron discursos. Según creo recordar, Mia Iftekharuddin –que era un invitado de honor– habló al final. Hubo dos temas sobre los que hubo mucho debate: asuntos exteriores y la formación del Frente Unido. Un comité dedicado a esos temas deliberó durante mucho tiempo. Yo presenté una propuesta sobre relaciones internacionales. Sugerí que la Liga Awami debía mantener una política neutral e independiente. Abdus Salam Khan se opuso a mi sugerencia, y me acusó de ser demasiado radical en mi enfoque. Yo respondí calificándolo de reaccionario y así recibió su merecido. Mi propuesta fue aprobada y, comprendiendo que el ambiente en la reunión estaba en su contra, no se atrevió a pedir que se votara la propuesta.

A continuación, discutimos si era conveniente que la Liga Awami formase un Frente Unido con los otros partidos para poder enfrentarse a la Liga Musulmana (¡el viejo tema de siempre!). Quienes apoyaban la idea hablaron a favor de la misma, pero yo me pronuncié en contra, y en mi intervención mencioné los siguientes puntos: ¿existía realmente otro partido en la oposición que fuese digno de ese nombre? Formar una alianza con gente que no tenía ni principios ni ideales era lo mismo que intentar insuflar aliento en seres ya fosilizados. Esa gente había causado un inmenso daño al país. Se habían metido en política para beneficiarse personalmente, y el país les daba igual.

Mi discurso era fruto de las emociones que me provocaba todo este asunto. Entre las personas que proponían el Frente Unido había muchos que eran culpables de ayudar a quienes quisieron acabar con el movimiento por la lengua en 1948 y en 1952. El gobierno de la Liga Musulmana nos había encarcelado durante meses sin juicio alguno. El Maulana Bhasani también se oponía

totalmente a la idea de un Frente Unido y el Sr. Suhrawardy, por su parte, no había demostrado ningún entusiasmo por la idea en su discurso.

La facción que promovía el Frente parecía sorprendida por la oposición a su planteamiento. El Sr. Aatur Rahman Khan y yo estábamos juntos al afirmar: “No queremos un Frente Unido.” Había que evitar esta moción en las urnas. Pero podía ocurrir que la gente entendiera que la Liga Awami estaba en contra de la unidad. Les pregunté a mis amigos si habían recibido alguna propuesta por parte de gente que estuviera a favor de la idea. No había duda de que el planteamiento de un Frente Unido habría sido rechazado si se hubiera votado. Al final se decidió dejar el asunto en manos del Sr. Suhrawardy y del Sr. Bhasani para que encontraran una solución. Pero antes debían ponerse ellos de acuerdo y discutir con los miembros del comité de trabajo. Mis amigos sabían que tanto el Sr. Suhrawardy como el Maulana Bhasani no apreciaban a muchos de los que estaban a favor del Frente Unido.

El Maulana y el Sr. Suhrawardy declararon sin medias tintas que, si el Sr. Fazlul Huq deseaba incorporarse a la Liga Awami, el partido le daría la bienvenida y trabajaría para que fuese elegido primer ministro de Bengala Oriental. Sería también nombrado el líder del partido parlamentario de Bengala Oriental. El Sr. Suhrawardy me dijo:

—Es un político con mucha experiencia. A lo largo de su vida, ha hecho mucho por el pueblo. Hay que brindarle una última oportunidad para que sirva a su país.

El Maulana Bhasani me dijo que no participaría en ningún intento de formar un Frente Unido. Era impensable trabajar codo con codo con gente como Hamidul Huq Chowdhury y Mohan Mia. Eran culpables del mismo crimen que había cometido Nurul Amin. Me pidió que gestionara la apertura de una oficina para las elecciones y que decidiera quién sería nominado para los cargos importantes.

—La Liga Awami ganará las elecciones —le aseguré al Maulana—, no hay razón para preocuparse por ello. Y, aunque no obtenga la mayoría en la Asamblea Provincial, puede ejercer de partido de la oposición. La política será entonces transparente, y no existirá una fragmentación de opiniones. Tener a gente sin escrúpulos en el poder no le traerá nada bueno a la nación, solo personas que velen de forma sincera por el progreso pueden ayudarla.

El Maulana asintió y me pidió que organizara reuniones en diferentes distritos para hablar de estas cuestiones. Él y yo haríamos una gira por todos los distritos, y decidiríamos quién sería nombrado y en qué jurisdicción. El Sr. Suhrawardy se uniría a nosotros en unos días, cuando regresara de Karachi, y sería entonces el máximo responsable de la campaña.

La Liga Awami tenía un problema: carecía de fondos. Sin embargo, poseía un gran grupo de voluntarios que valían su peso en oro. No necesitaríamos tanto dinero, y los candidatos podrían gastar lo que pudieran recaudar. Después de todo, la opinión pública favorecía a la Liga Awami.

El Sr. Salam, sin embargo, no desistió. Podría decirse que había decidido adoptar el rol de guardián de la conciencia del Sr. Huq. El Sr. Huq había logrado formar un partido propio de la noche a la mañana. Lo denominó partido Krishak Shramik Dal (Partido de los campesinos y los obreros). A pesar de que no tuviese fuerza estructural en ningún lugar del país, pudo atraer a algunos líderes que habían sido expulsados de la Liga Musulmana, liderados por Hamidul Huq Chowdhury y Mohan Mia. También atrajo a algunos de sus antiguos admiradores que habían abandonado la política para dedicarse a cuidar de sus familias. Muchos de ellos se habían opuesto a la creación de Pakistán. El Sr. Abul Hashim había aconsejado al Sr. Huq que no se uniese a la Liga Awami y que formase su propio partido. El Sr. Salam, por su parte, no hizo ningún esfuerzo por animar al Sr. Huq a que se uniera a la Liga Awami. El motivo es que el Sr. Salam sabía que su posición dentro de la liga Awami era precaria.

—¿Cuánto tiempo puede uno permanecer en la oposición? —me preguntó un día el Sr. Salam—. Si no alcanzamos el poder, el pueblo va a perder toda su fe en nosotros. Tenemos que llegar al poder, sin importar los medios que empleemos para ello. Si constituimos un Frente Unido, seguro que podremos formar gobierno.

—Podemos llegar al poder de un modo u otro —le dije yo—, pero así no podremos hacer nada por la gente y, en cualquier caso, el poder que se obtiene con subterfugios no tarda en desaparecer. Si no se alcanza la unidad gracias a unas ideas comunes, ninguna alianza será duradera.

Él no coincidía conmigo. Era un hombre que nos traería problemas, puesto que estaba decidido a alcanzar el poder sin

reparar en los medios que emplease para obtenerlo. Parecía haber comprendido que, si la Liga Awami era el único partido con una mayoría, él no obtendría un alto cargo. Tendría, pues, más posibilidades de que esto sucediera si se aliaba con el Sr. Huq. Nadie se oponía a recibir al Sr. Huq en la Liga Awami. Pero no había ninguna duda de que la gente que se había arrimado a él acabaría por arruinar su reputación, la de la Liga Awami y hasta la del mismísimo país. Por este motivo me mantuve firme en mi lucha contra las maquinaciones del Sr. Salam.

Es cierto que había un grupo de personas que estaba decididamente a favor de un Frente Unido, pero esas personas se estaban dejando llevar por sus emociones. Estaban ansiosas por emerger de las garras de la Liga Musulmana. La gente, en general, no sabía casi nada de partidos que no fuesen la Liga Awami y la Liga Musulmana.

El Sr. Suhrawardy empezó a asistir a mítines públicos a lo largo y ancho del país. Sabía muy bien qué consecuencias traería la formación de un Frente Unido. Un día estaba yo presente mientras el Maulana y él discutían del tema, y dije:

—Podemos formar una alianza electoral si queremos. La Liga Awami podría abstenerse de nombrar candidatos en las zonas en las que los candidatos del Sr. Huq tienen garantizada la victoria y ellos, a su vez, tendrían que retirar su gente de los lugares donde la Liga Awami tenga candidatos fuertes. Y todos los candidatos se presentarán a las elecciones desde el programa electoral de su partido.

Pero el Maulana tampoco quería oír hablar de esta concesión y afirmó que la Liga Awami se presentaría sola y punto. Me pidió que organizara el partido para las elecciones.

Hacia el final de 1953, el Sr. Suhrawardy me dijo que debía viajar a Karachi durante unos días para recaudar fondos, y que no regresaría a Pakistán Occidental hasta que las elecciones terminasen. El Maulana y yo íbamos de distrito en distrito, organizando mítines. Planeábamos regresar a Daca un par de días antes de que el Sr. Suhrawardy regresara a la ciudad. Decidimos visitar Bengala del Norte al inicio de nuestra gira. Concluiríamos esa parte de la gira con tres mítines en Kushtia, para regresar a Daca después. La respuesta que obtuvimos fue extraordinaria.

Habíamos informado a los oficiales de cada distrito del partido de que necesitábamos que nos enviaran recomendaciones para



ayudarnos a decidir qué candidatos debían presentarse en representación nuestra. Nos hicieron llegar los nombres de las personas que habían seleccionado. Nominaríamos tan solo a aquellos escogidos de forma unánime en cada distrito. Si los oficiales de distrito no tenían éxito en nominar a una sola persona en una jurisdicción específica, le correspondería a la Liga Awami de Pakistán Oriental nominar a alguien en ese lugar. Sin embargo, si tanto el Maulana Bhasani como el Sr. Suhrawardy se ponían de acuerdo sobre un candidato en particular, en una jurisdicción determinada, su decisión anularía cualquier otra consideración.

Tan pronto como el Maulana Bhasani y yo llegamos a Kushtia, recibí un telegrama en el que se me informaba de que el Sr. Ataur Rahman Khan y Manik Mia deseaban que regresáramos a Daca de inmediato. Telefoneé al Sr. Khan esa noche desde Kushtia. Me dijo que abandonásemos la idea de efectuar un mitin, y que regresásemos a Daca tan pronto como nos fuese posible. Intenté decirle que el mitin estaba organizado para la mañana siguiente y que, si lo cancelábamos tan abruptamente, nuestros miembros podían ser atacados por los asistentes, por haberlos engañado. También sería negativo para la reputación del partido. El Sr. Khan seguía insistiendo en que regresásemos. Acepté enviar al Maulana Bhasani al día siguiente, pero le dije que yo regresaría tres días después, después de asistir a los tres mítines que estaban previstos. Él aceptó la idea.

Al principio el Sr. Khan había considerado, como nosotros, que la idea de un Frente Unido no era buena. Por desgracia, a la larga, no era una persona muy constante a en lo que a opiniones se refiere. Ante cualquier propuesta siempre terminaba diciendo “sí, sí”. En otras palabras, bastaba con insistir un poco para que cediera siempre.

El Maulana regresó a Daca. Yo debía seguirlo en cuanto hubiéramos celebrado los mítines, pero, antes de que pudiera hacerlo, se me informó de que el Sr. Fazlul Huq y el Maulana Bhasani habían firmado un compromiso para formar un Frente Unido.

No me lo podía creer. ¿Por qué había firmado el Maulana Bhasani un documento así? ¿Cómo podrían llevar adelante un programa en ausencia del Sr. Shaheed Suhrawardy? ¿Qué sucedería con nuestra organización a partir de ahora? ¿Cómo se realizarían las nominaciones? ¿Por qué el Maulana se había apresurado a

firmar el documento? No me entraba en la cabeza que algo así pudiera llegar a suceder.

Cuando regresé a Daca, fui a casa del Sr. Yar Mohammad para ver al Maulana Bhasani. La oficina de la Liga Awami estaba en el primer piso del inmueble en el que el Sr. Mohammad vivía. En cuanto entré en nuestra oficina y tomé asiento, los compañeros del partido me explicaron los eventos que habían precedido a la firma del documento. El Sr. Abul Mansur Ahmed era, desde luego, un hombre astuto. Percibió lo que los tiempos requerían y, con la ayuda del Sr. Kafiluddin Chowdhury, consiguió que el Sr. Fazlul Huq firmase el manifiesto de los veintidós puntos. Ese documento incluía la petición de autonomía requerido por la Liga Awami, además de la necesidad de que el bengalí fuese idioma oficial del estado, y exigía la liberación de todos los prisioneros políticos. También accedió a otras peticiones que habíamos formulado. Pero hay que decir que aquellos que conocíamos bien la política de este país sabíamos de sobra que muchos de ellos no creían en el documento que habían firmado.

Cuanto estuve ante el Maulana Bhasani me dijo:

—Mira, Mujib, yo me había negado a firmar en tu ausencia un documento que accediese a la formación de un Frente Unido. Le dije a Aatur Rahman Khan y a Manik Mia que, siendo tú el secretario general de la Liga Awami, no podía firmar un documento así sin consultarte antes. Los dos me aseguraron que la responsabilidad de conseguir tu aprobación era suya. Por eso, cuando el Sr. Fazlul Huq apareció y me pidió que firmase el documento, accedí.

—No desvíe la atención hacia mí —contesté—. ¿Por qué no esperó un par de días, hasta que el Sr. Suhrawardy regresase a Daca? Está previsto que llegue en dos o tres días. ¡Usted me dijo algo hace unos días, y ahora dice algo muy diferente! Vino sin mí para que pudiera firmar el documento. ¿Qué método vamos a utilizar ahora para decidir sobre las nominaciones? ¿Cómo vamos a continuar con nuestro trabajo? ¿Quién va a encargarse de dirigir la campaña? ¿Cómo ha podido anunciar “el Sr. Huq y yo hemos decidido formar un Frente Unido”, sin haber decidido ninguno de estos temas?

Con todo, decidí ofrecerle la siguiente solución:

—No hay duda de que ha elegido la opción que usted considera la mejor. Así que, dígame, ¿qué puedo hacer ahora? Y, en vista de

que el Sr. Khan y Manik Mia han dicho que iban a conseguir que yo aceptara, ¿cómo puedo negarme? Si es bueno para el país, que así sea. Y si resulta que es algo negativo para el país, yo no seré el responsable, ya que solo soy el secretario del partido y, por ello, no tuve nada que ver con este asunto! Ustedes son los líderes del partido y, puesto que ustedes han decidido formar el Frente Unido, ustedes también deben asegurarse de que la campaña se desarrolle sin problemas.

—Le he hecho saber a todos que el Sr. Suhrawardy decidirá sobre todos los temas —dijo el Maulana—. Él decidirá lo que tenga que decidirse sobre nominaciones y coordinación política.

A pesar de no estar de acuerdo con la decisión que habían tomado nuestros líderes, accedí a trabajar para que llegara a buen puerto, ya que supuse que, si habían obrado así, lo habrían hecho por el bien del país.

Me esforcé para que el Frente Unido funcionara y para que estuviese bien organizado. Pero a los dos días me di cuenta de cuál era el plan que se estaba urdiendo entre bastidores. Empezaron a brotar partidos de los que nunca había oído hablar. El Sr. Huq nos dijo que había firmado ya un convenio con una organización que se denominaba el partido Nizam-E-Islami. Le pregunté al Maulana Bhasani si sabía algo sobre este partido y me dijo que no.

—¿Dónde tiene su sede este partido? —le pregunté al Maulana—. ¿Quiénes son sus dirigentes? ¿Tienen miembros de base que debemos empezar a tratar? Si los acogemos en el Frente Unido, ¿no debemos admitir también al partido autodenominado Ganatantrik Dal, que se ha anunciado en los periódicos a través de una o dos declaraciones? Ese partido, por lo menos, tiene a un puñado de gente con ideas progresistas. Pero tenemos muchos partidos democráticos con nosotros que no les resultan aceptables.

El Sr. Shaheed Suhrawardy regresó y se hizo cargo de la oficina. Nadie se opuso a nombrarlo presidente del Frente Unido. El Sr. Aatur Rahman Khan, de la Liga Awami, y Kafiluddin Chowdhury, del Partido Krishak Shramik, fueron nombrados secretarios conjuntamente, y a Kamruddin Ahmed le dieron el cargo de secretario de la oficina. A continuación, se organizó un comité coordinador y se creó también una junta que consistía en un número idéntico de miembros de los tres partidos, cuya tarea era decidir sobre las nominaciones. El Sr. Suhrawardy fue elegido presidente de esa

junta. Se decidió que las nominaciones tendrían que hacerse por consenso. No se decidiría por votación. El Sr. Suhrawardy trabajó noche y día para diseñar una estrategia para nosotros. Había pedido que le prepararan una habitación dentro del mismo edificio de la oficina. Él permanecería allí todo el tiempo, y empezaría a trabajar a primera hora, en cuanto le fuera posible. Se abrió la convocatoria para candidatos y se imprimieron formularios. Los candidatos deberían mencionar el partido al que representaban y debían entregar una copia de su solicitud a su partido. El Sr. Suhrawardy se dio cuenta de que la campaña precisaba fondos para su correcto desarrollo.

El formulario de candidatura debía presentarse junto al pago de una tasa. Esa tasa no era reembolsable y no sería devuelta tampoco en el caso de que un candidato no lograra ser nombrado. Se recaudaron de esa manera casi cien mil *takas*. El Sr. Suhrawardy compró unos cuantos micrófonos con ese dinero. Pero casi no teníamos vehículos para la campaña. De hecho, el único que teníamos era un viejo jeep que había comprado el Sr. Suhrawardy.

No escaseaban los candidatos dispuestos a representar a la Liga Awami. Podíamos nombrar a un candidato por cada jurisdicción, y esa era gente que había trabajado con constancia para el partido de 1949 a 1954. Al partido Krishak Shramik, del Sr. Huq, le fue imposible nombrar candidatos en todas las jurisdicciones y por ello se vieron a veces forzados a nombrar a cualquier persona que quisiera presentarse. A pesar de que se habían comprometido a rechazar candidaturas de gente que no hubiese estado jamás activa en política, o de quienes se hubiesen retirado de ella, o de miembros de la Liga Musulmana, observamos que ese tipo de personajes estaban inscribiéndose en el partido Krishak Shramik, después de no haber podido obtener nominaciones con la Liga Musulmana.

Por otro lado, hubo varios candidatos a los que no se les permitió ser nominados, a pesar de que habían pasado por la cárcel por protestar contra las políticas de gobierno de la Liga Musulmana. Por ejemplo, el secretario de la Liga Awami de Chittagong, el Sr. M. A. Aziz, no fue nominado. En su lugar se había escogido a un hombre de negocios. A Khondokar Mushtaq, que también había estado encarcelado, se le negó la nominación. Abdul Jabbar Khaddar, de Noakhali, había sido miembro de la Liga Awami desde su creación y, a pesar de ello, no fue escogido. El partido Nizam-E-Islami presentó

los nombres de algunos líderes religiosos que ni siquiera habían solicitado ser nominados. Y, sin embargo, el mismo partido sometió a consideración una lista de gente que debía ser rechazada porque, supuestamente, era comunista. Algunas de esas personas eran miembros de la Liga Awami que habían estado presos por sus convicciones políticas, mientras que otros eran miembros del Ganatantrik Dal. Yo protesté contra esa lista y declaré:

—Yo también tengo una lista de gente que no va a ser nominada porque se opuso a la creación de Pakistán.

Con todo, la desfachatez de esta gente los llevó a ignorar a quienes tenían más méritos para crear alegremente listas con hombres que habían formado parte de la Liga Musulmana hasta hacía cuatro o cinco meses, o gente que no tenía ninguna experiencia política.

El Sr. Huq nos enviaba de vez en cuando breves notas que no podíamos permitirnos ignorar. Además, los miembros del comité organizador que pertenecían al partido Krishak Shramik y al partido Nizam-E-Islami, a menudo abandonaban nuestras reuniones, diciendo que debían consultar con el Sr. Huq los detalles del tema que tratábamos. Y así siguieron las cosas.

Después de muchos esfuerzos pude persuadir al Maulana Bhasani para que regresara a Daca. Pero quiso marcharse nada más llegar. Le transmitimos lo grave que era la situación y nos dijo:

—¿Cómo vamos a trabajar con esa gente? Me importa un comino. No reconozco al Frente Unido. Me marchó.

—Cuando estamos acabando de concretar las nominaciones —le dije con enfado—, esa gente se marcha para hablar con el Sr. Huq. ¿A quién podemos recurrir nosotros? El Sr. Suhrawardy es el presidente, y por ello debe permanecer neutral. Quédese en Daca, por favor. Lo necesitamos. Y hable mañana con el Sr. Suhrawardy sobre estos temas.

El Maulana se quedó callado. Yo debía marcharme pronto, para asistir a una reunión. El Sr. Ataur Rahman Khan también guardó silencio. Yo era el único que estaba siempre intentando debatir. También tenía la responsabilidad de investigar el pasado de cada candidato.

A pesar de que el Sr. Kafiluddin Chowdhury era miembro del partido Krishak Shramik, estaba harto de la actitud de sus líderes.

Empezó a apoyar a cualquier candidato de la Liga Awami al que considerara un buen hombre. Esto enfureció a los líderes de su partido. El Sr. Ataur Rahman Khan también se enfadaba de vez en cuando y decía:

—Odio tener que hablar con ese tipo de gente.

El Maulana Bhasani volvió a marcharse de Dacca sin consultar con nadie. En cuanto tuve noticia de su partida me dirigí a toda prisa a la estación de tren y pude conversar con él. Le rogué que no se fuera, pero no atendía a razones. Las cosas estaban tan mal en ese momento que el Frente Unido estaba a punto de desintegrarse. Solo la paciencia, la moderación y el buen juicio del Sr. Suhrawardy permitieron salvarlo.

~~~

En tres o cuatro distritos, aún no habían sido presentadas las candidaturas. Yo debía depositar mi propia candidatura en nuestra oficina de elecciones en Gopalganj. Dejé Dacca un día antes de que finalizara el plazo. No podía estar en todas partes al mismo tiempo y, en mi ausencia, a algunos de los compañeros que habían hecho grandes sacrificios por el partido les negaron la candidatura. Los que mandaban ni siquiera escuchaban a un hombre de la talla del Sr. Suhrawardy. La tendencia del Maulana Bhasani a desaparecer en momentos de crisis fue una constante en su carrera política, así lo atestiguan numerosos incidentes que vinieron después.

En Gopalganj me encontré al Sr. Wahiduzzaman, candidato de la Liga Musulmana, en plena campaña junto a sus colaboradores. Para entonces ya se había convertido en un hombre muy rico y podía contratar todos los medios que requería su campaña, ya fuera un barco, una lancha motora, bicicletas o micrófonos. Lo único que podía permitirme yo eran un micrófono y dos bicicletas.

Mi circunscripción comprendía dos áreas: las estaciones de policía de Gopalganj y Kotalipara. Ambas carecían de carreteras, lo cual complicaba mucho la logística. Mis compañeros debían usar sus propias bicicletas. Yo tenía muy poco presupuesto y no podía gastar demasiado. Por suerte, como mi familia poseía algunos barcos, pude utilizarlos. Estudiantes y jóvenes voluntarios de nuestro partido empezaron a hacer campaña a mi favor, utilizando su propio dinero.

Después de verlo en unos cuantos mítines, comprendí que el Sr. Wahiduzzaman iba recibir una derrota aplastante. Todos sus recursos no serían suficientes para que saliera elegido, ya que yo contaba con el respaldo de la mayoría de la gente. Cuando visitaba distintas aldeas, la gente no solo me ofrecía comida, sino que me daba dinero y se ofendía si no lo aceptaba. Insistían en que usara el dinero para mi campaña.

Recuerdo que hubo una vez una anciana que era muy pobre y que esperó varias horas junto a su choza porque había escuchado que yo iba a pasar por allí. Cuando al fin me vio, me cogió de la mano y me dijo:

—Por favor, ven a mi choza, me gustaría que estuvieras sentado aquí un rato.

Sin soltar su mano, entré. Había mucha gente conmigo y, sin embargo, colocó una esterilla para todos y me dio un cuenco de leche, una hoja de betel y algunas monedas. Al darme esas cosas, me dijo:

—Querido hijo mío, por favor, bebe la leche, toma la hoja de betel y acepta el dinero, a pesar de que sea tan poco, porque es lo único que tengo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Me bebí la leche, pero le devolví las monedas y añadí unas cuantas más.

—Sus bendiciones son más que suficientes para mí —le dije—. No tienen precio y no tengo suficiente dinero como para poder corresponderle por ellas—. Pero ella se negó a tomar las monedas y el dinero que le di. En lugar de hacerlo, me dijo afectuosamente:

—Las bendiciones de los pobres van a estar contigo.

Cuando salí de su choza, tenía los ojos humedecidos por las lágrimas. Ese día, me prometí a mí mismo que jamás traicionaría a mi pueblo.

Tuve muchos encuentros parecidos durante mi campaña. Fui de unión en unión, a pie. Recorría una aldea tras otra y solo descansaba muy de vez en cuando. Incluso las mujeres de las aldeas estaban entusiasmadas al verme. Aún no se habían celebrado las elecciones, y ya sabía cuánto me amaba la gente de las aldeas. Aquellos días inspiraron un cambio hondo en mí.

Cuando el Sr. Zaman y la Liga Musulmana vieron que los vientos no soplaban a su favor, decidieron utilizar el as que tenían guardado en la manga. Ficharon a muchos religiosos muy famosos. La unión



en la que había nacido yo, en Gopalganj, era también el lugar de nacimiento del Maulana Shamsul Huq, uno de los religiosos más famosos de Bengala Oriental. Yo lo respetaba mucho. Era muy erudito en materia religiosa. Estaba seguro de que el Maulana Huq no haría campaña en mi contra. Pero así sucedió cuando, poco tiempo después, se incorporó a la Liga Musulmana.

Los musulmanes de nuestra comunidad veneraban al Maulana Huq. Visitó unión tras unión, en una lancha motora, predicando en mi contra. Incluso, en una ocasión, llegó a pronunciar una fetua contra mí, proclamando que votar por alguien como yo era como votar por la erradicación del islam de la región y que yo causaría la muerte de la religión. Además de él, otros líderes religiosos, como los Pirs de Sarshina, de Barguna y de Shibpur y Shah Shaheb, de Rahmatpur, se aliaron para derrotarme y no dudaron en utilizar las fetuas entres sus armas.

Con la excepción de un par de maulanas, casi todos los religiosos de la región trabajaron noche y día e hicieron uso de su considerable riqueza e influencia para destruirme. Algunos funcionarios del gobierno se sumaron a la campaña. El jefe de la policía del país vino a Gopalganj desde Dacca, y dio órdenes directas a sus fuerzas para que apoyasen a la Liga Musulmana. El Sr. Altaf Gauhar, magistrado del distrito de Faridpur, se negó a seguir las órdenes del gobierno, así que fue trasladado y trajeron a otro oficial en su lugar. Ese hombre fue incluso a mi aldea a dar discursos en mi contra. Tres días antes de las elecciones, hizo cambiar de sitio los colegios electorales para ayudar así al Sr. Zaman.

Por otra parte, hay que decir que la gente en su conjunto y, en particular, los estudiantes y jóvenes de nuestra zona, trabajaban sin cesar para mí. Cuatro días antes de las elecciones, el Sr. Shaheed Suhrawardy, habiendo sido informado de la campaña sucia que se efectuaba en mi contra, vino a mi circunscripción y participó en dos mítines. El Maulana Bhasani también hizo acto de presencia, un día antes de las elecciones, y habló para apoyarme.

Unos días antes, el Sr. Khondokar Shamsul Huq Muktar, Rahmat Jan, Sahidul Islam e Imdad, habían sido arrestados en aplicación del Acta de Seguridad Pública, y se los mantuvo en la cárcel de Faridpur. Cuarenta personas destacadas de nuestra unión fueron arrestadas. Tres días antes de las elecciones se dictaron órdenes de arresto contra otros cincuenta –todos pertenecientes

a partidos del Frente Unido—. El Sr. Shamsul Huq Muktar era muy popular en nuestra región. La gente que trabajaba para él también era muy conocida. Cuando escuché que otros muchos iban a ser arrestados, les dije que no se dejaran ver. Yo debía visitar otras dos circunscripciones vecinas para apoyar la campaña de Abdul Hakim, quien se convertiría más tarde en el Portavoz de la Asamblea. Apoyé también a Abdul Khalek, quien fue nombrado luego ministro del gabinete del gobierno central.

En las elecciones, el Sr. Wahiduzzaman perdió por casi diez mil votos. La gente de mi circunscripción no solo había votado por mí en bloque, sino que también había recaudado cinco mil *takas* para mi campaña. Comprendí entonces que, si uno ama al pueblo, el pueblo te devuelve ese mismo amor. Si uno está dispuesto a sacrificarse un poco por el pueblo, el pueblo sacrificará su vida por uno. El Maulana Shamsul Huq comprendió entonces que había cometido un error, y se retiró de la política. La Liga Musulmana perdió las elecciones por un amplio margen. Unos días antes de las elecciones, el Sr. Suhrawardy había emitido un comunicado en el que afirmaba que se sorprendería si la Liga Musulmana ganaba más de nueve escaños. De los trescientos escaños en la Asamblea, la Liga Musulmana ganó solo nueve!<sup>56</sup>

Son pocos los casos en todo el mundo en los que un partido en el poder haya recibido una humillación tan flagrante. Estas elecciones volvieron a poner de manifiesto el conocimiento y la conciencia política de los bengalíes de a pie. Ya en las elecciones de 1946 habían demostrado su saber hacer para decidir la cuestión

<sup>56</sup> Resultados de las elecciones de marzo de 1954:

		<u>237 escaños musulmanes</u>
Frente Unido	223	(Liga Awami 140, Krishak Shramik Party 34,
Liga Musulmana	9	Nizam-e-Islam Party 12, Liga por la
Khilafat-e-Rabbani	1	Juventud 15, Ganatantrik Dal 10, Partido
Independientes	<u>4</u>	Comunista 4, Independientes 8)
		237

Escaños generales (miembros no musulmanes)

Partido del Congreso y otros 72

Número total de escaños: 309 (Liga Musulmana 9, Frente Unido y aliados 291, otros 9)

Fuente: Sen, Rangalal, *Political Elites in Bangladés*, Daca, UPL, 1986, pp. 123-125

de Pakistán. En estas elecciones, muchos líderes importantes de la Liga Musulmana, incluyendo algunos que habían sido miembros de la Asamblea Nacional, no solo perdieron sus escaños, sino que tuvieron que renunciar también a la fianza que habían depositado para presentarse. El primer ministro de Bengala Oriental, el Sr. Nurul Amin, fue derrotado. Los resultados desconcertaron a la pandilla que gobernaba y a los altos burócratas.

A pesar de todo, no abandonaron la esperanza de poder seguir aferrándose al poder. Intentaron nuevas estrategias y empezaron a conspirar para lograrlo.

Hubo un grupo de personas que se vieron entonces en una situación comprometida. Eran los empresarios e inversores de Pakistán Occidental que habían invertido en Bengala Oriental construyendo fábricas y abriendo negocios y que habían apoyado públicamente a la Liga Musulmana con donaciones. Su único consuelo y esperanza para sus inversiones era que el gobierno central aún estaba controlado por la Liga Musulmana.

Aquellos a quienes habíamos derrotado jamás creyeron en la democracia, por lo que no aceptaron el veredicto de la gente. Su forma de hacer política consistía en conspirar. Casi todos abandonaron Bengala Oriental y se refugiaron en Karachi. Los líderes de Pakistán Occidental, empresarios y burócratas, se sentían heridos por la derrota en las elecciones: ¿cuándo volverían a disponer de personas tan ingenuas para manejar a su antojo? Esta gente estaba dispuesta a entregar las riquezas de Bengala Oriental a Pakistán Occidental sin rechistar. Como pago por sus servicios, solo pedían algún cargo ministerial y ejercer algo de poder.

El gobierno central comprendió que la Liga Awami había tenido éxito al crear entre la gente de Bengala Oriental una opinión pública favorable a la autonomía provincial. La Liga Awami había imprimido y distribuido panfletos a lo largo y ancho de la provincia llenos de cifras que demostraban la enorme brecha económica que se estaba generando, día a día, entre los dos territorios de Pakistán. También explicaban que a los bengalíes se les negaba el acceso a puestos de trabajo, a oportunidades de negocio y a cargos en el ejército. Músicos populares crearon y popularizaron por toda Bengala Oriental canciones que difundían nuestras denuncias sobre la creciente desigualdad entre las dos regiones de Pakistán.

Estaba claro que ya no era posible engañar a la gente creando lemas de campaña en nombre “del islam y de los musulmanes”. Los bengalíes musulmanes amaban su religión, pero no permitirían que gente que utilizaba el islam para obtener un beneficio político los tratase como tontos. Lo que las masas ansiaban era una sociedad libre de explotación que pudiera progresar económica y socialmente. Los líderes de la Liga Musulmana no presentaron nunca un programa para conseguir esa meta. Lo único que decían era: “Pakistán será destruido”; “La Liga Musulmana ha creado Pakistán y es, por lo tanto, la madre del país”; “Pakistán es sinónimo de la liga Musulmana” y cosas por el estilo. Proclamaban que la gente de la Liga Awami y otros líderes de la oposición eran traidores y agentes de los hindúes de la India. Según la Liga Musulmana, lo único que quería la Liga Awami era volver a unir Bengala Occidental con la provincia india de Bengala Oriental. Esta era la clase de bulos que fabricaban esos líderes. Pero el pueblo sabía que Shaheed Suhrawardy era uno de los hombres responsables de la creación de Pakistán. La gente sabía cuáles habían sido los éxitos de Sher-e-Bangla Fazlul Huq y conocían su amor por el país. Conocían también el trabajo que había llevado a cabo el Maulana Bhasani por Pakistán. Asimismo, la gente conocía a quienes habíamos jugado papeles menos sobresalientes en la creación de Pakistán, y sabía de los sacrificios, por pequeños que fueran, que habíamos hecho por la causa. Era, por lo tanto, imposible embaucarlos.

La Liga Awami había elaborado una lista de veintiún puntos con el objetivo de contribuir al bienestar de la gente. Las masas tenían noticia de ello porque la Liga Awami estaba demandando algunos de estos puntos desde 1949. Unos días antes de las elecciones estalló una revuelta sectaria en la fábrica de papel de Karnaphuli, en Chandraghona. La mayoría de los operarios eran bengalíes mientras que la mayoría de sus jefes no. Estos últimos abusaban de los bengalíes. La propaganda de la Liga Musulmana afirmaba que, si la Liga Awami alcanzaba el poder, no permitiría que quienes no eran bengalíes viviesen en Bengala Oriental.

La Liga Awami y sus miembros detestan los prejuicios y cualquier actitud sectaria. La mayoría de los miembros y de los líderes de la Liga Awami creían en principios socialistas y estaban convencidos de que el camino hacia la liberación de nuestra gente debía pasar por el socialismo. El capitalismo era un método para

mantener a las masas cautivas, para explotarlas mejor. Aquellos que creían en el socialismo jamás podían apoyar ninguna forma de sectarismo. Para ellos, los musulmanes, los hindúes, los bengalíes y quienes no eran bengalíes eran todos iguales. En su conjunto, el partido renegaba de quienes configuraban la clase explotadora. En Pakistán Occidental también se habían hecho esfuerzos por descreditar a la Liga Awami, acusándola de ser sectaria y de promover el odio contra quienes no eran bengalíes.

~~~

Regresé a Daca tras el anuncio de los resultados de las elecciones. Al llegar a la estación me encontré con un gran recibimiento, y me acompañaron todos en procesión hasta la oficina de la Liga Awami.

El Sr. Suhrawardy había tenido sus dudas de que yo pudiera salir elegido, a pesar de haberme asegurado al verme en mi pueblo:

—No tienes motivos para preocuparte, lo que he visto me indica que es probable que ganes.

Se convocó a un mitin de los miembros de la Asamblea Legislativa que pertenecían al Frente Unido. Tendría lugar en el salón de la Biblioteca de la Asociación de Abogados. Los miembros de la Asamblea Legislativa que pertenecían a la Liga Awami debían acudir a nuestra oficina esa misma mañana. Empezamos a escuchar rumores de que Mohammad Ali, de Bogra, intentaba contactar con el Sr. Fazlul Huq a través de los antiguos miembros de la Liga Musulmana que se habían unido recientemente a su partido, y que habían logrado ser elegidos bajo los colores del partido Krishak Shramik. Habían cambiado de partido, pero por dentro seguían siendo miembros de la Liga Musulmana.

Así fue como todos los miembros de la Liga Awami elegidos para la Asamblea Legislativa nos reunimos por la mañana, y como todos aquellos pertenecientes al Frente Unido asistimos al mitin que tuvo lugar por la tarde en el Salón de la Biblioteca de la Asociación de Abogados. El Sr. Suhrawardy y el Maulana Bhasani estuvieron presentes en la reunión de la Liga Awami. El Sr. Khairat Hussein, líder de la Liga Awami de Rangpur, presentó una moción diciendo:

—Antes de que el Sr. Fazlul Huq sea elegido como líder, el Sr. Suhrawardy y el Sr. Bhasani deben elaborar con él la lista de ministros. Una vez que sea nombrado líder del Frente Unido en la Asamblea, es probable que los sagaces miembros de su partido

empiecen a conspirar. Es más, el vicepresidente debe pertenecer a nuestro partido, puesto que la Liga Awami tiene la mayoría de escaños dentro del Frente Unido.

—Seguro que nos consulta a ambos antes de decidir el nombramiento de los ministros —dijo el Sr. Suhrawardy—. Es un hombre mayor, por lo que no es aconsejable importunarlo mucho en este momento.

El Maulana Bhasani coincidió con la apreciación del Sr. Suhrawardy. A pesar de que yo pensaba como el Sr. Khairat Hussein, no dije nada. Cuando regresé de la casa en la que me había quedado en Tungipara, después de las elecciones, el Sr. Suhrawardy se reunió conmigo.

—¿Quieres ser ministro? —me preguntó.

—No quiero ser ministro —respondí—. Hay mucho trabajo aún en el partido, y tenemos muchos miembros a quienes usted puede considerar para cargos ministeriales. Considérelos usted y nómbralos ministros.

El Sr. Suhrawardy no me dijo nada más sobre el tema.

Como estaba previsto, los miembros del Frente Unido acudimos al mitin que había por la tarde en el Salón de la Biblioteca de la Asociación de Abogados. El Sr. Shaheed Suhrawardy y el Maulana Bhasani estuvieron presentes. El Sr. Fazlul Huq había sido elegido por unanimidad líder del Frente Unido. La segunda resolución que se adoptó solicitaba la renuncia de los líderes de la Liga Musulmana que habían sido nombrados para la Asamblea Nacional por los miembros de la Asamblea Provincial anterior que habían perdido sus escaños en las elecciones provinciales.

Poco después de que el Sr. Huq fuese elegido líder del Frente Unido, el gobernador de Pakistán Oriental lo invitó a que formara su gabinete ministerial. Él le aseguró al gobernador que anunciaría la lista de ministros muy pronto. Esa tarde, el Sr. Suhrawardy y el Maulana Bhasani fueron a verlo. Yo los acompañé a casa del Sr. Huq, pero no estuve presente durante sus discusiones, que tuvieron lugar en otra habitación.

Mientras esperaba fuera, me sentía cada vez más deprimido por el comportamiento de los líderes del partido Krishak Shramik. Parecía que había conspiraciones por todas partes. Después de algún tiempo, el Sr. Suhrawardy y el Maulana Bhasani salieron de la habitación y salimos en dirección a la residencia de Yar Mohammad. El Sr. Aaur Rahman Khan ya se encontraba allí.

Nos dijeron que el Sr. Huq quería formar un gabinete con cuatro o cinco personas y que escogería a los demás ministros más tarde. Los ministros ya escogidos eran Abu Hussein Sarkar, Syed Azizul Huq (conocido como Nanna Mia), Ashrafuddin Chowdhury, Aatur Rahman Khan y Abdus Salam Khan.

Nuestros líderes, sin embargo, le aconsejaron que lo mejor era comenzar desde un principio con un gabinete completo. El país esperaba con entusiasmo que el gobierno del Frente Unido se pusiera de inmediato a trabajar. Tenían también otra observación sobre la decisión del Sr. Huq: sugerían que, de momento, el Sr. Syed Azizul Huq no fuese incluido en el gabinete y que fuera incluido después. Lo que querían era ver un gabinete real. El Sr. Huq no quiso aceptar sus demandas. Le dijeron entonces que ningún miembro de la Liga Awami querría ser parte del gabinete ministerial que tenía en mente. Si quería, podía conformar el mismo incluyendo únicamente a los miembros de su propio partido. La Liga Awami solo lo apoyaría de forma externa, y se uniría a él solo cuando nombrase al gabinete completo. Nuestros líderes comprendieron que existía una conspiración para crear facciones dentro de la Liga Awami, con el fin de intentar dividirla.

El Sr. Huq había dicho al Sr. Suhrawardy y al Maulana Bhasani:

—No nombraré a Sheikh Mujib como ministro en mi gabinete.

—Nos corresponde a mí y al Maulana el determinar quiénes serán nominados en representación de la Liga Awami —respondió el Sr. Suhrawardy—. Usted ha dicho que no podrá trabajar sin Nanna Mia. Nosotros decimos exactamente lo mismo, no podemos prescindir de Sheikh Mujib. Él es el secretario de nuestro partido. Mujib no es candidato a Ministro. Solo el partido puede decidir sobre el tema.

Les dije al Sr. Suhrawardy y al Maulana Bhasani:

—Por favor, no quiero ser motivo de disputa. No deseo ser nombrado ministro. Si ellos quieren formar un gabinete completo sin incluirme a mí, adelante.

Mientras discutíamos de esos temas, el Sr. Huq envió un mensaje, afirmando que estaba listo a formar un gabinete de seis miembros y que me incluiría en el mismo. El Maulana Bhasani declaró:

—Si la Liga Awami debe unirse al gabinete, todos los miembros de la Liga Awami tendrán que incorporarse al mismo tiempo. No vamos a aceptar que las cosas se den por partes.



Al día siguiente, el Sr. Huq juró su cargo junto con Abu Hussein Sarkar, Sayed Azizul Huq Nanna Mia, todos del partido Krishak Shramik, y Ashafuddin Chowdhury del partido Nizam-E-Islami.

Tuvo lugar una manifestación delante de la Gobernación, en la que la gente coreaba: “No queremos nepotismo” y “No a la formación de un gobierno de camarillas.” Si se hubiese formado un gabinete completo, seguro miles y miles de personas hubiesen salido a las calles para felicitar al gabinete, pero no pudo ser. En apenas un día, parecía que toda la euforia de las masas se había disipado. La gente parecía indiferente al proceso democrático en su conjunto. El Sr. Huq y sus seguidores empezaron cuchichear que esas reacciones negativas podían atribuirse a maniobras mías. Pero la verdad es que no estuve implicado.

Como leí en todos los periódicos, la gente estaba molesta con lo que había sucedido, y el mismo grupo de personas que fue a saludar al gabinete había coreado consignas contra el nombramiento de Nanna Mia como ministro. El motivo era que no era un hombre conocido, y su único mérito parecía ser que era sobrino del Sr. Fazlul Huq. Nos conocíamos de cuando estuve en Calcuta. En persona era amistoso y cordial y nos llevábamos muy bien. Jamás lo he visto molestarse por algo. En todo caso, el Sr. Fazlul Huq no era responsable de lo que sucedía. Para entonces ya era un hombre muy entrado en años. Eran otros los que intentaban convencerlo, sobre todo aquellos que tenía más cerca, los que habían sido previamente expulsados de la Liga Musulmana. Ese grupo estaba encabezado por Yusuf Ali Chowdhury –Mohan Mia–, quien quería ser ministro y que llevaba toda la vida especializándose en dividir ministerios para formar parte de los mismos. Su mayor defecto era que no poseía una buena educación, así que todos lo miraban por encima del hombro. Pero su capacidad de trabajo no tenía parangón. Podía trabajar noche y día con la misma energía. Mucha gente piensa que es un genio del mal. Si hubiese invertido sus habilidades y su inteligencia a crear cosas buenas, habría hecho mucho por el bien del país.

~~~

En lugar de unirme al Ministerio, me concentré en trabajar para consolidar el partido. El Sr. Suhrawardy volvió a Karachi. Todo el trabajo de la campaña había hecho mella en su salud. Cuando

el Sr. Huq fue a Karachi, los miembros de Bengala Oriental en la Asamblea Nacional le preguntaron si debían renunciar. Su respuesta fue:

—Yo mismo no he renunciado. ¿Por qué habrían de hacerlo ustedes?

Esto dijo, a pesar de la segunda resolución aprobada en la reunión del Frente Unido, en la que se solicitaba que esos miembros renunciaran. En Karachi, los líderes de la Liga Musulmana que se habían reunido bajo el liderazgo de Mohammad Ali contactaron con él para dejarle saber que, en realidad estaban en contra de la Liga Awami, pero que lo apoyaban a él y querían que fuese el primer ministro de Bengala Oriental. Todo lo que debía hacer era procurar mantener a la Liga Awami lejos del poder.

Se estaban llevando a cabo campañas secretas para captar a nuestros miembros, pero nuestros enemigos no lograban nada con ellas. Nadie quería dejar la Liga Awami. Incluso aquellos que soñaban con ser ministros tenían miedo de dejar el partido porque el público no se lo perdonaría. El partido del Sr. Huq seguía engañándolo.

No había duda de que el gobierno central, formado por la Liga Musulmana, atacaría al gobierno provincial ante el menor atisbo de debilidad. Sabían perfectamente que el gobierno provincial no podía funcionar sin el apoyo de los miembros de la Asamblea que pertenecían a la Liga Awami. Entre los miembros musulmanes de la Asamblea, la Liga Awami era mayoría. Incluso si todos los demás partidos se unían, aún serían derrotados a la hora de votar por la Liga Awami.

En su viaje de regreso desde Karachi, el Sr. Fazlul Huq permaneció en Calcuta durante un par de días. Algunos periódicos publicaron artículos que detallaban discursos supuestamente pronunciados por él durante ese tiempo.<sup>57</sup> El Sr. Mohammad Ali y

---

<sup>57</sup> En un discurso pronunciado durante una visita a Bengala Occidental, el cuatro de mayo de 1954, el entonces ministro en jefe de Bengala Oriental, Sher-E-Bangla A. K. Fazlul Huq, dijo lo siguiente: "Es importante que el pueblo de ambas Bengalas comprenda el hecho esencial de que, para vivir felices, deben ayudarse mutuamente. Los políticos han dividido el territorio, pero las masas comunes deben asegurarse de que todos vivan en paz. Se ha comprobado que el idioma es el más importante factor de unidad de la historia, y la gente de las dos Bengalas, unidos por una lengua común, deben olvidar las divisiones políticas y sentirse como uno solo." (Fuente: *The Morning News*, 5 de mayo de 1954, citado en Sen, Rangalal, *Political Elites in Bangladés*, Dacca, UPL, 1986, p. 129).

sus secuaces intentaron aprovechar la oportunidad que esas noticias creaban para ellos, y empezaron a conspirar contra el Sr. Huq. Esto le supuso graves problemas. La Liga Awami y sus miembros se abstuvieron de atacar al Sr. Huq y a su partido por ese motivo. Por el contrario, hicieron saber que apoyaban plenamente al Sr. Huq y a su gabinete. El Sr. Huq expresó entonces su deseo de discutir el tema de la expansión del gabinete con la Liga Awami. Otro sobrino del Sr. Huq, Mahbub Murshed –un abogado que se convirtió más tarde en el presidente de la Corte Suprema de Justicia de Bengala Oriental– consultó con el Sr. Huq y les preguntó a Aatur Rahman Khan y a Manik Mia si la Liga Awami estaba interesada en unirse al gabinete. Kafiluddin Chowdhury lo ayudaba en esas negociaciones, junto con Mirza Abdul Kader Sardar. Mientras tanto, la salud del Sr. Suhrawardy se había deteriorado en Karachi, hasta el punto de que le resultó imposible regresar a Daca.

El Maulana Bhasani y yo estábamos recorriendo los distritos e interviniendo en reuniones públicas. Nuestra oficina central sabía de nuestro programa. El Sr. Huq le informó a Aatur Rahman Khan y a Manik Mia que él deseaba que yo fuese también ministro. El Maulana Bhasani y yo nos encontrábamos pronunciando discursos en una reunión de miembros del partido, en Tangail, cuando el SDO de Tangail interrumpió la reunión con un telegrama en la mano. El telegrama, según dijo, era del Primer Ministro, requiriendo que yo fuese a Daca. Le pedí consejo al Maulana Bhasani. Él me dijo:

—Si es necesario, debes unirme al gabinete. Pero debes consultar primero con el Sr. Suhrawardy para saber si es apropiado que te integres de esta manera y en este momento. No hay duda de que el partido del Sr. Huq debe estar pasando por malos momentos, y por eso quieren tu ayuda.

Regresé a Daca por la tarde. Cuando llegué, encontré que Renu había llegado con los niños la noche anterior. Quería quedarse en Daca, pues pensaba que los niños necesitaban estudiar en la ciudad. Me sentí feliz, porque había estado llevando una vida muy inestable. Ella le daría orden a mi casa. Como sabía que estaba mal de dinero, me había traído unos pocos ahorros.

Fui a visitar al Sr. Huq y me dijo:

—Tienes que incorporarte como ministro. Quiero que tú lo seas y, por favor, no me digas que no. Ustedes deben reunirse y decidir quién más debe formar parte del gabinete.

—No tengo nada que objetar —dije—. Sin embargo, el Sr. Suhrawardy no se encuentra bien, y debemos consultarle. Además, el Maulana Bhasani no está en Daca, y debo hablar con él.

Manik Mia, Aatur Rahman Khan y yo nos reunimos en la oficina del *Ittefaq* para discutir sobre la situación. Más tarde se unieron a nosotros el Sr. Murshed, Kader Sardar y Kafiluddin Chowdhury. Después de hablar con ellos intenté hablar por teléfono con el Sr. Suhrawardy, pero se encontraba tan mal que no podía atender el teléfono. Su yerno, Ahmed Suleiman, pudo transmitirle nuestro mensaje, y nos informó más tarde que el Sr. Suhrawardy no se oponía a que nos integrásemos en el gabinete.

Con todo, tenía muy claro que no debíamos actuar sin consultar antes con el Maulana Bhasani, pues la situación se había complicado en gran medida. A pesar de que el Sr. Suhrawardy y el Maulana Bhasani habían decidido por anticipado quiénes debían convertirse en ministros, necesitábamos volver a repasar la lista con ellos. Mientras tanto, el partido Krishak Shramik no estaba dispuesto a nombrar al Sr. Kafiluddin Chowdhury como representante de su organización para un cargo ministerial. Yo hice saber que, de ser necesario, lo nominaríamos en representación de nuestro partido. No queríamos que se sintiera humillado por haberse atrevido a hablar.

A las once de la noche, después de nuestras conversaciones con el Sr. Huq, el Sr. Aatur Rahman Khan, el Sr. Murshed, el Sr. Kafiluddin Chowdhury, Abdul Kader Sardar y yo, salimos en dirección a Tangail en un jeep. En aquella época el camino a Tangail estaba en malas condiciones y se tardaban unas seis horas en llegar. Tuvimos que tomar cuatro transbordadores.

Cuando llegamos a Tangail era muy temprano en la mañana. El Maulana estaba en una habitación, en el segundo piso del edificio de la oficina de la Liga Awami. Fuimos a verlo para hablar, pero se puso muy nervioso cuando nos vio. Tras un rato aceptó los ruegos del Sr. Murshed y se calmó.

El Sr. Aatur Rahman le mostró la lista de nombres que habíamos elaborado: él mismo, Abul Mansur Ahmed, Abdus Salam Khan, Hashimuddin Ahmed y yo. Ya que el partido Krishak Shramik tenía objeciones respecto al Sr. Kafiluddin Chowdhury, la Liga Awami había decidido nombrarlo para un ministerio. Además del Sr. Huq, el gabinete estaría compuesto así de doce ministros.

Más tarde, veríamos la lista aumentar de un día para otro, con la inclusión de algunos nombres más.

~~~

Una mañana de mayo de 1954 nos reunimos todos a las nueve en la Gobernación para jurar nuestros cargos. Apenas concluido el acto, se nos informó de que bengalíes y no bengalíes estaban enfrentándose en la fábrica de yute Adamjee, lo que había provocado un estallido de violencia en la zona. Syed Azizul Huq se había dirigido allí por la mañana temprano. Un contingente los East Pakistan Rifles y fuerzas de policía habían pasado allí la noche. Un par de oficiales de alto rango de Daca y algunos oficiales de policía estaban también presentes. ¿Por qué la violencia estalló justo en el momento en que estábamos jurando nuestros cargos? Era, desde luego, un mal presagio. Junto con el Sr. Huq, nos dirigimos directamente hacia la fábrica de yute Adamjee.

Entonces era posible ir a la fábrica en lancha, pasando por la ciudad de Narayanganj. Habían construido una carretera para llegar a la fábrica, pero no se podía recorrer en coche y solo podía ser transitada, con bastante dificultad, por camiones o vehículos todoterreno.

El resto de quienes nos acompañaban habían partido, pero la multitud ubicada fuera de la Gobernación me tomó en sus brazos. Querían que encabezara una manifestación inmediatamente. Tardé media hora en convencerlos de que ese no era el mejor momento para que marchara con ellos.

Cuando llegué a Narayanganj, supe que el Sr. Huq había partido de vuelta a Daca después de esperarme un tiempo. Pero, antes, había reservado una lancha para mí. En cuanto llegué, me subí a ella y pusimos rumbo a la fábrica. Allí me subieron en un jeep. Aún había gente peleándose. Fuera donde fuera, las carreteras estaban llenas de cadáveres. Mucha gente herida clamaba pidiendo ayuda, pero nadie aparecía para socorrerlos. Los militares pakistaníes estaban desplegados y habían logrado separar a los bengalíes de los no bengalíes.

Miles de bengalíes que vivían en los pueblos contiguos habían recibido noticia de lo sucedido y habían decidido intervenir. Obligaron a los no bengalíes que vivían fuera de la zona de las

fábricas a subirse a camiones y los llevaron al interior de la fábrica. Me sentí completamente impotente. Solo tenía a dos policías armados conmigo. Algo más tarde encontramos a otros policías y les ordené que se quedaran conmigo. Improvisé una oficina debajo de un árbol. La fábrica tenía cuatro camiones, pero no había rastro de ellos. Pude reunir a varios hombres y les confié la tarea de dar agua a los heridos. Tendríamos que lidiar con los cadáveres después.

Cuando algunos oficiales vieron lo que hacía, empezaron a ayudarme. De pronto apareció Mohan Mia y al verlo recobré la confianza. También aparecieron tres camiones. Sus conductores intentaron huir, pero yo les advertí de que, si lo hacían, podían ser encarcelados por desertores. Mi ira pareció acobardarlos.

Pude contactar con Dacca por teléfono y solicité que enviaran ambulancias. Mohan Mia y yo pudimos trasladar al menos a trescientos heridos a varios hospitales entre las once de la mañana y el anochecer. Fuimos a ver a los bengalíes que habían llegado de todas partes para tomar la fábrica, y los apacigué con varios discursos. Se calmaron después de escucharme. Dudo mucho que se hubieran tranquilizado si hubiesen descubierto la verdad: antes del anochecer, recorrí la zona y conté unos quinientos cadáveres. No dudo de que hubiese al menos otros cien en el estanque.

El origen de toda la reyerta había sido un incidente banal. Tres días antes, un obrero bengalí se había peleado con un guardia no bengalí. En un momento dado, el obrero bengalí golpeó al guardia y este murió en el acto. Esto provocó tensiones y enfrentamientos. Los guardias eran todos no bengalíes, igual que algunos de los obreros. El incidente creó mucho resentimiento. Los jefes de la fábrica incitaban a los no bengalíes para que atacaran. Les permitieron izar una bandera negra sobre la fábrica. Se detuvo el trabajo y pidieron a los bengalíes que entraran a la fábrica para recibir la paga. Cuando llegaron, fueron rodeados por guardias armados y los no bengalíes que se abalanzaron sobre ellos. Los bengalíes no se lo esperaban y muchos fueron asesinados. A continuación, los bengalíes que se encontraban fuera de la fábrica atacaron a los no bengalíes, y terminaron matando a muchos de ellos también.

¿Con qué intención se decidió llamar a los bengalíes para que recogiesen su salario exactamente en el momento en que los nuevos miembros del gabinete del Frente Unido estaban jurando su cargo? A pesar de estar presentes, los East Pakistan Rifles no

habían disparado una sola bala para detener la matanza. El resultado fue que más de quinientas personas murieron en la pelea. Se había informado previamente a las fuerzas policiales de que existía la posibilidad de que se produjeran incidentes. ¿Por qué no habían hecho nada para impedir la violencia? El Sr. Syed Azizul Huq, el ministro que se había trasladado al lugar de los hechos, fue distraído con un refrigerio en la oficina para que no supiese lo que sucedía. Nadie le informó de que, mientras se le entretenía en una sección de la fábrica, en otra sección estaba estallando una reyerta. El Sr. Huq y los otros ministros regresaron a Daca, pero Mohan Mia y yo nos quedamos en las instalaciones de la fábrica hasta las nueve de la noche. El Sr. Madani era el comisionado de Daca, mientras que Hafiz Mohammad Ishak, funcionario del CSP (Servicio Civil de la Policía), era el secretario en jefe.

Cuando informé al Sr. Madani de que quinientas personas habían sido asesinadas en la pelea, no me creyó. El Sr. Madani declaró que, en el peor de los casos, serían cincuenta los muertos. Le dije que yo mismo había contado los cadáveres uno por uno, y que debía ir personalmente para verificar el número. Más tarde, reconoció que yo estaba en lo cierto. A las nueve de la noche, Mohan Mia y yo fuimos informados de que la zona de la fábrica había sido entregada a los militares. El Sr. Shamsuddoha era el Inspector General de la policía allí.

—¡Increíble! —me dijo el Inspector General—. Todo el personal militar no es bengalí.

No pude evitar reírme ante su reacción y le dije:

—¿Qué hay de sorprendente en lo sucedido? Puesto que usted no pudo mantener las cosas bajo control con sus policías y con los East Pakistan Rifles, ¿qué otra opción quedaba, excepto entregar el sitio a los militares?

En ese tiempo los East Pakistan Rifles estaban bajo las órdenes del gobierno provincial. Tendríamos que ir a Daca para averiguar cuál había sido el origen de todo. Sin duda, el ministro en jefe había ordenado que el ejército interviniese.

En cuanto llegamos a Daca nos dirigimos a la casa del ministro en jefe. Cuando llegamos, se nos informó de que estaba muy preocupado por mí y que estaba gritándole a todo el mundo, culpándolos por haberme dejado solo en el lugar de la reyerta. Cuando lo saludé, me recibió con gran afecto. Me dijo:



—Vamos a celebrar la reunión de gabinete ahora mismo, así que no te vayas, por favor.

Finalmente, la reunión del gabinete comenzó a las diez y media de la noche. Enseguida me di cuenta, incluso antes de que comenzara, de que el Sr. Shamsuddoha había conseguido el favor de un par de ministros. El Sr. Abdul Latif Biswas —ahora ya fallecido— preguntaba en tono furioso sobre la razón por la que se había puesto al ejército al frente de la situación. El Sr. Fazlul Huq se sumó a la reunión en ese momento. Pudimos escuchar también al Sr. Ishaque, secretario en jefe, que gesticulaba acaloradamente. Yo protesté contra esas salidas de tono y propuse abordar esos temas más tarde.

—Primero —dije yo—, hay que averiguar quiénes son los responsables de no haber hecho cumplir la ley y el orden antes de que el incidente se produjera, es a ellos a los que hay que castigar, puesto que su negligencia ha llevado a la muerte a muchas personas.

Entonces comenzó la reunión del gabinete. Hablamos sobre muchos temas que no revelaré porque no es apropiado difundir el contenido interno de los debates de gabinete.

La reunión terminó cerca de la una de la mañana. Esperando fuera estaba uno de los miembros veteranos de la Liga Musulmana, Rajab Ali Sheth, un admirador del Sr. Suhrawardy, y muchos otros líderes no bengalíes. Nos dijeron que debía visitar de inmediato algunos lugares de Daca. Al parecer, por la ciudad corría como la pólvora el rumor de que los no bengalíes estaban masacrando a los bengalíes por todas partes. Los no bengalíes corrían el riesgo real de ser atacados en cualquier momento.

Partí de inmediato con Rajab Ali Sheth y otros miembros. Incluso a esa hora de la madrugada había gente en todas las esquinas. Paramos en cada intersección para dirigirme a las multitudes concentradas para intentar calmarlas, con algún éxito. Llegué a casa cerca de las cuatro de la mañana. Desde el juramento no había podido regresar ni cinco minutos. Es más, ni siquiera había comido en todo el día. Me encontré a Renu esperándome en silencio y descubrí que ella tampoco había comido en todo el día.

No tengo la más mínima duda de que esas revueltas fueron el resultado de una gran conspiración que buscaba desacreditar al gobierno del Frente Unido, presentándolo como incompetente ante el resto del mundo. Probablemente la conspiración comenzó a

organizarse en Karachi días antes, con la ayuda de algún funcionario del gobierno y el personal de la fábrica. Durante siglos, los capitalistas habían utilizado la estrategia de incitar revueltas y generar luchas internas entre los obreros para lograr sus propios objetivos. Pero no estoy seguro de si el dueño de la fábrica de yute Adamjee, Mohammad Adamjee, sabía o no de la conspiración.

La Liga Musulmana Central, bajo el liderazgo de Mohammad Ali, encontró en esas reyertas la excusa que buscaba para intervenir. Mohammad Ali y sus cómplices en la Liga Musulmana, ayudados por los empresarios industriales de Pakistán Occidental, intentaron sin éxito evitar la formación del Frente Unido, porque la Liga Awami se había unido al partido. Ahora recurrían a nuevas tácticas con la ayuda de sus agentes para sabotear el trabajo del gobierno del Frente Unido. Esto les hubiera resultado difícil si el Frente Unido hubiera empezado su gobierno con el gabinete de ministros al completo desde el primer día.

Los poderosos burócratas del gobierno se alarmaron tras la victoria del Frente Unido en las elecciones. Durante las mismas, muchos hicieron públicamente campaña por la Liga Musulmana. Les dio esperanzas el hecho de que los miembros de la Liga Awami no se integrasen inicialmente en el gabinete del Frente Unido. Pero, ahora que nos habíamos integrado, se sentían frustrados y empezaban a recurrir a las intrigas internas. A pesar de todo eso, el Sr. Hafiz Mohammad Ishaque, secretario en jefe, había aprobado nuestra inclusión.

Al día siguiente fui a la fábrica de yute Adamjee y di órdenes oficiales para asegurar que ninguno de los obreros tuviese problemas para alimentarse o para conseguir vivienda. Discutí con el secretario en jefe sobre la situación.

Mientras tanto, las negociaciones para distribuir los cargos del gabinete habían comenzado. Había conspiraciones en cada esquina para lograr un único objetivo: que la Liga Awami fuese excluida de los ministerios más importantes. La situación se estaba complicando y Mohan Mia empeoraba las cosas cada vez que hablaba con el Sr. Huq.

—Estoy harto de lo que sucede —le dije al Sr. Huq—. Si es necesario, abandonaré el gabinete y seguiré mi propio rumbo.

Al día siguiente se repartieron todas las carteras y me otorgaron el de Cooperativas y Desarrollo Agrícola. Sin embargo, otra persona

se ocuparía de Agricultura. El Sr. Sobhan, CSP, había aconsejado a Mohan Mia sobre la distribución de cargos ministeriales.

Lo llamé:

—Usted no me conoce aún —le dije—, así que déjeme aconsejarle que no enturbie demasiado las aguas.

Fui al ver al Sr. Huq de nuevo.

—Abuelo, ¿qué está sucediendo? —le pregunté al Sr. Huq—. No estamos desesperados por ser ministros. ¿Por qué nos han pedido unirnos a usted si no hay más que conspiraciones contra nosotros?

Me pidió que me sentara junto a él.

—Deja que hagan lo que quieran —dijo—. Yo te entregaré mi cartera ministerial. No te enfades, todo saldrá bien al final.

Era un hombre ya muy anciano, ¿qué podía decirle? Había empezado a tratarme con mucho afecto. Me llamaba incluso cuando no necesitaba nada. En una ocasión, dijo ante un grupo de periodistas:

—Yo soy un viejo árbol y Mujib es una rama que surge. Por eso yo soy su abuelo y él es mi nieto.

Yo era el ministro más joven del gabinete y él era el miembro de más edad. Haría lo que él me pidiese. Tenía un gran corazón y por eso comencé a respetarlo en su momento. Cuando los conspiradores no lo manipulaban, demostraba su generosidad y su lado amable. Sin embargo, por su edad, dependía de ellos. Por el afecto que me demostraba confiaba en poder rescatarlo de la influencia de esa gente.

Me presenté en la oficina para saber qué funciones iba a realizar en el ministerio, puesto que no tenía ni idea de cuáles serían mis funciones. Durante ese período los ministros se mudaron a sus residencias oficiales. Yo también me mudé, junto con mi esposa y mis hijos, a una residencia del gobierno, en Minto Road.

~~~

Un par de días más tarde, el Sr. Huq me llamó:

—La gente de Karachi me ha pedido que vaya a la ciudad —me dijo—. Ataur Rahman y tú debéis acompañarme. Nanna, Mohan Mia y Ashrafuddin Chowdhury también vendrán con nosotros. Esos hombres no parecen estar haciendo nada bueno.

Quería ir con él porque tenía mis propias razones: el Sr. Suhrawardy estaba enfermo y quería visitarlo.

Llegamos a Karachi y lo primero que hicimos fue discutir sobre la relación entre Bengala Oriental y el gobierno central. Querían saber qué tipo de ayuda íbamos a necesitar de ellos. En Pakistán Occidental se estaba desarrollando una contundente campaña para desprestigiarnos. Intentaban culpabilizar al Frente Unido por las revueltas. Me pregunto si alguna vez alguien ha escuchado que un gobierno instigue revueltas para empeorar su imagen frente al mundo. Un gobierno tiene la responsabilidad de mantener la ley y el orden; ¿por qué arriesgaría su reputación instigando una revuelta? Resulta obvio que las revueltas habían sido fomentadas por los perdedores. Comenzaban en Karachi, donde la gente en el poder organizaba las revueltas para desacreditar al gobierno del Frente Unido ante los ojos del mundo. Estaban buscando una excusa para destituir al gobierno provincial.

Tras conversar con el gabinete central, Mohammad Ali, de Bogra, nos llevó a su oficina y nos pidió que nos sentásemos. El Sr. Huq también estaba presente y Mohammad Ali comenzó a hablarle sin mostrar ningún respeto. En el momento en el que yo estaba a punto de estallar por su insolencia, Mohammad Ali se volvió hacia mí.

—Mujibur Rahman —me dijo—, ¿sabes que tengo un enorme expediente en tu contra y que en estos momentos está sobre mi mesa?

Mientras pronunciaba esas palabras y gesticulaba de manera violenta, tomó una carpeta del otro lado de la oficina y la puso sobre la mesa.

—Desde luego que tiene usted un expediente sobre mí —respondí—. Gracias a ustedes estuve en prisión durante mucho tiempo. Pero nosotros también tenemos un archivo contra ustedes en el gobierno provincial.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Cuando el Sr. Khawaja Nazimuddin formó un gabinete en 1947, no lo nombró a usted ministro. ¿Recuerda cuando iniciamos nuestro movimiento por la lengua bengalí, en 1948, y usted contribuyó secretamente con doscientas *takas*? Mucha gente tiende a olvidar el pasado fácilmente.

El Sr. Huq y Syed Azizul Huq se dieron cuenta de que la situación estaba caldeándose.

—Debemos marcharnos —dijo uno de ellos—. Continuaremos con las discusiones más tarde

Antes de que abandonásemos la oficina le hice saber al Sr. Ali que su modo de tratar al Sr. Huq había sido descortés e insultante.

Fui a visitar al Sr. Suhrawardy, que estaba muy enfermo. No podía levantarse de la cama e incluso hablar con nosotros le resultaba difícil. Los médicos le habían prohibido las visitas, pero al verme se alegró. Baby, su única hija, me había pedido que no mencionase la política durante nuestra conversación. A pesar de ello, él, poco a poco, llevó la conversación hacia el tema para enterarse de la situación actual. Le dije un par de cosas y después me callé.

—Mohammad Ali y los líderes de la Liga Musulmana están planeando algo verdaderamente terrible —dijo al final.

El Sr. Huq me dijo que el gobernador general, Golam Muhammad, había pedido que fuésemos a verlo. Acudimos a su residencia oficial donde nos invitaron a pasar a una habitación desde la cual dirigía los asuntos de estado, a pesar de que debía hacerlo desde la cama. Era un hombre enfermo. Sus manos y sus piernas temblaban todo el tiempo y era muy difícil entender lo que decía. A pesar de ello, conversó con el Sr. Huq y me llamó por mi nombre, para saber si me hallaba presente. El Sr. Huq le indicó dónde me encontraba. Él me pidió que me sentara cerca de él.

—Me dicen que eres comunista. ¿Es verdad? —me preguntó.

—Si el Sr. Suhrawardy es comunista —respondí—, yo lo soy también. Y si él es algo distinto, yo también lo soy.

Él sonrió y posó su mano sobre mi frente con afecto.

—Eres aún un hombre joven y puedes hacer mucho por el país —me dijo—. Tienes mis bendiciones. Me ha gustado conocerte.

Era muy difícil comprender qué decía y, en ocasiones, daba la impresión de ser incoherente. Su rostro estaba parcialmente paralizado. Sus brazos y sus piernas estaban consumidos. Pero Dios parecía haberle dejado su ingenio intacto y parecía poder controlar la mente.

Al día siguiente nos enteramos de que se estaba planteando imponer la ley del gobernador en Bengala Oriental y que pronto se disolvería el gabinete de la provincia. El gobierno central había ordenado al Sr. Ishaque, secretario en jefe del gobierno de Pakistán Oriental, que nos impidiese regresar a esa provincia. Debía evitar que obtuviésemos billetes de avión para volver. Sin embargo, él se

negó a hacerlo alegando que nosotros éramos todavía ministros del gabinete y que legalmente estaba obligado a acatar nuestras órdenes. También se le había ordenado crear un expediente con un informe falso sobre nuestro viaje. Pero él se había negado a entrar en ese juego de falsedades. Sufrió las consecuencias más tarde, cuando fue destituido de su cargo y forzado a mantenerse inactivo durante mucho tiempo. Cuando el Sr. Aatur Rahman y yo supimos lo que estaba pasando tomé cartas en el asunto:

—Regresemos a Dacca hoy mismo —le dije al Sr. Huq—, si no lo hacemos, nos tendremos que quedar aquí durante mucho tiempo. No será posible obtener billetes de avión más tarde.

Cuando el Sr. Huq comprendió la gravedad de la situación llamó a Nanna Mia y le dijo que él también quería regresar a Dacca. Nanna Mia accedió a regresar con nosotros. Mohan Mia y Asharafuddin Chowdhury, en cambio, decidieron permanecer en Karachi para averiguar si se les podían conceder aún más favores.

Adquirimos los billetes y fuimos a ver al Sr. Suhrawardy de nuevo. Le explicamos algunos detalles sobre la situación actual. Él sufría fuertes dolores.

—En un par de días necesito ir a Zúrich para recibir tratamiento —me dijo—. Necesito mucho dinero.

—Le enviaré dinero a Baby en cuanto llegue a Dacca —le respondí.

Me entristecía profundamente el hecho de que un hombre como él, que había repartido tanto dinero de sus propias arcas entre los pobres, no tuviese ahora lo suficiente para su propio tratamiento. ¡Así es el destino!

Creo que tomamos el avión de regreso a Dacca el veintinueve de mayo. La ruta de nuestro vuelo incluía escalas en Delhi y en Calcuta. Viajaban con nosotros el secretario en jefe, Hafiz Ishaque, y Shamsuddoha, el inspector general de policía. Yo no tenía ni idea de la razón por la que el Sr. Doha había ido a Karachi ni de quién le había solicitado que viajara. Más tarde, el Sr. Huq me dijo que había sido él quien le pidió que viniese con nosotros. Poco antes de aterrizar en Calcuta, el Sr. Doha se dirigió al Sr. Huq.

—Creo que sería buena idea que se quedase en Calcuta esta noche —le dijo—. No podemos anticipar lo que puede pasar, puesto que toda esa gente no está tramando nada bueno. El Sr. Iskander Mirza y N. M. Khan salieron a Dacca, en un avión militar, ayer por la noche. Es posible que haya sucedido algo en el aeropuerto de

Daca. Si no hay novedades allí, yo mismo enviaré un avión para que lo recoja en Calcuta mañana.

Completamente consciente de la gravedad de la situación, el Sr. Huq le indicó que hablase con Nanna Mia y conmigo. El Sr. Doha intentó persuadirnos con la misma historia.

—¿Por qué tenemos que quedarnos en Calcuta? —pregunté—. Es una ciudad extranjera. Si nos tiene que pasar algo, que nos pase en Daca.

Nanna Mia estaba de acuerdo conmigo. No me costó nada comprender la razón por la cual el Sr. Doha nos daba un consejo que no habíamos pedido. Era parte de un plan preparado en Karachi: los gobernantes pakistaníes querían demostrarle al mundo que el verdadero objetivo del Sr. Huq era unir a ambas Bengalas y que él era enemigo de Pakistán y un traidor. En lo que respecta a nosotros, querían presentarnos como los cómplices del Sr. Huq.

Tan pronto como aterrizamos en el aeropuerto de Calcuta, los periodistas rodearon al Sr. Huq y empezaron a formularle todo tipo de preguntas. Él se limitó a poner un dedo sobre sus labios para indicar que estaban sellados. Podían preguntarme a mí.

—No tenemos nada que declarar en este momento —dije a los periodistas—. Si hay algo que decir, lo haremos cuando lleguemos a Daca.

Nuestro vuelo se retrasó durante casi una hora en Calcuta. El Sr. Doha se dirigió a nosotros de nuevo.

—He telefoneado a Daca y me han dicho que el aeropuerto está rodeado completamente por el ejército. Piénsenlo bien, ¿qué debemos hacer ahora?

—Deje usted que hagan lo que quieran —respondí—. No va a afectarnos. Regresaremos a Daca. No nos quedaremos en otro país ni un minuto más de lo que sea necesario.

Cuando subimos al avión se me ocurrió pensar que el Sr. Doha se creía muy listo porque trabajaba para la policía. Probablemente daba por hecho que, siendo nosotros políticos, no podríamos desenmascarar sus planes.

Cuando llegamos a Daca, nos encontramos con que una gran multitud se había congregado en el aeropuerto para darnos la bienvenida. Los saludamos a todos y partimos hacia nuestras casas. Habíamos dejado al asistente personal del Sr. Huq, Sajed Ali, en Karachi. Él nos informaría por teléfono de cualquier incidente.



Cuando llegué a casa, me di cuenta de que Renu todavía no había podido colocarlo todo en su sitio.

—No creo que tengas que seguir trabajando en la casa —le dije— puesto que van a disolver mi ministerio y me arrestarán. ¿Dónde te quedarás en Daca? Probablemente deberás regresar a nuestra casa en el pueblo. Viajaste a Daca pensando que podrías quedarte conmigo y que los niños tendrían una educación adecuada, pero creo que nada de eso va a suceder. Además, he gastado todo el dinero que tenía.

Renu me miró preocupada. Me di un baño, almorcé y decidí descansar un rato. A las tres de la tarde alguien llamó para informarme de que el gobierno central había promulgado la Sección 92(A) y había disuelto el gabinete provincial.<sup>58</sup> El mayor general Iskander Mirza había sido nombrado Gobernador de Bengala Oriental y N. M. Khan, secretario en jefe.

Me vestí rápidamente y fui a la casa de Aatur Rahman. Ambos nos dirigimos a la residencia del Sr. Huq. Le solicitamos que convocase una reunión del gabinete y le dijimos que no debíamos obedecer el decreto que el gobierno central nos imponía injustamente. Era preciso ignorarlo. Él nos respondió que no estaba seguro sobre lo que deberíamos hacer y sugirió que discutiésemos la situación con los demás. Yo hablé con Nanna Mia, pero parecía estar atónito ante lo sucedido y no pudo decir nada. Era evidente que estaban todos atemorizados. El Sr. Aatur Rahman estaba listo para apoyarme si los demás consentían. El Sr. Huq se encerró en su habitación y nosotros, mientras tanto, no pudimos localizar a los demás ministros.

Me dirigí al Sr. Aatur Khan:

—Trate de convocarlos a todos —dije—. Iré a la oficina de la Liga Awami y me llevaré toda la documentación. Es posible que clausuren la oficina en cualquier momento.

Poco después de salir de la oficina de la Liga Awami con todos los documentos relevantes, la policía rodeó el edificio. Los agentes se habían aproximado desde otra calle. Cuando llegué a casa de

---

<sup>58</sup> "El gobernador general de Pakistán había añadido la Sección 92A al Acta del Gobierno de la India, de 1935. La Sección preveía que, bajo determinadas circunstancias, el gobernador general podía emitir una proclamación, autorizando al gobernador de una provincia para que dictase leyes en tal jurisdicción." Khan, Hamid, *Constitutional and Political History of Pakistan*, 2nd Ed., Oxford University Press, Karachi, 2009, p. 113.

Nanna Mia me informaron de que varios altos cargos de la policía habían venido a buscarme. Cuando telefoneé a mi casa supe que habían pasado también por allí.

—Si vienen a buscarme de nuevo, díles que voy a regresar pronto —le dije a Renu.

Cuando me marchaba me dirigí a los presentes:

—Voy a ir a la cárcel —les dije—, pero permitan que les diga algo: ustedes no deben obedecer este injusto decreto sin protestar contra él. Deben oponerse abiertamente. La gente de este país está lista para hacerlo. Todo lo que ustedes deben hacer es guiarlos. Muchos de nosotros terminaremos en la cárcel, pero es mejor protestar e ir a prisión.

Cuando salí de la residencia de Nanna Mia esperaba encontrarme con algún miembro del partido en el camino, pero no vi ninguno. Dejé mi automóvil oficial y me monté en un rickshaw. Algunos policías estaban vigilando mi casa. No me reconocieron cuando llegué en el rickshaw. Renu me pidió que comiese algo. Lo hice, preparé mi ropa de cama y telefoneé al magistrado del distrito Yahiya Khan Chowdhury.

—La policía ha venido a mi casa, sin duda para arrestarme. Usted me encontrará aquí. Envíe un vehículo a recogerme.

—Tenemos que obedecer órdenes —respondió—. Voy a enviarle un vehículo, esté usted listo. Me están telefoneando a cada instante para que lo arreste.

Le di las gracias y colgué. Renu preparó mis cosas, llorando. Los niños estaban ya dormidos. Le pedí que no los despertase.

—¿Qué puedo aconsejarte? —le dije—. Haz lo que creas mejor, pero permanecer en Dacca será difícil para todos. Creo que sería mejor que regreses al pueblo.

Le había pedido a mi amigo Yar Mohammad Khan que alquilase una casa para Renu, si ella decidía no regresar a nuestro pueblo. Él la ayudó, con la cooperación del propietario del hotel Al Helal, Haji Helal Uddin. Unos días más tarde, cuando Yar Mohammad Khan traía a Renu a visitarme, fue arrestado en la puerta de la prisión. Había sido miembro de la Asamblea Legislativa en representación de una jurisdicción en Dacca.

Un automóvil llegó para trasladarme media hora más tarde. La casa estaba llena de gente, pero la mayor parte se marchó en medio de la oscuridad de la noche, temiendo ser arrestada. Yo subí

al coche. Un miembro joven del nuestro partido, de Gopalganj, Shahidul Islam, sollozaba mientras yo me marchaba. Bajé del coche.

—¿Por qué lloras? Este es el camino que me ha sido designado. Saldré de prisión un día, pero cuida de mi esposa mientras estoy lejos —le dije con afecto.

Me condujeron a la oficina del magistrado del distrito. Él estaba esperándome.

—¿Qué puedo hacer? —me preguntó—. La gente en Karachi está deseando que lo arrestemos. Yo sabía muy bien que usted vendría de forma voluntaria en cuanto le avisáramos. Usted no le tiene miedo a la prisión.

Su teléfono sonaba continuamente y yo pensé que no tenía sentido esperar más tiempo en su oficina.

—Envíeme usted a la cárcel —le pedí—. Estoy agotado, no pude dormir durante toda la noche de ayer en el avión.

Él me llevó a la habitación contigua y me pidió que tomase asiento. El Sr. Idris era por entonces inspector general adjunto de la policía en la división de Dacca. Vino a verme y me trató con mucho respeto. Me preguntó si necesitaba cigarrillos o alguna otra cosa. Le dije que me sentiría feliz si me enviaba de inmediato a mi celda en prisión. Él y otro inspector se presentaron y empezaron a redactar una orden de arresto de manera inmediata. Se había iniciado un proceso en mi contra. Me acusaban de robo e intento de asesinato, saqueo, vandalismo y algunos actos más en contra de la ley. El magistrado del distrito me concedió el estatus de división. Llegamos a la puerta de la cárcel después de medianoche. Observé que era el único miembro de la Liga Awami que había sido arrestado. Minutos más tarde, Mirza Golam Hafiz y Syed Abdur Rahim también fueron encerrados. Los tres fuimos internados en el corredor Dewani.<sup>59</sup>

Cuando me recogieron de la oficina del magistrado del distrito, el Sr. Idris se dirigió a mí.

—¿Dónde vive el profesor Abdul Hye, secretario de publicidad de la Liga Awami?

—No se lo diría aunque lo supiera —respondí—. ¿Por qué piensa usted que voy a informarle sobre eso?

Durante los diez o quince días siguientes fueron arrestados aproximadamente tres mil miembros y seguidores de la Liga Awami.

---

<sup>59</sup> N. de la T.: *Corredor Dewani*, corredor destinado a los presos de casos civiles.

Unos pocos miembros de otros partidos fueron arrestados también, junto con algunos cientos de estudiantes y aproximadamente cincuenta miembros de la Asamblea Legislativa. Unos cuantos miembros del partido Ganatantrik Dal también fueron encarcelados. Korban Ali, Dewan Mahbub Ali, Bijoy Chatterjee, Khondokar Abdul Hamid, Mirza Golam Hafiz, Yar Mohammad Khan y Mohammad Toaha fueron conducidos al corredor Dewani y a otras siete celdas de la cárcel central de Daca. Más tarde encarcelaron también al profesor Ajit Guja y a Munier Chowdhury. El Sr. Fazlul Huq se encontraba bajo arresto domiciliario.

El seis de junio, el Sr. Abu Hussein Sarkar convocó a una reunión en su casa del Frente Unido parlamentario. Tan solo unos pocos miembros de la Asamblea Parlamentaria hicieron acto de presencia. Cuando la policía llegó e impuso la prohibición de reunión, se dispersaron y regresaron a sus hogares.

En el discurso radiado que pronunció el primer ministro, Mohammad Ali, con motivo de la imposición de la ley del gobernador en Bengala Oriental, atacó directamente a Sher-e-Bangla Fazlul Huq, llamándolo “traidor” y a mí me acusó de “incitar a las revueltas”. Los líderes de nuestras filas que no estaban en prisión no creyeron necesario protestar contra tal afirmación.

La gente de nuestro país esperaba el seis de junio. Si nuestros líderes hubiesen creado un programa de acción para el pueblo, este lo habría hecho suyo. Todos los que no se encontraban en la cárcel habrían empezado a actuar. Los valientes y sacrificados miembros de la Liga Awami se habrían unido a ellos para oponerse a los hechos consumados. Pero finalmente no hicieron nada, ya que dependían de los líderes del Frente Unido, que no eran sino unos oportunistas. Muchos de nuestros miembros habían evitado el arresto. Si los líderes hubiesen hecho un llamamiento a la población, pidiendo su apoyo a través de acciones masivas, habríamos visto ese día un movimiento de tal magnitud que habría desanimado a los conspiradores que buscaban oprimir a Bangladés en el futuro.

En los lugares en los que el noventa y siete por ciento de la población había votado al Frente Unido y lo apoyaba no se habrían dejado seducir por las tentaciones que les ofrecían. ¡Y pensar que esa misma gente apartaba la vista ante lo que estaba sucediendo! Sus líderes no decían una palabra sobre lo que había que hacer o lo que se podía hacer y si esa opresión se debía soportar en silencio o no.

Tan solo el Sr. Aaur Rahman Khan hizo una declaración contra el gobierno unos días más tarde. El Maulana Bhasani había viajado a Inglaterra pocos días antes de que la Sección 92(A) se impusiese en Bengala Oriental. El Sr. Suhrawardy estaba enfermo, en un hospital suizo, mientras que yo me encontraba prisionero en una celda. Cuando un cuadro de líderes sin principios encabeza un movimiento, es posible avanzar durante un tiempo, pero ese progreso se desvanecerá en tiempos de crisis. Yo era el único de los dieciocho ministros que estaba en prisión, con la excepción del Sr. Huq, que estaba bajo arresto domiciliario. Si los demás hubiesen desobedecido la imposición ilegal del seis de junio y se hubiesen arriesgado así a ser arrestados, se habría iniciado espontáneamente un movimiento contra esa decisión. Por desgracia, ni uno solo de ellos protestó contra lo que había sucedido. El resultado favorecía a los conspiradores: no importaba cuánto ruido hiciesen los bengalíes, tampoco cuánto apoyo popular obtuviesen porque nunca sería difícil oprimirlos. Estaba claro que desaparecerían en sus túneles en el momento mismo en que la policía mostrase sus porras y sus armas de fuego. Si se hubieran encontrado con resistencia, los opresores se lo habrían pensado mil veces antes de enfrentarse a los bengalíes en su conjunto.

~~~

Desde ese día, los bengalíes empezaron a vivir la etapa más difícil. Nunca se debe trabajar para el desarrollo de la nación cuando el proceso lo dirigen líderes ineptos y sin principios, ni cuando se tiene a políticos cobardes como compañeros. Hacerlo tiene resultados más negativos que positivos para la población.

No lo puedo recordar con exactitud, pero dos o tres días después de mi arresto, aun estando yo en prisión, me comunicaron que me volvían a arrestar en aplicación del Acta de Seguridad Pública. Quienes eran encarcelados bajo el auspicio de esa ley podían ser detenidos por un período indefinido, sin juicio previo. El gobierno debía pensar que iba a ser exculpado en el juicio iniciado contra mí, de modo que optó por la aplicación del Acta de Seguridad Pública, esperando que, así, yo permaneciera de forma indefinida en la cárcel. No recuerdo qué tipo de cargos habían inventado en mi contra en esa ocasión. Se suponía que yo había intentado matar a alguien o

incitado a algunas personas a cometer actos de vandalismo. Tras hacer algunas averiguaciones, supe que los cargos que me imputaban estaban relacionados con un incidente reciente –un estallido de violencia frente a la puerta de la cárcel–.

El día de ese incidente yo estaba en la oficina de la Liga Awami, junto con otras personas, preparándome para el *iftar*. Cuando me encontraba en Dacca durante el mes del Ramadán solía romper el ayuno junto con otras personas de nuestra oficina. En esos momentos, respondí a una llamada en la que me informaban de un altercado originado por un hecho intrascendente, frente a la puerta de la prisión en Chawk Bazar. El hecho había provocado que los guardias de la cárcel disparasen a un grupo de personas, matando a un hombre e hiriendo a muchos otros. La cárcel central de Dacca está localizada junto a Chawk Bazar. Esto ocurrió cuando todavía no me había incorporado al gabinete ministerial provincial del Sr. Huq. Telefoneé al Sr. Aatur Rahman Khan, pues su casa estaba cerca de Chawk Bazar. Él estaba al tanto de lo sucedido y me pidió que fuese a su casa. Desde su residencia iríamos ambos a Chawk Bazar, hasta la puerta de la prisión. Había una gran concentración de personas y el ambiente estaba cargado y acalorado. La gente nos rodeó y todos nos querían relatar a la vez qué había sucedido. Cuando les pedimos que narraran su experiencia uno por uno, se calmaron un poco y nos contaron lo que habían visto: un carcelero había empezado a discutir con un vendedor de nueces de betel y acabaron peleándose. Entre dos y cuatro guardias de la prisión estaban del lado del carcelero, mientras que la gente de la localidad apoyaba al tendero. En la pelea que siguió, los guardias se llevaron la peor parte. Retrocedieron a sus barracas para armarse y dispararon contra la multitud. Mucha gente cayó herida. Tres heridos fueron arrastrados al interior de la cárcel.

Una multitud se había congregado en el lugar. Les pedimos que se calmasen y nos dirigimos a la puerta de la prisión, donde nos encontramos a Syed Azizul Huq –Nanna Mia, quien ya ejercía como ministro entonces–, quien se había personado en el lugar nada más saber del incidente. Un funcionario especial del gobierno lo acompañaba. Todos nos acercamos a la puerta de la prisión. Hablamos allí con el superintendente y con el director de la cárcel. En ese momento también habían hecho acto de presencia un par de ministros más, el magistrado del distrito y el comisionado de

la división. Al vernos allí a todos, y en particular a los ministros, una multitud se empezó a congregarse frente a la puerta de la prisión. Miles de personas gritaban, furiosas.

La cárcel de Dacca tenía por entonces un sargento anglo indio, el Sr. Godge. No puedo atestiguarlo, pero, al parecer, la gente empezó a lanzar consignas: “Queremos juzgar a Godge” y “Godge nos disparó”. La casa de Godge estaba situada frente a la puerta de la cárcel. Parece ser que alguien indicó que se encontraba allí y la gente empezó a atacar la casa.

Aquellos que estaban presentes, incluyendo ministros, líderes y funcionarios de gobierno, pidieron que los acompañase a la casa de Godge. Hacía más de una hora que la multitud estaba allí pero ningún policía armado había aparecido en escena. Yo traté de detener a la multitud. Empujé a algunos e intenté controlarlos. Con la ayuda de algunos miembros de nuestro partido pude echarlos de la veranda de la casa. Me subí al capó de un automóvil y me dirigí a la multitud, pidiéndoles que se calmasen y que dejaran de comportarse con violencia. Les aseguré que el gobierno castigaría a los culpables. No tenía un micrófono a mano y me era difícil lograr que escuchasen mi voz. La multitud, mientras tanto, se aproximaba de nuevo hacia la casa de Godge. Una vez más, acudí a la casa en compañía de algunos miembros del partido y formamos una barrera humana ante ella. Muchos otros miembros de la Liga Awami llegaron en esos momentos.

Precisamente cuando ya había logrado aplacar a la multitud y hacer que se alejaran de la casa y se dirigieran hacia la puerta de la cárcel llegó el IGP, el Sr. Doha, junto a algunos policías.

—Queda usted arrestado—dijo, agarrándome del brazo.

La multitud empezó a gritar e intentó separarme de él. Yo intenté calmarlos una vez más. Dos o tres minutos más tarde, el Sr. Doha apareció de nuevo.

—Lo siento —me dijo—, no pude verlo en la oscuridad. Cometí un error. Acompañeme a la puerta de la prisión.

—Han pasado casi dos horas desde el inicio del incidente —le dije mientras entrábamos en la prisión— y usted ha aparecido con la policía ahora. Tuvimos que tratar de controlar la situación nosotros mismos. Haga usted lo que le parezca mejor. ¿Por qué me necesita ahora? Hay menos de una milla de distancia desde la puerta hasta la comisaría de policía en Lalbagh y, sin embargo,



¡ha pasado muchísimo tiempo hasta que la policía ha aparecido por aquí!

En ese momento, yo ya estaba agotado. La multitud se había congregado una vez más ante la puerta de la prisión. Comprendimos que la policía estaba preparándose para atacar con porras o para abrir fuego. Nadie intentaba calmar a la multitud. Nadie había traído el camión de publicidad del gobierno, a pesar de que sus micrófonos habrían sido muy útiles en ese momento para dispersar a la gente. No era posible que alguien se hiciese oír de otra manera. Hablé con la gente que estaba dentro de la oficina del superintendente y luego traté de formar una marcha con la gente que estaba fuera de la puerta de la cárcel. Muchos de nuestros miembros se hallaban entre la multitud. Cuando salí, le dije a la gente:

—Protestemos formando una marcha.

Así los lideré. Casi un setenta por ciento me siguió. Los conduje hasta Sadar Ghat, a casi una milla y media de distancia del lugar.

Cuando llegué a la oficina de la Liga Awami expliqué a los presentes que organizaríamos un mitin público al día siguiente, en Paltan Maidan. Lo que había sucedido era tremendamente injusto. ¿Por qué los guardias habían abandonado las instalaciones de la cárcel y disparado contra la gente? ¿Quién les había dado permiso para hacerlo? ¿Quién les había facilitado la munición? ¿No se suponía que los carceleros debían estar armados todo el tiempo? Conversé con la gente en la oficina de la Liga Awami hasta casi las diez de la noche. Fue entonces cuando nos enteramos de que habían disparado de nuevo ante la prisión y de que había muerto una persona. No sentí la necesidad de regresar a la puerta de la cárcel. Llamé al Sr. Aatur Rahman para informarle sobre el mitin del día siguiente. Él aprobó mi decisión.

Se organizó una gran reunión en Paltan Maidan al día siguiente. En mi discurso solicité que los responsables del incidente fuesen castigados y que se compensase a los familiares de quienes habían muerto. Habría que llevar a cabo una investigación para determinar la razón por la cual la policía no había llegado a tiempo al escenario del incidente.

Unos días más tarde, cuando me incorporé al gabinete, intenté iniciar averiguaciones sobre el tema, para saber si se habían tomado acciones al respecto y, en su defecto, para decidir qué debía hacerse.

Tras la disolución del gabinete y la imposición de la ley del gobernador, se me acusó de lo que fue llamado “el caso de la revuelta de la puerta de la cárcel”. Las diligencias del caso continuaron hasta 1955 y tuvieron lugar en la corte del juez Fazle Rabbi, un magistrado de primer orden. Se presentaron muchos testigos falsos para testificar en mi contra. Incluso la hija del Sr. Godge acudió a la corte para testificar contra mí. Pero no pudieron presentar ninguna testigo del público. Lograron que algunos carceleros apoyasen su acusación. Dos de ellos, sin embargo, revelaron la verdad sin darse cuenta, cuando informaron de que habían visto que me subía al capó de un coche para hablarle a la multitud, urgiéndola a dispersarse. El superintendente de la cárcel, Sr. Naziruddin Sarkar, no dijo la verdad y repitió lo que la policía quería que dijese. Los testigos aportaron testimonios contradictorios. A pesar de todo, mencionaron que yo había pedido a la multitud que se mantuviese en paz. El magistrado concluyó, por lo tanto, que los cargos que se habían presentado en mi contra debían ser desestimados y me declaró totalmente inocente. En su veredicto, el magistrado afirmó:

—En lugar de llamarlo enemigo de la paz, debería ser llamado protector de la paz.

Y, sin embargo, permanecí encarcelado durante casi diez meses, en aplicación del Acta de Seguridad Pública.

~~~

Mientras estaba en prisión, me deprimieron mucho algunos incidentes, igual que a los demás prisioneros políticos. Durante su arresto domiciliario, los partidarios de Sher-e-Bangla Fazlul Huq consiguieron que realizara una declaración en la que aceptaba que se había equivocado y se disculpaba por sus acciones. Puesto que era el líder del Frente Unido, su declaración nos humilló a todos. Es difícil expresar con meras palabras la dimensión de nuestra angustia por el contenido de ese documento. Cuando lo leímos en el periódico, nos asombramos. Él era entonces un hombre muy anciano y es posible que estuviese muy débil mentalmente.

Pero ¿qué estaba pasando con toda la gente que estaba fuera de la prisión? Toda la gente del país nos apoyaba en masa. Miles de nuestros miembros estaban languideciendo entre rejas. Aquellos que estábamos encarcelados resolvimos que no continuaríamos

cooperando con el partido Krishak Shramik. Mientras tanto llegó, incluso a la cárcel, la noticia de que muchos líderes de la Liga Musulmana que habían sido expulsados en 1953 estaban negociando en secreto con Mohammad Ali para encontrar el modo de que se les nombrase ministros otra vez. Si era necesario, estaban dispuestos a abandonar la Liga Awami. En lugar de actuar contra los funcionarios gubernamentales responsables de la masacre de la fábrica de yute Adamjee, el Sr. Iskander Mirza, tras ser nombrado gobernador de Pakistán Oriental, actuaba contra los miembros del partido.

Mientras tanto, los líderes de la Liga Musulmana comenzaron a pelearse entre sí. Golam Muhammad y Mohammad Ali mantenían un enfrentamiento ideológico. Mohammad Ali ya no era el ojito derecho de los que estaban en el poder. Había aprobado una ley en la Asamblea Constituyente limitando el poder de Golam Muhammad. Golam Muhammad, por su parte, no era el tipo de hombre que pasaría por alto algo así. Empezó a apuntalarse en el poder. Creía firmemente que la fuerza invisible que le había ayudado a derrocar a Khawaja Nazimuddin le ayudaría una vez más. Esa fuerza invisible era la causante de los conflictos. Ahora volvía a trabajar para hacerse con el poder. Cuando en septiembre Mohammad Ali hizo aprobar la legislación en la Asamblea Constituyente, coartando los poderes del gobernador general Ghulam Muhammad, este último declaró el estado de emergencia en Pakistán y disolvió la Asamblea Constituyente. Se suponía que era el órgano principal del poder político del estado. Lamentablemente, los miembros de la Asamblea Constituyente evitaron, a propósito, darle una constitución al país mientras estaban disfrutando de sus cargos, entre los años 1947 y 1954. La Asamblea Constituyente tenía pleno derecho a redactar una constitución.

La India y Pakistán habían logrado la independencia al mismo tiempo y se crearon Asambleas Constituyentes en ambos países. Sin embargo, en 1952, la India ya tenía su propia constitución y organizó elecciones nacionales siguiendo sus preceptos y ya estaban preparando unas nuevas elecciones. Por el contrario, nuestra Asamblea Constituyente había sido copada por unos pocos, quienes además prosperaron a la hora de crear una camarilla interna. A pesar de que perdieron las elecciones en la provincia de Bengala Oriental, esa derrota no fue para ellos un toque de atención. Más bien al contrario, se dedicaron a conspirar para anular el resultado

de las elecciones en Bengala Oriental. Declararon el estado de emergencia y desataron allí el reino del terror.

Mohammad Ali sabía bien que no tenía el apoyo del ejército y no debía haber esperado que así fuera. El ejército iba a apoyar a Golam Muhammad. ¿De dónde sacó entonces el valor necesario para dar un paso tan poco aconsejable? Sin duda, la fuerza invisible que lo manipulaba todo también lo había condicionado. Una camarilla de punjabis gobernaba Pakistán por entonces. Sabían que podían utilizar a los hombres de Pakistán Oriental durante el tiempo que quisieran. Esos hombres ya no tenían nada más que ofrecerles y, por el contrario, de vez en cuando obstaculizaban sus planes. Los pakistaníes occidentales comprendían ahora lo vulnerables que eran esas personas después de la victoria del Frente Unido. No les quedaba ninguna duda de que esos caballeros no representaban a la gente de Bengala Oriental.

Mohammad Ali abandonó entonces a sus socios, se rindió ante Golam Muhammad y formó un gobierno provisional. Durante ese período se convirtió en prisionero de los designios de Golam Muhammad y de Chowdhury Muhammad Ali. A pesar de que era el primer ministro, la persona que realmente controlaba el poder en Pakistán era Chowdhury Muhammad Ali. Ayub Khan fue nombrado jefe de las fuerzas armadas e Iskander Mirza fue designado ministro, de modo que el país en su conjunto quedó en manos de los burócratas. Ayub Khan abrigaba ya la ambición de llegar al cargo más alto del país. La prueba está en su autobiografía, *Friends, Not Masters (Amigos, no amos)*. Ha confesado en ese libro que, el cuatro de octubre de 1954, había escrito lo que pensaba sobre la constitución de Pakistán en un hotel de Londres. ¿Por qué escribió sobre la constitución durante esos días? En ese momento era el jefe de las fuerzas armadas y su trabajo era proteger al país de enemigos externos. Su responsabilidad consistía en crear un ejército que estuviera a la altura.

¿De dónde sacaron Golam Muhammad y Chowdhury Muhammad Ali el coraje para urdir esas conspiraciones? Sin ninguna duda, el general Ayub Khan estaba al tanto de todo lo que sucedía entre bastidores, pero había preferido guardar silencio al respecto. Los políticos comenzaron a pelearse los unos con los otros y la gente de Pakistán perdió la confianza en ellos. Los miembros de la Liga Musulmana, que carecían de principios y de líderes,

planearon un nuevo intento para alcanzar el poder. Cuando la Asamblea Constituyente se disolvió y se conformó un nuevo gabinete, se hizo evidente que los supuestos líderes de la Liga se habían transformado en testaferros que solo servían para ocupar cargos ministeriales. Y el líder de la Liga Musulmana, Mohammad Ali, se olvidó por completo del país tras recuperar su cargo de ministro.

Cuando Mohammad Ali de Bogra, se convirtió en primer ministro, posicionó a Pakistán en uno de los bloques en los que el mundo se hallaba dividido por entonces: uno ruso y otro estadounidense, uno socialista y el otro democrático-capitalista. Pakistán había tendido a inclinarse hacia el bloque estadounidense desde el gobierno de Liaquat Ali. En mayo de 1954 Pakistán firmó un pacto militar con los Estados Unidos de América. Más tarde, se integró en el SEATO y en el CENTO y firmó lo que se conocía como el Tratado de Bagdad. Durante ese proceso, el país cayó totalmente bajo la influencia estadounidense. Rusia y China entendieron que esos tratados y pactos eran un mensaje claro en su contra. Los tratados contenían elementos claramente opuestos al comunismo. El novísimo estado de Pakistán tendría que haber seguido una política internacional neutral e independiente. No debimos convertirnos en enemigos de ningún país. Era nuestro deber transformarnos en los amigos de todos los países del mundo. Tendría que haber sido casi un pecado para nosotros pensar siquiera en unirnos a un bloque militar, puesto que debíamos ayudar a mantener la paz en el mundo, ya que la paz es un imperativo indispensable para asegurar el bienestar económico de la población de un país.

Antes de mi arresto habíamos publicado una declaración en la que protestábamos contra el pacto militar entre Pakistán y Estados Unidos. La política de la Liga Awami era promover unas relaciones exteriores independientes y neutrales. Cuando nuestra declaración apareció en los periódicos, los estadounidenses se enfurecieron. Un reportero estadounidense entrevistó al Sr. Huq y publicó un artículo en un periódico de su país basado en el contenido de esa entrevista. Ese artículo fue citado por Mohammad Ali en su declaración. El motivo de que Mohammad Ali le diera tanta importancia a un artículo publicado por un periodista americano era, claro, ¡que tanto el periodista como el Sr. Ali eran americanos!

~~~

Golam Muhammad disolvió de manera ilegal la Asamblea Constituyente. A pesar de todo, esa medida gustó mucho a los ciudadanos. Los miembros de la Asamblea podían permanecer en sus cargos, pero carecían del derecho moral de continuar en los mismos. La gente no confiaba para nada en un órgano colegiado que durante ocho años no había sido capaz de ofrecer al país una constitución y que además había conspirado para destruir un gobierno elegido democráticamente. Desde luego, Golam Muhammad actuó como lo hizo no por una cuestión de patriotismo sino por un instinto de supervivencia, y con el fin de proteger los intereses de una camarilla que perseguía ciertos intereses.

A pesar de que yo sabía que sus acciones eran ilegales, me alegré en cierto modo porque la Asamblea Constituyente no tenía intención alguna de darle una constitución al país. ¿Cómo progresaría una nación independiente sin una constitución? Nos avergonzaba la apatía de los miembros de la Asamblea Constituyente, que ni se molestaban en abordar el tema.

La mayor parte de los miembros de la Asamblea Constituyente pertenecía a la Liga Musulmana. Mientras los líderes de la Liga Musulmana meneaban el rabo con sumisión, solo el Sr. Tamizuddin –presidente de la Asamblea Constituyente de Pakistán– puso en marcha un juicio contra las acciones de Golam Muhammad. En aquel momento estábamos encerrados en la cárcel y toda la información que obteníamos provenía de artículos de periódicos.

Algunos de los prisioneros fueron liberados muy pronto. Yar Mohammad Khan, Dewan Mahbub Ali, Bijoy Chatterjee, el profesor Ajit Guha, Mohammad Toaha, Korban Ali y yo estábamos alojados en la misma sección de la prisión. Matábamos el tiempo como podíamos. El profesor Guha se encargaba de hacer la comida y era un buen cocinero. A pesar de que no se encontraba muy bien, cocinaba para nosotros. Una vez que fue liberado, el Sr. Toaha se encargó de los fogones. No era tan buen cocinero como el profesor, pero lo que cocinaba era comestible. A veces bromeábamos con él sobre su arte en la cocina. Él se enfadaba tanto que dejaba de cocinar y teníamos que rogarle que volviera a hacerlo. Afortunadamente, no era un tipo rencoroso. A Korban Ali le era difícil sobrevivir con tantas estrecheces ya que la comida que se le servía no era nunca suficiente para él. Era un hombre grande y tenía un gran apetito.

Un día llevaron a Korban a la puerta de la prisión con la promesa de que iba a ser liberado. Él se despidió de nosotros con simpatía

y se fue hacia la salida con sus pertenencias. Allí se encontró a un oficial del IB, quien le puso en las manos una orden de libertad junto con otra pieza de papel, pidiéndole que firmase una fianza si quería ser libre. Le dijo que si no firmaba la fianza no saldría en libertad. Korban era un hombre testarudo. Se enfureció con el oficial, lo insultó y regresó a la celda, donde nos narró lo que había sucedido. Solo quienes han tenido la terrible experiencia de tener que regresar a la celda después de haber conseguido un permiso de libertad tras languidecer durante mucho tiempo en la cárcel pueden dar testimonio de lo terrible que es esa experiencia.

Al día siguiente hicimos llegar a las autoridades de la cárcel un mensaje claro al respeto: no debían hacernos de nuevo esa jugarreta. Si había que firmar alguna fianza o si había que enfrentarse a nuevos juicios debían decírnoslo a la cara. Armaríamos un escándalo si alguno de nosotros se veía en el trance de tener que regresar a la celda tras haber alcanzado la puerta de la cárcel con sus pertenencias en la mano, pensando que saldría libre. Habíamos presentado peticiones para que nos liberasen en nuestra calidad de prisioneros políticos y no íbamos a firmar ninguna fianza para alcanzar ese propósito.

Unos días más tarde, otro oficial del IB vino a verme. Creyó que había encontrado una fórmula muy inteligente de conseguir que firmase la fianza directamente. O quizás se sentía avergonzado por tener que intentarlo.

—Por favor, no deambule por aquí —le dije—. Si usted quiere de verdad hablar conmigo puede hacerlo, pero yo le aseguraré por escrito, y así se lo puede hacer llegar a sus superiores, que no firmaré de ninguna manera una fianza. Lo que usted debe decirle al gobierno es que firmen una fianza con la promesa de que no interarán hacerme una jugarreta así nunca más. Y dígales que no deben detener jamás a alguien sin juicio previo.

—¿Acaso le he pedido a usted que firmase una fianza? —me dijo con una sonrisa.

Yo también sonreí ante su falta de sinceridad.

~~~

Mis días en prisión fueron pasando. Vi en los periódicos que Aatur Rahman Khan había ido a Zúrich a visitar al Sr. Suhrawardy. Desde allí partiría a Londres para entrevistarse con el Maulana



Bhasani. Tres de los líderes de la Liga Awami que habían acompañado al Maulana a Inglaterra no habían podido regresar al país. Eran el profesor Mozzaffar Ahmed, Khondokar Mohammad Ilias y el abogado Zamiruddin. Sabían que serían arrestados en cuanto pusieran un pie en Pakistán. ¿Cómo se las arreglaban para sobrevivir en Inglaterra? ¿Quién los ayudaba económicamente? Al parecer, los muchos bengalíes que vivían en ese país les habían encontrado alojamiento y los ayudaban en todo lo que podían.

En Karachi, Aatur Rahman Khan se entrevistó con Golam Muhammad. Entonces el secretario de la Liga Awami Nacional de Pakistán era Mahmudul Huq Osmani, nativo de Karachi. El Sr. Osmani acompañó al Sr. Khan durante su visita a Golam Muhammad. Cuando el Sr. Khan regresó a Bengala Oriental se entrevistó con Manik Mia y con otras personas. Comprendí por sus movimientos que se trataba de otra ronda de conspiraciones. No sería correcto que la Liga Awami se involucrase. Pero yo no era más que un prisionero, ¿quién iba a escuchar lo que tenía que decir sobre el tema?

Al parecer, el Sr. Aatur Rahman Khan viajaría a Zúrich para transmitir un mensaje de Golam Muhammad al Sr. Suhrawardy. Pensamos mucho sobre la cuestión, intentando descifrar el contenido misterioso de ese mensaje. Con toda probabilidad, lo primero que el Sr. Aatur Rahman Khan debía haber solicitado era la libertad para todos los prisioneros políticos. Todas las entrevistas con el Sr. Golam Muhammad y con otros líderes de la Liga Musulmana habrían incluido el tema del regreso del Maulana Bhasani al país, y los pasos que se debían seguir para sacarnos de prisión.

El Sr. Khan regresó a Dacca desde Zúrich. El Sr. Golam Muhammad hizo público un itinerario que mostraba que también visitaría Dacca. Parecía positivo que el hombre más poderoso de Pakistán viajara a la ciudad. Sin embargo, Pakistán Oriental se encontraba bajo la ley del gobernador. El gobierno previo había sido destituido. No permitiría que se conformase un nuevo gobierno. Los miembros de la Asamblea Legislativa y los miembros del partido estaban todos en la cárcel. El presidente de la Liga Awami continuaba en Inglaterra y el secretario general del partido se encontraba en prisión. Además, pesaban sobre muchos de sus líderes órdenes de prisión. Con un panorama semejante, ¿era correcto que el líder de la Liga Awami recibiese al Sr. Golam Muhammad

como si se tratase de un príncipe? Yo no podía comprender la razón del entusiasmo a la hora de recibirlo. Vi en los periódicos una fotografía del Sr. Aatur Rahman Khan y del Sr. Fazlul Khan esperando para recibirlo en el aeropuerto de Daca con guirnaldas de flores en las manos. ¡Pensar que ambos acabarían colgando guirnaldas en el cuello del Sr. Golam Muhammad!

La Liga Awami y el partido Krishak Shramik habían discutido sobre el tema de la recepción que había que ofrecer al Sr. Muhammad. Era evidente que el partido Krishak Shramik no era realmente una organización sustentada en una ideología. El partido era una mera plataforma para oportunistas que buscaban su propio beneficio, aprovechándose de la popularidad del Sr. Huq. Ese era su único capital y lo iban a explotar para alcanzar el poder. No tenían principios reales ni cimientos. Se prestaban a ponerle guirnaldas al Sr. Golam Muhammad, e incluso a Mohammad Ali, de Bogra, con tal de lograr sus mezquinos intereses.

La Liga Awami era, por el contrario, una organización con principios. ¿Cómo podían sus líderes colocar guirnaldas en el cuello de un hombre que representaba lo opuesto a la democracia? Era muy difícil para mí comprender algo así. Mis colegas y yo nos sentíamos muy intranquilos por todo lo que estaba sucediendo. Nos deprimía profundamente darnos cuenta de lo que eran capaces de hacer nuestros líderes para lograr el poder. Era como si no entendiesen la jugada que se había montado entre los dos partidos que formaban el Frente Unido.

Se pusieron en contacto con ellos por separado, para garantizar así que la bienvenida a Golam Muhammad cuando visitase Bengala Oriental fuese apoteósica. Y eso fue exactamente lo que sucedió. Sin embargo, él ya había decidido los siguientes pasos. Iba a conceder la potestad de dividir el Frente Unido a Mohammad Ali. Más tarde escuché que Golam Muhammad prometió que, cuando el Sr. Suhrawardy regresase de Zúrich, sería nombrado primer ministro. Los empresarios industriales más importantes del país y algunos burócratas no querían que la Liga Awami llegase al poder, y estaban dispuestos a todo para impedirlo.

En Daca, Mohammad Ali llegó a un acuerdo con el partido del Sr. Huq por el que se le permitiría formar un gobierno en Bengala Oriental si abandonaba a la Liga Awami. Para hacerlo, debía declarar que el Sr. Suhrawardy no tenía nada que ver con el Frente Unido.

Esa era la estrategia que utilizarían para alejar al Sr. Suhrawardy del poder. Mohammad Ali sabía muy bien que era el único con derecho a ser primer ministro. Contaba con una gran popularidad, tanto en Bengala Occidental como en Bengala Oriental, y la gente de ambas regiones del país quería verlo en ese cargo. Los líderes de Pakistán Occidental que estaban bajo el control de Chowdhury Muhammad Ali sabían que, si lograban la cooperación del partido del Sr. Huq, podrían mantenerse en el poder sin conceder autonomía a Pakistán Oriental. Sin embargo, la Liga Awami no estaba dispuesta a aceptar ninguna concesión en lo que respecta a la autonomía.

Cuando el Sr. Suhrawardy regresó a Karachi, después de recobrar la salud, se le brindó una gran bienvenida pública. Con la excepción de Jinnah, ninguna otra persona en Pakistán había sido objeto de una recepción tan inmensa. Entre veinte y treinta líderes de Bengala Oriental habían viajado a Karachi para recibirlo a su regreso. Casi todos, incluyendo al Sr. Aaur Rahman Khan y al Sr. Abul Mansur Ahmed, se encontraban en Karachi para darle la bienvenida. Sin embargo, en cuanto se encontró de nuevo en Pakistán, los miembros del partido Krishak Shramik empezaron a decir que él no era nadie para ellos, y de que el único líder que reconocían era el Sr. Huq.

El Sr. Huq, por su parte, apoyaba a Mohammad Ali y no al Sr. Suhrawardy. Cuando se presentó la cuestión de formar un gabinete, el Sr. Golam Muhammad le dijo al Sr. Suhrawardy que no iba a nombrarse a un primer ministro en el gabinete, puesto que se trataba de un gobierno interino. El Sr. Suhrawardy sería nombrado primer ministro muy pronto, pero, de momento, su tarea sería redactar, como ministro de justicia, un borrador de constitución para el país. Si el Sr. Suhrawardy no accedía a ser parte del gabinete, el Sr. Golam Muhammad se vería forzado a entregar el poder a las fuerzas armadas. Así fue como engañaron al Sr. Suhrawardy para que aceptara convertirse en ministro de justicia. No fue hasta después de que el Sr. Suhrawardy jurara el cargo de ministro que el Sr. Abu Hussein Sarkar fue nombrado ministro central por el Sr. Huq. El Sr. Suhrawardy no sabía nada de todas esas maniobras que se llevaban a cabo en la sombra.

Ignoro qué tipo de consejos recibió el Sr. Suhrawardy de nuestros líderes, pero es evidente que cometió un error al unirse al gabinete sin visitar antes Lahore y Daca, y sin intentar antes

comprender cuáles eran los ánimos de nuestra gente. Daba igual lo que le habían asegurado los líderes del partido Krishak Shramik, si hubiese convocado una reunión del Frente Unido después de venir a Dacca y hubiese tomado su decisión después de consultar con nuestros líderes, nadie habría puesto ninguna pega.

La gente del país habría obligado a los líderes del partido Krishak Shramik a que cumplieren sus deseos. Los ciudadanos del país observaban cómo la oscuridad se cernía sobre ellos, como una enorme piedra sepulcral. Su único rayo de esperanza era el retorno del Sr. Suhrawardy al país, y la confianza de que él tomaría las riendas para conducirlo hacia la democracia.

En la cárcel, lo sucedido nos entristeció, y se extendió entre nosotros un sentimiento de frustración. Yo tampoco pude encontrar una excusa para apoyar su decisión de convertirse en ministro de justicia. De hecho, estaba muy enojado con él por haber aceptado ese cargo. Mucha gente me había pedido que le telegrafiará para darle la bienvenida al país. Mi respuesta fue:

—De ninguna manera. No voy a telegrafiarle, no tengo motivos para hacerlo.

Renu me envió un telegrama para contarme que mi padre estaba muy enfermo y que había pocas posibilidades de que sobreviviera. Ella se dirigía a nuestro pueblo con los niños para verlo. Había solicitado mi liberación al secretario en jefe, el Sr. M. N. Khan. Siempre me había considerado con afecto, incluso antes de volverse el secretario en jefe de Pakistán Oriental. A eso de las ocho de la noche oí que él había emitido la orden para que fuese liberado. Me sentía muy triste por tener que dejar atrás a mis colegas, especialmente a Yar Mohammad Khan, quien había sido arrestado cuando vino a verme en prisión. Cuando me despedí de ellos les aseguré:

—O sois liberados, o yo regresaré a la prisión para seguir junto a vosotros.

Cuando crucé la puerta de la prisión, vi que Nuruddin, miembro de nuestro partido y nativo de Roy Shaheb Bazar, estaba esperándome.

—Su esposa acaba de partir hacia tu pueblo —me dijo—, ya que su padre está muy grave. Se ha embarcado en el vapor de Badamtali Ghat. La lancha llegará a Narayanganj a eso de las once de la noche. Si usted sale de inmediato hacia Narayanganj, debería poder encontrarse con ella allí.

Le pedí que me acompañara a nuestra casa. No había estado todavía allí, ya que Renu la había alquilado sola mientras yo estaba en la cárcel. Dejé allí casi todo mi equipaje y solo me llevé algunas cosas. Y me dirigí hacia Narayanganj. En aquella época encontrar un taxi era muy difícil. Cuando llegué a Narayanganj faltaban solo quince minutos para que el vapor dejase el muelle. Renu se sorprendió al verme. Los niños estaban dormidos y Renu los despertó. Hasina y Kamal me abrazaron y no me soltaron en un buen rato. Se negaron a dormir y me dio la impresión de que no pegarían ojo en toda la noche.

Mi alegría, sin embargo, no tardó en desvanecerse cuando empecé a pensar en mi padre. Me rondaba una sola idea: ¿llegaría a verlo con vida de nuevo? Dejé la cabina y salí un rato a la cubierta. Sentí la brisa de la noche acariciarme las mejillas por primera vez en mucho tiempo. En la cárcel, siempre nos encerraban después de que cayese la noche y nunca era posible sentirla.

Cuando, al fin, se quedaron dormidos los niños, Renu y yo conversamos durante mucho rato. No fue hasta poco antes del amanecer que cerré los ojos para dormir. Debíamos permanecer en el vapor durante todo el día, y no llegaríamos a nuestro pueblo hasta la noche. Nadie sabía exactamente en qué condición encontraríamos a mi padre. Deberíamos viajar en una barca unas dos millas y no habría ninguna barca de nuestro pueblo en el muelle para recibirnos. Estuve tenso toda la jornada.

Cuando llegamos a nuestro pueblo era ya noche cerrada. Se nos informó de que mi padre había sido trasladado a Gopalganj porque ningún médico podía tratarlo en el pueblo. Tendríamos, por lo tanto, que recorrer otras catorce millas en barca. Cuando llegué a Gopalganj, a las diez de la mañana del día siguiente, me tranquilicé al saber que mi padre estaba recuperándose. Los médicos que lo atendían, Farid Ahmed y Bijiten Babu, me aseguraron que ya no existía razón para preocuparse. Ambos eran excelentes médicos y mi visita hizo que mi padre recuperara los ánimos.

Al día siguiente recibí un telegrama del Sr. Ataur Rahman Khan en el que se me informaba de que el Sr. Suhrawardy deseaba que yo viajase a Karachi para verlo. Pero era imposible que yo viajase ese mismo día.

Al día siguiente salí rumbo a Dacca, pasando por Khulna y Jessore. Desde allí me subí en un avión que se dirigía a Karachi. Aún no me podía creer lo que había sucedido. ¿Cómo había podido

aceptar el Sr. Suhrawardy el cargo de ministro de justicia? No quise encontrarme con el Sr. Suhrawardy esa misma noche. Quién sabe qué podría haber ocurrido si llego a visitarlo en el estado de agitación en el que me encontraba. Hasta podría haber llegado a decirle algo ofensivo. Lo visité al día siguiente, a las nueve de la mañana, en el hotel Metropole. Él estaba preparándose para salir. Me dijo:

—Sé que llegó anoche. ¿Por qué no vino a verme?

—Estaba muy cansado —le dije—. Además, ¡ahora es usted el Ministro de Justicia de Mohammad Ali!

—Supongo que está enfadado conmigo —dijo el Sr. Suhrawardy.

—Señor, no estoy enfadado, pero sí que me he preguntado si cometí un error al considerarle mi líder durante toda mi vida.

—Creo que sé lo que quiere decir con eso, pero no diga más. Venga de nuevo a verme a las tres de la tarde, porque tengo que decirle muchas cosas.

Cuando fui a verlo a las tres de la tarde, él estaba descansando. No se había recuperado del todo y aún estaba muy débil. Me senté junto a él y no tardó en empezar a hablarme. Lo que me dijo puede resumirse así: Golam Muhammad le había dicho que, si no se incorporaba a su gabinete, iba a entregar el poder a las fuerzas armadas.

—Podría haber regresado a Bengala Oriental —le dije—, podría haber discutido el tema con nosotros y podría haber nombrado a otra persona para que ocupara esa cartera. Tal y como yo lo veo, le puso entre la espada y la pared. No creo que pueda venir nada bueno de su decisión de incorporarse al gabinete, no podrá hacer nada que valga la pena. Va a perder la popularidad que tiene.

Él intentó persuadirme de que había tomado la decisión correcta. Me dijo:

—Si no puedo lograr nada bueno, dejaré la política definitivamente. ¿Qué daño causará eso?

—Usted no debería haberse convertido en un elemento más de la política de la conspiración —le dije—. Va a lamentar esa decisión.

Me pidió que redactara un programa para su visita a Bengala Oriental. Yo le dije:

Hasta que el Maulana no regrese al país, y hasta que usted no logre la liberación de todos los prisioneros políticos, no debe regresar a Dacca.

Él se molestó al escucharme y dijo:

—En otras palabras, me está diciendo que no regrese a Bengala Oriental.

—Sí, estoy diciéndole algo así.

Cerró los ojos y guardó silencio por algunos momentos. Luego me dijo que debía ir a verlo al día siguiente, a las tres en punto de la tarde.

Durante mi estancia en Karachi vi al Sr. Abu Hussein Sarkar, nominado por el Sr. Huq, aceptar el cargo de Ministro del Gobierno Central. El Sr. Suhrawardy no parecía conocer mucho sobre lo que sucedía a su alrededor. Pero ahora parecía más afectado por los juegos que allí se jugaban.

El Sr. Huq le dijo al corresponsal de un periódico de Lahore que el Sr. Suhrawardy no poseía ningún poder real dentro del Frente Unido, y que el Sr. Huq era el verdadero líder. Pero la Liga Awami era la que ostentaba la mayoría en el Frente Unido. El Sr. Huq era el jefe del partido Krishak Shramik. Incluso sumándolos, los escaños de ese partido y del partido Nizam-e-Islami no podían equipararse a las que teníamos nosotros. ¿Cómo podía el Sr. Huq decir algo así sobre el liderazgo de la Liga Awami? El partido del Sr. Huq le había dicho al Sr. Golam Muhammad que no querían que el Sr. Suhrawardy fuese Primer Ministro, y que deseaban que Mohammad Ali, de Bogra, ocupase ese cargo. Esa había sido la razón por la cual no se había nombrado al Sr. Suhrawardy como primer ministro. El Sr. Mohammad Ali, por su parte, había declarado que un gobierno en Bengala Oriental podía formarse solo si se excluía a la Liga Awami. Podía comprender que el Sr. Mohammad Ali, de Bogra, dependía ahora del Sr. Huq para mantenerse en el poder. Lo que resultaba más difícil era entender que Chowdhury Muhammad Ali dependiese del apoyo del Sr. Suhrawardy. La mayor parte de los líderes del partido Krishak Shramik estaban en Karachi en aquel momento. Ninguno había visitado al Sr. Suhrawardy.

Cuando me encontré a un par de líderes del partido Krishak Shramik, les dije que había logrado varias cosas. El compromiso que habíamos alcanzado con ellos afirmaba que el Sr. Suhrawardy sería elegido líder de Pakistán, y que el Sr. Huq sería el líder de Bengala Oriental. Ahora ellos habían llegado a Karachi, y habían aceptado al líder de la Liga Musulmana como su líder, y le demostraban su apoyo. Les dije que estaban haciendo lo posible para lograr que el Sr. Suhrawardy no fuese elegido primer ministro. Nosotros, por nuestra parte, nos veríamos forzados a declarar



que no íbamos a aceptar el liderazgo del Sr. Huq por más tiempo. Llegado el caso, el Frente Unido convocaría una moción de censura contra el Sr. Huq. No habíamos autorizado al Sr. Huq para que apoyase al Sr. Mohammad Ali en representación del Frente Unido, y tampoco para que aceptase al líder de la Liga Musulmana como nuestro líder. Se les había dicho a los líderes del partido Krishak Shramik que iba a concedérseles el derecho de gobernar Bengala Oriental. Algunos líderes de la Liga Awami también habían recibido esa promesa. Incluso si no podía coincidir con el Sr. Suhrawardy sobre el tema de su cartera ministerial en el gobierno central, no podía aceptar que alguien lo insultase. Le dije al Sr. Suhrawardy:

—El Sr. Huq ha declarado abiertamente que usted no es nadie dentro del Frente Unido. Debemos, por lo tanto, probar que usted es alguien especial en el Frente. Vamos a pedir una moción de censura contra el Sr. Huq. Dejemos que el partido Krishak Shramik y que el partido Nizam-e-Islami permanezcan en el Frente Unido si lo desean. Usted debe poseer el derecho de hablar dentro del mismo, puesto que es el líder de la Liga Awami, y la Liga tiene mayoría absoluta en la Asamblea Legislativa de Bengala Oriental.

—Mientras la Liga Awami sea parte del Frente Unido —dijo el Sr. Suhrawardy—, no soy en verdad nadie dentro del mismo. El Sr. Huq es el verdadero líder del Frente Unido, y solo él puede hablar en representación de la Liga Awami, del partido Krishak Shramik y del partido Nizam-e-Islami.

Regresé a Daca y me reuní con el Sr. Ataur Rahman Khan, con Abul Mansur Ahmed y con Manik Bhai. Les dije todo lo que había sucedido en Karachi. También les hice saber la opinión del Sr. Suhrawardy. Nos habían informado de que el Maulana Bhasani se encontraba en Calcuta, pero no sabíamos dónde residía. El Sr. Suhrawardy insistía ante el secretario en jefe, N. M. Khan, para que liberase a todos los prisioneros políticos. A muchos de ellos los estaban liberando poco a poco.

Los líderes del partido Krishak Shramik no habían dicho una sola palabra a favor de la liberación de los prisioneros políticos, puesto que ninguno de sus miembros había sido encarcelado. Por el contrario, muchos de los miembros de la Asamblea Legislativa que eran parte de la Liga Awami, y otros compañeros de nuestro partido, aún se hallaban en prisión, y otros muchos tenían órdenes de arresto.

Los cinco discutimos largamente sobre la situación. En cuanto a la cuestión de si debía convocarse o no una moción de censura

contra el Sr. Huq, algunos de sus compinches parecían estar haciendo más para provocarlo que el propio Sr. Huq. Querían resolver todas las diferencias que tenían con la Liga Musulmana, sin que importaran ni sus principios ni sus ideales. ¿A quién le importaban los veintiún puntos que se habían comprometido a respaldar o el veredicto del pueblo? Tres de los nuestros dijeron que tenían ciertas dudas. No se oponían a presentar la moción de censura, pero dudaban que pudiera tener éxito. Yo afirmé que no había motivo para pensar que no pudiera ser así. Después de todo, debíamos actuar según nuestros principios. Al final, todos coincidieron conmigo, y convoqué una reunión de nuestro comité de trabajo. Todos los miembros de ese comité apoyaron la idea, excepto el Sr. Salam y el Sr. Hashimuddin. A pesar de ello, remarcaron que sabían que estaban obligados a cumplir con la decisión del comité.

El Sr. Aatur Rahman Khan y yo nos encargamos de obtener las firmas de los miembros de la Asamblea Legislativa. Surgió la duda de quién iba a comparecer ante el Sr. Huq para presentar la moción de censura. Hubo muchos que no quisieron hacerlo y a mí también me daba algo de vergüenza la idea. Todos lo respetábamos y le teníamos, incluso, cierta devoción. Pero ahora se encontraba rodeado de esos mal llamados líderes. Habíamos fallado en nuestra misión de rescatarlo de sus garras, a pesar de los múltiples intentos para lograrlo. Muchas de esas personas habían abandonado la Liga Musulmana solo unos pocos meses antes de las elecciones, y estaban íntimamente relacionados con las pugnas por el poder. Finalmente, se decidió que sería yo quien propusiese la moción de censura, y que el abogado Abdul Ghani la secundaría. Solicitamos que se convocase una reunión de la Asamblea, en la que presentaríamos la moción. Él aceptó hacerlo, y ciento trece de los miembros de la Liga Awami firmaron para que votásemos la moción.<sup>60</sup>

---

<sup>60</sup> A pesar de tener en sus manos una propuesta de moción de censura, firmada por ciento treinta y tres miembros de la Asamblea Legislativa, el grupo de Sheikh Mujib no tuvo éxito en su cometido de que se aprobase la moción de censura contra el Sr. A. K. Fazlul Huq. Treinta y cinco miembros de la Asamblea Legislativa, pertenecientes a la Liga Awami, se opusieron a la moción bajo el liderazgo del Sr. Salam Khan. Además, y de un modo totalmente inesperado, los miembros de la Asamblea Legislativa que pertenecían a los partidos Krishak Shramik y Nizam-E-Islami, colaboraron para crear un frente para apoyar al Sr. Huq. (Fuente: Karim, S. A., *Sheikh Mujib: Triumph and Tragedy*, 2nd Ed., UPL, Dacca, 2009, p. 63).

---